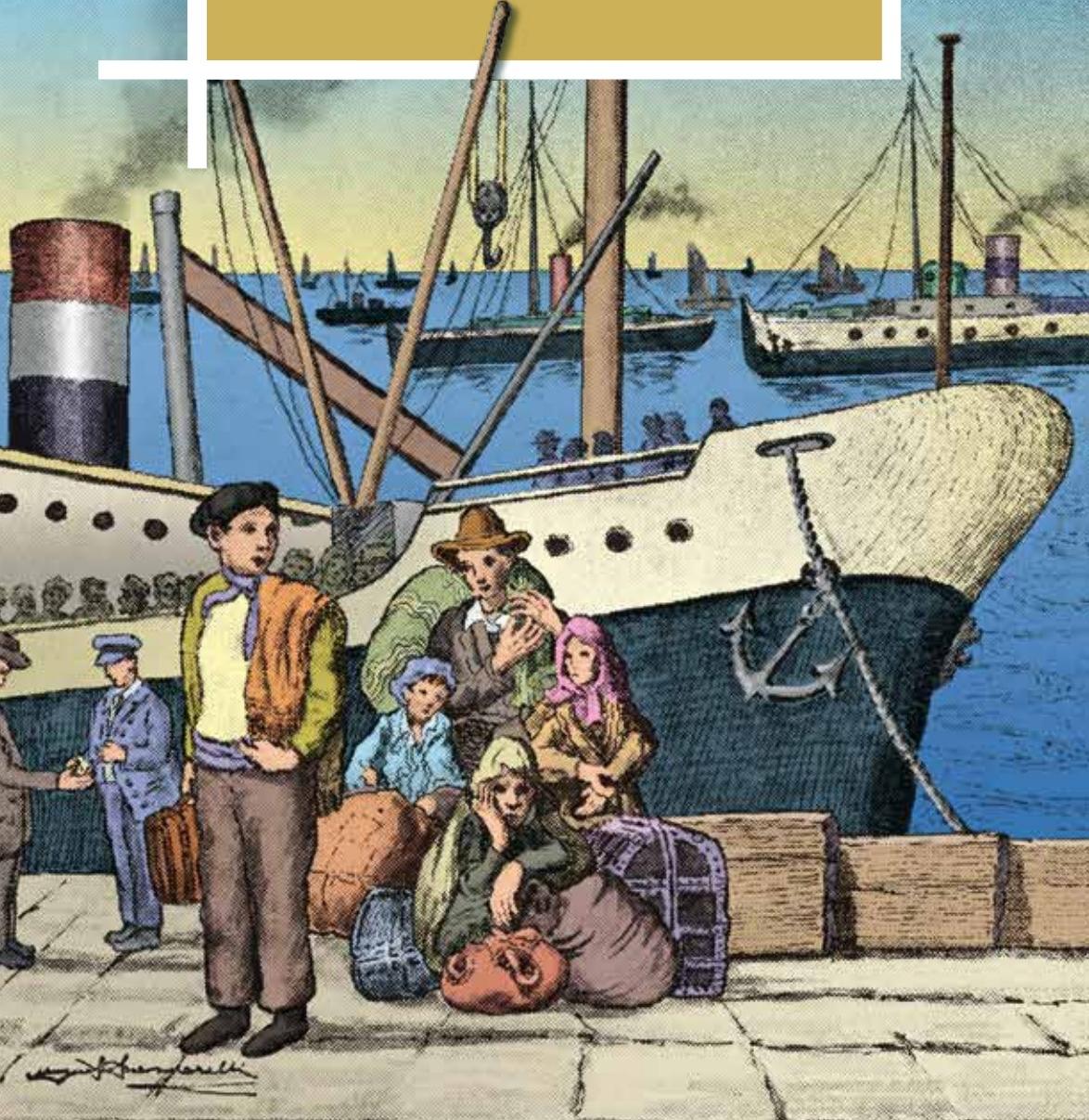


La vida de un inmigrante

Santiago Gastón Añaños





Audrey Berniard Gastón pasó buena parte de su infancia entre Pau y Ansó, lugar este que forma parte de su historia familiar y de sus señas de identidad. Estudió en la Universidad de Pau, donde obtuvo un máster en Estudios Literarios y Civilización (*Master Recherche*). Posteriormente, sus investigaciones sobre el fenómeno migratorio aragonés a fines del siglo XIX y principios del XX, le llevaron a analizar el estilo literario de Santiago Gastón y le permitieron establecer contacto con su familia argentina. En la actualidad es profesora de educación secundaria y bachillerato (*Master MEEF*) en el liceo hotelero de Biarritz.

Cada día intenta transmitir a sus alumnos su entusiasmo por Ansó, por Aragón y por España, y considera esta contribución a la reedición de los escritos de Santiago Gastón como su particular homenaje a la familia de Argentina, y también a todos los ansotanos, parientes, vecinos y amigos, que le permitieron aprender otro idioma y otra cultura: *el que escribe en el alma de un niño escribe para siempre*.

Alejandro Martín Sanz es doctorando en Historia Contemporánea por la Universidad de Zaragoza, con una tesis sobre el asociacionismo de las migraciones aragonesas. Ha realizado estancias de investigación en universidades de París, Barcelona y Santiago de Compostela. Cuenta con capítulos y participaciones en encuentros académicos y de divulgación en torno a las migraciones, tanto aragonesas en particular como españolas, centrados especialmente en aspectos como el asociacionismo y la identidad.

Ilustración de la edición original de *La vida de un inmigrante. Autobiografía* (Corrientes, 1950), reelaborada y coloreada infográficamente por Víctor Lahuerta. En contracubierta, la cubierta original.

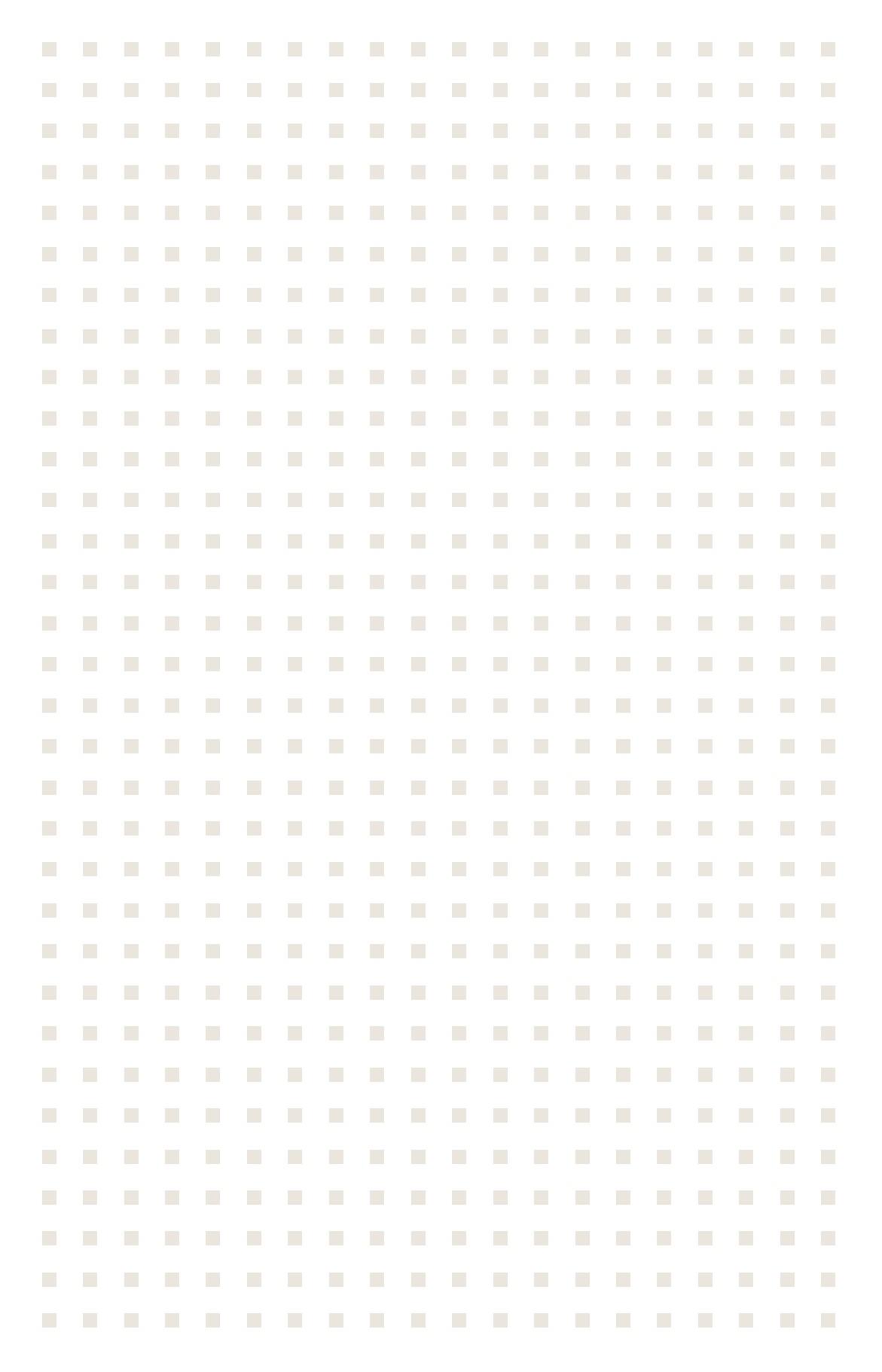
La versión original y completa de esta obra debe consultarse en:
<https://ifc.dpz.es/publicaciones/ebooks/id/3540>



Esta obra está sujeta a la licencia CC BY-NC-ND 4.0 Internacional de Creative Commons que determina lo siguiente:

- BY (Reconocimiento): Debe reconocer adecuadamente la autoría, proporcionar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo de cualquier manera razonable, pero no de una manera que sugiera que tiene el apoyo del licenciador o lo recibe por el uso que hace.
- NC (No comercial): La explotación de la obra queda limitada a usos no comerciales.
- ND (Sin obras derivadas): La autorización para explotar la obra no incluye la transformación para crear una obra derivada.

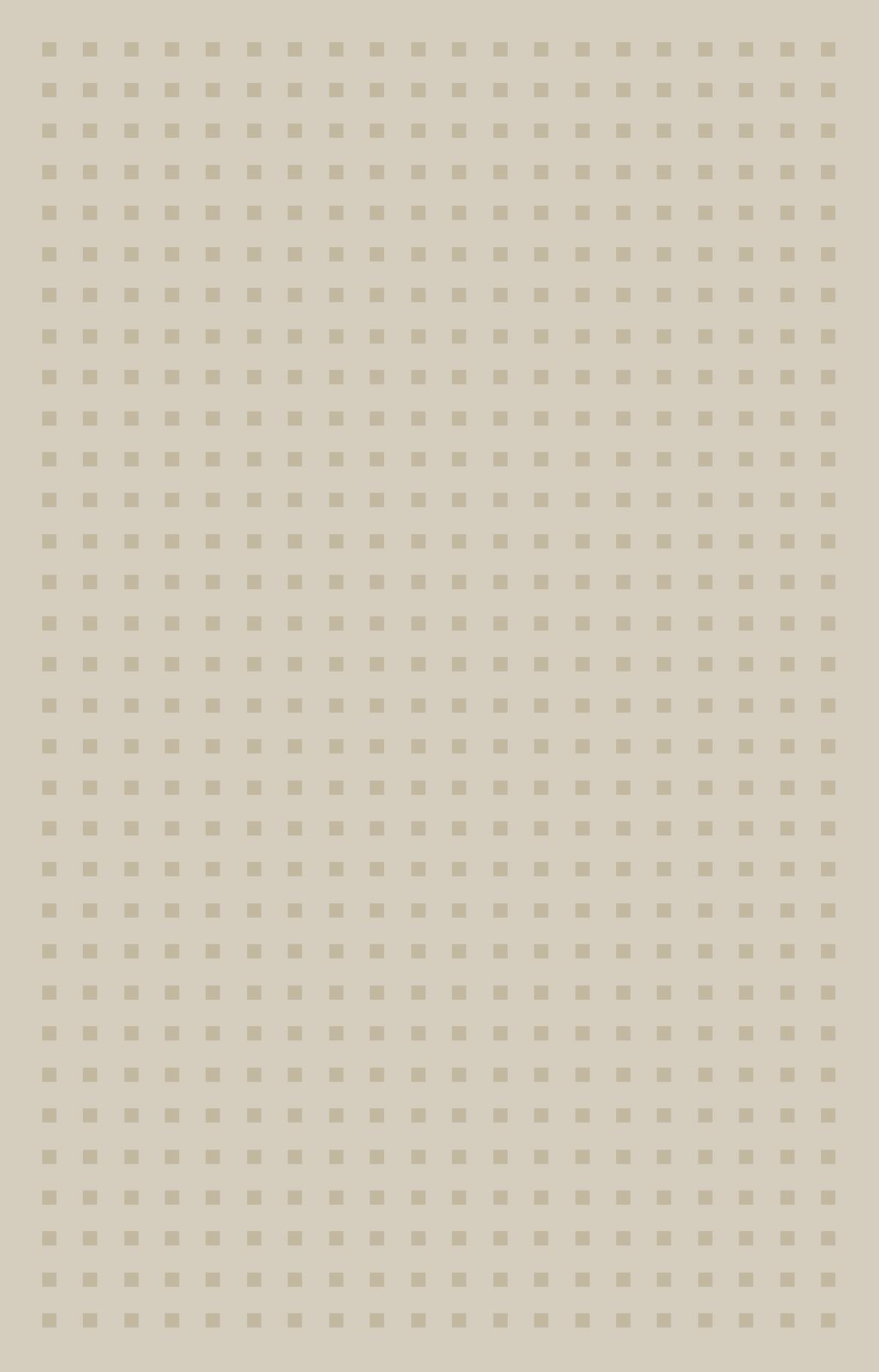
Para ver una copia de esta licencia, visite <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.





La vida de un inmigrante

Santiago Gastón Añaños



La vida de un inmigrante

Santiago Gastón Añaños



Institución Fernando el Católico
Excmo. Diputación de Zaragoza

Zaragoza, 2016

PRIMERA EDICIÓN, 2016

Publicación número 3470
de la Institución Fernando el Católico,
organismo autónomo de la Excmo. Diputación de Zaragoza,
plaza de España, 2, 50071 Zaragoza (España)
tels. [34] 976 288 878 / 976 288 879
ifc@dpz.es
<http://ifc.dpz.es>



DISEÑO GRÁFICO
Víctor Lahuerta

PREIMPRESIÓN
Lettera

IMPRESIÓN
Litocian, SL

ENCUADERNACIÓN
Raga, SA

ISBN 978-84-9911-390-6

D.L. Z 643-2016

© de los textos, sus autores. 2016

© del diseño gráfico, Víctor Lahuerta. Zaragoza, 2016

© de la presente edición, Institución Fernando el Católico. Zaragoza, 2016

Impreso en España – Unión Europea / Printed in Spain – European Union



Historia de una reedición

Fico RUIZ

Siempre me han atraído los libros de memorias. Y no por lo que sus autores cuentan después de mucha meditación para justificar sus acciones u omisiones. Sino por los testimonios que van enhebrando, sin darse cuenta, sobre su vivir cotidiano: los lugares donde residían o se reunían, las novedades urbanísticas, sus ambientes laborales, los espectáculos de moda, los vehículos en uso, etc. Esas pinceladas, de relleno, son las que de forma más vívida perfilan una época.

Tuve noticia por primera vez de Santiago Gastón gracias a la obra de Jesús Conte Oliveros *Personajes y escritores de Huesca y provincia* (1981), donde aparece mencionado y poco más. Durante un tiempo, busqué sin éxito su relato en diferentes lugares, incluida la Biblioteca Nacional. Hasta que un día metí la mano en esa chistera de mago que es Google y di con él entre los ejemplares en venta de una librería de viejo de la Córdoba argentina.

Es muy poco habitual que una «persona de la calle», sin instrucción, alejada de gobiernos civiles o militares, parlamentos o juntas de accionistas, escriba sus memorias. Se supone que no tiene

nada interesante que decir. Pero, para mí, sobre todo en su libro primero, casi todo el monte era orégano. Nunca había visto tan bien reflejado el día a día de quien, convertido en un emigrante anónimo, es zarandeadó por los vaivenes de la historia.

Tanto me gustó que propuse a la IFC la reedición de la obra. Y no solo estuvieron de acuerdo sino que, espoleados por su entusiasmo, profesionalidad y rigor habituales, lograron localizar a la familia transterrada en el Nuevo Mundo, en un más que brillante ejercicio detectivesco.

De la mano de Santiago Gastón, dotado de una prodigiosa memoria, nos sumergimos en el Alto Aragón de finales del siglo XIX y luego emprendemos el quebrado camino que tomaron muchos españoles más allá de nuestras fronteras, obligados por la necesidad.

Hombre indócil, aventurero y poeta vocacional, comenzó como pastor de ovejas en su Ansó natal y acabó de repostero y hotelero más allá del Atlántico. Conoció cafés-confiterías hoy míticos, como *Las Violetas*, local bonaerense de obligada visita donde, décadas después de su trabajo allí, se comenzaron a reunir las que serían conocidas como Abuelas de Plaza de Mayo, o el dedicado a los indios tupí nambá, en Montevideo, amenizado por Carlos Gardel y cuyo eco toma cuerpo en una pastelería zaragozana «de las de toda la vida», *Tupinamba*. Y eligió para sus hijos varones los nombres de Hamlet y Rinaldo, para deleite de quienes nos sentimos cautivados por Shakespeare, Torquato Tasso y las óperas barrocas de Händel.

Y con esto vale, lector, aquí te dejo con un impagable retrato de un tiempo pasado que creímos superado y retorna hoy inmisericorde, *La vida de un inmigrante*, que lo disfrutes.



Estudio literario de la obra de Santiago Gastón

Audrey BERNIARD GASTÓN

Recuerdo que mi tía y mis abuelos me hablaban de dos libros escritos por su tío Santiago¹. Estos libros tenían una particularidad, no solo se referían a Ansó sino también a Argentina. Mi tía Miguela volvió a España con aquellos libros. Siempre me sentí muy española o no completamente francesa. Formo parte de la familia que emigró a Francia. Mi bisabuelo, Alejandro Gastón, hermano de Santiago, decidió buscar trabajo en Francia y poco a poco hizo su vida en este país.

Cuando uno se desarraiga, lleva siempre consigo su propio cuerpo que es su territorio único, un lugar fronterizo y el umbral de su vida. Nuestro cuerpo representa el ancladero de nuestros recuerdos, de nuestras memorias y de nuestras sensaciones, tal como la magdalena de Proust. Quizás es lo que Santiago pudo experimentar

1 Existen otros escritos inéditos de Santiago Gastón. Se trata de un material muy heterogéneo que reúne anécdotas y poesías, con correcciones hechas a mano semilegibles, a las que no llegó a dar forma definitiva y que no tuvieron cabida en los dos primeros volúmenes.

al escribir la primera parte del primer tomo ya que se dedicaba a hablar de su pueblo, Ansó. Al irse de él, conservó en su memoria y en su alma de poeta unos veinte años de recuerdos.

Cuando empecé a estudiar el primer tomo, lo interesante fue constatar la evolución socioprofesional de Santiago, establecer una cronología de su vida y poder cruzar su visión y su experiencia con la inmigración hacia Argentina a finales del siglo XIX y principios del XX, las características socioeconómicas de Argentina y de España, y, para acabar, analizar el proceso de industrialización y los recursos de Aragón.

En cuanto al segundo tomo, está compuesto de ciento veintidós capítulos. Creo ahora oportuno reconsiderar la noción de capítulos. Lo que podría corresponder a capítulos son en realidad momentos destacados de su vida, que también evocaba en poemas. Esta serie de capítulos constituye sus memorias. Lo interesante fue estudiar la evolución de su literariedad, poner de realce el desarrollo de su escritura y de su constante curiosidad, lo cual contribuyó a enriquecer sus poesías y su narración.

La literatura del exilio empezó a tener más importancia durante el siglo XX y se impuso a la conciencia de los escritores. Las razones son sociales, históricas y políticas (independencias de las antiguas colonias, las dictaduras). La escritura del exilio es una literatura del resentimiento.

El término exilio se refiere a todo alejamiento afectivo o moral, a la separación de una persona de la tierra en que vive y a todo cambio de residencia, de manera voluntaria o no, que provoca un sentimiento o una impresión de extrañamiento. Santiago eligió irse de su aldea y de su país por razones económicas. Paralelamente, al emigrar pudo acceder a la cultura con más facilidad que si se hubiese quedado en su pueblo. Aunque sintió durante su vida mucha nostalgia al no volver a ver su aldea, intelectualmente se enriqueció.

Cuando todavía vivía en España ya escribía poemas o canciones, pero nunca se imaginó escribir tal como lo hizo en Argentina. Además, a su padre no le parecía útil componer poesía o prosa. Sin embargo, al exiliarse en Argentina, desarrolló su afición por la cultura (la música, la literatura, la poesía y el teatro). Escribió para varios periódicos (*El Comercio*, *La Verdad*) y publicó sus poemas. Fue un

periodo de su vida muy agradable y pudo ahorrar dinero, lo cual le permitió comprar la repostería.

Después de una huelga que tuvo lugar en Resistencia, dos periódicos: *La Vanguardia de Buenos Aires* y *El Diario del Partido Socialista*, publicaron a su vez lo que había escrito para *La Verdad*. Es cierto que redactó para periódicos locales pero, poco a poco, llegó a tener una red social bastante importante. Gracias a su evolución profesional, cada etapa le daba más credibilidad y ascendía en los estratos de la sociedad. Todas las cartas de felicitación que recibió tras la publicación de su primer tomo fueron primordiales para darle a conocer en su tierra de acogida y para pasar a ser un escritor y poeta.

Dedica sus memorias a todos los inmigrantes: «estas líneas, [...] las escribo para ser leídas por mis compañeros de lucha, por los inmigrantes». Al emigrar, unos pudieron enriquecerse rápidamente y, en consecuencia, mandar dinero a sus familias, que se quedaron en España, y así contribuir a facilitar su cotidiano vivir. Santiago también remitía dinero a sus padres, como sus hermanos (José y Francisco vivieron en Francia y, luego, en Argentina; Alejandro, en Francia; todos enviaban dinero a la familia que se quedó en Ansó para mejorar sus condiciones de vida).

En su exilio quiso escribir para ser leído por sus compañeros, cualquier inmigrante que trabajara en los puertos, bosques, fábricas, de pastor, todos los que debieron adaptarse al país, al idioma y a otras tradiciones. Por eso Santiago quería que su literatura fuese accesible para todos si no «no me entenderían, ni me leerían».

También él se planteó el posible regreso, pero entre la Segunda Guerra Mundial, su negocio y las profundas raíces echadas en tierras argentinas, renunció. A partir de ese momento, adquirió otro estatuto. A un hombre que forma parte de un nuevo territorio, ya no se le puede considerar como un exiliado. Hace el luto de su país; pasa de la nostalgia, estado triste por el alejamiento, a la melancolía, sentimiento elegíaco.

Cuando cumplió sesenta años y al casarse su hija, supo que ya no volvería a Ansó; y la nostalgia se transformó en melancolía, la cual favoreció su meditación. El río Paraná le dio la fuerza de su inspiración, y a él le rinde un homenaje al final del segundo tomo.

Es como una reverencia a su nueva tierra. Aceptó su condición de migrante al quedarse en Argentina.

Escribió la historia de su vida porque su hija se lo sugirió. «Al cerrar estas páginas tan íntimas de mi vida, quiero hacer una aclaración. Este año mi hijita, se recibió de maestra normal». Ese día toda la familia se reunió alrededor de una merienda, cada miembro puso cincuenta pesos y en el libro de oro cada invitado (padre, madre, familia, profesores, directora y amigas) escribió una dedicatoria, símbolo de una nueva vida, la de adulto. Se podría llamar rito iniciático ya que son las palabras que servirían de guía a *Nata*. Para que ese día fuese inolvidable, Santiago aconsejó a su hija estudiar música porque la música eleva las almas, calma el espíritu y vuelve a dar esperanza. Su hija se hizo profesora de piano y solfeo. Santiago también escribía música o poemas cada vez que un acontecimiento ocurría. Era como un exutorio.

Nata tendría que trabajar, luchar, pero Santiago quería que su hija fuese «útil a la humanidad» porque el regalo más importante que los padres pueden ofrecer a un hijo es la «¡¡educación!!». Piensa que, con mucho amor y ternura, esa misión educativa será más fácil y entonces podrá transmitirla sencillamente, «ya puedes largarte a la conquista del Porvenir». Tal que un padre protector, le dio el consejo siguiente sobre el tema sentimental: «¡Que Dios te guíe y te acompañe, por el sendero del bien!».

Para acabar, la última reflexión es esencial. Le aseguraba que su padre y su madre la ayudarían siempre a pasar las etapas difíciles de la vida. Imaginaba el día en que se casase, entonces tendría la misión sagrada de crear una familia. Santiago deseaba llevar a su hija «del brazo, blanca y pura, delante de Dios». Le confiesa que para tener una vida agradable lo importante es siempre recordar que la noción de familia es como un pilar inquebrantable. Acaba su carta con «tu padre que te idolatra». ¡Qué dedicatoria más conmovedora, qué palabras condescendientes!

Santiago nos cuenta que antes de escribir, Antonia (mamá de *Nata*), tenía los ojos llenos de lágrimas. Le expresó todo su orgullo, tanto *Nata* como *Chola* habían estudiado juntas como dos hermanas. Su madre subrayaba también el valor de la familia y lo importante que era tenerla tanto en los momentos difíciles como

en los de felicidad. *Nata* podría siempre contar con la presencia de su madre. La dedicatoria de Antonia fue escrita con *el idioma del corazón*: «allí estaré yo, siempre a tu lado, es mi deber de madre y es lo que me dicta el corazón». Y terminó expresando todo su amor, «tu madre que te adora».

Nata le pidió a su padre, con mucho cariño: «¡escribe tus memorias, papito!», «mis amigas están enamoradas de tu estilo». Aquellas han mencionado elogios en el libro de oro y para convencerle *Nata* le citó un adagio árabe: *Planta un árbol, cría un hijo y escribe un libro*. Santiago le hizo un maravilloso regalo escribiendo sus memorias.

«Al día siguiente tomé la determinación de escribir todo lo que estoy contando a mis lectores». Los distintos tomos fueron compuestos con sinceridad, con objetividad, sin emplear vocabulario atildado, mencionando la nostalgia y la melancolía por su país de origen, con tributos a su nuevo país, Argentina, dedicatorias para las personas encontradas y, sobre todo, un testimonio de vida inolvidable a su familia (tanto a los seres más cercanos como a los del Viejo Continente).

Gracias a su historia personal, pasó a ser escritor y poeta, pero existe otro aspecto importante. Hay que observar el contexto cultural de su época y así poder analizar si su escritura estuvo influenciada.

Santiago redactó sus memorias entre los años 1940 y 1958. Es preciso observar la literatura de estos años. La generación de los años cuarenta centraba su escritura en la poesía, desarrollando el aspecto descriptivo y nostálgico, y a todo lo que remitía a la memoria. El objetivo era describir con realismo. La *poesía conversacional* se extendió hasta 1960 pero, poco a poco, dejó de lado los aspectos personales para centrarse en lo social. A partir de 1950, en Argentina, existían también movimientos de vanguardia y existencialistas. Los escritores estaban influidos por autores ingleses e italianos. El narrador de la novela *Del amor y otros demonios*, de Gabriel García Márquez, determina esa *poesía conversacional*: «cuanto más transparente es la escritura más se ve la poesía».

Para Santiago y su esposa Antonia «ya era hora de descansar un poco; trabajar, sí; pero moderadamente, tranquilamente», así

pudo dedicarse a la escritura. Cuando el restaurante *El Ebro* cerró (31-12-1945), Santiago pensó que ya andaba «pisando los talones a los sesenta años». Entonces explica que, aunque tuviera el cabello blanco y el cuerpo cansado, su espíritu y sus recuerdos quedaban vivos: «lo digo con orgullo, tengo un espíritu jovial y una memoria privilegiada y gracias a estos dos factores puedo hilvanar estas memorias mías».

Su deseo era compartir anécdotas con el lector y dejar un testimonio de vida a su descendencia. Su memoria fue el punto de partida del relato de su existencia. Este es rico en detalles y cuando evocaba su aldea siempre experimentaba nostalgia o melancolía. Hasta ahora tenemos todas las características de la *poesía conversacional*.

Escribe con su corazón para que cada uno pueda entender lo que dice: «no he querido usar un lenguaje florido, lleno de términos difíciles y palabras de relumbrón». Este estilo puede aparecerse con la *poesía conversacional* al componer con sencillez y tratando temas tanto dramáticos como nostálgicos. También puede presentar la cotidianidad, servir para transmitir ideas políticas, religiosas o sociales.

Desde un punto de vista estilístico, la escritura es inteligible. En cuanto a sus poemas, y a su prosa, existen similitudes con el movimiento *sencillista* que se desarrolló entre los años 1880 y 1900. Santiago describió su vida cotidiana y sus luchas. Eran parecidas a las de tantos obreros y por esa razón dedica los tomos a sus compañeros de destino. Quizás los han leído... Por lo menos escribió con un lenguaje accesible «como obrero auténtico, debo usar el lenguaje sencillo que usan los pueblos en su vida cotidiana y no meterme en ridículas veleidades literarias, que están reñidas con mi forma de ser. [...] Soy obrero, visto blusa y es mi lema *sencillez*».

El término sencillo, llama mi atención. Cuando nos fijamos en las distintas olas migratorias que Argentina conoció, es evidente que los orígenes culturales eran muy variados. Efectivamente, al final del siglo XIX, más de la mitad de los habitantes de Buenos Aires eran extranjeros. La base étnica del país era española pero, progresivamente, se convierte en un mosaico multicultural. Los descendientes de los inmigrantes no tardaron en ocupar funciones políticas, literarias o de enseñanza.

En literatura, predominaban dos corrientes: la *modernista*, con un lenguaje elaborado e influenciado por Europa, y la escritura *sencillista*. Este movimiento se desarrolló a finales del siglo XIX. Un gran poeta argentino, Baldomero Fernández Moreno, se alejó del ideario modernista. Su literatura se basa en anécdotas recientes y perspicaces dando una visión estética, llamada *sencillismo*. Encontramos otros poetas que se alejaron del modernismo para tratar temas más populares. Es un movimiento que se reivindica humano. Hasta podríamos hablar de poesía humana. El objetivo principal es acercarse al lector, por ejemplo, haciendo referencias a canciones populares. Santiago citó canciones populares aragonesas y dijo que interpretó un tango, que en aquel entonces era la moda en Buenos Aires. Es como un guiño al lector.

Mediante su prosa, Santiago observó y analizó lo cotidiano para transcribirlo de manera humilde y espontánea: «para mí, lo más sencillo y lo más práctico es pintar la vida con la mayor sencillez, reflejándola fielmente y diciendo la verdad, la pura verdad». En el *introito*, comunica directamente con el lector. Con el movimiento *sencillista* la comunicación es directa desde un principio. Santiago dedica a sus lectores y compañeros de lucha el poema *Año nuevo, vida nueva* (versos que ven transcurrir la vida de cualquier hombre, empezando por la vejez y acabando por la niñez; de esta manera el escritor desea un próspero Año Nuevo a sus lectores) y también sus dos tomos. Quizá, pues, su escritura estuvo influenciada por corrientes artísticas de su época, cuando formaba parte del *Ateneo de Corrientes* y del *Círculo Interamericano de Difusión Literaria*, que reunía a los intelectuales de la ciudad.

Lo que observé es una mezcla de *poesía conversacional* de los años 1940-1960 con el *movimiento sencillista*, que cubre las décadas 1880-1900. No cabe duda de que Santiago se apoderó de una cultura y de un conocimiento que logró transmitir a su lector tal y como se solía hacer en aquel entonces. Su escritura navega entre distintas corrientes literarias y casi se puede hablar de una escritura híbrida... Será que inventó otro estilo al que no le hemos puesto nombre...



Vamos a referirnos ahora a las críticas literarias que recibió y que publicó en su segundo tomo. Pero, antes, me parece fundamental definir el término *autobiografía*. Significa contar su vida, pero es una palabra compuesta de tres: auto, es el *yo*; bio, representa la vida; grafía, es también el *yo* mediante la mano. Según P. Lejeune, la *autobiografía* es un relato retrospectivo en prosa que una persona real hace de su propia existencia, cuando insiste en su propia vida, en particular cuando presenta su personalidad.

El autor se lanza a decir la verdad tal y como vivió las cosas. Es como si tuviese un compromiso tácito con el lector, un compromiso moral. Sus escritos son personales, sinceros, naturales y dan toda la veracidad al relato. Además, utilizan la primera persona. El *yo* es como una garantía de que lo dicho es real, teniendo en cuenta que la verdad pasa por su grafía.

Para dar más valor real, habla de las huelgas y describe la *semana trágica*, con muchos detalles y exactitud. Al recordar acontecimientos oficiales es evidente que concede un carácter aún más auténtico a sus memorias. Los sucesos argentinos sirven de indicación cronológica. Es la realidad social de la época a la cual el lector accede.

Santiago se puso a escribir sus memorias bastante tarde, pero pudo contar con sus poesías, que dató. Así, no tuvo dificultades para reconstruir el camino de su vida. Como decía, no tenía dificultades para recordar, tenía buena memoria.

En cuanto a las críticas literarias, en el periódico de Corrientes, *El Guaraní*, dicen de él que no es un escritor profesional: «Gastón no es un escritor profesional, uno de aquéllos que hacen del decir pulido la atracción de un libro», pero lo caracterizan de escritor sincero «tiene sinceridad, recuerda los distintos pasajes de su vida, los refleja con fidelidad y en eso radica el realismo de su obra».

Un periódico de Santa Fe llamado *El Litoral* define su escritura «sin valores literarios destacables. *La vida de un inmigrante* es una autobiografía amena en la que se da testimonio de escenas y costumbres de nuestros campos». Ninguna crítica alude a la posible asimilación con un movimiento literario, ninguna tampoco lo define como un profesional. Mientras tanto, suscita cierta admiración en cuanto a sus descripciones sinceras y realistas.

En el periódico *La Capital*, de Rosario, se comenta que, aunque Santiago no era escritor, escribe con «sencillez, sinceridad, modestia y despierta el interés del lector». Es cierto que no tenía experiencia, pero logró llamar la atención y ser leído. Todas esas críticas son las que se hicieron después de la publicación del primer tomo y, al escribir el segundo, precisó que iba a pulir mucho más el estilo.

Hemos observado que Santiago buscaba una identidad literaria. Evidentemente, en el homenaje al *río Paraná* se constata una evolución. Se siente poeta y pasa a ser poeta: «estoy llorando ¡¡porque soy poeta!!». El segundo tomo es una forma de cumplimiento.

Para concluir, podemos poner en evidencia que la escritura autobiográfica de Santiago Gastón respeta el pacto con el lector, ya que para él resulta esencial afirmar que lo escrito es realidad, es lo que él vivió. Aunque nunca se relacionó su escritura con un movimiento literario, y nunca fue considerado como «profesional», parece que su prosa fue marcada por influencias *sencillistas* y su poesía por la *poesía conversacional*.

Santiago dio forma a su literatura a lo largo de su exilio. Para todo lo que remite a su patria y a su pueblo, Ansó, escribe de manera nostálgica. Luego se acerca más de una forma melancólica, a partir del momento en que aceptó su estatuto de migrante. Mezclada con la melancolía, trató de la utopía de la inmigración. La utopía, que es la materialización de un sueño, comparte una característica con la literatura: el poder construir un espacio donde lo posible es realidad.

Para todos los exiliados irse de su país en búsqueda de un bienestar y de un porvenir es posible gracias a mucha voluntad y mucho trabajo. Con su testimonio, él hizo ver que era posible. Lo demostró al escribir para hablar de su vida, de su evolución profesional. Demostró que el trabajo duro permitía a cualquier emigrante mejorar su situación financiera. Para Santiago, el alejamiento de Ansó facilitó el desarrollo de su escritura. Además, Argentina simbolizó y simboliza la continuidad de su patria, la que dejó atrás.



El tomo segundo no tiene una estructura lineal porque alterna prosa y poesía. El ejemplo más significativo está entre las páginas 530 y 553, donde se localizan trece poemas. Los dos últimos, titulados *Siguiendo una estrella (serenata campera)* y *Retorno (guaranía)*, son de otro autor (Rubén Silva).

La inclusión de tantas poesías es consecuencia de lo que llamo *la inquisición femenina*. Según él, tenía bastantes poesías para confeccionar un libro, pero al mudarse, su mujer y su cuñada limpiaron la casa y tiraron al fuego el contenido de un baúl, o sea, los poemas escritos desde que aún estaba en España hasta la década de 1940. Llegando a casa vio salir mucho humo por la chimenea, se asustó y cuando se dio cuenta de lo que quemaban intentó salvar todo lo posible, pero ya no quedaba bastante para hacer un libro. Dijo entonces: «si tardo un poco más, desaparece todo; voy a reproducir lo poco que se salvó de aquella inquisición femenina».

Esos trece poemas representan lo que Santiago pudo salvar del olvido, introduciéndolos en el segundo tomo para ofrecerles la suerte de existir. Esta anécdota tiene un eco en el *Quijote*, lo cual muestra que Santiago no cesó de enriquecer su cultura literaria. Hasta me pregunto si, a través de este testimonio de vida, no coexiste una biografía novelada.

Santiago escribió un romance titulado *La muerte de Lavalle* (pp. 583-593) en cuarenta y ocho horas, en cuanto el *Diario de Corrientes* anunció los juegos florales de Jujuy para celebrar el centenario del fallecimiento del general Juan Lavalle. Santiago no conocía la figura de Lavalle y tuvo que buscar información en los manuales escolares de su hija y de su sobrina para elaborar el poema, que se compone de: *Jujuy, la llegada, romance, la muerte y fuga macabra*.

No ganó el premio, pero con orgullo representó a la provincia de Corrientes. Como no hizo una copia, pidió el original al comité organizador. Además de recuperar su romance, obtuvo las felicitaciones del comité y le animaron a proseguir su trabajo de escritura.

Santiago firmaba sus poemas con un seudónimo, *Pluma de ave*, revelador de una personalidad sensible, soñadora, encantadora, lo cual remite a un capítulo del primer tomo «El vuelo del águila», una metáfora de su propio vuelo hacia nuevos horizontes. Cuando aún vivía en Ansó trabajando de pastor, vio un águila alzar el vuelo

hacia un pueblo francés (Lescún) y sintió un gran deseo de irse. No obstante la belleza del medio ambiente pirenaico, no podía ofrecerle oportunidades para alcanzar su pleno desarrollo. Tenía que descubrir otras comarcas, otros países... Lo hizo como una pluma que el viento se llevó, o como un ave de paso, antes de alcanzar un estado sedentario. El seudónimo representa toda una vida, toda una búsqueda para encontrar un lugar donde vivir sereno con su mujer y su familia, y escribir con palabras sencillas, impregnadas de mucha sensibilidad por todo lo visto, descubierto, vivido y sentido a través de sus poemas y memorias.

En el poema *Año nuevo, vida nueva* describió su vida, pero hablando en primer lugar de los viejitos revigorizados viendo crecer a los nietos, a quienes relataban cuentos de hadas recordando el pasado. Después, aludía a las viejitas que confeccionaban medias para las nietas cuando no tenían achaques de salud. Seguía con las relaciones, a veces tumultuosas, entre suegra y nuera; la alegría del suegro oyendo a su nuera llamarlo *papito*. Evocó el regreso a casa de un padre y su bienestar reuniéndose con su familia, donde se percibe un ambiente lleno de cariño. Santiago rememoraba también las madres susurrando poesías mientras amamantaban a sus hijos. Proseguía el relato con los recién casados esperando a un hijo, símbolo del amor; con las chicas que dejan de limpiar cuando un chico se para en una esquina y con los hombres que sufrirán las consecuencias de sus gentilezas. Comentaba un amor secreto, sueño de una monja; un niño llorando marchándose a la escuela y la abuela mirándolo; otros niños turbulentos espantando los pájaros. Por fin, acaba plasmando al recién nacido buscando el regazo materno.

Recordando así varias vidas, Santiago pide a Dios durante la cena de Noche Vieja que cada uno pueda conseguir salud, dinero y amor, todo lo que él pudo obtener.

Homenaje romántico al río Paraná

Santiago pensaba que su pluma no era bastante grande para escribir el homenaje a este río tan importante. Cuando cumplió sus 71 años, redactó siete poemas representando distintos temas reveladores de la personalidad del autor.

Mi poema al río Paraná explica el tiempo transcurrido, las aventuras. Personifica el río, hace un paralelo con su vida de niño hasta su llegada a Argentina, sintiéndose libre, libre de correr por la Pampa, de trabajar arduamente por el país que le acogió («entre palas, horquillas, postes y hachas, anduve cinchando² por estas tierras»). También se siente lejos de Ansó («lloré, en tristes atardeceres, nostalgias de mi hogar y de mi aldea»). Santiago nos transmite sus emociones, su sinceridad.

En este homenaje, recuerda la belleza de los paisajes el resplandor del alba, la magnífica inmensidad de la Pampa y la impresión de mirar un cielo olímpico que se une con el horizonte.

No olvidaba aquellos momentos de dura labor en grandes ciudades modernas, ruidosas, en las cuales nunca dejó de luchar; siempre contrastaban con la serenidad y la paz de su pueblo. Consideraba que explotaban a los seres humanos, casi vistos como animales; todos estos elementos representan su vida entera, una vida de luchas o, como él decía, el calvario de su existencia.

En su segundo poema, *Sin trabajo*, prosigue la retrospectiva de su vida. En 1925 se encontraba sin empleo y llegó a Buenos Aires, donde observó la agitación de una población llena de hombres en paro, luchando contra la miseria, completamente estresados y desengañados. Buscó una actividad profesional (sindicatos, periódicos...), hasta perder la paciencia. Entonces decidió irse hacia el Norte del país y compró un billete de ida sin vuelta.

Puedo encontrar los motivos que le empujaron a dejarlo todo en esos dos primeros poemas y rindió el debido homenaje a ese río que lo llevó hacia su «destino». De manera simbólica es posible representar «los motivos» como los afluentes que lo llevaron al Paraná.

El simbolismo del curso fluvial y de su desagüe es el renacer de la vida y de la voluntad de Santiago, al querer marchar hacia nuevos horizontes para volver a nacer a su vez.

2 Cinchar: trabajar con empeño para conseguir algo; integración del vocabulario hispanoamericano.

En el tercer poema, *Aguas arriba*, evoca la primera vez que navegó por el Paraná rumbo a Asunción del Paraguay y asegura que vivía de quimeras o de ilusiones. Simbólicamente, vivir de quimeras es una manera de aspirar a cierta plenitud. Su objetivo era encontrar un cargo de pastelero, ahorrar para poder llegar a ser patrono de su pastelería-confitería y, así, tener suficientes recursos para que su familia viviera en buenas condiciones. Gracias a sus proyectos, podía ver el futuro serenamente, con bases fuertes caracterizadas por el trabajo.

Aquellas aguas representaban sus propias emociones: quizá tenía recelo, cuando se refiere a las «aguas turbias e inquietas», sobre lo que iba a encontrar... Y las víboras que vivían en el río serían una metáfora los peligros de la vida tanto como sus trampas, que cada cual intenta evitar. Luego, describió la majestuosidad del torrente que, a cada meandro, levantaba el velo sobre una naturaleza llena de recursos para oponerla a los grandiosos transatlánticos. El lector puede sentir el contraste entre una naturaleza con curvas delicadas y esos navíos que no cesan de surcar las aguas a gran velocidad para transportar seres humanos y materiales.

Este poema es una oda, un canto al río. Refiere todas sus bellezas, tanto sus colores y sus relieves, como sus esencias (de limón, de guayaba y de naranja). Santiago alternó entre simbolismo y belleza de la naturaleza. En efecto, su poema sigue con el simbolismo romántico del agua cristalina en la cual se reverberan las nubes, parecidas a palomas mensajeras. Entre el momento en el que habla de su salida (pasado) y el que describe lo que ve en el río (presente), una vida transcurrió con la realización de unos proyectos.

Metafóricamente, imaginó entonces una paloma, símbolo de paz, de armonía y de felicidad, que valora todavía más la vida lograda. Aquí tenemos un verdadero homenaje a la tierra que lo acogió y hasta pudo imaginar en las aguas cristalinas del río Paraná la bandera argentina, resplandor del cielo celeste y de las nubes blancas.

Después del elogio, la naturaleza vuelve a aparecer tal como es. Efectivamente, la naturaleza se impone y desarraiga todo lo que el ser humano intenta construir. A lo largo de los versos alterna entre lo suave y lo salvaje e indomable. Frente a un río desmesuradamente

grande, quiso rendirle un homenaje. Pero ante tanta majestuosidad se siente «tan chiquitito» que su pluma tiembla de emoción.

Como los precedentes, Santiago escribió el cuarto poema, *Puesta del sol sobre río*, al parque Mitre, donde pudo gozar de una perspectiva maravillosa hacia el curso fluvial y sus puestas de sol. En sus estrofas evoca el heroísmo de cinco mujeres de Corrientes. Durante la Guerra de Paraguay (1865-1869) fueron detenidas por el ejército paraguayo cuatro años por ser las esposas de unos hombres que combatían al lado de Mitre. Defendían la integridad y la liberación de la ciudad de Vera.

Hacia la mitad del poema, separó lo histórico de la realidad utilizando el presente de narración y se sumergió en la tristeza. Parece hacer entonces un balance de su vida. Lo vemos así un poco después, ya que equipara el final de su existencia con el día que cae, cuando la noche solo permite ver ya el contorno de las llanuras. Instalada la noche, lo único que quedaba era el ruido del río, símbolo de la vida que transcurre y de la muerte que se acerca («corriente frenética [...] reloj de la existencia»). Cuando termina su poema, ensalzando la unión del hombre con la naturaleza, ya es de noche y entonces es como si ya se «sintiese» poeta. Pudo definirse poeta, un poeta inspirado por la naturaleza y en armonía con ella.

Sueño dorado se corresponde a un «sueño» que tuvo despierto al ver la llegada de los barcos que venían de España. Muchos emigrantes no se daban cuenta de los sacrificios que cada cual debía hacer para lograr una mejora en su vida. Mientras unos lo tenían muy claro y trabajaban con ahínco para contribuir al esfuerzo de la nación, otros esperaban encontrar sin esfuerzo oro y amor. Para Santiago, los que venían por el oro y el amor, hallarían solamente soledad, amargura y quimeras. No iban a desembarcar en un paraíso, había que trabajar duro y enfrentarse a una naturaleza muy distinta a la que tenían en Europa.

Los recién llegados descubrían una fauna exuberante, con ruidos nada comparables a los que se oían en los bosques europeos. Como si el hombre civilizado no hubiese entrado en la selva. Los únicos que podían vivir allí eran los indios guaraníes. Ellos vivían en armonía con el entorno, eran «los hijos de la selva» y Santiago los describió de un modo realmente mágico.

Relaciona el río Paraná con el Jordán como la nueva representación del mestizaje, símbolo de un renacer, y como una forma de agradecimiento a la tierra que los acogió: «los nuevos niños, de ojos azules, extraña luz reflejan y esa luz, brilla como nueva Aurora» (p. 639). Un nuevo país estaba naciendo. Existía una fusión entre indios y españoles. Convivían y vivían en concordia. Las culturas se mezclaban tanto como el patrimonio cultural y el Paraná vino a ser un lugar donde bautizaban a los niños. Santiago nos presenta un continente en pleno movimiento, un continente de labor común y la cuna del mestizaje.

El sexto poema, *Realidad*, permite pasar del sueño (poema precedente, *Sueño dorado*) a la realidad, «abro los ojos para ver si es cierto lo que soñando viera» (p. 640). Todo lo mágico aparece de nuevo en cuanto Santiago vuelve a describir paisajes, como Iguazú, «maravilla eterna», rodeada de nubes doradas, de perlas de agua, puesta en relieve por una eterna luminosidad y por un perpetuo arco iris. Llega a transmitir al lector una imagen de paraíso terrestre donde todo vive en perfecta comunión y, además de ser un lugar idílico y maravilloso, su agua es el símbolo de la vida.

En su último poema *Noches correntinas*, el poeta sigue escribiendo al atardecer y a orillas del Paraná. Su arte se destaca cuando describe la avenida costera de Corrientes, que se extiende a lo largo del río tal un collar iluminado, al cual se añade un ambiente nocturno sereno y suavemente perfumado. Reina una atmósfera hechicera que define como las atmósferas típicas de Corrientes: unas luces de barcos que se vislumbran, una brisa suave, los ruidos típicos del río y los de la ciudad, como el *sapukay*. El *sapukay* es un grito lleno de angustia, de valor, de amor y de felicidad.

Es como si rindiese un homenaje a los indios guaraníes, ya que era su grito de guerra, «es el grito del malón Guaycuru» (grito de un salvaje, p. 643) o también un alarido de dolor o de amor. Existe otro poeta, nativo de Corrientes, Franklin Rúveda, que en su poema *Regreso a Corrientes*, lo declama con emoción.

Para acabar, después de esta retrospectiva y de este fuerte simbolismo del agua, Santiago vio en el caudal del río el ritmo de la vida: una vida que corrió rápidamente y que aprovechó de la mejor manera en Argentina, país que lo acogió y que vino a ser una Tierra

Prometida, ya que en ella llegó a cumplir sueños tanto profesionales como personales. Las últimas estrofas son particularmente intensas y llenas de emoción: la compara a una madre amamantando a su hijo «acógeme en tu seno, dulcemente cual si mi madre fueras» (p. 644). A esa tierra le debe todo, le permitió trabajar, vivir y fundar su familia. La bendijo tanto. La encontraba maravillosa y conmovedora. Es como si aquella tierra hubiese dado luz al poeta Santiago.

En esta serie de poemas, impregnados de romanticismo, alterna las emociones y el simbolismo. Son el lugar donde Santiago se expresa con plena intensidad. Se abre al lector y saca su fuente de inspiración del río Paraná. Su manera de escribir se impregna de un estilo literario que definiremos luego. Su curiosidad y su afán por descubrir, saber y aprender le permitieron añadir aún más poesía a su alma de poeta.



A mi familia argentina; a mis abuelos, Graziella y Quintín; a mi tía Miguelita; a mi madrina, Carmen (Casa Chinena); a mis padres, Migueleta y Jean Pierre; a mi hermano Franck; y a mi hija Valentina. Reciban esta modesta contribución como el vínculo que sigue uniéndonos.

Hoy, yo, que formo parte de su familia, les dedico este humilde análisis literario. La reedición de la obra de Santiago permite congregarnos a todos. Aunque vivamos en España, en Francia o en Argentina, él nos reúne. Su nombre sigue existiendo en nuestras memorias y dentro de poco tiempo otro varón tendrá el honor de llevarlo.

Toda mi familia está muy orgullosa de su periplo personal. ¡Ansotanos somos, no nos olvidemos de transmitir nuestra historia común!

Todo proyecto relacionado con el pueblo de mi alma trae en su seno mucha emoción. Siempre recuerdo con cariño las idas y venidas entre Francia y el Alto Aragón. Años de felicidad. En el tiempo de la globalización y la mundialización, no perdamos nuestras raíces.

AUDREY (CASA SERENA)



La vida de un inmigrante, memorias de Santiago Gastón Añaños

Alejandro MARTÍN SANZ

Las memorias de Santiago Gastón Añaños (Ansó, Huesca, 1886-Corrientes, República Argentina, 1975) son un ejemplo de cómo las personas a las que la historiografía no suele dedicar sus grandes biografías tuvieron también vidas dignas de ser contadas. En este caso, además, podemos caminar con Santiago por el territorio español, francés, brasileño, argentino, uruguayo y paraguayo llevados por sus propias palabras. Y esto es un privilegio que debemos valorar como merece.

Estas memorias fueron publicadas originalmente en dos tomos, aparecidos en 1950 y 1958 en la ciudad de Corrientes, donde Santiago pasó sus últimos 45 años de vida.

El primero de ellos llega hasta que alcanza los 33 años. Desde su nacimiento en aquella villa pirenaica, el 25 de julio de 1886, pasando por su llegada al Cono Sur en 1906, con apenas 20 años, hasta poco antes de su matrimonio con la también migrante ansotana Antonia Aznar, en 1920. El segundo tomo nos cuenta los casi cuarenta años que transcurren entre ese matrimonio y la publicación de la obra, en 1958. Años en los que, como él mismo nos explica,

a las aventuras quijotescas de los primeros tiempos, les sustituyó la serenidad de Sancho Panza, con una estabilidad geográfica, laboral y familiar sin precedentes.

Sus memorias, especialmente el tomo primero, alcanzaron cierto eco en los ambientes de cultura correntina, e incluso más allá, entre los círculos y centros de la migración española de las principales ciudades argentinas. Se valoraba no solo el dinamismo de su relato y el folclorismo de sus poesías, sino especialmente que viniendo de unos orígenes humildes alcanzara un acomodado estatus social, así como una gran capacidad de expresión y evocación con su escritura. Es decir, se le reconocía como la quintaesencia de la trayectoria migrante exitosa. Se le veía como el paradigma del hombre hecho a sí mismo, que con tesón en el trabajo llegó a mezclarse con los círculos de clases medias y burgueses de la ciudad de Corrientes, con negocio propio y una participación activa en la vida cultural de la ciudad.

Que su hija se convirtiera en una reconocida profesora de piano y solfeo probablemente fue la culminación perfecta; lo que mejor simbolizaba el progreso desde sus rústicos orígenes ansotanos y los rudos empleos que debió desempeñar en el campo y en las ciudades argentinas en sus inicios.

Pero siendo cierto todo eso, no lo es menos que antes de alcanzar esa posición participó activamente en los agrios conflictos laborales que enfrentaban cotidianamente a empleados y empleadores en el tenso mercado laboral argentino y uruguayo, de los que a menudo salió mal parado. O que debió contemplar impotente cómo el golpe militar de 1943 le expropiaba sin apenas explicación el fruto del trabajo de toda una vida. O cómo sus condiciones de vida y acceso a la sanidad acabaron con sus dos primeros hijos a una edad muy temprana. Luces y sombras que precisamente componen la trayectoria vital de buena parte de los millones de españoles que decidieron probar fortuna en América en esa era de las migraciones.

El proceso de reedición de esta obra se inició gracias al hallazgo de su primer tomo en una librería de viejo de la Córdoba argentina por el incansable buscador de tesoros Fico Ruiz. La Institución Fernando el Católico recogió el guante de la mano de su director

Carlos Forcadell y de Álvaro Capalvo, sin cuya tenacidad y compromiso personal esta obra no hubiera visto la luz.

Tiempo después llegaría la entusiasta colaboración de la familia en Argentina a través de Nelly Gastón, hija de Santiago, y de la hija de esta, Marisa López Gastón, y su yerno, Alberto Javier Seró. Así como de la familia francesa, Michèle Berniard Gastón, sobrina nieta de Santiago, y su hija Audrey Berniard, que ya se había mostrado muy activa en la recuperación de la memoria de su tío abuelo a través de varios trabajos en sus estudios universitarios y gracias a quien pudimos completar la obra con el segundo tomo.

El tesón que todas estas personas han puesto en la recuperación de la memoria de Santiago Gastón no es sino una muestra más de lo querido y recordado que fue y es. A Santiago y a todas ellas debemos agradecérselo.

• • •

Y el sol, con sus rayos de oro,
en el cielo se levanta
pintando la serranía
de una belleza fantástica
de color de sangre y fuego
como el pendón de mi patria.
¡Oh, paisaje pirenaico!
¡Oh, mañanita serrana!
Aunque me vaya muy lejos
siguiendo el vuelo del águila...
¿cómo poder olvidar
esta espléndida mañana?

Escribió el filósofo alemán Walter Benjamin que todo presente amenaza constantemente con olvidar los pasados en los que no se ve reflejado, en los que no se reconoce. Es decir, todas aquellas experiencias vividas que no constituyen un eslabón de la cadena de acontecimientos que desemboca en su ahora. Al igual que los leones devoran las crías de otros machos para que no sobrevivan más genes que los suyos, sociedad e individuos llevamos a cabo un proceso de recuerdo selectivo. Un ejercicio de iluminación mezcla

de voluntad e impotencia que deja a oscuras la mayoría de las secuencias vividas y arroja luz únicamente sobre aquellas piezas que no solo no generan contradicción alguna con nuestro presente sino que lo justifica como el mejor o el único posible.

Siguiendo esta línea, Juan José Carreras preguntó por qué lo llamaban historia cuando querían decir memoria. Es decir, señaló los procesos mediante los cuales una línea histórica se convierte en la única. O, cuando menos, en la hegemónica, ocultando muchos momentos que fueron importantes para otros colectivos o individuos. Simplificar un relato histórico, desprenderlo de sus vidas paralelas, de sus callejones sin salida y futuros en potencia, o de sus otros protagonistas y experiencias, significa instrumentalizarlo para someterlo a los intereses de los ganadores. Aquello que no se recuerda es como si no hubiera existido.

Esto bien se puede ver con los relatos nacionales, que se han conformado y difundido a costa de imponerse sobre otras percepciones del pasado de los colectivos humanos. La modernidad que desarrolla el capitalismo en el siglo XIX extiende unas lógicas esencialmente distintas de las que venían funcionando durante la Edad Moderna.

En los jóvenes e independientes Estados americanos las élites blancas emprendieron vigorosamente la tarea de negar —muchas veces mediante la propia eliminación física— cualquier vestigio de indigenismo o negritud en sus almas europeizantes. Así, para los grupos hegemónicos y para buena parte de los subalternos pronto lo ideal se convirtió en lo real, asumiendo de forma más o menos crítica estos discursos nacionalistas dominantes. Del mismo modo, se ensalzaron las virtudes del proceso, se omitieron o justificaron sus violencias y se banalizaron las resistencias tachándolas de anecdóticas y reaccionarias.

Es por esto que el análisis de los procesos migratorios ha sido siempre un tema especialmente delicado para el estudio histórico. Al fin y al cabo, es difícil no calificar de violento un proceso que fuerza a millones de personas a dejar sus casas y a asentarse definitivamente en unas ciudades que, especialmente durante el siglo XIX, fueron espacios extremadamente desagradables de habitar para la mayoría de sus habitantes, ya fueran estas capitales americanas, europeas o provinciales.

Por supuesto, estos grandes procesos suelen estar ausentes de los relatos nacionales. Y si están presentes, como pueda ser el caso de Estados Unidos y su expansión hacia el Oeste, se da una imagen extremadamente idealizada de ellos, que omite la consideración de las condiciones de vida de los colonos y la «mudanza indígena», y lo barniza todo con la épica heroica y viril de la conquista.

Al lado de la violencia también aparece la vergüenza como elemento que invita a la negación. Al fin y el cabo, que la propia ciudadanía deba dejar el país o incluso que deba concentrarse en pocas macrociudades es difícil no verlo como un fracaso del Estado, que al menos sobre el papel tiene la responsabilidad de garantizar las condiciones de vida de sus ciudadanos. No tardó mucho en ponerse de manifiesto que el capitalismo y su distribución geográfica de la producción tenían otros planes para su ciudadanía. Por el contrario, esos relatos se limitaron a hablar de índices de producción, de exportación de mercancías o de consumo, cuando no se entretuvieron directamente elaborando listas de las ciudades más pobladas, como si fuera un orgullo presentar los barrios más atestados o más inco-municados.

Las memorias de Santiago Gastón se tornan especialmente interesantes cuando las vemos a la luz de la advertencia de Benjamin. Cuando trascendemos la primera tentación de criticar sus carencias y pasamos a leerlo «a contrapelo». Es decir, nos fijamos en lo que está ausente o diluido, en lo que el propio autor omite o banaliza. Esas elipsis nos cuentan más que la exposición de hechos que él refiere. Y dejan claro que no existe lo oculto sino lo ocultado.

No podía ser de otro modo. No perdamos de vista que cuando Gastón se sienta a escribir estas memorias ya están presentes todos los acontecimientos vividos por el autor hasta ese momento, aunque el lector los descubra conforme la lectura avanza. Ese ejercicio, insisto, no necesariamente consciente, juega sobre los recuerdos y sobre su plasmación.

Del énfasis que Gastón pone sobre el ansia viajera de los anostanos, por ejemplo, probablemente no era tan consciente durante sus años mozos. Y tampoco lo sería en su edad adulta si no fuera porque él, finalmente, optó por emigrar definitivamente a un país extranjero. Si bien no es fácil desentramar lo que de presente se

proyecta en el pasado, sí podemos tener claro que es un ejercicio que se realiza sistemática e inevitablemente. Por ello el historiador Benedetto Croce nos hizo notar que siempre se hace historia contemporánea. Historia del tiempo presente, si se quiere. Aunque nos esté explicando la caída del Imperio Romano o los patrones de poblamiento de los pueblos neolíticos.

Así, toda escritura autobiográfica tiene una parte de intento de justificación. De exorcismo de las contradicciones pasadas a través del dibujo de un mundo en el que están resueltas. Tanto de los pequeños conflictos sin aparente importancia, como de procesos especialmente traumáticos, como son el abandono de la infancia y la inserción en un nuevo ambiente y geografía, generalmente más hostil que el del origen.

Este mismo ejercicio lo podemos encontrar de una forma parecida también sobre la memoria colectiva anotana y pirenaica. Desde el fin del siglo XVIII y, especialmente, durante el siglo XIX se llevó a cabo un agudo proceso de descomposición de buena parte de las inercias económicas, sociales y culturales que conformaban desde siglos atrás la cotidianidad en estos pueblos. La introducción de las lógicas capitalistas fue transformando lenta pero profundamente estas comunidades montañesas e insertándolas en dinámicas y espacios (económicos, sociales y culturales) muy diferentes y generalmente mucho más amplios. Si se quiere, fueron perdiendo auto-centralidad, y pasando a depender de lugares, economías y culturas remotas.

Durante el siglo XIX se llevó a cabo lo que Eric Hobsbawm y Terence Ranger llamaron «la invención de la tradición»³. Al igual que Gastón encontró alivio escribiendo una versión de su historia que le permitiera deshacer los nudos y espantar sus fantasmas, los colectivos occidentales debieron también generar discursos que les permitieran asumir la ruptura y la contradicción subyacente a los traumáticos cambios que se estaban dando. La desarticulación de las economías tradicionales, de las relaciones sociales que conlleva-

3 Eric Hobsbawm y Terence Ranger, *La invención de la Tradición*, Crítica, Barcelona, 2005.

ban y de los imaginarios que las amalgamaban y reproducían vino suavizada, entre otras cosas, por la aparición de estos relatos y de su transmisión a través de los rituales nacionales. Estos relatos, así, estarían compuestos por una serie de imágenes que tradicionalizan las formas socioeconómicas y culturales del presente insertándolas en una supuesta trayectoria histórica, intrínsecamente vinculada a la comunidad.

Así, desde la vestimenta a las festividades, músicas y bailes, los cultos religiosos, los paisajes y las estaciones, los caracteres regionales o las lenguas se erigen en espacios nacionalizados en los que se lleva a cabo la consagración de modelos de pasado seleccionados o directamente inventados, cuyo objetivo es hacer más fácil la integración en el seno de la comunidad de las transformaciones del momento, y de las nuevas identidades de género, clase y nación. En nuestro caso, las primeras páginas del relato de Gastón, en las que nos describe su «escenario», así como otras referencias al carácter aragonés que se deslizan a lo largo del texto, constituirían parte del modelo ansotano, aragonés y español de esta nación.

Aunque muchas veces se haga de forma «banal», como diría Michael Billig, el texto de Gastón recoge un sinfín de momentos y rituales cuyo objetivo es anclar en la tradición estas formas económicas, sociales y culturales propias de un sistema capitalista, o en transición hacia él⁴. No es casualidad que Gastón comience su relato describiéndonos el idealizado paisaje montañés, destacando su aislamiento y mantenimiento de las tradiciones, precisamente en el momento en que más fuerte estaban actuando sobre él todas las fuerzas de la «modernidad». También los rituales sociales religiosos de peregrinación a la Virgen de Puyeta, por ejemplo, cuyo origen se pretende remontar a la noche de los tiempos —aunque el significado del acto ya no sea el mismo—, se erigen en espacios de refuerzo y anclaje de estas nuevas identidades.

La historia de Santiago Gastón no es una historia extraordinaria. Durante su infancia acudió a la misma escuela que la mayoría de los

4 Michael Billig, *El nacionalismo banal*, Capitán Swing, Madrid, 2014.

ansotanos y ansotanas de su edad, con la misma maestra y el mismo maestro. Durante su juventud pastoreó su entorno por los mismos senderos que sus antepasados y contemporáneos, y rondó los mismos balcones que sus tíos y abuelos habían rondado, tomando sus coplas prestadas de las mismas fuentes que ya nadie recordaba. Cuando decidió cruzar los Pirineos, sus hermanas ya estaban al otro lado. Y cuando embarcó en Burdeos rumbo a América, lo hizo con otros trescientos españoles en un barco bastante parecido al que continuaban utilizando anualmente miles y miles de europeos.

Al llegar a Buenos Aires y a Montevideo no tuvo problema para que sus paisanos le encontraran trabajo a través de sus negocios, abiertos décadas atrás. Y, junto a él, millones de forasteros pulularon por las calles de las principales capitales americanas. En sus empleos —tanto en la ciudad como en el campo— tampoco sorprendió su origen, pues otros muchos musicaban el ambiente con acentos e idiomas llegados de las cuatro esquinas del mundo.

Es precisamente este carácter «ordinario» de las experiencias de Santiago Gastón, compartidas con tantos y tantas, lo que hace que su relato sea de una extraordinaria relevancia. Gastón no nos cuenta *su* vida. Gastón nos cuenta parte de la vida de los miles de montañeses —desde el Golfo de Vizcaya hasta el Cabo de Creus— que vivieron las agudas transformaciones sociales y económicas de la segunda mitad del siglo XIX, y que afectaron de forma extrema a los ecosistemas de montaña. Nos cuenta, también, su movilidad valle abajo por una y otra vertiente, a caballo entre los territorios españoles y franceses. Nos habla de todos aquellos europeos que quisieron llevar esa búsqueda de oportunidades hasta las jóvenes repúblicas americanas, que vivieron un verdadero *boom* alimentando a la creciente población de europeos de ambas orillas. O de cómo estos europeos se sirvieron de sus redes de paisanaje para insertarse en esas «neoeuropas» americanas, y de las trayectorias profesionales que siguieron en esas nuevas tierras. Nos habla del sistema de trabajo en estas sociedades en constante proceso de reforma, en constante proceso de extensión hacia el interior, hacia el Norte, hacia el Sur. Nos habla de algunos rincones escondidos de la geografía americana, pero que también supieron encapsular toda la epopeya del proceso migratorio. Nos habla de las posibilidades de progreso que pudieron encontrar los migrantes más afortunados y de cómo las

botas militares siguieron marchando a menudo durante el siglo XX. Sobre todo ello y más nos habla esta historia de Santiago Gastón en su recorrido por las principales décadas del proceso de la migración europea hasta 1958.

Ansó

A menos de una década del nacimiento de Santiago, según el censo de 1877, la población «de derecho» en el municipio de Ansó ascendía a 1997 habitantes. Sin embargo, la población «de hecho» en el momento exacto de elaborar el registro ascendía a apenas 1615 habitantes. Solo una década después, la población «de derecho» se mantenía prácticamente igual (1933), mientras que la «de hecho» había descendido hasta los 1354. Esta diferencia entre los que oficialmente constaban en los registros como residentes en Ansó y los que realmente se encontraban en el municipio en el momento de realizar el recuento, da buena cuenta de la movilidad que presentaba el valle en esas décadas de fin de siglo. Y de cómo ese grupo de ausentes había crecido de un recuento a otro. Según en qué momento del año se hiciera, hay que tenerlo presente, la divergencia entre un parámetro y otro podía variar significativamente. Ya lo deja bien claro Santiago Gastón en su relato, cuando nos cuenta cómo en invierno y hasta la primavera el pueblo se vaciaba de adultos jóvenes y quedaban apenas niños y viejos.

TABLA DE POBLACIÓN DE ANSÓ. Fuente: INE

	1842	1857	1860	1877	1887	1897	1900	1910	1920
Población de hecho	...	1686	1773	1615	1354	1205	1192	1136	950
Población de derecho	1187	1997	1933	1592	1549	1474	1226
Hogares	192	377	375	447	475	377	379	415	295

En 1920, treinta años después, la población «de hecho» se ha reducido hasta los 950, sobre un total de 1226 censados «de derecho». Ambas cantidades han menguado significativamente en el lapso de esta generación, que es la que ve nacer y marcharse de

Ansó también a Santiago Gastón. Generación que se puede considerar, así, como el eslabón entre dos repertorios muy distintos de movilidad.

El propio Santiago realiza un pintoresco fresco del efecto del paso de las estaciones en la vida ansotana. Empieza por la primavera. Nos cuenta cómo el 21 de marzo, cuando en la mayor parte de España comienza a mejorar el tiempo, aún están las calles llenas de nieve y sale continuamente el humo por las chimeneas. Entre abril y mayo la nieve se va retirando de los rincones más fríos. Durante el invierno únicamente han permanecido en el pueblo «viejos, algunos hombres, mujeres y niños». Pero desde mayo comienzan a regresar los ansotanos a casa, comenzando por los «gabachos», es decir, los que han pasado el invierno al otro lado de los Pirineos y que al abrirse los pasos regresan por la «Venta Alta» de Isaba, en el valle vecino de Roncal, en Navarra. A continuación regresan los pastores con sus rebaños, que han pasado el invierno en la «Ribera», ya sea en las Cinco Villas, en Gurrea de Gállego o en la Foya de Huesca. A partir de entonces, todo es vida. Los mozos salen a rondar las noches, florecen los trigos y se doran las cebadas.

El verano, por su parte, comienza con la siega del trigo, actividad de la que participa todo el pueblo en común. Mientras, los pastores, mayoriales y repatañes suben a los puertos a blanquear los mojones y rehacer las chozas, afectadas por las copiosas nevadas invernales, mientras guardan los rebaños por los prados. Estos pastores bajarán de los puertos cuando de nuevo amenacen las nevadas con dejarlos encerrados.

Mientras, en el llano, el otoño trae la nueva siembra de trigo. El 21 de septiembre, San Mateo, con sus tres días de «juerga, rondas, bailes y toros» marca el fin del verano. La fiesta es aún mayor por cuanto indica a mozos y mozas que han de dejar el pueblo en breve. Desde poco después, Ansó queda de nuevo cubierto por la nieve durante los siguientes siete meses. Únicamente la correspondencia llegada de Francia, la Ribera o América recupera la comunicación de los niños, madres y ancianos con el exterior del pueblo.

Por movilidad, así, como nos cuenta Santiago, debemos entender todo desplazamiento realizado fuera del núcleo cotidiano, sea de la naturaleza que sea. Temporal, estacional, definitivo, «en cor-

to», en etapas, en cadena, laboral, familiar, etc. Es decir, desde las visitas semanales al mercado comarcal hasta el matrimonio fuera del municipio de origen o la trashumancia. A lo largo del tiempo, cada momento histórico ha presentado una situación socioeconómica concreta, que ha priorizado unos tipos de movilidad u otros para intentar optimizar al máximo los recursos disponibles.

Así, el repertorio de movimientos que los miembros de cada familia realizaban ha ido variando con el tiempo. Aunque siempre han existido movimientos de todo tipo, se admite que por lo general hasta el novecientos fueron más habituales los desplazamientos a lugares cercanos y las estancias más o menos breves fuera del núcleo familiar.

Sin embargo, desde el siglo XIX se hicieron cada vez más frecuentes los movimientos que mantenían a uno o varios miembros de la familia fuera de la localidad de referencia durante un tiempo cada vez mayor. Frecuentemente pasaban meses o años antes de regresar. Con el tiempo, este plazo se fue dilatando y a la altura del siglo XX ya eran numerosos los desplazados que no regresaban al núcleo original, al menos no de forma permanente, asentándose definitivamente en el último destino.

La explicación de estas transformaciones en los patrones de movilidad la debemos buscar en la redistribución geográfica y sectorial de la producción que vino con el desarrollo del sistema capitalista. A medida que la producción de bienes y servicios se fue polarizando, arrebatando a las regiones su relativa «autocentralidad», los individuos y las sociedades debieron seguir esta producción allá donde fuera. Es decir, por ejemplo, si tradicionalmente los pequeños talleres artesanales de cada comarca se habían encargado de fabricar y distribuir por las ferias regionales sus productos, ahora, con el surgimiento de los grandes centros industriales durante el siglo XIX, estos artesanos se vieron obligados a trasladarse a esos núcleos y a convertirse allí en trabajadores asalariados, o a cambiar de oficio.

En el ámbito de la producción agropecuaria se llevó a cabo un proceso semejante. La concentración y la especialización de ciertas regiones en el trigo o la vid dejaron sin capacidad de competir a los pequeños propietarios de otras regiones y les condujo a menudo a emplearse como jornaleros en esas regiones que ahora requerían

de una mano de obra estacional muy numerosa, y de la que no disponían. Además, el sector público, relacionado con la extensión del Estado liberal, y el sector servicios, que intermediaban en la distribución de productos tras la polarización de su producción, vio en las medianas y grandes capitales el espacio óptimo donde desarrollarse.

Por supuesto, por muy aislada que pudiera parecer la población, también hasta Ansó llegó esta ola de cambios⁵. A la altura del final de siglo, más o menos con el nacimiento de Santiago Gastón, el repertorio de los ansotanos combinaba de forma bastante paradigmática algunas formas de movilidad arrastradas desde siglos atrás, con otras que solo fueron posibles con un capitalismo avanzado.

Entre las primeras podemos encontrar las invernadas valle abajo, acompañando a los ganados hacia pastos más verdes, tal y como ya lo hicieron los antepasados de Gastón siglos atrás. Entre las segundas, la emigración estacional a los talleres del Sur francés, o a los principales núcleos urbanos americanos, que aumentaron de forma masiva la demanda de mano de obra únicamente cuando su especialización agroexportadora y el desarrollo de los medios de transporte permitieron su plena inserción en la economía mundial capitalista en tanto que tales.

Progresivamente, las familias ansotanas añadieron la opción de la emigración transatlántica junto con la de la trashumancia, pudiendo de este modo diversificar su elección colocando a sus miembros en distintos mercados de trabajo.

En todo caso, no tardaron mucho tiempo en comprobar que muchas de esas formas de movilidad eran incompatibles entre sí. Pronto la carne que salía de la pampa argentina llegó a Europa a precios más bajos que la producida por los pastores ansotanos, tornándose la opción del pastoreo invernal cada vez menos atractiva. Y, simultáneamente, ganaban peso relativo las nuevas movilidades, extendidas durante el siglo XIX.

5 Fernando Collantes Gutiérrez, *El declive demográfico de la montaña española (1850-2000): ¿un drama rural?*, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Secretaría General Técnica, Madrid, 2004.

Los inviernos en el Sur de Francia, en el servicio doméstico, las fábricas de calzado y la construcción de edificios o carreteras requirieron también para hacerse habituales de una transformación del tejido productivo y del Estado francés, estrechamente ligados al desarrollo capitalista y liberal del siglo XIX. Las fábricas de calzado de Mauleón pudieron ampliar su tamaño y contratar cada vez más empleadas porque los ferrocarriles y carreteras que el Estado construía llevaban esos productos hasta mercados cada vez más lejanos.

Además, el crecimiento urbano que los núcleos industriales y terciarios permitían fue aumentando la población que se podía permitir cambiar de calzado con más asiduidad o contratar a una o varias empleadas domésticas.

Pronto, en estos núcleos industriales y de servicios, la demanda de mano de obra se fue haciendo cada vez más continua, presentando una oferta laboral no limitada a los ciclos estacionales. A lo largo de esta aventura de búsqueda de trabajo, muchas familias optaron por «enviar» durante algunos años o indefinidamente a uno o varios de sus miembros a esas ciudades, consiguiendo así la doble ventaja de liberarse de una boca que alimentar y acceder a los envíos de remesas que esos salarios urbanos permitían. La movilidad se fue haciendo cada vez a núcleos más distantes y de forma más permanente, conforme el capitalismo definía y concentraba sus polos productivos a escala nacional e internacional.

Los estudiosos coinciden en calificar estas décadas de finales del siglo XIX y durante el primer tercio del siglo XX como las de mayor movilidad geográfica del período, ya que combinaba las formas clásicas —más temporales y cercanas— con las nuevas formas económicas propiamente capitalistas. Pasado ese tiempo, la producción económica y, con ella, la movilidad se fueron concentrando en el éxodo rural hacia las cada vez más grandes ciudades, reduciendo significativamente el abanico de movimientos.

El historiador José Carlos Moya, en su magnífico estudio de las migraciones españolas a Buenos Aires, *Primos y extranjeros: la inmigración española en Buenos Aires, 1850-1930*, describió lo que él llama las cinco grandes «revoluciones» de la modernidad, que habrían permitido y favorecido que la emigración transatlántica de la que participó Santiago Gastón se convirtiera en el tipo paradigmático.

mático de movilidad europea a finales del siglo XIX y principios del XX⁶. Estas revoluciones serían la demográfica, la liberal, la agrícola, la industrial y la de los transportes.

En el aspecto demográfico, se vivió una importante modificación de los patrones de natalidad y mortalidad. En una primera fase, el control de las enfermedades y la mejora del acceso a una mejor alimentación y a medidas higienistas permitieron reducir la alta tasa de mortalidad infantil característica del Antiguo Régimen. Sin embargo, se mantuvieron durante ese período las altas tasas de natalidad, produciéndose un significativo aumento de la población. En un segundo momento, y para compensar estas tasas de supervivencia de los recién nacidos, se redujo la tasa de nacimientos, alcanzando así niveles de reproducción demográfica más sostenibles.

Especialmente en una economía agrícola que cada vez podía alimentar a más trabajadores urbanos con menos trabajadores rurales, este aumento de la población rural implicó una importante sensación de saturación en el campo. Así, la emigración entró en acción para sustituir a pestes, guerras y otros mecanismos tradicionales de regulación demográfica. Este fenómeno de transición demográfica se dio primero en los territorios sobre los que antes actuaron las demás transformaciones del período, esencialmente las zonas de costa y las grandes ciudades, quedando casi todo el interior español con tasas semejantes a las del Antiguo Régimen hasta fechas más tardías.

La segunda de estas transformaciones fue el proceso de transición hacia un Estado liberal. Las ideas de libre circulación de personas, no solo dentro del propio estado, sino entre estados y continentes se fueron extendiendo conforme las anteriores leyes que vinculaban a los campesinos a la tierra se fueron sustituyendo por las formas de propiedad plena, propias del sistema capitalista. Pronto el crecimiento demográfico y los temores malthusianos de sobre población alentaron al estado a discutir la máxima mercantilista que vinculaba la riqueza de una nación con el número de habitantes con que contaba. Así, desde 1857 se levantaron las prohibiciones de emigrar a

6 José Carlos Moya, *Primos y extranjeros: la inmigración española en Buenos Aires, 1850-1930*, Emecé, Buenos Aires, 2004.

las repúblicas independientes americanas e incluso desde 1869 se reconoció como un derecho inalienable, recogiendo así una de las demandas del liberalismo heredero de la Ilustración.

No obstante, el estado español mantuvo un especial interés en evitar que los varones de entre 18 y 23 años, en edad de hacer el servicio militar obligatorio, emigraran sin dejar una cuantiosa suma que comprara su redención. La huida de una milicia prolífica en mutilaciones y fallecimientos actuó como un acicate más para los varones jóvenes, que consiguieron con relativa facilidad saltarse los controles impuestos por el Estado, sobre todo desde las regiones con frontera internacional emigrando desde puertos franceses como Bayona o Burdeos. Aunque Santiago no lo explique en su relato, es difícil no pensar que, dada su edad en el momento, esto pudo contar como un factor importante a la hora de decidirse a dar el salto.

Al fin y al cabo, y como recuerda Moya, para la mayoría de los ciudadanos los ideales liberales que se iban extendiendo a lo largo del siglo XIX quedaban en retórica de difícil aplicación. La libertad de expresión y de prensa no servía de mucho a los aldeanos españoles, con unas tasas tan altas de analfabetismo. Ni el derecho de voto, reinstaurado para los varones en 1890, pero acostumbrados como estaban a los usos caciquiles. La libertad de movimiento, por el contrario, sí permitía una práctica más directa, un derecho más palpable. Y así fue puesta en práctica por hasta 4 millones de españoles, para gran satisfacción del nuevo sistema de economía mundial integrada que se estaba imponiendo.

La tercera transformación es la agrícola. A lo largo de este proceso de transición hacia un sistema de propiedad capitalista, las tierras comunales se cercaron y privatizaron y se extendieron lógicas de producción orientadas hacia el mercado y no hacia el consumo de la comunidad productora, a la vez que se llevaban a cabo desamortizaciones y ventas de tierras de la nobleza y de la Iglesia que pretendían crear amplias capas de propietarios. Si añadimos la leve pero real mejora de la productividad mediante la innovación técnica y tecnológica, se refuerza aquí la sensación de exceso de mano de obra en muchas áreas rurales españolas.

Sin embargo, Moya nos advierte de los peligros de dar credibilidad a las quejas de la época que achacaban este éxodo a la miseria

provocada por estas transformaciones. Por el contrario, sus estudios han demostrado que las regiones desde las que más intensamente se emigró fueron aquellas que presentaban un desarrollo mayor y más democráticamente repartido. Además, entre los que decidieron emigrar solía haber un mayor acceso a recursos que entre los que se quedaban. Al fin y al cabo, la emigración, sobre todo la internacional, siempre presentó una selectividad importante, ya que no todos disponían de los medios necesarios para emprender un viaje de estas características.

De hecho, los municipios del norte de Navarra, por ejemplo, muy próximos a Ansó, figuraron durante ese período entre las áreas más igualitarias de España en el reparto de la propiedad. Y ya a mediados del siglo XIX las salidas desde esas comarcas se encontraban a niveles de las regiones europeas más emigrantes. Así, más que huyendo de la pobreza, la mayoría de los pirenaicos que optaron por la emigración a América se estaban dejando llevar por otros factores también llegados con la transformación capitalista, como la desarticulación de los sistemas mentales del Antiguo Régimen, la inseguridad, la desafección o la ambición y el aprovechamiento de las oportunidades.

En toda la Europa Occidental, la expansión del proceso de industrialización se realizó de forma paralela a la expansión de la «fiebre de la emigración»⁷. Las zonas más industrializadas y urbanizadas de España —Cataluña y el País Vasco— fueron las que de forma más temprana e intensa se lanzaron a cruzar el Atlántico. Al fin y al cabo, la extensión de las formas de producción industrial tuvo un efecto desarticulador importante sobre las formas artesanales previas. Además, las sociedades que estaban participando de un proceso de migración interior encaraban con cierta disponibilidad el siguiente paso de la emigración exterior. No pocos de los emigrantes que viajaron a América desde los puertos catalanes y cantábricos habían acudido previamente hasta ellos en busca de trabajo desde municipios en ocasiones lejanos.

7 Sidney Pollard, *La conquista pacífica de Europa: la industrialización de Europa, 1760-1970*, Prensas Universitarias de Zaragoza, Zaragoza, 1992.

En el caso de Santiago Gastón, al igual que otros ansotanos y pirenaicos, el salto a América no fue sino la última etapa de una cadena de desplazamientos que lo habían ido llevando cada vez más lejos. Valle abajo por ambas vertientes, más hacia el Norte en Francia y, finalmente, hacia el Río de la Plata.

En ocasiones este proceso se hizo incluso con una temporalidad generacional. Una pareja migraba a los núcleos industriales cercanos y sus hijas e hijos, muchas veces nacidos ya en esos núcleos, emigraban en su edad adulta a América. Es conocido, por ejemplo, el destacado número de aragoneses que partieron desde el puerto de Barcelona después de probar fortuna en la Ciudad Condal. Por último, también la industrialización puso a disposición de los habitantes de las grandes ciudades europeas y americanas un modelo de consumo de manufacturas y ocio que actuó como importante factor de atracción.

Para los campesinos españoles de finales del XIX, tan importantes eran la lluvia o el sol como el «frío y la guerra en Sebastopol». Así se hacía referencia a la importancia que el mercado de granos había adquirido a nivel mundial. Las malas cosechas en los territorios agroexportadores del Imperio Ruso garantizaban un menor y más caro suministro de los granos de aquel país, que en condiciones normales no tenían competencia en el mercado interior español. Al igual que los de Europa Oriental, los granos argentinos y norteamericanos pronto hubieran inundado los mercados españoles si no fuera por las intensas medidas proteccionistas que se aplicaron a finales del siglo XIX. Y algo semejante se podría decir de las manufacturas inglesas o alemanas. El desarrollo de la producción agroganadera e industrial y, sobre todo, los medios de transporte de alcance transcontinental, precarizaron los tradicionales equilibrios de producción y consumo españoles.

Además, el aumento de la capacidad de las embarcaciones y de la red ferroviaria —que facilitaba la llegada de migrantes desde el interior hasta los puertos— permitió empezar a ver a estos pasajeros como una «mercancía» más, y cada vez más rentable. Miles de europeos como Gastón subían a los barcos tras descargar estos las materias primas americanas, cerrando así un negocio redondo. Finalmente, la reducción del tiempo de viaje y del precio de los billetes hizo el resto.

Francia y América

Si me quieres escribir
te diré mi paradero
Mauleón, calle Mayor,
en el taller de «Chevero».

¿Qué resplandor será aquel
que se ve allende los mares?
Sin duda, serán las luces
que alumbran a Buenos Aires.

Como suele ocurrir entre países vecinos, por mucha cordillera que los separe, las relaciones demográficas entre ambas vertientes de los Pirineos han sido históricamente muy fluidas. Se puede hablar, así, de una región relativamente integrada que iría desde el Valle del Ebro hasta el Midi francés, a través de unos pasos mucho más permeables de lo que se pudiera intuir. Si bien durante la Edad Moderna podemos decir que predominaron los viajes norte-sur, de franceses y europeos atraídos por la prosperidad y demografía de la España Imperial, desde mediados del siglo XIX se fueron imponiendo los de sentido inverso. Con este cambio de tendencia tuvo que ver el desigual desarrollo económico seguido por ambos países desde el siglo XVIII y, sobre todo, durante el XIX. Tengamos en cuenta, en todo caso, que hasta bien entrado el siglo XIX muchos de estos migrantes transfronterizos ignoraban estar pasando a otro Estado, ya que la conciencia de frontera tal y como la conocemos hoy no aparece hasta que los Estados-nación de la era contemporánea disponen de medios para controlarlas efectivamente, y para inculcar entre sus ciudadanos el sentimiento y la utilidad de la pertenencia a una nación.

El caso de Gastón es ilustrativo. Él se da cuenta de estar cruzando una frontera internacional —y no solo entre comunidades de valle— cuando ve la señal que así lo indica, y no antes. Ni siquiera el idioma era un factor clave, al existir una serie de hablas compartidas entre ambas vertientes que generaban más comunidad que las mal aprendidas lenguas oficiales nacionales (por lo menos hasta el último tercio del XIX).

Durante el siglo XIX, miles de españoles, sobre todo de las regiones más cercanas a la frontera, se desplazaban cada año en busca de una oferta laboral que no podían encontrar en sus localidades de origen. Así, a la altura de 1830 contamos unos 15 500 españoles asentados en Francia. En ese momento, hasta 67 000 belgas, 33 000 italianos y otros tantos alemanes también habían decidido instalarse allí, constituyendo los españoles, pues, el cuarto grupo migrante en el país galo.

Por aquel entonces, aún son mayoría los que no se asientan definitivamente, sino que deciden volver tras participar en la temporada de cosecha o de vendimia en el mediodía francés, o bien ofrecer su fuerza de trabajo en las crecientes ciudades francesas, por ejemplo como criadas, transportistas o albañiles durante el invierno o algunos años. Solo algunas grandes ciudades del Sur como Burdeos, Pau o Perpiñán consiguieron tener importantes colonias permanentes de españoles desde mediados del XIX.

A finales de siglo, cuando Santiago Gastón y sus paisanos recorrían en grandes números el Sur francés, entre 80 y 100 000 españoles vivían ya en todo el país, aunque todavía un porcentaje importante de ellos —como buena parte de los ansotanos— lo hacía de forma estacional.

Se calcula, por ejemplo, que hasta 25 000 temporeros españoles acudían cada año a l'Hérault, importante zona vitivinícola en la costa mediterránea francesa, para regresar posteriormente a sus casas, esencialmente en el Levante valenciano y murciano. Sin embargo, con el tiempo, esta emigración española pasó de ser principalmente agrícola y temporera a dedicarse en mayor porcentaje a tareas industriales y comerciales, y con vocación de permanencia. A la altura de 1910, la mitad de los españoles en Francia estaban ocupados en trabajos de la industria, por ejemplo las ansotanas del calzado de Mauleón o la construcción de caminos, y ya solo un 27% en tareas agrícolas.

La Gran Guerra marcaría un punto de inflexión importante en el proceso migratorio español a Francia, si bien para aquel entonces Gastón ya no recorría el Mediodía francés —aunque sí los ansotanos que se quedaron en Europa, entre ellos, sus hermanos y hermana—. Desde entonces, las cantidades de españoles se multi-

plicaron, ahondando en los tipos de emigración hacia Francia que ya se venían apuntando anteriormente. Por ejemplo, una de carácter esencialmente rural y con un alto grado de temporalidad, que se orientó hacia las regiones francesas de Aquitania, de un lado, y el arco mediterráneo que va desde Perpiñán hasta Marsella, del otro. Hacia el Occidente acudieron principalmente gentes venidas de Castilla la Vieja y de las provincias vascas, navarras y aragonesas, como fuera el caso de Gastón. Hacia el Mediterráneo acudieron en mayor número migrantes de las regiones levantinas.

Otro tipo de migración fue la que culminaba en los núcleos urbanos de París y Lyón. Sobre todo en París, conforme avanzaba el siglo se fue formando una comunidad bastante numerosa de españoles. De hecho, como ha estudiado Natacha Lillo, a la zona de la Plana de Saint-Denis, al norte de la ciudad, se la acabó conociendo como la *Pétite Espagne*⁸.

En todo caso, cuando Gastón visitó Mauleón y Orthez, a pesar de ser Francia el país europeo que más españoles acogía, las cantidades de españoles allí no eran comparables con las americanas, que para todo el período supusieron hasta diez veces los números de Francia. Por poner otro caso ilustrativo, tan solo en Argelia, y sobre todo llegados desde la costa levantina, vivían unos 135 000 españoles en 1911, un número comparable al que había en la Francia metropolitana en ese mismo momento.

En esas mismas décadas, entre 1820 y 1930, y llevados por las cinco «revoluciones de la modernidad» de las que hablaba Moya, casi 60 millones de europeos salieron del continente. De ellos, cerca del 70% eligió América del Norte (32 millones a Estados Unidos; 5 millones a Canadá), mientras que un 20% optó como destino por la América Latina, especialmente el Río de la Plata, (6,5 millones a Argentina; 4,3 millones a Brasil; 700 mil a Uruguay). El resto se repartieron esencialmente entre Australia y África del Sur. Si bien es

8 Natacha Lillo, *La petite Espagne de la Plaine-Saint-Denis, 1900-1980*, Autrement, París, 2004. También es muy pertinente «La emigración española a Francia a lo largo del siglo XX: una historia que queda por profundizar», en *Migraciones y Exilios*, nº 7, 2006, pp. 159-180.

cierto que una buena parte regresó al Viejo Continente tras una estancia más o menos larga en América, la mayoría de ellos, así como sus descendientes, hicieron de las repúblicas americanas sus lugares de residencia definitivos.

Cerca de seis millones de españoles, sobre todo desde la costa Atlántica y catalana, participaron en este gran proceso migratorio. Su principal destino fue Argentina, seguida por Cuba y, a mayor distancia, por otros países como Brasil o Uruguay⁹. La cantidad de españoles que acudió a Estados Unidos fue bastante menor y lo hicieron de forma tardía. Justo cuando este flujo empezaba a adquirir niveles importantes en los años 1920 se aprobaron leyes que restringían la aceptación de inmigrantes en dicho país americano.

Por otro lado, los lazos históricos, culturales y sociales entre la Península Ibérica y las antiguas colonias hispanas aumentaban el atractivo de los países latinoamericanos por encima del de los anglosajones. Algo equivalente ocurrió por ejemplo con los ingleses e irlandeses, que apenas acudieron a los países suramericanos, concentrándose casi exclusivamente en Canadá y, sobre todo, Estados Unidos. Únicamente los italianos emigraron en grandes cantidades a ambos destinos, pero aun dentro de este grupo podemos diferenciar los italianos del Norte, que acudieron eminentemente a países como Argentina o Brasil, y los meridionales, que fueron los que más eligieron Estados Unidos.

Los principales puertos del golfo de Vizcaya, tanto del lado español como del francés, vieron zarpar numerosos barcos bien cargados de pasajeros que ambicionaban «hacer las Américas». Así, no fue raro que muchos de los vascos, navarros y aragoneses que habían estado recorriendo el Sur francés desde mediados del siglo XIX tuvieran un fácil acceso a los medios de comunicación y de transporte que llevaban informaciones y pasajeros de uno a otro lado del Atlántico, y, además, hubieran adquirido cierta predisposición y hábito migrante. Como ya se ha comentado, es significativo

9 Alejandro Fernández y José Carlos Moya (dirs.), *La inmigración española en la Argentina*, Biblos, Buenos Aires, 1999.

en este sentido constatar que las comarcas aragonesas más alejadas de los puertos cantábricos fueran las últimas, cuando lo hicieron, en incorporarse al éxodo oceánico, y prefirieran normalmente seguir los caminos de los vecinos catalanes o valencianos hacia sus capitales regionales, o acudieran a la propia capital zaragozana.

Los ansotanos, así como otros pueblos de las Cinco Villas y de la Jacetania, demostraron así que los ecos de Barcelona, Zaragoza, Valencia o Madrid, principales destinos para el resto de aragoneses, llegaban con poca fuerza hasta estas zonas del Pirineo, que seguirían compartiendo pautas migratorias principalmente con navarros y aquitanos. Y, como ellos, decidieron cruzar el océano en porcentajes nada despreciables, como lo demuestra la cantidad de ansotanos que Gastón se va encontrando allí donde va en Argentina y Uruguay. También por ello, era probable conocer a unos prósperos ansotanos indianos que le animaran a hacer las Américas y no tanto a otros cuya fortuna se hubiera forjado en el textil barcelonés o con los cítricos valencianos, cosa que sí ocurría, por ejemplo, en algunas comarcas del oriente turolense¹⁰.

Siguiendo las dinámicas de especialización productiva que trajo consigo el capitalismo, las jóvenes repúblicas del Río de la Plata se concentraron pronto en la producción agroganadera, en vistas a alimentar a la creciente y urbanizada población europea. Tenían a su disposición unos territorios inmensos y excepcionalmente productivos y solo les faltaba la población que los trabajara. En el momento de su emancipación en 1810, Argentina contaba con apenas medio millón de habitantes en todo el país y casi tres millones de kilómetros cuadrados.

Pronto se pusieron manos a la obra para fomentar la llegada de nuevos colonos europeos. Siguiendo la jerarquización racial en boga en la época, se intentó atraer a los norteeuropeos que desde mediados de siglo estaban poblando masivamente los territorios de América del Norte. Pero el efecto que tuvieron esas llamadas sobre estos grupos migrantes fue más bien reducido. Sin embargo, desde

10 Eloy Fernández Clemente y Vicente Pinilla Navarro, *Los aragoneses en América (siglos XIX y XX)*, Vol. I. *La emigración*, Gobierno de Aragón, Zaragoza, 2003.

los años 1860 empezaron a llegar masivamente migrantes del Sur de Europa, especialmente españoles e italianos, que si bien no eran la primera opción de los gobernantes americanos, sí servían para «poner en uso» sus tierras interiores, muy a pesar de las poblaciones indígenas que habían sobrevivido a los tiempos de la colonia.

Los millones de brazos dispuestos para el trabajo que llegaron durante el período, la aplicación de las técnicas más innovadoras en la producción agroganadera, el desarrollo de una extensa red ferroviaria y el dragado del puerto de Buenos Aires, convirtieron a Argentina en una de las despensas de Europa. Y, paralelamente, del mismo modo que las otras grandes capitales americanas, experimentó procesos de crecimiento y modernización comparables a los de las metrópolis europeas.

Cuando Gastón desembarca en Buenos Aires en 1906, esta es la mayor concentración de españoles fuera de España. Según el censo de 1909, hasta 174 000 de sus 1,2 millones de habitantes, tenían origen español. En 1904 eran 105 000, y crecieron hasta 306 000 en el censo de 1914, cuando pasa a ser con diferencia la tercera ciudad con más españoles, tras Madrid y Barcelona.

Durante esas décadas la ciudad tuvo un desarrollo urbanístico (cuantitativo y cualitativo) y demográfico similar al de las exportaciones del interior rural del país. Pasó de ser, a mediados del XIX, una ciudad más de la América hispánica, no especialmente importante, a ser, a principios del XX, la gran capital del Hemisferio Sur, la segunda gran capital del Atlántico —solo detrás de Nueva York— y la segunda capital latina —solo detrás de París—.

Montevideo, por su parte, alcanzó los 309 000 habitantes en 1908 sobre un total de 1 042 000 para todo el país. Se benefició también de la especialización agrícola regional y de su condición de capital administrativa uruguaya, aunque su crecimiento fue más limitado que el de Buenos Aires.

Pero, como bien dice Moya, para que destino y origen se acabaran poniendo en contacto no era suficiente con que hubiera razones para salir de Ansó y razones para ir al Río de la Plata. Al fin y al cabo, causas muy similares de atracción o de expulsión se dieron en otras muchas geografías que no recibieron o enviaron apenas migrantes, o cuando menos no desde Ansó y no hacia el Río de la Plata. Hizo

falta que existiera un nexo entre ambos extremos del proceso para que el fenómeno se desarrollara, sobre todo con tal intensidad.

A lo largo de las páginas de sus memorias, Santiago Gastón dedica no poco esfuerzo a convencernos de que su vida ha sido una lucha constante por recuperar las riendas de su destino frente a las presiones de su familia y entorno. Dejó sus ocupaciones como monaguillo en la parroquia del pueblo y una posible carrera eclesiástica cuando sus ansias de libertad le llevaron a beber el jerez de la sacristía. Dejó sus responsabilidades como pastor en los puertos fronterizos para iniciar una nueva vida en el Sur de Francia, en la construcción de caminos o fabricando calzado. Y, del mismo modo, decidió emigrar buscando el sueño americano, para gran disgusto de su familia, que tenía otros planes para él. O, al menos, así nos lo cuenta.

Pudiera desprenderse de su relato la idea de que estas empresas migratorias de las que participó eran un campo abonado para los espíritus libres, que huían de las coerciones de las atrasadas sociedades rurales del Viejo Continente. Aunque es indiscutible que en muchos casos ese afán de aventura fue un componente importante que decidió quiénes dentro del grupo emprendían la aventura y quiénes no, lo cierto es que estas experiencias se solían insertar dentro de las estrategias económicas concebidas a nivel familiar y comunitario, y no individual.

Es decir, que la emigración al Sur de Francia o a América, ya fuera con carácter temporal o definitivo, rara vez dejó de ser una decisión tomada dentro de la familia como mecanismo de diversificación de los mercados de trabajo de los que participaban sus miembros, siendo uno de los múltiples recursos con los que contaba la familia para subsistir, y no un capricho de un espíritu libre. Así, la sorpresa y oposición de sus padres y hermanos probablemente no fue tan intensa como sus palabras puedan indicar.

Más bien al contrario. Estas experiencias requirieron del apoyo explícito de la familia, que puso a disposición del migrante unas redes de paisanaje ya tejidas entre el origen y el destino del proceso. Cuando Gastón dejó sus rebaños y acudió a Mauleón, o después más al Norte hacia Orthez, no se encontró sino a paisanos suyos que le facilitaron el alojamiento y el acceso al mercado laboral. Si

estas redes no hubieran estado ya implantadas, señalando la falta de espontaneidad del hecho, difícilmente Gastón hubiera tomado esa decisión, o la hubiera llevado a cabo de una forma mucho más precaria y con más probabilidades de fracaso.

También el viaje a América se organiza gracias al apoyo de los contactos de su familia y de los ansotanos que ya viven en el destino. No por casualidad, la primera ciudad elegida una vez en América no es una de las grandes capitales del Río de la Plata o brasileñas, sino una ciudad Argentina de relativo segundo orden como Rosario de Santa Fe. Las ventajas que ofrecía el acceso a esta red de apoyo orientaban en buena medida la elección de destino, demostrando así su carácter condicionado y no espontáneo. Ciento es también que una vez sobre el terreno, conforme se van adquiriendo otras habilidades —otros capitales—, la importancia de estas relaciones se va suavizando, y se vuelven más decisivos otros aspectos como la formación, el acceso a la información por otros medios, los contactos con nativos y otros migrantes, etc.

En todo caso, pese a la emancipación funcional que con el tiempo logra Gastón respecto de estas redes, lo cierto es que él sigue manteniendo el contacto con ellas, entre otras razones, porque al servirse de ellas en primera instancia había aceptado ciertas obligaciones implícitas. En definitiva, se compromete a mantener viva la cadena y a servir de puente para los nuevos migrantes que decidan emprender el mismo camino después de él.

La correspondencia y los paquetes regalo enviados desde el origen sirven a modo de recordatorio y mantenimiento de este sistema de redes¹¹. También las remesas que envía el emigrante forman parte del trato, al servir como aporte a la unidad familiar a la que se sigue vinculado. Otras responsabilidades, como hacerse cargo de los ancianos que no se pueden valer en el origen o financiar gastos sociales o culturales en el municipio, fueron también habituales formas de colaboración del migrante, sobre todo entre los más exitosos.

11 Xosé Manoel Núñez Seixas y Domingo González Lopo (eds.), *Amarras de tinta: emigración transoceánica e escrita popular na Península Ibérica, séculos XIX-XX*, Consello da Cultura Galega, Santiago de Compostela, 2011.

En definitiva, prosperar en la empresa americana dependía de la suerte, sin duda, pero más aún del capital de que dispusiera el migrante y de cómo lo gestionara. El primer nivel del capital es el más evidente, el dinero. La adquisición del propio billete o la manutención durante el trayecto y los primeros días hasta encontrar un trabajo, requerían que contara con unos ahorros no despreciables, probablemente fuera del alcance de capas muy amplias de la sociedad. En todo caso, no era raro que como parte del contrato entre el migrante y la familia este dinero lo avanzara la propia red. A menudo los ahorros familiares o un tío ya emigrado pagaban estos costes iniciales, reforzándose así los términos del contrato entre las partes implicadas.

Una vez superada la barrera inicial del traslado, el capital relacional del que hemos hablado en los primeros párrafos de este epígrafe se torna a ciencia cierta el más importante. Una vivienda asequible —aunque muchas veces compartida hasta límites insospechados— y un primer trabajo eran mucho más fáciles de conseguir si se contaba con gente sobre el terreno.

Nada más desembarcar, a Santiago le ofrecen trabajo en Montevideo, en el tambo que llevan unos paisanos, aunque lo acabe rechazando. Y poco después, el primer trabajo lo consigue en Rosario de Santa Fe gracias a que allí tienen un negocio de carros unos paisanos suyos. Si bien es cierto que el siguiente empleo, en la cosecha, lo consiguió ya en buena parte gracias a contactos hechos por él mismo, queda clara la participación inicial de esta red.

También Gastón poseía una formación básica que había conseguido gracias a su comunidad de origen. Saber leer y escribir lo colocó por encima de no pocos de los miles de españoles que llegaban cada mes al puerto de Buenos Aires. Los primeros años vivió de desempeñar oficios que no requerían mucha cualificación, y se sirvió para ello del aprendizaje con la pluriactividad montañesa. Pero pronto adquirió una formación específica como confitero, que le brindó casi toda la vida laboral de que tenemos constancia. Este aprendizaje se puede considerar también un importante capital con el que contaba para prosperar.

Este debate, uno de los principales del último medio siglo en los estudios migratorios, nos habla, pues, sobre cuál es el responsa-

ble de la toma de decisiones en este proceso. Frente a las interpretaciones individualistas, que defienden la independencia del actor frente a las estructuras sociales y económicas, buena parte de la más reciente historiografía parece decantarse por la opción de situar el foco más bien en unidades más extensas, como la familia, generalmente en su sentido más amplio.

No quiere esto decir que la gente que decidiera migrar lo hiciera *obligada* por su familia. El migrante siempre tuvo ante sí la opción teórica de no emigrar. De quedarse en el pueblo, aun a pesar de los reproches. O de asentarse en una capital española o del Sur de Francia en vez de en una americana.

Pero, en todo caso, la elección se solía hacer dentro del abanico de opciones que el espacio prioritario de decisión —la familia— ofrecía. Elegir una u otra obligaba a un proceso de negociación con el padre y la madre, con los hermanos y hermanas, abuelos, tíos, sobrinos, etc., que debían planificar su estrategia vital para maximizar el rendimiento de las opciones de sus miembros.

Entre 1880 y 1920, período álgido de emigración desde buena parte del Norte español, enviar a uno de sus miembros a Buenos Aires, aprovechando así las facilidades de acceso al alojamiento y al mundo laboral de que ya disponían en el destino, fue la opción más rentable para la mayoría de las familias. Por ello, la gran parte de los y las migrantes acabaron optando por esos caminos ya marcados, en lugar de arriesgarse por otros. Fue una cuestión, en definitiva, de posibilidad y rendimiento.

No por casualidad, en el texto son numerosos los ejemplos de contactos entre Gastón y otros ansotanos desperdigados por Francia y América. La familia Pala, parientes de Gastón, son los que le ofrecen hospedaje nada más llegar la primera vez a Mauleón. Poco después, tras una fugaz escapada hacia el Norte, serán sus hermanas y otras paisanas las que le consigan empleo en la fábrica de calzado, de nuevo en Mauleón. Además, con el dinero ahorrado, acude a la llamada del padre para trabajar durante el verano en la cosecha, demostrando así el mantenimiento de los vínculos y la adecuación a los ritmos de la familia. Cuando inicien el regreso a Ansó, buena parte de esta red se moviliza de forma conjunta para colaborar con la familia en las tareas que el verano impone en la montaña.

Aparentemente, es una pareja de ricos ansotanos de visita en el origen la que siembra en Gastón las ganas de irse a América. Pero, no nos confundamos, esta no es una idea improvisada de Gastón. Al fin y al cabo, no solo esta exitosa familia había conseguido prosperar allí, sino que otros cientos estaban en ese momento —con mayor o menor fortuna— tratando de hacer esas mismas Américas, como el propio Gastón nos deja suficientemente claro en su relato.

Desde la primera enseñanza, los ansotanos tenían bien presente la opción de emigrar a América —igual que a Francia— como un recurso más, ni extraño ni fatal, de buscarse la vida. Prueba de ello es también que con él zarparan otros dos jóvenes ansotanos. Y que lo hicieran siguiendo un camino ya recorrido por tantos ansotanos y ansotanas anteriormente, por el Sur de Francia hasta el puerto de Burdeos.

Al igual que la viuda jacetana, que recurría a su hijo argentino como única forma de supervivencia, o la joven que acudía a Montevideo para casarse con el amigo de su hermano, previamente emigrado, la mayoría de los viajeros también contaban con familiares y paisanos en el destino americano. Así lo demuestra también Gastón en casi todas las ciudades importantes a las que se refiere: Montevideo, Buenos Aires, Rosario, Bahía Blanca o, incluso, San Francisco, en California.

Además, podemos hablar con propiedad de unas redes de ansotanos activas, en tanto que mantienen una intensa comunicación entre ellos. La correspondencia es fluida entre sus miembros —tanto entre origen y destino como entre los propios emigrados— y las visitas y cambios de domicilio consiguen activarlas de una forma relativamente exitosa, para conseguir un empleo, sufragar un pasaje o proporcionar alojamiento temporal.

Por último, el propio Santiago cumple con su deber dentro del proceso al recibir, acoger e insertar a sus hermanos, Francisco y José, y sus sobrinas, Miguela y Guadalupe. Llegados de Ansó o del Sur de Francia, donde habían vivido hasta que el contexto de oportunidad aconsejó probar fortuna en América, lograron un acomodo claramente más fácil gracias a contar con Santiago y su familia ya enraizados en Argentina. De esta manera, la memoria familiar, mantenida durante las décadas mediante cartas y nostalgias, volvía a

activar la red de la misma manera que a Santiago se le dio cobijo y trabajo cuando por primera vez llegó a América.

Para una persona como Gastón, que apenas tenía la formación escolar más básica, y que no tenía oficio conocido además de los propios de la montaña, contar con estas redes de paisanaje suponía una diferencia más que apreciable respecto a los que no disponían de ellas. De hecho, la inmensa mayoría de la emigración que acudió desde el Cantábrico a América vino arrastrada o facilitada por estas redes. Los habitantes de esas zonas que no dispusieron de acceso a ellas viajaron en porcentajes mucho más reducidos y, cuando lo hicieron, fue con un oficio o una formación más cualificada, que les permitiera encontrar un trabajo de mayor estatus más fácilmente.



Adiós, Ansó de mi alma
¿Cuándo te volveré a ver?
Cuando las hojas del árbol
vuelvan a reverdecer.

¿Cuál es el grupo de referencia a la hora de estudiar la emigración de Santiago Gastón? La respuesta se ha venido complicando las últimas décadas, pues es ya un lugar común de los estudios migratorios cuestionar la pertinencia de los marcos nacionales como referente geográfico de análisis.

Para el caso español y la emigración a América la duda está más que justificada. No participaron del mismo proceso mataronenses y ferrolanos, por no hablar, por ejemplo, de los caspolinos, que apenas orientaron sus pasos hacia los países americanos. Existió una diferencia regional y comarcal en las cantidades, los tiempos y la tipología demasiado grande. Por eso, intentar exponer un análisis que los englobe a todos tiene tanto de inútil como de peligroso, ya que distorsiona los resultados y desprende conclusiones que realmente no corresponden a ninguno de los implicados.

El nivel regional, al menos tal y como se suelen entender las regiones —como entidades esencialmente políticas y administrativas, y no necesariamente socioeconómicas—, tampoco es siempre el más

conveniente. Puede ser útil para espacios pequeños, que permiten poca heterogeneidad interna, pero para otros más grandes se acaba incurriendo, aunque a menor escala, en las mismas distorsiones que con el marco nacional.

Un ejemplo de esto sería hablar de la emigración aragonesa. El espacio que componen las provincias de Teruel, Zaragoza y Huesca incluye en su seno topografías, economías y sistemas sociales tan dispares como puedan ser los de los valles pirenaicos del Alto Aragón, la ciudad de Zaragoza, Sierra Menera, los campos de vid somontanos, el Bajo Aragón o el Maestrazgo. Cada una de estas zonas presentó unos comportamientos migrantes muy diferentes durante el período estudiado. Además de las peculiaridades de sus formas productivas, sociales y culturales, también la proximidad o lejanía respecto de los polos de atracción de cada momento y la inserción en circuitos vinculados a otros espacios marcaron notables diferencias.

Es por ello importante referirnos a polos o cuencas migrantes, intentando trascender las fronteras políticas y administrativas que todos tenemos en la cabeza. El núcleo urbano de Barcelona, otros centros industriales próximos y las zonas agroexportadoras catalanas fueron para el oriente de las tres provincias aragonesas un espacio de especial atención migrante desde fechas tempranas¹². Durante la segunda mitad del siglo XIX, numerosas habitantes de esas zonas pasaron algunos años de su juventud trabajando como empleadas domésticas para las crecientes clases medias y burguesía catalanas.

También bastantes pequeños propietarios y jornaleros decidieron trabajar como temporeros en la recogida de la uva u otras actividades agrícolas, o como peones en la construcción ferroviaria o de los edificios que se levantaron en Barcelona previamente a su Exposición Internacional de 1888. Y también no pocos de ellos alargaron ese viaje hasta las ciudades cercanas y las vides del mediodía francés. Así, en estas comarcas orientales fueron pocos los pueblos que no tuvieron a algunos de sus miembros recorriendo los

12 Javier Silvestre Rodríguez, «Las emigraciones interiores en España: 1860-2007», en *Historia y política: Ideas, procesos y movimientos sociales*, N° 23, 2010, pp. 113-134.

campos y ciudades catalanes durante las décadas de cambio de siglo, y en consecuencia tuvieron su mirada dirigida hacia el oriente y no tanto hacia el occidente.

La filoxera y la crisis agraria finisecular hicieron el resto para reducir las posibilidades de trabajo en muchos municipios aragoneses. Cuando Barcelona desarrolló claramente en las primeras décadas del siglo XX una oferta laboral atractiva y perenne, fueron decenas de miles los que decidieron dar el salto e instalarse de forma indefinida en la Ciudad Condal. Por supuesto, un destino tan atractivo como la Barcelona de los años 1920 cautivó también a gentes de los extremos más alejados de las provincias aragonesas, aunque a menudo con otro perfil social, en porcentajes más pequeños y de forma más tardía que desde las comarcas más orientales.

Una dinámica semejante de movimientos temporales y salto a migraciones definitivas la podemos rastrear desde la mitad oriental de la provincia de Teruel hacia la ciudad de Valencia y su entorno agroexplotador. A la altura de los años 1930, más de 10 000 turo-lenses se habían instalado en Valencia siguiendo este camino. Por su parte, el occidente de la provincia de Zaragoza y Teruel se repartió en buena medida entre la propia capital regional y la capital del reino, esto último especialmente desde las zonas mejor comunicadas por tren con Madrid.

Fuera de este dibujo solo quedarían las comarcas del cuartel noroccidental, que alejadas de Barcelona y, relativamente, de Zaragoza, desplegaron tradicionalmente su movilidad hacia las zonas más activas de la región francesa de Aquitania y, posteriormente, al igual que vascos y navarros, hacia las capitales de la industria vasca, en particular las de la ría de Bilbao. Y también como vascos y navarros, sobre todo los más cercanos a la costa, acudieron en mayor número hacia el Río de la Plata desde los puertos de San Sebastián, Bayona o Burdeos, como será el caso de Santiago Gastón y sus dos compañeros de viaje. Como había sido el caso de centenares de ansotanos y ansotanas antes.

Del mismo modo que relativamente pocos fragatinos miraron hacia el otro lado del Atlántico, sino más bien al Mediterráneo, pocos ansotanos tuvieron Barcelona como el mejor destino migratorio.

Así pues, repetimos aquí la pregunta: ¿tiene sentido hablar de la emigración aragonesa? Probablemente no mucho. Se confirma que es más pertinente hablar de polos o cuencas de atracción, como Barcelona, Zaragoza, el Río de la Plata o el Sur de Francia, y no de territorios —nacionales o no— que presentan en su seno tal heterogeneidad. Prescindiendo de las fronteras nacionales, debemos trabajar esencialmente con un mapa topográfico, socioeconómico y demográfico¹³. En el caso de Gastón, por ello, más que dentro de las «emigraciones aragonesas» o «españolas», tenemos que estudiarlo dentro de un espacio que se extendería tierra adentro desde las costas del Golfo de Vizcaya, tanto en la parte española como en la francesa, y que desembocaría, cruzando el Atlántico, en las capitales del Río de la Plata.

Sin embargo, esto no quita para que Santiago, a lo largo de su relato...

¡Cuántas veces, enojada,
le oí decir a mi madre:
La cabra que tira al monte
no hay cabrero que la guarde.

Santiago Gastón contrajo matrimonio con la también anotana Antonia Aznar el 2 de febrero de 1920. Tenía 33 años. Este acontecimiento supuso que tras 14 años de dar vueltas por el territorio americano, el «Sancho Panza tranquilo» venciera al «Quijote aventurero». Desde aquí —salvo quizá los once meses por el Paraná hasta que su familia acudió a su encuentro—, el relato de su vida adquiere un tono bien diferente. Atrás quedaron las aventuras por las cumbres pirenaicas o la Pampa. Los bretes en los que se encuentra provendrán ahora en primer lugar de la gestión de sus propios negocios y de la vida familiar.

13 Oded Stark, *La migración del trabajo*, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, 1993.

Wilde o Resistencia fueron ciudades por las que pasó Santiago en su búsqueda de trabajo hasta que se asiente definitivamente en Corrientes con su familia, tras una década de matrimonio. Durante ese período nacieron sus tres hijos —de los cuales los dos primeros, varones, fallecieron tempranamente—, y desempeñó oficios como herrero o yesero, además de como confitero.

No obstante, desde su instalación en Corrientes, podemos ver ya cómo Santiago se intenta liberar «de la vida de obrero y entrar al comercio a luchar por su cuenta», «pues a todo trance se quería emancipar y dejar de ser siempre empleado». El claro éxito en esta tarea marca su progreso social y la inserción en una sociabilidad correntina relativamente acomodada y le alejará, entre otras cosas, del trabajo en el campo o de la vida sindicalista en la que participara años atrás.

Este viaje al Norte sirve también como metáfora del paso a la madurez de Santiago, que el autor combina con un cambio de intereses y estilo, ahora mucho más introspectivo, alejándose a menudo de la crónica lineal del primer tomo. Se notan los ocho años transcurridos entre uno y otro.

Aun así, es menester recalcar que ambas obras fueron publicadas cuando Santiago contaba más de 64 años (71 para el segundo), gozaba ya de una posición bastante acomodada en Corrientes y había transcurrido casi medio siglo desde que pisara Argentina por primera vez. A pesar de ello (o quizás precisamente por ello) es evidente la ternura e incluso nostalgia con las que recuerda sus años de juventud, tanto en Europa como en América, desprendiendo una imagen dulce de unos tiempos que debieron de traer muchos más sinsabores de los que nos cuenta.

Se distancia aquí Santiago de la norma en las experiencias migrantes de los europeos en Argentina durante esos tiempos. No solo no regresó nunca a Europa, cuando fue —por éxito o fracaso— lo que hicieron definitivamente un porcentaje muy importante de los migrantes europeos, sino que consiguió incorporarse al grupo de propietarios destacados de una importante ciudad del interior argentino. El edificio que consiguió adquirir y poner en funcionamiento como hotel, hito fundamental en su carrera de ascenso social, así como su expropiación a manos de los militares golpistas

en 1943, no hacen sino incluir a Santiago de pleno en la marea de acontecimientos que sacudieron la historia argentina del siglo XX.

También nos cuenta Santiago cómo le acompañaron en estos años varios miembros de su familia más cercana de Ansó. El 15 de enero de 1949, con ocasión de la boda de su hija Noemí, la familia acoge en su casa a su sobrina Miguela Gastón y su esposo Cirilo Sánchez. Miguela era hija de Alejandro Gastón, hermano de Santiago dos años mayor y del que nos había hablado en el primer tomo. Aquél había contraído matrimonio en 1909 con Francisca Mendiara, nacida también en Ansó el mismo año que Santiago. Pronto la pareja se había asentado en el departamento francés de la Gironda, a donde les había conducido el trabajo en la madera. Tuvieron cuatro hijos: Miguela (1910), Quintín (1913), Gonzalo (1916) y Pepito (1927).

Miguela se casó con Cirilo en segundas nupcias y decidieron migrar a Argentina desde Burdeos en 1947, huyendo de su pasado colaboracionista. En Buenos Aires regentaron el prestigioso club de recreo militar *Tiro Federal*, además de otros negocios, como una peluquería, hasta que en 1976, huyendo de la nueva dictadura militar argentina y quizá atraídos por los cambios en España, regresaron a Logroño, de donde él era originario¹⁴.

Otros dos hermanos de Santiago, Francisco y José, también vinculados a la pluriactividad forestal de ambos lados del Pirineo, vivieron durante unos años en Argentina, trabajando con él. Francisco se casó en Rosario con una prima que allí residía, Micaela. Y José colaboró con Santiago en el negocio de la confitería.

Es difícil medir la importancia que tuvo para Europa y América la reubicación —temporal o definitiva— de decenas de millones de personas entre 1850 y 1950. No solo entre las costas británicas o alemanas y estadounidenses, o entre las costas italianas o españolas y las argentinas; sino, además, entre los interiores rurales de cada uno de estos países y sus núcleos urbanos, regionales y nacionales.

14 Agradecemos estos datos a Michèle Berniard Gastón, nieta de Alejandro Gastón y sobrina nieta de Santiago, que nos los facilitó en una entrevista realizada el 13/4/2014 en Arlette (Francia).

La distribución de la población en este tiempo alcanzó una escala jamás vista hasta entonces y transformó el mapa demográfico y económico mundial de una forma radical. La sociedad y la cultura moderna occidental no se pueden explicar sin la entrada en escena de las repúblicas americanas así como de los espacios propiamente urbanos de las grandes metrópolis europeas y americanas, ninguno de los cuales hubiera sido posible sin estos flujos migratorios.

El cambio cualitativo, paralelo al cuantitativo, fue de una envergadura y profundidad todavía mayores, difíciles de apreciar en toda su amplitud aun hoy en día. Durante este largo siglo XIX y en esos espacios se conformaron las principales dinámicas económicas, sociales y culturales que articularían la vida en los espacios rurales y urbanos de estos países.

Nacieron ciudades que por primera vez desde los tiempos de la Roma imperial superaban el millón de habitantes, pero inmersas en unas inercias propias de la sociedad de masas, movidas por nuevos medios de transporte —el autobús, el tranvía, el metro—, nuevos paisajes urbanos, nuevas sociabilidades, nuevas formas de ocio, nuevos modelos de género, clase y nación, etc.

En el ámbito español, son muchísimas las familias que crecieron simultáneamente a ambos lados del Atlántico, o entre distintas zonas rurales y urbanas. Estas comunidades *transmigrantes* se erigieron en soportes y agentes de transmisión económica, social y cultural entre origen y destino, integrando mercados, sociedades y formas culturales, y prefigurando lo que se iba definiendo como un Occidente euroamericano globalizado. Los pescadores ferrolanos y los pastores vascos se llevaron con ellos su formación al Río de la Plata. Esa inversión regresó, a su vez, por ejemplo, en forma de remesas y financiación de escuelas, sindicatos o partidos políticos.

Los zaragozanos y bajoaragoneses que llegaron a Barcelona en las primeras décadas del siglo XX ayudaron a levantar la industria y los edificios que convirtieron a la Ciudad Condal en una de las más grandes metrópolis del Mediterráneo y del Sur de Europa. Pero también trajeron de vuelta a sus municipios formas políticas lerrouxistas o anarquistas, aprendidas en la lucha obrera de la agitada capital barcelonesa. Del mismo modo, por ejemplo, que la historia del lunfardo, el tango o la gastronomía porteña serían

muy distintas sin la llegada de millones de españoles e italianos a las playas rioplatenses.

La vida de Santiago Gastón es, efectivamente, una vida ordinaria. Apenas una gota más, pero de un tsunami que convulsionó el mundo y lo desdibujó, para reordenarlo con formas nuevas de las que nuestra sociedad y cultura de comienzos del siglo XXI son claras herederas.

Tras la muerte de su esposa, Santiago vendió su participación en la confitería que compartía con su hermano José e intentó con aquel dinero emprender una última visita a Ansó, donde no había vuelto a poner pie desde que saliera 70 años atrás. No pudo ser. Santiago Gastón falleció el 21 de febrero de 1975 en la ciudad de Corrientes.



Algunas fechas señaladas en el relato de Santiago Gastón

1886, 25 julio, a las 5 de la mañana. Nacimiento de Santiago Gastón Añaños, en Ansó.

1898, 3 de febrero. Trabaja de repatán en un corral llamado «Cuarto Viejo», en la carretera de Huesca a Jaca.

1903/1905. Acude los inviernos a Francia.

1906, 24 de septiembre. Salen de Ansó rumbo a Burdeos.

28 de septiembre. Embarcan en Burdeos.

2 de octubre. Escala en Santa Cruz de Tenerife.

20 de octubre. Llegan a Santos (Brasil).

1 de noviembre. Llegan a Buenos Aires.

2 de noviembre. Llegan a Rosario. Total, 38 días viajando.

25 de noviembre. Poco antes de que comience la cosecha de verano en la Pampa, deja Rosario.

1906/1907, diciembre, enero y febrero. Cosecha de lino.

1907, 1 de marzo. Llega a Montevideo.

1907/1911. Trabaja en la confitería y pastelería de la Exposición de la Feria cuatro años como peón, ayudante, hornero y oficial.

1911. Trabaja como mucamo en la casa de los Peixoto de Abreu Lima.

El verano de 1911 (fin 1911, principios 1912) trabaja con Santiago Nieto en el hotel *Pocitos*.

Después, confitería *Petit Paris*.

Después, acomodador en el *Casino Nuevo*.

1911?/1914. Repartidor de artículos de chanchería en «Bertoni Hermanos, Fábrica de Artículos Porcinos».

1914, invierno. Crisis provocada por la guerra en Europa. Durante un tiempo es vendedor de azúcar en el mercado.

1914/1915. Acabado el invierno en el mercado, regresa al hotel *Pocitos* para hacer allí de nuevo la temporada de verano.

1915, marzo. Se traslada a Buenos Aires ante la ausencia de trabajo en Montevideo (crisis, I Guerra Mundial).

1915/1918. Primera temporada de trabajo en la confitería *Las Violetas*, de Buenos Aires.

1919, invierno y primavera. En Guatraché, en la tala.

En verano regresa a Buenos Aires. Trabaja en el hotel *La Giraldita*, de confitero.

7 al 14 de enero, «Semana Trágica» de Buenos Aires.

1919, marzo. Confitería *Colón* de Patagones.

FIN DEL PRIMER TOMO

1920, 2 de febrero. Boda entre Santiago Gastón y Antonia Aznar.

Trabaja en la herrería de Ayacucho.

1920, 14 de diciembre. Nace el primer hijo de Santiago, Hamlet.

1921/1924. Segunda temporada de trabajo en la confitería *Las Violetas*, de Buenos Aires.

Llegan desde Europa su sobrina Guadalupe y sus hermanos Francisco y José.

- 1924**, 22 de marzo. Nace el segundo hijo de Santiago, Rinaldo. Poco después fallece Hamlet.
- Se traslada a Wilde para trabajar en la panadería y confitería *La Moderna*.
- 1926**, 25 de mayo. Nace la hija de Santiago, Noemí (*Ñatita*).
- 1926?/1930**. Trabaja en el *Bar Florida* de Resistencia.
- 1930**, 2 de julio. Funda la sociedad «Pérez, Gastón y Compañía», en Corrientes. El salón pastelería y confitería se llamó *El Ebro*. Poco después, con su hermano José y sus respectivas esposas, funda la firma «Gastón Hermanos», con gran éxito.
- 1932**, 28 de junio. Fallece Rinaldo (*Negrito*), el segundo hijo de Santiago Gastón.
- 1940/1945**, funciona el *Restaurant à la carte El Ebro*, pero el contexto de guerra mundial acaba haciendo inviable su mantenimiento, limitándose a la pastelería-confitería.
- 1943**, 20 de diciembre. El hotel que habían adquirido unos años atrás les es expropiado durante el golpe militar.
- 1949**, 15 de enero. Su hija Noemí se casa con Raúl López.
- 1950**. Publica el primer volumen de sus memorias.
- 1956**. Nace su nieto Raúl Santiago López Gastón.
- 1958**. Publica el segundo volumen de sus memorias.
- 1975**, 21 febrero. Santiago Gastón Añaños fallece en Corrientes.

La vida de un inmigrante

LIBRO PRIMERO

Corrientes (Argentina), 1950



Libro primero*

Ansó

El pueblo de Ansó está rodeado de montañas altísimas. Por eso, solamente se ve cuando se llega a él.

Por el Norte se elevan la Punta Calveira y Sierra Segarra. Por el Sud, Romendía y Paco Ezpelar. Por el Este, la Sierra del Vedo. Y, por el Oeste, las altas lomas de la Virgen de Puyeta.

Sobre una de estas lomas, en la más alta, se halla la ermita de Puyeta, que da nombre a todo ese contorno. A esa altura, que tiene un panorama grandioso, suben los ansotanos en peregrinación y rogativas una vez por año, el seis, el siete y el ocho de septiembre. Queda el pueblo solitario. Las puertas cerradas. Y de sus chimeneas no sale ni una espiral de humo.

* Nota del editor: En la transcripción del texto, se han respetado las particularidades lingüísticas y tipográficas del original, pues documenta el habla de diferentes lugares y épocas. Las únicas modificaciones corresponden a la corrección de faltas de ortografía y de las numerosas erratas, así como a la actualización de la puntuación y de algunas normas, como la eliminación de la tilde en las palabras monosílabicas.

Si algún forastero llega al pueblo, se asusta. No hay habitantes en él.

En cambio, en la Virgen de Puyeta hay una gran romería adonde acuden de otros pueblos muchos devotos y curiosos y, sobre todo, gente moza que quiere divertirse.

Lo que más llama la atención al forastero que por vez primera visita la villa de Ansó es el traje típico de los ansotanos.

Los hombres visten el calzón corto del verdadero «baturro».

Las mujeres, por su parte, mantienen la tradición pura montañesa vistiendo la «basquiña».

Procuraré describir, lo mejor que pueda, estas indumentarias. Primero, la de las mujeres.

Empezaré por la cabeza, que es algo original e importante.

Se peinan con raya al medio para terminar en dos largas trenzas. A estas trenzas les agregan dos largos «churros» de trapo, envueltos en cinta negra para dar dos vueltas en torno, como formando una corona. Y, sobre esta corona, se coloca un hermoso pañuelo de seda muy floreado. Terminan las puntas atadas atrás, dejando libre el cuello.

Viene después la «gorguera», que surge de la nuca, toda llena de finísimos pliegues, blanca y almidonada, formando una curva como la hoja de un repollo y manteniéndose dura y tersa, por la gran cantidad de almidón que contiene. Esta «gorguera» está unida a la camisa.

Después viene la célebre «basquiña». Consiste en un largo sayo, que baja desde los hombros hasta la altura de los tobillos, de color verde y tableado en toda su longitud, dando a la mujer un aire señorial de gran rango, de la época medioeval.

En el pecho lucen los días de fiesta joyas y alhajas, heredadas de tres o cuatro generaciones y que se guardan en las arcas, como reliquia sagrada.

Sobre el corazón luce el clásico «relicario», bordado en oro.

Como la «basquiña» no tiene mangas, las ansotanas fabrican ellas mismas dos mangas de terciopelo negro, que van unidas por

una ancha cinta de seda muy floreada, que cruza las espaldas sobre la «basquiña».

Los hombres visten el clásico traje de «baturro» o calzón corto.

En la cabeza se ponen la «toca», o sea, un pañuelo de seda muy chillón que la cubre rodeándola y anudando las puntas sobre la oreja izquierda.

Encima de la «toca» se ponen el sombrero de Sástago, muy duro y tupido, que lo hace impermeable. Su forma es redonda y tiene las alas subidas.

Chaleco y calzón de terciopelo negro, una faja azul muy ancha, con la que se dan siete u ocho vueltas en la cintura; medias azules o verdes, con estriberas, sujetas por las cintas de los calzoncillos, que surgen en las rodillas, debajo de los calzones; calcetines negros, que llegan a la mitad de la pantorrilla, y alpargatas abiertas que se sujetan con cintas hileras de color negro. Esta es la indumentaria ansotana.

Para llegar a Ansó, hay una sola vía de comunicación. Consiste en una carretera que empalma en Canal de Berdún con la carretera que va de Jaca a Pamplona (Navarra).

Hay otras vías por el Norte, es decir, por los Pirineos, que lo separan de Francia, pero son estrechos senderos por donde sólo transitan las cabras, los burritos cabañeros y los contrabandistas.

Ansó es un pueblo rico. Posee mucho ganado, grandes selvas de pino, abeto y haya; algo de agricultura y... el contrabando con Francia. De modo que los ansotanos son hachadores, pastores, labradores y contrabandistas.

Desde muy chiquitos, aprenden a manejar el hacha a dos manos para hacer madera y leña. Aprenden a manejar el arado de una sola reja y... aprenden a disparar tiros, con escopeta de dos caños, para defender los corderitos, que son perseguidos por los lobos, y defender el contrabando y su propia vida de la tenaz persecución de los carabineros.

Agreguemos a estos «trabajos» los muchos obstáculos que tienen que afrontar, en una naturaleza bravía y salvaje; las grandes nevadas que los obligan a emigrar durante el invierno, y llegaremos

a la conclusión de que el alma ansotana está templada fuertemente, como el acero, y posee una voluntad férrea, para luchar y hacer frente a la vida.

Son muchos los ansotanos que se lanzaron a recorrer el mundo y no fracasaron. La mayoría de ellos se abrieron camino e hicieron cierta fortuna. En este pequeño pueblo de Ansó nací yo.

Vida ansotana

Las costumbres ansotanas son, poco más o menos, iguales que en el resto de España. Solamente que en Ansó, por su elevada posición tan montañosa y fría, tienen alguna diferencia con otros pueblos del Alto Aragón.

Empecemos por la primavera, que es la estación en que los ansotanos regresan a sus hogares.

En toda España, la primavera empieza el 21 de marzo. En Ansó, en esa fecha está todo cubierto de nieve. Por sus calles solitarias apenas si cruza algún montañés embozado en su bufanda. De las chimeneas salen columnas de humo, que se elevan altísimas en el espacio. De las dos escuelas, colocadas a una orilla del pueblo, salen atronadores los gritos, los chillidos, los rezos y los cantos infantiles de los chicos y chicas. En los corrales y establos cantan los gallos y rebuznan los burros; mientras la nieve cae mansamente en grandes copos, poniendo sobre la montaña pirenaica un manto de blancura y pureza.

Recién en abril, se va la nieve de las solanas y carasoles, no así de los opacos sombríos, donde una vegetación exuberante y frondosa impide penetrar los rayos solares hasta mayo.

El mes de mayo es el más alegre y bullicioso del año. Durante el invierno sólo hay en el pueblo viejos, algunos hombres, mujeres y niños. Por eso, el pueblo está triste y silencioso.

La única nota de alegría la dan los escolares que, al salir de clase, saltando, gritando, riñendo, jugando, riendo y llorando, parecen una bandada de pájaros que alza el vuelo rumbo a su nido.

Los primeros ansotanos en regresar a sus casas son los «gabachos».

Se les llama así por haber residido en Francia todo el invierno y, al desaparecer las nieves, cruzan la cordillera por la Collada Lapiza, para entrar en España por la «Venta Alta» de Isaba. De Isaba, siguen la carretera hasta Roncal. Y de allí, toman el camino de Garde, para trepar por un cerro que los conduce a la Virgen de Puyeta. Allí, después de rezar las oraciones a la Virgen de sus amores y darle las gracias por regresar sanos y salvos al pueblo, bajan rápidamente por el Cerro Concello, para cruzar el Puente Veral y entrar al pueblo cantando, felices y contentos de verse de nuevo en sus hogares.

Estos «gabachos» son de ambos性, mozas y mozos. Ellas trabajaron de alpargateras en los grandes talleres de Olorón, Tardiz, Mauleón y Pau, cuatro ciudades importantes e industriales de los Bajos Pirineos de Francia; mientras que los mozos trabajaron en los bosques, haciendo madera y leña, unos. Otros, se fueron más hondo y trabajaron en ferrocarriles y carreteras. Y los menos, de albañiles y alpargateros. Pero, en llegando el mes de mayo todos, en general, abandonaron sus tareas para volver a su querido Ansó. Los padres los esperan y las labores del campo, también.

Los segundos en regresar son los pastores, con sus rebaños.

Han pasado el invierno en la «Ribera»; donde no llegan las nevadas montañosas.

Unos estuvieron en las «Cinco Villas de Aragón». Otros, en las fértiles riberas de Gurrea de Gállego. Y, otros, en la «Foya de Huesca».

Al llegar mayo, todos ellos también han dejado las llanuras plácidas y vuelven a las montañas de Ansó, donde el pasto sube como la espuma. Además, tienen que separar los corderos de las ovejas madres y los cabritos de las cabras, para ordeñarlas (*muirlas*) y fabricar el rico queso ansotano. Y el insuperable requesón.

Con la llegada de los «gabachos» y los pastores, el pueblo recobra su dinamismo y su alegría. Por las noches, salen las rondallas aragonesas a cantar serenatas al pie de las rejas floridas. En los huertos florecen los rosales. Los valles, los cerros, las solanas y los opacos se cubren de flores silvestres. Florecen los trigos. Se doran las cebadas. Crecen los almácigos en los huertos y se trasplantan a las huertas de ambas márgenes del río Veral, cuyas aguas cristalizan.

nas y transparentes riegan todo el valle, dando a las huertas, con su frescura, abundancia y lozanía.

Todo sonríe y canta.

Canta el pastor églogas amorosas a la zagala de sus tormentos.

Canta el carretero, al compás de los cascabeles y campanillas de sus mulas tirando en reata.

Canta el arriero, mientras cruza valles y montañas, por estrechos senderos y atajos, con sus burritos cargados de comestibles y quincallas.

Canta el hachador, mientras se dirige al bosque en busca de leña.

Canta la moza garrida, mientras se dirige a la fuente en procura de agua fresca, llevando sobre la cadera el cantarillo de tierra, y desparramando sal y gracia con sus andares de perdiz y su frescura serrana.

¡Hasta los abuelitos y las abuelitas cantan, contagiados de la alegría primaveral y recordando los tiempo pasados que no volverán!

Miles y miles de pajarillos armonizan el ambiente serrano con sus trinos y gorjeos.

¡Es la primavera!

La estación de las flores, del trabajo, de los amores y de los cantares.

¡Bendita sea!

Verano

Aprietan los rayos solares. Se han terminado de segar las cebadas. Y empieza la siega de los trigos.

Las cuadrillas de segadores, armados de hoz y zoqueta, avanzan en los campos agachados en su continuo vaivén, cortando espigas con mucha maestría y limpieza, y dejando tras sí un tendal de gavillas prolíjamente atadas con las mismas espigas del trigo en un nudo llamado «ligarza».

Detrás de los segadores va el dueño del campo (el amo) atando los fajos compuestos por diez gavillas que le traen los espigadores,

dos muchachos ligeros que se pasan el día corriendo, para que al amo no le falten gavillas y para que los segadores no los dejen «comiendo cola». Los fajos se atan con «vencejos» hechos de paja mojada, larga y retorcida del centeno. Todos cantan. Y el amo, para que estén contentos, de rato en rato, manda un muchacho con la bota de vino y anima a los segadores con chistes graciosos como estos:

—Oye, tú Pascuala. No te agaches tanto, que voy detrás tuyo y puedo ver...

La aludida, después de tomar un buen trago de vino «a chorro», contesta:

—No verá nada, porque el sol encandila.

Un coro de risas rubrica los chistes. Siguen la siega y los cantares.

En el campo que los segadores no cantan, de otro campo vecino les gritan:

—¿Qué es eso? ¿No les dan de comer? ¿O es que no tienen vino?
¿Mandamos la bota?

Y los otros contestan:

—¡Tenemos vino para tomar y para regalar!

Y todos cantan al compás de las hoces, mientras lo rayos solares descargan sus calorías sobre sus espaldas. Las mujeres ansotanas sigan a la par de los hombres.

¡¡Guapas las ansotanas!!

Al anochecer, se dirigen las cuadrillas al pueblo, por distintos caminos y desde distintos puntos. Todos sus integrantes cantan y el amo con ellos, pues es un honor que el amo cante.

Los mozos de mulas son los encargados del acarreo. Para ello se valen de dos ganchos de madera de boj que colocan sobre los bastos y en ellos enganchan los fajos. Cada mula lleva cinco fajos, dos laterales y uno cerrando la carga, arriba en el centro, de tal forma que queda completamente redonda, como un abanico, y así transitan por los caminos pendientes hasta llegar a las eras del pueblo.

En las eras se extienden las mieses en una circunferencia de doce a quince metros de diámetro. Se atan a las yeguas con largas sogas. A cuatro o cinco yeguas enlazadas entre sí, se les colocan detrás tres

o cuatro trillos y empiezan a correr dando vueltas y más vueltas, hasta desmenuzar la parva, que así llaman al trigo extendido en la era durante la trilla.

Cuatro o cinco horquilleros dan vuelta a la parva, de abajo hacia arriba, para que se deshaga toda pareja.

Terminada la trilla, se largan a las yeguas al río, para darles un buen baño, pues están blancas de espuma, y se las lleva a pastar.

En la era, se recoge la parva en el centro, en un montón, y con las horquillas se aventa por lo alto, contra el viento. La paja la lleva el viento a dos o tres metros de distancia, mientras el trigo cae a los pies de los aventadores, rubio como el oro y brillante como el sol que lo fecundó.

Las dos zonas trigueras por excelencia son Fórcala y Romendía, la primera lejana y cerca de Berdún; la segunda, al lado del pueblo. El trigo ansotano tiene su romance. Hélo aquí, escrito por el autor de esta obra:

Trigo

Trigo que cae en el surco
sembrado con maestría
por la mano del labriego
convirtiéndolo en «SEMILLA».
Trigo que duerme en invierno
cubierto de nieve fría...
Trigo que nace en los campos
de Fórcala y Romendía.
Trigo que crece lozano
al recibir las caricias
del cálido sol de mayo
en primaveras floridas...
Y que al llegar el estío
se grana y se fecundiza
bajo los rayos solares
convirtiéndose en «ESPIGAS».
Trigo que siegan las hoces
convirtiéndolo en gavillas...
Trigo extendido en la era
que desmenuza la trilla.

Trigo aventado y desnudo
de su envoltura pajiza...
que es tan rubio como el oro
y lo mismo que el sol, brilla.
Trigo transportado en sacos
de esparto, cáñamo y pita
sobre los plagados lomos
de burritos y mulitas.
Trigo que baja al molino
convirtiéndose en harina
merced a la fuerza hidráulica
que impulsa muela y turbina...
Harina blanca amasada
que hacia el horno se encamina,
que entra «MASA» y sale «PAN»,
pan nuestro de cada día.
Trigo que hace el gran milagro
de prolongar nuestras vidas,
de nutrir nuestros estómagos
y de alegrar nuestros días.
¿Qué sería sin ti el mundo?
¡La humanidad moriría!
Pues le faltaría el pan,
pan nuestro de cada día.
¡Alabado sea Dios
que su bendición envía
para fecundar los trigos
de Fórcala y Romendía...!

En los puertos, han desaparecido las nieves. Un pastito finísimo cubre las cumbres de un verde oscuro. Miles de florecitas silvestres le dan un matiz polícromo, que cambia de color según sea la posición de la luz solar.

Los ganados engordan rápidamente. Y como no hay campos sembrados, ni viñas ni olivares, ni huertas en estas alturas; los pastores se la pasan sin hacer nada. Lo único que tienen que cuidar es que no se mezcle un rebaño con otro, cuando se aproximan a los límites. Estos límites están marcados con piedras largas, enclavadas al suelo y pintadas de cal, a las que se les da el nombre de «mojón».

El primer trabajo que hacen los pastores al subir al Puerto es blanquear los mojones y rehacer las chozas, pues las grandes nevadas invernales las hacen desaparecer.

Hay dos categorías de pastores: «mayorales», que son los hombres, y «repatanes» o «rabadanes», que son los muchachos.

Los mayorales bajan al pueblo para las fiestas «grandes»; mientras los repatanes bajan todos los sábados.

El Puerto está dividido por zonas, a saber: Segarra, Forato, Alano, Zuriza, Linza, Petrachema, Lacherito, Sajestego, La Faja, Orristré, Ezcaurri, Chipeta, Maizandú, Petraficha, Chorrotá, Las Foyas, Guarrinza, Astanés y Aguatuerta.

Esta última zona es la más distante del pueblo y contiene un hermoso valle y un gran pantano, rodeados de altos picos, limítrofes a Canfranc.

También los repatanes tienen un romance que dice así:

Repatanes de Aguatuera,
esta vida han de llevar
el lunes, para subir
el martes, para llegar
el miércoles, a hachar leña
el jueves, para dar sal
el viernes, a hacer la lista
sábado, vuelta a bajar
y si han de coger «sarrijones»¹
bien tendrán que madrugar
si no, las señoras dueñas
no les darán de cenar.
¡Viva la noche del sábado!
Hay que salir a rondar
y cantarles serenatas
a las mozas del lugar...
Domingo por la mañana
no se ve ni un repatán.
Las madres, los van buscando

1 Nota del autor: verdura silvestre riquísima, parecida a la espinaca.

sin poderlos encontrar
pues ellos —¡muchachos diablos!—
por no ir a trabajar
a eso del amanecer
se encierran en un pajar
y recién al mediodía
se presentan a yantar.
Rezongos y más rezongos
pero ellos callan no más,
duermen su buena siestita
y otra vez, vuelta a rondar.
Rondallas y serenatas.
Cantar, cantar y cantar;
porque el lunes muy temprano
han de salir del lugar.
Otra semana de puerto
y otra vez, vuelta a bajar.
Repatanes de Aguatuerta
esta vida han de llevar.

Este romance, escrito no sé por quién, refleja fielmente la vida de los repatanes. Y ellos lo recitan de memoria con mucho placer.
¡¡Cuántas veces lo recitó yo, siendo repatán!!

Otoño

Ha terminado la cosecha del trigo y empezado la recolección de las patatas. Una vez sacadas las patatas, se empieza a sembrar precipitadamente el trigo. En los altos picos de los Pirineos, hace su reaparición la nieve.

Ante esta señal, los pastores huyen del Puerto y bajan a los valles de Ansó, Romendía, Fórcala, Berricho y Forquiello, y se preparan a partir para la Ribera, pues los otoños ansotanos son tan traicioneros que muchas veces en octubre caen nevadas terribles y los pastores pasan horribles tragedias para salvar a sus rebaños del frío, del hambre y de los lobos, que con las nieves andan voraces.

El 21 de septiembre (San Mateo) se celebra la fiesta del pueblo. Son tres días de juerga. Tres días de locura; rondas, bailes y toros.

Los toros son toreados por los mozos del pueblo. Es un espectáculo fuertísimo en emociones, pues ninguno es torero y todos toorean a quien mejor se luce.

Una vez cansado el toro, se lo degüella. Se carnea y se distribuye la carne entre los vecinos; pues el toro es donado por el Municipio con ese fin. Además de la carne, se distribuye vino, pan y queso ansotano, fabricado en Puerto, con leche de cabra y oveja.

Esta costumbre viene de siglos y se mantiene todavía como una tradición sagrada.

La fiesta de San Mateo adquiere tanto brillo y esplendor porque es la última «fiesta grande» del año. Pasado San Mateo, empieza el desparrame de la gente moza. Unos van a Francia, y otros a la Ribera. Sólo quedan las mujeres y niños. Antes de partir, se han llenado hasta el techo los pajares de pasto, paja y alfalfa.

Las leñeras están cargadísimas, pues el invierno es largo y frío y no debe faltar la leña, para que los viejos y los niños vivan sus recuerdos «al amor de la lumbre». ¡Santa palabra!

Es demasiado triste el otoño ansotano. Al retirarse la juventud, desaparece la alegría de la aldea. No hay rondallas, ni bailes, ni serenatas, ni bullicio, ni amores y amoríos.

Los árboles pierden sus hojas. Se van las golondrinas. Aúllan los lobos por los barrancos... Y se apodera de las almas una melancolía terrible.

Al partir, se traducía en coplas esa gran tristeza otoñal.

Los pastorcillos repatanas se expresan así:

Adiós, villita de Ansó
con sus cerros y laderas
adiós, hasta el mes de mayo
que me voy a la Ribera.

Otros, más sensibles o quizá ya enamorados, cantan así:

Adiós, Ansó de mi vida
las espaldas te voy dando
no sé lo que dejo en ti
que mis ojos van llorando.

Y otros, ya enamorados, cuyo «tormento» se fue a Francia:

El amor de mis amores
cruzará el Puerto mañana.
¡Ay!, quién fuera ventanillo
de la «Venta Alta» de Isaba.

Las muchachas que se van a Francia también tienen su coplas.
Helas aquí:

Adiós, Ansó de mi alma
¿Cuándo te volveré a ver?
Cuando las hojas del árbol
vuelvan a reverdecer.

Alguna, más triste, canta:

¿Cómo queréis que yo vaya
alegre por el camino
si se marcha a la Ribera
el joven que más estimo?

Otra, más práctica, dice:

Si me quieres escribir
te diré mi paradero
Mauleón, calle Mayor,
en el taller de «Chevero»².

Y otra, más pasional:

Una carta te escribí
pero... me olvidé firmar.
Que firme tu corazón,
que el mío bien firme está.

Caen las grandes nevadas. Y todo queda paralizado en la montaña.

Solamente la diligencia lleva cartas y trae cartas. Y hasta la diligencia suspende sus viajes a Berdún, porque es imposible hacer el trayecto con tanta nieve.

Sí. El otoño es triste y resulta «un tiempo muerto».

Por eso, la gente joven busca otros horizontes «para no enterrarse» siete meses bajo la nieve, sin ninguna clase de actividad.

2 Nota del autor: gran fábrica de alpargatas de Mauleón.

Una vez terminadas las labores de la tierra, se oye el grito: ¡¡Francia!! ¡¡Francia!! ¡Ribera! ¡Ribera!

Y mientras las mozas cruzan la cordillera, rumbo a Mauleón, los mozos se alejan con sus rebaños rumbo a la Ribera. Intertanto, el pueblo se queda triste, muy triste... ¡Ya ha llegado el otoño! Los poetas lo cantan con melancolía, por ser la estación más triste del año. Los pintores lo pintan con colores sombríos, en tristes atardeceres, cuando muere la tarde. El «otoño ansotano» no podía quedar olvidado. Y hasta tiene su romance. Hélo aquí:

Otoño ansotano

Ya en las eras, nace el trigo
que sembró la misma trilla.
Ya en los elevados picos
se asoman las nieves frías.
Ya se alejan los pastores
camino de «Cinco Villas»
de las «Riberas del Gállego»
de «Castejón» o «Mezquita»
y dejan desierto el Puerto
de rebaños y de esquilas.
Ya se van a Mauleón
todas las mozas garridas
y sólo queda en el pueblo
tristeza y melancolía.
Ya se sembraron los trigos,
ya están las huertas vacías
ya arrancaron las patatas...
Ahora... se ve todo el día,
que vienen desde las selvas
una reata infinita
de burritos montañeses
que traen troncos de encina,
de chaparro y de carrasca,
que es una leña durísima,
de abeto, de haya, de boj,
de pino, oliendo a resina,
y de artos y de aliagas,
poca leña y mucha espina,

pero el mejor encendajo
para encender las cocinas.
Hay que hacer frente al invierno.
Invierno de serranía
con sus terribles nevadas
y sus largas noches frías...
Mientas el cierzo nos trae
las hojas secas caídas,
despojos del gigantesco
árbol de la selva umbría.

● ● ●

OTONO: Triste estación,
tardes de melancolía,
las escarchas y los fríos
a todo el mundo acoquinan;
las flores están marchitas;
la campiña está muy triste
y se van las golondrinas.
Los arroyos de la sierra
en hielo se cristalizan
y sólo quedan las fuentes
transparentes cantarinas
que brotan a borbotones
de la tierra negra y tibia
y sólo queda en las almas
tristeza y melancolía.
¿Cómo poder disipar
esta tristeza infinita?
Es el «otoño ansotano»
la estación triste y sombría
no hay más que viejos y niños,
principio y fin de la vida...
¡Pues la juventud se fue,
y con ella, la alegría!

Inviero

¡NIEVE! ¡Nieve! ¡Mucha nieve!

A la mañana temprano salen los hombres con palas y abren caminos delante de sus puertas. La nieve sube ochenta centímetros y

hasta un metro sobre el suelo. Despues, se dirigen a los establos y sacan los animales de labor a la calle, para que se vayan solos a la fuente, a tomar agua. Mientras tanto, se limpian las caballerizas. Se pone en el pesebre el pienso. Consiste en paja trillada y cebada. Y se llena la escalera de pasto y alfalfa. Casi siempre, antes de terminar estas tareas, ya estan de regreso los animales y empujan el porton con violencia, pues el frio es intenso y se apuran por estar abrigaditos bajo techo. Ademas, en el monte no pueden comer nada, porque la nieve lo cubre todo, y despues que han apagado la sed en el agua tibia del manantial, buscan rapido el pesebre.

Las mujeres, mientras tanto, hacen una gran fogata en la cocina. Levantan las criaturas, las asean y preparan el desayuno, pues hay que mandarlas a la escuela.

A los ninos mas pequenos los llevan alzados sus hermanos mayores o los padres. Cada nino lleva a la escuela un tizón. Allí, el maestro prepara la hoguera. Y, en torno de ella, cumple su sagrada misión de iluminar las almas blancas y guiarlas por el sendero de la virtud y del bien.

Estas clases invernales, al amor de la lumbre, son tan íntimas, tan familiares, que el maestro, sentado en su sillón de cuero y rodeado por los ninos, parece más bien un abuelito que les cuenta a sus nietos cuentos de las «Mil y una noches».

La diligencia del pueblo baja todos los días a Berdún, donde empalma la carretera que va de Jaca a Pamplona. Pocos pasajeros transitan en el invierno por estos lugares tan solitarios y tristes. Lo que abunda es la correspondencia. Los ansotanos ausentes escriben muy a menudo.

Cartas de Francia, cartas de la Ribera, cartas de los que fueron soldados y cartas de América.

Hay muchos ansotanos en las Américas.

Noche Buena, Navidad, Año Nuevo, Reyes...

Todas estas fiestas se celebran en Ansó en torno del fuego. Se han hecho las ricas morcillas con arroz y cebolla. Largas longanizas cargadas de pimentón picante cuelgan en la chimenea. Tambien cuelgan al lado de las longanizas los «perniles de magra» (jamón); y los sabrosos «cuartos de cecina» (carne salada y ahumada de corde-

ro), muy riquísima, y las célebres pancetas ahumadas, que tan rico gusto dan al cocido de garbanzos.

Pero lo que alegra el alma a los ansotanos en las fiestas invernales es el «ponche». Se coloca a la orilla del fuego una buena cazuela de barro llena de vino. Se le agrega azúcar y se revuelve lentamente para deshacer el azúcar. Cuando ya está a punto de hervir, se retira del fuego y se le arrima un fósforo encendido. Enseguida se prende, haciendo una llama color violeta. Con un cucharón, se levanta lentamente el vino, hasta que se extingue la llama de color violeta y... ¡Ya está!

De este rico «ponche» se toman dos o tres tazones y los rostros se ponen colorados y la alegría surge a raudales. Se hacen chistes. Se cuentan cuentos y se recuerda a los ausentes... ¿Qué harán los ausentes? Allí están las cartas. ¿Qué dicen? Las de Francia «que este año pagan un *sos* menos por docena que el año pasado y que para sacar cinco francos por día, hay que pelarse los dedos tironeando las trenzas y las liguetas de las alpargatas y que están ya deseando que venga el mes de mayo, para volver al hogar...».

Las de la Ribera dicen «que están en plena parizón; que los pastores están bien, porque ha llovido mucho; que los corderitos, están gordísimos y juegan y corretean en los carasoles, que da gracia mirarlos; y, finalmente, que para mayo subirán a la montaña, con mucha alegría y un ganado *flor*...».

Las cartas de los soldados son ya más tristes. «Pasan muchas calamidades. La paga que reciben no les alcanza ni para comprar betún. El rancho es malo y escaso y no tienen ni para cigarrillos. Piden algo hasta que reciban la licencia y vuelvan contentos a sus casas...».

Y, por fin, las cartas de América. Estas cartas ya son de otro tenor... Y de tanto en tanto traen un giro bancario y dicen: «Que sienten la nostalgia del terruño, que están trabajando bien y ganan sus buenos pesos; pero que no pueden hacer la América como otros que vinieron años antes y se enriquecieron pronto; mientras que ahora hay que cincharla duro y parejo, para hacer algo, no mucho».

«Los años pasan. Se casan. Forman su hogar. Tienen hijos y no pueden regresar a la Madre Patria; pero mantienen viva la ilusión de volver algún día...». ¿Volverán? Algunos, sí, volvieron, pero a los

pocos meses regresaron de nuevo a América... Las raíces que habían echado allá eran muy profundas y no podían arrancarlas...

¡Noche Buena. Año Nuevo. Recuerdos. Nieve. Ponche...!

25 de julio de 1886

Lector amigo:

Te he presentado, lo mejor que he podido y a vuelta pluma, la aldea en que yo nací; su vida y sus costumbres. Y, aunque parezca raro, que antes de mi nacimiento te hable de todo eso, a mí me pareció lo más lógico. Acostumbrado a leer muchas obras de teatro, en todas ellas lo primero que hace el autor es el cuadro del escenario. Una vez montada la escena donde han de actuar los personajes, sube el telón.

Al descorrerse el telón, vengo yo al mundo.

Tantas veces me lo contaron, la forma en que vine, que me lo sé de memoria.

Me olvidaba decirte que en la casa de mis padres había taberna y tienda de comestibles desde tres generaciones. Era, pues, la más vieja del ramo. La llamaban «Casa de Juaquineta», porque se la habían dado como regalo de bodas a mi tatarabuela Juaquina y, como era de corta estatura, la llamaban cariñosamente «Juaquineta» y ese fue el título de la casa, ¡para siempre!, ¡por muchas generaciones...! Y ahora, vamos a mi nacimiento. «Como me lo contaron, te louento».

¡¡Arriba el telón!!

Era la noche del 24 de julio del año 1886. Pleno verano.

El pueblo de Ansó trinaba de alegría. Había una gran cosecha de trigo, bendición de Dios, ¡un cosechón!

Los segadores habían interrumpido sus faenas.

Los mayorales habían bajado del Puerto. Esta vez les había tocado a los repatanes quedar al cuidado del ganado.

Rondallas, bailes, serenatas, relinchos y borracheras. De todo había en el pueblo esa noche.

«Casa de Juaquineta» estaba repleta. A ella acudieron los rondadores roncos de tanto cantar al pie de rejas floridas y venían «a mojar el gaznate».

Todos querían pagar y pagaron una vuelta por cabeza. Y, como eran muchos, pues eran muchas las vueltas, ¡muchas!

En el mostrador, doña María atendía los pedidos, con movimientos lentos, pues se encontraba «pesada».

No estaba don Alejandro, que fue con el carro a Sangüesa por vino y habría de llegar de un momento a otro.

Dos o tres chicas, menores de edad, ayudaban a la madre. El ambiente estaba «caldeado». Afuera, en la Plazuela Manato, había un baile popular. Al compás de una jota aragonesa, repiqueteaban las castañuelas y se oían los taconeos del baile.

En medio de ese bullicio, había un silencio y una copla:

Arrímate bailarín,
arrímate, que no pecas,
que el que baila y no se arrima
es que come el pan a secas.

Siguió la orquesta con más furia. Las castañuelas y los zapateos se oían con más intensidad. El entusiasmo de los bailarines y los mirones era indescriptible.

En la taberna, gritaban los sofocados y los sedientos:

—¡Un litro de «Cariñena»!
—¡Una botella de «Carabanchel»!
—¡Sangría para cuatro!
—¡Manzanilla! ¡Gaseosas!

La tabernera, completamente rendida, no podía moverse. Las chicas corrían de aquí para allá. Afuera, seguía la jota.

Hubo otro silencio y otra copla:

Quisiera ser zapatito
de tu chiquitito pie
para ver de cuando en cuando
lo que el zapatito ve.

Risas y gritos coreaban el final de la picaresca copla. Eran las tres de la madrugada. Seguía la jota en todo su esplendor. Como treinta parejas saltaban y daban vueltas.

En la taberna, se había escuchado un grito de dolor. Los parroquianos salieron a la calle precipitadamente. Un mozo, Javier de Ostias, sobrino de la tabernera, partió corriendo y se perdió en la calle solitaria. Pararon la música y el baile. Se oyó otro grito de dolor...

¿Qué pasaba en «Casa Juaquineta»? Alguien dijo: doña María se ha «descompuesto».

Todos comprendieron. El pueblo era chico y todo se sabía. En pocos minutos, la Plazuela Manato había quedado desierta. Unas cuantas vecinas entraron en la taberna. Se cerraron las puertas. Se llevaron a los chicos a la casa de una tía. Regresó el sobrino acompañado de la «comadre»³, que vino a medio vestir. Se oyó otro grito... y en el silencio de la noche aldeana se escuchó el llanto de un recién nacido.

Cuando el cielo empezó a teñirse con el fulgor de la aurora, entró en la aldea don Alejandro Gastón, con el carro cargado y las mulas cansadas. Había caminado toda la noche «para llegar a tiempo». Pero, al ver tantas mujeres en su casa, quedó pasmado.

La «comadre», que salió a su encuentro, le dijo:

—¡No te asistes, hombre! Todo ha venido bien. Te felicito: ¡un varón!

Media hora después, cuando llegó el cura a echarle la bendición, preguntó:

—¿Cómo lo van a llamar?

La madre, contestó:

—Póngale usted el nombre del santo del día.

El cura escribió en un papel: Santiago Gastón Añaños, nacido el 25 de julio de 1886, a las cinco de la mañana... Y, dirigiéndose al padre le ordenó:

3 Nota del autor: nombre que se da a la partera.

—Venga a la iglesia con dos testigos para anotar todo en los libros.

Y así terminó el acto el día que vine al mundo.

Noviecita de la infancia

¿Quién no ha tenido su novieca de la infancia? ¿Esa amiguita íntima, vecina de casa, que viene con la madre a pasar el rato?

Yo la tuve. Y este recuerdo es el primero que acude a mi memoria.

Al fondo de la casa de mis padres había un huerto que mi abuelita paterna y mi madre cultivaban y cuidaban con cariño y con esmero.

Al lado del huerto, estaba la casa de la familia Ferrero, compuesta por un matrimonio y una niñita de mi edad: Rosita Ferrero.

Como mi abuelita y mi madre se pasaban largos ratos aflojando la tierra y limpiándola de las malas yerbas, me llevaban a mí para tenerme a la vista.

Allí salía Rosita y jugábamos juntitos, mientras las mujeres trajinaban.

Nos queríamos tanto que nos decían: «Estos se van a casar cuando sean grandes». Y tanto nos anunciaban el casamiento, que nos hicieron «novios infantiles».

El huerto era nuestro lugar predilecto. Allí hacíamos casitas, comiditas y altarcito. La madre de Rosita, doña Matea, no era nada para mí, pero la llamaba tía Matea. ¡Cómo le gustaba que la llamara tía!

El día que no íbamos al huerto, venía la tía Matea a buscarme, para que jugara con Rosita. ¡Con mi novia!

Así pasaban los días felices de mi infancia.

Hasta que un día... la tía Matea no vino a buscarme. Extrañado yo por este olvido, quise irme al huerto y no me dejaron. Prorrumpí a llorar. Y, con gran sorpresa, noté que en mi casa todos lloraban. ¿Por qué lloraban?

Mi madrecita empezó a decirme que Rosita estaba dormidita y que íbamos a visitarla, pero sin hacer ruido, ni hablar, para no «despertar a la pobrecita».

Me lavó. Me peinó. Y me vistió con el trajecito de ir a misa los domingos.

Después, me entregó un puñado de rosas. Y me dijo: ¡Vamos! Y por el camino, me recomendó no hablar, ni llorar, ni hacer ruido y que pusiera aquellas rosas juntito a la cabecera de Rosita, pero sin tocarla, para no despertarla.

Antes de llegar a la puerta de Rosita Ferrero vi que salían de ellas varias personas. Una niña llegó con un ramo de flores. Lo entregó en la misma puerta y se retiró. ¿Qué ocurría?

Nuestra entrada en casa de Rosita no pudo ser más altamente conmovedora.

Había mucha gente. La tía Matea estaba rodeada de bondadosas amigas, que trataban, en vano, de consolarla.

Apenas me vio, se abalanzó sobre mí con los brazos abiertos gritando desesperadamente: ¡¡Hijo mío!! ¡¡Hijo mío!!

Me alzó y estrechó tan fuertemente contra su pecho, que me hizo gritar de miedo. Besaba las rosas. Me besaba a mí. Y nos cubrió de lágrimas y besos por un largo rato.

Me llevó a la sala y allí estaba Rosita, toda vestida de blanco y rodeada de luces y flores. Aquello me pareció un altar. La tía Matea me decía entre sollozos: ¡¡Mírala!! ¡¡Mírala!! ¡Ya no jugarás con ella en el huerto, ya no haréis casitas, ni altares, ni comiditas! Tus rosas han de estar aquí, en el pecho, junto a las manitas, para que las aca-ricie, dulcemente, suavemente, ahora... ¡bésala!

Obedecí y me extrañó mucho el frío de su cara.

Por fin, me dejó. Y yo corrí a refugiarme en el regazo de mi madre. Pero no estaba a gusto, en medio de tantas mujeres lloronas.

Al día siguiente, fue la inhumación. La llevaron a pulso, entre seis señoritas. Cuatro niños y cuatro niñas llevábamos las cintas. Yo iba delante de todos portando una cinta. Detrás del féretro, todas las amiguitas de la finadita, vestidas de blanco. Y, más atrás, los des-consolados padres, parientes y amigos.

Fue un sepelio grandioso, en medio de la sencillez aldeana. ¡Ja-más lo olvidaré!

Escuela de párvulos

Triste, muy triste, fue para mí el primer día que me llevaron a la escuela de párvulos.

Primero, me llevó mi madre. Pero al dejarme para irse, me prendió en su pollera y no hubo caso de largarla. Todas las madres son débiles. Y la mía, dulce y tierna por demás, terminó por ceder y regresó a casa remolcándome, pues yo, como buen «mañico», no solté su pollera por nada.

Mi padre, que era bueno, pero rígido, me señaló la calle con su índice y me gritó: ¡¡Delante mío!! ¡¡A la escuela!! ¡¡Vamos!!

Y me llevó por delante, a los gritos. Yo obedecí... ¡¡Qué remedio!! Y no solamente fui delante de él a la escuela, sino que mantenía una distancia de ocho metros, pues su aproximación resultaba peligrosa.

Cuando llegamos, noté que eran muchos los que, como yo, lloraban. Y también noté que había más padres que madres. Por fin, sonó la campana y quedamos encerrados. La maestra, en menos de cinco minutos, nos puso contentos. Nos habló de pajaritos, de caballos, de príncipes, de conejos, de cazadores de tigres y de lobos, y de Caperucita.

Fue como un milagro. Al día siguiente, nos fuimos solitos y contentos. Aquella santa mujer era para los chiquitines una segunda madre. No faltaba quien se ensuciara. Y ella, con una paciencia a toda prueba, mandaba buscar ropas interiores e higienizaba aquellas criaturas que estaban a su cuidado y que, gracias a ella, empezaban por aprender el abecedario y entrelazar las primeras sílabas.

Cuando dos años después nos trasladaba a la escuela de los «grandes», todos llorábamos y la maestra de párvulos también lagrimeaba. Aquella mujer era todo corazón. ¡Era una segunda madre y una santa!

Don Pascual Altemir

Al ser trasladados a la escuela de los «grandes», el maestro nos examinó a uno por uno y nos dividió por secciones.

Nosotros, que estábamos encariñados con la maestra de párvulos, le teníamos a don Pascual un miedo atroz. Y pedíamos a nuestras madres que nos llevaran de nuevo a la escuela de párvulos. Allí cantábamos, jugábamos, reñíamos y hacíamos ¡de todo! ¡de todo!

En cambio, en la escuela de los «grandes» y frente a don Pascual Altemir, que así se llamaba nuestro maestro, estábamos como en la iglesia. Solamente en el momento del recreo, dábamos suelta a nuestros juegos y «otras yerbas».

Poco a poco, nos fuimos acostumbrando al nuevo ambiente. Empezamos a perderle el miedo al maestro. Y terminamos por encariñarnos con él y con los estudios. ¡Y qué bien nos enseñaba! Para hacernos entrar las lecciones, improvisaba cuentos y nos hacía chistes. A veces, nos castigaba con una correá ancha.

Si el motivo no era grave, nos daba dos correazos en la palma de la mano. El castigo máximo eran doce correazos en cada mano. ¡Qué coloradas quedaban nuestras manos, después de los correazos!

Pero, también, un maestro solo frente a doscientos niños y ¡qué niños! nacidos en un ambiente brusco, rodeados de una naturaleza salvaje y bravía, necesitábamos un buen domador de fieras, para encarrilarnos por el camino del bien y obligarnos a cumplir fielmente con nuestros deberes.

Para ello, se valía de los más aventajados, que los utilizaba como auxiliares y los hacía ejercer frente a los más pequeños. A los grandes, los manejaba él mismo.

En honor a la verdad, debo de dejar constancia que, en Ansó, no hubo analfabetos mientras estuvo al frente don Pascual Altemir (y por Dios que estuvo muchísimos años). Todos los diarios de España se ocupaban de ese maestro ejemplar. Varias veces lo quisieron trasladar con ascenso, pero el pueblo pedía por él. Y él... como estaba tan encariñado con el pueblo, terminaba por quedarse, hasta que se jubiló.

Estuvo en el pueblo. Vino joven. Se casó con la maestra de niñas, doña Pilar. Formaron su hogar. Tuvieron varios hijos y vivieron una vida plácida y serena, rodeados del cariño y el respeto del pueblo. Cuando se jubiló, todo el pueblo salió a despedirlos en la carretera.

¡Qué cuadro! ¡Todos lloraban! Cuatro generaciones estaban presentes, rindiéndoles tributo a aquellos esposos que habían sacrificado la flor de su vida en aquellas montañas, dedicados por completo a su sagrada misión de iluminar las almas blancas; pues sabían que los niños de hoy son los hombres del mañana.

Si hubieran muchos maestros como don Pascual Altemir ¡qué pocos ignorantes habría en el mundo!

Lo poquito que yo sé, lo poquito que yo valgo, a él se lo debo.

Gracias a él, aprendí a leer y a escribir y, ante todo y sobre todo, matemáticas.

Recuerdo que nos gritaba: ¡Aprendan los problemas, cuentas, cuentas! Y agregaba: ¡Ustedes que tienen que emigrar cuando sean grandes, unos a Francia, otros a la Ribera y otros a América, necesitan aprender a leer, a escribir y a sacar cuentas. Sabiendo esas tres cosas ya se pueden lanzar a recorrer el mundo! ¡Que no se diga que un ansotano sale del pueblo más ciego que un topo! ¡Sería una desgracia para él y una vergüenza para mí!

A medida que iba yo creciendo, fui aprendiendo hasta colocarme en el primer lugar, el mejor alumno. En cierta ocasión se realizó una fiesta escolar y había que cantar una canción al compás del órgano de la iglesia. Nos probaron la voz y me eligieron a mí. Parece que tenía una voz agradable y que gustó al auditorio.

Desde entonces, me incluyeron en el coro sagrado y me obligaron a cantar las «Aves Marías» y los «Misereres».

Yo no quería, pues mientras mis amigos jugaban, tenía que ir a ensayar canto.

Mi pobre madre, que era profundamente religiosa, se tomaba la molestia de acompañarme; hasta que me entró la afición por la música sacra y después me iba solito. Cada vez que cantaba el «Ave María», de Schubert, mi madre, profundamente emocionada, lloraba.

Palos y sustos

A una tía mía, María Manuela, viuda, joven y con pesetas, se le antojó casarse en segundas nupcias. Como no tenía hijos, la familia del

finado esposo reclamó su parte. Y, según las leyes españolas, parece que tenía razón y derecho.

Se entabló la demanda. La justicia ordenó las particiones de los bienes gananciales, una vez efectuado el segundo casamiento.

El hermano del finado, Juan Concepción, era un angurriento. Quería apoderarse de todo antes del casamiento. Y aquí empezó el tira y afloja entre ambas partes.

Entre los bienes destinados al «terrible Juan» había una huerta y en esa huerta quedaban unos repollos. Mi tía los quería, para trasplantarlos a su huerto, pues era ya otoño y las nieves asomaban en los altos picos de Ezcaurri y Alano.

El juez autorizó a mi tía a cosechar los repollos. El cuñado feroz la amenazó con matarla si arrancaba los repollos. Mi tía tenía miedo y no sabía qué hacer. Pero mi querida abuelita, que era una octogenaria más bien plantada que un pino, más fuerte que un roble, más firme que un monte y más dura que una roca, nos mandó a arrancar aquellos repollos a tres nietos. Y nosotros, ignorantes del peligro que nos rodeaba, salimos los tres montados sobre un burro: adelante, manejando, Tomasa, que tenía quince años. Detrás de ella, Alejandro, que tenía once. Y, más atrás, yo, que tenía nueve. Hicimos el trayecto cantando en terceto. Era la caída de la tarde. Soplaba un «cierzo»⁴ fresquico.

Arrancamos los repollos y llenamos tres sacos de arpillera, bastante grandes.

Nos pusimos a cargar el burro y no podíamos alzar los bultos. Hubo que dividirlos en cuatro. Entonces, pudimos.

Al salir de la huerta, era ya de noche y el camino se perdía en curvas y más curvas, por un barranco abajo.

Al cruzar un matorral de boj, bastante tupido, se nos apareció un bulto con un palo y le descargó a Tomasa un garrotazo en la cabeza. La pobrecita soltó un alarido de horror y salió corriendo barranco abajo dando gritos de ¡Socorro! y ¡Auxilio!

4 Nota del autor: viento de la montaña frío y seco.

El segundo garrotazo lo recibió mi hermano Alejandro en las espaldas y, en vez de seguir rumbo al pueblo detrás de Tomasa, se dio vuelta atrás, con tanta rapidez, que me hizo rodar por el suelo. Un miedo espantoso se apoderó de todo mi ser. Y me quedé agazapado, al borde del camino. Entonces vi que el malhechor era nada menos que Juan Concepción, hermano del finado y cuñado de mi tía.

Por el camino, rumbo al pueblo, que ya estaba cerquita, se oían los gritos de ¡socorro! de Tomasa. Mi hermano Alejandro, que se había internado en un pinar, me llamaba: ¡Santiago! ¡Santiago! ¡Como para contestar estaba yo, a tres metros del terrible garroteador y con un chucro que no me cabía en el cuerpo!

El burro, con su enorme carga de repollos, estaba parado en el camino. Y contra él descargó toda su furia el desalmado Juan. ¡Pobre animal! ¡Qué de garrotazos tuvo que aguantar! Yo observaba la escena desde el suelo. De pronto, sentí algo así como un fuego que me recorrió todo el cuerpo. De un salto, me incorporé y le grité: ¡Asesino! ¡Asesino! ¡No me mate al pobre burro! ¡Criminal! ¡Asesino!

Diose vuelta sorprendido el aludido y me corrió. Pero yo, con la agilidad de un gato, me dirigí al pinar donde mi hermano seguía llamando: ¡Santiago!

—¡Asesino!—, gritaba yo.

—¡Socorro!—, exclamaba Tomasa.

—¡Santiago!—, profería Alejandro.

Sin duda, el criminal tuvo miedo del cariz que tomaban los acontecimientos, porque en el silencio de la noche yo sentía sus precipitadas pisadas en una carrera, rumbo al pueblo, y lo seguía de lejos gritándole: ¡asesino!, ¡Juan Concepción!, ¡criminal! tras mí.

¡Cállate, Santiago!, me gritaba mi hermano.

Pero yo seguía gritándole. Mi hermana entró al pueblo más muerta que viva. En su precipitada carrera, había perdido las zapatillas. Todo el pueblo se puso en movimiento. Intervino la Guardia Civil. Llamaron al médico, quien le dio a mi hermana agua con anís. Y, en medio de esta confusión, llegué yo gritando: ¡Asesino! ¡Juan Concepción! ¡Lo he visto! ¡Asesino!

La Guardia Civil se fue enseguida a la casa del acusado. ¡Y cuál no sería la sorpresa, al encontrarlo en la puerta de su casa, rodeado de su familia y diez o doce vecinos más, todos sentados en sillones y conversando muy risueños!

Sin embargo, le dijeron el objeto de su visita y la acusación que pesaba sobre él. Pero, sin inmutarse en lo más mínimo, contestó sereno y sonriente:

—¡Hace más de dos horas que estamos aquí todos, reunidos y conversando! ¿No es cierto, señores?

Todos afirmaron que sí y la Guardia Civil tuvo que retirarse convencida de que Juan Concepción era inocente y que yo había visto visiones.

En esto, apareció en la puerta de mi casa el pobre burro, con su enorme carga de repollos.

¡Pobre animal! Sangraba por las orejas, por el morro, por las ancas y por los garrones.

Aquella bestia humana, lo había garroteado de un modo bárbaro. Hubo que llamar al veterinario para hacerle las primeras curas. ¡Pobre Puchín!⁵

Esa noche nadie durmió en mi casa. Afortunadamente, mi padre no estaba.

Había salido por la mañana, con su carro, rumbo a Jaca, a retirar una carga de la estación y recién regresaría al día siguiente, por la tarde, pues de estar él muy mal le habría ido al facineroso Juan.

De modo que en casa estábamos tres mujeres: mi abuela, mi madre y mi tía, y nueve criaturas. Olvidaba decir al lector que mis padres tuvieron nueve hijos: cuatro mujeres y cinco varones.

Pero yo tenía la plena seguridad que había sido él. Esa noche de desvelo, pensé en la venganza. Y al día siguiente, la llevaría a feliz término, de acuerdo a un plan estratégico, inspirado, planeado y

5 Nota del autor: así llamábamos cariñosamente al burrito.

madurado en el silencio de la noche interminable, noche de esparcimiento, de zozobra, de miedo, «palos y sustos».

Y así lo hice, al día siguiente.

La venganza

A la mañana siguiente, nos levantamos todos temprano. Nos miramos y... nada. Estábamos pálidos. Mala noche habíamos pasado. Las emociones de la noche anterior habían sido demasiado fuertes. Mi abuelita era la más animosa y decidida. Nos preparó el desayuno y nos mandó a la escuela.

Tomasa no pudo ir. Tenía dolor de cabeza. Y Alejandro tampoco pudo ir. Un tremendo moretón le cruzaba las espaldas. Así que salimos dos solamente: Francisco y yo.

Para ir a la escuela teníamos que pasar irremisiblemente por la puerta de Concepción. Antes de llegar, Francisco, que era menor que yo, me dijo: ¡No tengas miedo, hermanito! ¡Yo te defenderé!

La señora de Concepción estaba barriendo delante de su puerta. Su esposo ponía en orden unas herramientas de labranza. En la casa de enfrente dos albañiles revocaban una pared. Varios vecinos iban y venían a sus quehaceres.

Yo miré a la señora de Concepción con desafío. Y ella, molesta da, me gritó:

—¿Qué miras?

—¿No la puedo mirar?

—¡¡No!!

—¡¡Váyase al cuerno!!

—¡¡Atrevido!! ¡¡Insolente!!

Vino hacia mí con la escoba levantada. Pero, al verme quieto y firme, se paró de golpe, llena de sorpresa, y allí aproveché yo para gritarle: ¿Por qué no castiga? ¡Castigue no más, castigue! ¡Como lo hizo anoche ese canalla de marido que tiene!

El aludido, que estaba de espaldas, se dio vuelta rápido. Estaba pálido. Y gritó:

—¡Mientes, mocoso, mientes!

Pero yo no me asusté. Y con una audacia inconcebible, le grité:

—¡Yo no miento! ¡Digo la verdad! ¡Asesino!

Los albañiles se bajaron del andamio para sujetarlo. La señora gritaba e insultaba. Un grupo de vecinos curiosos se detuvo. Varios compañeros de colegio me rodearon. Y yo seguía gritando:

—¡Asesino! ¡Yo no miento! ¡Era usted! ¡Era usted! ¡Yo lo cono-cí! ¡No niegue! Allí está mi hermano con las espaldas amoratadas. Allí está el burro todo deshecho. ¡Pero esto no va a quedar así, no! Esta noche viene mi padre de Jaca, y se lo voy a contar todo... ¡todo! ...para que lo mate a tiros... ¡a tiros! Porque fue usted, usted mismo. ¡Asesino! ¡Asesino!

Ante esta acusación, hecha a gritos delante del público, el hombre quedó desconcertado. Pero reaccionó y, dirigiéndose al público, gritó:

—¡Es mentira! ¡Yo no fui! Y ahora mismo, me voy a quejar al juez. Yo no puedo permitir que se me acuse de este modo y me griten asesino.

—¡Asesino!—, seguía gritando yo.

Mis compañeros de estudio y mi hermano Francisco me llevaron poco menos que a empujones. El malhechor salió rumbo al Ayuntamiento y una vieja, la señora María Merín, exclamó:

—¡Bendito sea Dios! Y todo por cuatro miserables repollos. ¿No es un crimen maltratar a esas pobres criaturas? Y ahora, cuando venga el padre y se entere... ¡Jesús, Jesús! ¡He aquí como se pierden dos familias!

La culpa de los padres la pagarán los hijos

Cuando llegamos a la escuela, un grupo de chicos jugaban a la pelota. Era temprano. El maestro no había llegado aún.

Al verme llegar, todos me rodearon con curiosidad y yo, creyéndome un héroe, referí todos los hechos de la noche anterior. Cuando llegó el maestro hubo un desparramo.

Don Pascual me miró serio y fuerte. Ya le habían enterado del escándalo callejero frente a la casa de Concepción.

Tan pronto estuvo en clase, pasó lista y nos mandó poner de pie.

Me hizo pasar delante y empezó a reprenderme de un modo tan enérgico que prorrumpí a llorar.

En un momento que dirigí la vista a los pupitres vi al hijo de Juan Concepción, que se reía de mí. Era poco más o menos de mi edad y estatura. Y pensé que, al salir, en una pelea saldríamos poco más o menos parejos. ¿Por qué se reía de mí?

Cuando el maestro terminó su largo sermón, me ordenó ir a mi banco.

Al pasar por donde estaba Juan Concepción (se llamaba lo mismo que el padre), le dije en voz muy baja:

—¡Cuando salgamos te voy a dar!

—¡Bah!, contestó. ¡Gran cosa! Y me miró despectivo.

Todos sabían en clase que nos íbamos a pelear a la salida. Todos... menos el maestro.

Y así fue. Tan pronto nos vimos en la calle, aproveché el tiempo mojándole la oreja al pasar.

Mojar la oreja significaba una humillación para el «mojado» y un desafío para el «mojador».

No hubo más trámites. Dejamos los cuadernos y nos prendimos con furia... Nos pegamos mutuamente una soberana paliza. Los dos sangrábamos por la nariz. En un momento dado, lo calcé con una derecha en un ojo y se aturdió. ¡Allí fue la mía! Empecé a darle golpes y más golpes, hasta dejarlo tendido.

Los chicos, que habían formado un círculo, me felicitaron, proclamándome vencedor. Y, mientras yo me dirigía orgulloso a mi casa, con unos pocos compañeros del barrio, allá atrás, un grupo más grande acompañaba al vecino y le cantaba: ¡Te la dio... te la dio... te la dio!

¡Qué cuadro se produjo cuando llegué a casa! Mi pobre madre, a quien todavía no se le había curado el espanto de la noche anterior, me empezó a gritar:

—¿Qué te ha pasado?

—¡Nada! ¡Nada!

—¿Cómo nada? ¿Y esa sangre? ¿Y esas ropas rotas?

—¡He reñido!

—¡Sí, ya lo veo! ¿Y con quién?

—¡Con el hijo de Juan Concepción!

—¿Eeeeeeh?, mi madre tuvo que afirmarse en una silla para no caer desmayada.

Los demás de mi casa, en cambio, se reían y gozaban, y más todavía cuando les dije que lo vencí ampliamente.

¡Me felicitaron y me abrazaron! Mi madre, en cambio, lloraba desconsoladamente y decía:

—¡Pero este demonio, me va a matar! ¿No sabes lo que puede venir después? ¿Pero no te das cuenta, hijo mío, que te pueden llevar preso?

—¡Fue una pelea noble!

—¡Ninguna pelea es noble!

—Esta, sí. Se reía de mí mientras me reprendía el maestro. Y ahí, no más, lo desafié al salir. Nos prendimos. Le gané y... ¡aquí no ha pasado nada!

Como mi madre seguía llorando, yo me enternecí. La quería con locura. Y no podía verla llorar. Me arrullé en su regazo y empecé a besarla y acariciarla, mientras le decía:

—¡No llores, que me pongo triste! ¡Mamita buena, mamita buena, mamita buena! ¡Mamita linda, mamita linda, mamita linda!

Cuanto más entusiasmado estaba acariciando a mi madre ¡Zas! ¡Entró el alguacil!

Su presencia produjo el efecto que produciría una bomba en medio de una procesión.

Venía a citarme a la «Casa de la Villa», para el día siguiente, a las diez, pues don Juan Concepción me acusaba de calumnias, insultos, escándalo en la vía pública, etc., etc.

El asunto se presentaba pésimamente mal. Y eso, que todavía no sabía lo de la paliza a su hijo. Aquello, ¡¡parecía el fin del mundo!! ¡Y mi padre, fuera del pueblo!

¡Buena la habíamos hecho!

Un juicio era el terror... ¡Ojalá que viniere mi padre esa noche, si no estábamos perdidos, completamente perdidos!

El juicio oral

Al día siguiente, tal como se había anunciado, se entabló el juicio.

Como era domingo, la sala resultó chica para dar cabida a la barra de curiosos.

Al frente, debajo del retrato de sus majestades don Alfonso XII y doña María Cristina, se sentó el juez. A su derecha, el alcalde. A su izquierda, el secretario. Y, después, a ambos lados, los concejales del Ayuntamiento.

Cerca de los representantes de la justicia estaban los «distinguidos» del pueblo: el cura, el maestro, un labrador rico, el médico, el veterinario, el teniente de carabineros y el peluquero (el barbero).

Después, a un lado, toda mi familia. Y enfrente de nosotros, «la otra familia». Es decir, la de Concepción.

Media docena de guardia civiles armados por la sala. En una palabra, la sala de audiencias era un cuadro soberbio y reinaba un silencio profundo. Solamente las miradas corrían por todas partes. Yo me hallaba en el regazo de mi madre y, aunque era medio bandido, ¡bastante bandido!, estaba preocupado, porque casi todas las miradas caían sobre mi diminuta persona.

Al fin, habló el juez:

—Se va a dar lectura a la acusación. Ruego a todo el mundo guardar silencio y compostura.

Se levantó el secretario y dio lectura a un papel... Aquello resultó demasiado largo y aburrido, porque el secretario, por lucirse, parecía cantar mientras leía. Además, hacía muchas pausas para mirar el efecto que producían sus parrafadas kilométricas en el numeroso

auditorio. Al fin, terminó con aquella lectura, que a mí me pareció una letanía. Y en la sala, se levantó un murmullo general.

Tocó el juez una campanilla y todo el mundo guardó silencio.

—¡Qué hable el acusado!

Mi padre se levantó y, dirigiéndose al juez, exclamó:

—¡La acusación es falsa, desde el principio hasta el fin! Que hable el acusador.

Éste se levantó y habló enérgico:

—Señor juez, usía ordenó que hable el acusado y no el padre del acusado. ¡Mantenga su mandato!

Entre las dos partes surgió este diálogo. Lo inició mi padre:

—¿El acusado? Es menor de edad. Como ven es demasiado «chico».

—¡Será menor de edad, pero si es «chico» tiene la lengua «larga»!

—¡Tendrá la lengua larga, pero no tiene la cobardía que usted tiene para salir de noche a castigar a tres inocentes y a un pobre burro!

—¡No es cierto! ¡Tengo testigos!

—Sí, valientes testigos falsos.

—¡No hay pruebas!

—¡Hay heridos!

—¡No hay pruebas!

—¡Hay sospechas!

—¿Qué sospechas?

—¡Los repollos!

—¡Gran cosa!

—¡Los repollos y las amenazas a mi hermana! El juez «sabe algo» de esto.

—¿El juez? ¡Imposible!

—¡Silencio!, gritó el juez.

Hubo un silencio y el secretario se levantó y leyó:

—Hay otra acusación. El menor Santiago Gastón castigó «la traición» al menor Juan Concepción, golpeándolo bárbaramente en la cabeza con un hierro. Como el malhechor estaba «armado» y lo esperaba detrás de una esquina, se le acusa de traición, premeditación y alevosía.

Yo, que escuchaba atentamente esta lectura, me escapé de los brazos de mi madre y, enfrentándome con la familia contraria, le largué lo siguiente:

—¡Mentira! ¡Mentirosos! ¡Lo castigué con los puños, como él me castigó a mí también! Fue una pelea noble. Todos los chicos de la escuela nos rodeaban. Yo no lo esperé detrás de una esquina. ¡Lo provoqué y después reñimos! ¡Esta es la verdad!

—¿Y por qué riñeron?, preguntó el juez.

—Porque él se burló de mí mientras me reprendía el señor maestro. ¿No es cierto, don Pascual?

—¡A mí no me metas en líos!

(Esta respuesta del maestro provocó una carcajada general)

Mi padre intervino:

—La pelea de los chicos es harina de otro costal y no tiene relación con el juicio...

El señor Concepción saltó de su silla gritando:

—¿Cómo dice, cómo dice? Tiene mi hijo el cuerpo deshecho, la cara llena de rasguños y un ojo hinchado ¿y me dice que no tiene importancia?

—Fue una riña entre chicos y, por lo tanto, «cosas de chicos». Hoy se pelean y mañana son amigos. Volvamos al juicio.

—Es que se pueden ventilar las dos cosas a un tiempo.

—¡No señor! Es imposible estar en la misa e ir en la procesión.

—Juego de palabras!

—¡Me atengo a los hechos! ¡Qué siga el juicio! Señor juez, exijo que siga el juicio y en, todo caso, que entable otro juicio por la riña de los chicos.

El juez quedó un momento en suspense y, como el público empezó a murmurar, reaccionó, impuso silencio y ordenó seguir el juicio, dejando a un lado la riña de los chicos, pues era en realidad «cosas de chicos».

Mi padre se puso contento y el «otro» se desconcertó. El hecho de que el juez repitiera las palabras de mi padre era muy significativo.

Yo notaba que las simpatías del público se inclinaban en favor nuestro y eso, posiblemente, pesaba mucho en el ánimo del juez. Además, mi padre tenía fama de ser muy hábil para dirigir los pleitos y como en Ansó no había abogados ni procuradores, cada cual hacía lo que podía y se defendía como podía.

Siguió el pleito y siguieron los diálogos. Declararon los testigos y, al final, como no había pruebas, Juan Concepción aparecía como inocente y mi padre perdía el juicio, con costas, daños y perjuicios y la mar en coche.

Todos miraban a mi padre, como sorprendidos de su fracaso; pero lo que más desconcertaba al auditorio era su tranquilidad y su sonrisa burlona.

Cuando ya se disponía el juez a dar el fallo, mi padre se levantó, se dirigió primero a los representantes de la ley y después al público. Estaba sonriente pero pálido. Y habló así:

—Señor juez. Señores representantes de la ley. Señoras y señores: todas las pruebas están en contra de mis hijos. Pero yo me pregunto: ¿Hay alguien que nos quiera mal en el pueblo, hasta cometer el salvajismo de querer matar a tres inocentes, en un camino, valiéndose de las sombras de la noche y el lugar apartado y solitario? ¡La respuesta es clara y no deja lugar a dudas! ¡No, no y no! Nadie nos quiere mal en el pueblo. ¡¡Nadie!!

Nuestra casa tiene las puertas abiertas de par en par y así como están las puertas están nuestros brazos y nuestros corazones. Solamente hay una persona que no nos quiere, y esa persona es Juan Concepción.

Desde que murió mi cuñado Mariano, anduvo siempre a la tira y a la afloja con la viuda, con mi hermana María, aquí presente.

Yo sabía todo, pero no creía que tuviese un alma tan ruin; que, guiado y cegado por la codicia, llegase hasta el crimen. Tengo la prueba evidente que fue él, el malhechor. ¡¡Fue él!!

Permitíame, señor juez, que haga pasar a un testigo, pero no un testigo falso, como los que presentó él. Mi testigo es «verdadero».

Un murmullo llenó la sala. Todos miraban a la puerta por donde salió y reapareció mi padre, seguido de un carabinero llamado «Chicote». Era éste un mozo guapo de cara, alto, bien formado y venía de uniforme, con todo el correaje, fusil y bayoneta. Todos se pusieron de pie, como si un mismo pensamiento los impulsara. Juan Concepción palideció. Hubo un gran silencio. Habló el juez:

—¿Es usted el testigo?

—¡Servidor de usted!

—¿Qué nos puede decir?

—¡Pocas cosas, pero buenas!

—¡Hable!

—¿Me permite, mi teniente?

El teniente se puso de pie. Los dos soldados se saludaron militarmente y el teniente le dijo:

—¿Jura por su fe de soldado, que va a decir la verdad?

El carabinero «Chicote» llevó la mano a la empuñadura de la bayoneta y exclamó:

—¡Juro por mi fe de soldado, que voy a decir la verdad!

—¡Hable, pues!

—Estaba antenoche de vigía en el camino del Vedado, al lado de la Fuente Alta, cuando sentí gritos de auxilio dados por una muchacha.

Corré a su encuentro, pero de pronto, vi que por el barranco bajaba un hombre corriendo. Le di la voz de ¡alto! y, como no se detenía, le apunté y le grité: ¡Alto! ¿Quién vive? Se detuvo y me dijo: ¡No me tire «Chicote», soy yo, Juan Concepción!

Un griterío atronador se alzó en la sala. El juez agitaba la campanilla y gritaba: ¡Silencio! ¡Silencio!

Pero el público no hizo caso. Las mujeres eran las que más gritaban y amenazaban. Tuvo que intervenir la Guardia Civil para proteger a Juan Concepción y sacarlo, pues de lo contrario... ¡¡lo lincharían!!

Pasó la tormenta. Se arregló todo «amistosamente» y... los mozos en sus rondallas cantaron esta copla:

El señor Juan Concepción
dejó ya de ser un «pollo»
y ahora lo llama la gente:
«busca pleitos» por «repollos».

Mosén Antonio

Todos los años, antes de Semana Santa, el cura párroco nos tomaba lecciones de doctrina en la iglesia al terminar la clase de la mañana.

Nuestro querido maestro, don Pascual Altemir, nos ponía en dos filas. Adelante iban los mayores. Y detrás, por escala, los más pequeños. Él, en medio, daba órdenes como un general y, marcando el paso, nos conducía hasta la puerta del templo.

Allí nos recibía mosén Antonio, siempre risueño, alto y gordo, y siempre de buen humor. Era muy querido y muy respetado por todo el pueblo. Después de cambiar un saludo cordial con el maestro, nos gritaba con voz de mando:

—¡Adelante! ¡Adelante! ¡Esta es la casa de Dios! ¡Adelante!

Retirábamos el maestro y quedábamos bajo la dirección del cura. A fin de hacerse respetar, se armaba de un palo de avellano muy largo, rajado en la punta de exprofeso, para colocar el apaga-velas de lata en forma de embudo.

Cuando nos preguntaba la Doctrina, nos pegaba tremendos coscorrones en nuestras duras cabezas. Y el palo hacía un ruido muy particular: ¡clok! ¡clok!

Un día, sucedió esto:

—¡Oye, tú! ¡Colarrasa! ¿Cuántos dioses hay? (¡Clok!)

—¡Ay!, ¡uno!

—¿Y personas?

—Tres.

—¿Cuáles son?

—Padre, Hijo y Espíritu Santo.

—¡Muy bien! ¿El Padre es Dios?

—Sí, padre.

—¿El Hijo es Dios?

—Sí, padre.

—¿El Espíritu Santo es Dios?

—Sí, padre.

—¿Cuántos dioses hay?

—Tres personas y un Dios. (Risas)

—¿Cuántos dioses hay? (¡Clok!)

—¡Tres personas y un Dios, que son cuatro!

—¡Animal! (¡Clok!, ¡clok!, ¡clok!)

—¡Ay, ay, ay! (Algazara)

—¿Cuántos dioses hay? (¡Clok!)

—Uno solo, uno solo, uno solo.

—¿Y por qué dices cuatro?

—Porque así me lo enseñó «Soro».

—¿Tú también, «Soro»? (¡Clok!)

—¡Ay! ¡Mentira! ¡Mentira! ¡Yo no fui! ¡Yo no fui!

—Pues, ¿quién fue?

—«Fuertes»⁶.

—A mí me lo enseñó «Lobo».

—A mí me lo enseñó «Gato».

6 Nota del autor: mote de las familias con que se nos llamaba.

—A mí me lo enseñó «Burro».
—A mí me lo enseñó «Chusepón».
—A mí me lo enseñó «Larrufa».
—A mí me lo enseñó «Culerón».
—A mí me lo enseñó «Pajalarga».
—A mí me lo enseñó «Julepe».

—¡Basta, burros!, nos gritó el cura furioso. Y, posiblemente, ya le dolía el brazo de tanto pegar con su famoso ¡clok! y, ya más tranquilo, explicaba:

—Son tres personas distintas y un solo Dios verdadero. No lo olviden... Y ahora vamos a otra pregunta: Oye, tú, «Bufarás», ¿por dónde se entra a la Iglesia?

—¡Por la puerta! (Risas)
—¡Animal! (¡Clok!) ¡No se dice por la puerta!
—Pues, ¿por dónde se entra?
—¡Por el bautismo, bestia! (¡Clok!)
—Pero si la puerta está cerrada, no podrán entrar a bautizarlo. (Risas)
—¡Bruto! (¡Clok!) La puerta de la Iglesia está siempre abierta para bautizar a recién nacidos.

—¿Y si está cerrada? (Risas)
—¡No está cerrada! (¡Clok!, ¡clok!)
—¡Ay, ay!
—¿Por dónde se entra a la Iglesia?
—¡Por el bautismo, por el bautismo!
—¡Muy bien, muy requetebién!
«Con palo y tranca todo se alcanza»

Así se desarrollaban las escenas en las lecciones de Doctrina, y aunque recibíamos muchísimos coscorrones, nos divertíamos en grande, pues mosén Antonio tenía un carácter bonachón y por más «diabluras» que le hacíamos, jamás se irritaba. Al contrario, se di-

vertía con nosotros y nos aplicaba su famoso ¡clok! mientras nos gritaba, burlón:

—Yo, a veces, tengo miedo de romperles la cabeza. Pero estoy viendo que lo que se rompe es el palo. Vuestras cabezas son más duras que el avellano.

Muchos años estuvo el cura párroco en Ansó, casi toda su vida, hasta que un día se cortó un callo en un pie y se le engangrenó. Los médicos querían cortarle la pierna, para salvarle la vida, pero él se opuso tenazmente y con la misma serenidad que había vivido, se fue a dormir el sueño eterno a la tierra, dejando al pueblo lleno de pesadumbre, pues en los muchos años que estuvo en Ansó, jamás tuvo un altercado con nadie. Andaba bien con todos. Todo lo sabía. Todo lo ignoraba. Y todo lo perdonaba.

Era un buen cura, un excelente pastor de almas, un gran filósofo.

Después de su muerte, hubo muchos cambios de curas y ninguno logró conquistar las simpatías del pueblo. Y más bien, se hicieron odiosos, y la iglesia, que en vida de mosén Antonio estaba siempre llena, quedó desierta, completamente desierta.

Para colmo, hasta les cantaban coplas, los mozos en sus rondallas nocturnas. He aquí una:

¿Para qué lo llaman cura
al cura de este lugar;
para qué lo llaman cura
si no cura ningún mal?

En fin, que los ansotanos, siempre tan cristianos y religiosos, por culpa de los malos curas se pusieron rebeldes y se alejaron de la Casa de Dios.

Un domingo, uno de tantos curas que desfilaron, subió al púlpito y lanzó una andanada de insultos contra los ansotanos. Y... esa noche, salieron los mozos a rondar y, deteniéndose delante de la iglesia, cantaron esta copla:

Cuando montado en un burro
vemos al cura pasar
allí quedamos pensando:
¿cuál será más animal?

Quejóse el cura al señor alcalde, pero éste, que sabía como las gastaban los mozos, le aconsejó que tuviera paciencia y prudencia. Pero el terco sacerdote se quejó al obispo de Jaca y se armó un escándalo, que tuvo muy mal fin para el cura, porque lo trasladaron a no sé dónde por malo y trajeron otro que salió peor. En fin, resultó peor el remedio que la misma enfermedad.

Con decir que en plena trilla pretendió paralizar el trabajo en las eras, para que los hombres asistieran a misa y procesión. Semejante pretensión nunca se había planteado en la villa de Ansó. ¿Paralizar la trilla para ir a misa y procesión?

¡No, no y no! ¡Primero la obligación y, después, la devoción!

Nuevas quejas al obispo de Jaca y nuevo cambio de cura...

¡Nuevo pastor de almas!

¡Oh, los malos pastores!

Por culpa de ellos, se pervierten las almas cristianas, y los humildes aldeanos abandonan la Casa de Dios, para tomar otros caminos, otros ideales y otros rumbos. ¡Oh, los malos pastores!

Los ansotanos se lamentaban de la muerte de mosén Antonio, aquel cura tan alto, tan gordo, tan guapo y tan buenazo.

¡Ese sí que era un buen cura!

¡Era un buen pastor de almas!

¡Era un filósofo!

¡Paz en su tumba!

Yo lo sentí mucho, pues fue él quien me hizo monaguillo, para ayudarlo a decir misa y rezar el rosario. Y aunque me daba algunos coscorrones, me pagaba bien y me invitaba a comer a su mesa donde, dicho sea de paso, se comía maravillosamente bien.

Otro personaje que influyó mucho en mi educación cristiana fue Benito Deandreba, sacristán y organista de la iglesia de Ansó. Él me enseñó las primeras nociones de canto y solfeo. Y, acompañándome con el órgano, me hizo cantar misereres, Aves Marías, etc., etc.

Los dos estaban de acuerdo en entusiasmarme para que estudiara para ser cura; pero yo, nacido y criado en la montaña, en medio

de una naturaleza salvaje, era como la naturaleza, ¡salvaje! Y, por añadidura, ¡rebelde! Y en vez de cura, con el correr de los años, salí confitero. Por otro lado, la Iglesia salió ganando, por que yo hubiera sido un cura sin vergüenza.

El Tío de las Polainas

Había en los pueblos del Alto Aragón una costumbre tan vieja como original. Era la del pregón.

Salía el alguacil a la hora de la cena, y en los puntos que ya estaban elegidos para pregonar tocaba un cornetín, esperaba a que los vecinos se asomaran a las ventanas, balcones y puertas; y, con una tonadilla muy personal, cantaba su pregón.

Una noche, mientras cenábamos, sonó el cornetín y, acto continuo, el alguacil cantó el siguiente pregón:

«Por orden del señor alcalde, se hace saber que de hoy en adelante todos los vecinos cerrarán sus puertas a las diez de la noche.

Los cafés y las tabernas echarán a la calle a sus parroquianos y no podrán despachar nada después de esa hora.

A los mozos se les prohíbe terminantemente salir a rondar. Y todo el mundo guardará silencio.

La justicia saldrá a recorrer las calles, con la Guardia Civil, y el que no cumpla esta orden será detenido y se le aplicará un duro de multa y tres días de prisión la primera vez. Este pregón es único, y se hará cumplir con todo el rigor de la ley.»

Cuando el alguacil terminó de cantar este pregón, un coro de protestas se alzó en todo el pueblo. Jamás se había tomado tal determinación en la villa de Ansó.

Era alcalde don Francisco Serrano, hombre muy rico, serio y enérgico y, desde luego, muy respetable; pero esta vez ¡se equivocó!

Obligar a cerrar los cafés y las tabernas a las diez y no dejar rondar a los mozos era una locura descabellada. Y, como un desafío a su pregón, esa misma noche, después de las diez, salieron los mozos a rondar y al cruzar la Plaza Mayor, donde estaba la Casa de la Villa, los mozos cantaron la siguiente copla:

Señor alcalde del pueblo:
para matar las rondallas
tiene que dejar primero
la alcaldía y las polainas.

Esta copla, alborotó al pueblo, pues el alcalde, usaba todo el año unas polainas con muchas hebillas y, por culpa del maldito pregón, dejó de ser el respetable señor alcalde don Francisco Serrano y le aplicaron el mote de «El Tío de las Polainas».

Empezaron las corridas nocturnas. Los rondadores, al ver a la justicia, ganaban los arrabales y, desde allí, a pedradas, corrían y ponían en fuga a los señores respetables del Ayuntamiento. Y, salió otra copla, que tuvo el mismo éxito que la primera. Hela aquí:

La vara de la justicia
la lleva el señor alcalde
pero ya no tiene fuerza
por que la lleva de balde.

¡Nuevas corridas! ¡Ningún detenido!

El pueblo, gozaba con todo esto y apareció la tercera copla. La tercera es la vencida. Hela aquí:

Señor alcalde de Ansó
si no quiere gobernar
déjese de hacerse el loco
y acuéstese a descansar.

Esto ya fue demasiado. Tratar de «loco» al señor alcalde, era una falta de respeto y un insulto personal. Y eso no podía quedar así.

Al día siguiente, fueron citados los mozos a la Casa de la Villa, para ser juzgados. Pero, con gran sorpresa, ninguno se presentó. Salió el alguacil a recorrer casa por casa, pero todos estaban trabajando en el campo desde temprano, y las madres pusieron verde al pobre hombre, que no tenía ninguna culpa y pagó el pato, por los desaciertos del alcalde. La cuerda siempre se rompe por el punto más débil.

Ante este fracaso tan rotundo, el alcalde, que como buen aragonés era muy terco, citó a los padres de los mozos y aquí pasó algo muy gracioso. Todos los concejales tenían hijos mozos, incluso el alcalde. Y, como era natural, los padres no podían juzgar a los hijos

ni meterlos en la cárcel, porque las madres los defendían a capa y espada, y los señores representantes de la justicia tuvieron que ceder ante los razonables argumentos de los padres de los mozos y ante el temor de la furia de las madres de los mozos.

Así, pues, tragaron saliva y mordieron el polvo de la derrota, después de escuchar las coplas de los mozos rondadores y las burlas del pueblo.

Esa noche, a la hora de la cena, sonó el cornetín y el pobre alguacil cantó este pregón:

«Por orden del señor alcalde, se hace saber que de hoy en adelante, se retiren los vecinos a la hora que les de la gana. Los cafés y las tabernas pueden funcionar toda la noche y los mozos pueden salir a rondar.»

Este pregón fue seguido de ruidosas carcajadas. Pero lo más gracioso fue que esa noche los mozos se fueron a dormir y, por vez primera, después de una quincena ¡no hubo ronda! Y el pueblo, que gozaba con las corridas y las coplas, se lamentaba de la poca energía de «El Tío de las Polainas».

Sin embargo, aquello no podía terminar así. Faltaba hacer «algo». Y la noche del sábado salieron y, al pasar por la puerta del señor alcalde, se plantaron y cantaron esta copla:

La vara de la justicia
la lleva quien la merece.
La lleva el señor alcalde
y en sus manos resplandece.

Salió el señor alcalde a su balcón y dio las gracias a los mozos rondadores y, tirándoles un duro de plata, les dijo muy contento:

—¡Allá va eso, muchachos! Tomad a mi salud un jarro de vino en la taberna y que siga la ronda.

Agradecieron los mozos y, al partir, se despidieron así:

Me despido de esta casa
contento y con alegría
porque salió a agradecer
al balcón su señoría.

Y la ronda siguió por las estrechas y pendientes calles aldeanas y, al llegar al pie de una reja florida, se detuvo y cantó:

Asómate a la ventana
baturra de mis amores
y escucha mi serenata
que quiero verte entre flores.

Y otra vez la despedida:

Triste fue la despedida
que me dio anoche mi amor,
tan triste fue mi partida
que me partió el corazón.

Y así sucesivamente, la rondalla aragonesa recorría la aldea, cantando coplas de amor al pie de las rejas y llenando de música y alegría la noche aldeana. Mientras tanto, allá en el fondo de las alcobas, palpitaban los corazones de las mozas y volaban por el viento los suspiros de amor lo mismo que palomas mensajeras. Y allá lejos, al pie de otra reja, se oía otra copla:

Una carta te escribí
pero me olvidé firmar.
Que firme tu corazón
que el mío firme está.

Y otra despedida:

Al despedirme de ti
hasta la música llora
pues quiere quedarse aquí
hasta que alumbe la aurora.

Es una cosa, algo hermosa y sublime, la rondalla aragonesa, que recorre las calles, en medio del silencio de la noche aldeana.

¡Inolvidables rondallas! ¡Con el correr de los años, muchas veces las evocaría como un recuerdo sagrado!

Mi padre, mi madre, Puchín y yo

Después del lío de los pregones y las serenatas y las corridas, sobre-vino la calma y la vida ansotana siguió su ritmo habitual.

Mis padres tenían una huerta a la orilla del río Veral y a ella bajamos un día mi padre, mi madre, Puchín y yo. Puchín era un lindo burrito que teníamos en casa, manso como un cordero y, por consiguiente, el compañero inseparable de chicos y grandes. Lo mimábamos como si fuese un miembro más de la familia; sobre

todo, después de la enorme paliza que recibió en la triste aventura de los repollos.

Mientras mis viejos regaban la huerta y arrancaban vainetas⁷ y otras verduras para el consumo, yo apacentaba a Puchín en las márgenes de los campos sembrados de trigo. De pronto, oí gritos y una discusión violenta. Eran mis padres los que discutían a gritos y hacían ademanes violentos. ¿Pero qué les pasará?, me preguntaba a mí mismo. Miré el sol y calculé que se acercaban las doce. Así pues, monté en mi burrito y me arrimé a la huerta.

Los viejos seguían discutiendo, cada vez más fuerte. Y yo, que quería a mi madre con locura, me puse de parte de ella y en contra de mi padre.

Mi padre se plantó con los brazos cruzados y escuchó en silencio toda mi defensa, pero tan pronto terminé, me largó un tremendo puntapié, que me hizo rodar por el suelo, como un ovillo.

— ¡Animal, que lo vas a matar!

Así le gritó mi madre. Y yo corrí a ella llorisqueando y me refugié en su regazo.

Terminado este incidente, ordenó mi padre: ¡vamos a comer! Y sentándose en el suelo, abrió la alforja, sacó la bota y se echó un buen trago a chorro.

Como mi madre y yo no nos arrimábamos, nos gritó:

— ¿Comemos o no comemos?

— ¡Yo no como!, dijo mi madre.

— ¡Yo, tampoco!, repetí yo.

— ¡Sí, eh!, agregó el viejo, risueño.

— ¡Está bien!

Y guardando la bota en la alforja se puso de pie y ordenó:

— ¡A trabajar! ¡Hoy estamos todos endemoniados! ¡A trabajar!

7 Nota del autor: chuchas o alubias verdes.

Trabajamos fuerte y sin descanso. Y a eso de las tres, ya habíamos terminado la faena.

—¡A casa!, ordenó mi padre. Y, colocando las alforjas sobre Puchín, montó sobre él, lió un cigarrillo, lo encendió y echó a andar rumbo al pueblo. Yo, lo seguía detrás.

Mi madre, como toda mujer ansotana, buscó una mata de boj frondosa y cortó las ramas más lindas para hacer una escoba.

Yo seguía a Puchín y no podía olvidar los gritos que recibió mi madrecita querida. Esos gritos me hicieron más daño que el puntapié que recibí, pues recibía tantos que uno poco más o menos no importaba. Pero los gritos a mi madre, «eso» no lo podía permitir. Y, mientras seguía a Puchín, pensaba en la venganza. Y a mi padre, echando humo, le dio por cantar esta copla:

Carretera real arriba
carretera real abajo
lo primero que se encuentra
los palos del telégrafo.

Entramos en una curva y yo tomé por el atajo. Al pasar por un arroyito, una rama de espino me pinchó. La miré y vi que tenía unas espinas afiladas como alfileres. Saqué mi cortaplumas y la corté. Una idea diabólica cruzó por mi frente. Subí a la carretera y esperé a mi padre, que venía cantando:

No vayáis paloma al monte
mira que soy cazador
y si te tiro y te acierto
para ti será el dolor.

Seguimos nuestra marcha. Pero a los pocos metros, levanté el rabo a Puchín y le apliqué la rama de espino y solté el rabo.

El pobre Puchín sintió el dolor de los pinchazos y, apretando el rabo, echó a correr, danto saltos y más saltos.

Vi a mi padre balancearse. Las alforjas subían y bajaban, como aletazos de cuervo. Y, de golpe, jinete y alforjas volaron y fueron a caer en la cuneta.

Mientras tanto, Puchín seguía disparado rumbo al pueblo. Y yo me quedé asustado, sin tener coraje para andar. Mi padre me miró y me gritó:

—¡Santiago! ¿no has visto si le picó algún tábano a Puchín?

—¡No, señor! ¡No he visto nada!

Y para que no sospechara de mí, me acerqué y le ayudé a levantarse. El pobre viejo se quejó de un dolor en la cadera y cojeaba al andar.

Recogí las alforjas y me fui detrás del burro, que a juzgar por la velocidad que llevaba, ya estaría en el pueblo.

Para llegar antes tomé por el atajo de «La Charon». Y cuando llegué a casa, ya estaba Puchín en el establo, todo desesperado y envuelto en espuma.

Conté a mis hermanos toda la verdad y nos pusimos a sacarle la rama espinuda, llamando cariñosamente al pobre burrito:

—¡Puchín, Puchín! ¡Monín, monín! ¡Quieto, tesoro! ¡Quieto, querido!

Mi hermano Alejandro, que trabajaba de carpintero y era zurdo, logró arrancar de un fuerte tirón la maldita rama y, acto continuo, lavamos las heridas con agua y sal, y desapareció el susto.

Al anochecer, llegaron los viejos, ya reconciliados. Mi padre se recostó y estuvo una semana en cama. Pero jamás supo cuál fue la causa de su rodada. Y con el correr del tiempo, se olvidó de todo. Pero yo jamás me podré olvidar de aquella travesura endemoniada, que le costó a mi pobre padre una semana de cama por el solo hecho de retarla a mi madrecita, el día que bajamos a la huerta del Veral... mi padre, mi madre, Puchín y yo.

Gayarre de Roncal

Mi hermano Alejandro, el mayor de los varones, trabajaba de aprendiz de carpintero, con el maestro Siarrnao, que era el mejor del pueblo.

Un día, mi hermano se escapó de una obra en construcción y se presentó en casa llorando. Entre sollozos, decía que no quería volver con Siarrnao y que le buscaran otro maestro. Fueron inútiles las preguntas y los ruegos, para saber las causas.

Mi padre viajaba mucho por asuntos comerciales. Tenía en todos los pueblos buenas amistades, tanto en Aragón como en Navarra.

Así pues, le fue fácil hallar otro maestro carpintero. Y a los pocos días, se lo llevó a Roncal, pueblo de Navarra, y lo colocó con el Sr. Lorenzo, hombre muy bueno, amigo de mi padre y, a la vez, juez de Roncal. Además, era sobrino-nieto, por línea materna, del famoso tenor de ópera Julián Gayarre, ya fallecido.

Las cartas que nos llegaban de Roncal no podían ser más halagüeñas. En su nueva colocación, mi hermano estaba encantado. Aprendía mucho. Y lo trataban como a un hijo.

Yo iba a la escuela. Y durante un invierno muy frío y de muchas nevadas, el maestro nos ordenó llevar un tizón a cada alumno para darnos clase al amor de la lumbre.

Había en la escuela un rincón grandote, con su fogón en el centro, sus bancos de madera en torno, un gran sillón forrado de cuero de oveja y, sobre todo este «moblaje», una gran chimenea redonda, en forma de campana.

En este rincón pasábamos alegres los ratos de clase. El maestro, sentado en su sillón forrado con cuero de oveja, dejaba su carácter rígido y se convertía en un abuelito cariñoso, que nos contaba cuentos al amor de la lumbre.

Un día muy crudo, soplaban el cierzo violento arrastrando desde la selva las hojas secas caídas y pulverizando la nieve en sus remolinos.

El maestro, para alegrarnos, nos hizo cantar coplas a casi todos los chicos. Y después de cada copla, argumentaba el significado de la letra.

Un chico cantó esta:

El mejor cantor del mundo
fue Gayarre de Roncal.
Y ahora que Gayarre ha muerto
me ponen en su lugar.

Como si le hubieran pinchado con una lanza por debajo del sillón, el maestro se paró de golpe y ordenó ponerse a todos de pie y guardar diez minutos de silencio.

Después nos explicó la vida de Julián Gayarre, que siendo un humilde pastorcito roncalés, con el correr de los años llegó a ser «el

mejor cantor del mundo», como decía la copla, pues ese zagal, poseía una voz divina, algo sobrenatural, algo sublime. Y, poco antes de morir, hizo construir en Roncal, su pueblo natal, dos hermosas escuelas y un trinquete tan grande y tan hermoso como no había otro en todo el Norte de España.

Ese día salimos los chicos de la escuela muy serios.

La gloria alcanzada por Julián Gayarre nos impresionó tanto que hacíamos muchos comentarios infantiles.

A raíz de estos hechos, yo le manifesté a mi hermano Alejandro los deseos de ver las escuelas y el trinquete donados por Gayarre.

Mi madre me prometió mandarme, pero en la primavera, cuando de los cerros desaparecieran las nieves.

Se aproximaban las fiestas de San Fermín (santo patrono de Navarra). Y en una carta que le escribí a mi hermano, le dije que iría a visitarlo y a llevarle ropa interior.

Me contestó animándome para que hiciese el viaje y diciendo que sería muy bien recibido.

En posesión de esta carta, bailaba de contento. Nunca había salido del pueblo. Y este viaje a Roncal era para mí un motivo de placer y orgullo.

Llegó la fecha tan deseada. Salí del pueblo antes del amanecer. El camino me serviría de guía. No tenía más que seguirlo.

Cuando salió el sol, ya había cruzado frente la Virgen de Puyeta. Me interné por un barranco que pasaba por Garde, primer pueblo de Navarra, y a las ocho de la mañana llegué a la carretera de Roncal, a un kilómetro de distancia del pueblo.

Al cruzar el puente de piedra, a la entrada del pueblo, lo primero que me llamó la atención fue el enorme trinquete, en cuyo muro había una gran placa de mármol con esta leyenda:

Julián Gayarre a sus paisanos (1887)

Una mano se me posó en el hombro. Me di vuelta y me encontré con mi hermano Alejandro y su patrón, el señor Lorenzo, que me estaban esperando. Después de las presentaciones, nos fuimos

a misa y, a la tarde, le manifesté mis deseos de conocer las escuelas. Las visitamos y quedé maravillado ante sus aulas. Después me llevaron al cementerio, para depositar un puñado de rosas en el monumento que guardaba los restos del célebre tenor Julián Gayarre.

Rezamos nuestras oraciones por el eterno descanso de su alma. Y después contemplamos detenidamente el monumento.

A mí me pareció una cosa divina, algo sobrenatural, inconcebido por la mano del hombre. Más bien me pareció una obra sublime, creada por la mano de Dios.

Regresamos al trinquete, donde se estaba jugando un gran partido de pelota entre mozos de Roncal e Isaba. Ganaron los roncaleses por 40 contra 35, después de un partido reñidísimo. Hubo muchas apuestas.

Esa noche se armó un gran baile popular en el mismo trinquete. Hubo fuegos artificiales y se bailó hasta el amanecer, con gran entusiasmo.

Tres días estuve en Roncal, de fiesta corrida. Y, al cuarto día, me despedí de aquella buena gente, que tan atenta había sido conmigo, y regresé a mi querido Ansó, pues mi maestro, don Pascual Altemir, estaría enojado conmigo por faltar tres días a clase. Al pasar por Garde, me junté con un arriero conocido que iba a Ansó y este hombre me habló durante todo el camino de Julián Gayarre, el gran tenor mundial.

Por él supe que, al principio, sufrió una bohemia triste, hasta que se fue a Italia, el país del arte. Y el mismo día que falleció la madre en Roncal, iba a cantar la ópera «Elixir de Amore». En el tercer acto, en el preciso momento que tenía que cantar la hermosa romanza que se llama «Una furtiva lágrima», le llegó el telegrama anunciándole la muerte de la madre, en Roncal.

El pobre muchacho rompió a llorar desesperadamente. Y, como la orquesta preludiaba ya el comienzo de la romanza, los compañeros de arte le quitaron el telegrama y, a empujones, lo hicieron entrar a escena.

Y el tenor navarro, con los ojos arrasados de lágrimas, cantó «Una furtiva lágrima» con una voz angelical, tan pura, tan divina, que el público se puso de pie completamente emocionado, tribu-

tándole al final una ovación tan delirante, que esa noche Gayarre quedó consagrado el gran tenor mundial, pues nadie había cantado como él la célebre romanza. Por eso, Gayarre decía: «Dos veces me dio a luz mi madre: la primera, al echarme al mundo; y la segunda, el día que murió, en que me subió a la gloria.»

Callóse el arriero. El pueblo de Garde ya había quedado muy atrás. Habíamos abandonado el valle y emprendimos el ascenso de un cerro muy pendiente, donde el camino tomaba altura a fuerza de curvas y más curvas, hasta llegar a lo alto de las lomas de Puyeta, donde están los límites de Navarra y Aragón. Los burros iban muy cargados. Su andar era lento por demás. Al ponerse el sol, dorando las crestas de las montañas, pasamos frente a la ermita de la Virgen de Puyeta. El ermitaño, Antón Chiquín, tocó el Ángelus en el preciso momento que llegamos a una cruz de piedra que había en el camino y, hasta abajo del camino, formaba otra cruz. Uno seguía barranco abajo, en dirección al pueblo de Fago. Otro, se dirigía a la Virgen de Puyeta. Otro bajaba por el cerro Concello, rumbó a Ansó. Y, por fin, el cuarto era el que se dirigía a Garde, por donde nosotros veníamos.

El arriero, al oír los tañidos de la campana de Puyeta, se quitó el sombrero y, arrodillándose al pie de la cruz, se puso a rezar, santiaguándose. Yo hice lo mismo que él, mientras allá arriba la campana seguía sonando lentamente, esparciendo sus sonidos por las montañas, donde los ecos repetían sus tristes tañidos.

Terminado nuestro rezo, seguimos nuestro camino, por el cerro Concello. Hasta nosotros llegó el tañido de la campana de Ansó, repitiendo sus ecos en las montañas. En lo más espeso del pinar de Ezpelar, un cuco rompió a cantar su monótona canción: «cucu, cucu, cucu,...».

El arriero lo escuchó y exclamó

Quisiera ser como el cuco,
pájaro que nunca anida,
pone el huevo en nido ajeno
y otro pájaro lo cría.

Miré a aquel hombre lleno de asombro. ¡Cuánto sabía! ¿No sabría también alguna copla sobre el tenor Julián Gayarre? Cuando le hice esta pregunta, me miró risueño y exclamó:

—Parece que te gustó la historia del gran tenor navarro.

—¡Ya lo creo que me gustó!

—Hay muchas coplas sobre Gayarre—, me contestó. Pero la más acertada de todas la cantó el «Rubio del Arrabal», que ha sido el mejor cantor de jotas de Zaragoza:

El pastor Julián Gayarre
fue el mejor tenor mundial;
¡Qué gloria para Navarra!
¡Qué orgullo para Roncal!

Los dos callamos. Habíamos llegado ya al puente Veral, en la entrada del pueblo. Los burros tomaron para la derecha, rumbo al Descargue del Barrio Bajo. Yo tomé por la izquierda, por una cuesta muy empinada que me conducía al Barrio Alto. Cuando llegué a lo más alto, me di la vuelta, vi los cerros de Navarra y exclamé:

¡Qué gloria para Navarra!
¡Qué orgullo para Roncal!

Ciegos, lazarios y romances

A medida que iba creciendo, se apoderaba de mí una terrible vocación por la poesía.

Acudían a mi casa, de cuando en cuando, esos ciegos que recorren toda España acompañados por un lazario, que los guía, un perrito y... ¡la guitarra!

Cada vez que llegaba un ciego, le compraba todos los romances que traía. Es decir, todos no, uno de cada clase.

Me los aprendía de memoria y hasta los corregía y prolongaba. Y después... me ponía a hacer yo también romances.

Hubieron ciegos que me pidieron los originales, para imprimirlas. Esto me llenaba de placer y entusiasmaba más y más. De tanto rozarme con ellos, aprendí a tocar la guitarra. Y, como tenía linda voz, me mandaba cada romance, que mi padre terminó por enfadarse y me prohibió terminantemente cantar y tocar la guitarra, pues según él... «todos los que aprendían a tocar la guitarra se volvían unos grandes haraganes y pretendían vivir tocando y cantando por las tabernas».

En cambio, a mi madre le gustaban con locura el canto y la música. Así que, cuando él salía de casa, me prendía de la guitarra y, rodeado de mis hermanos, formábamos cada coro que llenábamos el barrio de armonías y no dejábamos dormir la siesta a nadie. En una palabra, que era lo que se dice en criollo «un payador».

Como cantaba también en la iglesia, de tarde a la mañana me hicieron monaguillo y toda mi familia y los parientes se empeñaron en decirme que estudiara para sacerdote.

A mí no me gusta la esclavitud. Me agrada más recorrer las altas sierras, recoger hongos y caracoles, flor de tilo, camamila⁸, té, saúco y otras yerbas y flores medicinales, para vendérselas a un farmacéutico de Barcelona, que venía dos veces al mes a proveerse.

Cuanto más me hablaban de ser sacerdote, más me escapaba con otros chicos por las montañas, hasta que un día mi padre me ordenó seguir los estudios para mandarme a un seminario. Ese día lo pasé triste, muy triste. Yo amaba la libertad y de monaguillo estaría demasiado sujeto. Puede imaginarse lo que representaban para mí los domingos.

Antes de amanecer, me llamaban para tocar las campanas y abrir la iglesia, pues había que rezar la «misa del alba». A las ocho, «misa segunda». A las diez, «misa mayor», cantada, que duraba dos horas. A las tres, «vísperas». Y a las seis, «el santo rosario».

¡Protesté, pero en vano!

Entonces, pensé hacer una «diablura» que hiciese mucho, pero mucho ruido. Y un domingo, en plena misa mayor, armé un escándalo.

El cura hacía traer por intermedio de mi padre unos barrilitos de vino Jerez ovalados, de cincuenta litros, para oficiar misa.

¡Qué vino, Santo Dios!

Era tan rico que el cura lo guardaba como si en realidad fuera «sangre de Cristo». Y, para ello, tenía una canilla con llave. La llave la guardaba él en su bolsillo, atada a una cadenita.

8 Nota del autor: flor de manzanilla.

Un domingo de Pascua fue el elegido por mí para dar el golpe. Me «olvidé» de poner el vino en el altar. Y mientras el sacerdote ponía incienso, le pedí la llave en voz baja. No tuvo más remedio que dármela. Y me fui a la sacristía en busca de vino. Pero, en vez de poner la jarrita, me prendí de la canilla y chupé con furia. El Jerez pasaba suavecito, suavecito. Cuando ya me tomé un buen trago, llené la jarrita y entré en el altar.

La misa transcurría como de costumbre. Pero... yo noté que las luces se multiplicaban; que las imágenes se movían y la iglesia daba vueltas en torno mío.

Llegó el momento de pasar el gran libro de un lado a otro. Subí las gradas y noté que se me aflojaban las piernas. Mi misión consistía en alzar el libro, bajar las gradas, al llegar al centro, hacer una reverencia, subir las gradas dirigiéndome al otro lado y dejarlo otra vez en el altar.

Así quise hacerlo. Pero no pude. El libro pesaba más que otros domingos. Mis piernas aflojaban; mis brazos no tenían fuerza; mis ojos bailaban. ¡Todo bailaba! Tuve miedo de bajar las gradas y más miedo de volver a subirlas. Entonces, arremetí por el pie del altar, sin encomendarme ni a Dios ni al diablo. Pero..., al pasar por detrás del cura, éste se dio media vuelta y me empujó. ¡¡Libro y yo rodamos por las gradas abajo!!

Risas contenidas rompieron la solemnidad de la ceremonia.

¡Qué cuadro! Otro monaguillo recogió el libro y lo llevó a su lugar. Y yo, sin saber qué hacer, me escapé a la sacristía, me saqué las ropas de monaguillo y, como no tenía otra salida que por la iglesia, arremetí por ella, entre las carcajadas del público.

Al verme en la calle, no sabía qué rumbo tomar. Mi cabeza parecía un volcán. Los oídos me zumbaban. Las casas me parecían más grandes. Y las calles, más pendientes. Al fin, tomé por la calle Arrigo, rumbo a mi casa.

A los cincuenta metros, poco más o menos, sentí una mano sobre mi hombro. Me di la vuelta y me encontré frente a mi madre, muy seria, muy grave, muy rígida. ¡Como nunca! Me quise escapar. Pero mis piernas no me acompañaron. ¡Qué esperanza si apenas podía andar, haciendo «eses» o «emes»!

¡Vamos a casa!, me ordenó la voz grave de mi madre. Y agregó: ¿Con que te has prendido al vino Jerez, no?

Yo no contesté. ¿Para qué? Sabía de sobra que me esperaba una soberana paliza, que la merecía, y que no volvería a poner los pies en el templo.

Sin embargo, me equivoqué. Al llegar a casa, mi pobre madrecita, con la paciencia de una santa, me desnudó, me descalzó y me acostó a dormir la borrachera.

Cuando me desperté, anochecía ya. Yo no sabía lo ocurrido en mi hogar, pero tenía miedo de levantarme. Una voz muy dulce, que me llegó hasta lo más hondo del alma, me preguntó desde las sombras:

—¿Te sientes mejor, hijo mío?

Era mi madre. Su presencia en aquel momento, en que las sombras de la noche avanzaban, y aquella voz suya, tan tierna, tan cariñosa siempre, me avergonzaron. Y prorrumpí a llorar. Otra vez, oí su voz, que me decía:

—¡Llora, hijo mío, llora! Eso te hará bien. ¡Llora hasta que te canses!

Parece que todavía no había pasado en mí la tormenta, porque llorando, llorando, me quedé otra vez dormido.

La «sangre de Cristo», como llamaba mosén Antonio al vino Jerez, me había hecho una buena jugarreta.

Cuando al día siguiente me levanté para ir a la escuela, nadie me dijo nada, después de los «buenos días».

En cambio, en la escuela fui el blanco de todas las burlas. Don Pascual me llamó para decirme había conversado con mi padre y que le había manifestado que, como castigo a «mi pecado», me obligaría a ser pastor, pues me consideraba indigno de volver al templo. ¡Mucho lloré ese día en la clase, mientras el maestro me refería con todos sus detalles la decisión que había tomado mi padre!

Al día siguiente, hubo una peregrinación a la Virgen de Puyeta y me mandaron a subir para cantar la plegaria. Yo no quería, pero me obligaron. Y, al verme en el coro, frente al órgano, con los ojos llenos de lágrimas canté:

Te puso en estas alturas
la providencia del cielo.
Sed nuestro amparo y consuelo
de Puyeta, Virgen pura.

La iglesia de la Virgen de Puyeta estaba abarrotada de público.
Yo callaba y todos contestaban a coro:

Sed nuestro amparo y consuelo
de Puyeta, Virgen pura.

El canto se espaciaba por las montañas, repercutiendo miles de ecos en la lejanía. Esa fue la última vez que canté en una iglesia.

Terminada la misa, el pueblo se volcó en una gran era que formaba la meseta, frente a la ermita. La Rondalla Aragonesa tocó una jota. Y muchas parejas, aproximadamente cincuenta, se entregaron al baile de un modo entusiasta, brillante y frenético. Hasta los viejos bailaban ese día en Puyeta.

Esta fiesta popular, que otros años me gustaba a mí tanto, me desagradó en extremo. Y me alejé. Mi estado de ánimo, no estaba para fiestas. Lo que me había dicho el maestro, lo tenía clavado en mi pensamiento. Sentía sed. Y, para no pedir agua en la cantina, me dirigí a un sendero que se internaba en la espesura del monte y que conduce a una fuente que mana en los límites de Navarra, llamada «Fuente de Marión».

Cuando llegué, me tiré cuerpo a tierra y bebí a morro hasta saciarme. Después, me senté a la sombra de un roble. Y me entregué de lleno a mis pensamientos.

Ya no sería el «niño mimado» que cantaba en la iglesia, ayudaba a decir misa y vivía como un príncipe.

En lo sucesivo, guardaría ganado por las montañas. Llevaría una zamarra de piel de cabra sobre las espaldas. Calzaría albarcas. Y llevaría continuamente una escopeta, para perseguir a los lobos hambrientos. Y, por primera vez, comprendí el alcance de aquella copla que dice:

Los pastores no son hombres
que son brutos y animales
porque viven por los cerros
y duermen por los corrales.

Y bien. Sería un animal y un bruto más. Y obedecería a mi padre.

El error lo había cometido yo. Y, por fuerza, tenía que sufrir y aguantar las consecuencias.

Y después, después..., pensaba yo: ¡¡Que sea lo que Dios quiera!! ¡¡Por no querer ser cura, seré pastor!! ¡¡Y seré cabrero!!

A la Ribera

Los altos picos de Petrachema, Alano y Ezcaurri se pusieron blancos. El viento norte llamado allí «cierzo» era cada vez más frío. Los campos estaban sembrados ya. Y el trigo empezaba a mostrar sus puntitas verdes sobre la tierra negra, recién arada. Los «gabachos» se apuraron a cruzar la cordillera, antes que llegaran las grandes nevadas... Y los últimos en partir eran los pastores.

A mí, me colocaron de repatán en la casa de don Joaquín Pérez Panchane, que era un rico ganadero y, además, alcalde de Ansó.

Mi «gran salario» era ¡doce duros por año! Y para vestirme de pastor gastaron... ¡quince duros!

Así que no ganaba ni para ropa. ¡Qué porvenir! Mi despedida fue algo trágica. Por vez primera salía de casa y del pueblo. Al besar a mi madre, los dos prorrumpimos a sollozar. Pero no había nada que hacer. Mi padre lo había dispuesto así; había que obedecer.

Salimos en «cabañera» (así dicen los pastores cuando viajan de la montaña a la Ribera o viceversa) de la sierra de Fórcala. Y, al día siguiente, pasamos el canal de Berdún, rumbo a Huesca.

Entre Ayerbe y Huesca, había una propiedad hermosa, del conde de Sopena, con su «castillo». Se llamaba esta propiedad Castejón de Becha. Tenía buenos pastoreos, hermosos campos de labranza, grandes viñas, frondosos olivares, una gran selva de carrascas y chaperros, y la cruzaban desde el Norte hasta el Sud, en líneas paralelas, la carretera y el ferrocarril de Huesca a Jaca. En la selva de carrascas, llamada «el Carrascal de Castejón», había varias cuadrillas de carboneros haciendo carbón. Y se cazaban muchos conejos y liebres. Era, como se dice, una gran propiedad, con su castillo en el centro y sus guardias rurales. Algo así como un «feudo».

Allí, bajamos con el ganado a pasar el invierno.

No entraré en detalles acerca de la reproducción y crianza de los corderos, porque sería cosa de nunca terminar. Sólo trataré en esta narración aquellos casos más notables que, por su gran magnitud, quedaron grabados en mi memoria.

Era el tres de febrero del año 1898. Lo recuerdo como si fuera hoy mismo. Tenía yo doce años. Y estaba de repatán en un corral que había al lado de la carretera de Huesca a Jaca. Este corral se llama «Cuarto Viejo».

Era mi mayoral un buen mozo: Juan Antonio Adrián. Alto, bien parecido y con una fuerza brutal. En Ansó, en verano, trabajaba de mozo de mulas. Tiraba a la barra y jugaba a la pelota. En fin, era un atleta.

Pero era también un enamorado. Casi siempre andaba en líos amorosos, con dos o tres novias a la vez. Pero, en el fondo, era un pedazo de pan, con un corazón de manteca.

Ese invierno, tenía dos novias. Una, en el castillo de Castejón. La otra, era una guardabarreras del ferrocarril. Así que todas las noches se iba por «picos pardos».

La tarde del tres de febrero hacía un frío tan intenso que antes de ponerse el sol, ya el ganado quería retirarse al corral.

Mi mayoral estaba cortejando a la guardabarreras y me ordenó encerrarlo bajo techo agregándome:

—Después que estén bajo techo, dale de cenar a los perros, enciende una buena fogata y prepara una buena sartén de migas. En seguida voy.

Así lo hice. Pero tan pronto como entraron las cabras en el galpón, que tenía dos puertas, entraron por una y salieron por la otra, asustadas.

Los perros se aproximaron y empezaron a ladrar. Todo el ganado se arremolinó, «señal de peligro». Y yo, con el consiguiente susto, me eché la escopeta a la cara y levanté los gatillos.

Un grito humano, que salió del galpón, me paralizó. Llamé a los perros y en una de las puertas apareció una mujer llorando.

—¡Pastor! —, gritó. ¡Por el amor de Dios, llame a esos perros, que me van a destrozar!

Bajé la escopeta rápidamente, temeroso de que se me escapara el tiro. Y me quedé más tieso que un poste. La presencia de aquella mujer era una cosa tan extraña, que no acertaba a comprender lo que pasaba. A todo esto, el ganado se precipitó adentro en busca de abrigo. Los perros seguían ladrando, pero desde lejos. Y yo estaba indeciso.

Viendo mi turbación, la señora avanzó hacia mí lentamente, y me habló de un modo cariñoso y maternal

—¡No tengas miedo, muchachito! ¿Dónde está tu caseta? ¡Llévame a ella y enciende fuego! ¡Estoy pasmada de frío!

Yo no contestaba. Parecía un idiota. Sólo notaba que su voz temblaba y sus dientes chocaban entre sí y producían un repique-teo. Cuando ya estuvo a mi lado, se afirmó en mis hombros y exclamó más tierna:

—¿Estás asustado, hijo mío?

Las palabras «hijo mío», pronunciadas por aquella voz tan dulce y dolorida, me conmovieron tan hondamente que miré a aquella mujer tan extraña y, ¡cosa rara!, vi en ella la imagen de mi madre. Así debió comprenderlo ella, porque su brazo me rodeó el cuello y me produjo una especie de escalofrío.

—¡Vamos a tu caseta!—, suplicó.

Caminamos lentamente. Y recién entonces, noté que se movía con mucha dificultad.

Cuando entramos en mi choza y prendí un mixto para encender el candil, miré su cara y, en efecto, tenía cierto parecido con mi madre. Sólo que era más joven y no tenía todavía canas.

A pesar de su palidez, su rostro era hermoso. Vestía bien. Y sonreía con ternura. En una palabra: era una mujer de aspecto noble y respetable. Arrimé unas ramas secas de romero y las encendí. Se alzó una gran llamarada. Y estibé en forma piramidal, primero las ramas y después los troncos de carrasca. Se hizo una gran fogata. Y los dos nos arrimamos al amor de la lumbre. Las manos de mi extraña visitante estaban acalambradas por el frío. Y al sentir el calor del fuego, le dolían. Le insinué que las envolviera en el mantón que traía puesto sobre los hombros, y cuyas puntas colgaban por delan-

te, hasta las rodillas. Así lo hizo. Y, al arrollarse las puntas en torno de las manos, quedó ante mi vista su vientre abultadísimo. ¿Cómo se animaba a viajar en tal estado? La pregunta la tuve a flor de labios. Pero no la hice.

A medida que fue entrando en calor, se empezó a quejar de un «dolorcito» (esa era su palabra), y en seguida decía, con una sonrisa muy dulce: ¡ya pasó!

Pero al ratito, le volvía de nuevo, con más intensidad.

Yo lo observaba todo mudo, y sólo acertaba a poner leña al fuego.

—¿Estás solito? —, me dijo.

—¡No, señora! Estoy con mi mayoral... Pero... ¿sabe? Como corteja a la guardabarreras del paso a nivel, se queda...

—¡Comprendido!

Fue entonces que me animé a formular la pregunta:

—¿Cómo cayó aquí tan sola?

—Te diré «hijo mío», te diré: yo soy de Igriés, un pueblito que está a dos leguas de aquí, al pie de la sierra de Guara. Tuve urgencia de ir a Huesca. Me puse en camino. Y se me hizo de noche. Vi este corral, vi el ganado. Y aquí me quedé y me dije: ¡que sea lo que Dios quiera! Pero estoy contenta. ¡Gracias a Dios!

De nuevo empezó a quejarse de otro «dolorcito». Yo no sabía qué hacer. Y de pronto, ella me dijo:

—¿No tendrías alguna caldera para calentar agua?

Sin contestar, arrimé al fuego una olla llena de agua. Me ordenó poner más leña al fuego. Y, sin decirme nada, cerró la puerta con llave y se guardó la llave en el seno. Arreciaron sus «dolorcitos». Y, en vez de quejidos, fueron gritos. Asustado yo, quise huir. Pero al notar la puerta cerrada y con llave, se la pedí.

—¡¡Por el amor de Dios, no me abandones «hijo mío»!! ¡¡Por tu madre!! ¡¡Por lo que más quieras en este mundo, no me abandones!! ¡¡Que me voy a morir; sí, que me voy a morir!!

La pobre mujer suplicaba. Lloraba. Se retorcía. Andaba de un lado a otro prendiéndose de mí, que, trémulo de espanto, me apar-

taba de ella hasta que, por fin, dio un grito agudísimo y otro y otro, y se me abrazó y me suplicó, con una voz desgarradora:

—¡¡Recoge a la criatura, «hijo mío», que estoy por dar a luz!!

—¡¡No me atrevo!!

—¡¡Recógela, que si no se va a morir!! ¡¡Recógela. Toma mi mantón. Te lo mando!! ¡¡Pronto, pronto!!

Obedecí, bajo sus instrucciones y en el mantón, doblado en cuatro, recibí el fruto de sus entrañas, pues, de no ser así, se hubiera aplastado su tierna cabecita en el piso de piedra.

Al asistir yo a aquella mujer, lo hice del mismo modo que cuando atendía a una oveja o a una cabra. El hecho de atender a los animales, me dio coraje y práctica para atender a aquella madre desventurada.

El perdón

Después del parto y cuando ya creía pasado todo peligro, se desmayó. Yo la llamaba, sobresaltado:

—¡Señora, señora!

¡Nada, no volvía en sí!

Entonces, me asusté de veras. Corré a la puerta y no pude abrirla. Recordé que tenía la llave guardada. Me acerqué. Pero no tuve coraje ni para palparla.

El niño, ¡pobrecito!, temblaba de frío y lloraba desesperadamente. Allí estaba, desnudito, tal como al vino al mundo, sobre el mantón doblado...

Me acordé de mis hermanitos pequeños a quienes yo mimaba, mecía, cantaba y hasta cambiaba de pañales y bañaba. Éramos tantos, que mi pobre madre no podía llegar a todos y atender al mostrador. Entonces, nos convertíamos en niñeros. ¡Qué otro remedio...!

La señora volvió en sí y lo primero que hizo fue preguntarme si me había asustado.

—¡Mucho!—, le contesté. Y señalándole el niño, le advertí que estaba completamente desnudo y medio muerto de frío.

La pobre madre se puso a llorar. No tenía ropas con qué abrigarlo. Entonces acudí a un saquito donde guardaba todas mis ropas y le di una camiseta, una camisa y una tricota.

Ella besó las tres prendas y se las puso al hijo. Entre los dos, lo envolvimos en el mantón. Preparé un lecho con cueros de oveja. Se acostó la madre y le puse en su regazo al niño. Acto continuo, le pedí la llave. Se sorprendió y exclamó:

—¿Me quieres abandonar?

—¡Al contrario! Quiero ir a la casilla del guardabarreras para que vengan a atenderla. Allí hay mujeres. Está el mayoral y como ya usted se ha desmayado...

Ella reflexionó y, después de un rato largo, preguntó:

—¿Queda lejos la casilla?

—Hay un kilómetro. En diez minutos, voy y vengo.

—¿Y si tú llamas al mayoral, no te oirá?

—¡No, señora! Queda para el Norte y el viento cierzo sopla de ese lado.

Calló. Buscó la llave y la encontró. Pero, al dármela, me tomó la mano, me la besó llenándola de lágrimas, y exclamó:

—¡Cuando vuelvas, ya estaré muerta, «hijo mío»! Sólo te encargo una cosa: mi esposo vendrá a retirar mi cadáver. Dile... dile... ¡¡que lo perdono!! Pero... dile también... ¡¡que cuide a mi hijito!!

Lloraba tanto aquella señora que caí de rodillas y, sin saber por qué, grité:

—¡Perdón, señora, perdón!!

—¿Por qué me pides perdón?

—¡Porque quise dejarla sola y en este estado!

—¿Tuviste mucho miedo al verme desmayada?

—Regular... Algo...

Afueras, en los alambrados del telégrafo, silbaba el viento. Como la leña se había terminado, salí a buscar afuera, pues había que avisar el fuego. Cuando entre, la encontré otra vez desmayada. La

llamé y no me respondió. Recordé sus palabras, que se iba a morir. Y creyéndola ya muerta, eché a correr rumbo a la casilla del tren.

Tan pronto me vi en pleno campo, recibí el primer golpazo del viento, y me cortó la respiración. Oí una voz que me llamaba:

—¡¡Pastor, pastorcito!!

Era ella. Sin saber por qué, me volví. Y cuando me vio entrar, exclamó alzando los brazos al cielo:

—¡¡No me abandones, «hijo mío»!!

—¡¡Es que va a morir sin auxilio, y tengo mucho miedo!!

Afuera, ladronaron los perros. Y oí una voz que los llamaba:

—¡Moncayo! ¡Malacara!

—¡¡Eeeeh!!—, grité yo. ¡¡Juan Antonio!! ¡¡Juan Antonio!!

Sentí sus pasos precipitados que se acercaban.

—¿Qué te pasa, muchacho?

—¡¡Mira, mira!!

En la puerta, se detuvo sin animarse a entrar.

—¡¡Gracias a Dios!!—, exclamó la mujer. Y rezó.

Lo demás, todo fueron flores. Salió el mayoral. Fue a la casilla. Fue al castillo. Y una hora más tarde, más de cien personas invadieron el corral de Cuarto Viejo.

Al venir el nuevo día, salieron criados a Huesca, a Plasencia y a Igriés.

¡Cuánta gente desfiló ese día por el corral!

El mayoral se fue solo con el ganado, y me encargó que atendiera bien a toda la gente.

Vinieron periodistas de Huesca. Nos fotografiaron a los tres protagonistas de aquella noche tan trágica. Nos reportearon y se fueron.

Como a las diez de la mañana, llegó el esposo y padre. Las mujeres lo pusieron verde a insultos. Él era el culpable de todo. La castigaba. La maltrataba. Y la pobre esposa terminó por irse rumbo a Huesca, para internarse en una maternidad sin poder llegar...

El marido lloraba ante aquel cuadro. Pero las mujeres no se conformaron con el llanto. Lo hicieron hincar de rodillas, pedir perdón y prometer y jurar por Dios no volver a castigarla más. ¡¡Juro!!

Llegó una ambulancia y se la llevaron con su hijito.

A los quince días, vino el carpintero de Igriés a buscarme; es decir, el esposo y padre. Quería llevarme al pueblo a celebrar el bautismo. El mayoral me dio permiso y partimos.

Se hizo una gran fiesta. El carpintero «echó la casa por la ventana». A mí, me trataron como a un príncipe. Tres días duró la fiesta. Y los mozos del pueblo, en sus rondas, cantaron esta copla:

Lo que ha pasado en Igriés
no ha pasado en ningún puesto:
la mujer del carpintero
ha parido en Cuarto Viejo.

Al regresar, me acompañaron hasta la salida del pueblo los tres miembros de aquella familia. Eran felices con su hijito. La señora no se cansaba de acariciarme y me llamaba «mi salvador».

Al despedirnos, me entregaron la camiseta, la camisa y la tricotina con que abrigamos al recién nacido aquella noche trágica. La señora me besó y me trajo a su hijito para que lo besara también. En cuanto al carpintero, me estrechó la mano y me deslizó una «bolita» de papel diciéndome:

—¡No sabes cuánto te debemos y cuánto te queremos!

Me alejé rumbo a mi querencia. Pero, tan pronto los perdí de vista, revisé la «bolita». Y, con gran alegría, me encontré con dos billetes de veinticinco pesetas.

—¡Cincuenta pesetas!! ¡Aquello era para mí una fortuna! Jamás había tenido tanto dinero. Y por el camino, rompí a cantar esta copla tan popular:

Los pastores no son hombres
que son ángeles del cielo;
que en el parto de la Virgen
ellos fueron los primeros.

Anochecía. El camino se internaba en el carrascal. Pero yo tuve miedo de su espesura y di un gran rodeo por los límites de la aldea

«Chimillas», hasta llegar a la carretera. Ya estaba cerca de Cuarto Viejo y canté esta copla:

Caminito de la sierra,
camino largo y penoso.
Cuando se tiene un querer...
caminos largos, son cortos.

Soberana paliza

Pasó el mes de febrero, con sus fríos y heladas. Y, al entrar marzo, el sol empezó a acariciar con sus rayos benéficos a la madre Naturaleza. Y empezaron las lluvias. «Abril, lluvias mil», dice el refrán. Y, en efecto. Las lluvias de abril empaparon la tierra, y el calorito del sol la fecundó.

Crecieron los trigos y los pastos. Brotaron las viñas y los almendros. Y los romerales florecieron con tanta fuerza, que sus florecitas blancas me hicieron recordar a las nieves invernales. ¡Con qué lozanía y con qué abundancia florecen los romeros en la Ribera de Huesca!

Las colmenas despiertan. Y millares de abejitas liban el cáliz de las flores para depositar su ambrosía en los panales. Y, ¡qué rica es la miel de la flor de romero!

Con las lluvias de abril, llegó la primera. Los corderitos y los cabritos corrían y saltaban retozando. ¡Cómo engordaba el ganado! Día por día se notaba la reacción que experimentaba con la abundancia y el ambiente primaveral.

Yo estaba encantado. Además, se aproximaba mayo, que era el mes de subir a Ansó. Los siete meses que llevaba de ausencia me hicieron sentir hondamente la nostalgia del terruño. La montaña tenía en mayo una obsesión irresistible.

Empezó la esquila, operación desconocida entonces para mí.

¡Qué feo queda el ganado al despojarlo de la lana! Sale del corral como asustado, corre desesperadamente de aquí para allí, y busca los carasoles y los lugares más tupidos y abrigados.

La esquila me costó a mí una soberana paliza. La paliza más grande que recibí en mi vida.

Acostumbrado a la lentitud con que pacía el rebaño, quedé asustado cuando, después de esquilado, salió disparado a todo correr por las llanuras de Castejón.

Yo corría desesperadamente para atajar que no fuera a los trigos y las viñas. Y, en un descuido que tuve, el mayoral primero, Miguel Gastón, por más señas primo mío, vio que una cabra se comió un sarmiento de unos diez centímetros, que brotaba de una cepa.

Vino corriendo a mí. Y, sin decir una sola palabra, me tomó de una mano y empezó a darme garrotazos por las espaldas.

Yo empecé a dar vueltas y más vueltas, en torno de él, como un caballo trillando la era. Y él siguió castigándome hasta que mis piernas se doblaron y caí tendido en tierra. En ese estado, se me aflojaron todos los resortes y me ensucié y oriné.

Mi primo se dio por satisfecho de su gran obra, porque no me castigó más y se fue, dejándome en aquella postura tan deplorable y desastrosa.

¿Cuánto tiempo estuve tirado en aquel sitio? No podría precisarlo. Sólo recuerdo que, cuando pude sostenerme, medio arrastrando, me fui a un arroyo. Me desnudé y me bañé. Lavé mis ropas interiores, que estaban hechas una calamidad. Y, a la caída de la tarde, fui llegando al corral de Cuarto Viejo.

Nada le dije a Juan Antonio, mi mayoral, por más que me preguntó muchas veces qué era lo que me pasaba. Tampoco le mandé a decir nada a mi padre en las cartas. ¡Nada! Guardé silencio y juré vengarme «cuando fuera más grande».

Una semana anduve todo torcido. Pero yo era duro y me curé solo. Sin más remedio que los baños del arroyo y los rayos solares, únicos testigos de mis dolencias y que cicatrizaron mis heridas.

Al subir a Ansó, le dije a mi amo que no quería seguir más en su casa. No pudieron arrancarme el porqué, ni él ni mi padre.

Entonces, me colocaron en la casa de don Francisco Mendiara, donde estuve cuatro años. Cada vez que me encontraba con mi primo «el castigador», así le llamaban todos los repatares, nos mirábamos; pero sin hablarnos.

La venganza

Al segundo año que estaba de repatán en Agua Tuerta, me aburría enormemente. Aquella vida de holgazán, sin otro pensamiento que dormir, dormir y esperar el sábado, para bajar al pueblo, me ponía de mal humor. ¡Aburridísimo!

Me tocó de compañero en la nueva casa un amigo mío, buen amigo y mejor compañero. Se llamaba Perico Delobo. Y nos llevábamos tan bien, que nos contábamos todos nuestras «cositas». Él tenía dieciséis años. Yo, quince. Y ya empezábamos a querer tener «amorcitos». A él solamente le conté lo de la paliza. ¡Cómo se puso de pálido mientras se lo contaba! Al final, me tomó de un brazo y me dijo:

—¡Si no te vengas, tú no eres un hombre!

—¡A eso voy! ¡Lo estoy madurando!

—¿Tienes algo para ello?

—¡Tengo este puñal, que le compré en Gurrea de Gállego a un riberano!

—¡A verlo cómo es!

Lo examinó y parece que le gustó, porque en seguida sacó de su enorme faja una pistola de dos caños y me dijo:

—¡Te la cambio por él!

—¡Primero, vamos a probarla!

Era una pistola de esas antiguas, cuyos cartuchos tenían un fulminante o pistón de bronce, que quedaba visible. Los dos gatillos eran externos. La pistola pesaría por lo menos cinco kilos. Lo que sí tenía una falla. Al tirar, había que ponerla a un lado y bastante separada del cuerpo, porque al pegar el estampido se aflojaba un resorte y se abría para abajo, y la bala, o se clavaba en el suelo o salía para atrás. Para evitar este «contraste» tan peligroso, la atábamos con un piolín de cáñamo que nosotros mismos fabricábamos y quedó maravillosamente bien.

Después de disparar algunos tiros (sin hacer blanco), cerramos el trato. Él se quedó con el puñal y yo con la pistola; lo que sí, tuve que pagarle en efectivo dos pesetas y tres «perras gordas»; era todo mi capital.

Con esta pistola en la faja y un palo de avellano en la mano, cruzaba los Pirineos de día o de noche. Alegre y confiado, y deseaba con alma y vida encontrarme a solas con mi primo Miguel Gastón, (alias) «el castigador», para cobrarme «aquella deuda famosa».

Un sábado, bajé al pueblo como de costumbre.

Después de cenar, en la casa del amo, le manifesté a éste mis deseos de trabajar en el pueblo. La vida del puerto, con su inactividad, me aburría.

Don Francisco Mendiara me miró atentamente, me palpó los brazos y exclamó:

—¡Todavía no! ¡Dentro de dos años, sí! ¡Espera!

Como yo insistía, me dijo algo fastidioso:

—¡Bueno, hombre; díselo a tu padre!

Así lo hice, pero la opinión de mi viejo y la de mi amo fueron idénticas. Pero, yo mentí. Volví a la casa del amo esa misma noche y le dije que mi padre «estaba conforme». Y agregué, que si no tenía fuerzas para mozo de mulas, que me pusieran de mozo de burros.

Grandes carcajadas produjeron mis palabras en el comedor. Estaban de sobremesa los amos y los segadores.

Pedí cinco pesetas para rondar esa noche y me fui, no sin antes advertirle a mi amo que lo pensara.

Al día siguiente, a medio día, la opinión era distinta. Y en medio de burlas y chistes, fui proclamado por unanimidad «mozo de burros».

El corazón me bailaba de contento; ya no subiría al puerto a pasar una vida de tedio. Trabajaría en la siega, en la trilla, ¡en todo! Me perfeccionaría en tocar la guitarra. Saldría a rondar a las mozas y me declararía a una que «ya le había echado el ojo».

En verano, me dediqué al acarreo del trigo, de los campos a la era, con cinco burritos montañeses. Trabajaba con tanta voluntad, que no dejaba de cantar en todo el día, mientras subía cerros y bajaba barrancos.

Y llegó el momento tan deseado por mí: «el momento de la venganza».

Me mandaron a buscar leña de haya a Zuriza. Salí con mis cinco burros y mi hacha bien afilada a buscar la leña, como siempre, cantando.

Pasé las «Achares», un camino peligroso por sus precipicios y despeñaderos. Crucé el puente y las planas de Ezcaurri. Y, al entrar en la Foz de Zuriza, con callejón estrecho y profundo, donde se elevan a ambos lados dos rocas altísimas, y donde hay o había un castillo en ruinas, vi venir en dirección opuesta a «el castigador». Sentí como un fuego, que me recorrió todo el cuerpo. El corazón me dio unos martillazos en el pecho, como si quisiera saltar fuera de él. Salté del burro donde iba montado y cargué mi pistola, atándola bien, para que no se doblara. Me armé de un palo de avellano y avancé resuelto.

El encuentro no pudo ser más trágico; yo llevaba en la mano izquierda la pistola y en la derecha, el palo...

Nos miramos... mudos... de hito en hito, como dos fieras que se van a atacar... Con un movimiento rápido, llevóse él la mano a la faja, para sacar el puñal; pero yo, de dos saltos, me puse cerquita de él, le apunté al pecho con la pistola, y esta actitud tan decidida «lo clavó» en su puesto, inmóvil. ¡Ya era mío! Le di un garrotazo fuerte en la oreja izquierda. Tambaleó. Pero no cayó. Con la agilidad de un gato, me coloqué a su lado izquierdo y empecé a castigarlo por las espaldas, con la misma furia y del mismo modo que él lo hizo conmigo en Castejón de Becha. Sus piernas temblaron y rodó por el suelo. Esperé un momento, y... también a él se le aflojaron los resortes, y se ensució y orinó; ¡lo mismo que yo! Quedé unos minutos en observación y como no se movía, exclamé:

—¡¡Al fin me la paga éste!!

Y cuando me disponía a seguir mi camino, le vi levantar la cabeza y le grité:

—¡¡El que a hierro mata, a hierro muere!! ¡¡Ojo por ojo, diente por diente!!

Y me marché, dejándolo como él me dejó a mí: tendido y «sucio».

Alguien lo recogió y lo llevó al pueblo pues, cuando regresé con los burros cargados, sólo encontré unas gotas de sangre sobre las piedras blancas.

Al entrar en el pueblo, me detuvieron los guardias; pero al conducirme por la calle Mayor, se cruzaron mi padre y mi patrón y, bajo su responsabilidad, me dejaron libre.

Todo el pueblo se enteró. Pero cuando yo declaré, la opinión pública se volcó en mi favor, y hasta me aplaudieron.

Cuarenta días le costó de cama. Cuando se levantó, nos pusieron a un careo, y allí se aclaró todo. Después, todo el pueblo murmuraba: «El castigador» se convirtió en «castigado». ¡¡No es tan fiero el león como lo pintan!! ¡¡Al fin, encontró la horma de su zapato!!

Corridos por los lobos

«Año de nieves, año de bienes», dice un refrán español. Sin embargo, ¡cuántas amarguras, cuántos dolores y cuántos sinsabores sobrevienen los años de grandes nevadas!

El año de mi incidente con mi primo «el castigador», donde tuve el placer de devolverle la soberana paliza que me dio de criatura, ese mismo año me tocó pasar el invierno con mi gran amigo Perico Delobo en un lugar llamado «Monte de la Carbonera».

Era una sierra cubierta de pinares y tupida de chaparros, aliagas, espinos, zarzas y otros arbustos espinudos.

El título de «Carbonera» estaba bien aplicado, porque siempre había cuadrillas de carboneros haciendo carbón de chaparro, que era el mejor de la comarca.

Los ansotanos teníamos miedo a la «Carbonera» porque era una incubadora de lobos. En sus espesos matorrales estaban «como pez en el agua».

Durante el otoño, todavía se podía estar. Y como había tan ricos pastoreos, se amontonaban durante octubre y noviembre los ganados. Pero, en llegado diciembre, desaparecían buscando las llanuras de la Ribera, pues ya se aproximaba la parición, que, por lo general, empezaba del quince al veinte de diciembre.

Durante los meses de octubre y noviembre, en que estaban los ganados en la «Carbonera», no se oían más que gritos de pastores, ladridos de perros y tiros al aire, para ahuyentar a los lobos. Pero estos animalitos, hambrientos de carne, aprovechaban el menor

descuido para degollar cinco o seis ovejas o corderos, y chuparles la sangre.

Es algo terrible y pavoroso la velocidad con que actúan estas fieras insaciables.

Algunos eran matados a tiros, pero había tantos, y era tanta la espesura del monte, que era imposible exterminarlos.

Ese invierno, se le antojó a don Francisco Mendiara dejar en la «Carbonera» a las «machorras»; es decir, las ovejas infecundas, los machos cabríos, los borregos reproductores y las corderas «prímulas», que todavía no tienen un año. A los integrantes de ese rebaño se les llama «machorras» y se les tiene separados de las ovejas «parideras» (así las llaman allí).

El día diez de diciembre se fueron los ganados y quedamos solos Perico Delobo y yo, con las «machorras», cuatro perros mastines, un burrito cabañero y dos escopetas de dos caños.

El día veinte cayó una nevada. Ese día anduvimos gritando y disparando tiros todo el día.

Al recoger por la noche la hacienda, la contamos y nos faltaba una cabeza.

Contamos por separado y llegamos a la conclusión de que nos faltaba una cordera.

Esa noche no podíamos cenar ni dormir. ¡Mal empezábamos el invierno!

Los perros se la pasaron ladrando y toreando toda la noche. Y en medio de aquella soledad, se oían los aullidos de los lobos, mientras la nieva caía mansamente.

Al amanecer, hicimos un recorrido por donde habíamos estado el día anterior, sin encontrar rastros. Ya regresábamos al corral, desesperados, cuando, en una barranca, vimos unos mechones de lana.

Corrimos, con las escopetas terciadas y... allí estaban los huesos pelados y la lana esparcida. Ni el cuero habían dejado, signo evidente de que el festín estuvieron muchos comensales.

Recogimos la lana, para justificar la falta y regresamos al corral desmoralizados.

Cocinamos una sartén de migas, único plato del pastor montañés. Nos preparamos los cintos llenos de cartuchos y soltamos las «machorras». Las llevábamos casi recogidas, pues era peligroso dejarlas ensanchar, y nos dirigimos a la «Casa Carbonera», en demanda de auxilio.

En el trayecto, matamos muchos lobos. Estaban tan hambrientos y atrevidos, que a veinte metros de distancia nos venían a la carga.

Por la mañana, los perros los ahuyentaban. Pero, a medida que avanzaba el día, aumentaban los lobos y la nieve, y terminaron los mastines por agotarse, y se colocaron a la cola del ganado para no hacer más caso de los lobos.

Fue entonces que Perico, por un lado, y yo, por otro, corríamos como dos desesperados. Solamente teníamos una ventaja: que en medio de tanta blancura, percibíamos pronto las manchas negras de los lobos, que avanzaban. Y ahí no más, los acribillamos a balazos.

A media tarde llegamos a la «Casa Carbonera». Estábamos tan roncos, de tanto gritar, que nos dolía la garganta y casi no podíamos hablar. Sobre el burrito traímos un corderito pasmado de frío. Lo degollamos y esa noche los carboneros y los guardias de monte hicieron una gran fiesta con su carne y menudencias.

Perico y yo nos sacamos la ropa para mudárnosla; estábamos empapados y rendidos. Y, sin cenar, nos acostamos.

Al amanecer, nos pusimos en pie. Y mientras comíamos un poco de asado que nos guardaron, pensamos en abandonar el «Monte de la Carbonera», pues de lo contrario perderíamos todo el rebaño.

Los guardias de monte y los carboneros encontraron acertada nuestra idea y se ofrecieron a ayudarnos hasta los límites del monte con el pueblito Val Palmas. Por estar todo cultivado, no había bosques y, por consiguiente, los lobos no se animaban a dejar la espesura, que los resguardaba del peligro de las balas.

Con la ayuda de aquella buena gente, nos fue tarea fácil abandonar los tupidos pinares. Y, ya en el monte limpio, nos dirigimos tranquilamente a Val Palmas.

En este pueblito se crió Santiago Ramón y Cajal. ¡Con cuánto orgullo lo dicen sus aldeanos!

También, ¡como para no estar orgullosos! Un pueblito tan chiquito, que apenas tiene cincuenta casas, ser cuna de un sabio tan grande que fue admirado por todo el mundo.

Cuando llegamos a Val Palmas nos parecía que habíamos salido de un infierno y entrábamos en la gloria. Mirábamos para atrás... y allá arriba quedaba la sierra «Carbonera», con sus pinares tupidos y su maraña de arbustos espinudos, esperando que la civilización entrara de lleno, a golpes de hacha, para limpiar semejante ramificación, donde los lobos se ocultaban tan hábilmente para hacer sus fechorías.

Alegres de haber salido tan bien, cruzábamos las llanuras de las «Cinco Villas» de Aragón, para seguir el río Gállego y llegar el veinticuatro de diciembre a Gurrea de Gállego, donde estaba el grueso del ganado, en plena parición.

Al vernos llegar, nos gritaron: ¡¡Falsos!! ¡¡Cobardes!! ¿No les da vergüenza dejarse correr por la nieve?

¡¡Por los lobos!!, contestamos.

Se alarmaron. Ellos creían que nos habían matado muchas cabezas. Pero, cuando se enteraron de que solamente nos habían devorado un corderito, nos felicitaron y se alegraron.

Era Nochebuena. Había que celebrarla en forma. Y pedimos una gran cena a la «Casa de Pocos», que era la posada de todos los anotanos. Cenamos bien. Bebimos mejor. Y cantamos y bailamos. ¡¡Esto era vida y no en la «Carbonera»!!

Mi primer amor

Mucho se ha escrito sobre el primer amor. Y todo el mundo dice: «Se olvidan muchas cosas, pero no se olvida a la primera mujer que amamos».

Es cierto. Yo tampoco la he olvidado. Agregaré que ese primer amor fue la causa por la cual salí de mi pueblo natal, rumbo a lo desconocido, a América.

Como ya dije en un capítulo anterior, le había echado el ojo a una mañica de mi misma edad y del mismo barrio. Pero, tímido

como todo novel, no me decidía a la declaración de amor. Y los años iban pasando.

Fue obra de la casualidad, la que me dio ocasión y coraje para manifestarle mis sentimientos.

Me habían mandado a Berdún, a buscar una partida de harina comprada.

Subía tranquilamente, con mis cinco burritos cargados y, como siempre, cantando. Esa vez, la copla fue esta:

El amor, dicen, que mata.
Yo digo que no es así,
por que si el amor matara,
ya me hubiera muerto a mí.

Al doblar una curva, en la que había una alcantarilla, oí el llanto de una mujer. Y una voz me llamó por mi nombre.

Detuve a los burros y observé de dónde venían aquel llanto y aquel llamado tan angustioso.

Deabajo de la carretera, donde terminaba el terraplén, había un burro pastando. Al lado del burro, un saco de trigo tirado en el suelo. Y sentada sobre el saco, una muchacha llorosa.

Al primer golpe de vista no la conocí, pero me di cuenta exacta de lo que ocurría. El burro se había caído. No se pudo levantar con la carga y lo descargó para que se levantara. Pero las fuerzas no le acompañaron. No pudo levantar el saco y... prorrumpió a llorar, esperando que alguien pasara para pedir ayuda. Pero la tarde se iba. Se aproximaba la noche. Y nadie pasaba por la carretera, hasta que quiso Dios que llegase yo.

Así pensaba yo, mientras descendía por el terraplén. Pero al llegar a ella, ¡oh, sorpresa!, me encontré frente a frente con mi adorado tormento, con Josefa Barcos. Ese era su nombre. Nombre que yo había escrito miles de veces sobre las piedras de la montaña y en las arenas del río.

Sin duda, debí de quedar turbado frente a ella, porque se puso encendida como un pimiento morrón y no acertó a explicarme cómo fue, para venir a parar hasta allí, con el burro y la carga.

¿Cuánto tiempo estuvimos allí, en tal situación?

—¿Es que acaso también ella me amaba en silencio y esperaba?

—¿Por qué aquella turbación de los dos?

Al fin, rompió ella el silencio y habló:

Venía de Biniés con ese saco de trigo sobre el burro. Al pasar esa curva, pisó un guijarro de grava y rodó... Cayó en la cuneta... Lo tomé de la cola para ayudarle a levantar. Y no pudo hacer pie. Pensé en descargarlo. Y así lo hice... Pero, al querer cargarlo de nuevo, no pude mover el saco del suelo. Entonces pensé que, poniendo el burro debajo de esa pared, haría rodar el saco sobre ella, lo pararía y lo acostaría sobre el lomo cruzado.

La idea no era tan mala. Pero el maldito burro, cuando vio venir el saco sobre él, se espantó, echó a correr... y el saco cayó al terraplén y siguió rodando, rodando hasta aquí. Menos mal que no se ha reventado y desparramó el trigo en sus tumbos.

La consolé y le dije que subiera ella el burro a la carretera y yo subiría el saco.

—¡No te molestes tanto por mí!, me contestó. Mejor cargamos el burro aquí y que suba el saco él.

Miré el terraplén y moví la cabeza. Era demasiada pendiente y rodaría de nuevo.

Al fin, se convenció y arreó el burro, que le costó trabajo subir. Yo cargué el saco al hombro y los seguí. Llegamos a la carretera, penosamente, el burro, ella y yo.

Cargué el burro y seguimos nuestro viaje.

¡Cuán agradecida quedó la pobre muchacha!

Al pasar por Santa Lucía, se nos hizo de noche y faltaban cinco kilómetros hasta Ansó. No puede callar más tiempo el fuego que me devoraba y, con frases entrecortadas, se lo confesé.

La noche, la soledad y, quizá, el momento vinieron en mi ayuda. Y, al preguntarle si estaba dispuesta a cortejar conmigo y me admitía como novio, contestó: «Lo pensaré!». Yo no me di por satisfecho con aquella respuesta. Y, ya más animoso, le conté mis penas. El gran cariño que sentía por ella desde hacía tres años y mis temores para decírselo. La turbación que sentía cada vez que nos

enfrentábamos y las fuertes palpitaciones del corazón cada vez que me acordaba de ella...

Al principio, la vi sonreír algo burlona. Después, se puso seria y terminó por enterñecerse. Y... en el silencio de la noche serrana y mientras seguimos andando y andando, por la carretera, llena de curvas, precipicios, puentes, subidas y bajadas, sin más luz que el fulgor de las estrellas, que desde el cielo nos sonreían y sin más testigos que el Supremo Hacedor, me contestó dulcemente, tímidamente, como en un suspiro:

—¡¡Sí!! ¡Seremos novios!

¡Ya era hora! Estábamos llegando al pueblo.

—¡Hasta luego!, nos dijimos. Y cada cual se fue a su casa.

La ronda de los chavales

Después de mi declaración amorosa y del «sí» obtenido, por nada del mundo dejaba yo de rondar y dar serenatas todas las noches.

Mi padre estaba furioso. No podía «tragar» que yo fuera músico, aunque fuera «de oído» y sin ningún estudio.

Un amigo mío, Melchor Baldragas, hijo de un carabinero, aprendió a tocar el acordeón. Y con unos cuantos ensayos, nos entendimos maravillosamente bien.

Había en el pueblo dos rondas: la de los «mozos viejos», formada por los que tenían más de veinticinco años, y la de los «mozos jóvenes», que la componían de diecisiete a veinticuatro.

Como nosotros no podíamos entrar en esta última, formamos la tercera ronda con todos los muchachitos de catorce a dieciséis años. Y la bautizamos con el título de la «ronda de los chavales».

Era la más numerosa, la más alegre y la más revoltosa.

Nos lanzamos a la calle en son de conquista. Y, en la primera noche, conquistamos al pueblo y no lo dejamos dormir. Menos mal que era sábado.

Al día siguiente, organizamos un gran baile, el primer baile de los «chavales». Invitamos a las muchachas de nuestra edad, y a sus respectivas madres, y no permitimos entrar a nadie más.

Fue un baile soberbio. Se bailó con entusiasmo. Hubo derroche de alegría y buen humor, y obsequiamos con refrescos y golosinas al bello sexo.

Las viejas estaban encantadas. Después de todo, ese era el primer baile social de «hijas pequeñas». Y al verse tan bien atendidas, se deshacían en alabanzas. Alguien cantó:

Muchachos que cortejáis,
cortejad a la aventura,
si conquistáis a la madre,
la hija ya está segura. (Risas)

Otro cantor contestó:

Qué relación tan bien dicha,
qué respuesta mejor dada,
si la hija no te quiere,
la madre no vale nada.

Un coro de carcajadas celebró al cantor, quien no tuvo más remedio que avanzar hasta el centro del salón, para agradecer los aplausos que le prodigaron.

La ronda de los chavales se impuso y los «mozos viejos» y hasta los «mozos jóvenes» tuvieron que reconocer y admitir el éxito rotundo de la nueva muchachada. «Hay que dar paso franco a los nuevos valores». Así nos decían por todas partes. Y nosotros, orgullosos y vanidosos, cantábamos:

Esta es la ronda que ronda,
la que ronda y rondará,
la que corta el bacalao,
lo corta y lo cortará.

«Cortar el bacalao» quería decir imponerse a la fuerza, ser «matón», «guapo» o «gallito». ¡Cuántas ilusiones y cuántos pajaritos se tienen en la cabeza a los dieciséis años!

Una procesión inolvidable

Venía al pueblo un frutero de Villarreal, pequeña aldea de Canal de Berdún, muy pródiga en frutas, por tener una hermosa huerta regada por las aguas del riachuelo que baja de Fago.

Este frutero se llamaba Paco. Era un mozo guapo, de unos veintidós años. Como nos vio rondar por las calles ansotanas, en las noches que vendía sus frutas canalizadas, se entusiasmó con la «ronda de los chavales». Y nos pidió que bajáramos a Villarreal, su pueblo, para las fiestas de la Virgen del Huerto. Nosotros, ni cortos ni perezosos, nos comprometimos a bajar con la música: dos guitarras, un acordeón, una pandereta y un triángulo.

Como en Villarreal no había músicos, esperábamos armar mucho ruido, no dejar dormir a los pacíficos canalizos y pasarnos tres días de juerga.

Yo tenía que pedirle permiso a mi padre, y no me animaba; pues de bajar, tenía que ser con la guitarra, y ya sabía yo cómo se ponía el viejo cuando le hablaban de rondar y cantar.

Mi madre fue mi providencia. Las madres siempre son más débiles. Y, como a la mía le gustaba la música con delirio, me lo preparó todo en secreto. Y la víspera de la fiesta de Villarreal salimos al amanecer los componentes de la «ronda de los chavales».

Éramos cinco: Melchor de Baldragas, con el acordeón; Domingo de Poli, con una guitarra; Perico Delobo, con la pandereta; Juan Antonio de Bartola, con el triángulo; y yo, con la otra guitarra. Nos acompañaba, en calidad de cantor, Santiago de Chiquín, un pequeño de doce años que tenía una voz divina, y que, sabedor de nuestra gira, se escapó de la casa de sus padres para venir con nosotros.

Al llegar al Puente Colorado, dejamos la carretera y trepamos por la Puyada de Fórcala, un camino pendiente, desde el río hasta la sierra, que nos costó el subirlo dos horas. Despues, bajamos por la Fórcala hasta la borda de Panchané, una casa de campo situada en los mismos límites de Villarreal. Habíamos andado cinco leguas en cuatro horas, por caminos abruptos. Y estábamos rendidos y hambrientos.

No había nadie en la borda de Panchané. Así que comimos y nos acostamos a descansar. Villarreal estaba cerquita y podíamos echar nuestra buena siestita.

Antes de ponerse el sol, salimos de nuestro refugio y, al anochecer, entramos en el pueblo de Villarreal, con nuestra música y nuestros cantares, alborotando al pueblo entero.

Los mozos y las mozas nos estaban esperando a la entrada y se unieron a nosotros, dando gritos de alegría. En una palabra: que aquella aldea tan tranquila, con nuestra entrada tan triunfal y bulliosa, se enloqueció del golpe.

Por consejo de los mozos, fuimos a cantar primero, en la puerta del cura, esta copla:

El cura de Villarreal,
vestido de terciopelo,
cuando está diciendo misa
parece un ángel del cielo.

Y el buen sacerdote, que nos escuchaba muy emocionado en su balcón, nos dio las gracias y... cinco duros.

¡Buen principio de fiesta!

Rondamos después al alcalde, y le cantamos esta copla:

Señor alcalde mayor:
venimos a suplicar,
que nos conceda el permiso
para cantar y rondar.

El alcalde se reía con toda la boca abierta, muy orgulloso, porque la ronda de Ansó cantaba en su puerta. Nos dio el permiso y diez duros. Se merecía otra copla y cantamos:

En el Alto de Aragón
un alcalde hay sin igual.
Y ese es, el señor alcalde
del pueblo de Villarreal.

Muchos aplausos cosechó esta copla, pues era un alcalde muy querido. Así, con quince duros en la bolsa, seguimos rondando. Los personajes más distinguidos, algo nos dieron todos. Cenamos. Y, después, nos acomodamos en el centro de la plaza mayor, y se armó un baile popular. Tan hermoso, tan animado y tan alegre, que duró hasta el amanecer.

Fue el mismo cura quien ordenó ir a descansar para concurrir a la misa de las diez. Nadie debía faltar. Hasta nosotros, los músicos, teníamos que ir a la función religiosa.

Y aquí fue lo grave. A las diez menos cuarto, nos dijeron los mozos que habría procesión alrededor de la plaza, que sacarían a

la Virgen, y que el cura nos pedía que fuésemos con la música para darle más brillo. ¡Más brillo y más solemnidad!

Nosotros quedamos atónitos. Sabíamos tocar jotas, valses, polkas, mazurcas, chotis y pasos dobles. Pero no sabíamos música religiosa. ¿Qué hacer? ¿Qué tocar? No salíamos del estupor, y hasta pensamos escaparnos a Ansó mientras empezaban la misa. Pero los mozos no nos dejaron solos. Y tuvimos que ir a misa con la música...

Llegó el momento trágico de empezar la procesión. Y nosotros, maquinalmente, nos colocamos detrás de la Virgen y preparamos los instrumentos. Melchor de Baldragas me miró y preguntó:

—¿Qué tocamos?

Y yo le contesté:

—¡«Machaquito»!

La cara de Melchor se puso tan colorada como un tomate maduro y me susurró:

—¡No! ¡No puede ser!

La procesión comenzó con su marcha lenta. Las viejas rezaban. El cura daba órdenes en voz baja. Los que llevaban a la Virgen salieron a la calle. Nosotros les seguimos. Y, al dejar el templo, yo exclamé:

—¡Empecemos! ¡Vamos!

Y rompimos el silencio de la procesión religiosa, con el conocido paso doble del famoso torero «Machaquito».

¿Qué pasó? ¡Un fenómeno! El público en general, los que llevaban la Virgen, los monaguillos, el sacristán y hasta el mismo cura marcaron el paso al compás de «Machaquito».

Más tarde, cuando en la plaza se inició el baile, repetimos el paso doble «Machaquito». Y, con gran sorpresa nuestra, nos pidieron «bis» media docena de veces.

El mismo cura nos dijo: «Yo los veía a ustedes en grandes apuros. Y, hasta me arrepentí de haberlos invitado a tocar en la procesión. Pero, felizmente, ustedes tuvieron la divina inspiración de tocar un paso doble. Y yo vi a todo el pueblo feliz y contento, marcando el paso, que lo marqué también. ¡Que Dios nos perdone!».

—Amén—, le contesté yo.

Algunas mozas rodearon al cura y lo invitaron a que bailara. Y el cura, muy risueño, bailó.

Fue una gran fiesta ese año en la humilde aldea de Villarreal.

El vuelo del águila

A todo esto, mi padre sufría horriblemente. Como buen comerciante, pensaba que un dependiente de mostrador no podía hacer el contralor y tocar la guitarra, al mismo tiempo. Además, por el solo hecho de saber tocar la guitarra, sería invitado de aquí para allá, para actuar en bailes. Y terminaría por convertirme en un haragán, en un vago, en un inútil. Y lo peor de todo, en un «camorra».

Ante tales argumentos, yo bajaba la cabeza y callaba. Pero a la noche siguiente, ¡otra vez de ronda!

Alarmado mi padre, optó por mandarme al Puerto, de nuevo, ¡a guardar cabras! Así, estaría lejos del pueblo, de las rondas, de los bailes... ¡y de la guitarra!

Menos mal, que ignoraba que ya tenía novia y fumaba a escondidas, que si no ¡el cielo se vendría encima!

Tres meses estuve en las montañas solito. Ni un solo día bajé al pueblo.

Cada quince días, me mandaban comestibles y ropa interior. Ese era el único vínculo que mantenía con el mundo civilizado.

Un día hermoso de sol, sin viento ni nubes, tuve curiosidad por trepar al pico más alto de los Pirineos. Así lo hice. Y, al llegar a lo más elevado, un águila que estaba sobre la roca, huyó asustada para el lado de Francia.

Su vuelo fue rápido. Al principio, con grandes aletazos. Después, fue planeando, planeando, hasta perderse en el confín.

A medida que se alejaba, disminuía su volumen, hasta convertirse en un punto chiquitito y negro en el lejano horizonte.

¡Quién pudiera volar como las águilas!

Allá abajo, en un valle hermoso, rodeado de verdes praderas, se veía nítidamente Lascún, con sus casas resplandecientes de blancura y sus chimeneas que despedían columnas de humo.

El río dividía al pueblo en dos. Mis ojos siguieron la línea del río, que viene desde los límites de Canfranc. Y sus aguas se precipitaban de cascada en cascada, formando copos de espuma. A la par del río, se veía también la carretera internacional de Jaca a Olorón, pasando por Canfranc y siguiendo todo el valle de Lascún.

Vistos desde la altura en que yo estaba, carretera y río parecían dos inmensas serpentinas blancas, puestas o tiradas por una mano invisible, siguiendo la trayectoria del valle de los Vascos Bearneses.

Tan absorto estaba contemplando aquel espectáculo grandioso y soberbio, que no me di cuenta de que a mi lado había otra curiosidad bastante rara.

Se trata del final de un pico de roca, que terminaba en forma de una torre. Como noté que había letras en relieve, me acerqué rápidamente, para observar. Y encontré por el lado sud esta leyenda:

ESPAÑA
PROVINCIA DE HUESCA
PARTIDO DE JACA
ANSÓ
1830

Di media vuelta a la roca y, por el lado norte, decía:

REPUBLIQUE FRANCAISE
BASSES PYRENEES
CANTON D'OLORON
LASCUN
1830

La roca servía de mojón. ¡Y qué mojón! ¡Inconmovible! ¿Sería tan firme y duradera la amistad franco-española?

Corría una brisa fresquita. Me senté a la sombra del grandioso macizo. Y sentí deseos de dormir.

Recordé que las cabras estaban durmiendo en una cueva grande y fresca y que recién a media tarde saldrían a comer.

Así que tenía tiempo para dormir una buena siestita... Me recosté, y quedé profundamente dormido.

Un ruido infernal me sacudió. Y desperté sobresaltado... ¿Dónde estaba?

Quedé atónito ante el espectáculo que vi.

Yo estaba al lado del mojón y en torno mío se extendía una inmensa llanura, blanca, muy blanca, parecía un mar de algodón.

Aunque nacido y criado en la montaña, nunca me habían hablado de este fenómeno.

Miré al Sud y allá lejos se elevaban otros dos picos: «Lacherito» y «Petricicha». Miré al Este y también aparecieron sobre aquella llanura blanca los picos de «Astanés», «Guarrinza» y «Chorrota».

Una gran llamarada puso de color rojizo la inmensidad y, casi al mismo tiempo, un estruendo horroroso hizo temblar la roca bajo mis plantas.

Recién entonces me di cuenta de lo que pasaba.

Se había formado una tormenta de verano. Y, en los valles profundos de Zuriza, Oza y Guarrinza, llovía torrencialmente. La llamarada que parecía quemar aquel mar de algodón en ramas era el relámpago. Y, el ruido infernal que parecía hundir el mundo, fue el trueno.

Y ahí estaba yo, sobre toda aquella inmensa llanura blanca, contemplando la luz de un sol maravilloso y resplandeciente, en medio de un cielo azul, limpio y sin nubes...

¡¡Aquello era demasiado grandioso!! ¡¡Algo sublime, indescriptible para una pluma tan pobre como la mía!!

De pronto, noté que los nubarrones de la tormenta subían paulatinamente y los altos picos se achicaban.

Me acordé de las cabras. Y me sumergí en aquel nubarrón que avanzaba hacia mí. Tan pronto entré en él, sentí el primer chicotazo de la lluvia, que me azotó la cara. Tuve que detenerme, pues me quedé completamente a oscuras. Algo así parecido como cuando uno va por la calle iluminada por el sol y penetra de golpe en un sótano oscuro. Así pues, me refugié en el hueco de una roca hasta

que mis ojos se acostumbraron a la semi obscuridad que me envolvía. Y, después, bajo una lluvia torrencial, descendí por las laderas, por donde se precipitaban torrentes de agua.

Pronto sentí las esquilas. Estaban las cabras en la misma cueva en que las dejé. Sin duda, salieron a pacer. Y, sorprendidas por la tormenta, se refugiaron en la misma cueva que, momentos antes, les sirvió de sombra para dormir.

Caía la tarde. Y, sacándolas de la cueva, nos dirigimos al «cubilar»⁹.

Cesó la lluvia. Y se aclaró un poquito la montaña. Miré al cielo. Y quedé un rato en observación.

Se había producido otro fenómeno. Las nubes estaban pintadas de un color rosado. En algunos lugares, el color era rojo vivo. En otros, rosa pálido. Y, en otros, anaranjado.

Quise ver los altos picos. Y estaban ocultos por aquellos grandes crespones polícromos. De tal modo, el cielo parecía una alfombra gigantesca, sostenida por los altos picos, como si fueran columnas.

Preparé fuego para hacer las migas. Y quedé pensativo.

A mi memoria acudió el águila con su vuelo majestuoso, sobre las altas cumbres... ¿A dónde iría? ¡A Francia! ¡Quién pudiera volar como las águilas!

Quedé profundamente pensativo. Y, por primera vez en mi vida, pensé en mi porvenir. ¿Qué hacer? ¿Qué rumbo tomar?

¿Pastor? ¡¡NO!!

Siendo pastor, no tendría más que dos lugares: Puerto y Ribera.

¿Labrador? ¡No me dejaban!

Tocaba la guitarra. Cantaba serenatas. Tenía novia. Fumaba a escondidas. Y eso, según mi padre, ¡no era mi camino!

¿Sacerdote? ¡Ya era tarde! Había interrumpido mis estudios. Y era «demasiado grande» para volver a empezar.

9 Nota del autor: majada, donde se recogen de noche.

¿Qué rumbo seguir?

¡Quién pudiera volar, como las águilas! ¡Rumbo a nuevos horizontes! ¡Francia!

Me recosté, vestido, con esta idea: ¡Francia! ¡Francia!

Afuera, en el cubilar, se oía el «tintín» de las esquilas, en un compás monótono. Eran las cabras, que rumiaban.

¡Francia! ¡Volar...!

¿Y mi novia? ¿Qué sería de ella? ¡Volar! ¡Volar! Y quedé dormido... al compás de las esquilas: ¡tilín, tilín; tilín, tilín!

Amanecer serrano

Antes de rayar el alba, ya estaba despierto. Durante la noche, di muchas vueltas en mi lecho de pieles de oveja. Los pensamientos se amontonaban de un modo bárbaro. Ininterrumpidamente y siempre, acudía a mi memoria el vuelo del águila, rumbo a lo desconocido... ¿Qué hacer?

Me incorporé. Prendí fuego para preparar mi almuerzo. Una sartén de migas es el alimento cotidiano del pastor en la montaña. Por la puerta de mi choza entraba un fresquito sutil.

Salí afuera. Me abrigué con la zamarra y, por un largo rato, quedé atónito contemplando el grandioso espectáculo que se presentaba ante mi vista.

Una luna llena, plateada, brillaba en medio de un cielo azul, salpicado de estrellas. Los altos picos de los Pirineos ansotanos estaban blancos de nieve, reflejando en su blancura la luz lunar.

Por el Oriente empezaban a asomar los fulgores de la aurora. Y unas nubecillas, vaporosas, comenzaron a rodear los altos picos. Un vientecillo fresquito me acarició el rostro.

Despertóse en mí la afición a la poesía y, penetrando en mi choza, compuse el siguiente romance:

Por los picos de Astanés
empieza a rayar el alba.
Unas nubes vaporosas
rodean las crestas altas,

como formando crespones
o gigantescas bufandas.
La nieve cubre los picos
igual que gorritas blancas,
un sarrio¹⁰ pace escondido
entre las rocas calcáreas
y huye ante el menor ruido
con velocidad fantástica
pero, por desgracia suya,
son más veloces las balas.
Gotas de fresco rocío
brillan igual que esmeraldas
en las puntitas del pasto
que cubre lomas y faldas.
La brisa columpia y besa
pinos, abetos y hayas.
Agua pura y cristalina
mana en miles de fontanas.
Y el sol, acaricia el rostro
en esta fresca mañana
y precipita las nieves
por arroyos y cascadas
en donde las truchas trepan
contra la corriente diáfana
hasta llegar al yvón¹¹,
laguna tranquila y plácida
en donde se multiplican
con prodigiosa abundancia.
Un pastor canta amoroso
églogas a su zagala.
Las cabras y las ovejas
que rumian mientras descansan...
Los buitres surcan el cielo
en curvas muy prolongadas,
tras el olor de la carne
de alguna res despeñada...

10 Nota del autor: cabra salvaje, de cuernos chicos, como ganchos de romana.

11 Nota del editor: ibón.

Y el sol, con sus rayos de oro,
en el cielo se levanta
pintando la serranía
de una belleza fantástica
de color de sangre y fuego
como el perdón de mi patria.
¡Oh, paisaje pirenaico!
¡Oh, mañanita serrana!
Aunque me vaya muy lejos
siguiendo el vuelo del águila...
¿Cómo poder olvidar
esta espléndida mañana?
¡¡Imposible describirla!!
¡¡Más imposible, pintarla!!

La fuga

Todo lo tenía bien planeado. Me trasladé con las cabras a la «Sierra del Forato». Se hallaba esta sierra cercana a la población. Además, se aproximaba San Mateo, la fiesta del pueblo. Y le había escrito una carta al amo y otra a mi padre, diciéndoles a los dos que quería bajar al pueblo para esa festividad y que me mandaran un suplente, para entregarle el cuidado de las cabras, si no «las dejaría solas». Y... ¡por Dios, que bajaría al pueblo!

Alarmados los dos viejos, optaron por mandarme un muchacho. Y ese mismo día, veinte de septiembre, me presenté en casa.

¡Qué caras! La amenaza de mis cartas había surtido su efecto.

Durante los tres días de fiesta, traté de aturdirme haciendo locuras. Pero, también, procuré aclimatar lo que pude... Pedí dinero a todos: al amo, a mi padre, a mi madre y a mis hermanos. ¡Hasta a mi abuelita! Mi hermana Joaquina, la mayor, me dio cinco pesetas; Tomasa, la segunda, dos; Sebastiana, la tercera, una; Alejandro, el mayor de los varones y que trabajaba de carpintero, me dio diez pesetas; Francisco, que era menor que yo, dos reales; María, la menor y última de las mujercitas, un real. Y, finalmente, José, el último de todos y que era el «benjamín» de la casa, una perra gorda. ¡Menos mal!

Otro hijito habían tenido mis padres: Sebastián; pero antes de cumplir los dos años ¡Dios se lo llevó!

La única que me falló en esta ocasión fue mi abuelita. Cuando le di el «sablazo», ella se defendió maravillosamente. Y, de contragolpe, salió pidiéndome para velas para las ánimas benditas. ¡Cristiana y pícara la vieja!

En conclusión... al tercer día de fiesta, con todos los gastos pagados, poseía en mi bolsa cincuenta pesetas y algunas perras sueltas. ¡Una fortuna! Salí del pueblo para ponerme otra vez al frente de las cabras. Y... seguí el rumbo que me había trazado el águila en su vuelo.

A las once de la mañana llegué a la «Venta Alta» de Isaba, un caserón enclavado en los límites de Francia.

Pedí dos huevos fritos, un pan y un vaso de vino.

Pagué. Salí como alma que lleva el diablo. A los quince minutos, cruzaba ya la frontera. Nadie había allí. Me detuve un momento y, mirando para atrás, grité con toda la fuerza de mis pulmones: «¡¡Adiós, España!!». Y eché a correr por una barranca peligrosa, que la llamaban «La Lapiza», un despeñadero.

En dos horas me puse en la carretera de Larrau. A media tarde, pasaba por Tardiz. Y, al anochecer, entraba en Mauleón... ¡Había recorrido dieciséis leguas, por caminos peligrosos y cruzando los Pirineos!

¡Cómo camina un muchacho, cuando se fuga de su hogar!

En Mauleón tenía parientes: la familia Pala¹². A ella acudí, pidiendo hospedaje.

Se alarmó en forma.

Después de todo, yo era un menor de edad. Y, para no cargar con la responsabilidad, esa misma noche, mientras yo dormía, rendido por la enorme caminata, escribió a mi padre diciéndole que... «el chico ha caído como llovido del cielo».

Lo primero que hice al día siguiente fue buscar trabajo. Como yo no tenía oficio, me empleé de peón de albañil. Para el caso, hablé

12 Nota del editor: En el texto original falta aquí, al menos, una línea, así que no es posible conocer el nombre de la familia de acogida a la que se refiere el autor. ¿Palacios?, ¿Palacín?

con un constructor llamado «Pochulo». Era un gabacho grandote. Sabía hablar el español. Cuando llegué a la obra, quedé gratamente sorprendido. Desde el capataz hasta el último peón, todos eran españoles. Así, que no tuve ninguna dificultad.

A los ocho días, me llamaron mis parientes y, en una habitación, a puertas cerradas, me leyeron la carta de mi padre.

Muy enojado estaba el viejo conmigo. Mi fuga cayó en el pueblo ¡como un rayo! Era un caso nunca visto en Ansó. Abandonar el pueblo, las cabras, ¡todo! y escaparme a Francia. ¡Aquello no tenía perdón de Dios!

Terminaba la carta con amenaza. Decía así: «¡¡ Si en el término de ocho días no te presentas en casa de tus padres, te hago traer detenido por la Guardia Civil!!».

Me asusté. Aquella amenaza me puso carne de gallina. Y en el acto tomé una determinación; marcharme de Mauleón, pero no a España, sino más al interior de Francia.

Había en los muros un cartel que decía: «Se necesitan obreros para trabajar en una vía en construcción. Se pagan buenos jornales. Presentarse en Orthez. Jefe de estación».

Hablé con un grupo de españoles. Y nos fuimos a pedir informes al jefe de la estación.

Los informes fueron buenos. Con tres francos sacaríamos boleto para Orthez. Nos presentaríamos al jefe de aquella estación. Y ¡nada más!

Nos anotamos catorce obreros. Y al día siguiente, partimos rumbo al nuevo «chantier». Yo tuve especial cuidado de no decir nada a mis parientes. Así que desaparecí sin dejar rastros.

En Puyóo cambiamos de tren. Dejamos el que nos trajo de Mauleón y tomamos el internacional, que iba a París, pasando por Orthez. Allí nos bajamos. Nos presentamos al jefe de estación y nos dijo:

—¡Ya se fue la diligencia! Tendrán que esperar hasta mañana a esta misma hora. El trabajo no es aquí. Es en Ayetmau.

—¿Cuánto hay desde aquí hasta allá?

—Lejos; cinco leguas!

Nos miramos y nos reímos. Estábamos acostumbrados a caminar mucho más. Para nosotros, cinco leguas no era nada. ¡Un juguete!

El jefe quedó asombrado. ¡Estos españoles, son duros como el hierro! —nos decía— y nos entregó una carta de presentación.

Salimos, pues, andando, carretera adelante, cantando alegremente. Y al anochecer entramos en Ayetmau.

Nos esperaban. Y esa misma noche, ya nos distribuyeron en varias brigadas. A mí, por ser el más «chiquito» (*petit*), me mandaron con una cuadrilla ambulante, que recorría las vías provisorias, en los desmontes, por donde circulaban los trenes cargados de tierra y piedra para la construcción de puentes, alcantarillas y terraplenes.

Mi misión consistía en cargar al hombro un gato o crik, para levantar las vías, y seguir a la cuadrilla ambulante.

Yo estaba contentísimo en mi nuevo trabajo. Pagaban cinco francos diarios, y el noventa por ciento de los obreros eran españoles. El resto, franceses. Pero no estaban en el trabajo rudo de la tierra, sino en la dirección y contabilidad. Sin embargo, nos trataban bien, sobre todo, muy humanamente.

En seguida me convertí en la «mascota» de los directores y capataces, que al verme correr con el crik al hombro por las vías decían: «*Le plus petit, le plus fortit!*». Que, traducido al castellano, diría así: «¡El más chiquito, el más fuertecito!».

El desmonte iba lento. Un cerro cruzado a un kilómetro de Ayetmau, nos absorbió dos meses para «cortarlo». Como no tenía roca, ni siquiera tosca, no se pudo perforarlo con un túnel, que habría resultado mucho más económico. La cortada venía de mayor a menor, y era profunda. Menos mal que a ambos lados había dos valles anchos y hondos, y toda la tierra que se sacaba del cerro cortado sirvió para hacer dos largos terraplenes en los valles, y se niveló la vía.

¡Con qué atención escuchaba yo a los ingenieros cuando discutían estos trabajos!

¡Cómo me hubiera gustado ser ingeniero de puentes y caminos, para taladrar montañas y hacer puentes sobre los abismos!

Por las noches, mientras los demás se divertían, yo andaba triste. El recuerdo de mi primer amor me hacía pasar las noches desvelado.

Según mis cálculos, ya estaría en Mauleón, con todas las demás ansotanas.

¿Le escribiría? Tentaciones tenía de hacerlo. Pero sabía que mis hermanas estaban también allí y, entonces, se descubriría mi paradero y me llevarían a España, detenido por orden de mi padre. ¡A ser pastor! ¡A ser pastor! ¡¡NO, NO, NO y NO!!

Y no escribía la carta.

Para aturdirme, empecé a hacerle el amor a una vasquita lechera... pero la encontré tan desabrida, tan sin gracia, que terminé por escribirle a mi novia a Mauleón. Y me dije: «¡que sea lo que Dios quiera!».

La respuesta fue más rápida de lo que yo esperaba. Y más halagüeña.

Con la carta de mi novia, venía otra de mis hermanas. Me decían que mi padre me había perdonado y me suplicaban que volviese a Mauleón, que siempre estaría mejor al lado de ellas, y que me conseguirían trabajo de alpargatero en el taller de Cherbero; que siempre estaría mejor bajo techo, y no como andaba, trabajando en las vías, bajo las lluvias, en el barro, con las heladas, etc.

Por su parte, mi novia me decía que, si era cierto que la quería, que fuese a su lado. Y terminaba la carta con esta despedida: «¡Hasta pronto! ¡Te espero!».

Recibir estas cartas y despedirme de los compañeros, fue todo uno. Trabajé un día más, y pedí rendición de cuentas. Como me ponían algunas trabas, les dije que iba a visitar a mi familia y regresaría de nuevo a mi puesto. Lo creyeron, y me pagaron mis haberes. Y ese mismo día, partí a Mauleón.

En la estación, me esperaban todos los ansotanos, incluso mis hermanas, que lagrimearon al verme. Y... mi novia, que estaba «turulata».

En efecto, consiguieron «meterme» en la fábrica de alpargatas de Cherbero. Aprendí a coser suelas a máquina. Y como pagaban por docena, una vez que tomé soltura, me sacaba mis buenos jornales. Pasé un invierno divertido, y rondé de lo más bien. Me hice jugador de pelota vasca. Aprendía a bailar «Le quadrille», baile muy

popular en los Bajos Pirineos. Tenía muchos amigos. Frecuentaba todos los bailes y tomaba parte en las mascaradas... En fin, que pasé el invierno más feliz de mi vida.

¿Qué más podía pedir?

Al aproximarse el mes de mayo, recibí una carta de mi padre, donde me decía que estaba enfermo y me necesitaba para recoger la cosecha de ese verano.

Ante esta noticia, no titubeé. Y prometí a mis hermanas regresar con ellas a Ansó.

Rumbo a América

El mes de mayo era el mes del regreso a España. Vascos, navarros y aragoneses salían de Mauleón y Olorón rumbo a la frontera. Partían en caravanas. Y cada caravana pertenecía a un pueblo.

Todas las muchachas, mientras cosían o tejían en las fábricas, cantaban esta copla:

¿Cuándo llegará aquel día
y aquella feliz mañana,
que salgamos de Mauleón,
carreterita de España?

Yo estaba triste. Regresaba al pueblo de muy mala gana. Pero había prometido volver. Y no podía dar marcha atrás.

Y llegó el día de la partida. La «caravana ansotana» era una de las más numerosas.

Salimos de Mauleón tempranito, en cinco carricoches descubiertos de un tal Rey, que era el encargado de transportar a los españoles hasta el pie de los Pirineos, «El Esfarre Larrau» (así se llamaba el paraje). Y allí esperaban los padres y hermanos, con mulitas y burritos, para cruzar la frontera.

¡Qué griterío! El trecho que hay desde Mauleón a Larrau fue una canción interminable. Los transeúntes, que eran muchísimos por esa carretera internacional, nos aplaudían al pasar. Y las canciones se repetían:

Por fin, ya ha llegado el día
y esta espléndida mañana

que salimos de Mauleón,
carreterita de España.

Yo, iba triste. Muy triste. Adivinaba que en el pueblo me recibirían mal. Y así fue.

¡Qué caras, Dios mío! ¡Qué de reproches! Tuve dos o tres peleas a puñetazo limpio con algunos insolentes.

Si mi padre no hubiera estado en cama con reumatismo, me hubiera ido de nuevo a Francia. Pero estaba de Dios que mi rumbo sería otro. Y, así fue.

Regresaron a Ansó, después de treinta años de ausencia, dos matrimonios «indianos», con hijos argentinos ya mozos.

El pueblo se alborotó con esta inesperada visita.

Eran ricos, riquísimos. Y volvían al terruño con la sagrada misión de poner un ramo de flores en la tumba de los padres, y enseñar a los hijos la tierra donde nacieron.

Estos americanos venían con ansias de cazar perdices, pescar truchas, recoger fresas silvestres y subir a los cerros en excursión, a cazar sarrios y jabalíes. Como necesitaban un guía, me ofrecí gallamente, sin ningún interés, para acompañarlos en sus correrías.

Parece que les resulté muy simpático, porque preferían mi compañía. Y terminamos por hacernos muy amigos.

Me hablaron mucho de la República Argentina, de sus costumbres, de sus riquezas, de su dilatado territorio, y de lo bien que estaban los españoles que iban a ella a radicarse y a enriquecerse. Como prueba, ahí estaban sus viejos.

A los pocos días de andar con ellos por las montañas, ya tenía el pensamiento de irme a la Argentina. Así se lo hice saber.

Les agregué que tenía un tío en Rosario de Santa Fe, con una fábrica de carroajes. Y les dije de memoria la dirección, que era así: «Fábrica de carroajes La Europea, de Gurría y Capellini, San Juan 1749. Rosario de Santa Fe».

Esta noticia los alegró muchísimo. Conocían a la firma y eran clientes, por haber comprado algunos carroajes para su estancia. Y me alentaron para que me fuera a la Argentina.

Un día, sorprendí a mi novia «mariposeando» con otro. Como le reproché su conducta, ella muy altiva me contestó:

—¡Todavía no nos hemos comprometido! ¡Además, yo soy muy dueña de hacer de mi capa un sayo!

—¿Esa es tu última palabra? —, le dije yo con no menos alternería.

—¡Seguramente que sí! —, contestó.

—¡Piénsalo bien!

—¡Bien pensado está!

—¿No te arrepentirás?

—¡Qué esperanza!

—¡Entonces, ya hemos terminado!

—¡Ya hemos terminado!

Los acontecimientos se precipitaron. Mi resolución de irme a la Argentina la recibió mi padre como una puñalada. En cuanto a mi madre, se la pasaba llorando día y noche. Pero no hubo caso. Estaba dispuesto. Y así fue.

El día veinticuatro de septiembre de 1906 salíamos del pueblo tres muchachos rumbo a la Argentina. La despedida fue dolorosa. Parecía un sepelio. No quiero ni recordarla en sus detalles.

Esos tres muchachos éramos: Ramón de Romo, Antonio Pérez Cativiela y el autor de este libro, Santiago Gastón.

El día veintiocho del mismo mes salía el vapor de Burdeos (Francia), con destino a Buenos Aires. Y no había tiempo que perder. Así que partimos por el mismo camino que me fugué el año anterior. Por la «Venta Alta» de Isaba. Sólo que, en vez de ir a Mauleón, fuimos a Olorón. Allí tomamos el tren rápido directo a Burdeos.

Y el veintiocho, salimos en el vapor «Carabellas», de la Cie. des Chargues Reunis.

¡Por primera vez en nuestra vida veíamos el mar!

¡Cómo se reían los marineros!

Repartieron café y run¹³ a todo el pasaje. Y ese líquido casi nos compuso... Pero, a la tardecita, empezó a bailar el «Carabellas». Y el café con run ¡fue al mar!

Esa noche nadie pegó el ojo. El mar Cantábrico es bravísimo. Y nosotros estábamos todos «flojazos».

El cuarto día hubo una pequeña reacción en todo el pasaje. Nos dieron otra vez café y run. Y... ¡no lo devolvimos! Pedimos repetición, y ¡¡nos lo cobraron!!

—¡¡Abusadores!!—, gritábamos. ¡Todavía que llevábamos tres días sin comer bocado!...

El capitán, un lobo marino muy simpático, nos habló:

—¡Bravo, muchachos! Estos dos días que nadie comía, yo estaba triste. Hoy que protestan y gritan, yo estoy alegre. A medio día les daremos un buen plato de sopa, y nada más; porque, si comen mucho, todo lo echarán al mar. Esta tarde, otro plato de sopa y nada más. Pero mañana, les prometo «bacalao a la vizcaína», mucho pan y mucho vino. Después, hagan música, canten y bailen. Ustedes los españoles son alegres, y nosotros los franceses los queremos mucho.

Nadie aplaudió. Nadie dijo nada. Las palabras del capitán se las llevó el viento. Sin embargo, ¡cuánta razón tenía!

El quinto día, como lo prometiera el capitán, nos dieron «bacalao a la vizcaína». Y nadie lo devolvió. Se levantaron los espíritus. Y como nos dieron vino, esa tarde hubo música, canto y bailes.

¡Cuánta razón tenía el capitán!

Se hizo el recuento a bordo. Viajábamos seiscientos pasajeros, todos de tercera clase. Quince eran franceses. El resto, todos españoles.

Allí venía de todo: familias cargadas de hijos, algunos viejos y mucha gente moza de ambos sexos.

Había guitarras, bandurrias, guitarritos, acordeones, panderetas y castañuelas. ¡Hasta un cornetín!

13 Nota del editor: ron.

Reinaba la alegría. Se jugaba en todas las formas. Y se formaron algunas parejitas.

Es inútil; donde hay juventud, hay amoríos.

A los ocho días, se hizo escala en Santa Cruz de Tenerife (Islas Canarias). Allí se hizo provisión de tabaco, plátanos, conservas y golosinas. Y al día siguiente, salimos rumbo a Santos (Brasil), primer puerto de América. La travesía del Atlántico, de Canarias al Brasil nos llevó, nos llevó dieciocho días. ¡Despacio iba el «Carabellas»!

Mar y cielo

La muchachada se divertía. Yo, en cambio, iba triste.

El primer amor volvía a mi pensamiento de un modo tenaz. Ya en Canarias, había hecho un gran esfuerzo para no escribirle dos líneas, pidiéndole perdón por mi arrebato, y prometiéndole un sinfín de cariños y recuerdos. Pero se interpuso el amor propio. Y guardé silencio.

Había escrito a mi familia, describiéndole un viaje feliz, y mandaba besos y abrazos para todos. Pero para ella, nada; ni siquiera la nombraba.

A mi pensamiento acudía aquella escena violenta, cuando rompimos de un modo brutal:

—¡Entonces, hemos terminado!

—¡Ya hemos terminado!

Desde ese día, no nos dirigimos la palabra, por más que nos encontramos miles de veces. Como buenos aragoneses, éramos tercos los dos.

No sería yo quien se humillara. Bajé al camarote. Abrí la maleta. Y allí estaban las cartas amorosas de ella, en un paquete. Tuve idea de leerlas. Pero, de pronto, abrí el ojo de buey que había frente a mi camarote, y tiré el paquete al mar.

—¡Ahora sí que hemos terminado!

Y una voz de mujer me respondió:

—¡Ayer, hice yo otro tanto!

—¿Quién había hablado? Me di vuelta y... frente a mí estaba una muchachita navarra, de Roncal, que me miraba muy risueña. Y repitió:
—¡No te avergüences, hombre; a mí me sucede lo mismo!

Nos sentamos y hablamos largo y tendido. Nos contamos la historia de nuestros amores. Dos seres que sufren del mismo mal se entienden pronto. Arriba, en cubierta, la orquesta ejecutaba el célebre vals «Sobre las Olas». Subimos y bailamos, una, dos, tres, ¡muchas piezas! Y en una de ellas le dije al oído, bajo, bajito: ¡¡Te amo!! Y en el pasaje del «Carabellas» ¡apareció una parejita más! ¡¡Otro amorcito!!

La Abuelita

Viajaba a bordo una viejita de cincuenta años, que desde el primer día se captó el cariño de todos los pasajeros.

Venía de Jaca, la hermosa ciudad del Norte de Aragón. Y era tan afable, tan cariñosa, tan simpática, que en seguida la llamamos, cariñosamente, «Abuelita». Así que se convirtió en la abuelita de todos. Y todos rodeamos de atenciones y cuidados a la viejita.

Un día que estaba yo a su lado, me manifestó su agradecimiento para con todos los pasajeros, y que el título de «Abuelita» no solamente le agradaba, sino que se sentía orgullosa de él.

Como yo la escuchaba en silencio, me dijo:

—Parece que te has dejado «algo» en las montañas de Ansó. Te nota triste...

Charlamos mucho. Nos confesamos nuestras intimidades. Y, al final, la Abuelita me enseñó una carta de Buenos Aires.

Era de su hijo, su único hijo. Me la hizo leer en voz alta. Y, mientras se la leía, la pobrecita lloraba.

Sería imposible reproducir el texto de aquella carta cariñosa. En ella le decía las muchas dificultades con que había tropezado para conseguir el pasaje de llamada, por su proyecta edad. Pero que, a fuerza de «cuñas» y de plata, lo había logrado todo.

El final de la carta era el más emocionante. Decía así: «Cuando atraque el Carabellas, ponte arrimada en la baranda y no te mue-

vas de allí. Yo estaré entre el público, pero como hace veinte años que no me ves, no me conocerás. Yo, en cambio, sí te conoceré. Y entonces, gritaré: ¡¡MADRE!! Mientras no te llame, no te muevas. Aunque veas que otros pasajeros desembarcan, no te apures. ¡Yo llegaré!».

La lectura de esta carta me puso triste. Sin saber el porqué, me acordé de mi madre. Aquella viejita simbolizaba para todos nosotros, la propia madre.

Todos sabíamos su vida. Había quedado viuda dos años atrás, y vivía de lo que el hijo le mandaba. Ahora se venía a reunir con él. Y nos contaba cómo salió de Jaca:

—Vean, hijitos: Yo sabía que me iba para no volver. Y, entonces, corté un inmenso ramo de flores y fui a despedirme de mi finado esposo. Coloqué las flores lo más tranquila... Después, recé todas mis oraciones, sin perder mi serenidad... Pero... llegó el momento... de decirle adiós... a aquel hombre tan bueno, y...

¡Pobre viejita! ¡Cuántas veces intentaba contarnos su último adiós! ¡Siempre el llanto la ahogaba!

Hay cosas que tiene más fuerza que nuestra voluntad.

Mientras tanto... el barco avanzaba en alta mar. Y durante los dieciocho días que duró la travesía desde Canarias a Brasil, nos hartamos de contemplar siempre el mismo panorama: ¡¡MAR Y CIELO!!

Santos

Antes de amanecer, una voz gritó ¡¡Tierra!! Lo mismo que en el primer viaje de Colón.

En menos de diez minutos, todos los pasajeros estábamos sobre cubierta.

En efecto, varias luces se veían brillar allá lejos, diseminadas a lo largo de una costa rocosa.

Ya el día anterior, en el boletín del barco, habían anunciado que a las diez de la mañana arribaríamos al puerto de Santos (Brasil).

A medida que avanzaba la luz del día, se perfilaban con mayor nitidez las costas.

Algunas lanchas de pescadores aparecieron cerca del «Carabeillas». Y nosotros, deseosos de entrar en contacto con aquellos seres extraños, les gritábamos preguntándoles si pescaban mucho o picaban poco, etc., etc.

Algunos nos contestaban. Otros miraban un momento. Hacían un gesto y seguían su labor. Otros, no nos hacían caso.

El pito del «Carabellas» lanzó un silbido agudo y larguísimo. Desde temprano, venía costeando a larga distancia de tierra. Pero, de pronto, dio un viraje cerrado y arremetió derecho a las costas. Todos corrimos a proa, para ver mejor adónde íbamos. El compás de las máquinas empezó a disminuir y la marcha se hizo cada vez más lenta. Cuando ya estábamos cerca de tierra, una canoa salió a nuestro encuentro, dirigida por dos marineros. Venía un oficial uniformado. Arrimó al barco y trepó por la escalera de soga, con la agilidad de un gato. La canoa, con sus dos marineros, dio media vuelta y regresó a tierra rápidamente. El oficial, tan pronto subió a bordo, saludó al capitán con un apretón de manos y, después, a los pilotos. Subió al puente de mando y comenzó a dar órdenes. Las máquinas, que casi habían parado, empezaron de nuevo su marcha normal. El «Carabellas» enderezó en dirección a dos peñascos altos, que se veían frente a nosotros.

Era el práctico el oficial que vino para entrar al puerto de Santos. Los dos grandes peñascos que estaban frente a nosotros y que parecían «cerrados», se abrieron como por arte de magia, dando paso a una canal de agua turbia, blanqueada. Y tan pronto entramos en él, apareció una curva prolongada. En sus costas crecía una vegetación exuberante. Abundaban las palmeras. Una infinidad de ranchos poblaban las riberas de ambas márgenes. La mañana era bastante fresca. Una leve neblina empañaba el paisaje. Y de las montañas, donde crecía el trébol con lozanía, venía una brisa agradable, que nos acariciaba el rostro con sus besos, que bajaban de la montaña empapados de gotas de rocío.

Al terminar la primera curva, el canal se abrió cada vez más. Y allá lejos, a la mano izquierda, apareció Santos.

Cuando nos enfrentamos a la ciudad, paró el barco y echaron anclas. El práctico se despidió y se fue en un botecito que vino a buscarlo. Su misión había terminado.

Se nos dijo que no atracaríamos en el puerto, porque no había espacio. En efecto, una línea de barcos cubría completamente el largo murallón.

En la fachada de los depósitos de la Aduana se leía esta leyenda: «República dos Estados Unidos do Brasil. Santos».

Por la gran bahía cruzaban pequeños botes, cargadísimos de leña, bananas, pomelos, naranjas, limones, mandarinas, verduras y otros frutos de la región.

Una cadena de montañas rodea a la ciudad y a la bahía, dando al paisaje una perspectiva de efectos artísticos. Los bosques y plantíos de bananos que cubrían de verdor sus faldas, cerros y valles, daban al cuadro brochazos polícromos de una belleza tropical y exótica.

El sol se iba elevando lentamente, en un cielo limpio, y dejaba sentir sus cálidas caricias, completando con sus rayos fulgurantes el maravilloso panorama, que parece quisiera dar la bienvenida al pasajero extraño y ávido de emociones.

Nosotros, que éramos de un país frío y montañoso, como los Pirineos, ¡cuánta emoción sentíamos al ser trasplantados de golpe a este clima, tan raro y obsesionante!

Deseábamos bajar a tierra para observar de cerca sus costumbres, sus habitantes, ¡todo! Además, en la larga travesía del Atlántico se habían agotado las provisiones, sobre todo los cigarrillos y el tabaco. Teníamos unas locas ansias de fumar.

Pronto se acercaron los boteros gritando: ¡Ida y vuelta por una peseta! ¡Señores, bajen a tierra. Aquí hay de todo!

Me acoplé a un grupo. Y, al arrancar el bote, un amigo me gritó desde el barco:

—¡Gastón, cómprame medio kilo de tabaco en rama, del mejor!

—¡Bueno!—, le contesté.

Y el bote se alejó al impulso de los remos.

Lo primero que hicimos al pisar el puerto fue dirigirnos a un despacho de bebidas y pedir una caña. Para nosotros, era un licor desconocido, tan desconocido que al tomarlo de un solo golpe nos hizo toser y lagrimear, provocando la risa del dependiente que nos despachó...

Dimos unas cuantas vueltas por la ciudad. Y, al pasar frente a un «estanco»¹⁴, entré a comprar el medio kilo de tabaco en rama, de encargue.

Me atendió una señorita muy linda y muy risueña. Cuando elegí lo que deseaba y pedí precio, se desarrolló el siguiente diálogo:

—¿Cuánto vale?

—¿Con qué dinheiro?

—Español.

—Tres pesetas y media el kilo.

—Déme medio kilo de su tabaco.

La «menina» se puso seria. Me miró fuerte. Y, al fin, me preguntó:

—¿Español?

—Sí, señorita... ¿Por qué?

—¡Vocé, menino, no está moito práctico en estas coisas!!

—¿Por qué?, pregunté extrañado

—¡Fumo! ¡Fumo, se dice!, ¡no tabaco! ¡Fumo!

Pagué. Y salí desorientado. Alcancé a mis compañeros de viaje, que se habían alejado un poco. Y les conté lo sucedido. Ellos sabían tanto como yo.

En cambio, un muchachito brasileño que pasaba accidentalmente y se paró a escuchar mi relato se puso a reír escandalosamente, apretándose el abdomen. Se le oían largas carcajadas y lloraba al mismo tiempo.

Su risa nos contagió e hicimos coro con él. Parecíamos locos deatar. Pero, pasado el entusiasmo, entramos en un café con el muchachito, a quien proclamamos «invitado de honor».

En torno de una mesa y con unas cuantas cañas en el buche, nos contó el significado de la palabra «tabaco». En Brasil, es una zafaduría.

14 Nota del autor: En España llaman así a la casa que vende tabaco.

Las risotadas se generalizaron por todo el salón. Mis compañeros dijeron:

—¡Vamos!, que nos están tomando el pelo.

Salimos rumbo al puerto y el muchachito nos acompañó y nos dijo que eso les pasaba a todos los españoles recién venidos. Nos aseguró que no se burlaban de nosotros.

Que el carácter brasileño es así: jovial, risueño y expansivo. Y terminó diciéndonos que se llamaba Juan José Andrés Caminha Ferreira Pazos Fasendeiro, y que era de la familia de los Caminha, fundadores de Santos. ¡Vaya un nombre largo y retumbante!

Mis compañeros regresaron a bordo. Pero yo me quedé en tierra. La compañía de aquel muchachito tan simpático me resultaba agradable y recorrimos toda la ciudad, para ir a parar al mercado, donde almorzamos juntos y charlamos de muchas cosas.

Tres días estuvimos detenidos en Santos. Y todos los días venía en busca mía mi «cicerone», que me enseñó hasta el último rincón.

Lo que más me agradaba de él era su forma de hablar. Usaba un español aportuguesado, que lo hacía más agradable.

Por él supe que Santos era la puerta del gran Estado de San Pablo y fue descubierto y fundado por dos navegantes portugueses, poco después de ser descubierto Brasil, el día de Todos los Santos, es decir, el 2 de noviembre. Por eso se llama Santos, fecha memorable. Ya llevábamos tres días en Santos.

Estábamos en el puerto. Esa misma tarde saldríamos rumbo a Buenos Aires. Una gran cuadrilla de negros cargaba sobre sus hombros tres, cuatro y hasta cinco bolsas de café. Los negros subían por los tablones con una velocidad dinámica. Todos iban descalzos, ¡qué gente guapa para el trabajo!

Se acercaba la hora de la partida. Mi «cicerone» decía:

—He visto que usted es muy observador. Escuche: Marín Alfonso de Sousa, Pedro Vas de Caminha y otros glorificaron la tradición de esta terriña querida nostra. Vocé sentirá «saudade» de Santos. No olvide que yo soy un retoño de los Caminha.

Partimos. Y, al abrazarnos, recordaba una palabra: ¡SAUDADE!

Tormenta

Las costas rocosas del Brasil se alejaban. Una palabra sonaba en mis oídos. ¡Saudades!

«La parada en Santos ha jorobado a unos cuantos». Este chiste-cito marítimo hizo furor entre el pasaje. Y, en verdad, que así fue. Los tres días de tierra firme nos mal acostumbró. Y, al entrar en el golfo de Santa Catalina, se levantó un viento sud, frío y fuertísimo. El mar se convulsionó. Y las olas, parecían montañas móviles que, en frenéticas carreras, se sucedían las unas a las otras, ininterrumpidamente, como si se hubieran desafiado de antemano a ver quién corría más, rumbo al Norte.

Cuando llegaban a nuestro encuentro, chocaban violentamente contra el casco del Carabellas. Y éste bailaba de un lado para otro, como una cáscara de nuez. Su marcha era más lenta. Pero, a pesar de todos los golpes, seguía y seguía su rumbo, valientemente, heroicamente.

A la caída de la tarde, no quedó sobre la cubierta ni un pasajero. En los dormitorios se desarrollaban escenas que conmovían al más duro.

Muchos lanzaban la comida. Las criaturas lloraban. Las mujeres rezaban. Y el ambiente se puso bastante pesado y maloliente.

Yo sentía un pequeño mareo y empecé a sudar. A mi memoria acudió el chiste: «La parada en Santos ha jorobado a unos cuantos».

Estaba tan molesto, que me apoderé de una frazada de lana y subí a cubierta. Tan pronto asomé la cabeza, un viento helado me hizo estornudar. Con el chocar de las olas, una lluvia finita y salobre envolvía el barco desde la proa hasta la popa.

Por un momento, quedé indeciso. No sabía si salir o retroceder. Abajo, en la bodega, se oía un griterío infernal. Y los cacharros rodaban, haciendo un concierto de tacheros remendones. Un tufo nauseabundo subía por el boquete de la escalera. De nuevo subí a cubierta. Prefería congelarme a morir asfixiado.

De pronto vi, allá en popa, el taller de carpintería. Y, sin encordarme ni a Dios ni al diablo, me lancé a él contra viento y marea.

Casi rodé por las tablas resbaladizas al recibir el primer golpeo del viento. Pero arremetí con bríos. Y, de un envión, llegué al cobertizo-taller.

Me corrí hasta el fondo, para estar más abrigado. Y en un rincón encontré un montón de virutas.

¡Oh, feliz hallazgo!

En seguida las extendí y, embozándome en la frazada, me tumbé cuan largo era.

¡Oh, blando y seco colchón!

Allí pasaría la noche lo más bien, sin temor al frío ni al mareo.

Afuera, el viento soplaba cada vez más fuerte, silbando en las sogas. Las olas golpeaban cada vez más fuerte al barco. Y éste parecía que tenía el baile de San Vito. ¡¡Qué meneo!!

Cuando ya estaba por dormirme, sentí un rumor de voces. Pero no de auxilio sino, más bien, como una blasfemia. Acto continuo, unas pisadas. Y en la entrada del cobertizo apareció una figura humana.

¿Quién sería el importuno visitante?

Casi le di un grito. Pero la curiosidad, me mantuvo quieto. Y procuré no hacer ruido.

Otra voz sonó en la oscuridad. Y mi visitante salió a su encuentro...

¿Una cita amorosa? ¡Sí!

En seguida llegaron al cobertizo. Y ya los conocí. Era una de las tantas parejitas que se formaron en el viaje.

Tuvieron una escena bastante «tormentosa», como la noche que pasábamos. Para reflejar fielmente lo que sucedió entre ellos, trataré de recordar el diálogo, en forma teatral. Hélo aquí:

Él: Ya creí que no vendrías.

Ella: No podía faltar.

Él: Aquí me tienes. Tú dirás...

Ella (cariñosa): Ante todo, no quiero que te enfades conmigo.

Él: Veamos...

Ella: El viaje toca a su fin. Tú ya sabes que me bajo en Montevideo, que allí me espera mi hermano y...

Él: ¡El otro!

Ella: ¡Sí! ¡El otro! Ahora deseo saber tu pensamiento.

Él: Antes, dime el tuyo.

Ella: Yo debo cumplir mi palabra y mi promesa.

Él: ¿Casarte con él?

Ella: ¡Sí!

Él: Entonces... ¿yo que soy?

Ella: Tú has sido un amorcito de viaje, accidental. Después de todo, no tienes por qué quejarte. Yo te lo dije bien claramente el primer día que me dijiste que querías festejar.

Él: Es verdad... pero ese día, sólo se trataba de una galantería, de un ruiébro... En cambio ahora...

Ella: ¿Ahora qué?

Él (pasional): ¡Ahora te amo! Y debo decírtelo así, con toda la fuerza de mi pasión... ¡¡Te amo!! Y tú también.

Ella: ¡Calla!

Él: ¡No quiero callar! ¡¡Tú también me amas!!

Ella: ¡No!

Él: ¡Sí! ¡Me amas y me deseas!

Ella: ¡Mentira! ¡Mentira!

Él: ¡No miento! ¡Tengo pruebas! Me lo has dicho en todas formas, hablando, jugando, bailando y ¡hasta llorando! ¡Sí! Ayer mismo tus ojos se llenaron de lágrimas. Tú te aferras a tu promesa, pero tus ojos te traicionan. Y los ojos son el espejo del alma. Tu alma es mía, ¡¡mía, mía, mía!!

Ella (llorosa): ¡Por el amor de Dios! ¡No me mates! ¿Te has propuesto sepultarme en vida?

Él: ¿Lo ves? ¿Lo ves? ¡Tus ojos te traicionan!

Ella: ¡Calla...! ¡Escucha...! Tú sabes bien que hace muchos años que tengo relaciones con «el otro», como tú lo llamas. Él y mi

hermano vinieron juntos al Uruguay. Trabajaron juntos y se hicieron ricos juntos. ¡Siempre juntos...! Ahora él me llama... para casarnos... Yo... le juré venir y ser su esposa. ¡Debo cumplir mi juramento! No quiero ser perjura, porque eso ¡no tiene perdón de Dios! Ahora ya lo sabes todo... Sé razonable y sigue tu camino... y yo seguiré el mío... Tú te vas a la Argentina. Allí te esperan tus parientes... Yo me quedaré en Montevideo... Separémonos como buenos amigos... sin rencor (silencio).

Él: Muy bien. No esperaba esa monserga tan larga. Se ve que has estado pensando largo rato. ¡Pero lo que más me asombra en ti, es la desfachatez con que me das las «calabazas»!

Ella: Te engañas. Te equivocas al juzgarme así... Mira: nuestras vidas podríanse comparar con este barco que nos lleva. El mar lo azota y lo sacude. Pero él sigue y sigue su rumbo, hasta llegar a su destino. Sigamos su ejemplo. Las pasiones nos han castigado y nos atormentan el alma. Pero no nos detengamos. Sigamos nuestros rumbos hasta llegar a nuestros destinos... ¡Y que sea lo que Dios quiera!

Él: ¡Falsa! ¡Hipócrita! Eres tan falsa como el mar. Primero acaricias. Despues, arrastras y ahogas.

Ella: ¡No me insultes! Despues de todo, no te puedes quejar de mí. Has pasado un viaje feliz a mi lado. Cuando nos vimos en Burdeaux, me dijiste: «Me voy a la Argentina, por un amor contrariado. Quién sabe si volveré a España».

Él: ¡Ciento! ¡Ciertísimo! En mi pueblo amé con toda mi alma a una mujer tan falsa como tú, que supo fingir amor lo mismo que tú y, al final, se escapó con otro. ¡Lo mismo que tú! ¡Las dos falsas! (largo silencio).

Ella: Yo no sé qué decirte. Pero si te atendí desde el primer día, fue por compasión, por humanidad, porque creía que al tratarte así curaba una herida sangrante. Ahora comprendo que fue peor el remedio, que la enfermedad. Si yo me hubiera imaginado que eras tan pasional, no te habría llevado la corriente, ni hubiese compartido tus penas, ni por la idea más remota. ¡Me equivoqué!

Él: ¿Cómo? ¿Pretenderás hacerme pasar por un ingrato?

Ella: ¡Claro que sí! ¡Ingrato y desagradecido!

Él: ¿Quieres decir, entonces, que te debo atenciones?

Ella: Así lo creo.

Él (confuso): Yo no sé si debo perdonarte por todo el mal que me haces o debería de odiarte por tu deslealtad... Francamente, no sé qué hacer.

Ella: Ninguna de las dos cosas.

Él: Entonces, ¿qué debo hacer?

Ella: ¡Olvidar!

Él: ¡Imposible!

Ella: Con un poco de buena voluntad, todo se puede.

Él: ¡Cuando se quiere, no!

Ella: ¡También! ¡Querer es poder! (los dos quedan callados un largo rato; afuera, arrecia la tempestad).

Ella (suplicante): ¡Separémonos!

Él: ¿Para siempre?

Ella: ¡Sí! ¡Para siempre!

Él (resignado): ¡En fin! Yo estoy castigado y condenado. ¡Jamás hallaré un amor fiel!

Ella: Tú serás feliz porque eres bueno. En la Argentina, formarás tu hogar y vivirás dichoso. Esto no es más que «una tormenta». Y todos sabemos que después de la tormenta viene la calma y sale de nuevo el sol. ¿Por qué no nos separamos?

Él: ¡Sea! Así lo deseas tú. Pero lo que sí te pido, que nunca te arrepientas de este amor que nos ha sonreído, ¡porque sería faltar a Dios!

Ella: ¡Será para mí un recuerdo sagrado!

Él: ¡Para mí, un dolor eterno! ¡Pero antes de despedirnos, te exijo una cosa!

Ella (alarmada): ¿El qué?

Él: ¡Un beso! ¡Uno solo!

Ella: ¡No! ¡Eso no!

Él: ¿Por qué no?

Ella: ¡Para qué nos vamos a tormentar más nuestras almas?

Él: ¡Un beso! ¡Uno solo!

Ella: ¡No!

Él: ¡Sí! ¡El último! (luchan desesperadamente; ella se defiende como puede pero, al fin, la fuerza bruta del hombre la domina y sus labios se funden en un beso pasional).

Un largo rato permanecen abrazados e inmóviles. Al fin, se separan. Ella está humillada, vencida. Quiere caminar y sus piernas aflojan. Está a punto de caerse.

Él: ¿Qué tienes?

Ella: ¡No lo sé! ¡Me has molido los huesos! ¡No puedo andar!

Él: ¡Perdón! ¡Fue sin querer! ¿Te he hecho mucho daño?

Ella: ¡Vamos! ¡Ayúdame!

Él: ¡Pobrecita! ¡Soy un salvaje! (la estrecha y, sosteniéndola, desaparecieron en medio de la tormenta; los vi alejarse lentamente y desaparecer por el boquete de la escalera).

No pude dormir en toda la noche. Yo también tenía «mi tormenta». Pero yo no sería tan pasional ni tan terco como mi compañero de viaje...

¿Para qué? Después de todo, la vida es así. Una tormenta y después, la calma y el sol.

El Carabellas seguía bailando. El viento silbaba en las sogas. Las olas golpeaban más fuerte...

Tormenta en el mar.

Tormenta en las almas.

Montevideo

A medida que nos acercábamos a Montevideo, el mar se tranquilizaba y los pasajeros recobraban la calma. La cubierta se pobló de nuevo. Y los bailes, los cantos y los juegos se renovaron.

Yo, que seguía al lado de mi «parejita», traté por todos los medios de ser amable con ella. Y... ni una palabra de nuestra separación: ¡nada!

A la vista de la capital uruguaya, la vi palidecer. Andaba desconcertada, pavota.

Al fin, me llamó para que le subiera las valijas.

Ya el barco enfilaba a la entrada de la bahía.

Cuando llegamos a la bodega, encontramos un desorden descomunal. Eran muchos los que bajarían y estaban arreglando apresuradamente los baúles, las maletas, etc., etc.

Allí estaba también la pareja «pasional», la de la «tormenta». La observé con el rabillo del ojo... ¡Nada! Ni un gesto de mal humor. Se ayudaban mutuamente, risueños, alegres...

¿Qué clase de seres eran éstos, que tan bien fingían?

¡Ya era tiempo! Cuando llegamos a cubierta, estaban amarrando los cables. Los pasajeros y los parientes de tierra agitaban sus pañuelos y se llamaban a gritos.

Colocaron la planchada. Y la primera en bajar fue... la muchacha «tormentosa». Allí la esperaba el hermano y «el otro». Miré al novio de a bordo y no lo vi. Me supuse que estaría en su camarote. Y hacia allí me encaminé. En efecto, estaba acostado, llorando convulsivamente. Lo dejé solo con su dolor. Subí de nuevo a cubierta. Desde el muelle, «mi novia», o mejor dicho, «mi ex novia», me buscaba con su mirada. Cuando me vio, le dijo a un joven que estaba a su lado: «¡Aquél es!» El joven me saludó, sacándose el sombrero y se alejaron...

¿Qué significaba ese saludo y ese «aquél es»?

¡Nunca lo supe!

¡Nunca lo adiviné!

Después de una hora de haber desembarcado los pasajeros en Montevideo, nos permitieron bajar a tierra a los demás.

Yo bajé con mis dos compueblanos, Ramón y Antonio, que no se cansaban de tomarme el pelo con la roncalesa, que me había dejado tan parado como a un poste, y a estas horas estaría en los brazos del «otro». Tanto me cargaron sus chanzas, que los quise dejar solos y volver al barco. Pero me prendieron uno de cada brazo y me arrastraron.

Recorrimos la ciudad y estuvimos toda la mañana subiendo y bajando calles, pues Montevideo está situada en una loma, rodeada de mar por todas partes, menos por una. Da la impresión de ser una pequeña península. Por el Norte, al otro lado de la bahía, se eleva el Cerro, cuya fortaleza está colocada en lo más alto, como si fuese un centinela que guarda a la ciudad y la entrada al Río de la Plata.

Según nos dijeron en el puerto unos marineros, el nombre de la ciudad se debe a esa montaña.

Nos contaron que, en la expedición de Solís, que fue muerto por los charrúas, venía un portugués, y al ver el Cerro gritó: «¡Monte vide eu!» (monte vi yo). Y Solís que lo oyó, contestó: «¡Acabas de bautizarlo: Montevideo!»

Recordé que traía un encargo para unos paisanos: un queso de oveja y cabra de los Pirineos y unas tricotadas de lana, que les mandaba la madre por mi intermedio.

Regresé al barco y, tomando el paquete, salí de nuevo. En los portales de la aduana, pregunté a un vigilante cómo podría trasladarme a aquella dirección. Y me dijo:

—Tome ese «tren» que dice «Paso Molino». El guarda tren le indicará.

El «tren» era un tranvía chiquito, tirado por dos caballos criollos, asientos cruzados de parte a parte y cortinas laterales.

Subí en él. Y, después de dar una vueltita por el centro, enfiló por una avenida muy larga, llamada «La Agraciada». Al final de esa avenida había una plazoleta y un puente. Al costado norte de esta plazoleta, una canilla alimentaba de agua a un abrevadero de cinco pesebres. El cochero del tranvía soltó los caballos y los llevó a tomar agua. El guarda tren dio vuelta a los respaldos de los asientos y al llegar al mío me dijo, muy amable:

—Aquí tiene que bajar. Camine por esa calle de la derecha dos cuadras. Después, doble a la izquierda una. Y verá un letrero que dice: «Tambo. Venta de leche, recién ordeñada». Allí es.

—Muchas gracias, señor.

—De nada, «mi hijo».

Salí con mi paquete, lo más contento, pues conocía a los muchachos que iba a visitar, porque sólo llevaban cinco años de residencia en Montevideo.

Rápidamente encontré el tambo. Y tan pronto me vieron, empezaron los gritos y los abrazos.

—Te esperábamos de un momento a otro, porque recibimos carta de nuestra madre, y nos decía que nos mandaba un encargo...

Me arrebataron el paquete y lo abrieron. Aparecieron las tricotistas, unos pañuelos de seda, flor de camamila, flor de tilo, avellanas, almendras y un queso.

¡Qué alegría la de aquellos muchachos, al recibir de la madre aquel pequeño recuerdo!

Me invitaron a que me quedara en Montevideo. Ellos me buscaban trabajo y agregaban:

—¡El Uruguay es un gran país! Y a los españoles nos quieren mucho. ¡Mucho! Ya ves; nosotros con este tambo vivimos lo más bien. Empezamos con una vaca y ya tenemos seis.

No me pudieron convencer. Y seguí rumbo a la Argentina.

No recuerdo el nombre de la calle donde vivían. Lo que sí, recuerdo que era una calle cortada por un arroyo. Y ese arroyo tenía un título satírico por demás. Se llamaba: «Arroyo Quita Calzones».

¡Estos uruguayos...!

Después de almorzar con ellos, regresé por el mismo camino que había ido. Pero ya más tranquilo. A medida que avanzaba el «tren», observaba que a ambos lados de la calle Agraciada, había hermosas quintas, con muchos árboles, todos en flor. Era en primavera. Así que, al abandonar España estábamos en otoño. Y al llegar a Suramérica, nos sonreía la primavera. Por vez primera en mi vida, pasaba un año sin invierno.

Me bajé en los portales de la aduana, en el mismo punto desde donde partí.

Allí cerca, a media cuadra, había un mercado. Entré y compré unas frutas para la «Abuelita», que se las prometí al salir.

A media tarde, llegué al barco, que estaba casi desierto de pasajeros. Sobre cubierta encontré a la «Abuelita» y entregándole las frutas le dije: «lo prometido es deuda».

Ella recibió el obsequio sin decirme nada. Pero, por sus mejillas rodaron dos lágrimas como dos perlas.

Bajé a la bodega. Estaba rendido de tanto andar. Y me recosté a descansar, cuando en un camarote vecino, oí sollozar. Era el amigo «tormentoso».

Me dio pena el verlo así. Y fui a consolarlo... ¡Pero nada!

No me hizo caso. No escuchó mis consejos. Y yo, casi avergonzado de mi poca habilidad, subí de nuevo a cubierta y fui a sentarme al lado de la «Abuelita».

Nada le dije. Nada me preguntó. Pero bastó con una mirada, un gesto, y los dos nos entendimos...

—Telepatía? ¡Tal vez! ¡Oh, la elocuencia del silencio!

La copla

Después de un largo silencio, me dijo la viejita:

—Estoy preocupada por ese pobre muchacho. Está todo el santo día como una Magdalena. En verdad, tomó la cosa en serio. ¡Es demasiado sensible!

—¿Qué podríamos hacer?—, le dije.

—Sólo hay un remedio.

—¿Cuál?

—¡La música y «la copla»!

—¿Cómo?

—Sí... El alma española vive pendiente de su música popular. Y en la música popular española vibra siempre triunfante la copla. La copla abarca todos los temas y todas las clases sociales. Es el canto del alma. ¡Del alma española! Por ejemplo: la aldea está durmiendo tranquila. Es medianoche. De pronto...

En el gran silencio
de la noche aldeana,

hay rumores extraños
de unas sombras que pasan.
Se oyen ladrar los perros,
pero muy pronto se callan;
pues ellos bien conocen
quién se acerca a las casas.
Hay otro silencio.
Suena una guitarra.
Y cantan una copla
de amor y esperanza,
que estremece el silencio
y estremece las almas.



Al compás de mi guitarra,
vengo a ti en busca de amores;
asómate a la ventana
que quiero verte entre flores.



De nuevo el silencio...
Se entrebrea la ventana
y una voz muy temblona,
dice muy quedo: ¡Gracias!
El mozo, muy orondo,
agradece a su maña.
Y en la calle desierta,
se pierde la rondalla
que estremece el silencio
de la noche aldeana.
Laten los corazones
de todas las muchachas,
esperando una copla
al pie de su ventana,
que estremece el silencio
y estremece las almas.

Calló la «Abuelita». Y yo me quedé mirándola, con un palmo de boca abierta. Jamás me habían evocado una noche de ronda, con tanto lirismo...

—¡Y qué copla! Se conoce que en su juventud llegaron muchos rondadores al pie de su reja...

—La copla —siguió diciendo— lo mismo inspira amores, como odios. Hay coplas de desafío, como ésta:

Sale, compañero, sale,
a la esquina de la plaza,
y sabrás qué gusto tiene
la punta de mi navaja.

Hay también coplas de dolor:

Como los copos de nieve,
así comparo mis penas,
que caen poquito a poco
y en mi cabeza blanquean.

También hay coplas de odio:

Aunque la mar fuera tinta
y el cielo fuera papel,
no se podría escribir
lo falsa que es la mujer.

No podría faltar la trágica copla de despedida:

Cuando oigas tocarme a muerto,
vístete de colorado;
quedarás libre en el mundo
y pronto seré olvidado.

O esta otra:

Mi novia, cuando murió,
me dijo que no llorara;
que echara penas al viento,
pero que no la olvidara.

Las hay también picantes:

Los hombres de corazón,
se suben por las paredes,
y se entran por las ventanas,
a dormir con las mujeres.

Otras, de despedida:

Me despido de tu puerta
como el sol de las paredes;
que por las tardes se va,
y por las mañanas vuelve.

O esta otra:

Adiós, que me voy soldado,
con intención de volver;
y se te encuentro casada,
nuestra sangre ha de correr.

Y otras de celos:

Aunque me veas andar
con el lucero del alba,
no estés celosa, mi bien;
que yo te llevo en el alma.

Sería cosa de no terminar —dijo la «Abuelita»—. Hay tantas coplas que el pueblo español puede expresar por medio de ellas todos sus sentimientos.

Yo estaba admirado. En todo el viaje no había visto a la viejita tan entusiasmada. Así se lo manifesté. Y ella me dijo algo conmovida:

—¡Qué quieres, hijo! Será porque estoy contenta de verme en América. Mañana me reuniré con mi hijo, si Dios quiere. Además, todos los pasajeros han sido tan bondadosos conmigo que he tenido un viaje feliz. Y ahora yo quisiera hacer algo por ese pobre muchacho que está triste.

—¿Qué podríamos hacer?—, de dije.

—¡Un concierto!—, me contestó rápidamente. ¿Te animas?

—Yo? ¿Solo?

—No, los dos. Mira, baja a la bodega; no le digas nada. Coge la guitarra y ponte a tocar. Canta una copla sobre los enamorados. Yo bajaré atraída por el canto y nos pondremos a cantar los dos, de contrapunto.

—¿Usted y yo?

—Sí; yo y tú. ¿Por qué no?

—Pero... ¿para qué?

—Para arrancarlo de su desesperación.

—¡Acepto! Adiós, «Abuelita».

—¡Ya sabía yo que no me podías fallar! De lo contrario, no tendrías sangre aragonesa.

Bajé a los dormitorios. Y sin decirle nada al «jeremías» enamorado, descolgué una guitarra. La templé. Me puse a tocar una jota muy floreada. Y canté:

Piensan los enamorados,
piensan y no piensan bien;
piensan que nadie los mira,
y todo el mundo los ve.

Por la escalera apareció la «Abuelita». Y me gritó palmoteando:

—¡Olé, olé y olé!

El muchacho llorón se sentó en su camarote, sorprendido.

Y yo canté esta copla:

Un vapor en alta mar
se fue a pique con mi suegra.
Por eso los calamares
tienen la sangre tan negra.

La «Abuelita», me contestó:

Todas las suegras son madres
cuando uno ya está casao;
y el que anda mal con su suegra,
es un pobre desgraciao.

El llorón, sorprendido de oír cantar a la viejita, no pudo reprimir una sonrisa. Al final, la copla empezaba a surtir sus efectos. De nuevo canté:

Aunque la mar fuera tinta
y el cielo fuera papel,
no se podría escribir
lo falsa que es la mujer.

Al cantar esta copla, que la «Abuelita» ya me había recitado en cubierta, pretendí meterla en un apuro.

Pero ella, sin dejar de palmotear al compás de la música, me contestó rápida:

Aunque el mar fuera de tinta
y el cielo de papel doble,
no se podría escribir
lo tontos que son los hombres.

El «tormentoso» reía ya de buena gana. Pero la «Abuelita» no estaba satisfecha. Y, viendo que yo no cantaba, se me adelantó y cantó:

Dijo el sabio Salomón,
que el que engaña a una doncella,
no tiene perdón de Dios,
si no se casa con ella.

Recogí el guante del desafío y le contesté:

Dijo el sabio Salomón,
que el que engaña a una mujer,
no tiene perdón de Dios,
si no la engaña otra vez.

El «trágico» lanzó una larga carcajada. Y exclamó:

—¡Qué pareja!

La viejita contestó en seguida:

Una pareja
muy despareja:
un mocosito
con una vieja.

Yo retruqué:

Una pareja
muy despareja:
un mozo hermoso
con una vieja.

Los tres reímos como tres locos de atar. Mientras yo seguía floreándome con mi jota, la viejita increpó al enamorado con esta copla:

En vez de estar en tu cama,
triste, llorando y llorando,
¿por qué no escribes la carta
que tu madre está esperando?

Yo salí en su ayuda:

Mucho te quiero, mañica,
pero más quiero a mi madre;
que una madre no se encuentra
y a ti te encontré en la calle.

Avergonzado el muchacho, le manifestó a la viejita que no tenía pluma, ni papel, ni tinta, pero que iba a comprarlo. La viejita le prestó todo. Y le dijo que escribiera ya, ya, ya, ya...

Y yo canté esta copla, improvisada en el acto:

No escribo, porque me falta
una pluma y palillero;
sólo me falta papel
y que me presten tintero.

La viejita y yo nos disponíamos a seguir cantando de contrapunto. Pero el otro respondió:

—Si siguen cantando, yo no voy a poder escribir una sola palabra.

Nos miramos. La viejita me guiñó un ojo y me dijo:

—Me voy a descansar... ¿no dices que tenías sueño?

—En efecto; sí, señora.

—Pues a dormir y dejemos que escriba tranquilo.

—Es que yo tengo otra copla a flor de labios y si no la canto, no duermo.

—Pues cántala.

—Allá va.

Y canté:

Sueño tengo; dormir quiero;
procura no hacer ruido.
Mientras estés escribiendo,
yo me quedaré dormido.

Al colgar la guitarra, me dijo la viejita, en voz baja:

—¿Has visto? ¡La copla!

—¡Sí!—, le contesté. ¡El milagro de la copla!

Se fue ella a su camarote. Yo, me recosté. Me acomodé bien. Y, cuando ya se me cerraban los ojos, oí a mi compañero de «infarto», que se dictaba a sí mismo:

—Mi queridísima y adorada madre: te escribo desde Montevideo, después de un viaje feliz...

Muchas horas debí de dormir. Porque, cuando me desperté, o mejor dicho, cuando me despertaron, subí a cubierta y quedé maravillado.

Allá lejos, muy lejos, se veían las luces de Buenos Aires. Muchas luces ¡Muchas! Parecían la luz de un amanecer.

Allí estaba, por fin, la gran ciudad argentina, punto final de nuestro viaje. Preguntamos al capitán a qué hora llegaríamos. Y nos contestó:

—¡A las ocho!

Consultamos los relojes. Eran las doce de la noche. Teníamos tiempo de sobra para dormir. ¡Pero nadie durmió! ¡Oh, la impaciencia de la llegada!

Me encontré con la «Abuelita», que se paseaba por cubierta. Al verme, se apoyó en mí. ¡Pobrecita! Temblaba de emoción. Allí estaría su hijo, esperándola. Y me repetía el final de la carta donde le decía que no se moviera hasta oír su llamada de «¡madre!».

Nos acercamos a la baranda y observamos las luces:

¡Cuánta luz!, exclamábamos. Debe de ser muy grande Buenos Aires, porque las luces abarcan casi todo el horizonte.

Alguien cantó:

¿Qué resplandor será aquel
que se ve allende los mares?
Sin duda, serán las luces
que alumbran a Buenos Aires.

¡Madre! ¡Hijo mío!

Día primero de noviembre del año 1906. Puerto de Buenos Aires. Son las siete de la mañana. Dos potentes remolcadores, uno amarrado en la proa y otro a popa, tiran y tiran del «Carabellas», para entrarlo al dique, donde hay un espacio disponible para atracar.

Hay en el puerto un movimiento indescriptible, fantástico. Las potentes grúas alzan de las bodegas grandes linchadas de cajones para depositarlos sobre chatas vagonetas, que van y vienen de los depósitos. Por los tablones colocados desde el murallón hasta los

vapores, van y vienen cadenas de estibadores conduciendo bolsas de cereales. Parecen hormigas, por la forma en que trabajan. Los que entran a bordo, llevan su carga. Los que salen, van vacíos. Y así sucesivamente, van y vienen lo mismo que hormigas. Por las calles más próximas al puerto cruzan trenes cargadísimos. Un sinfín de coches y carros atravesan en todas direcciones. Y una inmensa muchedumbre de gente, que corre y camina apresuradamente, completa el panorama.

Los movimientos del «Carabellas» son lentos, demasiado lentos, para nuestra ansiedad por pisar suelo argentino.

Delante de nosotros entra un barco inglés. Y detrás vienen siguiéndonos un italiano, un español y un alemán, todos abarrotadísimos de pasajeros. En cambio, los que se han cruzado con nosotros en el canal y que salían rumbo a Europa van completamente cargados de mercaderías; pero ningún pasajero. Solamente la tripulación.

Al fin, atracamos. Sobre el murallón hay un grupo de gente que espera, pero no muy numerosa. ¡Poca importancia tiene nuestro pasaje! En cambio, en el lugar donde está atracado el vapor inglés, hay mucho público amontonado. Se explica. Allí hay pasajeros de primera, segunda y tercera clases, mientras que nosotros somos toditos de tercera categoría, ¡porque no había de cuarta!

La «Abuelita» estaba en la baranda y miraba al público del muelle. ¡No aparecía su hijo! Suben a bordo los médicos argentinos, todos de blanco. Y se entrevistaron con el médico del barco. Se da la orden de llevar en la mano toda la documentación. Así lo hacemos.

Empiezan a salir a tierra los primeros pasajeros. El desembarco se hace lento. Las autoridades revisan muy detenidamente los documentos y hacen muchas preguntas.

Poco a poco, aumenta el público en el murallón. Y algunos gritos llaman por el apellido a los pasajeros. Éstos contestan alegremente y entablan pequeños diálogos. Yo me aproximo a la «Abuelita», la tomo del brazo y, al darse ella la vuelta, le veo los ojos húmedos... ¡No nos hablamos! ¿Para qué? ¡Nos entendemos!

Siguen desembarcando. Algunas mujeres se acercan a la «Abuelita» y se ofrecen para todo. Si no viene su hijo —le dicen—, vendrá con nosotras.

La «Abuelita» agradece con palabras entrecortadas. Y, de repente, de entre el público que hay en el murallón amontonado, sale un grito: «¡¡MADRE!!».

—¡¡HIJO MÍO, de mi alma y de mi corazón!!—, gritó la «Abuelita», con voz desgarradora.

Todos los presentes prorrumpimos a llorar. Era demasiado fuerte la emoción para permanecer insensible. Y era demasiado el cariño que le habíamos tomado a nuestra querida «Abuelita» para no sentir la inmensa alegría que invadía su alma, en presencia de su hijo.

El primer saludo al pisar la tierra argentina

Tan pronto pisé el suelo argentino y una vez que nos revisaron los equipajes, nos dirigimos al Hotel de Inmigrantes, siguiendo a la enorme caravana de recién venidos.

Al pasar frente a unos coches, un cochero de galerita me dijo muy amable:

—Oiga, mocito, ¿quiere coche?

Por toda respuesta, le guiñé un ojo.

—¡Míralo, al vasquito!

—¡Yo no soy vasco!—, le contesté.

—Entonces, ¿qué sos?

—¡Aragonés!

El cochero me miró desde la cabeza hasta los pies. En verdad, mis ropas no tenían diferencia ninguna con las de un vasco lechero, pues los aragoneses, navarros y vascos visten igual. Pero el cochero no se dio por vencido.

—¡Vos sos vasco, hasta la maceta!—, me dijo.

—Le digo que soy aragonés, desde la cabeza a los pies.

Parece que causé gracia, porque los demás cocheros, que eran varios, largaron la risa. Mi rival (llamémoslo así) prosiguió:

—¡Vos sos vasco! Con tu gorra, que te cae sobre la oreja y termina en punta por delante; con tu blusa bordada, tan llena de firu-

letes; tu pantaloncito abombilado y tus alpargatas blancas, parecés un pelotari vasco.

—¡Y lo compadre que camina!—, argumentó otro cochero.

—¡Ya lo creo que camina compadre!—, agregó el primero. ¡Míralo que compadrito! ¡La pucha que lo tiró!

Al verme tratado con tan poco respeto, me paré en seco. Dejé la maleta y el tapabocas. Y, enfrentándome al insolente, lo reté:

—¡Baje, si es hombre!

Todos los cocheros gritaron:

—¡Que se baje, que se baje!

El «rival» no estaba dispuesto a la pelea porque contestó:

—¿Pero están ustedes locos? ¡Cómo voy a pelearme con una «laucha»!

Las risotadas abundaron. Yo no sabía lo que era «laucha». Y se lo pregunté a un vigilante gordo y morocho, que se había acercado. Este me explicó:

—Una «laucha» es el pichón de una rata; un ratón, que dicen ustedes. Yo salté como un gato y lo reté de nuevo al cochero:

—¡Baje, si es hombre!

—¡No me da la gana!

—¿Por qué no baja?

—¡Porque tengo miedo! (Risas)

Yo me quedé algo desconcertado. Sin duda, me estaban tomando el pelo. Y recogiendo mis pilchas, me retiré furioso y maldiciendo. Pero, como seguían las risas, me dirigí a mi rival y le lancé esta maldición gitana:

—¡¡Anda y que te coja un toro!!

¡Aquí fue la algarabía! Hasta el vigilante se apretaba el abdomen, al oír mi maldición. Yo creía que todos estaban locos, porque no sabía que, en la Argentina, la palabra coger tiene un sentido muy diferente que en España.

El Hotel de Inmigrantes era un galpón de madera y chapa, que se alzaba donde está hoy la estación Perón (ex Retiro). Era un bajo.

Y, al llegar a él, nos quedamos sorprendidos. Lo que menos se hablaba era el castellano. Aquello parecía la Torre de Babel, donde todos gritaban y nadie se entendía. Había gente de todas las razas, de todos los colores y de todos los matices.

En una ventanilla vimos un letrero que decía: «Pasajes para el interior». Como nosotros íbamos a Rosario de Santa Fe, nos presentamos. Nos pidieron nuestros documentos. Y nos dijeron que a las seis de la tarde nos darían los boletos para tomar el tren nocturno desde Retiro a Rosario.

Casi todos los compañeros de viaje habían desaparecido. Sólo quedamos ocho o diez, que salíamos al interior. A los demás, se los tragó la ciudad.

¡La ciudad! Allí la teníamos delante de nosotros, con sus edificios altísimos, con sus calles tan largas y tan llenas de tráfico. Aquella gente que andaba apresuradamente en todas las direcciones y tanto comercio...

Nosotros nos sentíamos humildes, chiquitos, cohibidos, aplastados. En dos o tres ocasiones habíamos pretendido recorrerla. Pero, sin saber cómo ni cuándo, nos perdíamos en sus calles y no sabíamos qué rumbo tomar. Por fuerza, acudimos a un vigilante, para preguntarle por el puerto. Y ante su indicación, andábamos cuatro o cinco cuadras y salíamos a la ribera portuaria para quedarnos en ella.

El Paseo de Julio era nuestro paseo favorito. Allí había de todo: tiendas, quincallas, cafés, fondas, remates, hoteles, churrasquerías, casas de cambio, agencias de colocaciones, peluquerías y lecherías. Y, ante todo y sobre todo, un gentío enorme y polícromo, una infinidad de revendedores ambulantes (turcos, todo a veinte) y un regimiento de fotógrafos callejeros, que sacaban instantáneas por veinte centavos... Aquello era una verdadera romería sin fin, interminable, inconfundible.

Siendo las doce de ese primer día de residencia en la República Argentina, regresamos a nuestro hotel, donde los inmigrantes entraban por turno a comer. Cuando nosotros conseguimos entrar, ya habían desfilado cuatro turnos (cuatro avalanchas). Y en cada turno entraban más de cien.

En un galpón larguísimo en el centro, había tres mesas de tablas largas. Y, a ambos lados, bancos de la misma longitud. En menos que canta un gallo, ya estábamos todos en posición. Dos muchachos, uno por cada lado, repartían platos de zinc y cucharas y tenedores de lata. Los cuchillos no aparecieron...

—Es que se los roban—, nos dijeron.

Otros dos muchachos, cada cual con su canasto, repartían pan, un pan por cabeza (un pan blanquísmo y rico). Y detrás del pan, otros dos muchachos, cada cual con su olla, servían un cucharón de sopa de fideos en los platos. Comimos con bastante apetito. Y, después, otros dos muchachos con dos fuentones, nos servían en el mismo plato un buen pedazo de carne cocida. Y en seguida, no más, daban palmadas y gritaban:

—¡Arriba, señores, que faltan muchos turnos para comer!

Aquello era una película... ¡Con qué rapidez se comía!

Por su puesto, que salíamos del comedor con la «tumba» y el pan en la mano ¡qué remedio!

La palabra «tumba» nos hizo mucha gracia. También, vaya una ocurrencia. Llamar nada menos que «tumba» a un pedazo de carne cocida y sabrosa.

El menú no fue muy variado, pero sí abundante. Lo que más nos gustó fue el pan ¡qué rico!

¡Bendito el pan argentino, hecho con trigo de tus pampas, grandiosas y fecundas!

Bautismo de fuego

Después de almorzar en el Hotel de Inmigrantes, mis compañeros se recostaron a dormir una siestita. La noche anterior la habíamos pasado en vela contemplando las luces de Buenos Aires que, miradas desde el Río de la Plata, presentan un espectáculo soberbio. Pero yo no tenía sueño y deseaba conocer la gran ciudad, que tanto nos asustó por la mañana.

Así pues, recorrió el Paseo de Julio, observando todas las novedades... Pero al pasar por delante de una fonda, entré a tomar una

cervecita. El mozo que me atendió me miró de arriba a abajo. Su curiosidad me molestó. Y lo seguí con la mirada. Ya en el mostrador, habló con el patrón. Y los dos me miraron con insistencia mientras hablaban.

Llamé para pagar y retirarme, cuando el mozo me dijo que el patrón quería hablarme.

Me arrimé al mostrador. Y, después de preguntarme si era recién venido, me interrogó si quería trabajar.

—¡Cómo no!—, le contesté. A eso vengo a América.

—¡Bravo, paisano! ¡Así me gustan los españoles de corazón! ¡Dispuestos! ¡Corajudos!

Halagado yo por estos piropos, me dejé convencer y ya estaba en la cocina lavando platos. Era una fonda que tenía comida «a todas horas». El salón comedor no se desocupaba en ningún momento. Y era difícil encontrar una mesa disponible. Agregaré que trabajaban ocho mozos.

Me pusieron un delantal de lona. Me arremangaron los brazos y me colocaron delante de una tina de bordelesa con agua caliente, llena de espuma de jabón disuelto. Mi misión consistía en meter las dos manos en el agua caliente y enjabonada, tomar con la izquierda un plato, refregarlo con un trapo que tenía en la derecha y pasarlo a otra tina, que tenía al lado izquierdo, llena de agua fría, para enjuagarlos y... ¡nada más! ¡Sencillo!

Acepté y empezó la tarea. Sacaba platos y más platos y no podía vaciar la tina. Cuanto más me apuraba, más platos venían. A mi lado derecho, sobre una mesa grandota, dejaban los ocho mozos los platos con residuos de comida. Una señora y dos muchachas se encargaban de tirar los residuos en un tacho grandote y me echaban los platos a la tina de lavar. Yo los lavaba y los pasaba a la otra tina. De allí los sacaba un peón a un escurridero. Y cuatro peones más los secaban con repasadores y se los entregaban a los mozos, que a cada instante gritaban: ¡platos!

En la cocina trabajaban seis cocineros y un chef, que daba las órdenes y dirigía todo. Los mozos gritaban: ¡sopa para cinco!, ¡puchero para ocho!, ¡pescado frito para catorce!, ¡platos, platos, platos!, ¡ragú para diez!, ¡mondongo para veinte!, ¡platos...!

Empecé a sudar a chorros. El agua, cada vez más caliente y más gomosa, me puso las manos hinchadas, como dos bofes. La evaporación del jabón me picaba en los ojos. La tina, la maldita tina, siempre estaba llena de platos. Y por más que me apuraba, no podía vaciarla. Parecía que los paría...

—¡Platos, platos, platos!, gritaban los mozos.

Y dejaban pilas enormes de platos sucios en la mesa grande, mientras gritaban:

—¡Asado para diez! ¡Guiso para quince! ¡Platos! ¡Apúrate, recién venido!

Me apuraba cada vez más y más, contagiado por los gritos y las corridas del personal. Pero hubo un momento que estuve a punto de plantarme y abandonar aquel trabajo reventador. Quise enderezarme. Y no pude. Un dolor agudo en los riñones me obligó a agacharme. Y, como gritaban: ¡platos, platos, platos!, seguí no más lavando platos, como si fuera una máquina.

A mi memoria acudían las palabras del patrón:

—¡Bravo, paisano! ¡Así me gustan los españoles de corazón! ¡Dispuestos! ¡Corajudos! Y ese amor propio que tenemos todos los españoles, parecía decirme: ¡No te achiques, muchacho!

A eso de las tres, aflojó el trabajo. Desaparecieron los platos sucios de la mesa grande. Y, por primera vez, ¡se vació la tina! Estaba empapado. ¡Sudaba como un condenado!

—¡Siéntate a descansar, muchacho! ¡Te has portado como un valiente!

Era el chef quien así me hablaba. Y me senté.

Los demás empleados de la cocina, cada cual se servía de lo que quería, y se pusieron a comer. Cada uno tenía una botellita de vino.

—¿Comiste?, me preguntó el chef.

—Sí, señor, comí en el Hotel de Inmigración.

—¿Sopa y «tumba»?

—Sí, señor.

—Ya debe de estar en los talones. ¡A ver! Tráiganle a este muchacho nuevo pan, vino y un plato de comida. ¡Angurrientos! No

piensan más que en sí mismos. Después que los ha librado de la «fajina» de la tina, ¡parece mentira que sean tan poco compañeros!

Me trajeron lo que el chef indicó pero... no había caso. No tenía hambre. En cambio, el vino me lo empiné de un solo trago. Estaba sofocadísimo.

Como el chef seguía haciéndome preguntas, le dije que tenía el equipaje en el Hotel de Inmigrantes y le pedí permiso para ir a buscarlo.

En realidad, lo que yo quería era salir de allí para no volver.

¿Lo sospechó así el señor chef? Quizás... porque hizo que me entregaran un peso para el coche y me dijo: ¡Hasta luego!

Cuando llegué al Hotel de Inmigrantes ya estaban esperándome mis compueblanos. Pero al verme tan sofocado me preguntaron:

—¿Dónde has estado?

—¡Paseando!, contesté.

—¡Estás empapadísimo!

—Caminé mucho.

No me creyeron. Pero yo no les dije la verdad, para que no me tomaran el pelo. Me vieron las manos hinchadas y exclamaron:

—¡Has jugado a la pelota!

—¡Sí!, les contesté. Jugué tres partidos de cuarenta tantos.

—¿Y, cómo fue eso?

—Muy fácil. Pasé por delante de un frontón y me detuve a ver cómo jugaban dos muchachos. Al terminar, les grité: ¡desafío al ganador!

El ganador me aceptó. Jugamos y me ganó. Pedí la revancha y le gané. Jugamos «el bueno» y le volví a ganar.

—¿Y qué ganaste?

—Un peso argentino. Miradlo.

Les mostré el peso que me dieron en la fonda. Y tragaron la enorme mentira que improvisé. De ese modo me libré de una gran burla.

Nos entregaron los boletos y los documentos. Y, a eso de las ocho, salimos en el tren nocturno que nos condujo a Rosario.

Tan pronto se puso el tren en movimiento, se me apoderó un pesimismo agudo: ¿qué sería de mí?

Mal empezaba mi vida en América. Al desembarcar, un cochero me saludó con un insulto. Después, en la fonda, casi me cocino lavando platos durante tres horas seguidas. ¡Vaya un bautismo de fuego!

—¿Estaría condenado a vivir así, insultado y explotado?

El tren cruzaba inmensas llanuras. Aquí y allá, se veían algunas luces... Después... ¡campos, campos, campos!

El viaje se hacía monótono y aburrido. Y me quedé dormido sobre el duro banco de madera.

—¡Pases, boletos y abonos!

Cada vez que sentíamos estas voces, nos aproximábamos a una estación.

Tocaba el pito la locomotora. Disminuía la velocidad y, lentamente, paraba. Subían viajeros. Bajaban viajeros. Sonaba una campana. Tocaba el pito y seguía el tren.

Después, se repetía el mismo panorama: ¡campos, campos, campos!

Rosario de Santa Fe

A las siete del día siguiente, los pasajeros empezaron a recoger sus pilchas. Las mujeres se hacían la «toilette». Nos acercábamos a Rosario. ¡Por fin! Empezábamos a hacer cálculos. ¿Cuánto tiempo hacía que viajábamos?

Salimos de Ansó el día 24 de septiembre y llegábamos a Rosario el día 2 de noviembre. Total, 38 días viajando. ¡Vaya un viaje largo!

La pitada de la locomotora nos arrancó de los cálculos. Miramos por la ventanilla. Y una gran cantidad de ranchitos de chapa, latas y cajones circundaba al tren. Era el arrabal rosarino. Más adelante, se alzaba la ciudad industrial, llena de chimeneas, de fábricas... ¡Rosario de Santa Fe! ¡Cuántas veces había pronunciado esas palabras

cuando mis padres recibían carta de mi tío! ¡Ansó, Rosario, treinta y ocho días de viaje! ¡Qué viaje tan largo!

—¡Ya hemos llegado! ¿Cómo nos encontraremos con los parientes, sin conocernos? ¡Saldrán a recibirnos!

Yo les dije a mis paisanos:

—Como mi tío tiene fábrica de carruajes, preguntaremos a un cochero.

Antonio, que no perdía su buen humor, me advirtió:

—¡No te metas con los cocheros! ¡Ya sabes cómo saludan!

Pero yo no le hice caso y, tan pronto como nos apeamos, me dirigí a uno y le pregunté:

—Diga, señor: ¿usted no conoce, por casualidad, a don Primo Gurría, de la fábrica de...

No me dejó terminar porque gritó:

—¡Don Primo, aquí están los muchachos!

Nos dimos la vuelta. Y vimos a un señor que se acercaba con dos niños. Yo, me saqué la gorra y lo saludé.

—Buenos días, señor.

—¿Con qué tú eres Santiago?

—Sí, señor.

Me abrazó y me presentó a sus dos hijos:

—Estos son tus primos.

Por no ser menos que mi tío, los abracé también. Después, presenté a mis dos compañeros de viaje:

—Permítame usted, tío, que le presente a mis amigos: Antonio Pérez Cativiela y Ramón de Romo.

—Los están esperando y tengo la misión de llevarlos a los tres.

—¡En mi coche, don Primo!

Era el cochero que nos sirvió de presentador. Y como, a su vez, era también cliente de mi tío, en su coche subimos todos, después de poner las maletas en el pescante.

Nuestra entrada en Rosario no podía ser más halagüeña. Ni más triunfal.

¿Seguiría siempre así?

¡Quién sabe!

Cuando llegamos a la calle San Juan, 1749, se armó un alboroto.

¡Ahí vienen! ¡Ahí vienen!

Todos los ansotanos residentes en Rosario, que sumaban unos cincuenta, se habían congregado allí para recibirnos.

Había entre ellos una docena que nos conocían, porque hacía pocos años que habían venido. Los demás, como mis tíos, no nos conocían, pues habían venido a América antes de nacer nosotros.

Se hicieron las presentaciones del caso. Y empezamos a distribuir la correspondencia y los pequeños obsequios que traíamos.

Terminado todo esto, se desparramaron todos.

Ya estaba en América. Ahora, a buscar trabajo. ¿Qué clase de trabajo? He aquí el problema.

Yo no tenía oficio y debía empezar «por el principio», es decir, «de peón». El oficio vendría después. Con el tiempo y con la constancia.

Para eso, se necesitaba solamente una cosa: ¡VOLUNTAD! Pero a mí me sobraba.

¿Triunfaría? ¿Fracasaría?

¡EL TIEMPO SERÍA TESTIGO!

¡El tiempo! A mi memoria acudió la célebre copla:

Al tiempo le pido tiempo,
y el tiempo, tiempo me da.
Y al mismo tiempo me dice:
el tiempo te enseñará.

(FIN DE LA PRIMERA PARTE)

Caballerizo

Recorría todos los días la ciudad, buscando trabajo. En todas partes me decían lo mismo:

—Por el momento, no precisamos. Veremos más adelante. Pase otro día.

Pasaron ocho días así. A mí me daba vergüenza estar de gandul, hasta que, por fin, un día me dio mi tío una tarjeta de presentación para una «barraca» de maderas. Precisaban un caballerizo. Y pagaban cincuenta pesos secos.

El oficio no era de mi agrado. Yo, más bien, deseaba dedicarme al comercio. Como en la casa de mis padres había trabajado en el mostrador, hubiera deseado entrar de dependiente de almacén, o de aprendiz. Pero...

Me presenté con la tarjeta y me tomaron en el acto. Mi misión consistía en limpiar cuarenta pesebres y amontonar la bosta en el fondo. Para este trabajo me entregaron una pala, un escobillón y una carretilla.

Después de limpiar toda la bosta, con una manguera, lavaba todas las pesebrerías, pues, de lo contrario, se amontonaba una peste de moscas que daba miedo.

Además, tenía que limpiar tres caballos finos. Dos, del coche particular de los dueños. Y uno, del sulki del niño. Este último, casi nunca salía. Por tal motivo, estaba tan retozón que cuando lo sacaba para darle agua o limpiarlo, se encabritaba en tal forma y manoteaba con tanta furia, que tenía que armarme de un palo para asustarlo y dominarlo, pues, de lo contrario, corría peligro de ser pisoteado y magullado.

Quince días estuve de caballerizo. Y durante ese lapso, no cesé de pensar en qué forma podría dejar aquel trabajo tan sucio y mal oliente.

Trabajaba en la fábrica de mi tío un negro fuerte y robusto. Era el machucador número uno de la fragua. Se llamaba Manuel. Pero lo llamaban cariñosamente Manolo.

Desde los primeros días, este negro y yo nos hicimos muy amigos. Un día, me dijo:

—A fin de mes, me voy al campo.

—¿Adónde?, le pregunté curioso.

—Al campo, a la cosecha.

Entonces me explicó que, durante el invierno, trabajaba de machucador. Y, en verano, se «tiraba» al campo, donde se ganaba más y no tenía gastos de ninguna clase.

Una idea diabólica cruzó por mi mente. Me escaparía con él a la cosecha. Dejaría de ser caballerizo, pues mis ropas olían a bosta y yo mismo llevaba en las narices aquel maldito olor.

Recordaba con nostalgia las montañas de Ansó, con sus auras puras, sus fuentes cristalinas, sus picos altísimos siempre cubiertos de nieve. Y pensaba que la vida en el campo sería mil veces mejor que en la ciudad.

¡Dicho y hecho!

Cuando llegó el día veinticinco, el negro Manolo recibió una carta de llamada. Y ese mismo día, dejó de machucar hierros candentes y se despidió de la fábrica.

A las ocho de la noche salía en el nocturno de Rosario-Buenos Aires, para bajarse en la estación San Pedro. Yo tomé nota de esa estación y me fui a la caballeriza.

A eso de las tres de la tarde, saqué el caballo del niño para darle agua.

Como siempre, se encabritó. Y empezó a dar saltos y más saltos. Deliberadamente, ¡lo solté! Y, para hacer ver que me había caído, me tiré al suelo y lo asusté. Como el portón estaba abierto, el caballo retozón salió como alma que lleva el diablo.

Frente al portón había una plaza y a esas horas estaba llena de gente. Al ver el caballo, un griterío infernal se alzó por los vientos. Este griterío asustó más al animal, que empezó a correr por toda la plaza.

¡Qué cuadro! A todo esto, yo permanecí en el suelo y los carreiros de la bosta vinieron en mi auxilio. Por lo menos creyeron que me había pisoteado el caballo y dieron gritos de auxilio. Yo me quejaba de un dolor en la cadera. En fin, todo salía tal como yo lo había planeado.

Aparecieron el gerente de la barraca y muchos peones. Todos salieron a correr por la plaza, para detener al fugitivo pero... ¡Qué esperanza! Éste corría de un lado a otro, destrozando canteros. Y cuando se hallaba lejos y solo, se ponía a comer tranquilamente el verde pastito, como burlándose de todo el mundo.

Varios vigilantes acudieron a colaborar, inútilmente, hasta que acertó a pasar un oficial a caballo. Y, arrimándose al fugitivo, lo sujetó del cabestro.

El gerente de la barraca se enojó mucho conmigo. Y terminó diciendo: «Que era demasiado joven y débil para andar con aquellos caballos y que me iba a despedir».

—¡Tiene razón, señor!, le dije quejumbroso. Y acepté la liquidación de mis haberes.

¡Cómo se enojó mi tío!

Yo le conté todo «a mi modo», mintiendo un poco, por supuesto, pero poniéndome en buen lugar.

Mi tío me escuchó gravemente. Y, cuando «largué todo el rollo», me habló así:

—¡Está bien! ¡Todo está muy bien! Ahora, ya conoces América, sus costumbres y su forma de proceder. Procura arreglarte como puedas, buscándote otro trabajo más limpio, más liviano y mejor pagado. Si algún día te ves en apuros, acude a mí. Yo haré las veces de un padre y te guiaré por el buen camino.

—¡Muy bien!, le contesté entusiastamente. Esta misma noche, me voy al campo.

Todavía me parece ver la cara de asombro y estupor que puso. Pero no me di por aludido. Y empecé a hacer el equipaje.

—¿Pero, te has vuelto loco?

—¡No, tío, me voy al campo!

—¡Te prohíbo terminantemente que salgas esta noche!

—¿Con qué derecho?

—¿Cómo dices?

—¡Usted no es mi padre!

—¡No soy tu padre! ¡Pero eres menor de edad y estás bajo mi amparo!

—¡Bah, bah, bah! Ya dejé una vez las cabras solas y me escapé a Francia.

—¡Todo lo sé! ¡Tu padre me lo contó en una carta! Y al mandarte aquí, te puso a mi cuidado. Así que estás bajo mi responsabilidad.

—¡Bueno, tío, no se enfade! Yo no voy a hacer nada malo. No se olvide que soy nacido en las montañas y que me he criado entre las selvas, a mi libre albedrío. En una palabra, no sirvo para estar encerrado en una caballeriza o en otro lugar sin aire. Necesito aire. Mucho aire. Que me dé el sol en la cara y vivir la vida del campo, la libertad del campo. No puedo resistir más el olor a bosta.

Mi tía intervino en mi favor:

—Y, bueno, hombre, déjalo. A lo mejor tiene suerte. Después de todo, no es tan chico. Ya es un mocito. ¡Déjalo!

Mi tío titubeó. Y yo, aprovechando su confusión, cargué con el petate y salí rumbo a la estación. En la primera esquina paré un coche, subí y bajé.

Saqué boleto para San Pedro. Subí a un vagón de tercera. Me senté al lado de la ventanilla. Y esperé pacientemente.

Pocos minutos antes de las ocho, apareció el negro Manolo y lo llamé. La cara del negro se puso más blanca que la leche.

No me dijo nada. Pero torció la nariz y el morro de una manera tan particular, que me hizo reír estruendosamente.

Subió. Y me aconsejó que volviera a la casa del tío. Pero no le hice caso. Y agregué que tenía permiso para irme al campo.

Se tranquilizó a medias. Y empezó a decirme que el trabajo de la cosecha era pesado y sucio.

—¿Más que el de caballerizo?

—¡No! ¡Eso no!

Nos callamos. Y esperamos tranquilamente la hora de salir el tren.

San Pedro

No describiré el viaje. ¿Para qué? Sólo diré que en el trayecto viajaba un payador. Y cantó «La Morocha».

A mí me gustó muchísimo. Era el primer canto argentino que oía. Y dándole una buena propina, le supliqué que lo repitiera. Así lo hizo. Y mientras él cantaba, yo anotaba:

Yo soy la morocha,
la más agraciada,
la más renombrada
de esta población...

El tren iba repleto. Y yo me sentía dichoso de ir entre la gente del pueblo, de escuchar sus conversaciones y oír sus cantares populares.

¡Esto sí era vivir! Y no aquella caballeriza inmunda, donde me pasaba días enteros llevando bosta y más bosta, en una carretilla.

Saqué el pañuelo de bolsillo. Y me soné fuertemente. Parecía que llevaba incrustada en la nariz aquel maldito olor.

A las doce de la noche llegamos a San Pedro. Bajamos y nos dirigimos a una esquina que había frente a la estación, con este letrero: «Fonda de los Trabajadores».

Nos paramos en la puerta. En el mostrador, el fondero leía un diario. En una mesa, seis obreros jugaban al truco. Más al fondo, en dos o tres mesas, comían otros trabajadores.

Cuando entramos, levantó la vista el dueño. Y, al ver al negro, sonrió.

—¿Qué tal, don? ¿Cómo dice que le va?, saludó el negro.

—Ya sabía que vos no podías faltar... Y llegás a punto de caramelito... Mañana tempranito sale la trilladora.

—¡Macanudo! ¡Macanudo!

—¿Y este recién venido?

—Viene conmigo.

—¿A la cosecha?

—Sí, pues.

—¿No será muy jovencito?

—¡No crea! ¡Es fuertacho!

—¡No me diga!

—Y... ¡la pregunta! Ha estado cinco meses de caballerizo en Rosario, limpiando ochenta pesebres. Le garanto, mi amigo, que es guapo.

—Así ha de ser, si vos decís.

—¿Hay algo pa comer? Estamos sin cenar.

—¡Cómo no! ¡A ver! Robustiano, deja el truco y atendé a estos hombres.

De la mesa del truco se levantó un mozo y nos atendió. Nos trajo matambre y ensalada, pan y vino y un sifón de soda bien fresco.

Mientras comíamos, le dije al negro, en voz baja:

—¿Cuántos meses estuve de caballerizo?

Por toda respuesta, el negro largó una tremenda carcajada y argumentó:

—Hay que saber mentir.

—Yo, no me quedo corto. Pero vos me ganás, ché.

Otra carcajada largó Manolo. Y el fondero terció en la charla:

—¿Qué estarán «espellejando» para reír tanto?

—Invitamos con un vaso de vino con soda y aceptó.

El negro y él emprendieron una charla animada sobre lino, trigo, máquinas y caballos. Mientras tanto, yo le «clavé» los ojos a una guitarra colgada detrás del mostrador.

Tenía unos deseos locos de tocarla. Y no me animaba a pedirla. Desde el vapor, en Montevideo, no había tenido una guitarra en mis manos.

Al fin, llamé al mozo y se la pedí, si no era molestia, por la hora avanzada. El mozo le habló al patrón. Y éste exclamó:

—¿Pero sabe tocarla?

—Debe de saber, cuando la pide.

—¡Cómo no! ¡Désela!

Me la trajeron. Y empecé a templarla. Cuando ya ejecuté unas escalas, me vi rodeado por los parroquianos, que esperaban que tocara y cantara algo.

—¡Algo español!—, me dijo el negro.

Y yo, que no sabía hacerme rogar, les manifesté que iba a cantar un romance llamado «La Ingrata».

Se hizo silencio. Y canté, acompañándome a mí mismo:

Yo, de una ingrata
me enamoré.

Y el desengaño
pronto encontré.

Yo, la quería
con ilusión
y ella, la impía,
se me reía
sin compasión.

(RECITADO)

Para ablandar a la ingrata
le canté mi pasión,
con esta serenata
al pie de su balcón:

(CANTO)

Yo te amé porque creía
que también me amabas tú,
dulce dueña de mi vida,
de mis ojos, clara luz.

¿Por qué dejabas
crecer mi amor
si esquivo estaba
tu corazón?

¡Bien de mi vida,
yo te perdí
y hasta que muera,
pensaré en ti!

¿Por qué me abandonas, ingrata?,
ingrata ¿por qué me has echado al olvido?
¡siendo yo el que más te ha querido!
¡Siendo fiel mi corazón!

No llores, hermosa,

no llores, por Dios,
mira que tus lágrimas
son perlas de amor.
Si lloras la pérdida
de mi corazón,
llora, ingrata, llora...
¡y lloraremos los dos!

Muchos aplausos coseché al final de este romance.

Uno de los jugadores de truco (cuyo partido se deshizo por el canto) convidó a todos los presentes «con lo que quisieran tomar».

Había entre ellos un vasco, flaco y alto. Y me pidió que cantara «algo de su tierra». Y le contesté:

—¡Allá va eso!

Y canté:

Allá en la cumbre de una montaña,
existe un árbol de bendición;
de las provincias, árbol sagrado
y de los pueblos, noble blasón.
Venid bajo su sombra,
hijos de Escalduná,
y alegres cantaremos
chapela gurriá.
¡Ay, ay, ay! Mutilá,
chapela Suriá.
¡Ay, ay, ay! Mutilá,
chapela gurriá.
¡Hijos de Sansurriá,
ya llegó el día
de combatir!
¡Por el árbol sagrado,
los vascongados
sabrán morir!

Cuando terminé este romance, el vasco lloraba como un niño. Para conformarlo, le hicieron tomar a la fuerza una copa de anís «Carabanchel».

El patrón de la fonda me dijo:

—¡Métele una jota!, verás como se alegra y hasta baila.

Yo, sabía tocar una jota muy floreada, que allá en Ansó la llamábamos «Escalas y Flores». Y me puse a ejecutarla. El efecto fue maravilloso. El vasco palmoteaba al compás, y empezó a bailar ante los aplausos y los vivas de los concurrentes. Yo canté:

A la cueva más oscura
que hay en los puertos de Ansó,
me tengo que ir a vivir
como me digas que no.
Que no me dejes sola,
que no me dejes, no.
Porque si tú me dejas,
de pena muero yo.

Arremetí de nuevo la jota «Escalas y Flores». Y fue tal el entusiasmo del vasco, que entró de lleno a bailar una jota bastante movida. Como lo vi sudar, quise hacerlo descansar un poco. Y canté:

En Bilbao hay una calle
que la llaman «del Correo»,
donde se pierden las niñas
por el lujo y el dinero.
Que no me dejes sola,
que no me dejes, no;
porque si tú me dejas,
de pena muero yo.

El éxito de esta jota fue colosal, porque todos la bailaron. Y como la mayoría de ellos eran criollos, trataban por todos los medios de seguir e imitar al vasco, cosa que no pudieron, porque el vasco saltaba como una liebre y daba vueltas como un ventilador. Y terminaron por dejarlo solo. Concluyó la música. Y el vasco recibió una ovación estruendosa.

¡Oh, la raza vasca! No hay más que hacerles cosquillas a los vascos en sus sentimientos, para alegrarlos o commoverlos hasta lo más recóndito del alma.

—¡Otra vuelta, yo pago!

Quien así gritaba era el vasco, loco de entusiasmo. Y, abriendo su cinto, sacó diez pesos. Yo no me quería tomar nada más. Pero no tuve más remedio que aceptar el vaso de vino que me ofrecía el

vasco. El ambiente se caldeaba, pues se repetían las vueltas. Una voz gritó:

—¡«La Morocha», «La Morocha»!

Recordé al payador del tren, al salir de Rosario, y empecé:

Yo soy la morocha...

Todos me rodearon y siguieron cantando en coro:

la más agraciada,
la más renombrada
de esta población...
Soy la que al paisano,
muy de madrugada,
brinda un cimarrón.

Como no sabía bien la letra, me circunscribí al acompañamiento.
El coro continuó:

Soy la morocha argentina,
la que no siente pesares
y alegre pasa la vida
con sus cantares.

Aquellos hombres, humildes trabajadores del campo, de almas sencillas, como sus ropas y sus ideales, sabían de memoria letra y música. Bastó que un recién venido de España los acompañara con la guitarra, para entonar con todo su corazón aquel cantar, tan sencillo como ellos que, por su expresión, su letra y su música, llegó a lo más profundo del alma popular.

El coro terminó:

Soy la gentil compañera
del noble gaucho porteño;
la que conserva el cariño,
para su dueño.

¡Qué aplausos! Aquello fue algo indescriptible, por el gran entusiasmo y la emoción intensa que se apoderó de las almas.

Pero lo más notable fue que los mismos cantores aplaudieron a los cantores mismos.

El dueño de la fonda, «cancheo viejo», pidió silencio para hablar y dijo:

—Señores, hemos pasado una velada feliz. Esta noche será inolvidable para mí. En agradecimiento por este «concierto», voy a pagar una vuelta...

Mi compañero, el negro Manolo, que estaba bastante pesado, gritó con voz de trueno:

—¡Viva el patrón de la Fonda de los Trabajadores!

Se oyeron vivas y aplausos.

Yo tenía siempre mi vaso lleno de vino. Cada vez que me invitaban a tomar, mojaba apenas los labios y dejaba el vaso sobre la mesa de nuevo.

Nuevamente habló el dueño de la casa:

—Señores, ahora voy a pedir a este recién venido que nos cante los couplés de «Marina». Como buen español, debe saberlos.

—Los sé, señor,—, contesté.

—Entonces, para terminar, porque ya son las tres, que nos cante tres couplés. Solamente tres. Los más lindos.

—¡Que los cante, que los cante!—, gritaron a coro.

Y yo los complací muy gustoso, porque ya el sueño me hacía cosquillas en los ojos. Empecé el bordoneo de la música de Arrieta y canté el primero:

No enseñas en la playa la pantorrilla
que hay muchos tiburones junto a la orilla;
y es una pesca
que anda siempre buscando la carne fresca.

Las risas apagaron el bordoneo. Y les largué el segundo, que no era menos gracioso que el primero:

La mujer que se casa con hombre viejo,
él sirve de pantalla y ella de espejo.
Y es un espejo
donde todos se miran, menos el viejo.

Se armó un gran criterio y largas carcajadas se oyeron en el salón. Cuando se hizo el silencio, canté el tercero:

La mujer a los quince es un revólver,
que dispara seis tiros de un solo golpe;

y a los cincuenta,
carabina de Ambrosio, que no revienta.

Aquí fue la algazara general. Entregué la guitarra al mozo. Pero, entre risas y felicitaciones, hubo que aceptar otra vuelta más. Y ya nos dispusimos a ir a descansar.

Manolo pidió una pieza para los dos. Y nos retiramos, guiados por el mozo.

Nos pusieron en un cuartito de madera. Dos catres y una mesita era todo el moblaje, incluyendo un lavatorio de hierro, de tres pies, con su jarra, palangana y balde.

Nos tumbamos medio vestidos. Y quedamos duros como piedras.

A las siete, nos despertó el mozo, a gritos:
—¡Arriba, muchachos, que se va la trilladora!

A la cosecha

Cuando llegamos al salón del comedor, nos dieron los «buenos días», con aclamaciones de júbilo. La mayoría de los farristas de la noche ya estaban tomando su desayuno. Como teníamos que comprar ropa campera (bombachas, blusas, sombreros, peines, jabón, etc.), nos apuramos a tomar el café con leche, pues a las ocho en punto salía la trilladora, con toda la caravana. Así que nos fuimos de tienda.

En efecto, a las ocho apareció la trilladora, tirada por ocho caballos. Detrás de ella venía el motor, arrastrado por cuatro; más atrás, la casilla, con tres caballos, y al final, dos chatas, con cuatro caballos cada una, y el estanque del agua, con dos. Nosotros ya estábamos todos hechos unos «gauchitos», incluyendo una cuchilla en el cinto, porque no se concibe ir al campo sin cuchillo en la cintura.

De pronto, apareció el patrón de la trilladora en una araña tirada por un petiso moro, bastante ligerito. Se acercó a la fonda. Y, después de saludarnos, nos preguntó:

—¿Con cuántos peones puedo contar?
—Con veinte!—, contestó el fondero.

—¿Todos buenos?

—¡Macanudos! El más flojo de todos es Manolo, el negro.

Manolo lanzó una carcajada que nos hizo reír a todos; contestando al saludo del patrón, se adelantó hasta la araña, sombrero en mano, y le habló de mí.

—Que venga pues, ya que vos me lo recomendás.

—¡Muchas gracias, don Manuel!

—¡De nada, Manolo!

Y, dirigiéndose al fondero, preguntó:

—¿Se debe algo aquí?

—No, don Manuel; todo está pagado.

—¡Linda muchachada! Entonces, que «asienten» el desayuno con una «mañanita».

—Muy bien, don Manuel.

—¿Y don Pipo, que no lo veo?

Una voz aflautada contestó desde el comedor:

—¡Aquí estoy, patron!

Este personaje a quien yo no había visto todavía, se presentó a saludar al patrón. Mitad italiano, mitad criollo, resultaba una figura pintoresca. Su sola presencia provocó las risas. Era el cocinero de campaña, que acompañaba a la trilladora desde hacía cinco años. Viejo solterón, les hacía el amor a todas las muchachas a su alcance y recibía «galletazos a bocha».

—¡A las chatas, arriba!, gritó el capataz.

Y todos nos trepamos como gatos, para alcanzar a la trilladora, que ya había cruzado la vía y seguía la guía de las chacras.

Con el movimiento y los barquinazos, se produjo una escena de gritos y de júbilo.

Por el lado derecho, cruzó el patrón, veloz en su araña. Todas nuestras miradas siguieron en carrera. El petiso moro trotaba lindo y pronto pasó a la máquina para emprender una marcha ligerita por el centro del camino, hasta perderse allá lejos, en una curva. A me-

dida que se alejaba, disminuía su volumen, hasta convertirse en un punto negro. Después..., nada.

A mi memoria acudió una visión: el vuelo del águila en las crestas de los Pirineos. ¡Sí! ¡No había duda! Este era el rumbo que tenía que seguir... ¡Al campo, pues! ¡A la cosecha!

En la misma chata en que yo iba, viajaba también don Pipo. La muchachada no lo dejaba tranquilo con sus «charadas». Pero él no callaba por nada. Y pasó todo el camino gritando.

La marcha era lenta. Y, a medida que subía el sol, los caballos empezaron a sudar. Por las orillas del camino disparaban las perdices, que habían venido a revolcarse en la tierra de la «güella» para sacarse la humedad del rocío. El que manejaba los caballos llevaba escopeta y empezó a tiros con las perdices. Pero, con tan mala puntería, que no acertó a ninguna. Aquí, don Pipo la gozaba y le largaba cada chufleta tan picante que terminó por enojar al cazador, quien abandonó su arma.

El sol empezó a tostarnos las espaldas. Las cigarras cantaban sin cesar su monótona canción. Los caballos, fatigados por el calor y el polvo del largo camino, caminaban cada vez más lentos. Y estaban blancos de espuma del sudor. Se aproximaba ya el medio día. Y el ganado acudía a los abrevaderos, donde los molinos de viento volcaban el agua fresquísimas de los pozos hondos.

Preguntamos al carrero si pararíamos en algún sitio, para descansar y reponer fuerzas. Y nos contestó:

—¡Cómo no! Vamos a parar en el almacén «Los Sauces», donde corre un arroyo y hay sombra.

—¿Y falta mucho?

—No. Detrás de esa lomita que se ve, ahí no más.

Todos miramos en dirección de la mano del carrero. En efecto, «ahí no más» estaba la lomita. Pero, a medida que caminábamos, la lomita parecía que iba escapando, pues no podíamos llegar a alcanzarla.

Después de una hora, el camino dobló a la izquierda. Y la «lomita huidora» se fue quedando a la derecha, «ahí no más». Media hora después, la dejábamos atrás. Y el camino dobló a la derecha. Y

allá, al frente, aparecieron los sauces, que se mecían suavemente por la brisa de la llanura.

Los caballos empezaron a relinchar. Y, como si fuese ésta una señal, apuraron el paso para llegar antes.

Llegamos a «Los Sauces». El capataz fue ordenando el «tráfico», de modo que los caballos quedaran bajo la sombra de los árboles. Los carreros sacaron baldes y, llenándolos de agua en el arroyo, daban de beber a los animales. Después que habían tomado el agua, llenaban otros baldes y les tiraban por los lomos y verijas, para refrescarlos «por dentro y por fuera», según el decir de ellos.

Terminada esta labor, nos acercamos al almacén para refrescarnos también nosotros. Debajo de un sauce llorón, había una mesa de tablones sueltos, colocados sobre caballetes. Y, a ambos lados, bancos largos de madera. Allí nos sentamos y comimos un asado de cordero, riquísimo, que el patrón mandó preparar a su paso por la mañana. ¡¡Ah, criollazo lindo!! ¡Cómo sabía atender a sus obreros!

Por primera vez en mi vida comí galleta en vez de pan. La encontré bastante dura. Pero como tenía buenos dientes, y hambre, «a buen hambre, no hay pan duro».

Con el asado tierno y la galleta dura desaparecieron dos damajuanas de vino. Se nos fue la fatiga del viaje. Y empezamos a embromar a don Pipo, que era el hazme reír de la cuadrilla.

Se le ocurrió a don Pipo decirme que en España no conocíamos el asado y que sólo comíamos guiso de garbanzos, con chorizos de liebre y de gato, y tocino rancio.

Ante las risas de los comensales, le contesté que prefería mil veces un buen puchero a la española a todos los tallarines, polentas y pastas chutas que se comían en Italia.

Don Pipo saltaba en el banco, como si le pincharan con un alfiler por debajo. Pero yo no le aflojé. Y, viendo que aquello no tenía fin, lo desafié al «juego del embudo». Aceptó don Pipo, porque no sabía la trampa del juego. Y, para que cayera mejor, lo hice yo primero.

Me coloqué el embudo en la cintura, con la punta metida dentro de la bombacha. Me puse en la frente, mirando al cielo, una mone-

da de diez centavos. E, inclinando la cabeza para adelante, con los brazos bien abiertos, la dejé caer dentro del embudo.

Don Pipo lanzó una exclamación de júbilo. Como el embudo era tan grande y tan ancho, resultaba facilísimo acertar con la moneda.

Se colocó el embudo en la cintura. Yo le introduje bien en la barriga la punta de desagüe. Y le pusimos los diez centavos en la frente, mirando al cielo. Le abrimos bien los brazos. Y, a la voz de «¡ahora!», el negro Manolo le echó un balde de agua en el embudo. Como yo le sujetaba la cabeza mirando al cielo, no se la solté hasta que pasó toda el agua, por el embudo a la barriga y de la barriga a las piernas.

¡Pobre don Pipo! ¡Cómo gritaba! Ni siquiera se daba cuenta de lo que pasaba. Parece que un balde de agua fría en el bajo vientre produce un efecto muy desastroso. Excuso decir que la cuadrilla casi reventó de risa. Hubo alguno que se tiró al suelo, retorciéndose.

La figura de don Pipo, francamente, era una triste figura. Ni siquiera se enojó conmigo. Y eso que yo me aparté de él, «por las dudas». Le dieron un buen vaso de vino. Y, como hacía calor, en seguida se secó.

El capataz dio la orden de seguir. Y seguimos, camino adelante.

Ahora el sol nos daba de frente. Y si a la mañana nos tostó las espaldas, a la tarde nos tostó el rostro.

La trilla

Al atardecer, llegamos a la chacra que teníamos que trillar.

¡Qué hermosa propiedad! Estaba ubicada a la orilla del camino. Y tenía veinte parvas grandes grandotas, para trillar. Las parvas parecían, a simple vista, galpones de dos aguas. Estaban, en verdad, muy bien hechas. Eran las primeras que yo veía.

Arrimamos la trilladora a la número 1, que estaba cerca de la tranquera. Colocamos el motor a unos diez metros de distancia, para evitar incendios, y pusimos la gran correa. La casilla y los vehículos, a regular distancia. Se largaron los caballos a pacar. Y, mientras don Pipo hacía fuego y limpiaba los tachos, nos arregla-

mos las pilchas a la orilla de la parva, para pasar la noche. Recién entonces me di cuenta de que íbamos a trillar lino.

—¿Qué cenamos?

La pregunta fue dirigida a don Pipo por «alguien». Pero don Pipo se encogió de hombros. Entonces, el capataz respondió. No tengan miedo. No se quedarán sin cenar. Ya mandé por un cordero a «las casas».

Pero al rato, regresó el peón diciendo que no le quisieron vender, porque, «asegún» costumbres de «las casas», el primero y último día de trilla cenarían toditos juntos. Que eso daba «güena» suerte. Y que le dijera al capataz que se «arrimara» con toda su gente a cenar, cuando levantaran la banderita blanca. Que se encontraba allí don Manuel, el patrón, y que estaba conforme en todo.

No bien hubo terminado el peón su «letanía», don Pipo se puso contentísimo. Era gran suerte librarse de hacer la cena, pues no tenía nada «pa contar». Y, sacando de su «linyera» un acordeón, se puso a tocar una tarantela.

Tocaba muy bien don Pipo el acordeón. Su repertorio era ilimitado. Lo mismo ejecutaba un tango, como un trozo de ópera, y hasta música de iglesia.

—¡Ahí, no más levantan la bandera blanca!—, advirtió el capataz. Y agregó: ¡Vamos!

Nos dirigimos a «las casas», pues ya, sobre un poste alto, flameaba un trapo blanco, que era la señal de la cena.

«Las casas», como llamaban a la chacra, era un edificio bajo, de techo de tierra, ventanas angostas y puertas de una sola hoja. En frente de la casa se alzaba un grande y hermoso galpón de chapa, donde guardaban los cereales y las máquinas agrícolas, y dormían los peones.

Entre el galpón y la casa, un molino de viento daba vueltas a impulsos de la brisa y llenaba de agua un gran tanque, hecho de chapas de zinc.

En medio del patio, se terminaban de dorar los asados criollos. Y, en una gran olla, hervía la sopa de mostacholes.

Las personas distinguidas, la familia de la chacra, el patrón de la trilladora y otro señor, tenían una mesa con mantel, al lado de la casa. Y, cerca del galpón, una mesa de tablones, sobre caballetes, estaba destinada «a la peonada». Dos «chinitas» y un cocinero lo atendían todo. Don Pipo, después de afilarse los mostachos, se ofreció para ayudar, y fue aceptado y agradecido.

Transcurrió la cena en un ambiente alegre y jovial. Don Pipo se deshacía en cumplimientos, yendo de una mesa a otra, y arrimándose a las dos «chinitas» lo más que podía, lo que le valió una ovación y un gran repertorio de chistes y bromas.

Al finalizar, se armó una fiesta, armonizada con un fonógrafo. Pero, como resultaba algo triste, fueron a buscar el acordeón de don Pipo. Y éste lució sus habilidades filarmónicas, con su «fuelle». Un peón de la chacra, que tenía guitarra, acompañó a don Pipo, y con esta orquesta improvisada, se armó un bailecito, lo más lindo.

¡Lástima que no había más que dos «chinitas»! Pero igual se formaron parejas con hombres y el baile tomó un empuje, hasta armarse más de veinte parejas.

¿Quién fue el charlatán? ¡No lo supe! Pero fue el caso que me llamaron a la «mesa de honor» y me pidieron que cantara «algo español», pues ellos sabían que yo era payador y guitarrero.

Una cosa es cantar en una fonda, entre hombres solos, y otra cantar en una chacra, delante de mujeres y patrones.

Yo quise excusarme, pero no me valió. El señor que estaba en la mesa de honor me llamó y me dijo:

—Yo soy maestro de escuela; vengo aquí a enseñar a los hijos de esta buena gente. En nombre de los dueños de la casa, de sus hijos, de tu patrón y del mío, te ordeno que toques y cantes «algo». Nada más. Una salva de aplausos coronó el discurso del señor maestro.

Tomé la guitarra que me alcanzaron y, en medio de un gran silencio, les dije:

—Como soy recién venido, no conozco todavía música argentina; así que haré un estilo español. Voy a cantar una poesía titulada:

La misión del maestro

(RECITADO)

A mi querido maestro,
señor Pascual Altemir,
dedico estos pobres versos
que ustedes van a sentir.

(CANTO)

Señores, por no ser diestro
quizás no ponga emoción
en esta composición
que es: La misión del maestro.

Empezó ya la inscripción.
El colegio abre sus puertas
y ya sus aulas desiertas
recobran su animación.

Sacudiendo la pereza
notamos por la mañana
que la ciudad se engalana
de blancura y de pureza.

Y los niños presurosos
disparan, gritan y saltan
y a los pájaros exaltan
con sus juegos bulliciosos.

De la mano de su abuela
pasa un chiquitín llorando
y al mismo tiempo gritando
¡YO NO QUIERO IR A LA ESCUELA!

Camino de la normal
pasan las niñas coquetas
luciendo muy pizpiretas
el planchado delantal.

Es una felicidad
contemplar por la mañana
el hermoso panorama
que presenta la ciudad.

¿Y en la escuelita aldeana?
¡Hay que ver esa escuelita

cómo se alegra y palpita
cuando suena la campana!

Se ven los niños cruzar
por los valles y las lomas
cual bandadas de palomas
con rumbo a su palomar.

Y allá va la tierna infancia
caminito del saber
a cumplir con el deber
para extirpar la ignorancia.

Y el maestro los espera
palpitante de emoción
con su noble corazón
y su mirada sincera.

El alma blanca de un niño
es un pliego de papel;
el maestro escribe en él
con esperanza y cariño.

Sus más altos sentimientos
y sus más nobles ideas;
sus frases son como teas
que alumbran los pensamientos.

El maestro es sembrador.
Su obra, noble y sencilla
es igual que la semilla
que echa al surco el labrador.

Y ese deber tan fecundo
eleva los corazones
de nuevas generaciones
para el bienestar del mundo.

(RECITADO)

Perdonad, si al no ser diestro
no supe dar emoción
a esta composición
que es «La misión del maestro».

Al terminar la última estrofa, entre los aplausos y vivas, el maestro vino a mí corriendo, con los brazos abiertos, y me estrechó afec-

tuosamente. Me pareció ver un lagrimón correr por su mejilla. Y así terminó la fiesta, porque al amanecer empezaba la trilla del lino y había que descansar. Y descansamos.

Apenas lució la aurora, el motor dio una gran pitada. Era la señal de empezar. Momentos más tarde, trepamos por la trilladora hasta la planchada. Y desde allí, clavando las horquillas en la parva para sostenernos, subimos como gatos hasta la cumbre, donde ya se había sacado el alambre que sujetaba las últimas gavillas, y empezamos a tirar gavillas a la planchada, donde dos horquilleros alimentaban la máquina.

Dio su segunda pitada el motor. La gran correa se puso en movimiento. Y empezó la trilla. Automáticamente o simultáneamente, las bolsas se llenaban de semilla de lino por delante y la paja desgranada y machucada salía por detrás. Los horquilleros, arriba, nos apurábamos a tirar gavillas sobre la planchada, pero la máquina parecía un monstruo insaciable, pues tragaba y tragaba, con una facilidad asombrosa.

A las nueve, tocó el pito. Y paró la gran correa.

—¡Abajo, muchachos! —, gritó el patrón.

Se nos dio un churrasquito y mate cocido. Mientras sorbía el mate cocido, el patrón se me acercó y me dijo:

—Recién venido, estoy muy contento con usted. Lo he observado toda la mañana y he visto que maneja la horquilla con soltura y lo mismo trabaja con la derecha como con la izquierda. Lo felicito.

—Es que en España hice de todo, señor —, le contesté.

—¡Se ve, se ve! ¡Hasta tocar la guitarra y cantar versos!

Las risas se generalizaron. Pero don Pipo salió en mi ayuda. Y su defensa fue una gran cachada para toda la cuadrilla que, en cuanto abría don Pipo la boca, ya lo interrumpía con chistes de todo calibre.

—Es que le da las gracias por el juego del embudo de ayer, dijo el capataz.

Y el patrón, que no sabía nada, se hizo explicar el juego. Cuando más risueños estábamos, el pito del motor nos llamó de nuevo al trabajo y trepamos ligeros a la parva para alimentar al «monstruo».

Yo pensaba: «¡Qué enorme diferencia hay entre esta trilla mecánica de la Argentina y la trilla a mano de Ansó! ¡Qué diferencia!».

Y tirábamos las gavillas a la planchada, gavillas que desaparecían como por encanto, para transformarse en grano y paja, ¡instantáneamente!

Quemazón dolorosa

Pasó la primera semana sin ninguna novedad. El segundo día estábamos todos doloridos por el trabajo rudo y el horario largo (de luz a luz). Pero el tercero, ya sentíamos un poquito de mejoría. Y el cuarto, trabajamos con más soltura y agilidad que el primer día. En una palabra: ¡ya estábamos entrenados!

Y llegó el primer domingo. El patrón se fue al pueblo, con su araña y su petiso moro. Y nosotros, los integrantes de la cuadrilla de horquilleros, nos fuimos a un arroyo, a una legua de distancia. Nos lavamos la ropa y nos bañamos. A eso de las diez, regresamos a la trilladora, limpios de polvo y sudor, y con la ropa sequita, pues mientras nos bañábamos se secó al sol, tendida sobre el pasto.

Don Pipo, siempre fiel y constante, nos esperaba ya con el puchero pronto y la sopa servida. Comimos y descansamos, pues el lunes, al amanecer, había que empezar de nuevo y seguir toda la semana, de luz a luz.

Nos pagaban cinco pesos diarios. Y, como nos daban la comida y no teníamos gastos de ninguna naturaleza, acumulábamos «una ponchada de pesos», como nos decía el patrón, muy jovial.

Uno de los carreros que iba todos los días al pueblo, a llevar las bolsas de lino, y que cantaba por el camino para que fuera más corto, me pidió que le compusiera una décima, que era su canto favorito. Y yo, ni corto ni perezoso, le compuse el segundo domingo, por la tarde, la décima que sigue:

El carrero

¡Pobre carrero pampeano
que cruzas estas llanuras
sufriendo mil amarguras
con las riendas en la mano!
Suerte que el camino es llano

desde el campo a la estación
y es criollo mi mancarrón
que del barro no se asusta
y oyendo chasquear mi fusta
salta como un redomón.

Mucho le gustó al carrero esta décima y, en agradecimiento, me regaló un pedazo de jabón, que allí era una prenda muy preciosa.

Estábamos descansando esa tarde del segundo domingo, cuando una gran humareda nos envolvió como una neblina.

Como yo me extrañé del humazo, me dijeron:

—¡No es nada! Es que los peones de la chacra están quemando la paja del lino.

—¿Cómo?—, exclamé yo asombrado. ¿Y por qué la queman?

—¿Y para qué la quieren?

—Pero si allá en España se cuida más la paja que el grano!

Todos largaron la carcajada, creyendo que era un chiste.

Yo no podía creer lo que estaba pasando. Y me fui a cerciorar si era verdad cuanto me aseguraban.

En efecto, pilas inmensas de paja de lino ardían rápidamente, largando un humo negro, con olor a aceite quemado.

Hablé con los peones de la chacra, que atizaban las hogueras con palos largos, terminando en horqueta. Y todos ellos me contestaron lo mismo: la quemaban porque no servía para nada.

Regresé a la máquina con el alma hecha pedazos. Les referí a todos que con la paja del lino, allá en España, se hacían géneros finos, para manteles, servilletas, sábanas, camisas, etc., etc. Y con el residuo, es decir, con la estopa, se hacía la arpillería para la fabricación de sacos para guardar los cereales y las harinas.

Se burlaron de mí. Y a la mañana siguiente, cuando vino el patrón del pueblo, le contaron todo lo sucedido.

Don Manuel me llamó y me pidió explicaciones. Yo se las di amplias, pues había ayudado en mi casa en esos trabajos.

—¿Podrías hacerme una demostración? ¡Pero práctica!

—Con el mayor gusto!

Tomé una gavilla de lino, sacudí el grano y, acompañado de él, el capataz y el dueño de la chacra, nos fuimos al arroyo. La sumergí en el agua y le puse cuatro o cinco piedras encima, para que no flotara y no se lo llevada la correntada.

—Ahora tiene que estar así, en el agua, una semana.

Así les dije. Regresamos a la trilladora. Y me prendí de la horquilla.

Durante toda la semana fui blanco de todas las burlas.

—¡Recién venido! —me decían—, ¡Ya está renaciendo el lino!

—¡Recién venido! ¡El lino ya está floreciendo!

—¡Recién venido! ¡Ya está graneando el lino!

—¡Recién venido! ¡Ya te robaron los manteles de lino!

¡Yo callaba y me reía de todos!

Al siguiente domingo era la demostración.

El patrón no fue al pueblo, como de costumbre, por estar presente en el momento de la prueba.

Fuimos al arroyo, sacamos la gavilla y con ella debajo del brazo, regresamos a la trilladora. La extendí sobre una tabla para que se oreara. Y, una vez que desapareció la humedad, empecé a golpearla con un palote que ya me había preparado de antemano. A medida que la golpeaba, con la mano izquierda la hacía girar, danto vueltas y más vueltas. A los golpes y los giros, fue soltándose paulatinamente toda la cascarilla y quedó finalmente la fibra del lino, limpia, sedosa. Parecía la cabellera de una muchacha rubia.

Yo les expliqué:

—Esta es la fibra bruta. Ahora falta la «peinada».

Con una tabla que había fabricado, en forma de cuchilla, puse la fibra en la orilla de la mesa para que colgara. Y empecé a golpearla con la cuchilla de madera. Con esta operación, desapareció algún resto de cascarilla y saltó la pelusa, a la que se da el nombre de «estopa». Esta estopa sirve para hacer la arpillera. Y con la arpillera se hacían los sacos.

Para convencerlos mejor, tomé unas cuantas hilachas de la fibra y las retorcí hasta formar un cordón y lo entregué para que lo rom-

pieran. El cordón pasó de mano en mano, pero nadie consiguió romperlo.

Recién entonces, tuvieron fe en mis palabras.

El patrón recogió todo. Lo puso en una bolsita de papel. Y dijo que lo mandaría al Ministerio de Agricultura, explicando el procedimiento sencillo para utilizar aquella inmensa riqueza, que se quemaba y que tan útil podía ser para la nación.

¿Escribió al Ministerio de Agricultura? ¿Mandó las pruebas? ¡¡NO LO SÉ!!

Lo único que puedo asegurar es que la paja del lino ¡¡se siguió quemando!!

¡¡Era una quemazón dolorosa!!

¡Y pensar que con las guerras europeas, la arpillera y los sacos alcanzarían unos precios fantásticos!

¿Se quema todavía la paja del lino? ¡¡NO LO SÉ!!

¡Que alguien conteste por mí!

Buenos Aries-Montevideo

Tres meses duró la cosecha. Recorrimos con la trilladora los campos de San Pedro, Baradero, Río Tala y parte de Arrecifes y Pergamino, para regresar a nuestro punto de partida: es decir, a San Pedro.

No volvimos con la máquina todos los que salimos con ella. Muchos plantaron y se fueron. Y muchos vinieron a pedir trabajo. Los trabajadores del campo son así. Como las golondrinas, van y vienen, siempre con su linyera a cuesta.

La mayoría de estos linyeras son extranjeros. Abundan los italianos y los españoles.

Al regresar a San Pedro, el patrón nos dio una fiesta en su casa. Se comió. Se bebió. Y se bailó, todo en grande.

Después, nos liquidó nuestros haberés. Nos «arregló las cuentas», según el dicho argentino. Y nos despedimos así:

—¡¡Hasta el año que viene!!

—¡¡Hasta el año que viene!!

En la Fonda de los Trabajadores, frente a la estación, terminamos la fiesta con una «cerveceada». La mayoría se retiró a dormir. Manolo, el negro, y yo tuvimos una gran discusión. ¡La primera! ¡Y la última, también!

Él quería, a todo trance, arrastrarme a Rosario. Pero yo me negué rotundamente a seguirlo y le manifesté que tomaría el tren a medianoche, con destino a Buenos Aires.

Fue algo conmovedora nuestra despedida en la estación. Al darnos el último adiós, nos abrazamos. Y el negro sollozó como una criatura, haciéndome llorar también a mí. ¡Los dos fuimos flojos!

Él regresó a Rosario. Y yo partí para Buenos Aires. Ya no nos volvimos a ver más. Si no ha muerto todavía, si por una de esas grandes casualidades llegara a leer estas memorias mías, quiero dejar constancia de mi agradecimiento para con él; para el primer gran compañero que tuve la suerte de tener en la República Argentina, cuando a nadie conocía y me marché al azar, bajo su amparo.

Fue para mí como un hermano mayor. Y con eso ya está todo dicho.

Al día siguiente, llegué a Buenos Aires hecho un «gauchito». Me hospedé en el Hotel Bayona, calle Falucho, cerquita de Retiro. Anduve buscando trabajo y no lo pude encontrar.

Aunque venía bien forrado, deseaba trabajar en cualquier empleo. Pero viendo la inutilidad de mi búsqueda, me acordé de mis paisanos de Montevideo que tenían tambo en el Paso Molino. Y, sin detenerme a pensar más, me embarqué esa misma noche en el «Colombia». Y a la mañana siguiente, a las siete, ya desembarcaba en el puerto de Montevideo.

Me sorprendió encontrar la ciudad toda embanderada. Me dijeron que ese día era una gran fiesta; que dejaba la presidencia de la República don José Batlle y Ordóñez y le transmitía el mandado al doctor don Claudio Williman; que esa tarde habría grandes manifestaciones populares, porque el presidente Batlle había sido un gran hombre y había terminado con las revoluciones entre los dos partidos rivales: el Blanco y el Colorado. Era el 1º de marzo de 1907.

En el restaurant donde me hospedaba pude notar la nerviosidad con que comían los pensionistas, para ir a la manifestación sin perder ningún detalle de la fiesta. Contagiado yo también, comí ligerito. Me vestí de fiesta, con lo mejor del baúl. Y seguí al público que se dirigía a la Plaza Matriz. Y a la Plaza Matriz fui yo.

Cuando llegué, ya estaba repleta de público. Pero donde más se amontonaba era en frente del Cabildo. Y allí me amontoné yo también.

Jamás he visto a un pueblo tan entusiasta, tan patriota y tan delirante.

¡Qué gritos! ¡Viva Batlle! ¡Viva la Patria! ¡¡Viva!!

Frente al Cabildo, hacían guardia de honor muchos soldados y había una banda militar, todos vestidos de gala. Los uniformes los encontré demasiados chillones, dominando el color rojo.

Sonó un clarín. Y la banda empezó a tocar una marcha militar muy linda. Como estaba al lado de los músicos, pude leer el título, que decía: «Tres árboles», marcha militar, por Gerardo Metallo.

El público se amontonó como racimos de uvas y gritó a todo pulmón. Por las escaleras del Cabildo bajaron muchos caballeros, vestidos de gala, con sombrero de copa alta, y algunos militares de alta jerarquía. Corriendo delante de ellos, unos veinte fotógrafos los enfocaban a cada momento. Un vecino accidental, a quien le preguntaba, me daba todos los detalles: aquel del centro es Williman; el de la derecha es Batlle. El militar que va a su lado, ese medio indio, es Galarza. Aquel peleó es Sampañaro. Aquel peludo, de bigotes parados, es el poeta Falco. Aquel señor de aspecto venerable y patriarcal es Zorrilla de San Martín, el autor de «Tabaré», etc., etc.

Seguimos a la comitiva por la calle Sarandí y fuimos a desembarcar en la Plaza de la Independencia.

¡Qué aspecto tan soberbio presentaba esta plaza! ¡Qué multitud entusiasta y frenética la colmaba, a pesar de su gran amplitud!

La cabecera de la manifestación, que llegó por Sarandí, dobló a la derecha, hasta la esquina del Café Tupí Nambá. Siguió por el costado sud de la plaza hasta la Casa del Gobierno. Y allí entró. Despues de un cuarto de hora de espera, aparecieron todos los caballeros de gala en el balcón. Una atronadora salva de aplausos los

saludó. La Banda Militar, que estaba en la puerta, ejecutó el Himno Uruguayo. Todo el mundo se descubrió, guardando un silencio profundo, desde los primeros compases de la introducción. Y cuando llegó el canto, con un entusiasmo patriótico, cantaron en coro:

Orientales: la Patria o la tumba,
libertad o con gloria morir
es el voto que el alma pronuncia
y que heroicos sabremos cumplir.

¡Con cuánta pena escuchaba yo el canto de ese pueblo, sin poder acompañarlo con mi voz! ¡Por no saber!

Recién había llegado esa mañana, para buscar trabajo, y ya estaba entre el conglomerado de aquella multitud abigarrada y patriótica, de políchromos matices y un entusiasmo poseído de frenesí. Y allí estaba yo, mezclado entre ellos; gozando del grandioso espectáculo popular, pero sin poder gozarlo como ellos, con todo el entusiasmo del alma, porque era un extraño que recién llegaba de lejos...

Pero, mientras todos cantaban, yo, con el sombrero en la mano, escuchaba respetuosamente su canto, con el mismo respeto y con la misma devoción que se escucha un canto sagrado delante de Dios.

Terminado el Himno, empezó el desfile. Venían por la calle 18 de Julio grandes grupos de manifestantes, representando a distintos barrios de la ciudad y pueblos circunvecinos. Todos ellos llevaban banderas y estandartes, con carteles alusivos. Ya bastante tardecito, terminó el desfile popular. Se retiraron del balcón los señores de gala y la Plaza Independencia quedó casi desierta.

De regreso en el restaurante cercano al puerto, penetré en el comedor, donde ya había mucha gente cenando. Ocupé el mismo lugar del medio día. Y, como la mesa era larga, los comensales me empezaron a hacer varias preguntas.

En seguida no más, me invitaron a ir al Teatro Cibils, donde una compañía española de zarzuela había preparado un programa colosal, por ser noche de gala.

Acepté muy gustoso la invitación. Y uno de los muchachos salió a comprar las entradas. ¡Pero cuál no sería mi sorpresa, al verlo llegar con delanteras de paraíso!

Como los otros le reprobaron su poca dignidad, para con un invitado extranjero, él les contestó que todo estaba vendido, que consiguió eso, mediante un revendedor conocido.

Recién entonces, me enteré por el mozo que eran estudiantes, que estaban «patos» y que me iba a cobrar las entradas: porque él, el mozo, les había prestado el dinero y si no pagaba yo, que pagaría él. ¡Y eso no era justo! ¡Claro!

Pagué las entradas y nos quedamos un rato de sobremesa, pues era temprano y el teatro estaba cerca.

Unos músicos ambulantes entraron y dieron un concierto gratis (pasando el plato). Se trataba de un viejo, que tocaba la guitarra; una muchacha, que tocaba el violín; y dos chiquitas, que cantaban, por cierto bastante bien. He aquí lo que cantaron:

Por el arco de tu frente
baja cantando un canario
y canta divinamente
y baja muy lentamente
a beber agua en tus labios
como si fuese una fuente.
Dime, niña hermosa:
¿Quién te peina el pelo?
Me lo peina un estudiante,
me lo riza un artillero.
Un artillero, madre,
un artillero
de la artillería
de Montevideo.

Como se disponían a pasar el plato por segunda vez, los estudiantes se levantaron, mirando el reloj, y dijeron: «¡Vamos!».

El Teatro Cibils estaba cerquita. Llegamos pronto, pero estaba repleto.

Dieron primero «La Verbena de la Paloma», de Bretón. Bastante bien representada.

Después le siguió en turno «La Tragedia de Pierrot», de Chapí; también muy linda y bien puesta en escena. Y, por último, «La Gaita Blanca», de Vives.

En esta última función, el programa anunciaba el estreno de dos couplés, por la «gatita», escritos por ella misma.

Mis compañeros habían llevado papel y lápiz, para copiarlos. Así que cuando llegó el momento, los vi a todos muy atentos escribir su letra. Hela aquí:

Un pintor muy afamado
cierta vez quiso pintar
con el Blanco y Colorado
el cielo de esta ciudad.
Probó con el Blanco
y no le agració;
después puso el Rojo
y no le gustó.
Juntó los dos colores
y ese fue el color
y un cielo lindo y rosado
entonces pintó.
Igual alborada
podríamos ver
si blancos y colorados
se juntaran de una vez.

Una salva estruendosa de aplausos coronó a la artista, que tuvo que repetirlo dos veces.

De la cazuela, donde había un enjambre de muchachas humildes, largaron una paloma blanca, con una cinta colorada al cuello. El animalito empezó a dar vueltas, asustado, por todo el teatro. Cientos de manos salían a su paso, cuando se aproximaba a las barandas, para agarrarla. Pero ella no estaba conforme en caer prisionera. Y huía, dando vueltas y más vueltas. Se interrumpió la función para seguir el vuelo de la paloma blanca, con su cintita colorada al cuello, hasta que, por fin, cansada o quizás aturdida por el griterío, se refugió en un palco delantero, donde se entregó, mansita, a una nena como de ocho años que estaba allí con sus padres. Se la dio a la «gatita», quien la besó cariñosamente, besando también la cinta y la paloma. Aquello produjo otra manifestación de júbilo y de aplausos.

Un grupo de cazueleras gritó fuertemente:

—¡Viva Irma de Gáspers!

Y del otro lado de la cazuela, otro grupo no menos numeroso contestó más fuertemente:

—¡Viva Pilar Madorell!

Se oyeron otros gritos:

—¡Que se callen! ¡Silencio! ¡Bochincheras! ¡Conventilleras!

Se armó un griterío infernal. Parecía que se iban a pelear, pero la artista Gásperis, que hacía la «gatita», gritó:

—¿No les da vergüenza? ¡Parece mentira que sean así!

Hubo un silencio y entonces, el director de la compañía, el señor Carlos Salvagni, se adelantó y dijo:

—Simpáticas cazueleras, habéis visto una palomita blanca, con una cintita colorada, volando por todo el teatro, como un símbolo de fraternidad y de paz. Habéis aplaudido el couplé de Irma, que hace un llamado a la unión y a la concordia. Y lo habéis aplaudido con frenesí. Y ahora, que todo parece sonreírnos, queréis hacer estallar una revolución. Por el cariño y las simpatías que tenéis por nuestras dos primeras artistas, ¡no! Irma y Pilar y todos nosotros os queremos a todos por igual y estamos muy agradecidos por vuestras manifestaciones de cariño y simpatía, pero, ¡por favor!, simpáticas cazueleras, guardad compostura y permitidle a Irma de Gásperis estrenar el segundo couplé. ¡Música maestro!

Este discurso calmó los ánimos de las cazueleras y provocó aplausos y aprobaciones del público. Y, en medio de un silencio sepulcral, la «gatita» estrenó este segundo couplé:

Aunque decirles pudiera,
no puedo decirles más,
que es una «tacita de oro»
la República Oriental.
Que los uruguayos
muy galantes son
y las uruguayas
más lindas que el sol.
Que Montevideo
es, sin discutir,
del Río de la Plata
precioso jardín.

¡Bendita la tierra
que ha visto nacer
a José Gervasio Artigas
y a los bravos «Treinta y tres»!

Este couplet fue como un milagro. El público que llenaba el teatro se puso en pie simultáneamente y tributó a la artista una ovación tan grandiosa y tan prolongada, que la pobre, emocionada, prorrumpió a llorar como una niña.

Cayó el telón rápidamente, dando así por terminada la función, por más que todavía faltaba la última escena.

Cuando llegamos al restaurant, los estudiantes me dieron las gracias por haberles concedido el alto honor de aceptar la invitación. Pero el mozo, que estaba presente, les reprochó su poca delicadeza para con un extranjero que por primera vez pisaba tierra uruguaya. Que lo invitaban al teatro y le enjarretaban el pago de todas las entradas.

—¡¡Miserable!!, le gritaron a coro. Nos has puesto en ridículo con tu angurria después que te enriquecemos con las propinas.

Pero el mozo no les aflojaba y los trataba de «vivillos».

Viendo que la discusión se prolongaba, di las buenas noches y me escapé a mi pieza. Estaba rendido.

Para ser el primer día que vivía en Montevideo, había gozado de lo lindo. Las emociones se habían agolpado en tal forma que no me dieron tiempo para recapacitar.

Recién ahora, en mi pieza, solo, pensé que estaba en un país muy agradable y democrático, y que valía la pena fijar la residencia en él. Todo era cuestión de encontrar trabajo y de aprender un oficio.

Ya acostado, pensaba: mañana buscaré trabajo. Y si no lo encuentro, lo primero que voy a hacer será comprar un ejemplar del Himno Nacional Uruguayo, para estudiar letra y música. Quiero cantarlo con los uruguayos, en coro, en la primera fiesta popular. No quiero hacer el papelón de hoy, que mientras todos cantaban con entusiasmo y fervor, yo miraba... como un tonto.

Y me dormí.

Confitero

Dormía plácidamente. Unos golpecitos en la puerta me despertaron. Me senté en la cama. Y respondí:

—¿Quién es?

—Son las ocho, señor.

Reconocí la voz del mozo y respondí:

—Muchas gracias.

Cuando llegué al comedor, el mozo estaba sirviendo el desayuno a unos cuantos dormilones como yo.

Mientras tomaba el café, el mozo se arrimó a mi mesa y, con ánimo de congraciarse conmigo, empezó a echar pestes de los estudiantes. Yo lo interrumpí:

—No crea. Son buenos muchachos todos ellos. Lo que les sucede es que andan «cortinas» de plata. Por lo demás, son excelentes compañeros. Anoche me he divertido en grande con ellos; así que pagar las entradas al teatro, no me dolió.

Guardó silencio. No le salía bien el asunto. Y la propina tiene un poder mágico para los mozos. Cuando me disponía a salir, me atajó:

—Si el señor quiere encontrar trabajo pronto, diríjase a la agencia de colocaciones «La Confianza», calle Colonia, casi esquina con Arapey. Tiene al frente una bandera colorada.

—¡Bandera de remate!, le dije. Y salí a la calle.

Mi primer pensamiento fue ir a Paso Molino, a ver a mis paisanos. Pero en mis oídos sonaban las palabras del mozo: agencia de colocaciones «La Confianza»... Y allá me fui.

En efecto, allí estaban la bandera roja y unas pizarras con los títulos: «Se ofrece». «Se precisa».

En la segunda pedían un peón para confitería. Entré y pedí el empleo.

—¡Cómo no!—, me contestó el italiano. La comisión es un peso con cincuenta céntimos. La casa es buena. El sueldo, propiamente, no es «tanto» grande; «ma» el «patrone» es un español «buono», «e» tiene la mar de pesos. ¡Rico patrón te va a tocar, «caro

figlio»! ¡Allí podrás estar muchos años! Podrás aprender un oficio, «e dopo», te reís de todo el mundo.

Pagué la comisión y me hizo acompañar con un muchachito que, al entregar la boleta y presentarme al patrón de la confitería, para que firmara, me pidió «tres vintenes» para cigarrillos. No tuve más remedio que dárselos.

La confitería era nada menos que la «Confitería y Pastelería de la Exposición de la Feria», calle 18 de Julio, esquina Egido.

Cuando entré a la fábrica, casi me caí de espaldas. Era un galpón de chapa de zinc, ennegrecido por el humo del horno, donde trabajaban ocho hombres, entre maestros y peones.

Parece que hice algún mal gesto, porque el patrón me miró de mal talante y, mostrándome un tremendo garrote, que usaba de bastón, me dijo refunfuñando:

—¿Qué te duele a vos? ¿Por qué torcés así la nariz y el morro? ¡Eeeeh! ¡Habla de una vez, «so jodido»! ¿Qué te pasa!

Lo miré con recelo. Era un hombrón corpulento y alto, con unos bigotazos caídos, hasta taparle la boca; el pelo de la cabeza, abundante y despeinado; un guardapolvo cubría su cuerpo de atleta veterano. Pero, al caminar, rengueaba de un pie. No pude definir, si del izquierdo o del derecho. Era, en verdad, una figura bastante mal formada. Pero yo no sé que atracción de simpatía encerraba que, a pesar de su genio, gruñón y cascarrabias, conquistaba al que trataba.

Tal me pasó a mí que, sonriente, acepté el puesto de peón que me ofreció, por el mísero sueldo de quince pesos mensuales.

Aceptar yo el puesto y cambiar de carácter, fue todo uno. Y ese cambio tan rápido y tan brusco me gustó más todavía. Yo no era psicólogo, pero en seguida adiviné que, debajo de aquel guardapolvo (bastante sucio, por cierto) había un noble corazón y un alma como una estrella. ¡Y no me equivoqué!

El primer día me pusieron a guardar huevos en cal. Para ello, tuve que lavar como veinte bordelesas, que estaban con cal y agua desde el año anterior.

Me puse de cal, que parecía un demonio. Yo pensé: «Otro bautismo de fuego». ¡No importa! Es un día solamente, después... ¡a

rascar latas! ¡a lavar tachos! ¡a baldear pisos! En fin: todo lo peor. Pero yo quería aprender un oficio. Ponía en todo mucha atención. Y trabajaba con voluntad y ligereza.

De peón, pasé a ayudante. De ayudante, pasé a hornero. Y de hornero, a oficial...

Este escalafón me costó cuatro años de esclavitud.

Ya era confitero, pero en la casa no se hacían trabajos muy finos. Tenía sus especialidades, como: ensaimadas, pan dulce, budín inglés, pan de leche, mantequillas, torteles, napoleones, y otros bizcochos más, que llevaban los canasteros por las playas y calles.

A las madrugadas venían los napolitanos a golpearlos en una puerta que había por Egido. Y había que abrirlas. ¡Qué remedio! Si no, no nos dejaban dormir. Y a las tres, ya nos echaban la puerta abajo.

Cuando salía el sol, ya habíamos despachado lo menos a cuarenta napolitanos canasteros, cargadísimos de bizcochos.

Don José Gómez Martínez (así se llamaba el patrón), le ponía a cada canastero su mote correspondiente. He aquí el repertorio de motes: «Pistolero», «Chupahuesos», «Malparido», «Manyapulenta», «Mostacholes», «Cagapoquito», «Sartenazo», «Perejil», «Vivillo», «Cascarrabias», «Sietemesino», «Chorro», «Chorrito», «Chorriado», «Siete Bolsillos», «Monicaco» y otros más que no recuerdo.

Antes de salir a la calle, los revisaba a uno por uno, porque robaban bizcochos y los metían en los bolsillos. Si por casualidad encontraba un bizcocho, levantaba el bastón (el garrote) y el napolitano empezaba a los gritos y juraba que él no fue, que otro se lo puso para «embromarlo».

¡Qué plato! Yo me divertía en grande ayudándole a contar bizcochos, a la madrugada. Con el tiempo, llegó a quererme como a un hijo.

Era solterón, de unos sesenta años de edad. Tenía hijos naturales que estaban esperando su muerte para apoderarse de su fortuna. Poseía, además del negocio, ocho o diez propiedades céntricas, que le daban de renta lo suficiente para vivir. Residían con él dos sobri-

nas y ahijadas, María y Pilar, pobrecitas huérfanas que él recogió, y le ayudaban en el despacho, como dos dependientas. ¡Dos esclavas!

Un día, cayó enfermo. Sufría de una hernia, terriblemente grande. Dos veces había sido sometido a operaciones quirúrgicas, y tras ambas se reprodujo la quebradura, por la mucha grasa. Esa era la tercera.

Las dos sobrinas y ahijadas lo atendían lo mejor que podían. Pero un cuerpo tan pesado, necesitaba una gran ayuda para moverlo. Fue entonces, que me llamaron al lado del lecho del enfermo.

¡Pobre don José! Allí lo encontré tirado, como una bolsa de papas, en una cama revuelta y sucia. Gritaba de dolor, como un animal. Se me partió el alma. Eché a las muchachas y me puse a limpiarlo, humanamente. Lo cambié de ropa, y también la ropa de cama. A pesar de su estado tan deplorable, no perdía su serenidad y su buen humor.

Cuando todo estuvo en orden, me disponía a volver a la fábrica. Y él me ordenó que me quedara, para hacerle compañía.

Por primera vez desde que estaba a su servicio, me habló tan cariñosamente.

—Te he mandado llamar a mi cabecera —empezó diciendo— porque tengo que hablarte. Yo no sé si saldré de esta con vida. Creo que sí. Pero los médicos ya me han dicho que debo retirarme de los negocios y vivir tranquilamente, sin luchas ni rabietas. ¡Y tienen razón! ¡Ya es hora que descance! Y ahora, escúchame. Pero sin interrumpirme. ¡Escucha y calla!

Ya soy muy viejo. Tengo hijos. Pero hijos naturales. Los he criado en la abundancia. Los puse a estudiar. Los quise hacer hombres de provecho. Y me salieron unos vagos. Abandonaron los estudios y no quisieron trabajar con el padre. Por ahí andan, haciendo papelones, y sólo vienen a verme para pegarme «pechazos». Están esperando que «estire la pata» para caer como cuervos «a sacarme los ojos». En fin, allá ellos... Yo ya perdí todas mis esperanzas. ¡No valen nada!

En cuanto a mis sobrinas y ahijadas, «ya es harina de otro costal». Las pobrecitas huérfanas han «cinchado» a la par mía, como dos burras. Y de ellas te voy a hablar.

La mayor, María, anda de novia con ese peluquero que ya me pidió su mano. A ella le voy a regalar una casa. Y a él le voy a instalar una peluquería, para que trabaje.

¡Quiero empezar a pagar mis deudas de honor!

Y llegamos al último capítulo: Pilar... también anda mariposeando con ese telefonista, a quien no lo puedo sacar de la esquina, y la trae loca.

A Pilar también le voy a regalar una casa. Y en esa casa, voy a instalar un negocio de confitería, para vos... Pero a condición de que te cases con ella. Y yo quiero ir a vivir con vosotros. Necesito que me atiendan en mis últimos años. Y todo lo tengo pensado. Piénsalo tú también. Ya es hora de que pienses en serio y te dejes de ir cantando serenatas a la luz de la luna, y de andar «arrastrando el ala» a cuanta «chinita» salga a tu camino. Te doy una semana de tiempo, para pensarla. Hábllale a Pilar. Yo ya le hablé muchas veces. Es necesario que se decidan pronto, para tomar medidas rápidas. Ya soy viejo y enfermo. Necesito descansar y un poco de cariño y otro poco de cuidado.

¡Bueno, puedes retirarte! Te doy las gracias por haberme atendido y por haberme escuchado sin decir una sola palabra. ¡Andate! Y me retiré ligero.

Pueden imaginarse los lectores... ¡cómo salí!

Me acordé de la famosa copla:

Soy feliz y afortunado
y en estas noches de luna
siempre voy acompañado
del Amor y la Fortuna.

La fortuna me sonríe

Cuando llegué a la fábrica, la encontré solitaria. Los obreros ya se habían retirado. Me fui a mi pieza y empecé a pensar. Los acontecimientos se precipitaban vertiginosamente. Y yo andaba desconcertado.

A estas dos chicas, yo las quería mucho, por verlas a las pobres tan desventuradas. Y las respetaba mucho más de lo que las quería.

En realidad, las tenía en algo así como a dos hermanas. Por tal motivo, el padrino las mandaba muchas veces conmigo al teatro, al cinematógrafo, a los toros y a los bailes.

Él sabía muy bien que, yendo conmigo, serían respetadas y no les pasaría nada malo. Ellas también lo sabían. Y pedían que las acompañara. Pero, jamás pensé, ni remotamente, que un día el padrino me haría proposiciones de casamiento con una de las dos.

Y, sin embargo, se había producido la propuesta. ¡Y en qué forma!

Por un lado, la fortuna me sonreía. Pero, ¿y el amor? ¿Había pensado don José en los caprichos del corazón enamorado? ¡No!

Él proponía, imponía y ordenaba. «¡Yo quiero!», había dicho en sus proposiciones.

¡No había nada que hacer! Su propuesta era tentadora. Pero yo debía saber el pensamiento de Pilar. Me dirigí al mostrador. Y, antes de llegar, me encontré con María, que me esperaba y, con una señal, me indicó que la siguiera.

Me llevó a la cocina y empezó a preparar el mate.

—¡Sentáte! —, me dijo. Tengo que hablarte en serio.

Al ofrecerme el primer mate, me preguntó:

—¿Te habló el padrino?

—¡Me habló!

—Y... ¿qué piensas hacer?

—No he tenido tiempo para pensar.

—¡Pues hay que pensarlo!

—¿Qué dice Pilar?

—Mi hermana está cada vez más enamorada de su telefonista. Y por nada del mundo cambiaría de idea.

—¿Está segura tu hermana de que no cambiará de idea?

—¡Segurísima!

—Entonces, no hablemos más. No seré yo el que se cruce en su camino, como una valla.

—¡Lo esperaba de vos! ¡No podías hablarme de otro modo! Ahora... viene lo grave. ¿Cómo se lo decimos al padrino, en el estado en que está? Lo primero que nos va a decir es que lo queremos abandonar, porque está enfermo. Que somos unos ingratos. Que no tenemos corazón...

—Posiblemente, dirá todo eso y mucho más. Ya sabemos cómo se pone, cuando se enoja.

—Mejor, no le diremos nada. Dejaremos que se cure y...

—Pero si me dio el plazo de una semana para definirme!

—Ya lo sé, ya lo sé! Buscaremos la vuelta, para conformarlo.

—¡Que Dios os ayude! Aunque tengo mis dudas. De cualquier forma, yo seré siempre el mismo. Espero que Pilar no se ponga violenta conmigo.

—Al contrario, contentísima!

Así terminó nuestro diálogo, entre mate y mate. Al salir a la calle, Pilar no me miró ni contestó a mi saludo. En la esquina estaba parado, como de costumbre, el telefonista. ¡Me miró fiero! Comprendí. Los enamorados se lo dicen todo. Me alejé rápidamente.

La fortuna que me sonrió por un momento, se me escapó tan rápidamente que ni siquiera pude palparla. ¡Mejor!

Después de todo, la felicidad es imposible entre dos seres que no se aman.

Amor, celos y muerte

Mi situación se puso delicada desde el momento que el amor se cruzó en mi camino. Pasó la semana de plazo acordada. Don José mejoró. Y empezó a preguntar...

Las respuestas fueron evasivas. Como no era ningún tonto, se dio cuenta exacta de la situación y quiso apretar el torniquete.

El primer choque lo tuvo conmigo. Me llamó a su habitación. Y, a puertas cerradas, discutimos con toda amplitud. Pero no llegamos a un acuerdo. Para él, el amor vendría después del casamiento. Lo que tenía Pilar era una «chifladura» muy propia de la juventud, pero que pasaría rápidamente, como pasa un nubarrón que oscurece el

cielo. Descarga un chaparrón. Hay muchos relámpagos y trueno. Después, renace la calma y otra vez brilla el sol. Pero, como yo le contradije respecto del amor, se enojó conmigo y me dio otra semana de plazo para que definiera el asunto.

El segundo choque lo tuvo con las dos sobrinas, porque Pilar no quiso ir sola al duelo y arrastró con ella a su hermana mayor.

La conferencia a puertas cerradas duró dos horas. Debió de ser muy fuerte, porque las dos huérfanas salieron llorando y el padrino rezongando contra ellas.

Durante esa segunda semana, andábamos trastornados los cuatro. El patrón me trataba de cobarde. Pilar me llamaba abusador, desagradecido y angurriento. María, más serena, me decía que dejara transcurrir la tormenta, que todo pasaría. Y yo, trabajaba a disgusto. Andaba buscando por todos los medios otra colocación. No la encontraba. Y, cada vez, se ponía peor el asunto. Una noche, al salir, me paró el telefonista para pedirme explicaciones. Y yo, que iba «con los siete puntos», por toda explicación me le fui al humo y nos tomamos a puños. Fue una pelea linda. Ni él ni yo sabíamos el arte del boxeo. Así que todos los golpes llegaban a destino, limpios, netos, sin ser atajados.

Nos castigamos de lo lindo, de igual a igual, parejos, pero firmes los dos. Se amontonó la gente. Y cuando apareció la policía, salimos cada cual por su lado, a toda fuga, o mejor dicho, a toda velocidad.

Hasta pelea fue el desenlace, porque Pilar, que era testigo, me odió desde ese momento, y hasta me reprochó mi mal proceder, al hacer aquel espectáculo en la puerta de su casa. Yo, a mi vez, también perdí la calma y pedí arreglo de cuentas y me retiré de la casa. Solamente María decía con serenidad: «¡Parecemos una punta de locos!».

Casi, casi, tenía razón.

Al verme en la calle, una gran congoja se apoderó de mí. ¿Dónde iría a parar? ¡En qué forma estúpida me había quedado en la calle!

Aunque tenía algún dinero ahorrado, y un oficio aprendido, me consideraba el más desgraciado del mundo.

Me acerqué a la agencia de colocaciones «La Confianza». Y el italiano me reconoció. ¡Qué ojo tenía!

Conversamos un momentito y le conté «algo». Pero él adivinaba mucho con pocas palabras.

Como no había pedido de oficial confitero, me mandó de... ¡¡mucamo!!

La familia donde entré a trabajar era riquísima y distinguida. La casa que habitaba era un palacio y estaba ubicada en la Plaza Independencia, costado norte. Se trataba de la familia Peixoto de Abreu Lima, de origen brasileño. Tenía casa mayorista en Montevideo, que giraba bajo la razón social «Peixoto y Morales».

No me hallaba a gusto en mi nuevo empleo. Mejor dicho, no servía yo para mucamo. Acostumbrado al trabajo rudo de la fábrica, no podía habituarme a hacer «cositas» como cuidar pajaritos, regar las plantas, correr los toldos, lavar copas y ayudar a servir la mesa, hacer mandados, etc.

Como hablaba en voz alta, las mucamas y la cocinera me chistaban y se ponían el dedo en los labios, imponiéndome silencio... ¡Ni que estuviéramos en misa!

Por estas causas, quería retirarme. Pero, no encontraba otro empleo. Y continuaba allí.

Un día, llegó una carta que puso en danza a todo el mundo. Vendría de París un príncipe heredero del trono de Brasil, de la dinastía de los Braganza. Por los comentarios, supe que, al llegar a Río de Janeiro, las autoridades no le permitieron desembarcar y le obligaron a seguir viaje a Montevideo o Buenos Aires, en el mismo vapor que lo traía de Francia.

Este príncipe era pariente de la familia Peixoto de Abreu Lima y venía a visitarla y a quedarse con ella una temporadita.

Los diarios «El Día», «La Tribuna Popular», «El Diario de la Plata», «La Razón», etc. daban la bienvenida al distinguido viajero. El teléfono de la mansión sonaba continuamente. Los sirvientes corríamos a todas partes y «la casa se daba vuelta».

Aquel trajín me gustó a mí. Vino un chef del Centro de Cocineros, para ponerse al frente de la cocina. Vinieron también dos mozos de comedor, para servir la mesa, vestidos de frac y guante blanco. Y, para terminar la fiesta, alquilaron un frac para mí, para

ayudar a los mozos. ¡Esto no me gustó! ¡Valiente papelón iba a hacer, de frac y guante blanco, yo, que nunca había usado tal «disfraz» de etiqueta!

Cuando me lo puse, dispararon todos de mi lado, pues me dio por recitar los versos de Pierrot a su ideal, Colombina, y hacía unos movimientos tan distinguidos que provocaba la risa, como un payaso cuando sale a la pista del circo.

¡Qué chasco! Yo creía que mis chistes y mis gracias provocaban la risa y la fuga. Pero, al darme media vuelta, me encontré frente a frente con don Carlos Peixoto de Abreu y Lima y el príncipe heredero del trono del Brasil. ¡Qué julepe! Yo no sé cómo no me desmayé. El príncipe, un joven alto y buen mozo, aplaudió y me dijo: «*¡Trés bien, trés joli!*» («¡Muy bien, muy lindo!»). En cambio, el patrón, más rígido, me aconsejó: «Por qué no se va al circo, de payaso?». Salí corriendo, rumbo a la cocina, pero como los pisos estaban recién encerados, pegué un resbalón y rodé espectacularmente. Por suerte, no me lastimé.

Esa noche fue el banquete. ¡Vaya una mesa bien puesta! En torno de ella se dieron cita los más cogotudos personajes de la aristocracia uruguaya, sus respectivas esposas, diplomáticos y sus esposas, etc.

Pero... cuando terminaron de comer la mayonesa de langosta... en la cocina se armó un griterío y salieron las mucamas y la cocinera a los gritos y los lloros.

Corrimos todos a ver lo que pasaba. Los comensales abandonaron el comedor y corrieron también.

¿Qué había ocurrido?

El revestimiento de la cocina era todo de azulejos blancos, incluso el cielo raso. Y, tal vez por el intenso calor de los caños que llevaban agua caliente a toda la casa, y que estaban embutidos en la pared de la cocina, se dilató la argamasa de los revoques y se desprendieron los azulejos de la pared y del techo sobre las pobres sirvientas, que estaban lavando los platos. En cambio, el cocinero, que estaba medio borracho, no recibió ni siquiera un rasguño.

Un médico que estaba en la cena curó a las heridas y dijo «que no era nada, sino un susto».

Yo me quité el frac. Empuñé una pala y saqué aquel montón de escombros al patio. Y siguió el servicio de la cena. Las sirvientas, con la cabeza vendada, siguieron lavando platos y cacerolas.

Cuando terminó el banquete, el dueño de la casa se puso de pie y, levantando la copa de champán, ofreció la fiesta al príncipe brasileño. Agradeció a todos los comensales por honrar su casa con su grata presencia y brindó por la felicidad de todos, en general.

Acallados los aplausos, se puso en pie el príncipe, recibiendo una salva atronadora de ovaciones. Y, en medio de un silencio sepulcral, empezó a agradecer a todos los concurrentes las manifestaciones de simpatía y cariño con que lo recibieron en la República Oriental del Uruguay. Recordó, profundamente emocionado, el dolor que le produjo el Brasil, cuando no lo dejaron desembarcar, obligándolo a seguir viaje. Se enterneció hasta las lágrimas al evocar el momento feliz en que en el puerto de Montevideo lo recibieron con los brazos abiertos sus parientes y amigos. Y terminó dirigiendo un saludo de admiración a las damas uruguayas que, con su ternura, su singular belleza, su cultura exquisita, su elegancia en el vestir, que tanto se parecía a la mujer parisén, y su gracia en el andar, que tanto se parecía a la mujer andaluza, habían acudido a la cena, para él inolvidable, para dar más realce y mayor brillo a la fiesta ofrecida en su honor.

A llegar a este punto, el príncipe se inclinó respetuosamente y exclamó: ¡¡Muchas gracias!!

(Se oyeron sostenidos aplausos)

Después de la cena, se inició un baile animadísimo, que duró hasta el amanecer.

En la azotea de la casa, las sirvientas heridas, el cocinero borracho, los mozos y yo comimos, chupamos y bailamos también, a la luz de las estrellas... pero bastante alumbrados, por dentro y por fuera. El champaña corrió a raudales.

Regresó el príncipe a París. Arreglamos de nuevo la casa. Y volvió la vida normal y aburrida del mucamo.

Me daba hasta vergüenza, de no hacer nada y... terminé por retirarme de aquella casa, tan grande y tan rica, para buscar trabajo de confitero, mi oficio.

Inútilmente buscaba. Todos me decían lo mismo: «Andate a Buenos Aires». Pero yo estaba tan encariñado con Montevideo, que hacía caso omiso de tales consejos.

Me hospedaba en el Restaurant Rovella, calle Egido, entre 18 de Julio y Colonia. Es decir, a pocos metros de la confitería donde había trabajado. Y, para no pasar por delante de la puerta, me iba siempre por la calle Colonia.

La familia Rovella se componía de los padres, don Juan y doña Ángela, cinco hijos varones: Juancito, Raúl, Anselmo, Robertito y Óscar, y una nenita chiquita, cuya gracia no recuerdo.

Tenía tanta amistad con esta familia que a las horas de comer, le ayudaba a servir los comedores y, después, comía con ella, en la mesa familiar. Pero con quien tenía más confianza era con el segundo de los varones, Raúl, de mi misma edad, aficionado a la poesía y a la música. Enamorado como pata de catre. Bailarín y rondador, forzosamente teníamos que congeniar y hacernos amigos inseparables.

Un día, llegué antes de las once para ayudarle. Y Raúl me dijo algo triste:

—Ché, viejo, estuvo aquí dos veces don Santiago Nieto, tu ex capataz, a buscarte. Parece que don José se cayó en la calle 18 de Julio. Al cruzarla, dio con la frente en el cordón de la vereda y está mal.

Me quedé frío. No atinaba a nada. Ni me animaba a ir a visitarlo; cuando, de pronto, entró don Santiago por la puerta, apesadumbrado.

—¿Y...?, le pregunté.

—Se fue!, me contestó.

Y se sentó, quedándose pensativo. Me senté a su lado. Desde que salí de la casa, no había vuelto a conversar con él.

—Hoy he venido dos veces en tu busca. ¿Trabajas?

—No, don Santiago.

—Mira... te doy un consejo: mañana, después del sepelio, anda te a Buenos Aires. Allí hay más campo de acción. Andate, no más. No estés perdiendo tiempo y dinero. ¡Andate!

—Dígame, don Santiago, y las muchachas, ¿cómo quedan?

—¡Como dos pichones caídos del nido! La muerte ha venido tan de golpe, que no le dio tiempo a don José para nada. Y las pobrecitas huérfanas se han quedado «a la luna de Valencia». Yo no sé, pero me parece a mí que ya se cerró definitivamente la Confitería «La Exposición».

A la noche, fui con Raúl al velorio. Pilar, al verme entrar, se retiró lejos. Pero, en cambio, María se me abalanzó a los gritos, con los brazos abiertos. Y, prendiéndose de mi cuello, lo mismo que a la tabla de su salvación, decía:

—¡¡Se murió nuestro padre!!

Aquella forma de abrazarme y aquel llanto tan desgarrador me trajo a la memoria otra escena similar, ocurrida en mi niñez.

Fue aquel momento tan dramático en que doña Matea Ferrero, la madre de Rosita, mi novieca de la infancia, me abrazó de la misma forma, allá en Ansó.

Es que el dolor es en todas partes igual. Y cuando el alma está hecha pedazos, a causa de una desgracia irreparable, los seres queridos se estrechan y confunden en un abrazo, dando rienda suelta al llanto.

Alguien me tomó del brazo para apartarme de allí. Era Raúl Rovella, mi inseparable amigo, que así como compartía conmigo las alegrías, estaba a mi lado en los momentos de angustia y lloraba como yo.

Nos fuimos. Yo tenía deseos de desahogarme. Y allí, delante de tanta gente, no podía.

Cuando llegué a mi pieza, me encerré y lloré hasta cansarme. Después me puse a pensar en mi situación. Solo, lejos del hogar, sin trabajo ni esperanza de encontrarlo...

Tenía razón mi ex capataz, don Santiago Nieto. Me iría a Buenos Aires al día siguiente, después del sepelio. No se podía entregar uno a un abandono sentimental... que el destino, o el amor, o la fortuna le habían hecho una jugarreta. Y, como si tuviese deseos de aliviarme de un peso que llenaba de angustia, me puse a escribir versos. Los pensamientos se me amontonaban, precipitadamente,

en una forma incontenible. Algo así como el agua de una catarata, que se desborda a raudales sobre los abismos.

He aquí los versos a que hago referencia:

Filosofando

¿Quién nos da dicha y dolor?
Amor.
¿Quién trastorna al mundo entero?
Dinero
¿Quién trae guerra y tortura?
Locura.
Si en el amor hay ternura
y el dinero es un metal,
¿quién nos hace criminal?
Amor, Dinero y Locura.
¿Quién ahoga el corazón?
Ambición.
¿Quién da mayores desvelos?
Celos.
¿Quién iguala nuestra suerte?
Muerte.
Si el corazón ama fuerte
y en Otelo no hubo oprobio,
¿quién grita venganza y odio?
Ambición, Celos y Muerte.
¿Quién los misterios encierra?
Tierra.
¿Qué hay después del cementerio?
Misterio.
¿Y en el misterio, hay cristianos?
Gusanos.
¿Por qué tan alto volamos
en pos de ese MÁS ALLÁ,
si el hombre sólo hallará
Tierra, Misterio y Gusanos?
¿Quién grita y causa pavor?
Honor.
¿Quién rige nuestra existencia?
Conciencia.

¿Quién tiene el valor más bajo?
Trabajo.
¡Cuántos hablan a destajo
con frases maravillosas
sin conocer las tres cosas:
Honor, Conciencia y Trabajo!
¿Quién da más profano ejemplo?
Templo.
¿Quién tiene mayor influjo?
Lujo.
¿Quién nos hace sonreír?
Porvenir.
¿De qué nos sirve el sufrir
y luchar contra el destino,
si nos cruzan el camino
Templo, Lujo y Porvenir?
¿Qué hay que hacer para gozar?
Amar.
¿Y para poder vivir?
Reír.
¿Y para nunca llorar?
Cantar.
Amo y río sin cesar.
Canto. Y al llanto detesto.
Por eso es que me he propuesto
Amar, Reír y Cantar.

Serían poco más o menos las tres de la mañana, cuando terminé estos ovillejos. Y, como si hubiese sido un examen de conciencia para una confesión, sentí tal alivio que dormí profundamente hasta las nueve y media.

«Galletas» y premios

Yo quería irme a Buenos Aires. Pero Dios lo dispuso de otro modo. Y seguí trabajando en Montevideo.

Habíamos vuelto del «Buceo», de llevar los restos de don José Gómez Martínez. Y, cuando me estaba preparando para irme al puerto, cayó don Santiago Nieto, mi ex capataz, anunciándome que necesitaba un segundo para el Hotel «Pocitos». El sueldo era bue-

no. Pero, se trataba sólo de la temporada veraniega. Después, ya veríamos cómo nos las arreglábamos.

Acepté en el acto el puesto que se me ofrecía. Y, en vez de embarcarme esa noche para Buenos Aires, nos fuimos a presentar al «Centro de Cocineros», donde nos estaban esperando, para formar la brigada de la cocina para el Hotel «Pocitos».

Fue una temporada deliciosa. Por las noches, después de terminar el servicio de la cena, nos paseábamos por la rambla, respirando los aires salobres del mar y nos bañábamos en sus aguas.

Terminada la temporada, se formó en Montevideo la «Sociedad de Confiteros». Y por su intermedio conseguí trabajo en la Confitería «Petit París», situada en aquel entonces en la calle Canelones, esquina Yí, del señor José Antonio Pomba.

En esa casa, premiada con medalla de honor en varias exposiciones, me perfeccioné en la conservación de frutas confitadas y en la fabricación de dulces, jaleas y mermeladas.

Pero... el sueldo era escaso. Y, como no había esperanzas de aumento, un día que el patrón me hizo una observación muy picante, le retruqué en iguales términos y le pedí aumento de salario.

Nos callamos los dos en seco. Pero, al pagarme a fin de mes me dijo: «que no podía aumentarme porque corrían malos tiempos y que las materias primas estaban cada día más caras. Y... que pata-tín... patatán...».

En conclusión, al día siguiente pasé parte de enfermo y me fui a buscar trabajo por otro lado.

De nuevo caí en la agencia de colocaciones «La Confianza». El italiano me retó feo. Me dijo que no tenía constancia y que me había puesto muy retobado y otras cosas por el estilo. Pero terminó por darme un puesto de... ACOMODADOR. Lo pongo así, con letras mayúsculas, porque me lo dijo, ahuecando la voz, como si fuese un alto parlante, que era de gran importancia. Y esa misma noche ya estaba con un uniforme, de muchos botones, acomodando espectadores en la platea del «Casino Nuevo», en la esquina de Colonia y Andes.

Me tocó un buen compañero, que me enseñó el plano de la platea, con sus filas y números. Y la primera noche ya me saqué dos

pesos de propinas. Lo que sí a todos entregaba, con el boleto del asiento, un programa, una sonrisa y un «muchas gracias».

Pero... al día siguiente tuvimos que refregar y baldear con jabón y agua toda la platea, la entrada popular, los palcos bajos, las dos escaleras de mármol y cuatro letrinas.

A las doce ya habíamos terminado el baldeo. Estábamos empapados de sudor. Yo le pregunté a Benincasa, mi compañero:

—¿Esto se hace una vez por mes?

—¡Todos los días!, me contestó.

Casi me caigo de espaldas. Mi primer pensamiento fue volver a trabajar al «Petit París». Pero al medio día, en el Restaurant Rovella, los compañeros de trabajo me dijeron «que ya sabían que estaba en el Casino y que, en mi lugar, entró otro oficial». ¡Pero qué pronto se corrían las noticias en Montevideo!

No tuve más remedio que seguir refregando pisos, recibir propinas y vestir el uniforme con muchos botones.

Pero... aquí viene lo peor: no tenía ni un día libre y menos de noche. Las funciones del Casino eran puro varieté. Quien va una noche, que haga cuenta que fue todo el año. Se cambiaba a los artistas, pero el espectáculo era siempre el mismo, monótono y aburrido.

¡No me agradaba!

Además, con tantos «peros», ya puede imaginarse el lector que no iba a echar larga campaña en el Casino. Y una noche tuve una discusión con el gerente, un tal Carlos Vuela o Buena. No recuerdo con exactitud el apellido. A raíz de este altercado, esa misma noche, después de la función, me llamaron a la gerencia y me invitaron a que retirara las palabras que le había dicho al gerente. Pero yo, que no estaba conforme en mi empleo, y que quería salir de él, le contesté con más altivez. Y ahí no más me arreglaron la cuenta, firmé un recibo y me vi de patitas en la calle.

¡¡Otra vez a buscar trabajo!!

En la «Sociedad de Confiteros» nunca había un pedido. En las agencias de colocaciones, tampoco. En los avisos de los diarios, menos. Recorrió todas las confiterías, «El Telégrafo», «La Giralda», «El Buen Gusto», «La Sportman», «La París», «La Torino», «La

Rondeau», etc., etc. ¡Nada! No había trabajo para mí. Las plazas estaban todas completas. Algunos oficiales, que se quedaron como yo en la vía, se fueron a Buenos Aires. Otra vez la misma idea, irme a Buenos Aires, lo que yo no quería. Estaba tan encariñado con mi querida Montevideo, que por nada del mundo la quería dejar.

Un día llegué, como de costumbre, a la célebre agencia de colocaciones «La Confianza». Tan pronto llegué a la puerta, me gritó el italiano:

—¡Vení pacá, retobao! Te voy a mandar de repartidor de artículos de chanchería. ¿Querés ir, retobao?

—¡Cómo no!, le contesté alegre.

—Aquí tenés la dirección: Bertoni Hermanos, Fábrica de Artículos Porcinos, Paso Molino, Camino Colón... Págame la comisión y andate, y no te retobés. ¡No quiero verte más por aquí en diez años, retobao de la madona!

Me fui a la chanchería de Bertoni. Y como tenía unos deseos locos de trabajar, nos entendimos con pocas palabras.

Al día siguiente, salí a repartir, con una jardinera tirada por dos caballos. Llevaba cuarenta y cinco facturas.

Recorrió el Centro, el Cordón, la Aguada. Y, al anochecer, regresé con todo el reparto hecho perfectamente.

¡Buen principio!

Parece que entré bien, porque esa noche, después de la cena, me llamaron al escritorio, donde se habían reunido los cuatro hermanos para conversar conmigo. Éstos se llamaban: Tomásito, Carlos, Luisito y Tino. Los cuatro trabajaban como fieras en la fábrica. Pero la dirección administrativa la llevaba Tomásito, el mayor. Y aunque tenían sus discusiones, se querían y se respetaban. La marca registrada de los productos era S.I.C.U., que significaba Sociedad Industrial Comercial Uruguaya.

Era una firma fuerte. El padre de estos cuatro muchachos uruguayos, laboriosos, dinámicos y de empuje, andaba paseando por Suiza, en viaje de descanso, pues había trabajado toda su vida, como un burro, hasta formar la fortuna que ahora administraban los hijos, dándole más impulso.

Cuando llegué al escritorio, me propusieron lo siguiente (habló Tomasito):

—Si usted quiere trabajar con nosotros, le vamos a pagar treinta pesos por mes. El sueldo no es grande, que digamos, pero puede sacar mucho más. Nosotros repartimos por todo el Paso Molino, la Aguada, el Centro y el Cordón. Pero queremos ampliar nuestras ventas por esas barriadas que se están formando, por el Puente Urbano, Punta Carretas, Pocitos, La Unión, Avenida Larrañaga, Camino Millán, Sayago, Colón, el Cerro y Rincón del Cerro.

Para abarcar todo ese radio de acción necesitamos a un muchacho joven y de temperamento jovial y dinámico. Si usted se anima, ponemos a su disposición un caballito criollo, muy ligero y muy fuerte, un charrecito¹⁵ liviano, una patente de corredor y una cartera llena de talonarios de venta. Le vamos a pagar el cinco por ciento de las ventas y, además, le vamos a dar un «premio».

Hay más de cien comerciantes que fueron clientes de la casa y, por hache o por be, dejaron de comprarnos. Si usted los reconquistata, le daremos cinco reales por cada cliente. Este es el premio. Y ésta es la lista de los enojados.

Al decir las últimas palabras, me pasó un papel.

Acepté de inmediato todo lo que se me proponía. Y me fui a descansar. Pero no pude conciliar el sueño en toda la noche.

Los pensamientos se me agolpaban bárbaramente y me pasé toda la noche dando vueltas y más vueltas, en mi catrera.

Frente a mí tenía un panorama espléndido para ganar mucha plata, pero... ¿y si fracasaba?

Este maldito pensamiento, esta idea mortificante, este temor al fracaso me mantuvo toda la santa noche despierto.

Recién a la madrugada, caí rendido y me dormí profundamente.

Pero a las siete menos cuarto, una pitada larga y penetrante me hizo saltar sobresaltado.

15 Nota del editor: Diminutivo de charret o charrete, coche de caballos de dos ruedas y dos o cuatro asientos.

Cuando a las siete entré en el escritorio para recibir órdenes, un empleado me dijo que habían mandado el charret a la fábrica para arreglarlo y que, mientras tanto, seguiría de repartidor.

A los seis días, me fui yo mismo a buscar el charret, con un rosillo petiso y gordito. Tan pronto como lo enganché, salté al pescante y salió como una exhalación. Yo estaba loco de contento. Jamás soñé con tanta felicidad. Y me lancé a recorrer las barriadas del arrabal montevideano, lleno de ilusión.

Me metí por todos los boliches, fiambrerías, fondas, almacenes, carnicerías y verdulerías; yo no sé qué era lo que tenía. Pero en todas las paradas levantaba nota. Entusiasmado por el éxito, le metí duro y parejo. Y como el petiso me respondía ampliamente, me convertí, de golpe y porrazo, en un gran corredor-vendedor.

Cuando ya recorrió todas las barriadas, las dividí en secciones, para ordenar mejor mis recorridos. Y me lancé a reconquistar a los viejos clientes, que estaban enojados con la casa. Es decir, a ganarme el premio de cinco reales por conquista.

La mayoría estaban en el radio céntrico de la ciudad. Los visité a todos en una tarde. Pero... escuché muchas quejas, muchos rezongos y no levanté ni una nota.

Sin embargo, cuando me retiraba, les daba las gracias por todas las explicaciones, les daba la mano y les decía muy risueño: ¡Hasta mañana!

En efecto, al día siguiente, después de hacer mi recorrido habitual, volvía a la carga con los enojados. Y, al cabo de tres o cuatro visitas, se ablandaron un poco y ahí no más aproveché para venderles algo... poca cosa. No importaba la cantidad. Lo esencial era venderles algo. Después ya seguirían comprando a la casa.

Me gané noventa y nueve premios, de cinco reales cada uno.

Sólo me quedaba un enojado por conquistar, un tal Manuel Paredes, almacenero rico, testarudo, nervioso y gallego.

Pero yo era aragonés y le ganaba en todo, menos a dos cosas: a rico y a nervioso. Era más testarudo que él. Y un día que me enteré que le gustaba la música, lo invité a tomar un aperitivo en su misma casa y le canté la «Alborada de Veiga» completa. El gallego que-

dó vencido por el aragonés. Eso sí, que tuve que cantarle después «Noite de Lua» (Noche de Luna), pero levanté una buena nota y así me gané los cien premios.

Este triunfo tan rotundo me dio fama de buen corredor. Me afirmé bien en mi puesto. Y empecé a ganar mis buenos pesos.

¡Por fin había encontrado mi verdadero camino, el que me llevaría al triunfo!

¡Ya era hora!

Había recibido tantas «galletas», que bien me merecía los cien «premios».

Mater Dolorosa

En mi nuevo empleo recorría la ciudad de punta a punta, y me hice popular en el comercio. Ganaba bastante dinero. Vestía bien. Pero... el amor se me mostraba esquivo. Tenía, sí, mis amores pasajeros y amoríos de ocasión. Pero faltaba el amor serio, ese amor que llena la vida de un hombre, absorbiéndolo y mortificándolo.

La tarde de un domingo salí a pasear por el centro, sin rumbo, ni guía, ni misión, ni compañía.

Al doblar una esquina, casi choqué con una mujer que llevaba un hijo en brazos.

—¡Perdón, señora!—, le dije. Y me aparté para darle la vereda.

—¡Santiago!—, exclamó ella.

Levanté la vista sorprendido. Y me encontré frente a dos ojos hundidos en una cara flaca, que me sonreía. Aquella cara... aquellos ojos... los reconocí, lleno de espanto.

—¡María! ¡Cómo has cambiado! ¿Y esa criatura?

Era María, la huérfana, la mayor de las dos hermanas, a las que yo había querido tanto como si hubiesen sido hermanas mías. Desde la muerte del tío y padrino, no nos habíamos vuelto a ver. ¡Cómo corrían los años! ¡Qué vueltas da el mundo!

¡Y cómo cambian los tiempos!

De buenas a primeras, ella, ¡pobrecita!, me dijo que venía del Hospital «Maciel», donde estaba enfermo el padre de su hijo. Agregó que vivía lejos, que no tenía para tomar el tranvía y que estaba sin comer en todo el día; y de yapa, criando.

—¡Ayúdame, Santiago! Por lo que veo, vos estás bien.

La llevé a una lechería, donde se hacían minutitas, y pedí un buen bife a caballo y una botellita de extracto de malta.

Afortunadamente, en el reservado para familias estábamos solos. La pobre madrecita dio rienda suelta a sus lágrimas y me contó toda su odisea.

Al morir el tutor, quedaron solas frente a la vida. Y sin saber qué hacer, sin medios para vivir, se arrimaron con el hombre que amaban y... ¡nada más!

—¿Y Pilar?—, le pregunté.

—¡Ahí anda!

No me dijo ni una palabra más. Y yo respeté su mutismo.

Cuando el mozo le trajo la comida, se prendió con ansias. Yo calculé «que caía muy honda» y para que comiese más cómoda, le tuve la criatura en mis brazos.

¡Pobre angelito! Era muy lindo, pero estaba muy flaquito. Pesaba tan poquito, que apenas lo sentía en mis brazos.

Después que se alimentó, hablamos de los tiempos pasados, de la confitería del tío y tutor, y del casamiento que proyectaba conmigo y Pilar, de la pelea, del telefonista, y mi salida de casa.

—¡Quedamos muy tristes después de tu salida! Ya no salíamos a ninguna parte y el padrino se volvió más cascarrabias y rezongón. ¡Pobre padrino! A vos te quería como a un hijo. Pero...

Se calló. Comprendí que aquel «pero» encerraba algún misterio y le supliqué que me hablara con franqueza. Ella titubeó un instante, pero al fin exclamó:

—Sí, Santiago, te lo voy a contar. Y conste que serás vos la primera persona a quien se lo cuento; la primera y la única.

Calló un momento. Terminó la malta que tenía en la copa y me dijo lo siguiente:

—Todos nos equivocamos en aquella ocasión: mi padrino, vos, Pilar y yo. ¡Yo también!

Ahora que ya tengo un hijo y que he sufrido mucho, puedo hablarte tranquilamente, sin ningún temor de decirte la verdad.

La que estaba enamorada de vos, ¡era yo! Pero nadie supo adivinarlo. Ni yo misma me di cuenta. Recién después que te fuiste, me enteré del error. Pasé noches enteras llorando. Y siempre se me presentaba tu figura. Yo te veía en las paredes, en el techo, en la ventana, en el cielo, en la obscuridad... ¡en todas partes!

Pero tenía vergüenza de decírselo a alguien. Ni a Pilar se lo dije, a nadie...

Recién cuando murió mi padrino, yo pensé: «él vendrá». Y, en efecto, «viniste». Cuando te vi entrar, yo no sé qué es lo que me pasó. Sentí un impulso loco de abrazarte y besarte. Corré a tu encuentro, como una loca, con los brazos abiertos. Te vi llorar y partir. Y me quedé helada. Comprendí que no me querías y que no adivinabas mi amor. Y te dejé partir para siempre, sin confesarte mi gran cariño.

Es una desgracia ser mujer y no poder hablar como el hombre. Es una gran desgracia. Pero así es la vida. Y guardé silencio.

Ahora, ya es tarde. Todo aquello pasó, como una pesadilla. Y queda solo el recuerdo ingrato «de aquel amor no correspondido y no comprendido por nadie, ni por mí misma».

Pero yo tenía la esperanza de que algún día te lo contaría todo. Y ya ves... Ahora que todo lo sabes, parece que me he sacado un enorme peso de encima de mi alma. Algo así como un remordimiento. ¡Qué sé yo!

Y, ahora, ¿no te quedarás resentido por esta confesión?

Calló un momento. El niño empezó a despertarse con unos gemidos. Y allí desapareció la «mujer» para dar paso a la «madre», a la madre amantísima y dolorosa, que cargaba con él, para emprender el calvario de su vida; de una vida pobre y miserable, sin ninguna esperanza de porvenir. ¡Triste porvenir!

Me aparté un poco, para que le diera el pecho. Y, mientras el niño hambriento chupaba y chupaba, María, la madre jovencita y

pobre, cantaba despacito la eterna canción de cuna; esa canción que todas las madres cantan mientras le dan al retoño la savia de la vida, el amante pecho, la divina fuente donde todos los seres del mundo apagamos la sed. ¡¡Maternidad: bendita tú eres, entre todas las mujeres!!

Era la caída de la tarde. En los negocios centrales, se empezaban a encender las luces. Por las calles, los transeúntes iban y venían, apresuradamente, mientras los cascos de los caballos sonaban en los adoquines de piedra, arrastrando coches de llantas de hierro.

Era la hora crepuscular. Ese momento en que las almas se estremecen pensando en el «más allá» de la vida.

En la torre de la Matriz sonó el Ángelus. ¡Qué momento tan emocionante! Cerca de mí estaba María, cantando quedo, muy quedo:

Duérmete, mi niño,
duérmete, mi sol,
duérmete, pedazo
de mi corazón.

Yo estaba desconcertado. Una pena muy honda, muy profunda, me turbaba el alma. Por primera vez en mi vida, comprendí que todos teníamos una misión sagrada que cumplir. A mi memoria acudieron las palabras de don José Gómez Martínez, cuando me decía, con aquel tono tan brusco y tan humano: «¡Ya es hora de que pienses en serio! Déjate de andar cantando serenatas a la luz de la luna y de tenderle el ala a cualquier china que se cruce en tu camino».

¿Cómo no adivinamos el amor de María por mí?

¡Misterio!

¿Acaso ella misma no ignoraba que sentía cariño por mí?

¡Misterio!

Había una fuerza poderosa, más fuerte que nosotros, que nos hacía víctimas de sus caprichos: la fuerza del destino. Y, contra esa fuerza, no podíamos luchar.

—¡Ya es tarde!—, me dijo la voz de María desde las tinieblas.
¡Me voy!

Llamé a un mozo para pagarle y tan pronto apareció, prendió la luz del salón. Le di propina. Y, al quedarme solo frente a María, observé mi cartera, donde había dos billetes de diez pesos. Me aproximé y se los di. En el bolsillo del chaleco tenía unos vintenes. Y se los di también, para el tranvía.

—Es todo cuanto tengo encima—, le dije. Pero pasaré por tu casa, un día de estos, y te daré más. ¿Dónde vives?

—En un conventillo... lejos... Pero no vayas. La gente es mala y pensarla que...

Tomó el dinero, lo guardó en la punta del pañuelo, haciendo un nudo, y, en silencio, me miró con los ojos llenos de lágrimas. Ni siquiera tuvo valor para darme las gracias.

Se incorporó con el niño en brazos y salimos. Al llegar a la calle Uruguay, nos detuvimos a esperar el tranvía. Recién allí, me habló muy animada:

—¿Sabes una cosa? En estos últimos días, como casi no comía, tenía miedo de que se me secanaran los pechos. Ya me estaban aconsejando que llevara a mi hijo al asilo. Pero hoy he notado una cosa. Cuando se despertó en la lechería y le di el pecho, me vino algo así como una «correntada». Y el pobrecito «se atoró». Eso ha de ser porque comí bien y tomé aquel extracto de malta.

—Sí, eso ha de ser—, le contesté.

—¡Qué contenta estoy de haberte encontrado! Pero hice mal en contarte todo eso que te conté.

—¡Has hecho bien! Cuando se tiene una pena muy honda, muy honda, resulta mortificante guardarla encerrada en el pecho. Mientras que si encontramos un buen amigo y se la contamos toda íntegra, nos descargamos de aquel enorme peso que nos aplasta. Y sentimos alivio.

—Sí, sí, sí. ¡Así me pasó hoy!

Apareció el tranvía. Le ayudé a subir y me quedé en la vereda. Ella, desde la ventanilla, me gritó:

—¡Adiós, Santiago! ¡Y muchas gracias por todo!

Arrancó el tranvía y... ¡¡ya no la vi más!!

¿Qué sería de ella? ¡Sólo Dios lo sabe!

Poco tiempo después supe por unos amigos que se quiso suicidar, ingeriendo bicloruro de mercurio. Pero, los buenos y rápidos servicios del boticario del barrio, que le prestó los primeros auxilios hasta que vino la asistencia pública, la salvaron de la muerte.

No supieron decirme cuáles fueron las causas.

¡Pobre María!

¡Pobre «Mater Dolorosa»!

¿Por qué se quiso suicidar?

¿Por miseria?

¿Por amor?

¿Por celos?

¡¡Misterio!!

¡Pobre María!

¡Pobre «Mater Dolorosa»!

María Angélica de la Cruz

Durante el verano, mi paseo favorito era el «Parque Urbano» o la «Playa Ramírez», que de ambas formas se llamaba.

Era la playa más popular y la más concurrida. Y en las tardes de los domingos, caían las sirvientas por docenas.

Fue en una de esas tardes que en la playa izquierda, al lado del «Fuerte Macallé», encontré un gran tendal de huérfanas del asilo, jugando sobre la arena.

Cuatro monjas las custodiaban. Había huerfanitas de todos los tamaños: chiquititas, niñas, muchachitas y mozas.

Entre estas últimas, había una rubia, como de dieciocho años, hermosa como un sol.

Se apartaba muy poco de las hermanas de caridad y no jugaba, como las otras hermanitas de infortunio: «las hijas de nadie».

¿Qué fue lo que me pasó en presencia de aquella hermosa niña?

No lo podré adivinar. Pero me pasé más de dos horas observándola; tanto que ella se dio cuenta y trataba de ocultarse detrás de las

hermanas. Una de ellas, la más vieja, quizás la superiora, me ordenó que me retirara. Como no le hice caso, se me aproximó y me habló, con energía primero y después con dulzura. Me suplicó:

—Por el amor de Dios, retírese de aquí, joven; no venga a turbar la tranquilidad de estas pobrecitas huérfanas, que han salido a tomar un poco de aire y sol.

Lejos de intimidarme, me aproximé a la hermana. Y, después de saludarla muy respetuosamente, le dije que la presencia de aquella huérfana, tan blanca como la nieve, tan rubia como el sol y tan linda como una aurora, me había impresionado de tal forma que me había quedado un rato largo contemplándola. Y terminé preguntándole:

—Perdóneme, hermana, si la he molestado con mi presencia. ¿Hay algo de malo en todo esto? Si es un pecado mirar, dígamello con franqueza y me retiraré.

La hermana se desconcertó. Su cara se puso roja. Me miró un momento, aturdida. Después miró al grupo formado por las otras hermanas y la rubia. Y, al fin, ya más serena, más dueña de sí misma, me contestó suavemente:

—No hay nada de malo en mirar. Tampoco es pecado. Y no tiene por qué pedirme perdón. Pero... usted podrá comprender que este lugar no es apropiado para estas cosas.

—Perdón, hermana; comprendo perfectamente que hago mal.

Dicho esto, me incliné y me alejé, no sin antes dirigir una última mirada a la rubia, que trataba de ocultarse entre las hermanas de la caridad.

Esa noche no dormí. La imagen divina de aquella huérfana se me aparecía por todas partes, en la obscuridad de la noche.

¿Había llegado el turno para mí?

¿Sería el amor el que me tenía en desvelo?

Me acordé de María cuando me contaba que me veía durante las noches, en el techo, en las paredes...

¡Dios mío! ¿Me habría enamorado perdidamente, locamente, de aquella huérfana? Si así fuera, no pisaría más la «Playa Ramírez». Me iría a ver las corridas de toros en la Unión, o a presenciar los

partidos de *foot-ball* entre argentinos y uruguayos. Todo, menos ir al «Parque Urbano», donde las huérfanas del asilo salían a tomar aire y sol.

Pero, llegó el siguiente domingo y... lo mismo que un muñeco, me fui a la «Playa Ramírez». Pareciera que un hilo invisible me tiraba y me tiraba, desde la playa.

Allí estaban las huérfanitas, jugando sobre la arena. Y con ellas, la rubia...

El corazón me daba martillazos, como si quisiera romper el pecho que lo aprisionaba, para ir volando hasta donde estaba la rubia y pedirle un poco de misericordia.

Cuando me vieron, hubo entre ellas algo así como un revuelo de espanto, de temor... ¡Qué se yo!

Parecían conferenciar, discutir. Hasta que al fin, la más vieja, la misma del domingo anterior, vino hacia mí con paso firme y seguro.

—¡Buenas tardes nos dé Dios!—, me dijo muy ceremoniosa.

—¡Buenas tardes, hermana!—, contesté.

—Vea, joven—, empezó diciendo. Si usted insiste en venir, nos veremos obligadas a dar parte. Y María Cruz no podrá venir a tomar aire y sol.

—¿María Cruz se llama?

—Se llama María Angélica de la Cruz. Pero la llamamos, cariñosamente, María Cruz.

—Hermana, ¿cómo podría hacer para hablar con esa niña?

—¡Aquí, imposible!

—¿Dónde, pues?

—Para poder hablar con ella, tiene que ir antes a la Dirección.

—¿A qué Dirección?

—A la Dirección del asilo.

—¿Y qué debo hacer?

—Allí se lo dirán.

—¿Me haré acompañar por alguna persona de respeto?

—¡Como usted guste!

—¿Qué día podré ir?

—¡Todos los días hábiles!

—¿A qué hora?

—¡Cuando usted guste!

—Está bien, hermana. Ante todo, y sobre todo, debo darle las gracias, por su amabilidad.

—Nada tiene que agradecer.

—Y mañana, lunes, iré a la Dirección y pediré me permitan hablar con la niña María Cruz.

—María Angélica de la Cruz.

—Sí, hermana, no me olvidaré. María Angélica de la Cruz.

Me incliné respetuosamente y me retiré. Pero esta vez, las hermanas y la huérfana esperaban rígidas el final de nuestro diálogo.

Cuando me retiré, la «Playa Ramírez» estaba repleta de público. Los tranvías que venían del centro, llegaban completos y se iban vacíos. Me subí a uno de ellos y miré por la ventanilla a la playa. Del lado del «Fuerte Macallé», las pequeñas huerfanitas jugaban en las arenas. Pero las hermanas y la rubia de mis tormentos rodeaban a la monja vieja que mantuvo conmigo el diálogo. A juzgar por los ademanes, parecía explicarles algo muy grave.

Miré de frente al mar. La terraza de madera, que se internaba en el agua, estaba abarrotada de público. Los mozos corrían con las bandejas cargadas de refrescos y licores, para distribuirlas en las mesas. En el centro de la terraza, la Banda Municipal ejecutaba un trozo de «Aída», de Verdi. A la derecha de la terraza, los peones municipales arrastraban las casillas, con dos mulitas, hasta que el agua cubría sus ruedas. Era el lado de los hombres. En el agua había más de doscientos bañistas, todos varones. Al lado izquierdo, se repetía el mismo panorama. Sólo que aquí eran mujeres todas. Cuatro lanchas, con marineros de la Prefectura, recorrían por el foro, para evitar desgracias y desórdenes... ¡Hermoso espectáculo! Sin embargo, mis ojos se dirigían hacia el lado del «Fuerte Macallé», donde una huérfana conferenciaba con cuatro hermanas de la caridad.

Allí estaba el verdadero espectáculo. Jugando en las arenas, las huferfantas, las hijas de nadie, la vergüenza del desliz, el desonor de las mujeres que no tuvieron la suficiente valentía para afrontar ante la faz del mundo lo más sagrado en la mujer: ¡la maternidad! Y, al lado de tanto dolor, una niña de dieciocho años, blanca como la nieve, rubia como el sol y linda como una aurora; me traía tonto perdido, con su belleza divina y su candor angelical.

Los tranvías no arrancaban tan pronto. Formaban un cordón largo. Calló la música. Y el criterio de los que jugaban en el agua absorbía la atención del público, que se agolpaba en las barandas.

¡Música! ¡Música!, gritaban. Ante los pedidos del público, la Banda empezó a ejecutar el vals «Cuando el amor muere». Pusieronse los tranvías en movimiento. Miré por última vez a la rubia. Y, a medida que me alejaba, sentía una pena infinita. Aquella música tan triste me llenó de angustia.

¿No sería un mal «agüero»? «Cuando el amor muere». ¿Moriría el mío?

La mañana del lunes me la pasé recorriendo, como de costumbre, la numerosa clientela que me había formado.

Toda la mañana me atormentaba una idea: ¿A quién podría llamar para que me acompañara a la Dirección del asilo, en calidad de «persona de respeto»?

Por más que pensaba y pensaba, no daba con ella.

A medio día, caí al Restaurant «Rovella», de la calle Egido. Al verme entrar, Raúl, mi gran amigo, me saludó con estos versos de «Flor de un Día»:

Bello país debe ser
el de América, papá.
¿Te gustaría ir allá?
Sería para mí un placer.

Por lo general, le contestaba yo con otros versos de otra obra, o versos míos. Pero, ese día, no hubo versos ni respuesta. Mi ánimo no estaba para chacota. Y tenía los nervios como cuerdas de guitarra.

—¿Qué te pasa, viejo?

La curiosidad de Raúl era natural. Acostumbrado a verme siempre jovial y parlanchín, no podía concebirme de otro modo. Cuando le conté mi situación, me salió con este chiste:

—¿Qué te parece si voy yo como hermano menor tuyo?

No pude menos de reírme.

¡Vaya una persona de respeto!

La comida no me pasaba. Había prometido ir a la Dirección del asilo con una persona de respeto. Y esa persona no aparecía ni en sol ni en sombra.

Por otro lado, mis relaciones eran netamente comerciales: noventa y nueve por ciento, almaceneros. Y ninguno de estos señores reunía las condiciones requeridas.

¿Qué hacer?

Terminé por presentarme yo solo, con mis documentos personales. Eso sí, con el visto bueno del señor cónsul español en Montevideo.

Parece que me esperaban porque el portero me condujo inmediatamente a la Dirección, donde me atendió un sacerdote de ojos de lince y mirada penetrante.

El interrogatorio fue larguísimo. No quedó ningún rincón de mi vida sin escudriñar. Mi origen, mi educación cristiana, mis trabajos en América, todo desfiló a través de aquella charla, que más bien parecía un larga confesión.

Al final, me largó desconcertado, diciéndome:

—¡Todo está muy bien! Pero como usted comprenderá, necesitamos informarnos ampliamente, de América y de España. ¿Cómo se llama el cura de su pueblo? ¿Y el alcalde? ¿Y el juez? ¿Y su padre? ¿Y ahora, dónde trabaja? ¿Dónde vive? ¿Cuáles son sus amigos? ¿Es usted cristiano?

Aquello fue un suplicio. Y cuando me vi libre, en la calle, lo primero que me dije fue esto: ¡Que se vayan al diablo el asilo, el cura ese, las monjas y María Cruz! ¡Vaya un tío ese, para hacer preguntas! ¡No vuelvo más, ni aquí ni al «Parque Urbano»!

¡No faltaría más! ¡Al diablo, con todos juntos!

Pero, cuando llegué a mi pieza, me puse a pensar. Y al ver el almanaque, que marcaba lunes, pensé que estaría todavía siete días sin ver a la rubia.

Ya lo dijo Martín Fierro:

Todo bicho que camina
va a parar al asador.

Esa semana la pasé medio mal. Hice unos cuantos líos en los pedidos, cambiando las firmas. Los repartidores pusieron el grito en el cielo. Y los hermanos Bertoni me llamaron al orden, por primera vez.

—¿Pero qué le pasa?—, me dijeron. Firmas de la Unión aparecen en el Cerro. Otras de Sagayo, las lleva al Centro. Otras, del Paso, aparecen en Pocitos. ¿Qué le pasa?

—Nada—, contesté.

La cara me ardía. Y me puse a ordenar las notas de venta. ¡Vaya empeño! Yo mismo no entendía aquel bochinche.

Por fin llegó el ansiado domingo y me dirigí a la «Paya Ramírez». Pero... ¡oh, sorpresa! La rubia no estaba allí. Estaban las demás huérfanas y también las cuatro monjas, pero no estaba ella.

La hermana vieja se me acercó para decirme lacónicamente:

—María Cruz está de penitencia.

—¿Ha cometido alguna falta?—, le pregunté atolondrado.

—Está de penitencia—, repitió en el mismo tono. Y se alejó.

Aturdido por este contratiempo, regresé al centro y me pasé la tarde dando vueltas, completamente aburrido.

Pasó otra semana y tampoco salió el domingo la rubia a la «Playa Ramírez», con las otras huerfanitas. La hermana vieja me hizo un gesto desde lejos, como indicándome que seguía de penitencia. Y lo mismo sucedió otro domingo, y otro, y otro.

Por Raúl Rovella supe que andaba un señor pidiendo informes de mí. Y a los dos días, recibí una nota, pidiéndome que pasara por la Dirección del asilo.

Acudí y me atendió el mismo sacerdote. Al entrar, noté enseguida que las cosas no andaban bien.

En efecto, me dijo que yo era un muchacho honrado y laborioso, que gozaba de muy buena conducta. Pero... que era muy farrista, que trasnochaba mucho, que me retiraba a descansar a altas horas de la noche. Y... lo peor de todo: que era muy enamorado, que tocaba la guitarra, que hacía versos amorosos y que, con otros amiguitos, andábamos cantando serenatas a la luz de la luna, por los ranchos de los arrabales.

Yo quise explicar, pero él me interrumpió:

—¡Corríjase, muchacho, corríjase! Es usted joven y está a tiempo para enderezarse por el sendero del bien, de la virtud y de la serenidad. ¡Corríjase!

Mientras tanto, llegarán de España los informes que se han pedido. Ahora, una súplica. Mientras usted vaya a la playa, «con intenciones amorosas», María Angélica de la Cruz no saldrá a tomar aire y sol. ¡Puede usted retirarse!

Salí a la calle como un sonámbulo. La paliza moral que acababan de darme era demasiado fuerte para quedarme tranquilo. Me fui a mi habitación y me recosté. Quise dormir, pero no hubo caso. Me dolían los ojos y sentía zumbidos en los oídos; unos zumbidos raros, que parecían decir: ¡corríjase!, ¡corríjase!, ¡corríjase!

Salté de la cama y le contesté: ¡Mal rayo te parta, animal! Y como si estuviera delante del sacerdote, le increpé: ¿De qué tengo que corregirme? ¿De qué? ¿Es un pecado mortal tocar la guitarra? ¿Acaso no toca usted el órgano? ¿Es también un pecado cantar serenatas? ¿Y usted por qué canta misa? ¿Qué dice usted que soy enamorado? ¿Y usted no lo fue de joven, antes de ponerse los hábitos? ¡Sí señor, soy enamorado! Desde niño lo fui. Y por ser enamorado, por tocar la guitarra y cantar serenatas y tomar una borrachera de vino de Jerez en la misa no soy sacerdote como usted. Usted ama a Dios. Yo amo a una mujer divina. Usted formó su carrera. Yo quiero formar un hogar. Usted es un padre cura. Yo quiero ser padre de mis hijos. Usted quiere vivir encerrado. Yo quiero vivir a mi libre albedrío...

Siga usted su camino y yo seguiré el mío. Pero con honestidad, con honradez, con trabajo. ¿Acaso no es éste mi camino? ¿Qué otro camino puedo seguir? ¡Yo no conozco otro! Y este es el que me

enseñó mi padre. ¿Mi padre? ¿Mi padre? ¿Qué tiene que ver en todo esto mi padre?

Me quedé pensando un largo rato. Recordé que mi padre me reprochaba también el saber tocar la guitarra, agregando que sería, por tal causa, un inútil, un borracho y un «camorra».

Los reproches de mi viejo eran idénticos a los de ese sacerdote que se cruzaba en el camino de mi vida, poniendo una valla entre mi amor y yo. Sí, los dos eran igualitos, egoístas y rígidos. No podían, o no querían, concebir que en un carácter jovial como el mío bien podía existir un carácter firme, para no apartarme del sendero del bien.

Y, después de todo, haciendo un examen de conciencia, ¿qué había hecho de malo en toda mi vida?

Primero: tomar un buen lamparazo de vino de Jerez, mientras ayudaba a decir misa. Eso no es un pecado. En todo caso, podría decir que me había empapado de la «sangre de Cristo».

Segundo: negarme a seguir siendo cuidador de cabras y buscar en Francia nuevos horizontes. Tampoco era un pecado. Más bien podría llamarse una nueva iniciativa y «ansias de volar».

Tercero: no querer ser caballerizo en Rosario, largar un caballo en una plaza y marcharme a la cosecha. Tampoco era pecado. Más bien, era disipar el olor a bosta y tirarme al campo a trabajar en la Madre Tierra, y cosechar y trillar trigo, el pan nuestro de cada día.

Y cuarto: enamorarme de una pobre huérfana, más rubia que el sol, más blanca que la nieve y más linda que una aurora.

¿Puede llamarse a esto un pecado? ¡No, no y no!

Los Sacramentos de Nuestra Santa Madre Iglesia lo dicen bien claro: «El hombre y la mujer deben unirse ante Dios y ante el amor, y criar a sus hijos en un ambiente moral, amando a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a sí mismo».

Recordaba yo bien estas lecciones del catecismo y doctrina cristiana. Y, al enamorarme de una huérfanita y pretenderla, obedecía al mandato de Dios.

El resto de mi vida era rectilíneo. Y llegábamos a la conclusión de que mi camino era el camino del bien.

Un pensamiento diabólico pasó por mi frente: ¿No estaría enamorado el sacerdote de María Cruz y por eso ponía tantas trabas?

Era tan linda, tan brillante, tan divina, que todo podía ser.

Con este pensamiento, me puse a escribir unos versos. El tema era, por demás, tentador. Y compuse éstos:

Balada mística

Un niño muy estudioso,
místicamente piadoso,
fue a un colegio religioso
para estudiar y rezar.
Y entre rezos, letanías,
salves, te deums y armonías,
pasaba días y días
entre el saber y el altar.

Y la infancia fue pasando,
ya rezando o ya estudiando
y tan sólo en Dios pensando
con divina vocación.

Era estudiar su ventura,
su gran ilusión, ser cura
y amaba al Dios de la altura
con todo su corazón.

Un día... cantó en el coro
una niña... y el tesoro
de su cabellera de oro
le causó tanta emoción
que el niño cantó sonoro
el «Dios mío, yo te adoro»,
sin concierto, sin decoro,
con un grito de expansión.

Aún parece que contemplo
el «destemple» de aquel templo.
Por dar tan profano ejemplo,
fue juzgado ante el altar
el muchacho «endemoniado»
y fue atrocemente azotado,

confesado y comulgado,
«para poderlo salvar».

Diez años han transcurrido
y el muchacho, recluido,
fue encerrado y sometido
a terrible compulsión.

Pero en su pecho y su mente
no se apagó el fuego ardiente
de aquella pasión latente
que inflamó su corazón.

Para colmo y desventura,
cantó misa, se hizo cura
y el cáliz de la amargura
hasta las heces tragó.
Su vida de celibato
era un suplicio insensato,
guardaba el recuerdo ingrato
de aquel amor que pasó.

Una mañana, temprano,
la campana, en son ufano,
le decía al aldeano
que era día de placer.
Día que a muchos asusta
y a la mayoría gusta;
día que el amor ajusta
a un hombre y a una mujer.

Unos ríen, otros lloran,
las niñas amor imploran
y a San Antonio devoran
con fervorosa oración.
Todos hablan con premura,
los novios sienten pavura
al ver que se acerca el cura
a echarles la bendición.

¡Sonó un grito! El prelado
cayó al suelo desmayado.
Sobresalto, desagrado,
amargura y confusión.
¿Qué le había sucedido?

¡Que había reconocido
en la novia al bien querido
que inflamó su corazón!

Cuando terminé estos versos, los leí varias veces. Y me puse de buen humor. Los tres personajes centrales eran: la rubia María Cruz; el novio, yo; y el cura, el que me pegó la paliza moral. Y, largas carcajadas lanzaba cada vez que terminaba la lectura.

Satisfecho de mis musas, me acosté. Y dormí profundamente. Siempre me pasaba igual. Tenía una pena, la escribía en verso y sentí un gran alivio. Me olvidaba de las penas y dormía profundamente, tranquilamente. ¡Como Adán y Eva en el paraíso!

Lo que sí, a la madrugada, tuve un sueño trágico.

Soñé que había robado a María Cruz y me la llevaba en ancas de mi pingo, rumbo a la Unión. Pero, al tomar campo afuera, el camino de Pando, se me apareció el sacerdote de marras, cabalgando en un tordillo. Y, apuntándome con una pistola, me ordenó regresar a Montevideo.

A esta altura, me desperté. Y... me eché a reír a carcajadas. ¡Vaya un sueño!

El frío de la calle

Dos meses anduve esperando y recorriendo las calles de Montevideo, con charrecito y mi pingo. Después de la nerviosidad de los primeros días, vino la resignación y la serenidad. No cometí más errores con mis notas de venta. Y, aunque iba todos los domingos al «Parque Urbano», la rubia ni aparecía, ni en el sol ni en sombra.

Ya empezaba a mostrarme indiferente, cuando un acontecimiento doloroso emocionó al público uruguayo y a mí. En el umbral de una puerta, en pleno centro, un vigilante recogió a una niña de dos meses, hermosísima, envuelta en harapos.

Los diarios se ocuparon en extensas crónicas del hallazgo. Y hacían un llamado humanitario a la madre que, por ocultar un desliz vergonzoso, abandonaba el fruto de sus entrañas en el mármol frío de una puerta señorial y en una noche cruda, que pudo acarrearle la muerte.

Yo leía y releía los diarios, completamente emocionado. Tenía tanta similitud este asunto con la rubia que no pude resistir la tentación de escribir unos versos, dedicados a «ella». Algo así como un monólogo recitado por «ella». Helos aquí:

El frío de la calle

Noche fría y silenciosa,
noche de escarchas...
Al recordarte, a mis ojos
acuden lágrimas.
La calle se ve desierta.
Las puertas están cerradas.
Y, en el reloj de la torre,
repican tres campanadas.
«Las tres», dicen los noctámbulos,
de retirada,
y, ateridos por el frío,
corren y saltan.
El agente de la esquina
da dos pitadas
y lo mismo hacen todos
sus camaradas.
La luna manda a la Tierra
su luz tan pálida.
Y las gotas de rocío
parecen lágrimas.
En el umbral de una puerta
hay una cosa algo extraña.
Es un bullo chiquitito
que sobre el mármol descansa.
Repite el reloj cercano
tres campanadas
y repiten los agentes
las dos pitadas.
En la silenciosa calle
reina la calma.
Los árboles, ya sin hojas,
por las heladas,
dibujan al columpiarse
sombras fantásticas.
Y el cielo está salpicado

de estrellas mágicas.
Los transeúntes, junto al bulto,
todos pasan... todos pasan...
todos miran... todos miran...
¡pero nadie lo levanta!
De pronto, se oye un chillido
que llega al alma
y que estremece la calle
tan solitaria.
Es el llanto de una niña
abandonada
en el umbral de una puerta
que está cerrada.
Y es de aquel bulto de harapos
de donde escapan
los gritos desgarradores
que inspiran lástima.
El agente pide auxilio.
Viene urgente la ambulancia
y al asilo lleva el bulto
en que está la niña embozada.
Noche fría y silenciosa,
noche de helada...
¿Por qué tu triste recuerdo
llena mis ojos de lágrimas?
¡Porque el frío de la calle
es el frío de mi alma!

Esta poesía la compuse una noche, después de salir del Teatro «Solís», donde se representó «Canción de cuna», de Martínez Sierra, por vez primera en Montevideo.

El éxito fue colosal, pues el ambiente estaba impregnado de dolor, por la niña abandonada junto a una puerta. Yo no sé por qué será, que los acontecimientos se enlazan unos a otros y se agolpan en la vida, como si quisieran precipitarse en un torbellino y apresurar el ritmo de vivir.

Durante dos domingos seguidos, me fui al «Parque Urbano» y... nada. Como los domingos anteriores, no estaba «ella».

Ya empezaba a desilusionarme, cuando recibí de España una carta de mi familia.

Mal efecto produjeron los pedidos de informes del asilo de Montevideo, porque me preguntaban, alarmados, qué me había sucedido.

Habían llamado a mi padre a la casa del cura, donde estaban reunidos el cura, el alcalde y el juez. La reunión se había hecho a puertas cerradas y duró dos horas. Después de cambiar ideas, había contestado los cuatro por separado, dando amplios informes y solicitando explicaciones, pues no las daban al pedir informes.

Al día siguiente, recibí una nota del asilo, pidiéndome pasar por la Dirección.

Cuando hube leído estas dos cartas, me asusté. En realidad, recién entonces me di cuenta del lío tremendo en que me había metido.

Mi primer pensamiento fue no asistir a la cita y abandonar aquel amor, que se me presentaba tan lleno de complicaciones. Pero, a los tres días, recibí otro llamado. Y entonces pensé que era una cobardía no hacer acto de presencia. Así, pues, me vestí y acudí al asilo.

Me recibió el mismo sacerdote de siempre. Pero, esta vez, fui yo el que se presentó más serio que un libro de misa y más firme que un monte.

Me hizo muchas preguntas. Y todas fueron contestadas con firmeza y serenidad.

Cuando terminó el interrogatorio sobre mi persona, empezó a preguntarme sobre mis pretensiones con respecto a María Angélica de la Cruz.

Yo lo miré fijo. Y le dije muy ceremoniosamente:

—Por el momento, sólo pretendo una cosa: ¡hablar con ella!

—¿Nada más?—, me dijo irónico.

—¡Nada más!—, contesté tranquilo.

Nos miramos en silencio, sin pestañear. Aquello parecía un duelo de miradas. Pero él fue el primero en pestañear y desviar la mirada a otro lado. ¡Lo derroté!

Sobre su mesa tenía unos papeles. Tomó uno y me preguntó:

—¿De modo que usted, allá en su pueblo, era monaguillo?

—Sí, padre.

—¿Y ayudaba a decir misa?

—Sí, padre.

—¿Y cantaba las Aves Marías?

—Sí, padre.

—¿Y le gustaba el vino de Jerez?

A esta última pregunta, guardé silencio. Él sonrió. Cambió de postura en su asiento y, clavándose su mirada de lince, me preguntó:

—¿Es cierto que allá, en su pueblo, hacía romances y versos?

—Sí, es cierto.

—¿Y que tocaba la guitarra?

—También.

—¿Y que cantaba serenatas de amor?

—También.

—¿Y que tenía novia?

—También.

—¿Y que por todas esas causas no siguió sus estudios de cura?

—Mis estudios no pasaron de la escuelita aldeana. «Primera enseñanza», como dicen allá.

—Y aquí en América, ¿cuáles fueron sus estudios?

—El trabajo.

—Pero, según informes, ¡sigue haciendo poesías!

—Sí, padre.

—Así que es poeta?

—Hago versos.

—¿Los publica?

—Algunos, sí; otros, no.

—¿Y los que no publica, a dónde los destina?

—¡Al canasto!

Se rió un poco irónico y me dijo como despedida:

—Está bien. Estudiaremos el asunto, detenidamente.

Sentí algo así como si me recorriera por el cuerpo un millón de hormigas. Y, sin encomendarme ni a Dios ni al diablo, le pregunté:

—¿Y para todo esto me ha hecho venir?

La cara amarillenta del sacerdote se puso encarnada. Me miró fiero, desde la cabeza hasta los pies, y, después, me clavó sus ojos en los míos. El duelo de miradas se repitió sin pestañear... fijos los ojos en los ojos. Y, por segunda vez, tuvo que pestañear él primero y desviar su mirada.

Se puso en pie, molesto, y exclamó:

—¡Por hoy, hemos terminado!

De nuevo sentí el hormigueo y le contesté:

—Dígame, padre.

—Hable.

—¿No sería posible hablar hoy mismo con María Cruz?

Por toda respuesta, movió la cabeza negativamente varias veces.

—¿No? —, le dije nervioso—. Entonces, no me cite otra vez.

—¿Por qué?

—¡Porque no vendré más!

—Como usted guste.

Me incliné respetuosamente e inicié mi retirada. Pero, al llegar a la puerta, me atajó.

—¡Un momento, joven!

—¿Me llamaba?

—Sí. Le voy a proporcionar lo que me pide.

Tocó un timbre y entregó al portero, que vino ligero, un papel escrito.

De nuevo quedamos solos, frente a frente.

Al pensar que iba a hablar con la rubia, sentía el corazón «galopar». Las piernas se me aflojaban, con un leve temblor, y la cara me

ardía. En este estado tan calamitoso, la mirada del sacerdote «me fulminaba». Comprendí que se tomaba el desquite, por las dos derrotas anteriores. Y me le cuadré, en un ademán de desafío.

—Joven—, me dijo. Estoy satisfecho de su actitud. El otro día quedé mal impresionado de usted. Pero hoy he descubierto en usted un carácter recto y firme. Por tal motivo, le proporciono la primera cita. Allí viene el portero. Él lo conducirá. ¡Que Dios lo acompañe!

Seguí al portero por unos corredores y unas escaleras. Y, al llegar frente a una puerta, se paró y me dijo:

—Aquí es. Entre.

Y se fue.

Quedé un momento indeciso. Pero, al fin, empujé la puerta y entré.

Allí estaban, paradas, las dos: la rubia y la hermana vieja.

Las miré un momento. La monja me saludó con una inclinación. Pero «ella» ni me miró, ni levantó la vista del suelo. Hubo un silencio de tumba.

—Buenas tardes—, dije para empezar mi «coloquio amoroso».

—Buenas tardes nos dé Dios.

Fue la monja la que contestó al saludo. «Ella», nada.

Yo pensé: ¡es muda, sorda y ciega!

Y así quedamos un rato largo, como tres estatuas. ¡Qué situación tan ridícula! Al fin, me decidí a hablar con la monja:

—Hermana, yo creí que sería mejor recibido.

Por toda respuesta, me hizo un gesto de resignación. Y, como María Cruz se ocultó detrás de ella, me sentí molesto. Sin más trámites, me incliné respetuosamente y saludé:

—¡Buenas tardes nos dé Dios!

Y salí rápidamente, sin esperar la contestación.

Cuando llegué a la puerta, el portero, sorprendido, me dijo:

—¡Ah, la feria! ¿Tan pronto?

Yo salí como rata por tirante, sin contestarle. Me alejé a paso ligero. Al doblar la primera esquina, acorté el paso, recordé la actitud fría de la huérfana y pensé en los últimos versos de «El frío de la calle»:

¡Porque el frío de la calle,
es el frío del alma!

¡Qué desilusión tan grande.

A un metro de la muerte

Al día siguiente de mi primera entrevista amorosa, con la huérfana rubia, recorrió mi numerosa clientela sin ninguna preocupación. Sólo pensaba vender, vender y vender.

Si alguien me hubiera dicho: «Cásate con María Cruz, tiene todo el ajuar hecho y cinco mil pesos de dote», yo le hubiera contestado: «Aprovecha la ocasión. Puedes ganarte los cinco mil pesos y casarte con ella. Te la regalo, con ajuar y todo».

¡Qué desilusión tan grande! ¡Y para esto tantos informes, tantas recomendaciones y tantas preguntas atrevidas?

¿Para qué tantos recehos? ¿Para qué? ¿Para encontrarse con una momia, que ni siquiera supo contestar a las buenas tardes?

Todo lo que supo hacer fue clavar la vista en el suelo y ocultarse detrás de la monja. Ni una mirada, ni una palabra, ni una sonrisa, ¡nada!

¡Qué calamidad tan grande!

¡Y con «eso» me iba a casar yo! ¡No, hombre, no! ¡Primero me arrojaría al mar!

Mi petiso rosillo troteaba lo más lindo. Parecía no sentir el peso del charrecito. Al llegar a la puerta de los clientes, se paraba solo. Sabía el reparto mejor que yo. Y, mientras no salía yo del negocio del cliente, no se movía por nada. Pero, en cuanto salía, soltaba la cadena que maneaba la rueda y ponía un pie en el estribo, arrancaba de golpe, al trote. Y, al llegar al próximo cliente, se paraba en seco otra vez. ¡Otra vez! Yo lo cuidaba mucho. Lo tenía siempre bien herrado, bien rasqueteado y cepillado. Le lavaba las patas todas las

mañanas. Le pintaba los vasos. En la rejilla, tenía siempre alfalfa. Y, en el pesebre, avena.

El charrecito lo lavaba todos los lunes a la mañana y ponía en los bujes grasa «EMPUJÓN» en abundancia.

Mi rosillo y mi charrecito eran el orgullo de mi vida. Una mañana andaba yo por el camino Millán lo más orondo cuando se me acercó un vasco lechero que regresaba a su tambo con los tarros vacíos. Me saludó y puso su caballo a la par del mío, en un trote bastante ligero. Comprendí la intención del vasco y, recogiendo las riendas, llamé a mi rosillo y nos trenzamos en una troteada. Anduvimos parejos hasta detrás del Prado. Allí doblé yo para el Paso Molino y el vasco siguió rumbo a Colón. Pero, al separarnos, me gritó: «¡Te corro una carrera!».

Yo le contesté: «¡Bueno!».

Y al día siguiente nos encontramos por el recorrido del centro, en un almacén y concertamos una troteada desde «Lezica» hasta la «Cuchilla Fernández» para el domingo próximo a la mañana.

El premio era un cordero «ensillao». Él llevaría invitados a unos cuantos vascos lecheros, que se encargarían del asado y los «vicios». Y yo, llevaría a Raúl Rovella y a unos cuantos amigos. Por vez primera, ese domingo no fui al «Parque Urbano».

La noche del sábado, víspera de la troteada, nos reunimos en un almacén, para tratar las condiciones. Después de un rato de discusión, llegamos a un acuerdo y nos fuimos a dormir.

A la mañana siguiente, muy tempranito, ya estábamos reunidos en la «Cuchilla Fernández» los que tomábamos parte.

El vasco lechero, mi rival y desafiante, iría acompañado por mi amigo Raúl Rovella, que haría de juez.

Yo tenía por compañero y juez a un vasco lechero, amigo de mi rival. Y detrás de nosotros venían seis amigos de ambos, en tres arañas, para controlar y acompañar.

Allí nos enteramos que, a medianoche, habían salido, en cuatro jardineras cargadas, los encargados de preparar el asado, en una quinta de «Lezica», propiedad de un tal Etchepareborda, que era el punto terminal de la carrera.

Las condiciones fueron severísimas. Nada de rebenque. Nada de galope. Y nada de estorbarse, ni cruzarse en el camino. El que tal cosa hiciera, perdería la carrera.

Antes de salir el sol, nos preparamos. Al sonar un tiro de revólver, largamos.

En los primeros cien metros fuimos parejos.

Yo veía que mi rosillo quería largarse a todo trote. Pero lo sujetaba. Como la carrera era con araña, los animales iban livianísimos.

A medida que nos acercábamos a Colón, el vasco se me adelantaba, poco a poco, unos ocho o diez metros. Pero yo no perdía la serenidad. Y más bien sujetaba al rosillo, que a todo trance quería disparar.

Al llegar a Colón, doblamos a la izquierda para tomar la «Avenida de los Eucaliptus». Ya faltaba poco para llegar y mi rosillo estaba fresco. Cuando pasamos frente a los viñedos «Giot», nos emparejamos. Yo me había puesto en los bolsillos unas piedritas y empecé a tirárselas a mi rosilla en las ancas. El resultado fue espléndido. Mi rosillo se lanzó a todo lo que daba, sin dejar de trotar. Y, pronto, dejé al vasco diez o doce metros atrás.

Cuando pasamos el puente del arroyo Lezica, ya le llevaba media cuadra de ventaja. El rosillo estaba blanco de espuma y se estiraba de lo más lindo, manoteando rápido. Allí empezaba una cuesta bastante pendiente. Y mi rosillo la subía con facilidad. La carrera ya era mía totalmente. Miré para atrás y vi que el vasco y Raúl discutían. Me dijo mi compañero: «Es que el caballo de mi paisano levantó al galope. Y su amigo manoteó las riendas. Por eso discuten».

Llegamos a la quinta, donde nos esperaban los amigos en el camino. Un griterío nos saludó y nos proclamó victoriosos. Entramos en la quinta. Y, después de secar al rosillo, lo tapé con una frazada que llevaba bajo el asiento.

El vasco fue buen perdedor. Y, en vez de enojarse, me felicitó. La discusión que tuvo con mi amigo fue, efectivamente, por que le manoteó las riendas. Pero él mismo se dio cuenta, en la «Avenida de los Eucaliptus» que perdía, cuando vio que lo pasaba velozmente.

—No hay nada que tacharles a ninguno de los dos. Fue una carrera noble, limpia y leal.

Así hablaron los del controlador, que nos siguieron todo el trecho.

Como el asado estaba ya doradito, nos prendimos como fieras. Allí no faltaba nada. Había vermouth y sandwiches, para empezar; vino y cerveza, para acompañar el asado, y fruta en abundancia. Hasta café y caña para el final.

En verdad que el cordero estuvo bien «ensillao»; y que también había asado de vaca.

El lugar era espléndido. Había verduras, frutas, agua de pozo, fresca y cristalina, mucha sombra y mucho pasto. Así que los farristas y los caballos estábamos en la gloria.

Pasamos un domingo feliz. La cuenta subió a cuarenta pesos uruguayos. Pero, como éramos amigos los carreristas, propuse que pagáramos a medias. Y entregué veinte pesos al encargado de la fiesta.

Protestó enojado el perdedor, pues, según él, aquello era una ofensa. Pero como todos discutían y nadie se entendía, se acudió a una votación y, por mayoría de votos, nos tocó pagar a medias. Así se cerró el debate y todos quedamos contentos.

Cuando se puso el sol, enganchamos y regresamos a la ciudad. Por el camino armamos un coro algo fenomenal. Aquello no era coro, ni canto, ni nada que se le pareciera. Era un griterío infernal.

Al llegar a la «Cuchilla Fernández», nos detuvimos para despedirnos. La mayoría de los lecheros vivían en el Rincón del Cerro y otros por las orillas de la ciudad. Al despedirnos, un relámpago iluminó el cielo y el mar, por el lado sud, y empezó a refrescar.

¡¡Tormenta!!, dijimos todos. Y nos apresuramos a regresar a nuestras casas antes del chaparrón, que venía galopando por el Sud, anunciándose con relámpagos y truenos.

Después que llevé a Raúl Rovella a su casa, regresé a la barraca donde alquilaba el pesebre. Una vez que dejé el caballo y la araña bajo techo, el caballerizo me hizo ver que habían robado del farol del charret el elástico de alambre de acero que mantenía la vela siempre alzada.

—Compraré otro—, le contesté. Y me fui a mi pieza.

Esa noche llovió torrencialmente, con un fuerte viento sud que azotaba y silbaba en los alambres.

Yo dormí profundamente. Después de la farra campestre, llegué rendido. Y, tan pronto me acosté, me quedé duro.

A la mañana siguiente me levanté para enganchar la araña y hacer mi recorrido de siempre. Todavía llovía menudito. Y, al salir de la puerta de mi casa, vi en la vereda un alambre que pendía de un techo y terminaba en una punta retorcida, en forma de tirabuzón.

Me acordé del resorte del farol. Y busqué en la cintura mi cuchillo, para cortar aquel cable, que podría servirme para sostener la vela. Pero no tenía el cuchillo. Recordé que lo había guardado en el cajón del asiento de la araña. Entonces pensé: «Voy a enganchar, vendré y cortaré el alambre. Y asunto concluido».

Pero cuando estaba poniéndole el freno a mi rosillo, noté que, por la calle, corría mucha gente. Una mujer lloraba desesperadamente a gritos.

Salí a curiosear y vi a un grupo de vecinos rodeando a una niña que estaba inmóvil en el suelo. Entre un vigilante y dos vecinos sujetaban a una mujer que pedía a gritos desgarradores que la soltaran. Corrí al lugar del hecho y vi que una niña de ocho años estaba completamente carbonizada y tenía en su mano, apretado, el cable que terminaba en forma de tirabuzón.

Se trataba de un cable eléctrico, arrancado por el temporal, y que la pobre criatura, al pasar, tocó, recibiendo una descarga eléctrica que la fulminó en el acto.

Regresé a la barraca completamente descompuesto. No acertaba a hacer nada. Y le pedí al caballerizo que soltara a mi rosillo y que no lo enganchara, por estar mal.

¿Qué hubiera sido de mí si hubiese tenido el cuchillo en la cintura? En esos momentos estaría hecho carbón, en vez de aquella pobrecita niña.

Más de un mes estuve desconcertado y no podía olvidar que había estado ¡¡a un metro de la muerte!!

Para aturdirme y olvidarme de aquella visión tan trágica, me iba todas las noches al teatro Royal, donde el célebre «Cotorrita» estre-

naba semanalmente una chispeante comedia, no apta para menores ni para mujeres. Se llenaba el teatro con gente de todo calibre y toda edad, pues las comedias de «Cotorrita» estaban llenas de chispa y de gracia y obtenían un éxito rotundo.

Las ferias francesas

Llegó el invierno de 1914.

Las noticias que llegaban de Europa no podían ser más trágicas. Alemania había movilizado su poderío militar y se lanzó a la conquista de toda Europa y del mundo.

En Montevideo, estas noticias repercutieron rápidamente. Se paralizaron los trabajos del puerto. Empezaron a escasear las materias primas. Muchas industrias cerraron sus puertas. Subieron los precios de los artículos de primera necesidad. Y el comercio minorista sufrió una crisis espantosa.

Lo que más pronto faltó en la ciudad fue el azúcar. No se conseguía ni un solo kilo en los almacenes minoristas.

Como los mayoristas no tenían en depósito, la plaza «se amargó» de golpe y porrazo. Y, al faltar la dulzura, todas eran amarguras.

Yo recorría mi numerosa y distinguida clientela, al santo cohete. No hacía nada. No levantaba notas ni los sábados. Y se me caía la cara de vergüenza cuando por las noches llegaba al escritorio de la Casa Bertoni, sin notas de ventas. El pánico fue alarmante y desconsolador.

Un día tuve necesidad de ir a la Intendencia Municipal. Y el señor intendente, creyéndome uno de los hermanos Bertoni, me propuso establecer venta de azúcar en las Ferias Francas.

—¿Azúcar?—, contesté yo en el colmo del asombro—. Si recorremos la ciudad, almacén por almacén, no conseguiremos un kilo.

—La Municipalidad ha recibido un gran cargamento de azúcar de un país vecino y amigo. Sólo falta distribuir la venta. Y hemos pensado que lo más práctico sería venderla directamente al pueblo, por intermedio de las Ferias Francas. Como ustedes tienen puestos de artículos porcinos en dichas ferias y se quejan que no venden dada, podríamos llegar a un acuerdo. ¿Qué tal?

—Sr. intendente, la propuesta que usted nos hace es digna de estudio. ¿Qué le parece si pedimos tres días de plazo, para pensarla?

—Aceptado. Dentro de tres días, espero la respuesta.

Cuando regresé a la fábrica y les dije a mis patrones la proposición municipal, azucarera, se echaron a reír. Recordé, entonces, que andaba por las ferias un español, almacenero, que apenas sacaba para vivir. Y le transmití la conversación que había tenido con el intendente. Pero este buen señor no se animaba solo y, como yo no hacía nada, le propuse emprender el negocio entre los dos.

Nos presentamos al intendente. Y después de una hora de discusión, lo convencimos.

La Intendencia nos daría diez bolsas de azúcar diarias. Nos prestaría una pieza en el Mercado Central, para depósito y fraccionamiento. Nos prestaría un camión de la Comuna para el transporte y un puesto en la Feria Franca, para la venta.

Nosotros, por nuestra parte, teníamos que pesar el azúcar en paquetes de un kilo. El papel de estraza para envolverla sería por nuestra cuenta. La venta al público, también. Y, al levantar el puesto al medio día, teníamos que entregar al inspector y director de la feria el importe de la venta diaria, pesar el resto que no se vendiera y pasar por Intendencia, a cobrar el cinco por ciento de comisión, todos los días.

Al día siguiente, nos entregaron las diez bolsas de azúcar. Pesamos, empaquetamos y encajonamos todo. Durante esa noche, trabajamos como tigres. Nos acompañaba la señora del almacenero, una portuguesa guapa, que nos cebaba mate y nos daba charla para que no nos durmiéramos parados.

A las tres de la mañana, terminamos el empaquetamiento y la pesada. Nos recostamos un rato, sobre las bolsas vacías, y a las cinco en punto ya nos avisó el sereno que estaba el camión esperándonos en el portón. Cargamos los pesados cajones y nos dirigimos al Mercado de Abasto, en «La Aguada», para empezar la venta. Todavía no había amanecido.

A las siete empezó la aglomeración del público. Sólo se vendía un kilo por persona. A las diez, ya estábamos con el puesto «pelao». Y un público inmenso nos gritaba: «¡Despácheme, despácheme!».

Se fue el camión a buscar cinco bolsas más. Y empezamos a pesar y empaquetar delante del público que, ordenado y dirigido por la policía, formó fila, para evitar gritos y confusión. A las doce, ya no teníamos más azúcar. Pero, como estábamos agotados, se levantó el puesto hasta el día siguiente, en que nos tocó de turno «Paso Molino».

Hubo que reforzar la cuadrilla con muchachos activos para pesar y envolver, porque a los tres días de feria el almacenero, la portuguesa y yo no dábamos más. Estábamos completamente doloridos. Y eso que, día por día, pesábamos y envolvíamos más rápidos. Pero la falta de descanso nos acobardó.

Sin embargo, estábamos satisfechos de la empresa porque, además del cinco por ciento de comisión por la venta del azúcar, llevábamos yerba-mate, arroz, conservas alimenticias, té, café y otros artículos de almacén, por nuestra cuenta propia. Y aunque el renglón fuerte era el azúcar, algo se vendía de lo demás. Y eso nos favorecía mucho.

Durante todo el invierno luchamos así, a brazo remangado. Pero, al llegar la primavera, se recibieron grandes partidas de azúcar, que trajeron los mayoristas y los minoristas, quienes entablaron una guerra de competencia contra las Ferias Francas. El negocio decayó de una forma vertiginosa. Y, de común acuerdo, nos separamos los socios. El almacenero siguió con su puestito, como antes. Y yo volví al «Hotel Pocitos», de confitero, como en temporadas anteriores a mi dedicación al corretaje de chanchería.

A mediados de febrero, empezaron a retirarse los bañistas. Y don Pedro, el gerente del «Hotel Pocitos», empezó a «colgar galletas», dando así por finalizada la temporada. A mí me tocó también «el galletazo».

Recorrió la ciudad. Visité a todos los amigos, la casa Bertoni, las Ferias Francas, las agencias de colocaciones, la Sociedad de Confiteros y las confiterías.

¡Nada! ¡No había trabajo para mí!

Fue entonces que pensé en serio trasladarme a Buenos Aires. Tenía algunos pesos en caja de ahorros, un oficio y mucha experiencia de las luchas por la vida. No era cosa de quedarse con los brazos cruzados en la vía.

Al pensar que tenía que dejar a mi querida Montevideo, por falta de trabajo y por culpa de la Guerra Europea, sentía una angustia tremenda. Visité a mi amigo Raúl Rovella, que en la actualidad era dueño de la pensión «Rovella», en la calle Egido, entre Mercedes y Uruguay. Y lo encontré al pobre al borde de la quiebra. No había turistas, ni pasajeros. Y los estudiantes, que eran varios los que se hospedaban en su casa, regresaron a sus hogares de vacaciones y no volvieron a Montevideo.

Todo estaba por el mismo estilo. Cuando le dije que me iría a Buenos Aires, me miró fijo y exclamó:

—¡Dichoso de vos, que podés volar!

Y, después de charlar un buen rato de los tiempos pasados y presentes (del porvenir, no nos ocupamos), terminó por pedirme una poesía que le gustaba mucho. Se trata de unas décimas que había compuesto para un concurso y que ganaron el primer premio. Se las prometí. Y, después, me suplicó que me quedara unos días más, hasta el primero de marzo, que cesaba en la presidencia de la República Batlle y Ordóñez y ascendería a ella don Feliciano Viera. También se lo prometí. Y, abrazándonos, nos sepáramos muy tristes.

Éramos grandes amigos. Nos habíamos comunicado nuestros secretos. Y, ahora, en un momento difícil para los dos, nos separaríamos y no sabíamos adónde nos llevaría el destino.

¡Quizá no volveríamos a vernos más!

Me fui a mi pieza. Empecé a arreglar mis cosas, mis ropas, mis pilchas. Y, en el fondo de un baúl, entre un montón de papeles, busqué las décimas camperas, para dejarle a mi gran amigo una copia.

Inútilmente busqué y rebusqué. Revolví el baúl. Revolví la pieza. ¡Y nada!

¿Dónde diablos habría metido esas dichosas décimas?

Adiós, Montevideo

Era el primero de marzo de 1915. La ciudad de Montevideo estaba embanderada. Mucho movimiento de público. Desfiles de tropas y marchas militares.

En un día igual a éste, llegué a Montevideo procedente de la Argentina. Habían transcurrido ocho años. Y en la misma fecha, me embarcaba para la Argentina.

En aquel día que llegué, dejaba la presidencia Batlle y Ordóñez y ascendía a ella Williman. En este día que me iba, dejaba la presidencia Batlle y Ordóñez y subía Viera. ¡Ocho años de lucha, de trabajo, de alegría y de dolor!

Soltero llegué. Soltero me retiraba. Muchos amoríos. Ningún amor serio.

¿Ninguno? El nombre de María Cruz acudió a mi pensamiento.

¿Quéería de ella?

¡Pobrecita! Me daba pena pensar que sería una monja y pasaría su vida en un hospital, atendiendo enfermos; mientras yo me lanzaba por el mundo, en busca de trabajo.

Estaba entregado a estos pensamientos cuando encontré las décimas camperas que tenía que copiar. Y sin perder tiempo, me puse a escribir.

Helas aquí:

Al pasar por tu tapera
Con mi guitarra campera,
que igual que yo, canta y llora,
esta noche encantadora
paso junto a tu tapera.
La luna, fiel compañera,
con sus pálidos fulgores,
hace resaltar las flores
de este rincón tan querido,
que en otro tiempo fue nido
de mis primeros amores.

¡Qué melancólico acento
se siente en los pajonales
y en los frondosos yerbales
agitados por el viento!
El mismo acompañamiento
rimó nuestras ilusiones,
en dulces conversaciones
de eternas noches de idilio

y en éste, tu ex domicilio,
unió nuestros corazones.

Recuerdo la vez primera
que, trinando de alegría,
al compás y la armonía
de mi guitarra campera,
te canté mi fe sincera
y eterno amor te juré.
Yo jamás olvidaré
aquellas noches de luna,
que por desgracia o fortuna,
una canción te canté.

Debo seguir mi camino,
siguiendo siempre mi estrella,
abandonar mi huella,
lo mismo que el peregrino.
Muy cruel fue nuestro destino,
que apagó nuestra ilusión,
dejando en el corazón
un mundo lleno de agravios,
y hoy sube triste a mis labios
lo mismo que una canción.

Por eso, al ver tu tapera,
mi pecho exhala un suspiro
y, entristecido, la miro
esta noche placentera...
En ella, nació sincera
nuestra primera pasión;
en ella, mi corazón
aprendió lo que era amar...
¿Cómo, ingrato, he de olvidar
a este bendito rincón?

Con mi guitarra campera,
que igual que yo, canta y llora,
esta noche encantadora
paso junto a tu tapera.
La luna, fiel compañera,
con sus pálidos fulgores,
hace resaltar las flores

de este rincón tan querido,
que en otro tiempo fue nido
de mis primeros amores.

Cuando terminé de copiar estas décimas, seguí arreglando todo mi equipaje. Pagué el alquiler. Y, en un coche, me hice conducir a la «Pensión Rovella» para reunirme con Raúl, en un almuerzo de despedida.

Comimos solos. Nadie nos molestó. ¡Qué sola y triste estaba la casa!

En tiempos normales, alquilaban un edificio vecino para alojar a los pasajeros, pues ya les resultaba la casa chica. Y, ahora, solitaria.

Raúl y yo hablamos mucho en ese almuerzo. Recién en ese momento, me contó su situación. Se había comprometido para casarse, y hasta había comprado los muebles. Pero, la guerra, la maldita guerra, le desbarató todos sus planes.

Ahora, estaba defendiéndose «como gato panza arriba» de los ataques furibundos de los acreedores. Y no sabía, en verdad, cómo saldría de esta situación tan angustiosa.

Mientras almorcábamos, se oían las marchas militares y el desfile de tropas, rumbo al centro. Nos apuramos en comer y salimos. No podíamos faltar a la manifestación.

Cuando llegamos a la Plaza Independencia, ya estaba de bote en bote. Y tuvimos que seguir por la calzada sud, para ubicarnos frente a la Casa de Gobierno. A fuerza de empujones, logramos encontrar un banco. Trepamos sobre él. Así, estábamos libres de apreturas. Y dominábamos el cuadro, con toda su amplitud y brillo.

Era el mismo espectáculo de hacía ocho años. Sólo que, entonces, yo era un muchachito recién venido y no conocía a nadie; mientras que ahora, conocía palpablemente la vida uruguaya, y hasta yo mismo me sentía como si fuese de «casa».

Sonó un clarín de atención. La banda militar que teníamos delante rompió con los acordes de trompetas, de la famosa marcha «Tres Árboles», de Gerardo Metallo. Un griterío infernal se alzó en el desembocadero de la calle Sarandí. Y pronto vimos llegar a ambos presidentes, al entrante y al saliente, rodeados de personajes,

escoltados por las tropas a caballo y vitoreados y aplaudidos por un público inmenso y entusiasta.

Entraron en la Casa de Gobierno. Y a los quince minutos, aparecieron en el balcón.

Los primeros acordes del Himno Nacional Uruguayo impusieron un silencio profundo. Todos nos descubrimos y esperamos el momento del canto solemne: «Orientales, la patria o la tumba».

El coro popular se alzaba majestuoso hasta el cielo, donde unas nubes blancas reproduían la bandera, en medio de un cielo azul y brillante, iluminado por un sol espléndido.

Esta vez sí que canté el Himno Uruguayo, con el pueblo, que entonaba fervorosamente su canción patriótica, como si fuera una plegaria de paz que subía a las alturas; mientras, allá lejos, al otro lado del Atlántico, millones de soldados se mataban bárbaramente, disputando la tierra palmo a palmo, y empapándola de sangre.

Terminado el Himno, entre vivas y aplausos, empezó a desfilar el pueblo ante los balcones. Una voz de mujer dijo detrás mío: «¡Míralo a Batlle, que viejito está ya!».

En efecto, Batlle estaba bastante viejito. Pero se mantenía firme. Y su cabeza parecía la de un león.

Esa noche me embarqué a Buenos Aires, a eso de las diez.

Cuando el barco enfiló por el Río de la Plata, miré atrás. Y aquella iluminación tan viva que se reflejaba en las aguas me conmovió profundamente. En el Cerro, el faro daba vueltas sin cesar. Su luz parecía una espada, que cortaba el espacio de un solo tajo.

Permanecí largo rato sentado sobre cubierta. Y, a medida que avanzaba el barco, acudieron a mi memoria unos versos que dicen así:

Adiós, Montevideo,
tierra de flores y rosas.
Adiós, ciudad de recreo,
llena de niñas hermosas,
Adiós, ciudad uruguaya,
de ti me voy alejando.
¿Qué es lo que tienen tus playas,
que mis ojos van llorando?

A mi memoria acudían también las playas. Un grupo de huérfanas jugaban en sus arenas. Cuatro monjas las custodiaban. Y, al lado de las monjas, una niña rubia miraba los tranvías, que llegaban completos de pasajeros. ¡Esperaba y esperaba!

En la terraza, la Banda Municipal ejecutaba el vals «Cuando el Amor Muere».

En la playa del «Parque Urbano», miles de personas jugaban, gritaban, se zambullían...

Las luces de Montevideo quedaban cada vez más lejos...

¿Qué es lo que tienen tus playas,
que mis ojos van llorando?

(FIN DE LA SEGUNDA PARTE)

«Las Violetas», gran confitería

Provisto de una carta de recomendación que me dieron en la Sociedad de Confiteros y varios certificados de buena conducta, de las casas en las que había trabajado, desembarqué al día siguiente en el puerto de Buenos Aires.

No me detuve para nada en el puerto y sus alrededores. Tomé un coche y fui a la casa de una familia conocida y amiga, que vivía en la calle Castro Barros y Victoria. Era una familia uruguaya a la que conocí en Montevideo, una vez que fui a pasear. La atendí tan bien que me ofreció su casa, si alguna vez fuera a pasear a Buenos Aires.

Pero cuando se enteró de que venía en busca de trabajo, el matrimonio se puso tan serio, tan serio... que salí en busca de una habitación. Y ahí no más, cerquita, en Victoria y Colombres, encontré un altillo, lo más lindo, y me ubiqué en él, a la media hora de haber llegado.

No estaba acostumbrado a vivir de «pega pega», ni tenía necesidad de mendigar nada a nadie. Así se lo manifesté a la familia uruguaya, cuando salí con el baúl para irme a mi altillo. Y no pude menos de reírme, viendo aquellas caras tan largas, tan largas.

Ya instalado en mi pieza, me dirigí al Sindicato de Confiteros y Pasteleros, y presenté mi carta de recomendación.

Me trajeron muy bien. Charlamos largo y tendido. Y me recomendaron que fuese esa tarde, de seis a siete, que se leía la Bolsa de Trabajo, y me presentarían a la Comisión Directiva y Administrativa.

Así lo hice y, en atención a que venía del extranjero, se me ubicó en primera fila, en la lista de desocupados. Lo que sí me aconsejaron es que comenzara a trabajar de ayudante, hasta «tomar la mano» y conocer las costumbres porteñas.

Acepté todo lo que me propusieron. Y, al leer la lista, me ubicaron de ayudante para el día siguiente en la confitería «Las Violetas», calle Rivadavia y Medrano, donde tenía que presentarme a las siete en punto.

Yo estaba loco de contento. Por una de esas grandes casualidades, me había salido trabajo a tres cuadras de mi altillo. ¡Tenía buena suerte!

Cuando me presenté a trabajar, me atendieron los señores Rodríguez y Feldman, dueños del negocio. Y, en seguida, me hicieron pasar a la fábrica.

Con bastante recelo, me contestaron al saludo los que serían mis compañeros de trabajo. Pero en cuanto empecé a moverme, el capataz, que me estaba observando, se me acercó y me dijo en voz baja:

—¿Dónde trabajó?

—En Montevideo.

—Pero, usted sabe trabajar.

—Un poco... ¿Por qué?

—Lo he visto tirar bombas y duquesas, bastante rápido y bien.
¿Sabe tirar batidos?

—Yo haré lo que usted mande.

—A ver... Tíreme esta vainilla.

Comprendí que me quería probar. Y, cargando bien la manga, le tiré un batido de vainilla, de cuarenta docenas, en diez minutos.

—¡Bien, bien, muy bien! Al fin nos cayó un ayudante que puede desempeñar la plaza de oficial.

Ante esta manifestación del capataz, todos se mostraron satisfechos y se me ofrecieron para cualquier cosa. En una palabra: los conquisté sin hablar, por el solo hecho de saber trabajar.

Al poco tiempo de estar en esa casa, faltó un oficial al trabajo, sin previo aviso. Y el capataz, con muy buen tacto, me pasó la plaza vacante de oficial y pidió a la Sociedad un ayudante para ocupar mi puesto. Ese capataz se llamaba Francisco Alonso.

Desde que pasé de ayudante a oficial, «sin aprendizaje», todos los compañeros me trataron afectuosamente. Ya no era un extraño, venido del extranjero. Era un compañero más. A la salida del trabajo, nos reuníamos en un almacén de Medrano y Díaz Vélez, y armábamos cada partido de truco, que duraba tres o cuatro horas.

En poco tiempo, me «empapé» del movimiento gremial. Y empecé a tomar parte en las discusiones, cuando se realizaban asambleas en el Sindicato de Confiteros.

Una noche, que se renovaba la Comisión Directiva, con gran sorpresa mía salió a relucir mi nombre, como candidato a la nueva Comisión. Quise excusarme. Pero todos mis compañeros me apoyaron por unanimidad y me vi del golpe y porrazo convertido en secretario de actas, porque, según ellos, escribía ligero y redactaba fielmente las discusiones de las asambleas.

También tomaba parte en la redacción del órgano periodístico de la Sociedad, titulado «Obrero en Dulce». Y como mi pluma era jovial y «cachadora», me encargaron la sección «Movimiento Gremial», para tomar para el titeo a todos los que hacían fechorías.

Por tales causas, me vi en muchos líos. Y una vez, nos trenzamos a puñetazos con un italiano, porque se me ocurrió ridiculizarlo en el periódico, de acuerdo a unos datos de buena fuente que me trajeron. Él se sintió herido en su amor propio, porque era verdad.

En «Las Violetas» estuve seis años, en dos etapas. A saber, tres años en la primera y tres años en la segunda.

Ya dije que los patrones eran dos: José María Rodríguez Acal (español) y Carlos Feldman (alemán).

Este último era muy violento con el personal. Y, el día que se levantaba lunático, que le ocurría a menudo, empezaba a gritos por

toda la casa y no callaba hasta que despedía a un empleado. Después, se tranquilizaba.

Así que, cuando lo sentíamos vociferar, nos preguntábamos: ¿A quién le tocará hoy la «galleta»?

Un buen día, me tocó a mí, cuando llevaba ya tres años en la casa. Me sacó con el vigilante de la esquina, porque le contesté tan fuerte, tan fuerte, que «nos fuimos al humo» y tuve la suerte de alcanzarlo con un «ñoqui» en las narices.

Mis compañeros quisieron llevar el asunto al Sindicato, en un acto de solidaridad y compañerismo, y plantearle un conflicto a aquel bruto. «O me admitía de nuevo o plantaríamos el trabajo todos los empleados de la casa».

Yo me opuse y les manifesté que quería salir al campo, por un tiempo. Ellos se dieron por satisfechos. Y el alemán siguió echando empleados el día que se levantaba con la luna; hasta que un mal día, quiso echarlo al socio mismo. Pero éste, reaccionó contra él y lo mandó a freír papas. Esa fue la causa de la disolución de la sociedad Rodríguez y Feldman.

Al fin, el lunático encontró la horma de su zapato y sufrió en sí mismo el «galletazo» que quiso aplicar al socio. «El que a hierro mata, a hierro muere», que, traducido en buen criollo, quiere decir: «A cada chancho le llega su San Martín».

Muchos alemanes he conocido y tratado en mi vida. Pero con ninguno de ellos congenié. La mayoría se consideraba superior a los de otra raza. Y, por tal causa, tenían un gran berretín: la prepotencia.

¿Por qué será?

En «Las Violetas» dejé buenos amigos: Francisco Alonso (capataz de la fábrica), Jesús Carro, Francisco Ros, Casimiro Llanos, Juan Rodríguez (capataz del negocio), Severiano Rodríguez, Aquilino Fernández, José Taracidos y otros más, que no recuerdo. Pero el que fue mi mejor amigo y compañero leal era Marcos Rojo. Español, de Castilla la Vieja, simpatizó conmigo desde el primer día que entré. Y, como éramos compañeros de mesa, nos pasábamos las horas alegremente, mientras nos ayudábamos en la elaboración.

Rumbo al campo

Como les prometí a mis compañeros, anduve buscando trabajo para ir al campo. Como no lo conseguía, me dediqué a leer los avisos del diario «La Prensa». Y, un día, apareció un anuncio pidiendo hachadores. Y allá me fui.

Al presentarme, encontré muchos hombres esperando, todos peones de campo. Pero como yo iba vestido de «niño bien», me miraron con desprecio y me hicieron chistes de grueso calibre.

Cuando se abrieron las oficinas, nos entregaron un pliego de condiciones, donde se estipulaban las cláusulas, que me parecieron buenas.

Esa noche, a las ocho y media, ya estaba en la Estación Constitución (entonces F. C. Sud). Cuando tomaba una resolución, no me detenía en nada y por nada. Además, tenía ansias de respirar el aire libre del campo y dejar la ciudad. Lo esencial era salir. Después, ya me las arreglaría de algún modo. En peores condiciones salí de Rosario de Santa Fe, siendo un pobrecito recién venido. Me fue lo más bien y me gané una ponchada de pesos.

Claro que ahora no iba tan bien, porque era el otoño. Para hacer leña, prefería el invierno. Pero yo tenía deseos de empuñar el hacha para ver si me acordaba de manejarla con las dos manos.

A las nueve nos embarcaron en un vagón de tercera y nos contaron, como si fuéramos animales.

Allí había de todo: santiagueños, cordobeses, tucumanos, correntinos, pampeanos, españoles, rusos, italianos y uruguayos.

A las diez, se puso el tren en movimiento. Y, cual si obedeciesemos a una señal, nos pusimos todos a cantar.

Viajamos toda la noche y toda la mañana del día siguiente. Y recién a las cinco de la tarde, nos apeamos en Guatraché. Ya al pasar por Darragueira, la última estación, encontramos inmensas pilas de leña a orilla de las vías, como si fuesen las anunciadoras del obraje próximo, al que íbamos destinados.

Allí, en Guatraché, nos tuvieron detenidos tres horas, pues había que esperar un tren leñero, que venía a buscarnos por un ramal construido desde allí hasta los bosques. Una brisa sutil empezó a

soplar del lado sud. Y todos buscábamos ponchos o mantas, para abrigarnos durante la espera. Al fin, llegó la locomotora, seguida de cuatro plataformas vacías.

Tiramos las pilchas arriba y trepamos como gatos, pues la locomotora no cesaba de tocar el pito, como si estuviera apurada por disparar.

Salimos campo afuera. Y, a medida que avanzábamos, aparecieron los arbustos, a un lado y otro de la vía.

Allá lejos, a nuestro frente, por el lado sud, apareció una loma bastante alta y boscosa. Muchas fogatas lucían aquí y allá, diseminadas por el monte. Eran los hachadores pamperos, que hacían fogatas para cocinar y comer, al amor de la lumbre.

El tren leñero avanzaba por una gran llanura, a bastante velocidad, dejando al lado izquierdo la loma alta, boscosa e iluminada. Una pitada de la locomotora, bastante larga, y la lenta disminución de la velocidad, nos anunció la llegada.

Entramos en una gran playa, con muchos desvíos. Entre vía y vía, pilas altísimas de leña se alargaban más de una cuadra de longitud.

Paró el tren. Y, al bajarnos, nos encontramos en pleno campo llano. Solamente había una pequeña casilla y un gran letrero que decía: «BALANZA». Una voz nos gritó: «¡Arriba, muchachos! ¡Aquí están los carros! ¡Arriba!

Diez carros estaban esperando, arrimados de culata. Y sin decir nada, nos subimos a ellos, con las linyeras por delante. Cuando ya estábamos todos arriba, los carreros empezaron a los gritos y dejaban oír chasquidos del látigo. Y salimos a toda carrera.

¡Qué barquinazos!

Imposible sentarse con los golpes del carro. íbamos todos parados, para mantenernos en equilibrio, prendidos unos de otros y de las barandas. De pronto, se metía una rueda en un pozo de la «güeilla». Y el barquinazo era tan violento, que balanceaba de un lado al otro, en tremenda sacudida, arrancando un griterío descomunal.

Estas sacudidas nos hicieron un bien: despertarnos de la modorra del largo viaje y hacernos pasar el frío, poniéndonos de buen humor.

Cruzamos un pequeño valle. Y, sobre una lomita a nuestro frente, apareció una iluminación tan viva y tan espléndida que empezamos a gritar alegramente:

—¡Ya llegamos! ¡Ya llegamos!

En efecto, habíamos llegado a la estancia «Mará», propiedad de Fortunato Anzoátegui. Era medianoche. Total: veintiséis horas de viaje, mal comido y sin dormir. Fue, verdaderamente, un viaje delicioso.

Cuando nos apeamos, la misma voz que nos anunció los carros en la balanza nos gritó: —¡Muchachos! ¡Arrímense a la cocina, que se les va a dar un plato de sopa y un pedazo de carne cocida!

Nos lanzamos como fieras. Y, en un galpón grandote, nos entregaron, al entrar en él, un plato de zinc, una cuchara de lata y una galleta grandota.

El cocinero nos daba un gran cucharón de sopa de mostacholes. Rodeamos unos tablones largos, que hacían de mesa. ¡Jamás he comido un plato de sopa tan rico! Casi todos lo repetimos, y en la segunda vuelta, nos daban un pedazo de «tumba».

Alguien reirá al leer que una sopa de mostacholes fue el plato más rico que comí en mi vida. Quiero aclarar: habíamos salido de Buenos Aires, sin cenar. Y el largo trayecto lo pasamos con salame, sardinas, mortadela y algunas tortas o empanadas, que comprábamos en las estaciones. Al llegar al destino, hacía un frío intenso y los fiambres del camino nos dieron una sed bárbara. Así que aquel plato de sopa caliente nos cayó como llovido del mismo cielo.

No era, pues, el plato en sí. Éramos nosotros. Era el momento. Era nuestra situación. Era un gran plato de sopa caliente, que cayó hondo, muy hondo, en nuestros estómagos vacíos, produciéndonos una reacción deliciosa, en aquella fría noche pampera.

Cuando después del segundo plato de sopa, fui a buscar mi ración de carne, recordé mi primer día en la República Argentina, cuando en el Hotel de Inmigrantes nos sirvieron la misma comida y en igual forma.

¡Cómo se repiten los momentos y las situaciones en la vida! ¡Un plato de sopa y un pedazo de tumba!

Terminada la «gran cena», nos gritó la misma voz:

—¡Muchachos, acomódense como puedan con las pilchas y descanse! Mañana a primera hora formen brigadas de cinco a diez y pasen por la proveeduría a retirar útiles de cocina, comestibles y herramientas. Muchachos, buenas noches.

El que así nos trataba era el administrador de la estancia, señor Naranjo, de nacionalidad uruguaya.

Su presencia me infundió coraje y optimismo.

Amanecer pampeano

El canto de un gallo sonó como un clarín. En seguida no más, empezaron a entrar en la cocina hombres emponchados, que hicieron fuego, arrimaron las paves y se pusieron a saborear cimarrones. Como estábamos tendidos, los recién llegados hablaban en voz baja, pero se entendía todo.

Yo, que estaba cercano a ellos, agucé el oído. Y me enteré de que había habido una huelga de hachadores en el monte y de que el mayordomo, don Domingo Pepa, acompañado de los capataces y de los tres vigilantes de la estancia, recorrieron todo el obraje, carpa por carpa, armados de carabinas, y obligaron a los hachadores a seguir haciendo leña.

A los más revoltosos, que formaron la Comisión, los conminaron a entregar las herramientas y los tachos de cocinar, y los echaron del obraje.

Por eso traían gente nueva, engañada, para llenar los claros y poder dar cumplimiento a las empresas ferroviarias, que necesitaban tantas toneladas de leña por día para movilizar los trenes, porque no venía carbón de piedra.

Miraron el tendal que formábamos los recién llegados y, creyéndonos dormidos, uno exclamó:

—¡Pobre gente! ¡Lo que va a sufrir! Ellos no saben la que les espera. Hoy los desparramaremos por el monte. Les marcarán una «lucha» en pleno fachinal y allí no más empezarán «a sufrir las de Caín». ¡Pobre gente!

Otro de los presentes terció:

—Menos mal que don Naranjo, el administrador, es un «güenazo», que si no, aquí no paraba nadie con el mayordomo. ¡Nadie!

Los «materos» fueron aumentando. Repitió el gallo su canto matutino. Los mates corrían de mano en mano. Y las pavas cantaban al amor de la lumbre.

Entre nervioso que me puse al oír los comentarios y la cama dura del «santo suelo», que hacía doler los huesos, empecé a dar vueltas. Y, uno que me vio, me dijo muy cordial:

—¿Gusta un mate, compañero?

—¡Cómo no!—, le contesté.

Y me incorporé rápido, para unirme al corrillo. Me pasaron un mate que era tan grandote como un huevo de avestruz.

Largo rato estuve chupando, hasta hacer «rezongar» la bombilla. Al devolverlo, agradecí:

—¡Muy rico su mate, amigo!

—¿Es usted vasco?—, me preguntó.

—Así parece—, le contesté.

Me pasó otro mate. Y mientras lo saboreaba, la conversación siguió animada, pero sin tocar el asunto de la huelga de los hachadores. Observé de soslayo que me miraban muy curiosos. Yo vestía gorra de vasco, campera, pañuelo blanco al cuello, bombacha gruesa y zapatillas. Estas ropas las conservaba desde Montevideo, cuando salía a corretear por los pueblos del campo, cercanos a la ciudad. Y a ellas les debía el mote de «Vasquito». Al proponerme salir para el sud, me las puse. ¡Se va tan cómodo así en el campo!

Los primeros fulgores del alba empezaron a clarear el cielo. La gente de la estancia Mará comenzó a moverse como hormigas. Se fueron los «manteros» a ensillar, que por ellos mismos supe que eran los carreros de la administración.

Mis compañeros de viaje alzaron sus camas y se arrimaron al fogón, donde las pavas cantaban. Renovaron la yerba y empezaron a matear. Pero antes fueron a comprar azúcar a la proveeduría, porque el «amargo» no les entraba. Bastante amarga es la vida, decían. Y les «metían» al dulce.

Yo me reía de ellos y les canté, sin guitarra, esta canción uruguaya:

Este es el licor sabroso
que se chupa en la cocina,
pero es más apetitoso
cuando lo sirve la china.

Yo me tomo quince o veinte,
con azúcar. Sin embargo,
lo encuentro más excelente
cuando el mate es «mate amargo».

Que cante el agua, que cante el agua,
que en la caldera caliente está;
es para el mozo cosa sabrosa,
si es una moza
quien se lo da.

Si hierve el agua, ¡mala fariña!
ya el matecito va mal «ceba».
Y aunque lo ceben con chocolate,
al tercer mate
¡ya está «cortao»!

En la puerta apareció la estampa voluminosa del mayordomo, don Domingo Pepa. Vestía traje de montar, botas coloradas y un gorro gris con visera. Parecía un estanciero inglés, pues era también rubio y grandote.

Mis compañeros y yo, tal vez adivinando que aquel señor sería nuestro jefe supremo, nos pusimos de pie. Y hasta formamos una fila india delante de él, que nos miró y remiró, y nos volvió a mirar y remirar, lo mismo que un general que pasa revista a sus soldados. Y, en verdad, que este buen señor tenía más «parada» que un general. Allí lo tuvimos, bien plantado, con las piernas bastante abiertas, mirándonos con ojos centelleantes mientras se golpeaba con el rebenque, despacito, en la bota.

Al final de su «revisión inquisitorial», prepotente, prolongada y prolíja, nos habló así:

—Yo soy el mayordomo en las leguas de Anzoátegui. Todo está bajo mi control. Formen grupos de cinco a diez y pasen por la pro-veeduría. Allí estaré yo.

Dio media vuelta rápida y se fue. Nos miramos unos a otros. Y, sin decir nada, nos echamos a reír escandalosamente.

Mientras mis compañeros empezaron a liar las pilchas, yo salí a dar un vistazo. ¡Qué espectáculo grandioso y soberbio se presentó ante mi vista!

Frente a mí cruzaba un alto cerro, de Oeste a Este, en forma diagonal, que se perdía allá lejos, en el horizonte. Y, del lado de Guatraché venía cruzando otro cerro, más alto todavía que el anterior, de Norte a Sud, también en forma diagonal para formar un gigantesco ángulo en lontananza, donde los dos cerros se unían. Y entre estos dos montes boscosos aparecía un hermoso valle, cruzado de caminos en varias direcciones, que iban a parar todos a la estancia.

Tanto en el cerro de enfrente, como en el otro del lado izquierdo, se veían infinidad de fogatas y carpas, perdidas entre los tupidos fachinales que cubrían las laderas. Y empezaron a sentirse golpes de hacha y el «ris-ras» de las sierras, que aumentaban paulatinamente, a medida que avanzaba la luz del día.

En la estancia había mucho movimiento de gente, caballos y carros. Regresé a la cocina, donde ya se habían formado las brigadas. Y yo me agregué a una de cinco hombres. Dos santiagueños: Segundo Barrientos y Manuel Molina; dos correntinos, de Goya: Manuel Galarza y Juan Segovia; un mendocino: Antonio Gómez; y yo. Total, seis.

Segundo Barrientos, el santiagueño, salió nombrado «cabecilla» porque, según él, había trabajado en los obrajes chaqueños y conocía todas las mañas y artimañas de los mayordomos prepotentes y bravos.

Formadas las cuadrillas, nos presentamos a la proveeduría. Un galpón grandioso, cruzado por un largo mostrador, donde nos dieron de todo: comestibles, útiles de cocina, hachas, cuñas, marrón y sierra-tranzador, y palas de puentear.

A eso de las diez, salimos en carros rumbo al monte. Y, a dos leguas de distancia, nos recibió el mayordomo, con los capataces. Nos entregó una «lucha», marcada con hachazos en los árboles, y un número, el 909.

Las condiciones eran estas: Arrancar los árboles a una profundidad de ochenta centímetros. Hacer leña de sesenta centímetros de largo, no más gruesa de veinticinco centímetros y no más fina de ocho centímetros. Tapar los pozos y quemar las ramas. En otras palabras, dejar el bosque transformado en campo, pero en campo limpio, para sembrar trigo.

Al partir, agregó que la administración nos daría comestibles, ropa y carne fresca todos los días. Además, pasaría el aguatero y dejaría una lata de dieciocho litros de agua por cabeza.

Y se fue, rodeado de los tres capataces, al galope.

La carpa

Sólo hacía falta una cosa: hacer leña, ¡mucha leña! Y ganar plata, ¡mucha plata!

Lo primero que hicimos fue la carpa, pues el cielo empezó a nublarse. Cortamos tres horquetas y una cumbreña, de algarrobo. Hicimos tres hoyos de setenta centímetros, para clavar las horquetas. Y una vez apisonada la tierra, colocamos la cumbreña. Acto continuo, los seis hachadores empezamos a cortar palos de renuevo, derechitos, para los lados, que arrimábamos desde el suelo a la cumbreña, para formar el techo a dos aguas; y con retamas, formamos un tejido cruzado, para sujetar en él las matas de «paja brava», que había en abundancia y era tupida y larguísima.

Todo esto lo hacíamos con un entusiasmo y un optimismo admirables. Cuando llegó la noche, ya teníamos a medio techar la carpa, con «paja brava». Afortunadamente, el cielo se limpió. Y brillaron las estrellas, con un fulgor tan límpido que se percibían las cosas nítidamente.

Cuando estábamos haciendo fuego para la cena, el bosque pampero, tan tupido y virgen, se llenó de fogatas y de gritos. Por los gritos conocíamos a los compañeros de viaje, que estaban cercanos. De pronto, en el silencio de la noche, sonó un «relincho humano», algo así como un «pipiu». Y, como si fuese un toque de atención dado por un clarín, le contestaron muchísimos por la inmensa frondosidad del bosque. Aquello parecía un malón de indios, que se disponían al asalto.

El santiagueño nos explicó:

—Son los correntinos. Yo los conozco muy bien. Con ese grito salvaje y bravío se saludan unos a otros cuando están contentos, cuando están tristes, cuando pelean, cuando corren a las fieras, cuando bailan, cuando corren carreras, cuando hacen manifestaciones, en fin, para todo. Ese pipiu¹⁶ es el grito del alma correntina, cuando lanza su relincho al viento; y lo mismo hacen en las guerras, cuando se lanzan cuerpo a cuerpo, porque para los entreveros, los soldados correntinos ¡son bravos!

Segovia y Galarza, que estaban escuchando al santiagueño, se levantaron como impulsados por un mismo resorte y lanzaron al viento su «pipiu», agudísimo, vibrante, penetrante. En seguida contestó un coro de relinchos, que hicieron estremecer la selva virgen pampeana.

Para ser la primera noche que pasábamos en pleno bosque, la madre naturaleza se mostró con nosotros maternalmente cariñosa. Soplaba un vientecillo del Norte, suave y cálido. El cielo estaba salpicado de estrellas. Y nos acostamos todos bajo un gigantesco caldén de ramas muy retorcidas, pero largas y frondosas; tan largas, que sus puntas casi tocaban el suelo, semejándose a un gigantesco paraguas abierto.

¡Qué silencio tan profundo reinaba en la noche pampera! ¡Cuánta calma! ¡Aquí sí que se podía dormir tranquilo, lejos del ruido de las grandes ciudades!

Esa es la vida de los linyeras, conocedores de todas las provincias y territorios nacionales. Han hecho de todo en su eterno peregrinar por esos caminos de Dios.

Barrientos, el santiagueño, era el más inteligente de todos. Lástima que era un anarquista envenenado. Había sido cortador de ladrillos, en Rosario y en Santa Fe. Intervino en muchas huelgas, donde todo se solucionaba a fuerza de garrotazos y tiros. Y, al fin, se vio perseguido por la policía rosarina y tuvo que refugiarse en los

16 Nota del autor: ese pipiu se llama en guaraní «sapukay».

quebrachales chaqueños. Ahora, después de terminar las cosechas de algodón chaqueño y de pasto, y, en Santa Fe y Buenos Aires, de lino y de trigo, se dirigió a la Pampa por vez primera. Y allí estaba; un poco enfermo de los riñones y envenenado con sus ideas extremistas y revolucionarias.

Cuando se enteró de que yo hacía versos y los publicaba en diarios y revistas, me pidió que le hiciera uno dedicado a él, pintándolo cual era. Algo así como un diálogo con otro compañero, caminando solos, por el campo, en una noche obscura.

Me gustó el tema y le prometí hacerlos cuando aclarara el día. Pero, como se nublaba el cielo, nos apresuramos a techar la carpa con «paja brava». Y dejé los versos para la noche siguiente. Primero la obligación y, después, la diversión.

A eso de las diez de la mañana, terminamos de techar la carpa. Estaba espléndida. Cabíamos los seis, holgadamente.

Almorzamos sopa y puchero. Y, mientras mis compañeros dormían la siesta, yo me puse a hilvanar los versos prometidos a Barrrientos. Y, cuando se despertaron a media tarde, se los leí.

Helos aquí:

Soy mucho más

Cierta noche, en un camino,
como errantes peregrinos
a la ventura se hallaban
dos hombres, que caminaban
cada cual con su destino.

Al encontrarse los dos,
el uno del otro en pos,
sin conocerse, se hablaron
y de este modo exclamaron:
¡Buenas noches, nos dé Dios!

Y siguieron caminando
con la misma dirección
tropezón, tras tropezón.
Pero, al mismo tiempo, hablando
con cordura y atención.

¿Quién eres?, dijo el primero,
con acento plañidero.
Y le contestó el segundo:
Soy andante y cruzo el mundo
siendo un noble caballero.

¡Y tú, quién eres, repuso
el caballero a su vez.
Y el otro, con timidez,
le respondió algo confuso
con un resto de altivez:

Soy un hombre generoso.
Y, aunque me ves tan rotoso,
pareciendo un pordiosero,
no importa, no, compañero,
tengo un título glorioso.

¡Eres un marqués, un conde;
noble que caído esconde
sus miserias? ¿Hablarás?
Y el otro por fin responde:
¡Soy mucho más, mucho más!

¡Eres pintor, escultor,
poeta, compositor,
general? ¿Contestarás?
¡Ni artista, ni matador!
¡Soy mucho más!

¡Duque, príncipe, doctor,
presidente, emperador,
rey, papa, zar? ¿Qué serás?
¡Ni noble, ni dictador!
¡Soy mucho más, mucho más!

¡Noble título tendrás!
¿Eres Dios o Satanás?
Y el otro dijo: Señor
¡Soy mucho más, mucho más!
Yo soy ¡¡UN TRABAJADOR!!

Demás está decir que a Barrientos le gustaron mucho, aunque me reprochó «que no eran tan recios y fuertes como él los hubiera deseado. Pero, en fin, que le agradaban». Y me dio las gracias.

Para iniciarnos como hachadores, elegimos el viejo caldén donde habíamos pasado la noche anterior.

Primero, hicimos un pozo de más de cinco metros de diámetro y ochenta centímetros de profundidad y cortamos todas las venas alrededor del tronco. Faltaba la vena madre, que se internaba en tierra, en el centro, en forma perpendicular.

Segundo, sacamos más tierra por un lado, para dejar al descubierto la vena madre.

Yo, como más joven y práctico en estos trabajos de derribar árboles, por haberlo hecho en los Pirineos, me oferté a cortar la última vena. Bajé al pozo, empuñé el hacha y a los pocos hachazos noté un crujido y vi la trayectoria del caldén, que se inclinaba para el Sud. Dejé de hachar y, de un salto, me retiré para el Norte, saliendo del pozo antes de caer el árbol. Todo esto sucedía mucho más rápido que el tiempo que se pierde en contarlos. Y hay que saber para dónde va a caer el árbol. Es decir, para el lado de su inclinación y de mayor peso; pues si no, el hachador morirá aplastado.

Cuando el viejo caldén cayó, se destrozó casi todo, por su enorme peso, facilitando así su destrucción. Al anochecer, sólo nos quedaba el tronco, el tronco grueso que las hachas no pueden tronzar, por su mucho desperdicio y pérdida de tiempo. En cambio, con la sierra, entre dos hombres, se tronza lo más bien y en menor tiempo.

Estábamos muy contentos porque el caldén nos resultaba una madera blanda y el hacha se incrustaba hasta el ojo sin mayor esfuerzo. Y como trabajábamos a tanto la tonelada, ganaríamos mucha plata.

La vida del obraje

El primer mes transcurrió volando. Entregamos muchas carradas de leña. Trabajábamos toda la semana, con un entusiasmo incomparable. Y los domingos por la mañana, previo visto bueno del mayordomo, tapábamos los pozos y quemábamos las ramas.

Cuando llegó el fin de mes, nos fuimos a la estancia a pedir arreglo de nuestra situación tres hachadores de la cuadrilla: Barrientos, Segovia y yo. Llevábamos un montón de boletas amarillas. Cada boleta era una carrada, donde especificaba los kilos de leña entregados.

Terminado el arreglo, nos encontramos con un saldo a nuestro favor de doscientos cuarenta pesos, después de descontar los tachos de cocina, la proveeduría y la carne.

Como éramos seis en la cuadrilla, nos tocaba a cuarenta pesos por cabeza, libres.

Los empleados de contabilidad nos felicitaron y llamaron al señor Naranjo para mostrarle la liquidación. El administrador se entusiasmó y se alegró muchísimo de ver que los nuevos hachadores respondían ampliamente, de entrada no más, y nos aseguró que, al terminar el monte Mará pasaríamos al monte San Sixto y nos daría una «lucha» muy buena, «la mejor», para que ganáramos una pondchada de pesos.

Regresamos a la carpa con un entusiasmo y una alegría infinitos, y un cheque por doscientos cuarenta pesos, contra el Banco de Boston.

En la estancia no había dinero. Todo era boletas, libretas, vales y cheques, papeles, papeles y papeles.

El primer domingo nos fuimos a Guatraché. Compramos ropas y pagamos con un cheque. No pusieron ninguna dificultad. Nos afeitamos y cortamos el cabello, pues parecíamos indios. Nos divertimos un poquito y regresamos al monte, para meterle duro y parejo, otro mes.

Y así pasamos el invierno, hachando cada vez más y mejor, pues con la práctica y el ejercicio, adquirimos más soltura en el manejo del hacha. Sacábamos más toneladas y llegamos a repartirnos cien pesos por cabeza mensualmente.

Dos o tres veces nos visitaron las nevadas, poniendo un manto de blancura en el monte y paralizando la hachada y el acarreo. Yo evocaba mi terruño, donde las nieves no desaparecen en todo el invierno. Y, por no quedarme en la carpa aburriéndome, salía a recorrer el monte, carpa por carpa, y regresaba al medio día, después de charlar, largo y tendido, con los compañeros obrajeros.

Un día recibí una carta de mi amigo Marcos Rojo, donde me anunciaba que había comprado una casita en Segurola. Me remitía la correspondencia que había recibido en «Las Violetas» para mí y me mandaba saludos del suavísimo Feldman; que en esos días,

precisamente, andaban los socios por separarse y los muchachos estaban locos de contentos porque ya sabían que el «chinchudo» saltaba y quedaba sólo Rodríguez, que era todo un caballero.

Entre la correspondencia, venía una carta de California. ¡Demónio! ¿Quién sería?

Pero como también venían cartas de España, me alejé un poquito de la carpeta, para empaparme bien de la lectura.

Aunque la carta de California me hizo arder de nerviosidad, abrí primero una carta de España que traía la dirección escrita por mi padre.

¡Con cuánto deseo y emoción la leí! Las cartas de los viejos siempre venían llenas de ternura y cariño, pero ésta me hizo llorar...

Me decían que la casa estaba triste. Que faltaban en ella el ruido y la alegría de los hijos, pues, a medida que crecieron, se fueron casando y formando su hogar aparte. Que la única persona que los acompañaba era María, la menor, y que estaba comprometida para casarse con Francisco Mendiara y, si se casaba, entonces... ¡quedarían solos!

A renglón seguido, me decía el viejo: «Me dice tu madre que por qué no te haces una escapada y nos vienes a ver; para darte el último beso y la última bendición, antes de bajar a la tierra, pues ya nos inclinamos a ella, como los árboles viejos; y, cuando los árboles se inclinan, el primer invierno se caen».

Con los ojos empapados de lágrimas, besaba estas últimas palabras.

Para ir a España y volver a América hacía falta mucha plata. Si yo pudiera reunir lo suficiente, ¡ya lo creo que iría a recibir el último beso y la última bendición, aunque después regresara a la Argentina con el alma partida y el corazón destrozado... y más pobre que las ratas... pero con la conciencia tranquila de haber cumplido un deber sagrado!

Leí la carta de California. Era de un amigo de la infancia, que había salido del pueblo, lo mismo que yo, pero con más suerte, porque se había enriquecido y, me hacía una propuesta tentadora:

«Mi novia está en Buenos Aires —me decía el californiano—. Como está con una hermana menor, les voy a mandar el pasaje

de llamada para las dos. Y una vez aquí, nos casamos como Dios manda. Lo difícil es traer dos muchachas solas. Y he pensado que te podrías venir con ellas en compañía. Una vez aquí, con el oficio de confitero que tienes, ganarías mucho más dinero tú solo que todos nosotros juntos, y somos diez ansotanos.

Anímate, Santiago. Aquí encontrarás la ayuda que precises, ¡para todo! Si necesitas dinero para el viaje, te lo mandaremos a vuelta de correo. Esperamos tu pronta respuesta».

Las demás cartas no tenían ningún interés.

Esa noche no pude dormir. Los pensamientos se agolpaban en tropel, unos tras otros, y me tenían despierto y nervioso.

De España, mis viejos me llamaban con espantosa angustia para verme, besarme y bendecirme, antes de partir para el otro mundo.

De California, el amigo de la infancia me ofrecía bienestar y abundancia por el solo hecho de acompañar a su novia y a la hermanita de ésta, en un viaje feliz y tentador.

¿Qué hacer? ¿España? ¿California?

Recién al alba, quedé dormido. Pero, sin solucionar el difícil problema de las dos cartas.

Primavera

Avanzaron las cuadrillas, considerablemente, en el invierno. Y, al sentir las primeras caricias primaverales, nos anunciaron los capataces que nos iban a trasladar al monte San Sixto, porque donde estábamos era puro fachinal y la tierra no servía para sembrar, en razón de que era muy salada y estaba próxima a lagunas de agua salobre, donde se proponían implantar la industria de la sal; pues ya habían hecho experimentos con buenos resultados.

Avisamos a nuestros carreros de la mudanza, para que nos trasladaran a San Sixto en sus bateas. Así llamaban a los carritos de transportar la leña pues, en realidad, eran unos carritos de cuatro ruedas, que sostenían una batea bajos sus ejes. Eran tan livianos y tan prácticos, que no necesitaban sogas y cargaban fácilmente tres toneladas de leña.

Yo hablé con el señor Naranjo para recordarle que me había prometido una buena «lucha». ¡La mejor! Y, para que no se me echara atrás, le hablé de Montevideo largo rato. Terminó por darme a elegir el lote que más me gustara.

Como ya habíamos estado un domingo recorriendo el nuevo obraje, elegí un bosque de altos caldenes y poca rama baja de re-nuevo. Pero el mayordomo se puso celoso y nos rebajó un peso el precio de la tonelada.

Ahí no más nos pusimos a discutir violentamente. Como el señor Naranjo se había retirado a caballo rumbo a la estancia, el mayordomo, don Domingo Pepa, se puso a gritar como un loco. Y yo, que tenía la razón y no me asustaban sus gritos de energúmeno, le contesté también a gritos. Se aglomeraron los hachadores. Y como a la mayoría les había rebajado el precio, se armó un griterío des-comunal.

En medio de aquella confusión, el santiagueño Barrientos gritó:

—¡Abajo los déspotas!

—¡Cállese la boca!—, le contestó el mayordomo, amenazándolo con el rebenque.

Pero Barrientos era hombre de acción y le contestó:

—¡No me da la gana!

—¡Retire el insulto de déspota!

—¡No me da la gana!

—¡Anarquista! ¡Charlatán!

—¡Fanfarrón! ¡Payaso!

Varios compañeros llevamos a Barrientos a un lado, porque ya había sacado su cuchillo. El mayordomo, por su parte, también des-enfundó su revólver. ¡Mal empezábamos en el monte San Sixto!

Se tranquilizaron un poco los espíritus y le suplicamos al mayor-domo que desistiera de rebajar los precios. Pero él se puso tan terco, tan intransigente, que nos amenazó con sacarnos con la policía si no acatábamos sus órdenes.

—¡Viva la huelga!—, gritó Barrientos.

—¡Viva la huelga!—, contestaron miles de voces.

Recién entonces reconoció el mayordomo la barbaridad que había hecho. Quiso hablarles a los hachadores. Pero no le escucharon y sólo se oía: «¡Viva la huelga!».

El mayordomo estaba pálido, muy pálido. Se hizo rodear de los capataces y se fueron a galope, camino de la estancia. Yo me quedé mirando la gran polvareda que dejaban a lo largo del camino. Y, a medida que se alejaban, más fuertes resonaban los gritos en el bosque: «¡Viva la huelga!».

Se formó algo así como una asamblea. Barrientos subió sobre un tronco y exhortó a los hachadores a cruzarse de brazos y no dar ni un solo hachazo, y exclamó: «¡Al primer carnero que empuñe el hacha, se le da una buena paliza y se acabó!».

El ambiente estaba caldeado, por demás. Yo me sentía un poco culpable, pues había empezado a discutir a gritos con el mayordomo, y me creí en el deber de calmar los ánimos y encauzar la discusión.

—¡Pido la palabra!—, grité.

Hubo un movimiento de sorpresa. Se hizo el silencio y todas las miradas cayeron sobre mí. Cuando comprendí que podía dominar el auditorio, les hablé tranquilamente:

—Compañeros: no me gusta nada el camino que siguen. Por la violencia, chocarán con la violencia. Yo he actuado muchos años en las sociedades obreras de Buenos Aires y Montevideo. Aprendí mucho en ese terreno y les voy a indicar lo que debemos hacer.

—¿Quién es el culpable de esto? ¡El mayordomo! Pero por encima del mayordomo está el administrador. Y por encima del administrador está el patrón. A estos dos últimos tenemos que dirigirnos.

Nombremos una comisión para que haga un petitorio en forma razonable y respetuosa. Y, después, nos dirigiremos por correo al patrón, a Buenos Aires, y personalmente al administrador, a la estancia.

Una voz me interrumpió:

—¿Y quién va a ir a la estancia?

Busqué con la mirada al que me había interrumpido. Y, una vez que lo localicé, le contesté:

—¡Yo mismo y usted, con otros que me van a acompañar! (risas). Compañeros, no se rían; no estoy haciendo chistes. El caso es más serio de lo que ustedes creen. Tenemos que hacer las cosas bien y rápidamente.

Una voz me contestó:

—Si hay que nombrar una comisión, que la nombre Gastón mismo. Él nos conoce bien a todos.

—Acepto la indicación y agradezco el honor que me concede el compañero Múgica. Y, al mismo tiempo, lo indico a él para que me acompañe. ¿No es cierto, vasco?

—¡Acepto!—, contestó Múgica.

—¡Barrientos!

—¡Acepto!

—¡Malinosky!

—¡Acepto! Y basta. Con cuatro compañeros buenos, vamos mejor. Yo soy enemigo de las montoneras, donde todos gritan y nadie se entiende. ¿Estamos?

Ante esta indicación del «rusito simpático», como lo llamábamos cariñosamente a Malinosky, contesté:

—La asamblea tiene la palabra. Los que estén conformes con la moción de Malinosky, que levanten la mano.

Miré al auditorio y, de golpe, sólo vi miles de manos levantadas. Y grité:

—¡Mayoría aplastante! Los que no estén conformes con la moción de Malinosky, que levanten la mano.

Miré de nuevo a la asamblea. Y no vi ni una mano levantada. Entonces, exclamé:

—Compañeros: por unanimidad, se ha constituido la comisión.

Pedimos media hora de cuarto intermedio, para confeccionar el petitorio.

—¡Viva la huelga!—, gritaron muchas voces.

Y los correntinos, que eran muchos, lanzaron al espacio un coro de «relinchos» o «pipius», que retumbaron en el monte San Sixto, llenándolo de ecos agudísimos.

Nos apartamos a un lado los cuatro miembros de la comisión. Y en diez minutos justos, terminamos la redacción del pliego de condiciones, que sólo constaba de dos cláusulas. Primera: mantener en San Sixto los mismos precios y las mismas condiciones que en el monte Mará. Segunda: Destituir de su puesto al mayordomo, Domingo Pepa, por insolente.

Se reunió de nuevo la asamblea y fue aprobado el pliego, por aclamación.

Un muchacho salió para Guatraché, a certificar en el correo un ejemplar del pliego, dirigido a don Fortunato Anzoátegui, en Buenos Aires. Para alcanzar el tren, le prestaron un caballo ligero; y los cuatro miembros de la comisión subimos a un carro batea y salimos al galope, rumbo a la estancia de Mará.

Era primavera, la estación más hermosa del año. El campo estaba todo verde. Muy verde. Y los algarrobos, los molles, los piquillines y demás arbustos que crecían al borde del camino se hallaban en pleno germen. Entre los pastitos nuevos, brillaban miles y miles de flores silvestres.

Sin embargo, nosotros estábamos tan nerviosos, que no nos fijamos en tanta belleza y poesía. Sólo teníamos un pensamiento fijo: ¿Cómo nos iría en la estancia, con el señor Naranjo?

El carro-batea volaba...

El patrón

Apenas llegamos a la vista de la estancia, notamos mucho movimiento de gente. Y, al vernos, corrieron de un lado a otro, como sorprendidos; hasta parece que se arremolinaban.

Al llegar, un oficial de policía y tres vigilantes, armados y pálidos, nos dieron la voz de ¡alto! Nos apeamos tranquilamente. Y, acercándose a los representantes de la autoridad, abrimos los brazos para ser registrados y les dijimos:

—Deseamos hablar con el señor Naranjo.

—Estoy a vuestras órdenes.

El señor Naranjo, muy risueño, vino a nuestro encuentro. Yo me adelanté, le di un apretón de manos y le presenté a mis compañeros de comisión:

—Perfectamente. Vamos a ver, muchachos, ¿qué ocurre?

Allí nomás, parados, le dimos el pliego de condiciones. Lo abrió un poco nervioso. Pero después de leerlo, nos dijo:

—¿Y esto es todo lo que piden?

—Sí, señor Naranjo.

—Pero, por tan poca cosa no valía la pena parar la hachada.

—Es que nos amenazó con sacarnos con la policía, a tiros.

—¿Quién dijo eso?

—¡El mayordomo! Por eso hemos venido a verlo a usted. Y, al mismo tiempo, nos hemos dirigido al patrón por carta.

—Han hecho bien, gracias.

—Señor Naranjo: nuestra misión ha terminado. Y nos retiramos al monte. Esperamos la visita del señor Anzoátegui. Hasta que él venga, no reanudaremos el trabajo.

—Muy bien. Yo también le voy a telegrafiar, pidiéndole que venga, y todo se arreglará.

Nos despedimos con otro apretón de manos y subimos al carro, para regresar al monte. Recién entonces pudimos ver la «cara larga» del mayordomo, los capataces, los policías y los empleados de la administrador. Y más allá, en segundo plano, un montón de curiosos.

Al llegar de regreso al monte San Sixto, dimos cuenta de la feliz entrevista con el administrador. Y la tranquilidad reinó de nuevo en las almas.

Acordamos, por asentimiento general, hacer las carpas, para no estar a la intemperie. Y todas las tardes nos reuníamos en un pozo semisurgente que había en el punto más céntrico del bosque y del que salía agua dulce y cristalina.

Al cuarto día de paro general, nos visitó el señor Naranjo, acompañado de los capataces. El mayordomo no vino. Y la policía tam-

poco. Nos enseñó el administrador un telegrama que anunciaba la visita del señor Anzoátegui para esa misma tarde, a las cuatro. Y acordamos esperarlo todos, reunidos en el pozo semisurgente.

El administrador estaba contentísimo con nuestro proceder. Nos manifestó que entre él y el mayordomo habían tenido una discusión muy fuerte. Y nos pidió que nos portáramos correctamente con el patrón, pues era todo un caballero noble.

Cuando subió al caballo para irse, se sacó el sombrero y gritó:

—¡Vivan los trabajadores!

—¡Viva el señor Naranjo!

Y entre vivas y aplausos se fue, satisfecho y sonriente.

A la hora convenida, ya estábamos todos reunidos. Y al ratito sentimos el ruido de un automóvil que se acercaba.

En el automóvil venían el señor Fortunato Anzoátegui y el administrador. Y detrás, los capataces y la policía, a caballo.

Tan pronto paró el automóvil frente a nosotros, se apeó el patrón. Y avanzó resueltamente hasta el centro de los hachadores. Lo recibimos con una ovación entusiasta de vivas y aplausos. Él, sombrero en mano, agradecía con pequeñas reverencias las manifestaciones de aprecio. Se hizo el silencio y, en seguida, preguntó:

—¿Pero qué les pasa a mis obreros? Yo estaba tan contento porque en todo el invierno no hubo ningún descontento y sacaron leña hasta por lujo y ahora que llegó la primavera me plantan el trabajo.

Hubo un gran silencio. Todas las miradas estaban fijas en el patrón. Pero nadie dijo ni una sola palabra. El señor Anzoátegui sacó del bolsillo el papel que le habíamos mandado por correo. Y preguntó:

—¿Quién escribió esto?

—¡Servidor de usted! —, le contesté desde lejos.

—¡Acérquese, amigo!

Avancé hasta él por un caminito estrecho que me hicieron los compañeros, apretados entre el patrón y yo. Al pasar entre ellos, me decían en voz baja: «¡No tengas miedo! ¡Coraje! ¡Ánimo, compañero! ¡Anda tranquilo!».

Cuando llegué a su lado, me tendió la mano, que yo apresuré a estrechar, y me preguntó:

- ¿Cómo se llama usted?
- ¡Santiago Gastón! N° 909.
- ¿Cuánto tiempo lleva aquí?
- ¡Todo el invierno!
- ¿Cómo le fue?
- ¡Muy bien!
- ¿Ganó mucha plata?
- ¡Sí, señor! Mis compañeros y yo estamos satisfechos.
- ¿Quiere decir, entonces, que sólo piden lo que hay aquí escrito?
- ¡Solamente!
- ¿Nada más?
- ¡Solamente!
- ¿Nada más?
- ¡Nada más!
- ¿Palabra de vasco?
- ¡Palabra de honor!
- ¿Me permite que le dé un abrazo?
- ¡Con toda mi alma!

Nos abrazamos. Y una salva de aplausos coronó el diálogo y el abrazo entre el millonario Anzoátegui y el humilde hachador Gastón.

Acallados los aplausos, el caballero, sencillo y democrático, volvió a hablar:

—Trabajadores: Accedo a todo lo que me piden. Aquí, el amigo Naranjo se entenderá perfectamente con ustedes. Al mayordomo no lo verán más. Los precios serán los mismos. La administración surtirá, como antes, a todas las carpas. Si alguna falla hoy, Naranjo la subsanará. Pero, ¡por favor! no planten el trabajo. Necesito pro-

veer de leña a los ferrocarriles. Trabajen con entusiasmo y ganen mucha plata, que si ganan ustedes, gano yo también.

—¡Viva el señor Anzoátegui!—, gritó uno.

—¡Viva!—, respondimos todos.

—¡Gracias, muchas gracias!—, contestó el patrón.

Y empezó a estrechar muchas manos que le presentaban. Y, subiendo al automóvil, agradeció las manifestaciones de sus obreros, que aplaudían y vitoreaban agradecidos.

En esta forma tan sencilla, tan bondadosa y tan noble terminó aquella huelga, que no debió estallar porque no había necesidad de tal movimiento si el mayordomo no hubiese metido la pata con la rebaja de los precios y sus paradas de fanfarrón y prepotente, que le costaron el puesto, con el tremendo «galletazo» pedido por escrito.

Al día siguiente, tempranito, se sintió el repiqueteo de los hachazos. Los fuertes crujidos de los caldenes al caer y el «ris-ras» de las sierras, cortando los gruesos y cascarudos troncos. La vuelta al trabajo alegró los corazones, tranquilizó los ánimos, suavizó las asperezas y levantó miles de almas oprimidas.

¡Oh, el trabajo!

Fuente inagotable de producción, manantial divino y humano. A él nos aferramos los eternos trabajadores con toda la ilusión. Trabajando, todo sonríe. El sol, la brisa, los árboles, los pastos y las flores. Todo canta: los pájaros, el viento, el bosque, los hombres, los arroyos y las fuentes.

Fue en esos días, de alegría y trabajo, que me puse a versificar aquel ambiente de optimismo, de alegría y de trabajo fecundo. Y compuse los versos siguientes:

Canto primaveral

Se va el invierno, con sus heladas.
Brotan los sauces en la ribera.
Cantan las aves en la enramada.
Ya va llegando la primavera.

Se va el invierno, triste y sombrío,
con sus miserias y sus dolores.

Recobra el hombre todo su brío
y el sol nos brinda sus esplendores.

Renace el trébol, con lozanía.
Laten los pechos con frenesí
y a las risueñas fisonomías
tiñen brochazos de carmesí.

Huyen los niños, con algazara,
de los encierros en las cocinas.
Son inefables las alboradas
y otra vez vuelven las golondrinas.

Las frescas brisas de la mañana
dan vida a flores, plantas y seres,
mientras Cupido, con fe, engalana
los corazones de las mujeres.

Crecen los pastos, cantan los grillos,
los estancieros cuentan loores.
Vuelven los hornos a hacer ladrillos
y aran las tierras los labradores.

¡Vuelta al trabajo! Vuelven las flores,
crecen las parras y enredaderas
cubriendo patios y corredores
y por la vía ¡cruzan linyeras!

Hombres que llevan su casa a cuestas
y van en busca de su sostén
son los braceros de las cosechas
que, como gatos, trepan al tren.

Comen si pueden, duermen al raso,
son hachadores en los obrajes
son, en los pueblos, aves de paso
y guadañeros en los forrajes.

Son las cuadrillas que, por las Pampas,
han implantado el ferrocarril;
son horquilleros que hacen las parvas
y son canteros en el Tandil.

Son seres que huyen a las ciudades
cuando las hojas van a caer

y en desechando los maizales,
se van al campo... ¡para volver!

Se va el invierno, con sus heladas,
brotan los sauces en la ribera,
cantan los pájaros en la enramada,
ya va llegando la primavera.

Ese «Canto Primaveral» se hizo muy popular en el obraje. En todas las carpas había copias. Desde ese momento, mi carpa fue muy visitada los domingos por la tarde y los hachadores de San Sixto me hicieron muchas manifestaciones de aprecio y amistad, pero sin ostentación, de igual a igual. Y, como yo fui siempre la sencillez personificada, pues, invariablemente, soy enemigo del orgullo y de la vanidad, todos me llamaban cariñosamente: ¡compañero Gastón!

Y yo, muy agradecido de la simpatía que inspiré en el obraje, traté por todos los medios de retribuir aquella confianza y aquella fe que depositaron en mí, en buena hora.

Mi querido altillo

Al aproximarse el verano, emigraron algunos hachadores para la cosecha. Los carreros también regresaron a sus chacras, donde los reclamaban las labores agrícolas. Se achicaron las cuadrillas. Y disminuyó el transporte de la leña. Pero existían pilas tan grandes, tan inmensas en la balanza y en las estaciones ¡que había leña para rato!, como decían los ferroviarios.

En esos precisos momentos, recibí una carta de Buenos Aires de una muchacha ansotana, Josefa Aznar, que resultó ser la novia de mi amigo José Mendiara, que se había enriquecido en San Francisco de California y que me había hecho la propuesta tentadora que ya conocemos.

La novia del californiano me pedía que me decidiera a acompañarlas, a ella y a su hermanita. Y se agregaba: «Si vienes a Buenos Aires, te vas a sorprender en grande cuando llegues a nuestra casa, porque estamos una punta de ansotanas, todas conocidas tuyas y amigas de tus hermanas, sobre todo de María, la menor, que era de nuestro tiempo».

Esta carta vino a ponerme una revolución en el cuerpo. Y, como el obraje estaba algo triste y yo tenía ganas de ir a Buenos Aires, terminé por pedir liquidación a mis compañeros de «lucha».

Mandamos toda la leña a la balanza. Nos fuimos a la estancia a liquidar cuentas. Y, como nos pagaron con un cheque, fuimos a Guatraché para repartirnos las ganancias y tomar yo el tren, rumbo a la capital federal.

Algo tristes quedaron mis compañeros al retirarme. Pero les prometí volver para el otoño, cosa que no hice y les perdí de vista para siempre. ¡Así es la vida de un inmigrante! Andar, andar y andar. Y, en cada sitio que va, cultiva nuevas amistades y olvida las que dejó a lo largo del camino.

Pero me esperaba una gran sorpresa en este viaje. Al llegar el tren a la estación «Alta Vista», nos apeamos para hacer el trasbordo. Y ¡zas!, en el andén me encontré, a boca de jarro, con el ex mayordomo de Anzoátegui, don Domingo Pepa.

Después de los primeros saludos, me dijo que iba a «Plaza Constitución». «¡Macanudo!», le contesté. ¡Yo también voy a Buenos Aires! ¡Iremos juntos!

Pero él no aceptó mi compañía. Y se excusó diciéndome que le dolía la cabeza y había sacado camarote.

Comprendí que me guardaba rencor por la huelga, por su «galleta». Y nos sepáramos con una reverencia fría y un... ¡hasta mañana!

¡No lo he vuelto a ver más en toda mi vida!

¡Feliz viaje! Le grité al verlo subir al tren.

No me contestó. Ni se dio vuelta para mirarme. ¡Qué enorme diferencia había entre el mayordomo que subía al tren, triste, cabizbajo, cohibido y acobardado, y aquel otro mayordomo que recorría a caballo el obraje, altanero, prepotente, dеспota y amenazador.

Muchas veces me he acordado de aquel personaje. Y pensé que no vale la pena ser malo y orgulloso, pues de golpe y porrazo, con sólo perder un alto empleo, queda uno reducido a un infeliz, a un humilde ser.

Prefiero ser sencillo, jovial, liso y llano, como nací, como he vivido y moriré.

¡Genio y figura hasta la sepultura!

A las nueve de la mañana del día siguiente, llegó el tren a «Plaza Constitución».

Tan pronto me apeé, ya sentí el criterio de la multitud en la estación. Pero, profundo conocedor de la vida porteña, tomé un automóvil. Partí rumbo a mi altillo, a mi viejo y querido altillo, donde vivían dos compañeros de trabajo que sabían de mi regreso y me ofrecieron un lugarcito para poner la catrera y un abrazo sincero.

Tan pronto paró el automóvil frente a la puerta de la casa en que vivía, los vecinos del primer patio se aglomeraron en la puerta y me saludaron con gritos de júbilo. En cambio, las criaturas huyeron asustadas. Es que allá, en Guatraché, anduvimos a las corridas para no perder el tren y no tuve tiempo de ir a la peluquería; así que me presenté con la ropa de gaucho, barbudo y melenudo. Parecía un indio.

Mis compañeros de trabajo no estaban, porque habían ido a la fábrica; pero dejaron la llave de la pieza a la encargada. Así que pude instalarme cómodamente en mi altillo, en mi querido altillo. A medio día, se me presentaron en tropel todos los compañeros de trabajo de «Las Violetas».

Me encontraron tal como había llegado de la Pampa: hecho un indio. A todo trance querían arrastrarme con ellos a almorzar en un almacén de San Carlos y Boedo, frente a los depósitos de la Compañía del Gas. Pero yo ya me había mandado a guardar un bife de caballo, que me trajo una vecina de la casa que era, a la vez, mi lavandera y, más bien, deseaba descansar. No había dormido en toda la noche, pues venía con algún dinero y los trenes nocturnos estaban llenos de rateros. Los eché y me acosté a descansar.

Las cuatro ansotanas

Después de dormir una linda siestita, me fui a la peluquería, donde dejé la melena y barba como para hacer un almohadón. Regresé a mi casa. Me di un baño y me vestí de «ciudadano bonaerense». Si los compañeros del obraje me hubieran visto en aquel momento, seguramente no me habrían reconocido y hubiéranme tomado por un «pituco» o un «niño fifí».

Salí a la calle lo más paquete y me dirigí a la calle Moreno, 2.088, que era la dirección de la carta ansotana.

Cuando llegué a esa dirección, me encontré frente a un salón de lavado y planchado. Ocho o diez muchachas planchaban en torno de una mesa larga, con planchas eléctricas, ropa blanca y le sacaban lustre a cuellos y pecheras almidonadas, que se usaban mucho en aquel tiempo.

Como no conocía a ninguna, me detuve desconcertado, sin animarme a entrar. Y luego, las vi tan alegres, tan parlanchinas, que, por un momento, creí que estaba equivocado en la dirección y me retiré a la esquina Sarandí, para asegurarme mejor del número. No había dudas. ¡Era allí!

Volví sobre mis pasos y entré sin pedir permiso, saludando;

—¡Buenas tardes!

Una de las muchachas, que tenía pinta de ser la que manejaba la batuta, me atendió:

—¿Qué desea?

Por toda contestación me la quedé mirando fijamente, para ver si podía reconocerla por su fisonomía, pero no pude «enfocarla». Y como me preguntó por segunda vez:

—¿Pero qué desea usted, señor?

No tuve más remedio que hablar. Y pregunté:

—¿La señorita Josefa Aznar?

Las planchas se pararon en seco. Todas me miraban. Una de ellas me dijo:

—¿Cuál de ellas? Porque aquí hay dos del mismo nombre y apellido.

Seguro ya de mí mismo y sabiendo que estaba entre paisanas de un mismo pueblo, exclamé:

—¡Con cualquiera de las dos!

—¿Cómo dice?

Se pusieron a hablar todas a un tiempo y no comprendí a ninguna.

—¡No se alboroten! ¡No se alboroten, que soy ansotano!
La que me atendió primero exclamó muy alegremente:
—¡¡Santiago de Juaquineta!!
—¡¡El mismo!!—, le contesté.
Aquellos parecieron una colmena que despertaba y alzaba el vuelo.
¡Qué de gritos, qué de saludos y apretones de manos!
Fue un momento tan alegre, tan halagüeño, que no lo olvidaré jamás.

Como eran cuatro las que me rodeaban y quedaban otras en la mesa de trabajo, me las presentaron una por una. Eran oficiales planchadoras. Y, como había llegado yo, después de tantos años que no nos veíamos, plantaron el trabajo por esa tarde y les dijeron a las oficiales que volvieran al día siguiente, pues teníamos que hablar de muchas cosas.

Fuéreronse las oficiales y quedaron conmigo las cuatro ansotanas: Antonia y Josefa Aznar, hermanas, y las primas de las dos anteriores, también hermanas. Estas dos últimas eran las que estaban preparándose para ir a California. La mayor, Josefa, era la novia de José Mendiara, que ya les había mandado los pasajes de llamada y sólo faltaba que yo me decidiera a acompañarla, juntamente con su hermana.

Con lo dicho, puede juzgar el lector el efecto que produjo mi aparición.

La vida ansotana, sus habitantes, sus costumbres, nuestros padres, nuestra infancia... todo desfiló en una charla incontenible, como en una película parlante.

Sin darnos cuenta, sonó la medianoche y los cinco estábamos sin cenar.

Fueron a buscar algo para comer al almacén de la esquina. Y seguimos nuestra charla hasta las dos de la mañana, hora en que me retiré, porque a todos nos dominaba el sueño.

¡Qué alegría, encontrarse así, de golpe, con gente del mismo pueblo, después de muchos años de ausencia!

La primera semana la pasé lo más bien. Visité a mis antiguas amistades. Me harté de cinematógrafo y de teatro. Y, a la segunda

semana, ya me presenté a la Sociedad de Confiteros para anotarme en la lista de los desocupados. Eterno trabajador, no puedo vivir sin trabajar. Y a los dos días ya me mandaron de confitero al Hotel «La Giralda», ubicado en la intersección de las calles Rivadavia y Suipacha.

Mientras trabajaba en esa casa, me entusiasmé con la idea de ir a San Francisco de California. Y cambié un par de cartas con mi amigo José Mendiara. Concurrió a los consulados, para arreglar mi pasaporte, asunto muy delicado. Me muní de certificados de vacuna, sanidad y buena conducta, y los llevé al consulado de los Estados Unidos de América, con mi cédula de identidad y el pasaporte expedido por el consulado español.

Sólo faltaba que llegara el barco, para embarcarnos. Pero como estaban los ejércitos estadounidenses en Francia, los vapores de la línea Nueva York-Buenos Aires interrumpieron sus viajes a Sud América para ir a aquel país y transcurrieron varios meses de espera.

Y sucedió un episodio fatal para la vida porteña. A raíz de los hechos trágicos ocurridos en los talleres «Vasena», estalló la huelga general en la ciudad de Buenos Aires.

Fui testigo de aquella Semana Trágica, que llenó de sangre las calles e hizo faltar de todo: pan, carne, verduras, leche y luz.

La relataré tal como yo la vi.

La Semana Trágica

Habíamos pasado las fiestas de Navidad y Año Nuevo lo más bien. En el Hotel «La Giralda» transcurrían los días alegremente. Se trabajaba, eso sí. Pero había un personal excelente. Yo, en mi plaza de confitero, estaba mejor que un cura en los infiernos.

De tan poco trabajo que tenía, me daba vergüenza. Mi misión consistía en preparar tres o cuatro compotas, hacer el postre del día y mantener llena de masitas una pequeña vitrina del mostrador, en la que no entraban más de tres decenas; hacer tallarines los jueves y ravioles los domingos. Y nada más.

Para no hacer «sebo», me pasaba de la confitería a la cocina y les ayudaba a los cocineros. De esta forma, salía beneficiado por partida

doble: los cocineros estaban contentos con mi ayuda y yo aprendía a cocinar.

Así andaban las cosas, cuando sucedió aquel trágico suceso en los talleres metalúrgicos de la «Casa Vasena», que costó la vida a cinco obreros.

La noticia corrió por la ciudad como un reguero de pólvora. Los ánimos se pusieron demasiado exaltados. Se libraron varias escaramuzas. Y, de pronto, se declaró el paro general en todos los sindicatos obreros.

Por las calles de Buenos Aires empezaban a circular camiones del ejército con soldados armados a máuser. Desapareció la policía de las esquinas. Y fue declarado el estado de sitio.

Los acontecimientos se precipitaron de modo vertiginoso. Se paralizaron las industrias. Se clausuraron los comercios. Hubo encuentros callejeros entre los más exaltados y las tropas militares. Quedaron tendales de muertos y heridos. Y, de golpe y porrazo, faltaron los artículos de primera necesidad.

Este fue el panorama, triste y sombrío, que presentaba en aquel entonces la ciudad de Buenos Aires en el orden general.

Ahora voy a ocuparme de mi vida privada en esos días.

«La Giralda» estaba repleta de pasajeros. Además, el restaurant a la carta trabajaba enormemente.

Un día, a eso de las dos de la tarde, llamaron al chef por teléfono. Atendió el llamado. Fue corto y rápido. El chef regresó a la cocina pálido y nervioso. Y reunió al personal. Cuando todos estábamos en torno a él, nos dijo:

—¡Compañeros: acaban de comunicarme por teléfono de la «Cámara Sindical» que se ha declarado el paro general! Ahora quiero hacerles a ustedes una pregunta: ¿Qué hacemos?

Nadie contestó. La noticia nos cayó como una bomba.

Como había terminado el servicio del almuerzo, nadie nos molestó. En el salón, los últimos comensales fumaban y hacían comentarios sobre los acontecimientos.

De pronto, pasó por Rivadavia un grupo de obreros a toda carrera. Dispararon unos tiros hacia atrás. Y doblaron rápidamente por

Suipacha. En seguida apareció por Rivadavia un camión del Ejército que los perseguía a tiros. Pero, como doblaban en todas las esquinas, en zigzag, el camión no podía darles alcance, porque en todas las esquinas interrumpían su marcha para doblar.

Los comensales se alarmaron. Los mozos cerraron las puertas y bajaron las cortinas metálicas. Todo esto se hizo en menos de un minuto.

En la cocina, el chef volvió a preguntar: «¿Qué hacemos?».

El cocinero segundo contestó:

—Las cosas se han puesto serias. Yo creo que lo mejor es llamar al patrón y ponerlo en conocimiento de esto.

El chef movió la cabeza negativamente. Y replicó:

—¡No estoy de acuerdo! Antes de llamar al patrón, tenemos que definirnos.

En ese momento entró un mozo y exclamó:

—Nosotros vamos a plantar el trabajo. Acaban de decirnos por teléfono que se ha declarado el paro general.

—¡Nosotros también! —, dijo el chef. ¿Quiere decirle al patrón que venga a la cocina?

—¡No hay necesidad! —, dijo el mozo. Ya está enterado de todo. Y ya estuvo gritando contra nosotros porque plantamos el trabajo. ¿Qué vamos a hacer? ¿Nos vamos a exponer a que nos dejen tendidos al entrar o salir por la puerta? ¡No! ¡No! ¡No! Tengo esposa y tres hijos. Y si no trabajo en «La Giralda», trabajaré en «El Español», o en «El Plaza», o en una fonda del Paseo de Julio. Pero hoy, ¡aplanto!

No se discutió más. Cada cual se cambió de ropa. Y nos disponíamos a salir, cuando se nos cruzó el patrón y nos preguntó:

—¿También ustedes?

El chef el contestó:

—¡Don Manuel, lo sentimos mucho! Pero hoy no vendremos a hacer la cena.

—¡Está bien! ¡Muy bien! ¡Pero aténgase a las consecuencias!

—¡No queremos discutir!

—¡Yo tampoco! Pero ya saben: ¡aténganse a las consecuencias!

Salimos a la calle y cada cual se fue por su camino.

Yo seguí por la Avenida de Mayo, hasta la Plaza del Congreso. No divisé ningún automóvil, ni un solo coche, ningún carro. Sólo transitaban algunos tranvías, con dos vigilantes armados: uno, al lado del motorman. Y otro, al lado del guardia. Sin embargo, llevaban pocos pasajeros. ¿Por miedo?

¡Tal vez sí! Porque en varias partes de la ciudad, los huelguistas quemaron algunos tranvías. Menos mal que antes hicieron desender a los pasajeros y a los conductores.

Cuando cruzaba la Plaza del Congreso, sentí un intenso tiroteo por detrás de la confitería «Del Molino». A juzgar por las detonaciones, la gresca sería por Cangallo y Ombú (hoy Pasteur) poco más o menos. Así que, en vez de seguir por Rivadavia derecho, tomé por Entre Ríos hasta Moreno y allí doblé hasta llegar al número 2088, donde residían mis paisanos.

Golpeé varias veces, hasta que una voz me contestó:

—¿Quién es?

—¡Yo!

Como conocieron mi voz, abrieron. Pero tan pronto entré, cerraron la puerta rápidamente.

Las planchas estaban frías. Las planchadoras no tenían ropa para planchar. Ni se animaban a ir a buscar a las oficialas, que no venían desde hacía dos días. Y me contaron que no podían conseguir pan, carne, ni leche. Sólo tenían fideos y salsa de pomodoro. Y con eso la pasaban bastante regular. Lo que más deseaban era el pan.

Me retiré y seguí por Rincón hasta Victoria, hoy Hipólito Yrigoyen. Y por esta última, hasta General Urquiza. Allí había una panadería de unos paisanos. Me colé por el portón, que estaba entreabierto. Al verme entrar, me gritaron. ¡Bienvenido! ¡Adelante, paisano, adelante! Nos ayudarás. Estamos haciendo pan casero.

—¡Con mucho gusto! —, contesté. Les voy a ayudar. Pero con una condición: necesito un pan redondo de dos kilos.

—¡Te lo daremos! ¡Pero, ayúdanos!

Entramos en la cuadra. Y me encontré con toda la familia en plena tarea.

Eran tres socios, sus tres esposas y siete u ocho criaturas. La novedad del trabajo los tenía contentísimos y jugaban con la masa, haciendo diversos modelos. Como ninguno de ellos sabía hornear, empuñé las palas. Y pedí pan con urgencia. Todos los panes eran de redondos y pesaban un kilo. Como hacía calor, la levadura corría. Tuve que apurarme a meterlo en el horno, para que no se pasara de punto.

A la tardecita, ya había cocinado todos los panes redondos que había amasado. Y, tomando dos, los envolví en un diario y me retiré.

—A ver si vienes mañana otro rayo y nos ayudas, paisano.

—Si puedo, volveré.

Salí con mis dos panes calientes debajo del brazo. Cuando llegué a casa de las ansotanas y vieron los panes, armaron un alboroto. ¡Con qué ansia y con cuánto placer comían aquel pan!

Convidaron con unas rebanadas a los vecinos. Y éstos, agradecidos, sacaron un fonógrafo de bocina al patio. Se inició un pequeño baile, a puertas cerradas. Como había más muchachas y muchachos en la casa, se animó la fiesta. Y, sin darnos cuenta, nos sorprendió la medianoche.

Cesó la música. Me fui para mi altillo, dando las buenas noches. Algo raro noté en las miradas cuando me despedía. Pero no hice caso. Y salí a la calle.

Mientras anduve por las calles céntricas, todavía había luz. Pero, al aproximarme a la Plaza Once, vi que todos los focos de la calle estaban rotos. En dicha plaza, dispararon unos tiros y sentí corridas.

Me detuve. Seguir por Rivadavia era meterse en la boca del lobo. Yo sabía que tan pronto me avistaran, me eliminarían a balazos. Me hallaba en la mitad de la cuadra, cuando vi que desde la Plaza Once partía un camión de ronda, rumbo al centro. ¿Qué hacer? Correr era imposible. Estaba cerquita y venía velozmente. Quedarme parado, menos. Serviría de blanco.

Fue un momento trágico. Pero, el instinto de conservación es tan grande que nos ilumina, como la luz de un relámpago. Ese instinto me hizo arrojar boca abajo, sobre el mármol de una puerta. Y quedé completamente inmóvil.

El camión se aproximaba rápido. Sentía perfectamente el jadeo de su motor. Y, a medida que se acercaba, sentía yo a mi corazón, que golpeaba fuertemente, como si quisiera saltar del pecho, para botar en el mármol y seguir rebotando por la vereda, lo mismo que una pelota.

Pasó el camión junto a mí. Pero no disparó ningún tiro. Afortunadamente, sus ocupantes no me habían visto. A medida que se alejaba rumbo al centro, mi corazón se fue frenando lentamente. El peligro de muerte había pasado. Levanté la cabeza y vi la calle Rivadavia completamente desierta y oscura.

Acostumbrado a andar por el campo, al fulgor de las estrellas, eché a correr hasta la primera esquina. Doblé a la izquierda. Y seguí por Victoria, rumbo a mi querencia.

En la esquina General Urquina, frente a la panadería de mis paisanos, había un montón de adoquines. Algo así como una barricada o barrera. Pero no se percibía ningún ruido. Avancé arrimado a la pared. Detrás de los adoquines había un carro quemado. Avancé rápidamente. Y, sin ninguna dificultad, llegué a la calle Colombres. Entré en mi casa. ¡Por fin estaba de nuevo en mi altillo, en mi querido altillo!

Mis compañeros de habitación, José Vuela y José Taracido, dormían plácidamente. No tuvieron noticias de mi llegada.

Me acosté. Pero no podía dormir. Por la ventana, que estaba cerca de mi cabecera, sentía los tiroteos intermitentes por el centro de la ciudad.

Recién al amanecer, me dormí profundamente. No me desperté hasta las diez.

El sol entraba por el balcón, iluminando mi habitación tan brillantemente, que sus rayos me encandilaron.

Uvas, pan y agua

A un hombre que ha nacido en el campo, que se ha criado en el campo y que vive en el campo, lárgueselo solo en plena naturaleza y en seguida se desenvuelve. Busca trabajo. Y en cualquier rincón se arregla.

Es un hombre de campo sabedor de que la naturaleza es la madre de todos y tiene para todos pesca y caza. Pasto para su pingo y mucho campo para andar y rebuscársela.

Pero si a este buen paisano lo trasladamos a la ciudad, ¡es hombre perdido!

A un hombre que ha nacido en la ciudad, que se ha criado en la ciudad y que reside en la ciudad, lárgueselo solo en pleno centro y en seguida se da la vuelta. Busca trabajo. Y en cualquier rincón se arregla. Es un hombre de ciudad y sabe que en la ciudad hay de todo y para todos: comida hecha, transportes rápidos, ropa hecha. ¡Todo hecho! En fin, vive con todas las comodidades.

Pero, si a este buen ciudadano lo transportamos al campo y lo largamos solo, ¡es hombre perdido! ¡Irremediablemente perdido!

Ahora, bien. Si buscamos a un hombre que ha vivido en el campo y la ciudad, que ha trabajado en los dos sitios y que ha hecho de todo; que ha tenido todas las comodidades y que no ha tenido ninguna; que ha dormido en blandos colchones y ha pasado muchas noches tirado en el santo suelo; que se sentó en la mesa tranquilamente, para que le sirvieran la comida y, que si quiso comer, tuvo que empezar por coger leña, hacer fuego y, luego, hacerse él mismo la comida; a este buen ciudadano, a este buen campesino, mitad señorito y mitad gaucho, lárgueselo a la ciudad y se las rebuscará; lárgueselo en el campo y se las arreglará.

Y, en cualquiera de estos sitios ¡no será un hombre perdido! Por el contrario, tendrá la visión rápida de la necesidad del momento.

A esta clase de hombres pertenezco yo. A lo menos, así lo creo o me lo figuro.

Después de divagar sobre los hombres de la ciudad y del campo, vuelvo, otra vez, a tomar el hilo de la madeja de mis memorias y prosigo mi interrumpida relación.

Serían las diez, cuando desperté, al día siguiente de aquella noche trágica. Salí al balcón que daba sobre el patio. Y lo primero que hice fue mirar al cielo (costumbre que adquirí en el campo). Brillaba un sol espléndido, en medio de un cielo azul y limpio.

El llanto de un niño en el patio me sacó de aquella embriaguez del azul celestial. Bajé la vista para ver quién lloraba. Y mis ojos tropezaron con la hermosa parra que cubría el patio. En ella había unos racimos de uvas pintonas y rosadas que me llenaron la boca de agua.

A través del follaje de la parra vi a los vecinos sentados en el patio. Y observé también a un niño que lloraba.

—¡Mamita, quiero pan!—, dijo.

—¡No hay pan, hijo mío! Tu papito salió a buscarlo y no lo consiguió.

Como no teníamos agua en el altillo, tomé mi toalla, jabón y peine. Bajé rápido la escalera de caracol. Y me dirigí a la pileta.

—¡Buenos días, vecinos!

—¡Dormilón!—, me gritó la encargada.

—¡Buenos días!—, contestaron los demás.

—¿Querés comer pan?—, le dije al niño.

Y, mientras me enjabonaba, le dije:

—¡Yo te voy a traer el pan!

—¡Cualquier día, menos hoy!—, me dijo la madre.

Pero, tan pronto terminé mi toilet, me puse el saco y salí.

Golpee muchas veces el portón de la panadería de Victoria y General Urquiza. Y noté que, por un agujero, un ojo me observaba. Se entreabrió el portón. Pero, tan pronto entré, lo cerraron.

—¿Por qué tanta precaución?

—¡Ay, paisano!—, me dijo el patrón, que vino a abrir. Anoche, delante de nuestra puerta, hubo una batalla y una tragedia. Pero vamos a la cuadra. Allí te contaré.

Entramos en la cuadra. Estaban todos reunidos, tomando mate, en la mayor armonía. Me recibieron con un aplauso general. En la

amasadora SIAM, los retorcidos brazos de acero iban y venían, en compases matemáticos, y mezclaban un gran amasijo de ocho bolsas de harina.

—Hoy hemos tenido que duplicar la cantidad del amasijo, porque ayer no nos alcanzó el pan ni para los más íntimos amigos. La levadura está débil y hasta la noche no vamos a hornear.

Al escuchar estas explicaciones del patrón, me acordé del niño llorón y de mi promesa de llevarle pan. Y pregunté:

—¿No hay levadura de cerveza?

—Sí. Hay algunos paquetes.

—Tráiganme tres. Este pan debe salir del horno a la una.

Me trajeron los tres paquetes de levadura de cerveza, los disolví en medio balde de agua caliente y eché el líquido en la amasadora.

—¡Prepárense todos, que esto va a correr que es un contento!

Sacamos la mesa sobre el torno y empezamos a pesar y redondear los panes de un kilo. Cuando terminamos de cortar, ya los primeros tenían punto de elevación y empezamos a colocarlos en el horno.

Mientras cocinaba el pan, me contaron la tragedia de la noche anterior. Venía un carro cargado de repollos y le salió al paso un grupo de exaltados. Lo detuvieron. Hicieron bajar del pescante a su conductor. Soltaron los dos caballos y empezaron a gritar: ¡¡Repollos gratis!! Hasta nosotros «ligamos» uno.

Aquello parecía una romería. Pero, después de repartir los repollos al pueblo, los revoltosos sacaron una botella de nafta. Rociaron el carro. Y le arrojaron un fósforo encendido.

Aquello fue fulminante. Algo así como un rayo. El carro ardía como una tea, en medio de la calle. Y el pobre quintero montó a caballo y se fue llorando.

Uno de los del grupo gritó: ¡¡La policía!! ¡¡La policía!!

En efecto, por la calle General Urquiza apareció un pelotón de vigilantes y la emprendió a tiros. Pero los huelguistas, lejos de asustarse, se parapetaron detrás del carro en llamas. Y respondieron al fuego con fuego. Iban todos armados. Pero los vigilantes peleaban al descubierto. Y tuvieron que retirarse heridos y maltrechos. Los

disparos de arma de fuego atrajeron a un camión cargado de soldados. Y allí se armó «la de San Quintín».

—¡A formar barricadas! —, gritaron.

Arrancaron adoquines para tal efecto. Y desde allí se defendían a tiros. Pero, de pronto, apareció otro camión por detrás. Y los liquidó en un abrir y cerrar de ojos.

¡Qué cuadro! La calle quedó llena de cadáveres, en medio de un charco de sangre. Se retiraron las tropas. Y, en seguida, llegaron las ambulancias y se llevaron a los muertos.

¡El barrio quedó angustiado! ¡Horrorizado! Las mujeres lloraban. Los hombres quedaron mudos.

A las doce y media, terminé de sacar el pan del horno. Envolví dos, como el día anterior, y me fui.

Al salir por el portón, di un vistazo al carro quemado y al montón de adoquines. Y me alejé rápidamente. Por esa misma vereda había transitado la noche anterior, completamente solo, a eso de las dos de la mañana.

En el patio de mi casa esperaban todos ansiosos el pan, única comida del día. Pero yo ya les había echado el ojo a las uvas de la parra. Y, provisto de un cuchillo que até al mango de una escoba, subí al balcón, para cortar las más maduras. Abajo, los vecinos sostenían una sábana, en la que caían los racimos cortados.

Cuando me dijeron «¡basta!», bajé por las escaleras de caracol y nos prendimos a las uvas y al pan. Y, después, ¡agua de la canalilla! Aquello fue una farra completa. La encargada no pudo menos que exclamar: «¡Ahí tienen! Ustedes, los hombres de la ciudad, no consiguieron pan. Y este hombre, que ayer vino del campo, lo consiguió. Y calentito. Pero lo peor del caso es que ninguno de nosotros nos dábamos cuenta de las uvas. Tuvo que ser él quien las vio y cortó».

Me gané una ovación. Y el niño que lloraba a la mañana pidiendo pan, inducido por la madre, se me cogió del cuello y me dio un beso.

¿Podía esperar más y mejor gratitud? ¡No! El beso de aquella criatura valía mucho más que el pan caliente, que las uvas de la parra y... ¡que el agua de la canilla!

Esa tarde no salí de casa. Era peligroso andar por las calles.

Viaje frustrado y «galletas» y más «galletas»

Dos días más fui a la panadería a ayudar y llevarme los dos panes que, con las uvas de la parra, nos servía de alimento.

Al otro día me dijo el panadero:

—Hoy no entrés, paisano. Tengo en la cuadra a cuatro panaderos trabajando a escondidas y no quieren ser vistos. Tomá los dos panes y andate.

Intenté pagárselos y me sacó a empujones, aunque yo tampoco hice mayor fuerza por largar el dinero.

Vendían los panes redondos de un kilo a un peso cada uno.

En la tarde de ese día, fui al centro de la ciudad, a visitar a mis paisanas. Al verme, se pusieron contentísimas, pues la noche del baile, después que me fui, el dueño de la casa les reprochó por dejarme salir a esa hora, agregando que él me había preparado un catre, bajo la galería, en el patio del fondo, para que pernoctara allí. Y las pobres muchachas pasaron cuatro días alarmadas, pensando si me habría sucedido algo aquella noche.

Los vecinos también se mostraron contentos al verme. Pregunté cómo andaban de comida. Y me contestaron que, desde aquella noche, no volvieron a comer más pan.

Fui en busca de pan a lo de mis paisanos y les pedí cinco. No me los dieron de muy buena gana, porque faltaban por venir muchos amigos del barrio. Pero los convencí. Y, de nuevo, no me quisieron cobrar.

Entregué los panes a las planchadoras y me retiré. No quería quedarme otra vez hasta tarde en el centro de la ciudad. Al llegar a mi casa, la encargada me entregó una carta. La había traído un ordenanza.

Era una citación del consulado de Estados Unidos, para el día siguiente.

¿Para quéería? ¿Acaso venía ya algún barco de Nueva York a Buenos Aires?

Tal vez, sí. Esoería. Y mi proyectado viaje a California, con las dos muchachas, sería un hecho.

Cuando, al día siguiente, me presenté ante el cónsul, este buen señor me dijo, con todo el aplomo de un diplomático sajón:

—Mi querido muchacho. Yo sentir mucho lo que pasa. La Guerra Europea terminó. Los soldados estadounidenses regresaron de Francia a los Estados Unidos. Y ahora en nuestro país amenaza de nuevo la desocupación, problema alarmante. El gobierno tomar medidas de precaución y cerrar la inmigración. Usted no poder embarcar. Aquí le entrego sus documentos, todos en orden. Yo sentir mucho.

—Pero, señor cónsul, yo estoy comprometido a acompañar a dos niñas.

—Las dos niñas serán puestas bajo la responsabilidad del capitán del barco. Ellas sí podrán embarcar, por tener pasajes de llamada.

—Pero, señor cónsul...

—Mi querido muchacho. No insistir. Las leyes de los Estados Unidos son rígidas. Y deben ser cumplidas y respetadas.

Cuando salí del Consulado, me parecía mi situación más trágica que la misma «Semana Trágica» que estábamos pasando.

Pero el cuadro más triste lo representaron las dos muchachas cuando les dije que yo no podía embarcarme con ellas y tendrían que ir solas, bajo la responsabilidad del capitán del barco.

Las calles de la ciudad empezaron a verse un poquito más animadas por peatones. Ni una sola mujer transitaba por las mismas. Sólo se veían hombres.

Terminó, por fin, el paro general. El señor presidente de la nación, don Hipólito Yrigoyen, recibió a una delegación obrera en su casa. Y, después de discutir ampliamente, se solucionó todo. De nuevo se pusieron en movimiento la industria y los transportes. Y el comercio reabrió sus puertas.

Sin embargo, no había terminado el conflicto.

Al día siguiente, nos presentamos en el Hotel «La Giralda» todos los obreros del mismo. Pero nos pararon en el salón, por medio de la policía. Un oficial nos interrogaba:

—¿Cuántos días tiene de trabajo? ¿Qué ropa y herramientas tiene aquí?

Nos entregaron las ropas y herramientas de trabajo, sin dejarnos entrar a la cocina, donde ya tenían personal nuevo. Nos arreglaron la cuenta. Nos hicieron firmar un recibo donde constaba que «nos retirábamos por nuestra voluntad». Nos pusieron de patitas en la calle y «aquí no ha pasado nada».

¡Qué linda galleta!

¡Galleta colectiva!

¡Galleta dura!

¡Galleta bien amasada!

¡Galleta bien cara!

¡Galleta asquerosa!

En otras ocasiones, esta «galleta» me habría irritado. Esta vez, sin embargo, yo no sé por qué fenómeno, me puse de buen humor. Y tomé para el titeo a toda la cuadrilla, desde el chef hasta el último lavaplatos. Tan chacotón estaba, que el oficial de policía me gritó:

—¡¡Cállese la boca!!

Pero yo, en vez de callarme, le contesté insolente y burlón:

—¡Ya estoy callao!

Todos largaron la risa. El oficial me miró fuerte. Y yo murmuré:

—¡Qué cara... está la cebolla!

Aquello suscitó el colmo de las carcajadas. El oficial miró al patrón, como diciendo: ¿Qué le hago a este atrevido? Pero el patrón le dijo, en voz baja:

—No le haga caso. «Está sangrando por el ojo». Por eso habla.

Cuando llegué a mi querido altillo, me puse a pensar en mi situación.

¡Todo me salía al revés! ¿Qué hacer? ¿Adónde ir?

Sobre una silla estaba toda mi ropa de campo, lavadita y planchadita. Sin duda, la había subido mi lavandera.

Allí se hallaban la ropa interior, las camisas gruesas, las medias, la bombacha, la campera, el pañuelo y la gorra de vasco. Al ver aquellas ropas, me entraron unas ganas locas de salir otra vez al campo.

¿No habría algún pedido en la Sociedad? ¡Quién sabe!

Me fui a la Sociedad. Y, de entrada no más, le pregunté al delegado, un tal Castellá:

—Ché, viejo, ¿no hay algún pedido para afuera?

—¡Cómo! ¿Y «La Giralda»?

—«Galleta seca» para todos.

—¡Qué bárbaro! ¿Y ahora?

—Me quiero ir al campo.

—¿Otra vez? ¡Pero, ché!

—¿Otra vez! ¿Qué le voy a hacer?

—¿Y tu viaje a California?

—¡Fracasó!

—¿También? ¡Pero, ché!

—¡También! ¿Hay algo para afuera?

—¡Espera! Me parece que todavía está pendiente un pedido formulado hace un año. Nadie se anima a ir, porque es muy lejos.

—¿Dónde es?

—Muy lejos. ¡En Patagones!

—¿Dónde queda eso?

—No lo sé.

Buscamos en la carpeta de los pedidos de interior. Y apareció el famoso pedido patagónico. No se mandó al oficial confitero, sin embargo de que lo solicitaban urgentemente.

Acordamos telegrafiar, para ver si se necesitaba o no. Y esa misma noche recibimos la siguiente respuesta: «Mande un oficial urgente».

Yo salté de contento.

Al día siguiente, me vestí con mis mejores ropas camperas. Y, a las diez de la noche, ya estaba en la estación del Ferro Carril Sud. Al sentir el silbato de las locomotoras, me acordé de aquella copla que dice:

¡Cuántas veces, enojada,
le oí decir a mi madre:

La cabra que tira al monte
no hay cabrero que la guarde!

(FIN DE LA TERCERA PARTE)

Bahía Blanca

Mientras el tren avanzaba por las inmensas llanuras del campo, una idea me mortificaba sin cesar, obstinadamente.

Recordaba el triste cuadro de las pobres muchachas que iban a California y a las que, quizás, no volvería a ver más en mi vida.

Recordaba también que, al despedirme de una de las dos que quedaban, Antonia Aznar, nos estrechamos las manos y nos quedamos un ratito mirándonos a los ojos, de una manera muy rara.

¿Qué significaba aquello?

¿Amistad? ¿Simpatía? ¿Amor?

Esta idea mortificante no me abandonó en toda la noche, mientras el tren avanzaba velozmente por las inmensas llanuras del campo, rumbo al Sud.

Empezó a llover cuando pasamos por Temperley. Y no paró de caer agua en toda la santa noche. Soplaba viento sud. La temperatura descendió. Estas noches de lluvia son las más agradables para viajar en tren. Los pasajeros son más íntimos y fraternales, y refieren su vida en conversaciones amistosas y joviales, mientras el agua golpea en los vidrios de las ventanillas.

Entregado a mis pensamientos, mi vista iba fija en el vidrio de una ventanilla, donde el agua se deslizaba constantemente. Por un momento, me pareció ver la cara risueña de mi paisana Antonia Aznar, que me decía con su voz suplicante y cariñosa:

—¡¡Santiago de Juaquineta!!

Sacudí la cabeza para borrar aquella visión que me perseguía toda la noche. Y me puse a pensar.

Recordé que las cuatro muchachas se alegraban infinitamente cuando llegaba a su casa. Y más todavía, si las acompañaba a ver alguna función teatral. A mi memoria acudió un recuerdo. Fue una

noche que las llevé al Teatro «Mayo» a ver la hermosa opereta «Molinos de viento».

Al caer el telón final, en esa escena tan dramática en que Margarita y Romo quedan llorando en el puerto, mientras el príncipe Alberto se aleja cantando el hermoso vals:

Yo he pasado la vida en un sueño
y mi sueño me hablaba de amor
y mi amor fue una imagen divina
y la imagen, tu forma tomó.

Las cuatro muchachas prorrumpieron a llorar. Fue un momento emocionante. Las llevé a una confitería para que tomaran algo que las recomfortara y volvimos a ver la última función.

Representó la compañía «El último chulo». Nos reímos en grande. Y nos olvidamos del final de «Molinos de viento».

Ahora que iba viajando lejos de ellas, comprendí la situación en que se hallaban aquella noche. Dos de ellas se iban a California. Otras dos se quedaban en Buenos Aires. Y yo estaba esperando y esperando que viniera un barco para irme allá también.

¡Lo que son los caprichos del destino! Él nos lleva y arrastra por los caminos del mundo, con sus invisibles hilos, y nos maneja lo mismo que a muñecos.

Largo me resultó el viaje. Largo y aburrido. Cuando llegamos a «Sierra de la Ventana», un pasajero exclamó: «¡Ya nos acercamos a Bahía Blanca!».

Contemplé el hermoso paisaje de esa estación, rodeada de chalets. Y recién recordé que tenía una carta para una familia ansotana residente en Bahía Blanca. De paso, la visitaría y charlaría con ella. Se trataba de la familia Galé. Residía en la calle Zelarrayán, al lado de la plaza. Tenía un negocio de papelería y útiles para colegio, atendido por la madre y la hija. Uno de los muchachos trabajaba en Gath y Chaves. El otro, repartía pan.

Otra carta poseía para orientarme. Al arribar a Bahía Blanca, tenía que ir a un hotel vasco, donde paraban todos los pasajeros que venían de Patagones. Allí me orientaron. Así lo hice. Pero, al llegar, me dijeron que al día siguiente saldría el tren, vía Patagones, del Ferro Carril Pacífico.

Tenía, pues, cuarenta y ocho horas para descansar y conocer a la gran ciudad del Sud.

Llovía torrencialmente. Después de almorzar, me fui a visitar a mis paisanos, los integrantes de la familia Galé.

El intendente del «clavito»

Yo soy siempre muy curioso. Y, al llegar a un punto para mí desconocido, lo observo todo muy meticulosamente.

Al salir del hotel, pregunté por la plaza. Me señalaron las torres de la iglesia. Allí estaba. Hacia las torres me dirigí. En la primera cuadra noté que el adoquinado de madera formaba un montón alto y redondo, en el centro de la calle. Algo así como la bóveda de un horno de unos diez metros de diámetro. Al pasar la gente, se apartaba y apuraba el paso, como si en esa ampolla gigantesca existiese algún peligro oculto.

Al primer transeúnte que encontré, le pregunté por ese montón redondo, en forma de media naranja. Y me contestó:

—Es el agua, señor. Cuando llueve mucho, se hinchan los adoquines. Y, como aquí el suelo es arenoso, se aprieta. De ese modo, se forma ese globo. Y, cuando está lleno de agua, reventá y sube el agua hasta seis metros de altura. Y, juntamente con el agua, suben los adoquines. Por eso el público se aparta al pasar y aprieta el paso.

Le di las gracias al simpático desconocido. Y seguí mi camino.

Dos cuadras más adelante, encontré un gran tendal de adoquines de madera desparramados por la calle. Y, en el centro de la calzada, un pantano de agua. Allí había reventado esa misma mañana otro «globo». Verdaderamente, resultaba peligroso transitar por las calles de Bahía Blanca en los días lluviosos.

Llegué a la papelería «Galé». En el mostrador, estaba Tomasa, una amiga de la infancia. No me reconoció. También... ¡habían transcurrido tantos años!

—¿Qué desea, señor?

Me quedé mirando fijo, mudo. Y ella, un poco nerviosa, insistió:

—¿Quiere hacerme el favor de decirme qué es lo que desea?

Viéndola así, sentí a los diablillos de la burla bailar dentro de mi sangre. Y me dio por agacharme y observar todos los rincones. Ella se alarmó. Y me gritó:

—¿Qué es lo que mira?

Recién entonces, hablé:

—Soy un inspector municipal. Llegó a la Municipalidad una denuncia de que en este local hay muy poca higiene.

—Usted está loco. Yo mismo limpio todas las mañanas. ¡Mire! ¡Mire!

—Sin embargo, allí, en ese rincón...

—¡Está limpio!

—Hay telas de araña.

—¿Dónde están?

—¡Allí!

—¡Allí! ¡En sus ojos están las telas de araña!

—¿En mis ojos?

—¡Sí, señor! ¡En sus ojos!

—¡En los tuyos, Tomasa!

Quería sonreírse y se ponía seria. Yo no pude más y largué una carcajada.

Ella me preguntó:

—¿Pero, quién es usted?

—¡Santiago Gastón!

—¡Santiago de Juaquineta! ¡Pero, eres tú? ¡Pero, eres tú? ¡Ay, demonio, qué mal rato me has hecho pasar! ¡Madre! ¡Madre! ¡Venga usted, madre! ¡Mire quién está aquí, a ver si lo conoce!

Apareció la viejita. Y, tan pronto me vio, me abrazó y besó maternalmente mientras decía, lloriqueando:

—¡Cómo no lo voy a reconocer, hija mía! Si es el mismo retrato de su padre. ¡Cómo te va, hijo? ¡Qué tal?

Aquella viejita me commovió hasta las lágrimas. Su ternura, su acento tan español puro, me trajeron el recuerdo de mi propia madre.

Conversamos largamente de nuestras vidas, de nuestras luchas. Nuestras penas y alegrías, todo salió a relucir.

Pero de lo que hablamos, fue de Ansó. La viejita nos hizo pasar una hora profundamente conmovedora. Los hijos habían venido todos a la Argentina. Quedó ella con su esposo y su hija, solitos. Enfermó el viejo. ¡Murió!

Al verse sola, acudieron, como era natural, a los hijos. Y ellos, pobrecitos, eran tan buenos que, a vuelta de correo, mandaron los pasajes para la madre y la hermana, y un giro de quinientas pesetas, para gastos de viaje.

¡Qué momento terrible aquel, cuando fueron a depositar un ramo de flores en la tumba del finado y a decirle el último adiós. ¡¡Adiós, hasta la eternidad!! ¡¡En el cielo nos veremos!! (prorrumpió a llorar).

Nos costó largo rato consolar a aquella santa mujer. Tuve que recurrir a los cuentos y a los chistes, para arrancarla de sus recuerdos.

Llegó el hijo mayor, Santiago. Repartía pan desde que estaba en Bahía Blanca y no pensaba cambiar de trabajo. Este muchacho, cuando estaba en España, tenía una voz divina de tenor. Si hubiera estudiado canto, probablemente hubiese sido tan famoso como Miguel Fleta. Pero, desde muy joven, le dio por la farra y la chupandina. Y, en la flor de la juventud su voz se hizo ronca y perdió aquel timbre tan puro, tan cristalino, que encantaba al oírlo cantar.

Más tarde, llegó el hijo segundo, Juan. Era mucho más inteligente y preparado que el hermano mayor, pues había estudiado contabilidad en España. Trabajaba de tenedor de libros en la casa Gath y Chaves. Por tal motivo, estaba un poquito cargado de espaldas, de tanto estar agachado sobre el escritorio.

De entrada, no más, me habló de una cooperativa que estaban por formar los empleados de tienda de Bahía Blanca. Figuraba él como seguro candidato para ocupar la presidencia.

Lo felicité. Y, después de desechar un éxito rotundo, le dije que también en Buenos Aires los confiteros habíamos intentado fundar un cooperativa, bajo la denominación de «Ideal Confitero». Que teníamos impresos los estatutos. Y que había formado parte de la

comisión directiva organizadora. Pero que no se pudo llevar a feliz término porque en la Sociedad de Confiteros las ideas avanzadas nos salieron a la cruzada y nos mandaron al fracaso.

Como tenía varios ejemplares de los estatutos, le prometí enviarle algún ejemplar. Y quedamos en que vendrían conmigo al hotel, para llevárselo. Les serviría de base para confeccionar los de ellos.

Todo esto, como cuento afirma en mi libro, es verídico. Si no lo mencioné antes es porque en mi vida hay tantos detalles que es imposible enumerarlos todos.

Recién al encontrarme con mis paisanos y al enterarme de la fundación de una cooperativa de tienda, recordé que en Buenos Aires los confiteros también anduvimos organizando la fundación de la cooperativa confitera de referencia, que fracasó antes de nacer.

Estábamos charlando lo más entusiasmados, cuando se oyó una explosión tan formidable, producida en la calle, que tembló la casa.

Yo me alarmé. Y los habitantes de la casa se echaron a reír.

—¡Los adoquines saltaron! —, dijo Juan. Cuando vine de la tienda, ya estaba demasiado inflada la ampolla.

Salimos a la puerta. Y constatamos que la calle estaba llena de adoquines sueltos. En el centro, había un gran charco de agua.

—¿No tiene solución este problema? —, pregunté yo.

Juan me miró. Sonrió. Y me dijo con picardía:

—Tuvimos un intendente inteligentísimo, que encontró el remedio para impedir estas explosiones callejeras.

Se trataba solamente de un «CLAVITO». Ordenó levantar cuadras enteras y enlazar los adoquines de madera, pues, según él, estando los adoquines clavados unos a otros, formarían una plancha compacta. Y ya no se repetirían los «globos», ni habría más explosiones.

Pero el tiempo, maldito y atorrante, se encargó de manifestar todo lo contrario porque, a la primera lluvia, se inflaron globos inmensos, algunos hasta de media cuadra. El maldito «clavito» impedía la explosión «en chico». Y el globo se extendía enormemente. Y cuando ya era demasiado grande, ¡pum!, reventaba. La explosión

era más grande. Volaban más adoquines. Las calles quedaban al descubierto, manzanas enteras. Y todo por culpa del «clavito», del maldito «clavito».

La burla fue tan grande que el intendente se vio obligado a renunciar. Y, como escarnio a su infeliz iniciativa, le quedó como mote «El intendente del clavito».

—¿De modo que fue peor el remedio que la enfermedad?

—¡Fue un desastre! ¡Y todo por un «clavito»!

—¡No, hijo!—, terció la madre. ¡Por muchísimos clavitos!

—Está bien, madre. Pero yo me refería al intendente del «clavito».

—¡Ah!

—O al «calvito» del intendente (risas).

Agua, nieve, frío y hambre

El tren avanzaba velozmente, rumbo al Sud, contra viento y agua. La temperatura era cada vez más fría. De cuando en cuando, entre las gotas de la lluvia, aparecía un copo de nieve. Los pasajeros miraban por las ventanillas. Y decían:

—¡Mala noche nos espera!

Casi todos iban a Patagones y Viedma, pues en las estaciones donde se detenía el convoy había muy poco movimiento de pasajeros. Más bien, paraba el tren para bajar y subir carga y correspondencia. Se trataba de una vía de poca importancia, a juzgar por su escaso movimiento. Seguían la lluvia y el viento sud. Y los copos de nieve eran cada vez más numerosos.

A la tardecita, llegamos a Stroeder. Paró el tren. Y todos los pasajeros nos apeamos. Habíamos llegado a Punta de Rieles.

Allí nos esperaban las carretas para llevar los equipajes y la correspondencia. Y seis automóviles marca Hispano Suiza, con ruedas muy altas, para llevar a los pasajeros desde Stroeder hasta Patagones.

El viento sud era cada vez más frío. Y los copos de nieve caían sobre la tierra, poniendo un manto de blancura y pureza.

El pueblecito de Stroeder, apenas sí tenía una docena de ranchos. El edificio más importante era el de la estación ferroviaria.

Nos abrigamos bien y nos acurrucamos en los automóviles para emprender la travesía. A mi lado se sentó una «jamona» que aparentaba cuarenta años de edad, aproximadamente, bastante gordita y risueña. Era de Viedma. La llamaban «La Valenciana».

Cuando todos estuvimos acomodados, los automóviles se pusieron en movimiento. «La Valenciana» se santiguó. Y, con las manos entrelazadas, se puso a rezar un Padre Nuestro.

Todavía no había terminado su rezo la devota, cuando una rueda trasera encontró un pozo y nos sacudió en un tremendo barquínazo. Y «La Valenciana» saltó del asiento y cayó encima de mí. Yo grité:

—¡Hepa! No me haga tortilla, que ando con hambre y le pegaré un mordiscón.

La gorda dio un grito. Y soltó una carcajada. Todos los viajeros del automóvil, que éramos nueve, y diez incluyendo al chófer, se contagaron de la risa. Desapareció el pesimismo y el mal humor.

La nieve caía cada vez más copiosa. Y el conductor, profundo conocedor del terreno, no perdía la huella ni un metro.

Uno de los automóviles que venía detrás de nosotros nos pasó. Y, al cruzar frente a mí, vi a un pasajero con una barba tremenda. El viento sud la sacudía y la enmarañaba sobre su rostro, de tal modo que la cabeza de aquel hombre parecía más bien una mata de «paja brava» sacudida por el viento. Me hizo gracia. Y exclamé:

—¡Ah, la pucha! ¡Con razón están en huelga los peluqueros de Stroeder!

«La Valenciana» se reía a gritos. Y le contestaron a coro los demás.

—¡No hay peluqueros en Stroeder! —, me gritó el chófer.

—¡Por eso le creció la chiva!

—¡Por favor, señor! —, suplicó la gorda. ¡No grite tanto que le va a oír y es el comisario de Patagones.

—Menos mal que va en otro automóvil, que si él ocupara mi asiento, usted se prendería de su chiva y no saltaría más en los barquinezos (risas).

En realidad, lo que yo me proponía era alegrar la travesía. Porque, de ir todos mudos como en los otros automóviles, aquello hubiera resultado un velatorio, donde sólo se habría escuchado el rezó de la gordita.

Ahora, el viento sud soplaba cada vez más fuerte. Y la nieve se nos colaba de rondón, por todas partes. De pronto, se pararon los automóviles. El que iba delante, pidió auxilio. Nuestro chófer bajó, acudiendo al llamado del compañero.

—¡Primera estación!—, dijo uno.

—¡Menos mal que todavía vamos tirando!—, exclamó la gordita.

Entablamos una animada conversación. Todos los pasajeros que se detuvieron se conocían. El único extraño era yo.

Anochecía. Cuando les dije que iba de confitero a la confitería «Colón», de Patagones, uno expresó:

—¡Por fin vamos a comer masitas!

—Hace aproximadamente un año que está sin confitero—, dijo la gordita.

Los demás automóviles reanudaron la marcha. Y el chófer de nuestro vehículo vino a ocupar nuevamente su puesto.

—¡El que se detuvo es el automóvil donde viaja el comisario!—, nos dijo.

—¡Zas!—, contesté yo. Se enredaron las barbas en un algarrobo y paró en seco el automóvil.

Las risas y los gritos nos hacían olvidar las penurias del viaje. A medida que avanzábamos, crecía la nieve en el suelo. Sin embargo, los automovilistas seguían marchando velozmente.

Yo sentía debilidad. Y, aunque habíamos almorcizado en el tren, tenía hambre de veras.

Al llegar a una cuchilla, los automóviles detuvieron su marcha. Frente a nosotros había un valle estrecho y largo, todo inundado. Parecía un río.

El automóvil que marchaba delante, arremetió con coraje el cruce de aquel pantano, siguiendo los hilos del telégrafo, que le sirvió de guía. Después de varias paradas y arrancadas, consiguió salir airoso al otro lado. Y, subiendo una lomita, se detuvo para esperarnos.

—¡Bravo! ¡Si cruzó el primero, cruzarán todos! —, dijo nuestro chófer.

Uno por uno fueron cruzando todos los automóviles. «La Valenciana» no cesó de rezar durante todo el tiempo que estuvimos sobre el agua.

De golpe, nos sorprendió la noche. Pero, la blancura de la nieve, iluminaba el panorama. Era un paisaje triste el que atravesábamos. Ni un rancho. Ni un árbol. ¡Nada!

Un monte inculto y silvestre, cubierto de malezales tupidos, donde abundaban las jarillas, los chañás, las matas negras, los piquillines y los algarrobitos espinudos; arbustos que no se alzaban a más de dos metros del suelo arenoso y lleno de piedritas multicolores.

De cuando en cuando, aparecía una tranquera. El primer chófer la abría. Y, el último la cerraba. Las tranqueras eran las únicas señales de civilización. ¡Y pasamos muchísimas!

Al cruzar una hondonada, el automóvil en que viajábamos se encajó hasta los topes. Intentó salir con varias arrancadas. Pero se enterró más en el barro.

A su llamada de auxilio, todos pararon. Y los chóferes acudieron para sacarlo.

Bajamos los pasajeros, para alivianar el peso. Y, por primera vez en aquel lugar, sentimos crujir la nieve bajo nuestros pies.

Con palas, trajeron el barro debajo de las ruedas. Y un chófer exclamó:

—¡Traigan uñas de gato!

—¿Uñas de gato? —, pregunté yo con ironía. ¡Buena está la noche para cazar gatos y sacarles las uñas!

Entre risas y chistes, los chóferes arrancaron unos yuyos a los que llamaban «uñas de gato». Los pusieron debajo de las ruedas y... en la primera arrancada no salió.

—¿Dónde está el comisario?—, pregunté yo, maliciosamente.

—En el primer automóvil—, contestó uno.

—¿Por qué, señor?

—Porque, en vez de poner debajo de las ruedas «uñas de gato», pondríamos «barba de chivo».

«La Valenciana» se reía tan fuerte que contagió a todos con su risa. Y los ojos se humedecieron de tanto reír.

Con la ayuda de más cantidad de «uñas de gato» y los empujones de los pasajeros y chóferes, sacamos el automóvil y seguimos viaje.

—¿Falta mucho para llegar?

Esta pregunta mía fue contestada con las risas de todos los ocupantes del vehículo.

A medianoche, llegamos a un almacén de campo llamado «El Cariño». Pararon los automóviles y bajamos todos. Entramos en un galpón y nos pusimos en torno de un hermoso fuego que ardía en el centro, alimentado por leña de piquillín, que producía una llama viva y una brasa fuertísima en calorías.

El almacenero, hombre canchero y bondadoso, nos esperaba con un cordero al asador, ¡a la criolla!, que, al verlo solamente, nos hizo revivir. Pero, antes de comer, nos pasó dos botellas de anís «Ocho hermanos».

«La Valenciana» se prendió del pico de una de ellas. Y, de un tirón, ingirió la cuarta parte del licor.

Yo grité:

—¡Se prendió como ternero gaucho!

El comisario me miró serio. Y exclamó:

—¡Ya me ando dando cuenta!

—Yo también me ando, me ando.

Quiso enojarse conmigo. Pero le pasé la botella de anís y se olvidó de todo.

Alguien le dijo algo de mí.

Nos prendimos del asado y de dos damajuanas de vino «Chocolí de Patagones», un vino de la costa del Río Negro que pasa suave-

cito y recién se siente un calorquito en el estómago cuando se han tomado dos litros. Pero, al tercer litro, uno se pone tan alegre que le da por cantar, hasta quedarse dormido.

Cuando ya estábamos reconfortados, por dentro y por fuera, pedimos la cuenta.

Alguien gritó¹⁷:

—Señores, las señoras no pagan.

Otra voz agregó:

—Los chóferes, tampoco.

Hubo sentimiento general y al pasarnos la cuenta quedamos gratamente sorprendidos. Pagando los hombres solos nos tocaba solamente a cinco pesos por cabeza.

Los chóferes nos dijeron que podíamos reanudar el viaje cuando quisieramos, que los autos estaban ya listos. Nos despedimos del dueño de la casa y... al vernos frente a la noche blanca y fría, casi, casi nos dimos la vuelta. Pero por amor propio, o no sé por qué, subimos a los autos y proseguimos el viaje rumbo a Patagones.

Tan pronto se pusieron en movimiento los autos, la gordita valenciana se nos quedó dormida y, por más que la zamarreamos, no conseguimos despertarla. La gran cantidad de «Chocolí de Patagones» que se mandó guardar en el buche, surtió sus efectos.

Por tal causa, nos quedamos mudos y ya no se oyó en nuestro auto la risa cristalina de la gorda. La nieve caía cada vez más copiosamente y los autos disminuían su velocidad.

Al amanecer, llegamos a Patagones, duros de frío. Ya a unos kilómetros antes, despertamos a la gorda a fuerza de masajes y cachetazos, pues teníamos miedo que pasara del sueño a la muerte.

Pararon los autos en la puerta del «Hotel Percaz», donde fuimos muy bien atendidos, nos quitamos la ropa mojada, nos desayuna-

17 Nota del editor: en la edición original, el texto que sigue a continuación, hasta la mitad del capítulo siguiente, se añadió al final, en la Fe de Erratas, indicando cuál era su ubicación correcta.

mos y, en seguida, nos acostamos en cama de blandos colchones y gruesas fundas de lana... ¡Oh, lana de Patagones! ¡Con cuánto cariño recibe al viajero, después de una noche de nieve y frío!

A través de los vidrios de la ventana, miraba yo caer la nieve lentamente. Viendo caer la nieve, recordaba mi tierra natal. Y, a medida que entraba en calor, me fui quedando dormido, ¡¡profundamente dormido!!

Mi noche triste

Al medio día, nos llamaron para almorzar; al entrar en el amplio comedor, nos volvimos a encontrar varios de los viajeros de la noche anterior.

En una mesa larga nos acomodaron a todos y, en las primeras palabras cambiadas, me di cuenta de que mis compañeros de viaje eran nada menos que compradores de lana. Allí estaban también los estancieros, de botas, bombachas y gorra de vasco todos ellos, que habían venido a librarse la gran batalla.

Entre chiste y chiste, desaparecían las botellas de vino espumante, con taponazos y carcajadas, pero nada de hablar de negocios.

Al final del almuerzo, nos sirvieron el café con coñac y puro, y... cuando el ambiente estaba «caldeado», entraron de lleno a discutir los precios de la lana. Las botellas de coñac desaparecían como por encanto. Aquella gente ingería los licores como agua. Yo no estaba acostumbrado a seguir ese tren y me quise disparar, pero fue imposible.

—Usted no se mueve de aquí—, me decían. Ahora está en Patagones, no está en Buenos Aires.

No tuve más remedio que seguirlos, por más que ya me sentía un poco mareado.

A eso de las seis de la tarde, llegaron a un acuerdo en el precio de la lana. Ya varias botellas de coñac estaban vacías sobre la mesa. Un vasco salió al patio y tiró seis tiros al aire. El ambiente estaba al rojo vivo, candente. El precio de la lana fue de treinta pesos los diez kilos. Y en medio de risas y chistes, pidieron la cena, sin moverse de la mesa desde el almuerzo.

Terminada la cena, un estanciero gritó:

—Señores, ya que hemos llegado a un acuerdo, los invito a todos a bailar en «La Loma». ¡¡A bailar y a chupar!!

Sonaron vivas y aplausos. Llamaron cuatro autos. Subimos a ellos y salimos rumbo a «La Loma».

Yo no daba más. Me dolía la cabeza. No me había presentado a la confitería donde venía colocado y, de yapa, me llevaban al baile. ¡Lindo, no más!

Al llegar al destino, nos encontramos frente a una casa grandota. Delante de la puerta, un vigilante hacía la guardia en su garita. Adentro se oía música de guitarra y acordeón. Al entrar los vascos y los compradores, hubo gritos de algazara y unas cuantas parejas que bailaban se pararon. Cesó también la música y nos vimos rodeados de toda aquella gente, que nos saludaba con entusiasmo.

La patrona de la casa, una «jamona» de edad misteriosa pero «vieja chanchera», hizo entrar al vigilante y cerró la puerta gritando:

—¡Muchachas, muchachos, a bailar y a chupar, que la vida es corta!

Las parejas arremetieron un tango, lleno de firuletes, con corte y quebrada. Después, un vals y otro tango, y otro y otro, hasta medianoche.

A esta altura, la patrona le dijo a un estanciero que los muchachos y las muchachas tenían hambre. El hombre sacó un billete de cincuenta pesos y se lo entregó.

Salieron cuatro muchachos en un auto y al ratito volvieron con un lechón asado al horno, fiambres y tres damajuanas de «chocolí». Le entregaron al pagador un papel y el vuelto, pero él rompió el papel sin mirarlo y guardó el vuelto sin contarla.

¡Con qué furia atacó aquella gente los fiambres y el lechón! El «chocolí» desapareció rápido y le metieron a la cerveza.

Yo me aparté un poco del festín. Me dolía la cabeza y tenía un sueño bárbaro. Una mano se posó en mi hombro. Me di la vuelta y me encontré frente a una muchachita sonriente, que me preguntó:

—¿Qué te pasa?

—Nada, ¿por qué?

—Te veo triste y alejado.

—Es que estoy cansado y quisiera irme a dormir.

—No te dejarán ir. Éstos, cuando vienen al pueblo, hacen locuras. Y como han vendido la lana tan bien...

La cena había terminado. Los músicos tocaron un pasodoble y todos los presentes salieron a bailar, dando gritos de alegría. ¡¡Oh, la música española!! ¡¡Cómo levanta los espíritus, aunque estén agotados!!

Bailamos la muchacha y yo. Mientras, sostuvimos el siguiente diálogo. Lo inició ella:

—¿Es verdad lo que me han dicho?

—¿Qué te han dicho?

—Que vienes a trabajar de confitero a lo de don Ramón.

—¿Quién es don Ramón?

—Don Ramón Neira, el dueño de la confitería «Colón».

—Sí, es cierto.

—¡Al fin! Tengo unas ganas locas de comer un milhojas relleno con dulce de leche.

—Mañana mismo te lo haré.

—Sí? Que sea bañado en blanco, decorado con frutas y jalea y que diga: «Feliz día, Coca».

—Sí, te lo haré.

—Que sea bien lindo, porque es mi cumpleaños.

—¿A qué hora lo quieres?

—¡Cuando esté! Don Ramón no es malo, pero es neurasténico y nadie le dura.

—¡Mala noticia! ¡Pésima!

—Aquí, en Patagones, nadie lo quiere por eso, por cascarrabias.

—¡Mala suerte!

—A lo mejor, usted le cae en gracia y se llevan bien. Pero se va a tener que armar de paciencia para aguantarlo.

Terminó el pasodoble y nos sentamos. Las palabras de Coca me dejaron más frío que la noche, que, desde afuera, nos mandaba por las ventanas y claraboyas un viento cortante. Tener que lidiar con un cascarrabias era para mí un suplicio, pues tenía un carácter por demás jovial.

Para olvidarme de la mala noticia quise aturdirme. Llamé al guitarrero y le pedí que me acompañara con su guitarra, que tenía ganas de cantar «Mi noche triste».

Pero nadie sabía allí tal tango, por cuanto recién se había estrenado en Buenos Aires.

Le pedí la guitarra y, acompañándome yo mismo, canté:

Percanta que me amuraste
en lo mejor de mi vida,
dejándome el alma herida
y espina en el corazón.
Sabiendo que te quería,
que vos eras mi alegría
y mi sueño abrasador.
Para mí, ya no hay consuelo
y por eso me encurdelo
pa olvidarme de tu amor.

La muchacha patagónica copiaba la letra. Los músicos escuchaban atentamente, sin perder un compás, para grabar en su memoria la música.

Cuando terminé las últimas estrofas:

La guitarra en el ropero
todavía está colgada,
nadie en ella canta nada
ni hace sus cuerdas vibrar.
Y la lámpara del cuarto
también tu ausencia ha sentido,
porque su luz no ha querido
«mi noche triste» alumbrar.

Aquello fue un delirio de júbilo y felicitaciones.

Tuve que repetir media docena de veces el hermoso tango. Así pues, sin darme cuenta, fui el primer cantador de «Mi noche triste» en aquellos lugares apartados.

Ya la noche desaparecía. Y, como todo cansa en la vida, también nosotros estábamos cansados. Eran dos noches seguidas de traqueteo y los cuerpos, por más duros que sean, aflojan.

Nos despedimos con grandes apretones de manos y nos fuimos a descansar. La nieve seguía cayendo y ya estaba bastante alta en el suelo. Cantaban los gallos. Y, en algunas ventanas, lucía ya la luz de los madrugadores.

Allá lejos, por el lado del mar, avanzaba la aurora.

El sueño y el cansancio nos aplastaban en los automóviles.

Caía la nieve copiosamente.

Patagones despertaba.

Resaca

Serían las ocho, cuando me presenté en la confitería «Colón», frente a la plaza.

El frío de la mañana me refrescó el cerebro, que lo tenía bastante cargado de vapores alcohólicos. Al entrar, me fijé en las vitrinas y las vi completamente vacías. Un muchacho me atendió. Y, al saber que venía a trabajar, se fue corriendo al interior y regresó con el patrón.

Este último era un personaje que tenía cara de pocos amigos y lo primero que hizo fue mirar el reloj para decirme:

—¡A qué horas se presenta al trabajo! ¡Desde ayer de mañana que llegó, hubo tiempo de sobra para venir a cumplir con su deber!

Lo miré fijo pero no le contesté nada. Recordé las palabras de Coca y comprobé, de entrada no más, que tenía razón.

Ante mi mirada y mi silencio quedó desconcertado. Y, como no me decía nada, le entregué la carta de presentación de la Sociedad de Confiteros.

La leyó y sonrió. Después, ya más suave, preguntó:

—¿Cuándo va a empezar?

—¿Cuando quiera!

—¿Ahora mismo?

—¡Ahora mismo!

Pasé al fondo de la casa y me encontré con dos muchachitos, que echaban leña al horno. Cuando me vieron, se me presentaron muy respetuosos y me dijeron que eran los ayudantes de la fábrica y que se ponían a mis órdenes.

Mucho me gustó la solícita presencia de los dos purretes, que serían mis secretarios. Y empecé por empastar pastelería y bombas, para seguir después con la masa seca y los batidos.

A eso de las diez y en plena tarea, mis secretarios aparecieron con dos tremendas tazas de café con leche y me preguntaron si quería tomar mi desayuno. Yo, en verdad, estaba mal. Tenía un gusto raro en el paladar y parecía que querían venirme arcadas.

Para distraerme de ese malhadado estado, me apuraba a trabajar y les dije a los muchachos que tomaría un poquito de café negro y cargado.

Me trajeron el café. Y, al probarlo, casi me hizo vomitar. Aquello parecía un «caldo de porotos», con gusto a «chicoria fermentada».

El muchacho se lo llevó de nuevo. Y en seguida apareció don Ramón Neira, nervioso y pálido, con el café de nuevo.

—¿Por qué me desprecia el café?

—¿Pero eso, es café? —, le contesté.

—¿Y si no es café, qué es entonces?

—¡Usted lo sabrá, yo no lo sé!

—¡Lo que no sabe usted es la gran resaca que tiene encima!

—¡Precisamente! Porque tengo resaca necesito una buena taza de café, pero café bueno.

—Pues éste es un café, pero café bueno.¹⁸

yo que soy gente.

—¿Y yo que soy, animal?

Nos miramos en silencio. Ni él ni yo cedíamos en nuestra actitud. Él, como patrón, quería tener razón. Pero yo, como empleado,

18 En el original, a continuación falta un fragmento del texto de extensión indeterminada.

sabía positivamente que tenía razón. Como tenía unas latas en el horno, atendí mi trabajo y le di la espalda, despectivamente.

Él se retiró de mal talante, mientras murmuraba:

—¡Está fresco si se piensa que le voy a dar otro café! ¡Está fresco!

Trabajé hasta medio día sin tomar nada y nervioso, agitadísimo. Los muchachos volaban.

Cuando dieron las doce planté el trabajo y me fui sin decir nada a nadie. Al pasar por el salón, de un vistazo comprobé que las vitrinas estaban repletas de mercadería y había bastante movimiento de compradores. El patrón estaba tan ocupado que ni siquiera me vio salir. En cambio, el muchacho dependiente me guiñó un ojo en señal de satisfacción.

En el «Hotel Percaz» estaban los mismos viajeros del día anterior, siguiendo la farra corrida. Me llamaron a su mesa, pero en seguida notaron mi malestar. Tomé una taza de té y me fui a descansar.

A las dos volví a la confitería. Hacía una tarde hermosa. Y, bajo un sol espléndido y cálido, la nieve se derretía rápidamente.

Entré y vi al patrón almorcizando con los tres muchachos. Di las buenas tardes y me dirigí a la fábrica. La presencia de aquel hombre tan violento y repulsivo me traía de cabeza.

Mal empezaba en Patagones mi trabajo. ¡Muy mal!

Sin embargo, los muchachos me dijeron que se había vendido mucha masa y que el patrón estaba muy contento con mi trabajo.

Agregaron que Coca había hablado por teléfono, felicitando al nuevo maestro, porque el milhojas estaba riquísimo y, sobre todo, bien decorado.

En toda la tarde no le vi la cara al patrón. Recién al salir, me atajó para decirme: «que sentía mucho el altercado de la mañana, por el café, y me aconsejaba que no le hiciese caso cuando lo viese así, de mala vuelta, que eran momentos de nerviosidad y que, después, se arrepentía de todo lo sucedido».

Nos reconciliamos. Tomamos juntos el vermouth. Y salí ya contento a la calle. Si el patrón me hubiese hecho alguna observación,

esta vez de seguro que habría plantado el trabajo y me mandaría a mudar.

Después de todo, la escena del café había servido de algo. Que el patrón, seguramente, fue el primero en darse cuenta que las cosas iban por mal camino.

Pero, en fin, había pasado la resaca. Y con ella, el mal humor.

Al cruzar la plaza, dos muchachos me saludaron y hablaron afectuosamente. Por ello supe que todo Patagones andaba cantando «Mi noche triste», el tango que yo había traído desde Buenos Aires. Y me invitaron a ir de caza, el próximo domingo, con ellos y con otros amigos más, en automóvil.

Acepté la invitación muy complacido, pues tenía deseos de conocer el monte patagónico, a sus ganaderos, su forma de vivir y todo lo concerniente a la vida del campo.

El sábado me apuré y llené hasta los topes todas las vitrinas, para que el domingo no faltara mercadería. Y preparé mi ropa de campo, pues teníamos que salir antes del alba.

Ellos vendrían a buscarme.

Coca la Oriental

El automóvil corría veloz por un caminito arenoso y apretado, lleno de curvas y rodeado de arbustos y malezas tupidas. El cielo estaba limpio y salpicado de estrellas. Todavía no se veía el fulgor de la aurora y la llevábamos corriendo una hora de automóvil. Soplaba una brisa fresquita y tuvimos que ponernos los ponchos.

En el centro del automóvil, una bolsa de pan recién salido del horno, que habíamos alzado en la panadería. Su calor nos rodeaba y acariciaba agradablemente.

Al pasar por cerca de un puesto, los perros nos torearon y hubo que aminorar la marcha para no matar a uno de ellos. Una voz nos gritó:

—¿Quién anda por ahí?

—¡Ave María Purísima!—, contestó el chófer, parando el automóvil.

El puestero se nos acercó con tres peones y se saludaron afectuosamente todos. El dueño del automóvil sacó algunos panes de la bolsa y se los pasó.

—¡Tome, don Añaños!

—¡Gracias, muchachos! Esperen que les voy a dar un costillar de cordero, para que lo asen.

Yo me quedé pensando: ¡Añaños, Añaños, Añaños! ¡Mi apellido materno! ¿No sería algún pariente mío lejano?

Mientras fue por el costillar, les dije a mis compañeros que me lo presentaran. Así lo hicieron, pero él me reconoció y me dijo:

—¿No se acuerda de mí? ¡Si estuvimos de farra una noche en «La Loma»! Usted es el confitero aquel que vino de Buenos Aires y que cantó y tocó la guitarra.

—¡El mismo! —, le contesté.

La vida de un inmigrante

LIBRO SEGUNDO

Corrientes (Argentina), 1958



Introito

Escribir un libro, parece cosa sencilla, pero tan pronto se empuñan la pluma y se llenan unas cuantas plantillas, uno se aprieta la cabeza y exclama: ¡En qué berenjenal me he metido! ¿Cómo saldré de todo este lío? ¡Santo Dios! Empiezan los apuros, todo sale torcido, todo se hace cuesta arriba. El cerebro trabaja sin cesar; de noche no se puede dormir. Los nervios lo sacuden a uno continuamente; los personajes de la obra bailan en el aire como fantasmas; en fin, que el pensamiento está tenazmente taladrando el cerebro y uno anda desconcertado. Después, llegan los apuros de la impresión. ¡Cuántos viajes! ¡Cuántos inconvenientes! ¡Cuántos dolores de cabeza!

Así me sucedió a mí con la publicación del tomo primero de *La vida de un inmigrante*. Por tal causa, juré no meterme otra vez en tales aventuras... Y los años pasaron dulcemente, monótonamente.

Pero... empezaron a lloverme cartas de todas partes; de América y de Europa. Unas me animaban a seguir; otras me garroteaban de lo lindo; otras me echaban piropos; otras me insultaban...

Recibí de todo, cartas hermosas, regulares, criticonas, envidiosas. Buenas, malas y peores.

Ante este panorama tan variado, leía todo y dejaba correr el tiempo; el tiempo todo lo cura y todo lo olvida. El trabajo es el mejor regulador de la vida cotidiana y dejé pasar los años.

Sin embargo, después de recobrar la calma, empecé a sentirme inquieto; los años avanzaban; el ocaso de mi vida se acercaba más y más, y una especie de melancolía invadía todo mi ser.

¿No iría a morirme sin publicar el segundo tomo? Hasta que llegó un día angustioso y me dije: ¡Basta...! Voy a terminar con todo esto; y, que sea lo que Dios quiera, aunque muchos me dijeron: «Nunca las segundas partes son buenas». Yo les contestaba: Bueno o malo... allá va eso. Es mi ilusión, mi último capricho, mi única expansión espiritual y, por lo tanto, mi última chochera de viejo; y, recordando el viejo refrán, agregaba:

Si sale barbas, San Antón
y si no, la Purísima Concepción.

Y me puse a escribir de nuevo, con entusiasmo juvenil, aprovechando los momentos libres que me dejaba mi trabajo.

Lo que sí, esta vez iba a ser más exigente con las correcciones, que no me vaya a pasar como en el primer tomo, que corregía las pruebas y, al final, salió el libro con unas faltas garrafales, que dan miedo. Y como si esto no bastara, me extraviaron los originales de dos capítulos y tuve que repetirlos al final de memoria, para agregar una descomunal «Fe de erratas» que quedó como un pegote.

Por tal cosa, quedó tronco el capítulo «Coca la Oriental» dejando al lector perplejo por ese final tan sin gracia y tan extraño; en fin, que pasé las de Caín para publicar el tomo primero.

Dios quiera que en el segundo tenga más suerte y así pueda complacer a los muchos lectores que me animan con sus consejos y hacer rabiar a mis protestones. A todos aquellos que me alentaron debo agradecer desde lo más hondo del alma sus palabras lisonjeras, que me dieron coraje para seguir. En cuanto a los otros, a los que me criticaron y me gritaron de lo lindo, también debo agradecerles infinitamente sus críticas, pues leyéndolas detenidamente y sin apasionamiento las encontré saludables y provechosas. Por tal causa he

procurado poner más atención y describir y pintar la vida tal como yo la vi, tal como yo la sentí; si no lo hice mejor es porque mi pluma no puede ir más allá de lo que da mi cerebro.

No cometeré el error de meterme a filosofar profundamente usando un estilo elevado y florido; sería meterme en un callejón sin salida y, en tales condiciones, me sería imposible escribir; para mí, lo más sencillo y lo más práctico es pintar la vida con la mayor sencillez, reflejándola fielmente y diciendo la verdad, la pura verdad.

También estoy sumamente agradecido de aquellos amigos intelectuales que, después de leer mi libro, guardaron un silencio prudencial; así se libraron de aplaudirme o criticarme, e hicieron muy bien.

Mi libro *La vida de un inmigrante*, es mi propia vida, por eso lo quiero tanto, como si fuese un hijo mío: «Cuerpo de mi cuerpo, sangre de mi sangre». Y por tal causa lo dedico a mis seres queridos, a mi esposa, Antonia Aznar de Gastón, a mis hijos: Raúl López, Noemí Gastón de López, y a mi nietito, Raúl Santiago López Gastón. Ojalá vivan muchos años y puedan leerlo con gusto; es la ilusión que si a ellos les agrada la lectura, me daré por satisfecho, en grado sumo.

SANTIAGO GASTÓN



Cartas y crónicas sobre el primer volumen de *La vida de un inmigrante*

Entre las muchas cartas recibidas y comentarios periodísticos, voy a publicar unos cuantos, como agradecimiento.

Empiezo con una carta del señor E. F. Beramendi, presidente del Centro Navarro de Buenos Aires y autor de *Julián Gayarre y Pablo Sarasate*:

Buenos Aires, mayo siete de 1961

Estimado señor Gastón: Con mucha satisfacción he recibido su amable carta y el primer tomo de su libro *La vida de un inmigrante*, que lo he leído y releído ansiosamente, saciando mi expectativa.

Acaso valoro mejor que otros el mérito de su trabajo, por los muchos puntos de contacto que tiene con mi propia vida y... la de tantos otros que, como Ud. y yo, abandonamos el terruño, por obra del destino, en los primeros años de la vida, con el único caudal de la moral recibida en el hogar, que si es siempre y en toda circunstancia un respaldo personal, vale bien poco cuando hay que

afrontar las adversidades de la vida, por el esfuerzo propio, sin guías y sin autores o contra ellos.

Todo eso y mucho más deja Ud. expresado en «La novieca de la infancia», hasta la fuga a Francia, «por no querer ser cura», dejando allá, sobre las montañas hogareñas, los repollos de Juan Concepción, las ovejas y los burros, incluso a Josefa Barcos, para llegar a América en el «Carabellas», en 1906.

Y como tantos, ya estaba en América. En esta grande y pródiga Argentina, pero... Había que empezar la vida y allí desfilaron el corralón en Rosario, la trilladora en San Pedro, con todo su coeficiente de sinsabores propios del aprendizaje, y su ida a Montevideo, para hacerse confitero de oficio, «como pudo ser sastre», con 15 pesos por mes, la venta de embutidos y el frustrado amor y fortuna con Pilar o María, para regresar de nuevo a esta capital, en Colombres y Victoria, (sobre el centro Navarro) «Las Violetas», con el otro presunto fracaso de amor y de fortuna, en San Francisco de California, el obraje de Anzoátegui, que también yo lo he visitado con mi gran amigo y paisano don Fortunato Anzoátegui y, por fin, el «Hotel Giralda» y de nuevo, de confitero en Patagones.

Es necesario haber vivido esos trances para comprenderlos y le aseguro que los comprendo, porque los he vivido similares.

Como que me propongo imitarle aunque bien sé que estas cosas (como dijo Regules) son «cosas chicas para el mundo, pero grandes para mí».

No me propongo entrar a juzgar su libro, porque carezco de toda autoridad en materia literaria, sin dejar de reconocer que, por su esfuerzo, la «Casa Juaquineta» ha conquistado un lauro especial a su tradición.

Es lástima que el corrector de las pruebas en la imprenta no le haya prestado mayor atención, para salvar los muchos errores de imprenta que contiene y estimo que debe de ser ésta una sincera advertencia para que Ud. exija más en el segundo tomo a aparecer y que espero merecer el alto honor de leerlo a su hora.

Le hablo así, con la absoluta sinceridad, al hombre franco, al ser sencillo, jovial, liso y llano, como nací, como viví; como moriré.

En justa retribución, le envío por este mismo correo y por separado mi libro *Julián Gayarre y Pablo Sarasate*, que escribí el año pasado a pedido de la Comisión Directiva de este Centro Navarro, por el motivo y la circunstancia que leerá en el mismo libro.

Le envío también un ejemplar del mapa de Navarra, mi provincia, que se hizo imprimir conmemorando el cincuentenario de este centro. En ese mapa hallará marcado con una cruz su pueblo natal, Ansó, tan próximo a Navarra que bien puede decirse que los vecinos de uno y otro lado de la frontera, en aquellas montañas, forman una sola familia, por las modalidades propias y por los muchos detalles que contribuyen a la convivencia, como cuando Ud. en su infancia seguía con frecuencia el camino de Garde, Roncal, Isaba, a Santa Engracia (Francia), jornadas que quedan grabadas en el alma para siempre.

Confío se tome Ud. la molestia de comunicarme si estas líneas, el libro y el mapa le llegaron en buen estado y si le resultaron de alguna utilidad y de su agrado. Al mismo tiempo, le suplico me dé su opinión sobre mi libro después de haberlo leído.

Mientras tanto, tengo el placer de saludarle muy cordialmente.

E. F. BERAMENDI (presidente del Centro Navarro de Buenos Aires)



El Liberal, diario de Corrientes

«BIBLIOGRÁFICAS»

La vida de un inmigrante... Con este título acaba de aparecer un interesante libro del señor Santiago Gastón, viejo vecino de esta ciudad y dueño de la confitería «El Ebro». Su título sugiere su contenido. Fue impreso en Corrientes. Obligados a la brevedad diremos: libro agradabilísimo, de esos que se leen con interés desde la primera a la última página. Su parte mejor es, sin duda, la primera. Cuando Gastón no era todavía inmigrante. Sus descripciones de Ansó, pueblo pirenaico del Alto Aragón, donde el autor nació y transcurrió su niñez y se hizo mozo están llenas de encanto.

Algunos grabados ayudan al lector a perfeccionar la imagen de aquellos parajes y víveres.

La vida de un inmigrante está escrito sin pretensiones, pero con honda ternura y sinceridad. Nuestro bien conocido don Santiago Gastón ofrece su autobiografía en el libro con cuyo título iniciamos esta nota y cuya obra completa constará de dos tomos.

Páginas que irradian simpatía, pureza de intenciones y van perfilando un carácter emprendedor se deslizan en la lectura que fácilmente va ganando la adhesión del lector y desfilan así tipos, paisajes, costumbres, contrastes y esfuerzos nobles por superarlos.

Y, en medio de todo, un gran afecto y reconocimiento por la patria de adopción, que le brindó el «¡bendito pan Argentino, hecho con trigo de tus Pampas grandiosas y fecundas!».



ATENEO DE CORRIENTES

El 31 del presente mes de agosto, a las 20:30 horas, se realizará en el «Hotel Buenos Aires», la comida mensual de camaradería para todos los socios del Ateneo de Corrientes.

Asistirán como invitados de honor el poeta y periodista don Julio Díaz Usandivaras y don Santiago Gastón, autor este último del interesante libro *La vida de un inmigrante*, de reciente aparición, y que fue recibido por todos los amantes a la buena lectura con gran satisfacción.

Entre otras personas vinculadas al Ateneo, asistirán también a dicha comida especialmente invitados la señorita Haidée Helguero, concertista de piano, y el compositor correntino don Osvaldo Sosa Cordero y señora.

El exquisito poeta don Julio Díaz Usandivaras disertará de sobremesa sobre la décima, género poético de su predilección, que cultiva con admirable dominio. Nos pide la Secretaría General del Ateneo que hagamos saber a los socios del mismo que no habrán invitaciones por tarjeta para esta comida, que a no dudarlo constituirá un acto de sobresalientes relieves.



La Mañana, diario de Corrientes

«LITERARIAS» (un libro que debe leerse)

Anunciamos al aparecer el libro de don Santiago Gastón *La vida de un inmigrante* (autobiografía) que hemos leído con interés por ser su autor ampliamente conocido en nuestro ambiente y de larga radicación en Corrientes, donde formó su hogar.

Sus 350 páginas se leen con atención y a medida que sigue el relato de sus andanzas, desde que lo inicia en su pueblo natal, el lector se complace en seguirlo porque está escrito con mucha sencillez y verismo, lo que da colorido y ambiente. Es una obra que debe ser leída por todos, porque ella revela un carácter y cómo la voluntad y la energía triunfan en la vida. Anuncia en breve su segundo tomo y creemos que ella será tan interesante como la primera y al felicitar al señor Gastón hacemos votos para que su obra sea un éxito de librería.

• • •

Ansó, 15 de septiembre de 1951

Señor Santiago Gastón, Corrientes

Apreciable amigo y paisano: por fin recibí tu libro, el que esperé tanto tiempo; no me explico tanta tardanza. Sin embargo, llegó bien, sin deterioro ni manchas, ni raspaduras.

Como podrás imaginarte, lo he leído tres veces para mí solo. Después, cité a los más cogotudos del pueblo, para leerlo en público. A tal objeto elegí «La Cruz de las Eras», lugar pintoresco que domina el paisaje serrano en toda su amplitud y por debajo pasa el río Veral, murmurando su monótona canción cristalina.

Allí, rodeado del juez, el alcalde, el maestro, el cura, el sargento de la Guardia Civil, el teniente de Carabineros, el barbero, los Sres. concejales del Ayuntamiento y unas cuantas damas (me olvidaba del boticario y el veterinario con sus esposas) empecé la lectura. Cada capítulo gustaba más, pero el reloj de la torre nos sorprendió con las doce campanadas y hubo que interrumpir la lectura para ir a yantar; no sin antes citarnos para la lectura toda la tarde, con un auditorio mucho más numeroso, incluyendo el médico y el sacristán, que no estuvieron en la mañana.

Debo confesarte con orgullo que tuviste un éxito rotundo. Ahora todos me lo piden para leerlo y anda de manos en mano, ya ni sé quién lo tiene.

Te felicito Santiago, si hubieras estudiado, habrías subido muy alto en el mundo de las letras. Tu libro es encantador, allí no falta ningún detalle, estás bien documentado y, al terminar la lectura, uno siente no poder seguir leyendo más tus memorias.

Amigazo, has corrido de la ceca a la Meca, has sufrido mucho, pero también has farreado de lo lindo; así es la vida, alegría y dolor.

En tu última carta me decías que falleció mi gran amigo Aicardo Urbe, el de las máquinas exprés; esa noticia me puso muy triste, fuimos amigos y compañeros de trabajo; juntos sacamos el «Gordo» de Navidad en Madrid; juntos vinimos a cobrarlo; juntos paseamos y farreamos por toda España; pero... yo quedé aquí y él se fue a la Argentina; el amor lo llamaba con sus cartas y allá se fue a casarse y nos sepáramos con abrazos y lástimas y... ¡Pobre Aicardo! ¡Cómo lo recuerdo todos los momentos! Así es el destino. Sabemos dónde nacemos, pero ignoramos dónde moriremos.

Cuando publique tu tomo segundo no olvides mandármelo, todos estamos ansiosos por leerlo.

Muy agradecido por tu envío, recibe muchos saludos de todos tus amigos y parientes y un abrazo grandote de este «indiano» que te estima de veras.

FRANCISCO CATIVIELA

Nota: Mientras leía tu libro se me presentaba la Argentina nítidamente, tal como yo la vi en mis corretajes, como viajante comercial.



El Guaraní, diario de Corrientes.

«LITERARIAS»

La vida de un inmigrante, por Santiago Gastón

Gastón no es un escritor profesional, uno de aquellos que hacen del decir pulido la atracción de un libro; él tiene sinceridad, recuer-

da los distintos pasajes de su vida, los refleja con fidelidad y en eso radica el realismo de su obra.

Tiene, sí, el valor de la descripción de la vida real y de los paisajes mentales que le dieron matiz espiritual a cada pasaje, a cada momento de su existencia. Las esperanzas que se realizan o no, con preocupaciones y humorismos, desfilan en interesante procesión por las páginas de esta obra, recomendable por lo que representa como exponente de una vida que es la de tantos que han venido de tierras extranjeras, a este oasis de paz y de trabajo.



Tradición, revista literaria, social, folklórica y turística de don Juan de Bianchettri, profesor de idiomas y autor del libro *Gramática guaraní*.

La vida de un inmigrante

Novela sí, pero novela que se aparta del modo común porque no es ficticia narración creada por la imaginación del escritor.

La vida de un inmigrante justifica el aforismo de que toda la vida, vivida intensamente, depara una novela más, mucho más interesante que la creada por la fecunda fantasía del más imaginativo escritor.

Don Santiago Gastón, aragonés de pura cepa, que se pasa el día con el palote de amasar, entre masas y confituras y frente al horno, tiene tiempo, en las horas de descanso, de empuñar la pluma para narrar su vida.

Y bien que lo hace con maestría, dando así una lección a muchos; sus inquietudes espirituales, sus innatos sentimientos de poeta porque lo es de verdad, necesitan exteriorizarse, dejar correr el curso natural como un desahogo que es el verdadero descanso después del duro trajín diario.

La vida de un inmigrante es la historia de su vida, su auténtica autobiografía narrada con sencillez y veracidad, sin aires de suficiencia. Y allí está, precisamente, el gran mérito, porque así nos ha ofrecido una narración que emociona y deleita, demostrando sus condiciones de narrador, descriptista de paisajes y costumbres.

Ansó, su pueblito natal de Aragón, encerrado en los Pirineos entre nieves y quebradas, descrito con maestría, es evocado con emoción; su vida, cuando la juventud retorna a sus hogares, trabaja y se divierte, tejiendo amoríos al son de músicas y risas...

Luego la vida real, la mocedad, el alejamiento del terruño, de la patria amada y nunca olvidada.

América, resplandor dorado, promesas muchas veces incumplidas, esperanzas que se realizan o no; el duro, áspero y también amargo comienzo, hasta que... Esperemos el segundo tomo de esta interesante y emotiva narración que vale la pena leerla.



El Territorio, diario de la Resistencia (Chaco)

«PUBLICACIONES»

Su autor, Santiago Gastón, nos remitió el libro intitulado: *La vida de un inmigrante*. Escrito en un estilo ágil y ameno que mantiene latente el interés del lector hasta el final, narra la serie de odiseas, aventuras y hechos de que fue protagonista desde que abandonara el pintoresco pueblo situado en la provincia española de Huesca, a la izquierda del río Veral, en 1906. Con hondo cariño por esta tierra inicia el «inmigrante» el relato de sus andanzas, que son las de muchos que vinieron de lugares lejanos a sumar su esfuerzo a nuestra potencia humana en Buenos Aires, Santa Fe, Montevideo, Chaco y Corrientes, donde Gastón está actualmente radicado.

Salpicado de coplas y versos alegres, escritos por la inspiración de las cosas y los lugares que vio, con fluidez y galanura *La vida de un inmigrante* resulta un trabajo que interesa y solaza al lector.



El Litoral, diario de Santa Fe

La vida de un inmigrante, edición de autoridad.

Impreso en los talleres de La Nueva Época, de Corrientes, nos llega este libro autobiográfico escrito por Santiago Gastón. Empieza con

la descripción del pueblo de Ansó, tierra de origen del autor, con la evocación de los días de la infancia, en su pueblecito del Alto Aragón, la aventurera adolescencia, y la partida a la América soñada, donde el trabajo abunda y recompensa con creces el esfuerzo.

Con sinceridad, prosa sencilla pero amena y una emoción que no por contenida deja de aflorar con frecuencia a las páginas de la evocación, narra diversos episodios de su vida en nuestra Argentina en la que enraíza su destino por la más fuerte de las raíces: la del corazón.

Sin valores literarios destacables, *La vida de un inmigrante* es una autobiografía amena en la que se da testimonio de escenas y costumbres de nuestros campos.



Yapeyú (Corrientes), abril 19 de 1954

Señor Santiago Gastón, Corrientes

Estimado amigo y colega: leí con agrado su emocionante libro *La vida de un inmigrante*. Muy bueno, amigo Gastón, por la sinceridad de su pluma y por lo real del drama, que es la propia vida, sin rebusques de ninguna fantasía.

Es su obra de esas que se toma y cuesta un sacrificio dejarlas, porque todo es interesante y como no se advierte lo que viene, la curiosidad está siempre latente.

Su producción no es de esas novelitas cursis, que al comenzar ya se sabe el final, o de aquellas cansadoras, que cuesta un sacrificio leerlas y más van a apropiadas para el insomnio.

Después de leerla yo, la leyó mi señora y la encontró interesantísima y la pusimos entre los libros de nuestro mayor aprecio, al ladito mismo de mi querido y humilde *Bajo el signo de la Cruz*.

Su «pobre inmigrante», como usted lo llama, aunque no lo crea está muy por encima de muchas obras de autores famosos, que sólo tienen de bueno la firma... Así se escribe una obra, amigo Gastón, moviendo los personajes como usted lo hace, dentro de la vida real, con sutileza, con candor, nada de sangre ni drama sensiblero, que

eso es para el lector grueso y no para el lector seleccionado, que sabe apreciar la sensibilidad y delicadeza del escritor.

Una lectora me había dicho que *La vida de un inmigrante* y *Bajo el Signo de la Cruz* eran muy semejantes, hermanos, es cierto, porque en su libro encontré la misma dulzura que quise darle yo a mi obra y también su argumento encierra enseñanza, virtud que yo también pretendí darle a la mía.

Una obra debe deleitar pero también enseñar. Es por medio de la novela que se conocen los pueblos, no por la historia y la geografía... ¿No es así amigo Gastón?

Por su libro, conocimos muchas cosas interesantes, al par de la satisfacción que se experimenta con los personajes, que usted los mueve magníficamente y sabe sacarles provecho.

Muchas gracias por sus conceptos respecto a mi libro, los que considero sinceros y me han de servir de estímulo para escribir otro libro, a ver si usted hace otro tanto, no deje trunca su obra, sería una lástima, no olvide que la esperamos con ansias.

Esperando la pronta aparición del segundo tomo, lo abraza su amigo y admirador...

PEDRO MEZA TOLEDO



La Capital, diario de Rosario, decano de todos los diarios de la República.

«BIBLIOGRÁFICA ARGENTINA»

Vívida relación de *La vida de un inmigrante*.

No es Santiago Gastón, autor del libro autobiográfico *La vida de un inmigrante* recién aparecido, un escritor en el amplio sentido de esta palabra, ni es tema que permita suponer altos vuelos el describir la vida de un hombre modesto, hecho en el trabajo, y a quien no ha ocurrido algo notable que pueda destacarlo del término medio de los millones de hombres que han llegado y llevan una existencia semejante.

Sin embargo, con una sencillez que habla elocuentemente de su sinceridad y de su modestia, este inmigrante logra despertar el interés del lector y mantenerlo sin que decaiga a través de innumerables capítulos que van describiendo, casi día por día, esa vida sencilla, iniciada en una aldea enclavada en los Pirineos aragoneses y que llega a desarrollarse en ambas márgenes del Plata.

Finca la razón de este interés en la vívida evocación de ambientes, de trabajo, a veces con prolíjidad de detalles o con pueril ingenuidad, pero siempre con sentido profundamente humano y ofreciendo una documentación valiosa para el conocimiento de pueblos y costumbres que no carecen de interés.

La inexperiencia del autor se refleja en la extensión, trescientas cincuenta páginas, para la mitad de esa vida y se anuncia ya un segundo tomo; es siempre difícil llegar a la síntesis, especialmente en el recorrido de esa vida andariega, en la que no es fácil determinar qué es lo que ofrece menos interés.

Pero la habilidad con que el autor ha salpicado su relato, con episodios humorísticos, alguna nota sentimental, uno que otro toque ligeramente dramático o felices descripciones de paisajes, ambientes, labores rurales y fabriles, acortan esa extensión y hacen liviana y grata su lectura, tanto en los paisajes de la niñez, que evocan aquel ambiente serrano del Alto Aragón, como en lo que muestra al lector, felices brochazos de nuestra tierra, de la República transplatina: la trilla, el obraje, el taller, la pensión urbana o la fonda pueblerina, con sus variadas costumbres.

Y no es poco mérito el que señalamos en un hombre forjado en el trabajo duro de todos los días y que, ya en el ocaso de una vida sencilla y honorable, pide a la pluma que le fije sobre las cuartillas y obtiene de éstas que dejen una enseñanza útil.

● ● ●

PALMAR GRANDE (Corrientes), abril 10 de 1954

Señor Santiago Gastón, Corrientes

Estimado amigo: la lectura de su libro *La vida de un inmigrante* resulta agradable y nos transporta a la edad infantil, tan feliz, re-

cordando sus travesuras y demás encontrones característicos de la impulsiva adolescencia; sin estar ausente la dulce novieca infantil, perfume de mujer que suele fijar más de un destino.

Su llegada a la República Argentina tiene un momento de expectación cuando fue objeto de una burla sangrienta, pero una frase oportuna, lo hizo salir del paso tan molesto.

El trotamundos que hubo en Ud. tiene acertada pintura y las poesías, muy felices, mantienen las bellas páginas de su autobiografía.

En nombre de los maestros, agradezco de todo corazón los hermosos versos dedicados a ellos, pues yo soy también maestro y con todo mi cariño guío los pasos de la niñez, deseosa de aprender, por el camino del bien y del saber.

Su espíritu alegre y su tozudez le hicieron sobrellevar más de una circunstancia que podría haber torcido su derrotero; pero enfrentando la rivalidad, con ánimo conciliador, supo con entereza encabezar y encauzar a los descontentos hacheros y redactar un corto petitorio que satisfizo al patrón y a los compañeros, dando una severa lección al soberbio mayordomo, causante de esa rencilla.

Y bien, durante su viaje a Patagones, bajo nieves y chupando frío en el auto, tuvo una actitud reconfortante, conversando con la dama gorda, haciendo chistes y recitando versos; para aquellos pasajeros desconocidos habrá resultado Ud. un compañero de viaje inolvidable.

Y ahora, dígame una cosa: ¿Cómo fue para anclar en esta tierra...?, ¿qué diríamos de sosiego, de calma y satisfacciones?

Por su redacción sencilla y clara, se recomienda su lectura a los niños, siempre dados a las aventuras.

Su romance al trigo se lo hice recitar de memoria a un niño, hijo de labradores españoles, en la fiesta de la escuela; obtuvo muchos aplausos y los padres del niño lloraron de emoción.

Amigo Gastón, le envío mis plácemes, confiando que su pluma no se oxide; además, deseo saber un detalle y es todo lo referente a esa ermita serrana de la Virgen de Puyeta, la ceremonia celebratoria y sus significación.

Cuando me conteste, espero diga qué juicio le mereció mi libro *Ypotiyave*. Reciba un cordial saludo de su nuevo amigo.

JUAN B. COSTA, director



Romance que me mandó mi paisano, el relojero señor P. Palacios, residente en la capital de Corrientes.

A don Santiago Gastón:

Por mediación de una amiga
a quien quiero de verdad
pasando una noche en vela
he leído su novela
escrita con mucha migia
y un acierto singular.

En su vida, su odisea
es la mía y de otros más
que allá por los años mozos
saliendo de nuestro lar
pasajeros de «Bodega»
(aunque haya quien lo niega)
nos hicimos a la mar.

Energías importadas
pesetas en escasez
ilusiones a granel
caras de asombro colmadas
por la moderna Babel
completaban el «bagaje»
del inmigrante de ayer.

Yo le admiro porque Ud.
aunque supo padecerlo
supo expresarlo también
despertando en la memoria
nuestra ya pasada historia

del tiempo cuyo recuerdo
tiene su sabor de gloria
al llegar a la vejez.

Siga escribiendo su obra
con esa gran maestría
que sabemos que le sobra
pues tengo ganas de ver
si su vida con la mía
al tiempo que va corriendo
paralela sigue siendo
como al principio lo fue.

Y perdóneme la audacia
de invadir campo privado
que soy nacido en Castilla
y para más, en «Bonilla»
que hace ya medio milenio
fue la cuna de «El Tostado»
(no pudiendo con mi genio
se me quemó el estofado).

Con mis plácemes

P. PALACIO, Corrientes, marzo 1954



Corrientes Cultural, revista literaria

Nos ha llegado el libro *La vida de un inmigrante*, del que es autor Santiago Gastón; libro que consideramos sumamente interesante, por su amena lectura y la descripción de las innumerables anécdotas de la vida de un inmigrante, desde su salida de «la Madre Patria» hasta su llegada a las tranquilas y bellas repúblicas del Plata; en especial, la Argentina.

El libro de Gastón es un estímulo para la juventud, pues demuestra cómo un hombre con constancia y trabajo honrado puede llegar hasta labrar un porvenir risueño.

La vida de Gastón está desarrollada en su libro, en donde él con toda valentía expone, unas veces con romanticismo, otras con risueñas anécdotas y muchas sobre sus problemas de amor frustrado.

El libro lo consideramos muy bueno y lo recomendamos a nuestros lectores, que en él encontrarán páginas muy comunes, muy bellas y llenas de recuerdos emotivos.

Próximamente saldrá el segundo tomo, que será aún más interesante que el primero, el cual ya se encuentra casi agotado debido a la gran demanda. Felicitamos al buen amigo y le alentamos para que siga dando rienda suelta a su corazón, con nobleza característica, en sus inquietudes literarias.

• • •

La Mañana, diario de Corrientes

LA FIESTA DEL ATENEO

Adquirió las características de una verdadera fiesta de la cultura la cena de camaradería de los socios del Ateneo de Corrientes, realizada el 13 del mes pasado, en el «Hotel Buenos Aires» y a la cual concurrieron como invitados de honor don Santiago Gastón y Sra., don Julio Díaz Usandivaras, la señorita Beatriz Helguera, don Osvaldo Sosa Cordero y su Sra.

A los postres, hizo el ofrecimiento con palabras elocuentes el secretario general de la institución, poeta Jesús Salvador Cabral, quien tuvo palabras de justiciero elogio para el autor de *La vida de un inmigrante*, apreciado residente español entre nosotros, que hizo un paréntesis en su vida de trabajo para referirnos episodios, retratar caracteres y fijar recuerdos con sencillez amena; para el poeta de las décimas, que desde «Nativa» cumple su misión de argentino tradicionalista; para la exquisita pianista que nos visita, luego de recibir el aplauso del público paraguayo, como anteriormente lo recibiera, junto con laudatorias críticas del Brasil, Uruguay y la Argentina; y, por último, para el compositor correntino, que reivindicó en la gran capital, la dulzura y armonía de la canción guaraní correntina, presente al alma del terruño, en sus celebradas composiciones.

Luego que concluyera el señor Cabral sus aplaudidas palabras, brindaron producciones poéticas inéditas; el Sr. Gastón recitó «Mi Ofrenda al Glorioso Abuelo», poesía dedicada al Gral. San Martín; el Sr. Usandivaras recitó «Guitarra de mis amores»; hermosas décimas camperas; y el Sr. Sosa Cordero recitó «Guaraní»; todos fueron muy aplaudidos por los comensales y por el numeroso público, que a la hora de los postres se hizo presente para escuchar a los cuatro poetas que intervinieron en lo que alguien llamó un «torneo poético».

A pedido de los presentes, Jesús Salvador Cabral, el decimista correntino, como lo llamó Usandivaras, recitó «Estío Correntino», hermosas décimas de su última producción.

Como allí no se hiciera música, la Srta. Helguera no podía agradecer con el mágico lenguaje del teclado y fue aceptada una invitación hecha por algunos socios del Jockey Club de cumplir la segunda etapa en los salones de nuestra primera institución social, a la que se largaron en cordialísima caravana.

Fue allí entonces que la Srta. Helguera, con Chopin y Albéniz, que Usandivaras, con la magnífica guitarra de concierto del Sr. Ernesto Desimoni; la Sra. de Sosa Cordero, con su acordeón; el Sr. Benjamín de la Vega en el piano; la Sra. de Vargas Peña, con recitados en varios idiomas; y los cuatro poetas con sus versos, pusieron la nota de la gracia y de la simpatía, siendo el broche de oro el descubrimiento del Dr. Vargas Peña como poeta; lo conocimos como médico eminente, internacionalista de nota, historiador de renombre y allí, un miembro más del Ateneo, poseedor de una hermosa poesía suya, nos lo presentó en la otra faceta; la de poeta.

Fue, pues, una fiesta competá, que prestigia al Ateneo de Corrientes, al destacar y premiar los nuevos valores culturales.



Largo sería si copiara aquí las muchas cartas que recibí, pero debo poner punto muy a pesar mío, para seguir contando mi vida.

Prosigo pues mi obra, retomando el hilo roto, allá, en los montes patagones, continuando el capítulo:



Libro segundo

Coca la Oriental (II)

No me fue posible conversar con don Manuel Añaños, sobre nuestro parentesco. La charla de mis compañeros, giró solamente sobre «Coca la Oriental».

De pronto, arrancó el auto velozmente, cortando la charla y enfiló por un caminito retorcido y estrecho, semejante a una serpentina sin fin, dando vueltas y más vueltas, hasta tomar altura, y después de andar largo rato, llegamos a una hermosa collada altísima, donde paró.

Allá, en el lejano Oriente, empezaba a rayar el alba...

El caminito estrecho y retorcido descendía por unas laderas pendientes y quebradas, llenas de malos pasos, al borde de hondos precipicios muy peligrosos; ante tales peligros, lo más prudente era esperar la luz del día. Nos apeamos y empezamos a dar saltos, para despertar las piernas entumecidas por el largo viaje y el frío mañanero.

A medida que clareaba, despertaba la madre naturaleza, se oyeron los silbidos de las perdices que venían a revolcarse en la huella, para

sacudirse el rocío matutino. Tomamos las escopetas y sin movernos del lugar dejamos un gran tendal de perdices, martinetas y coloradas.

Aquella forma de cazar me pareció estúpida, pues las piezas, en vez de disparar, acudían como sonzas a los tiros.

A la derecha del camino y sobre un promontorio apareció una manada de guanacos; ¡qué lindos animalitos! Tenían la cabeza como los potrillos y las patas como las cabras. Mientras pacían, un macho cabrío hacía de centinela. Con el ruido de los tiros formaron un rodeo, levantando muy altas sus cabecitas y nos observaron llenos de curiosidad.

El chófer hizo sonar la bocina del auto varias veces y el guanaco macho que hacía de guardia echó a correr a una velocidad fantástica por un sendero que se internaba en el tupido fachinal, seguido por toda la majada. Recogimos la caza, que llenó el cajón trasero del auto, y esperamos tranquilos la luz del día. El chófer nos advirtió: miren muchachos qué lindo amanecer. Por el lado de Oriente una luz pálida avanzaba lentamente, iluminando el paisaje semidormido en el misterio nocturno.

Hasta nosotros llegaba un exquisito aroma de flores silvestres y de pasto mojado por el rocío mañanero. A medida que la luz de la aurora avanzaba, despertaba la naturaleza y miles de pajaritos dejaron sentir sus trinos armoniosos. El paisaje fue tomando formas caprichosas, no era una aurora pampera, donde el confín lejano es una curva prolongada que divide cielo y tierra; el horizonte que teníamos a la vista era quebrado, ondulante, marcando altas colinas y valles profundos.

El monte de Patagones aparecía virgen, tupido y exuberante. Abundaban las jarillas, los piquillines, los algarrobillos espinudos, las matas negras, las chañas y otros arbustos espinudos de corta longitud. Entre estos matorrales, pacen plácidamente estas manadas de guanacos silvestres, cuya piel es muy codiciada para cubrir las camas durante los fríos invernales.

De pronto, por el Oriente asomó la puntilla del sol, dorando las lomas y acariciando nuestros rostros, amoratados por el frío.

Mis compañeros me señalaron allá abajo, un punto negro en una hondonada, de donde se elevaba una columna de humo; allí vivía el

vasco Martín Oteiza con su familia y peonada, tratábase de un vasco ganadero muy rico y muy «diablo» que cuando caía en Patagones hacía reír hasta las piedras.

Después, me señalaron al Norte y allá lejos se columbraba apenas la Estancia de los Olivares, donde íbamos a pasar el día.

Dos de los muchachos eran hijos del estanciero Olivares, Pedro y Juan, a quienes llamaban cariñosamente Perucho y Juancito. Este último, recién, había regresado de «Campo de Mayo» donde estuvo un año bajo bandera. En la Estancia de los Olivares estaba «Coca la Oriental»... A esta chica la había «sacado» el mayordomo de la «Loma» y la tenía allí y parece que estaba celoso como un turco; por tal motivo, pensaba hacerle un simulacro de rapto, para divertirse de lo lindo, con el «macho celoso».

Ya el sol alumbraba de lleno el paisaje, subimos al auto y seguimos de viaje. Qué razón tenía el chófer. El caminito atravesaba unas laderas llenas de barrancos y cuchillas pendientes, donde avanzábamos lentamente en un interminable zigzag lleno de peligrosos precipicios.

A eso de las nueve, llegamos a destino; el mayordomo estaba todavía «encamao». En cambio, la peonada y el capataz mateaban de lo lindo en la cocina.

Hubo un revuelo, llamadas precipitadas y, al rato, hizo acto de presencia el mayordomo, todo avergonzado, porque los niños del patrón lo pescaron durmiendo.

Ante sus torpes disculpas, ellos le dijeron que era domingo y que como estaba en plena luna de miel...

Entramos en la cocina, donde se doraba un asado a la criolla; la pava cantaba arrimada al fuego y los mates corrían de mano en mano. Como tardaba en aparecer la «Coca», mis amigos, siempre en tren de farra, le pidieron al mayordomo que la llamara...

El mayordomo miró a todos receloso, antes de salir de la cocina; después de diez minutos de espera, aparecieron los dos; ella venía muy colorada, casi avergonzada; vestía humildemente como una chinita de campo, su cabello caía en dos trenzas y una vincha celeste rodeaba su cabeza.

La reconocí en el acto, era la misma con quien bailé un paso doble la primera noche que pasé en Patagones, manteniendo con ella un diálogo, donde me pintó de cuerpo entero a mi patrón y me encargó que le hiciera al día siguiente un milhojas.

¡Qué enorme diferencia había entre esta chinita campera y aquella mujercita de la vida, coquetona y frívola!

Mis amigos la rodearon para felicitarla efusivamente y entregarle «los regalos de boda».

Los niños Olivares le entregaron la bolsa de pan caliente; los acompañantes, dos damajuanas de vino «Chocolí»; y yo, una bandeja de masitas... Faltaba el regalo del mayordomo y mis amigos lo rodearon, lo felicitaron por su «conquista» y le entregaron el costillar que les había releggido Años, asegurándole que lo había comprado única y exclusivamente para él, y entre aplausos y felicitaciones rodearon a los «tórtolos» gritando en coro: ¡¡VIVA EL AMOR!!

En otro lugar aquellos regalos serían una burla, pero allí, en el campo, eran «manjares maravillosos». Lo único que daba lugar a dudas era el costillar; lo que sobraba allí era carne, pero el mayordomo agradeció muy serio, con una reverencia que provocó una sonrisa de los peones y el capataz... El asado a la criolla estaba apetitoso y los peones se prendieron del pan fresco con furia. Es que allí sólo se comía «galleta dura». El «Chocolí», pasaba suave y ligerito y, al final, la «Coca» presentó la bandeja de masitas, que fueron devoradas en el acto... Fue en verdad un «banquete campero».

Como habíamos madrugado, nos prepararon unos catres en el galpón de las lanas, para que durmiéramos la siesta.

Imposible dormir... Aquellos demonios sólo pensaban en el «simulacro de rapto», pero lo que en el camino era felicísimo, aquí sobre el terreno resultaba «peliagudo»... Ante tal situación, yo les dije: Bueno, ya que no podemos dormir, nos vamos al pueblo. No olviden que mañana tengo que trabajar.

Una carcajada general llenó el galpón, ellos habían venido a farrrear, no a dormir, además, pasarían allí la noche, pues el «rapto» tenía que ser «nocturno» ¡¡El cielo se me vino encima!! ¿Con qué cara me presentaría al trabajo, después de faltar un día? ¡Vaya una

agarrada que tendríamos don Ramón Neira y yo! Pero ellos se burlaron despiadadamente de mí, diciéndome entre risas: Si tanto apuro tiene por su trabajo, váyase caminando hasta Patagones.

Me retiré del galpón y me fui a la cocina. Allí encontré al capataz y los peones tomando mate; me invitaron a uno y lo acepté. Como permanecían silenciosos, les conté un cuento campero que les gustó mucho y les hizo reír ruidosamente... El que más reía de todos era un criollazo grandote, llamado Robustiano. Medía por lo menos dos metros y tenía más fuerza que un caballo; era lerdo en sus movimientos y en sus palabras, pero era «güenazo», tan «güenazo» como grandote. Además, cuando se reía, lo hacía escandalosamente, con un palmo de boca abierta.

Una idea diabólica se me cruzó por la frente, viéndolo así, tan simple como ingenuo, pensé que aquel mocetón podría servir para hacerle pasar una mala noche al mayordomo celoso.

Lo invité para que me enseñara los alrededores de la Estancia y se me ofreció muy gustoso.

Durante ese paseo, le dije que la «Coca» estaba entusiasmada con él «por su hermosa estampa de buen mozo»... Me miró sorprendido, pero tanto le insistí, que se dejó convencer paulatinamente y me preguntó con ingenuidad: ¿Usted cree que me llevaré el apunte?

¡¡Claro que sí!! Esta noche, después de cenar, mientras yo cuento algún cuento, usted se va por el fondo y la llama por la ventana.

—¿Usted cree que me atenderá?

—¡Ya lo creo que lo atenderá!

Volvimos a la Estancia; el plan del «rapto» estaba ya listo.

Don Juan, doña Inés y el comendador

La cena transcurrió en un ambiente agradable: los paisanos celebraban con ruidosas carcajadas la historia de amores y celos que les conté.

El ambiente estaba propicio para correr la aventura. Yo recordaba el maquiavélico refrán: «El fin, justifica los medios», o lo que es igual: «Los medios justifican el fin».

Terminamos la cena, empezando a dar vueltas los mates; la «Coca» pidió permiso para retirarse, pues estaba rendida de atendernos todo el día. Todos nos pusimos de pie para estrecharle la mano y despedirnos, pues pensábamos partir antes de amanecer. Mientras nos despedíamos, el grandote Robustiano desapareció. Salí disimuladamente y me escondí entre unas matas de jarilla frente a la ventana de la pieza de Coca. Se iluminó ésta y vi al grandote rondando delante de los vidrios. De pronto se aproximó y llamó con unos golpecitos. En el silencio de la noche patagónica oí su voz que decía lentamente: «¡Coca, Coquita, Coquirucha!».

La ventana era estrecha y larga, y estaba colocada a un metro del suelo, de modo que el grandote tenía que agacharse tanto que se puso de rodillas, como si estuviera delante de un altar. De nuevo oí su voz: «¡Abrime Coquita!». La ventana se entreabrió y apareció la «Coca» medio desnuda:

—¡¡Retírese, retírese, retírese!!

—¡¡Coca, Coquita, mi prenda, abrime tesoro...!!

Las manazas del gaucho impulsaron la ventana, pero la «Coca» resistió el asalto del atrevido. Éste alzó uno de sus pies y lo introdujo por la ventana con suma facilidad. Como la «Coca» lo empujaba para afuera, quedó un rato a caballo sobre el marco, sin poder meter adentro su cabezota; hasta que, por fin, afirmó una mano en el hombro de la muchacha. Ésta retrocedió un poco y él se metió de cabeza adentro; la otra pierna no podía entrar porque la «Coca», como una gata rabiosa, empezó a darle arañazos. El pobre grandote se detuvo un momento frente a la fortaleza que también se defendía, pero haciendo uso de su fuerza bruta, apoyó sus dos manazas sobre el pecho de la muchacha, avanzó el torso y detrás de él, entró la segunda pierna.

Se oyeron ruidos de lucha, de vidrios rotos, se apagó la luz y de pronto la voz de «Coca» gritó furiosa: ¡¡Socorro, Socorro, Socorro!!

Sonaron gritos y pasos precipitados, se abrió la puerta de la pieza y oí la voz del mayordomo que gritó: ¡¡Coca, Coca, qué te pasa!!

Por la ventana salió un cuerpo largo dando un salto ornamental: algo así como un pescado que surge del agua para apoderarse de un insecto y zambullirse de nuevo. Fue, en verdad, un salto hermoso.

Salió por la venta limpito y fue a clavar el hocico a tres metros de distancia. En la ventana apareció el mayordomo con un revólver y disparó seis tiros al aire. Yo me tiré cuerpo a tierra y sentí silbar las balas en el viento.

Aparecieron los muchachos y toda la peonada. Disimuladamente me uní a ellos, que precipitadamente dieron vuelta al edificio. Cuando llegamos a la puerta de entrada, el mayordomo gritó furioso: ¡¡He matado de seis tiros a un asaltante nocturno!!

Por un momento de confusión y algarabía, todos corríamos de un lado a otro buscando al intruso, pero no hallábamos a nadie.

Volvimos a la cocina y la encontramos desierta. Parece que los peones se fueron a dormir todos: nos miramos en silencio, sin saber qué hacer. Consultamos los relojes, eran las nueve, yo les dije: ¿Por qué no nos vamos a dormir? En silencio nos dirigimos al galpón de las lanas y, con gran sorpresa, encontramos al grandote Robustiano acostado allí.

Nos acostamos y empezamos a conversar, cuando se nos presentó en la puerta el mayordomo. Estaba pálido y nos dio las buenas noches. El cuerpo de Robustiano se estremeció, pero no se movió.

Al quedarnos solos, dimos rienda suelta a las carcajadas. El rapto nos había salido pésimamente mal... El pobre grandote sin comprender lo que pasaba en torno suyo, se tapó la cabeza con el poncho, disponiéndose a dormir...

¿Dormir? ¡Imposible! Los muchachos decían que iban a escribir un drama en tres actos y en verso, algo así como una «parodia» de *Don Juan Tenorio* y para ello ya tenían los tres personajes centrales. El asaltante nocturno se llamaría, «Don Juan de la Patagonia», la «Coca», sería Doña Inés del Río Negro y el mayordomo sería «El Comendador de los Andes». Yo estaba cerca de Robustiano y lo observaba en silencio.

¡Pobre grandote...! Él tampoco dormía, parece que los seis tiros y las seis balas, que silbaron por encima de su cabezota, recién le surtían efecto, porque se movía sin cesar... Tan pronto estaba panza arriba como de costado; después, boca abajo; estiraba una pierna y la encogía, estiraba la otra y la encogía y la volvía a estirar de nuevo, para cambiar de postura... Cuando me cansé de sus firuletes, le dije

muy solícito: ¿Qué le pasa mi amigo, no puede dormir? El gaucho se sentó sobre sus pilchas y me contestó: ¡Yo no sé lo que me pasa niño...! Parece que está por «dentrarme» el mal del «chuchó»... Mis compañeros largaron la risa y ya no hubo caso de dormir... Alguien propuso: vamos a tomar mate en la cocina.

Aceptamos la propuesta y nos fuimos a matear todos a la cocina, prendimos fuego, arrimamos las pajas y renovamos la yerba. Pero uno sacó el reloj y exclamó asombrado: ¡Qué barbaridad, si son recién las once!

Teníamos por delante toda la noche para tomar mate... Mate sobre mate, charla sobre charla, se hicieron las tres de la mañana; a esa hora se nos agregaron los peones y el capataz, sólo faltaba Robustiano, pero no podía faltar y al ratito, no más, apareció en la puerta la gallarda, la monumental, la heroica figura de «DON JUAN DE PATAGONIA»; su presencia no podía ser más desastrosa. Su cara no era cara, era un mapa mundial: tenía arañosos horizontales, verticales y diagonales, algunos parecían hilitos por lo finos; otros parecían brochazos, por lo gruesos. El capataz preguntó: Pero... ¿Qué te ha pasado, mi hijo? El grandote me miró y contestó: fue el niño que me «engrupió»... Me dijo que la «Coca» me quería y que me iba a recibir bien y yo me metí nomás y... miren cómo me ha puesto. Calló un momento y agregó: y ahora ¿cómo me las arreglo con el mayordomo?

—¡Eso lo arreglo yo!—, le contesté.

Yo soy el culpable yo debo de arreglarlo. A grande males, grandes remedios. Cuando se levante el mayordomo se lo explicaré todo. ¡Quédese tranquilo!

El capataz le reprochó: ¡Pero vos, por qué les llevás el apunte?

Es cierto. Siempre que vienen los niños me hacen alguna trastada, pero esta «güelta» se han traído un «ladero», como para colgarlo.

Le ofrecieron un mate y aceptó, y a una señal de los otros salimos de la cocina y llamamos al mayordomo, para despedirnos.

Esperamos en silencio. La noche no podía ser más hermosa. El cielo estaba azul, ni una nube empañaba su limpidez y estaba salpicado de estrellas, que brillaban con vivo fulgor.

Apareció el mayordomo y lo rodeamos para explicarle que lo sucedido esa noche fue todo una broma nuestra y que Robustiano era inocente.

El hombre fue sensato y se dio por satisfecho, ante nuestras disculpas; se puso de buen humor y se reconcilió con el peón, pero con la condición que eso «no se repetiría» y previos saludos y disculpas subimos al auto y salimos rumbo a Patagones.

Yo calculaba llegar a tiempo para entrar a mi trabajo, pero... al llegar al puesto del señor Añaños, nos bajamos en el preciso momento que estaban churrasqueando... Nos invitaron y nos sentamos. Después del almuerzo, me aparté con el señor Añaños para averiguar su origen y con gran sorpresa mía, me dijo que había nacido en el pueblo de Ruesta y que su abuelo paterno era de Ansó. Ahí nomás le dije, que mi apellido materno era también Añaños; y que era ansotano, como su abuelo; aquel hombre se puso loco de contento y abrazándome exclamó entusiasmado: ¡Somos parientes!

Volvimos al puesto y me presentó como pariente ante todos los muchachos y la peonada. Aquí se produjo una gran algarabía; era el primer pariente que se presentaba a don Manuel Añaños, después de veinte años que residía en los montes de Patagones. Fue tanta su alegría que armó una farra completa y... recién a las seis de la tarde salimos de nuevo rumbo a Patagones. Yo pensaba, mañana tendrá bronca con mi patrón; pero los muchachos ordenaron al chófer que se detuviera frente a la confitería del señor Ramón Neira. Así lo hizo y aquellos muchachos, excelentes amigos, rodearon a mi patrón y le explicaron que ellos eran los causantes de mi falta y como todos eran clientes de la casa, el patrón aceptó muy gustoso las explicaciones y las disculpas; y la «bronca» se convirtió en «sonrisas».

Viedma

Era muy raro el día que entre el patrón y yo no teníamos «tiquismiquis» por cualquier insignificancia. Aquel hombre estaba envenenado con la vida y envenenaba a todos los que tenían contacto con él. Un día, que me cargó demasiado con sus puazos, lo eché de la fábrica casi a empujones y le propuse que me diera las órdenes por medio de vales.

Aceptó mi proposición y establecimos una especie de correspondencia interna, que al principio nos dio muy buen resultado. Pero aquel neurasténico no podía vivir sin mortificar.

Un día, estaba decorando una torta de boda de ocho pisos y mientras le daba a la jeringa rompió a cantar; enseguida se me presentó el dependiente con un papel que decía los siguientes versos: «No cante tanto y trabaje más, milonguero de la Boca». Se retiró el dependiente y como respuesta a aquel insulto me puse a cantar de nuevo esta copla:

No canto por ser feliz
ni porque sientan mi voz.
Canto porque no se ajunten
la Pena con el Dolor.

Como resultado sucedió que en vez de mandarme otro papelito, como habíamos acordado, se me vino el patrón, con leche hervida; el encuentro fue algo trágico, cómico, él gritaba y yo también, como no se callaba, me adelanté dos pasos y le grité: ¿No está conforme conmigo? ¡Si no está conforme con mi trabajo y mi conducta dígamelo y en este mismo momento planto mi trabajo! Ante esta actitud se puso pálido, me miró de pies a cabeza varias veces y, al final, se retiró mudo.

Seguí mi trabajo, pero nervioso, de mal humor, sin entusiasmo y sin voluntad.

Aquel miserable terminaría por envenenarme la sangre y convertirme en un neurasténico como él y eso hubiera sido el mayor de los suplicios para mi carácter alegre y jovial, y siempre con una copla a flor de labios.

Así anduvimos una semana, serios, mudos, reconcentrados, apenas sí nos saludábamos al entrar y al salir; por tal motivo, en cuanto terminaba mi trabajo me mandaba a mudar y tan pronto salía a la calle respiraba a pulmón lleno las auras puras del Sur y me ponía de buen humor. De esa manera vivía mi propia vida, llena de libertad y libre albedrío.

Los sábados abarrotaba las vitrinas de mercadería y los domingos me tomaba franco; este ambiente tan rígido y tirante, y tan estúpido duró algún tiempo, los dos nos manteníamos duros, irreconciliables

y cargados de amor propio. Un domingo después del medio día, me fui a Viedma, capital del Río Negro y que se halla frente a Patagones, separada por el río. Bajé al puerto por unos escalones labrados por la mano del hombre sobre las rocas de las barracas, desde la plaza hasta el puerto; allí tomé un bote que por cincuenta centavos me condujo a la otra orilla y recorrió las calles de Viedma, observando todo meticulosamente, como era costumbre.

¿Qué pasaba este día en la ciudad de Viedma? Las puertas estaban todas cerradas y por las calles no transitaba ni una sola persona. Parecía una ciudad desierta, que guardaba riguroso luto, así recorrió todo el centro y, al doblar una esquina, vi en la vereda por donde yo iba una familia cómodamente sentada en sillones de mimbre; aquel grupo encantador, compuesto por una señora y cinco señoritas, tan pronto me vieron se levantaron rápidamente, se metieron en la casa y cerraron la puerta, con un golpe fuerte.

En la vereda, los sillones de mimbre, abandonados, se hamacaban solitos.

¡Me paré en seco...! ¡Qué desilusión!

Los primeros habitantes de la ciudad de Viedma que encontraba en mi peregrinaje huían asustados al verme. ¿Sería yo tan horrible?

Sin embargo, de un vistazo, comprobé que iba vestido con mi traje nuevo de color marrón; avancé resueltamente y al cruzar frente a la puerta oí el cuchicheo y las risas comprimidas; seguí mi camino pero todavía no había avanzado diez metros cuando sentí ruiditos. Me di vuelta en la puerta, había seis caras hermosas de mujer que me observaban curiosas, pero al verse descubiertas se metieron de nuevo adentro, pegando un portazo.

Me fui desconcertado y al llegar a la esquina me detuve, di media vuelta y casi me caí de espaldas, el asombro no era para menos, aquel grupo encantador estaba de nuevo en la vereda, conversaban animadamente y entre risas y chistes se hamacaban en sus sillones.

Maldiciendo la característica de la ciudad rionegrina, volví al puerto para regresar: a Patagones. ¡Vaya un paseo!

De pronto, me detuve, recordé la gordita valenciana que fue mi compañera de viaje de Stroeder a Patagones. ¿Dónde viviría? Como

no podía preguntar a nadie, fui al puerto. Todos los botes estaban del lado de Patagones, me senté y esperé tranquilamente.

Hermoso espectáculo presentaba el paisaje. El Río Negro, ancho caudaloso y navegable, estaba rodeado de hermosas y exuberantes huertas en ambas márgenes, donde se cosechaban abundantes frutas y verduras.

En la otra orilla, sobre una costa empinada y rocosa, se elevaba Patagones; aquello era soberbio, desde el puerto hasta la ciudad las casas formaban algo así como una gigantesca escalera. Arriba en lo alto se alzaba la iglesia parroquial, con su torre y sus gruesos murallones de piedra labrada primorosamente por los picapedreros de la época colonial; al lado de la iglesia se alzaba la Municipalidad, otro edificio soberbio como el anterior, de piedra e histórico, y frente a ambos, como formando una meseta, la Plaza Mayor, con su arbolada verde y frondosa.

Desde el río hasta la plaza, trepaban dos callejones pendientes, casi perpendiculares, rectos y estrechos. Por ellos subían y bajaban los peatones... Para los vehículos había dos rutas que arrancaban del puerto, una a la derecha y otra a la izquierda, siguiendo un pequeño trecho la ribera del río para tomar altura en dos curvas prolongadas y se internaban en Patagones. Como el río era navegable, casi siempre había algún barco amarrado en su murallón.

Mucho tiempo quedé solitario, contemplando el majestuoso paisaje que tenía ante mi vista; hasta que sentí pasos a mi espalda y, al darme vuelta, me paré para saludar a un señor que se aproximaba a mí risueño.

Cambiamos los saludos, nos sentamos y charlamos extensamente; por él supe que era un alto empleado del Banco de la Nación, sucursal Patagones, y que había pasado a Viedma a saludar unos amigos.

No pude resistir y le conté la mala impresión que me llevaba de Viedma y de las mujeres cuando ven un extraño...

Aquel señor se echó a reír con todas las ganas y exclamó: Esa es la característica de Viedma... Cuando ven a un conocido, lo invitan a pasar a la sala y lo obsequian con lo mejor y lo colman de atenciones; pero si les cruza un extraño... bueno, bueno... disparan

al zaguán y cierran la puerta de golpe; luego, cuando ha pasado el extraño caminante, se asoman para mirarlo por detrás y comentan curiosas: ¿Quién será...? ¿A dónde diablos irá por aquí...? Calló un momento y me preguntó muy cortés:... Seré curioso, ¿a quién tengo el honor de saludar?

—Me llamo Santiago Gastón, soy oficial confitero, vine de Buenos Aires para trabajar en...

—Ya, ya, ya, ya, ya no prosiga joven: somos vecinos de vereda, muy ricas sus masitas, pero... ¿cómo le va con don Ramón?

—Pésimamente mal, no me puede ir peor.

—Sin embargo, él está muy contento.

—Pues no nos hablamos.

—¡Qué barbaridad...! Ese buen señor podría estar riquísimo, si no fuera por ese carácter tan brusco y tan...

—¿¿¿Salvaje???

—¡Eso es...! No quería decírselo, pero usted terminó rajante. Lo que me dice a gritos que andan muy mal... Sin embargo, yo me animaría a decirle que tenga un poco de paciencia, aguardar algo más, para continuar aquí...

Ésta es una zona muy rica, pero lo será todavía más... El día que se lleven adelante los canales de riego, las inmensas riberas del Río Negro se convertirán en espléndidas quintas y esta región será: ¡la California argentina! Se lo aseguro joven. En las huertas de las orillas se crían unas peras de agua hermosas, algunas pesan medio kilo. ¿No las ha probado? Son verdes, pero tan pronto las pone en la boca, se deshacen en agua...

También se crían unas manzanas deliciosas, que son una bendición de Dios. Estas huertas que usted ve en ambas márgenes y que han sido formadas única y exclusivamente por los primeros pobladores de esta región han servido de «campo experimental» para que los altos poderes se decidan de una vez por todas para canalizar las aguas del río y fecundar las ricas tierras que lo rodean; además, tenemos unas riquísimas uvas de la costa que nos dan el rico vino, llamado «Chacolí de Patagones», mediante este «Chacolí» se están plantando grandes cantidades de cepas, que dentro de pocos años

serán grandes viñedos, que le harán competencia a San Juan y Mendoza... ¡Ya verá usted joven...!

Calló un momento aquel señor tan simpático y mirando a la otra orilla exclamó:

—Allá sale un bote cargado de pasajeros, en ese mismo bote regresaremos de Patagones.

Agradecido yo por su conversación, le respondí:

—No puede imaginarse el bien que me ha hecho con su charla, tan agradable, como ilustrada... En realidad, estaba pasando un domingo aburridísimo, pero me felicito de todo corazón el haberlo encontrado; este momento ha sido tan delicioso para mí que me ha hecho olvidar todas las vicisitudes y malos ratos de estos últimos días... Le garanto a usted, que si no me fui ya de Patagones fue porque estamos muy lejos de los rieles...

—¡Los rieles!—, me interrumpió. Los rieles vendrán pronto a Patagones; más todavía, cruzarán el Río Negro mediante un puente gigantesco que construirán allí, en ese estrecho que parece una cintura y los rieles seguirán a través de las inmensas llanuras del Sud hasta llegar a los inmensos lagos de «Nahuel Huapí», que por su insuperable belleza y las montañas que los circundan no tienen nada que envidiarles a los famosos lagos de Suiza... Ya verá usted... Entonces Patagones será una ciudad de escala para el turismo. Ahora sólo tenemos ganadería; pero entonces, tendremos ganadería, turismo, fruticultura, agricultura y vinicultura; en una palabra: esta región de Patagones y Río Negro será un emporio de abundancia y de riqueza. Ya se lo he dicho a usted: «la California argentina».

En ese momento, atracó el bote en el desembarcadero, saltaron los pasajeros a tierra, nos saludamos y embarcamos. La correntada nos llevó aguas abajo un largo trecho, hasta cruzar el centro del canal. Entonces el bote enfilaron aguas arriba, por la otra costa, hasta llegar al murallón.

Subimos por uno de los dos callejones del centro. Mi simpático compañero se fatigaba por los muchos escalones y se afirmó en mi hombro. Así fuimos trepando hasta llegar a la plaza; allí nos dimos vuelta para mirar y... allá bajo corría rumoroso el río y al otro lado se veía Viedma, en medio de una llanura soledad... ¡Hermosa ciu-

dad de lejos; ingrata y triste de cerca, por nada del mundo viviría yo allí!

Entramos en la plaza de Patagones, que en esos momentos estaba repleta de público. En el centro la banda ejecutaba un vals; en los bancos se sentaban las familias, las criaturas correteaban y gritaban, la gente moza daba vueltas y más vueltas en torno de la música; algunas parejitas se alejaban del bullicio popular, buscando la soledad, que tan propicia es al amor; en fin, que aquella reunión tan familiar como simpática me puso de buen humor.

Al otro lado del río... ¿Seguirían las calles desiertas y las puertas cerradas? ¡Qué enorme diferencia entre estos dos pueblos vecinos! Sólo los separaba un río y sin embargo ¡¡qué diferentes!!

¡Salve Patagones!
¡Que Dios te bendiga
como yo te bendigo!
¡Amén!

Otra vez a la calle

Cuatro meses anduve a la tira y a la floja, con mi queridísimo patrón, don Ramón Neira.

Durante este período, mantuve correspondencia con las ansotanas de Buenos Aires; las dos hermanas, Josefá y Florentina Aznar, ya estaban en California y habían escrito mandándome decir que si quería ir, podía hacerlo, sacando pasaje para Cuba y, después, de La Habana a Nueva York... «podría colarme de contrabando, con los turistas», que muchos lo hacían así.

Las otras dos ansotanas, Antonia y Josefá Aznar, seguían con su taller de planchado y me mandaron un retrato, donde estábamos un grupo de seis personas: las cuatro muchachas, un panadero (novio de Florentina) y yo.

Ante este grupo, que lo habíamos sacado en los últimos días que pasamos juntos, empecé a sentir de nuevo aquella melancolía que me acompañó durante todo el viaje de Buenos Aires a Bahía Blanca; ya no había lugar a dudas, estaba enamorado de Antonia Aznar y empecé a pensar que ya no era un muchachito, que tenía el deber de formar un hogar como Dios manda y sujetarme a vivir tranquilo, en

vez de llevar aquella vida de inquietud y de incertidumbre; siempre viajando de aquí para allá, como un trotamundos.

Terminadas estas reflexiones, se las comuniqué a mi paisana por medio de una carta amorosa y esperé tranquilo la respuesta.

La respuesta vino, pero no como yo la esperaba; en ella, me decía... Que mi carácter aventurero, que con tantas novias que había tenido, que como era medio poeta y medio loco, que ella, no estaba dispuesta a fijarse en un hombre que la llevaría de acá para allá, como a una gitana, que a ella le gustaba la quietud y la tranquilidad, que eso que yo le decía en la carta, que era una «chacota», que ella no estaba para «chacotas», que el Amor era una cosa muy seria y que a ella no le gustaba «que jugaran con el amor».

Dejé correr el tiempo. Lo esencial ya estaba hecho; decirle «que la quería» y después a esperar y esperar... hay que saber esperar. Y con el tiempo maduran las uvas; así dice un refrán, confiéndome al tiempo y recordé la célebre copla:

Al tiempo le pido tiempo
y el tiempo, tiempo me da
y al mismo tiempo me dice:
«El tiempo te enseñará».

Una mañana de un lunes, al entrar en la confitería, el patrón me atajó de mal modo; miré el reloj del salón, eran las siete menos cinco, no era pues por llegar tarde y esperé tranquilamente «el sermón de la bofetada»; así llamaba yo a sus observaciones; una vez que se desocupó, me retó en mala forma, estaba pálido y le temblaban las manos, se me acercó y sin ningún preámbulo, me retó:

—¡Dígame!, ¿por qué los domingos no aparece ni vivo ni muerto? Usted tiene la obligación de venir los domingos a ayudarnos, ¿sabe? Y si no viene, a fin de mes yo le voy a descontar cuatro días ¿me entiende? ¡Cuatro jornales!

Lo dejé que se desahogara y una vez que se calló le retruqué.

—Me parece, señor, que está fuera de lugar. Yo no soy dependiente, soy confitero y creo que cumplio con mi obligación; mi deber es tener bien llenas las vidrieras. Creo que hasta la fecha no le ha faltado mercadería. Además, el domingo me tomo franco, porque me corresponde. No tiene pues derecho a descontarme nada. ¿Estamos?

—¡No!—, me contestó gritando. ¡No estamos de acuerdo!

—¡Ni lo estaremos!

Nos miramos en silencio un rato largo. Después, se puso más pálido y me dijo lentamente:

—Entonces, ya sabe lo que tiene que hacer. ¿Me entiende?

—¡Cómo no lo voy a entender, lo entiendo a las mil maravillas!

Sin decir una palabra más penetré en la fábrica y empecé a empaquetar las herramientas y la ropa de trabajo. El fin había llegado ya. ¡Cosa rara!

En otras cosas, cuando me echaban o me iba, al recoger mis cosas sentía una pena tan grande que hasta lagrimeaba. En cambio esta vez sentía una alegría tan grande, tan inmensa, que rompé a cantar:

Siempre no estaremos presos
ya vendrá la libertad
y estos ratos de amargura
alguno los pagará.

Los dos muchachos, me preguntaron atónitos:

—¿Qué le pasa maestro?

—Me voy a Buenos Aires.

Y rompé a cantar otra vez:

Adiós niña que me voy
adiós, que me voy sin verte
pero me queda un consuelo:
«que no me voy para siempre».

El dependiente del mostrador, un buen muchacho llamado Barilá, vino a decirme que el patrón quería hablarme. Por toda respuesta, canté mi tercera copla:

Dale recuerdos al amo
y saludos a la dueña
un abrazo a la criada
y un besito a la doncella.

Barilá se fue corriendo al mostrador y al ratito nomás, apareció la «Bronca», es decir, don Ramón Neira; venía más pálido que la

nieve, temblaba como las hojas de un piquillín, sacudido por el fuerte viento sud.

Al verlo así, sentí un placer tan grande que canté de nuevo:

A Buenos Aires me voy
que está la carne barata
dan un kilo por cuarenta
y encima, te dan la yapa.

El patrón avanzó lentamente, mudo y observando todos mis movimientos. Al fin habló:

- ¡Así que se va!
- Sí, señor, me voy.
- ¿Se puede saber el porqué?
- ¡Por la sencilla razón que usted me echa!
- ¡Usted macanea!
- ¡El que macanea es usted!
- ¡Usted!
- ¡Usted!

Nos miramos en silencio, hubo un momento que me pareció que nos íbamos a agarrar a trompadas; pero, afortunadamente, no llegamos a tal extremo, porque él no hizo ningún movimiento agresivo; y yo, maldita la gana que tenía de reñir en aquel momento.

Más bien me alegraba en el fondo del alma, al verlo así tan nervioso y tan desconcertado.

Al fin, el patrón me habló de nuevo, pero esta vez, fue como lamentándose:

—¡Caramba! Ahora que estábamos tranquilos y que ya nos conocíamos y nos entendíamos, le da por alzar el vuelo, como una golondrina... ¿No habrá polleras de por medio?

- ¡Sí señor, que las hay!
- ¡Ya me parecía que había polleras!
- En la vida del hombre, siempre hay polleras ocultas.
- ¡Comprendo! ¿En Buenos Aires?

—¡Sí señor en Buenos Aires!

—¿Así que usted deja su porvenir trunco por el Amor?

—¿Y acaso hay algo que pueda compararse con el Amor?

—¡Sí, el dinero!

—¡No me interesa el dinero!

—¿No le interesa? Sin embargo, sólo el dinero «tiene interés».

Para retrucarlo le canté esta copla:

El Amor y el Interés
salieron al campo un día
y el Amor, por ser más firme,
al Interés lo vencía.

Inició su retirada, pero al llegar a la puerta, se detuvo y me apostrofó:

—Ha sido una desgracia para mí que me mandaran un «payador». Ya el primer día se fue a «La Loma» a cantar tangos y a bailar, todo el día y toda la noche, en vez de venir a trabajar, como era su deber. Cuando me enteré, me cayó un rayo. ¡No me equivoqué! ¡Éste es el resultado!

Yo, había terminado de liar el paquete, para retirarme, pero le retruqué.

—Vea señor. Desde este momento, ni usted es mi patrón, ni yo soy su empleado. Hablemos de hombre a hombre. Si usted se va a «La Loma» a cantar, a bailar y a tocar la guitarra, a mí no me importa nada y si se lo reprocho, cometería la mayor estupidez del mundo. Me libraré muy especialmente de decirle nada al respecto y menos de insultarle, como usted me insulta. Usted dice que mi venida a su casa es una desgracia... Veamos. En los días que he trabajado con usted. ¿No he cumplido con mi deber?

No me contestó nada y se fue al mostrador. Lo seguí y cuando se colocó en su caja registradora, le dije.

—Son cuatro días que me debe sólo.

—Vuelva más tarde—, me dijo. Ahora no le pago.

—Está bien. ¡Hasta luego!

Salí a la calle pero antes me pareció ver en sus ojos un poquito de humedad, pero ya estaba harto de sus sermones impertinentes. Volvería a Buenos Aires, allí me esperaba el Amor.

La caravana del buen humor

Sin embargo, no volví a Buenos Aires. El Destino me llevó por otro camino. Cuando llegué al «Hotel Percaz», mi primer pensamiento fue pedir pasaje para Bahía Blanca y de allí seguir a la capital federal, pero allá me encontré con los ganaderos, y con ellos estaba don Manuel Añaños.

Al verme entrar, éste se levantó, vino corriendo a mí y me abrazó gritando. ¡Mi pariente, mi pariente! Como siempre estaban de farra corrida y me invitaron a sentarme con ellos. En seguida me preguntaron de qué pueblo era.

—Nací en un pueblo llamado Ansó...

Al oír Ansó, se armó un criterio, todos ellos eran del norte de España. Unos vascos, otros navarros, otros aragoneses y los menos catalanes.

No tuve más remedio que sentarme con ellos, pero como no estaba de buen humor, me preguntaron si estaba enfermo y entonces les conté lo que me había pasado con el señor Neira, agregando que me iba a Buenos Aires.

Otro criterio se armó y mi pariente Añaños me invitó a pasar un par de semanas con él, en su Estancia. Como yo titubeaba se armó otro alboroto y no me dejaron tranquilo, hasta que prometí quedarme un par de semanas en lo de mi pariente. Almorcé con ellos, la sobremesa duró hasta las cuatro de la tarde y, después, nos fuimos en tres autos a «La Loma», que era el lugar más apropiado para las expansiones; la farra duró hasta las cuatro de la mañana.

A esa hora tan avanzada, ya los espíritus estaban rendidos y el ánimo de todos decayó de golpe, era hora de retirarse, pero los estancieros optaron por ensillar y enganchar sus caballos en los charrets y salir campo afuera, para que el aire fresquito de la mañana refrescara los cerebros calcinados por los vapores alcohólicos. El vasco Martín Oteiza me fue presentado por mi pariente Añaños;

eran compadres y vecinos de campo: Oteiza era de Roncal, pueblo navarro vecino de Ansó, y en ese momento de charla que tuvimos, me dijo que habían vendido muy bien los corderos, la lana y los cueros y que Añaños había comprado en veinte mil pesos la «Fonda del Pilar», hermosa propiedad, ubicada en el centro de Patagones, y ese era el motivo de la farra corrida, que estaban celebrando.

Media hora más tarde ya salíamos todos rumbo al campo; pero a las tres leguas justas de distancia, paramos frente a una Hacienda, donde se bajaba uno de la cuadrilla. Éste era de Salvatierra, pueblito aragonés situado debajo de Roncal. Bajamos todos para saludar a la familia y presentarme a mí; pero los peones de la casa desengancharon los caballos y los echaron a pastoreo; eso significaba que pasariamos ahí el día. Nadie se opuso a ello y la alegría y el buen humor brotaba a raudales; invitaron a los vecinos y se armó una fiesta. Comimos, bailamos, cantamos y chupamos, hasta la tardecita.

Vuelta a enganchar, despedidas, apretones de mano y gritos y la caravana siguió camino campo adentro; pero, a las dos horas de andar llegamos a otro puesto; su dueño, era chileno. Bajóse del charret y abriendo la tranquera nos gritó: ¡Adelante todo el mundo! Despues de los saludos y presentaciones nos obsequiaron con un succulento asado criollo y, después, baile y farra toda la noche.

Al amanecer volvimos a enganchar y volvimos a salir, pero al medio día llegamos a lo de Añaños. Sin decir una palabra, todos desengancharon, largaron los caballos a pastoreo y se armó la tercera farra. Aquella gente no tenía apuro por volver a sus casas; al anochecer, el vasco Martín Oteiza invitó a todos a pasar la noche en su casa, que estaba cercana: todos aceptamos.

En fin, que cada parada era una farra corrida: si, por ejemplo, eran doce serían doce paradas y doce farras. Doce días de caravana: a esa sí que se la podía llamar: «la caravana del buen humor»...

Cuando regresamos al día siguiente mi pariente y yo a su estancia, me dijo:

— ¡Yo estoy medio muerto! Cada vez que vamos al pueblo, me pasa esto.

El capataz que lo oyó, le dijo muy amable:

—No se apure don Manuel, yo le voy a preparar un té de buche de aveSTRUZ; se lo toma y se acuesta a dormir y santo remedio.

Así lo hizo mi pariente y yo me quedé en la cocina, con el capataz y la peonada. Como se disponía a recorrer el campo y revisar los alambrados, yo, que tenía deseos de conocer tales trajines, le pedí un caballo al capataz.

¿Iría con ellos? Se miraron unos a otros risueños y picarescos, y me ensillaron un colorado que, según ellos, «era lo mejor de lo mejor».

Tan pronto estuvimos montados, salieron todos al galope mientras yo tuve que usar el rebenque, porque el colorado no salía del trote por nada y ese trote me hacía subir la barriga hasta la garganta y me descuartizaba todo el cuerpo. Así que anduve «comiendo cola» todo el rodeo.

Para colmo de mis males, el rodeo duró dos horas que para mí fueron interminables. Cuando regresamos a la estancia y bajé a tierra no podía caminar, mis piernas estaban acalambradas, engarratadas. ¡Qué sé yo! Tuve que sostenerme en un palenque para no pegar la rodada.

Los gauchos se apretaban la barriga y reían hasta el llanto; yo hubiera querido correr y saltar, pero apenas podía caminar, todo abierto y tembleque. Al fin llegamos a tomar mates; el capataz preparó media res al asador y uno de los peones apareció con una guitarra y me la pasó diciéndome:

—¡A ver amigo... cante ese tango tan lindo de «Güenos» Aires, que dice don Manuel que sabe cantar.

Tomé la guitarra, la afiné y, ante un silencio profundo, canté «Mi noche triste».

Mucho le gustó a los guachos el nuevo tango; pero yo no podía estar sentado. El trote del colorado me había dejado una calamidad; tuve que pararme y andar, hasta que las piernas me afirmaron.

Cuando el asado estaba listo, desparramaron la brasa de piquillín para rociarlo con el «chuf-chuf» y llamaron al patrón para comer.

Riquísimo el asado. Aunque me parecía «algo dulce», me dijeron que era de «ternera mamona», y yo cargaba al «chuf-chuf» para

hacerlo sabroso. Después de haber comido, me agregaron que era de «ternera mocha» y despues de una hora, cuando ya habíamos hecho la digestión, dijeron que había comido «potrillo mamón».

—¡Váyanse al diablo todos juntos!—, les dije sin querer creerlos; pero ellos, gozaban de lo lindo y se divertían conmigo.

—¡Los desafío a tirar al blanco!

Aceptaron muy gustosos y trajeron una escopeta de dos caños.

Se hizo el concurso de tiro y, más o menos, todos tiraron al centro del disco.

Cuando me tocó a mí, les señalé un pajarito que había sobre un chañá, a unos cincuenta metros de distancia y les dije:

—¡Ese es mi blanco!

Tiré y lo maté. Matar un pajarito con bala y a cincuenta metros es tener buena puntería. ¡Salí campeón!

Me felicitaron efusivamente, pero me invitaron a tirar las boleadoras.

—¡Yo nunca las tiré capataz!—, les dije.

—¡Así aprenderá «Padentrano».

Subió el capataz a su caballo, reboleó las boleadoras y las arrolló en un palenque que había a unos treinta metros: ¡lindo tiro!

Montaron los peones y todos ellos repitieron la buena puntería y la destreza. Monté yo en el colorado y reboleando las tres bolas las largué con dirección al palenque.

¿Qué fue lo que pasó?

Miré al palenque y no vi las boleadoras y en ese mismo instante, el colorado empezó a los saltos; para no caerme, me agarré bien y apreté los talones; yo veía el monte, que se me venía encima; de repente, el monte disparaba lejos, en forma rapidísima; el colorado soplaban como fuelle de fragua y los gauchos y mi pariente daban gritos y más gritos, pero yo no atinaba más que a sostenerme sobre el animal, bien agarrado.

De pronto, el colorado se paró en seco. A mí me pareció que caía del cielo y quedaba sobre el animal; pero me bajé de un salto y

vi el tendal de gauchos tirados en el suelo, retorciéndose de risa; vi también las boleadoras detrás del colorado, de modo que en vez de tirar para delante, las había tirado para atrás, arrollándolos por los garrones del pobre colorado.

—¡Tramposo! ¡Me han hecho trampa!

Lejos de enojarse se reían más y más. Recién cuando estábamos tomando mates en la cocina, el capataz me confesó la verdad.

Con un arreador, se interceptaban las boleadoras en la última vuelta y en el preciso momento de largarlas; de esta forma, la trayectoria se invertía y en vez de salir adelante retrocedían frenando los garrones del propio caballo. Para hacer esa maniobra había que ser práctico y listo, porque en el retroceso podrían golpear la cabeza del interceptor y ese... ¡era un golpe mortal!

—¿A la cabeza de quién? —, pregunté.

—¡A la cabeza del que tiene el arreador! —, me contestó el capataz. Y agregó:

—¡Los golpes que me costó esta operación!

—¡Fue usted capataz!

—¿Yo, en qué se funda?

— «El pez muere por la boca» y Ud. ha dicho «que le costó muchos golpes aprenderlo».

—¡La prueba que sos ladino!

Así terminó el primer día de vacaciones en la estancia de mi «pariente» don Manuel Añaños.

Alambrador

Llevaba una semana de vida campera en la Estancia de mi pariente Añaños. Como no había obligaciones que cumplir, empezaba a aburrirme un poquito. Acostumbrado a la lucha diaria, no podía estar quieto y salía todos los días. Como llevaba la escopeta, traía casi siempre algunas piezas colgando en los tientos.

Un día se hizo rodeo y arreamos el ganado a los corrales para contarlos y curar algunos sarnosos. Acostumbrado yo a estos tra-

jos, por haberlos hecho en mi país, me puse a contar y se admiraron porque saqué la misma cantidad del capataz.

Después de contar, empezamos a curar los picados de sarna y se admiraron de mi práctica en curar, a la par de ellos.

Terminada la cura, largamos el ganado a su libre albedrío y nos pusimos a tomar mate, mientras se doraba el asado.

¡Qué cuente un cuento! Me pidió unos de los peones. Mi repertorio de cuentos es largo, pero se me agota y entonces acudí a los argumentos de zarzuela. Ese día les conté «El puñado de rosas». Aquellos hombres, tan sencillos como nobles y creyentes, se emocionaron profundamente cuando el pobre «Tarugo» le roba las rosas a la Virgen, para llevárselas a su novia Rosario, su amor imposible. Pero en la escena final, cuando desarma al señorito Pepe y salva el honor de Rosario y, tomando las flores, se las va a devolver a la Virgen con el alma destrozada por su amor frustrado, yo veía que los ojos de aquellos hombres estaban llenos de rocío... Éste fue el cuento que más les gustó y lo comentaron durante días.

En una palabra, que con mis cuentos y mis cantares conquisté la simpatía de los gauchos y me proclamaron «el gaucho Padentrano».

Así me vengué de la paliza que me dieron el primer día, con el trote del colorado y el tiro falluto de las boleadoras.

En medio de esta vida tan apacible, cayó el «Vasco Fidel» un alambrador que andaba buscando peones, para levantar los alambrados de la Estancia Olivares, para alambrar un campo que habían adquirido en Stroeder, cerca de la estación; se trataba de una «Changa Macanuda» y no encontraba peones.

En el acto me ofrecí para ir con él de alambrador; y él, sabiendo mi origen ansotano, me aceptó sin rodeos diciendo:

—Cuando yo vine de España, no conocía ni lo que era un «toro niquete» y, sin embargo, salí alambrador. ¡Cuento con vos paisano!

A mi pariente le gustó mucho mi decisión de meterme de alambrador y me prestó el colorado para mi uso, recomendándome que lo cuidara mucho. Y al día siguiente salimos rumbo a la Estancia Olivares, la que ya conocía desde aquel domingo que pasé en ella con varios amigos. Al despedirme de mi pariente, me dijo:

—Cualquier cosa que te pase pariente, mándame recao para ir a buscarte.

—No habrá necesidad, pero de cualquier modo, muchas gracias.

El capataz comentó:

—Por de pronto, ya dejó la pinta de niño fífi y se larga campo adentro, cuando vuelva, será un verdadero «gaucho Padentrano».

El trayecto era corto y lo hicimos en dos horas. Allí encontré de nuevo al mayordomo celoso, la «Coca», el capataz bonachón, los peones y... el «grandote Robustiano», ya curado de los arañazos. Otro personaje había, don Herrera, el gaucho alzado de Patagones, que llevaba una vida salvaje en el monte.

Durante el almuerzo, don Herrera le pidió trabajo a Fidel...

—Cómo no, encantado.

El capataz anunció que vendría también el viejo Echeverría, y Robustiano le pidió permiso al capataz para trabajar de alambrador, para ganarse unos pesos que necesitaba. Así que ya éramos cinco hombres en la cuadrilla y podríamos empezar al día siguiente, porque estaba contratada la tropilla de Malaespina para trasladar todo con su carreta y sus mulas y estaba muy apurado.

Al día siguiente, tempranito, empezamos a levantar la cortina sud, que dividía el monte de Oteiza.

Yo nunca había trabajado de alambrador, así que me dieron una californi... y empecé a sacar «trabas» de torniquete a torniquete.

El primer día, los demás dispararon; y yo, por más que quería seguirlos, quedaba atrás «comiendo cola»; el segundo día ya no se me alejaban tanto; el tercero, les anduve «pisando los talones»; el cuarto, me emparejé con ellos; y, después, eran ellos los que tenían que apurarse para seguirme; manejaba la californi como quería.

Después de arrollar los alambres, teníamos un aparato que se movía por medio de una manija, sujetada al radio de un volante; a este trabajo le tenían todos miedo y nos turnábamos.

Cuando me llegó a mí el turno «los dejé más chatos que cinco pesos»; pues estaba acostumbrado a darle a la manija en las batidoras de la confitería y lo hacía a dos manos, dándole al volante una

velocidad tan fuerte que la cola del alambre, San Martín ovalado, venía zumbando a través de los postes y las varillas «como alma que lleva el diablo». En verdad, daban miedo los colazos de la punta.

Por esta práctica, en darle vueltas al volante, me dieron el puesto fijo; así que los demás tenían que arrancar los postes y sacar las trabas; Fidel, el capataz, manejaba el alambre para armar los rollos.

El levantamiento de los alambrados iba rápido y don Isidro Olivares, el patrón de la Estancia, se mostró muy contento de ver el trabajo que desarrollábamos, entre cinco hombres solamente.

A medida que avanzábamos en nuestra tarea, nos alejábamos de las casas y el mayordomo nos mandaba en un carrito de pértigo todos los «vicios». Allí llamaban «vicios» al conjunto de ropas, comestibles, herramientas y útiles de cocina.

En dos meses, levantamos todas las cortinas de alambrado y la bañadera, con sus depósitos de agua. Al terminar estos trabajos, nos trasladamos a Stroeder «para hacer todo lo deshecho».

Resultaba mucho más costoso alambrar que desalambrar, pero como ya veníamos prácticos, enseguida nos pusimos al corriente.

Allí aprendí a hacer el «nudo ocho», ese nudo tan sencillo, que cuanto más se estira el alambre, más se aprieta y asegura; también aprendí a fijar bien seguros los postes esquineros y los torniquetes, cosa que nunca había hecho. Para terminar agregaré que nos pagaron cien pesos mensuales, libres de todo gasto, bien comidos y bebidos.

A medida que alambrábamos en Stroeder, iban trayendo el ganado del monte de Patagones, como también los molinos, la bañera, etc., etc.

Terminado todo, regresamos a caballo solamente tres: Fidel, don Herrera y yo. Robustiano y Echevarría, quedaron de mensuales en Stroeder.

Yo tenía que devolver el colorado a mi pariente; Fidel tenía que levantar otro campo en Viedma y don Herrera... «a la fuerza» regresaba a los montes Patagónicos, porque allí, al lado de la estación, corría peligro de caer en las garras de sus perseguidores. La policía.

Él mismo me lo dijo en el camino:

—Cuanto más lejos del pueblo, más tranquilo estoy. En estos últimos tiempos andaba mal, tenía miedo de que algún «güey corнета», me fuera a denunciar a la policía. Aquí respiro a pulmón lleno porque vuelvo a mis pagos. ¡Son lindos los montes de Patagones! ¡En ellos, uno vive a sus anchas y no le falta nadita, carne, galleta, y piaques!; ¡es linda la carne de pique!

En Patagones llaman «piques» a las «mulitas» y, en efecto, ¡son riquísimas!

Al anochecer llegamos a la Estancia de mi pariente don Manuel Añaños, después de andar todo el día cruzando montes y alambrados.

Al vernos, nos recibieron con gritos de alegría y nos hicieron unos firuletes con la cuchilla, que es el saludo más afectuoso de aquella tierra.

Un poco cohibidos se quedaron ante la presencia de don Herrera, pero cuando vieron la familiaridad con que lo tratábamos, terminaron por tranquilizarse y hasta le gastaron algunas bromitas.

Esa noche, mientras cenábamos, Añaños me propuso que me quedara con él y me dejara de andar por el pueblo y la ciudad macaneando.

Agregó que en el campo se vivía mejor y más tranquilo. Yo le contesté «que lo pensaría» y me dio una semana de plazo para pensar lo.

Todos los presentes me aconsejaron: ¡¡Quédate con nosotros, «Padentrano»!!

El cuatrero

Dos días después de nuestra llegada, se reunieron en lo de mi pariente varios estancieros, con sus respectivas familias; era el día de cumpleaños de don Manuel Añaños y ese día mi pariente echaba la casa por la ventana. Todos los visitantes traían regalos y yo, avergonzado de no poderle regalar nada, quise hacer algo que llamara la atención en aquellos lugares apartados y fabriqué ravioles para todos. En primer lugar, tuve que hacerme un palote, después con una tabla de cajón marqué los cuadros, pero como no tenía roseta,

los corté a cuchilla; de modo que resultaron «lisos» en vez de ser «rizados», pero resultaron riquísimos y los devoraron todos y fui muy felicitado.

Ese día tuve que arreglármelas para cocinar todo, porque las mujeres se unieron todas «emperifolladas» y no era justo que se ensuciaran, habiendo en la casa «un confitero-cocinero».

Después de dormir una siestita, se armó un baile, pues Añaños hizo venir de Patagones la orquesta de «La Loma», es decir, acordeón y guitarra. Se bailó de lo lindo, hasta don Herrera bailó, cosa que no hacía desde hacía muchos años; en un ratito que nos alejamos, me dijo confidencial:

—Mira «Padentrano»: vos tenés la culpa que haga estas locuras porque con tus chistes y tus chacotas me estás cambiando como la noche en el día ¡Palabra de gaucho!

En realidad, yo no sé cómo sería el gaucho aquel, pero lo que sí puedo asegurar es que durante el tiempo que estuvo con nosotros se portó maravillosamente bien; buen compañero de trabajo, buen amigo, laborioso, jovial y ante todo y sobre todo, respetuoso y leal.

¿Dónde estaba el gaucho matrero, criminal y peligroso?

Jamás robó en las estancias de la región un miserable cordero, ni pedía limosna; al contrario, pedía trabajo y le daban y le pagaban bien, porque sabían que en cualquier trabajo respondía ampliamente.

Cuando no trabajaba, cazaba zorros y avestruces, para vender los cueros y las plumas, y así vivía; libremente, tranquilamente, pero sin colocarse de mensual; para él, la tierra tenía de todo y sólo precisaba su caballo y sus perros, que eran ligerísimos para cazar «piques», su comida favorita.

¿Cuál fue la causa del alzamiento por los montes?

Él mismo me lo contó y fue así:

Mira, «Padentrano», a vos solamente te lo voy a contar, porque sé que no sos «corneta», para lanzarlo a los vientos. Hace ya muchos años, estaba yo en la Pampa central, de domador de potros, iba de estancia en estancia, buscando animales chúcaros, para entregarlos mansitos como corderos. En estas andanzas, caí en un establecimiento, donde tenían muchos potrillos para domar; cuando

ya los entregué mansitos, el capataz me dijo: «Si se anima a domar un reservado vicioso y malo que tenemos, le pago cincuenta pesos».

Acepté de inmediato, pero el patrón se oponía, porque ya había estropeado dos domadores y no quería ver más desgracias. Ofendido yo en mi amor propio, ordené que me lo trajeran y me lo trajeron con una tropilla. ¡Qué espléndido animal...! Moro, con una estrella blanca en la frente, gordo y regalón, brillaba al sol como un espejo. Yo lo miraba y lo miraba y no salía de mi asombro, al verlo tan hermoso y tan brillante; de por fuerza tenía que ser noble, después de domado; ya les grité: «¡¡Manos a la obra!!». Mucho me costó, dominarlo, mucho ¡muchísimo...! ¡Pero lo dominé! Y por más que corcoveó y se encabritó, no logró tirarme al suelo y cuando me bajé ¡estaba blanco de espuma! Las patas le temblaban, pero no se movió, cuando lo palmotíe. ¡¡Ya sabía yo, que tenía que ser noble por fuerza!!

Me gané cincuenta pesos «en güena ley» y muchas felicitaciones. Pero... esa noche la hija de la cocinera, la Petronilla, me miró con un caramelito en cada ojo y, al cebarme un mate, su mano temblaba, se tocó con la mía; ella, se puso colorada y yo me quedé abatatao.

Nunca había tenido amores y por eso, era medio zonzo. Pero la Petronilla tenía novio y el novio estaba allí presente y se puso celoso conmigo. Yo no le di corte, pero esa misma noche me llamó afuera y me ordenó que me mandara a mudar de la Estancia, si no quería vérmelas con él.

¡Jamás hombre en el mundo me había tratado tan insolentemente! Yo lo miré en silencio... y por toda respuesta, le crucé la cara de un rebenazo. ¡¡Nos trenzamos en un duelo criollo, mano a mano, sin más luz que las estrellas, ni más testigos que Dios!!

La suerte me ayudó a mí, porque de un puntazo en el vientre le saqué los chinchulines afuera; lo vi doblarse todo, llevándose las manos a la panza, como queriéndose sujetar el mondongo que se le escapaba... Y una voz de mujer, gritó chillona, en el silencio de la noche: ¡¡Asesino!! ¡¡Asesino!!

Yo conocí la voz, era Petronilla la que gritaba y enseguida vi salir de la cocina a toda la peonada, cuchillo en mano... Menos mal que yo no había largado mi pingo a pastoreo. Ese detalle me salvó;

porque monté de un salto y salí campo afuera, rumbo al Sud. Corré toda la noche, me oculté al día siguiente en un fachinal tupido y cuando llegó la noche seguí viaje, ¡¡siempre rumbo al Sud... al Sud... al Sud...

Así llegué a estos montes de Patagones. Algunas veces he tenido que defenderme de la policía, que me quería detener.

Ahora, parece que no me molestan más... Y esta buena gente, los hacendados, me ayudan; y yo estoy muy contento y muy agrado-cido, con ellos...

Aquí don Herrera, guardó silencio... Este relato es verídico y yo solo me concreto a repetirlo, tal cual me lo contó don Herrera; al que llamaban tan injustamente «el cuatrero Herrera».

Lo único que puedo repetir por mi cuenta es que aquel hombre tenía un corazón de niño y era incapaz de hacer mal a nadie.

Vivía «su vida» salvaje, porque las circunstancias así se lo exigían, pero su solo afán era que no lo molestaran; pues él tampoco molestaba a nadie y respetaba a todo el mundo.

Pericón nacional

Cuando don Herrera terminó de contarme su historia, sonaron gritos en la reunión, que decían: ¡pericón, pericón!

—Parece que están por bailar el Pericón—, me dijo Herrera.

Nos acercamos y mi pariente, como dueño de la casa, terminaba de acollarar las parejas...

—¡Vengan!—, gritó.

A Herrera le presentó una chinita de pelo en trenzas, a Oteiza le entregó una señorita distinguida y coqueta, linda y rica, y maestra recién recibida, que traía locos a todos los muchachos del pago; y por fin a mí me presentó a una morocha de ojos negros, de labios gordos y bastante robusta; lo cual, hacía honor a su nombre, se llamaba Robustiana.

Esta muchacha, de unos treinta años ya, trabajaba de cocinera en una Estancia vecina, y según las malas lenguas había tenido muchos amores, y hasta había tenido un... «rapto». Un peón de la Estancia,

le hizo el amor, le prometió casarse con ella y montándola en ancas la robó una noche y se la llevó a Patagones; para unir sus destinos, ante Dios y ante los hombres... Se hospedaron en una fonda, como marido y mujer, y... pasaron tres días y tres noches, en plena luna de miel...

¡Mal fin tuvo aquella aventura amorosa! Porque cuando la negra Robustiana quiso arrastrar al mozo al Registro Civil, éste, que no tenía ni un pelo de zonzo, montó una madrugada en su pingo criollo, y sin que nadie se enterara de su fuga, ganó los montes de Patagones y desapareció, dejando a la pobre negra, sola, desconsolada, con el corazón partido y la cuenta sin pagar...

Con esta negra desilusionada bailaría yo el pericón...

Al presentármela, mi pariente me dijo:

—Decile una linda relación de amor, no me dejés mal parao.

Le prometí portarme bien y él levantando los brazos gritó:

—¡Atención!, se va a bailar el pericón nacional.

Cuando se hizo el silencio, agregó con voz potente:

Actuará de bastonero
mi gran amigo, don Pérez,
enemigo de los hombres
y amigo de las mujeres (risas y aplausos).

Avanzó don Pérez, ante una gran ovación, pues tenía fama de gran bastonero y versificador, y ya gritó:

¡Que se formen las parejas!
Cada gaucho, con su china,
y que perdonen las viejas
si ven que un gaucho se arrima
chamuyando en las orejas (aplausos).

Que se prepare la orquesta
de guitarra y acordeón
pues no hay orquesta como ésta
cuando toca el pericón (aplausos).

Las parejas, frente a frente
con zarandeo y sonrientes.

¡¡AHURA!!

Empezamos el pericón con mucho entusiasmo; las espuelas marcaban el compás y las mujeres movían las polleras con garbo y gracia; el bastonero comentaba así: el tin tin de las lloronas.

Marcan muy bien el compás
y las chinas querendonas
mueven muy bien el de atrás
¡¡Muévanse más, remolonas!!

Los aplausos y las carcajadas entusiasmaban más y más a bailadores y espectadores; mientras el bastonero gritaba:

¡¡Ahura!! «a formar los espejos»
cerquita, pero de lejos.
¡Media vuelta y jadeantes
a su mismo sitio de antes!
¡¡Ahura!! «El centro, firulute»
«Castañetas y molinete».
¡¡Ahura!! «Coronar al mozo»
él, al suelo una rodilla
y ella, vueltas y más vueltas,
mostrando las pantorrillas.
¡¡Más atrevidas, chiquillas!! (risas).

¡¡Ahura!! Sigan el vals señores.
Atención las bailadoras,
«rueda grande» bailadores,
no tiren las boleadoras,
que hay menores y hay señoritas
y hay señores y hay menores (aplausos).

¡¡Ahura!! «A formar la cadena»
siga todo el redondel...
hasta hallar a su morena
en su lugar, siempre fiel.

¡¡Ahura!! A nadie cause asombro
que al echar «Armas al hombro»
si es que ven a alguna china
que hacer cosquilla se anima (risas y gritos).

¡¡Ahura!! «La vuelta redonda»
ya laten los corazones
porque todas las parejas
se dirán las relaciones (gritos y algazara).

En medio del entusiasmo del público, dimos la vuelta redonda, para dejar la pareja primero en el centro. Don Pérez gritó:

Ya entró la primera pareja,
un pibe con una vieja.

Él:

Tierna como una lechuga
te estoy viendo, «vida mía»
y al verte tan verde y tierna
¡qué a gusto te comería!

Ella:

Soy lechuga, en ensalada,
mezclada con radicheta,
si vos me querés comer;
¡chúpate la camiseta! (risas y gritos).

Don Pérez:

Vaya entrando la segunda
un vieja y la tremebunda.

Él:

Hoy te llamé por teléfono
y estaba siempre ocupao
eso me quiere decir:
¡que me tenés ya olvidao!

Ella:

Cuando se habla por teléfono
se dice así: hola, hola,
¡Mi padre tiene una chancha
y vos le chupás la cola! (gritos y alboroto).

Don Pérez:

Vaya entrando la tercera
un «Gil» y una camorrera.

Él:

Ayer me dijiste que hoy
hoy me has dicho que mañana
y mañana, ¿qué dirás?
¡Que de lo dicho, no hay nada!

Ella:

Apenas te vi venir
te conocí en el sombrero:
Gallo con tan poca cresta
no canta en mi gallinero (risas).

Don Pérez:
La cuarta va a dar un chasco.
Una maestra y un vasco (eran Oteiza y la coqueta-na).
Él:
Esa vincha es mi bandera
símbolo de paz y amor
y tu carita es el cielo
y tus ojitos, el sol (aplausos).
Ella:
Si fuese yo tu bandera
con patriótico fervor
pediría que me izaras
por la Patria y por su Honor.

Muchos aplausos arrancó esta relación, en realidad, fueron las dos más lindas.

A estas alturas, me tocó a mí el turno para decir mi relación; yo recordaba que mi pariente me había dicho: «Decidle una linda relación de amor» y le dije ésta:

Ya sabes chinita mía
que soy poeta y cantor
y te ofrezco mis amores
como se ofrece una flor (aplausos).

Cuando Robustiana se disponía a contestarme, don Pérez la interrumpió con este verso:

Tené cuidado Robustiana
no digás chistes extraños
que el mozo que te acompaña
es un pariente de Añaños
¡¡No me hagás una macana!!

Esto era un desafío al contrapunto, pero la negra, haciendo caso omiso a los aplausos, a las risas y a los chistes, contestó muy suelta al bastonero:

Ese viejo «calzonazos»
está conmigo chinchudo
porque nunca le hice caso
y hasta le niego el saludo (grandes aplausos).

Don Pérez:
Esa es una gran macana
y la debo contestar:
pues la negra Robustiana
¡conmigo se ha de casar!

Se armó un gran alboroto, porque Robustiana no quería perder, pero intervinieron varios y la convencieron para que me contestara a mí, que estaba esperando su relación; pero ella no se acordaba y se la tuve que repetir; y entonces sí me contestó así:

Ella:
¡De ande salió ese cantor
tan sucio y tan remendao
que le huelen las verijas
a coliflor zancochao!

Pocas veces en mi vida, sentí tanto calor en mi cara; la relación de la negra me dejó más parao que un poste; el vasco Oteiza se apretaba la barriga; mi pariente Añaños se tiró al suelo, retorciéndose de risa y Herrera me dio unas palmaditas amistosas; y así, todos en general, se desternillaban de risa.

Comprendí la jugarreta que me habían hecho al largarme «aquella negra canchera»; pero reaccionando, felicité a mi compañera, estrechándole la mano; este acto me valió una ovación.

Don Pérez, el bastonero, gritó de nuevo:

Salió la número siete
una piba y un purrete.
Él:
Por una Pepita muero
Pepita y no de melón
por una Pepa, Pepita
que me robó el corazón.

Ella:
Si fuera pepita de oro
me haría en un medallón
para ir prendida en tu pecho
y encima del corazón.

Don Pérez:
Salió la pareja octava

ésta es una «yunta brava».

Él:

Ayer hablé con tu madre,
me dijo: «que ya vería».

Si tanto vieran los ciegos
¡qué pocos ciegos habría!

Ella:

Mi madre, me contó el caso
y me explicó tus bravatas
y yo dije por lo bajo:
¡Qué lo tiró de las patas!

Don Pérez:

Pareja número nueve
él borracho y ella bebe.

Él:

Si yo fuera cazador
y tuviera una escopeta
cazaría copetonas
de esas que llevan peinetas.

Ella:

No tuviste puntería
porque tenés cataratas
y si tirás, te saldría
el tiro por la culata.

Don Pérez:

Pareja número diez
ya los dirigí otra vez.

Él:

Tengo pingo y tengo rancho,
amor, hacienda y bondad,
sólo me falta una china
que alegre mi soledad.

Ella:

Y si tienes tantas cosas
¡pedazo de mancarrón...!
¿Por qué no buscás la china
que eligió tu corazón? (risas).

Don Pérez:

La undécima apareció...
¡la pucha que los tiró!

Él:

He venido desde lejos
en busca de paz y amor
y si atiendes mis consejos
seré tu amante mejor.

Ella:

Si venís desde muy lejos
me río de tus astacias.
El sartén le dijo a la olla:
¡Apártate que me ensucias! (algazara).

Don Pérez:

La última pisó la arena,
llegamos a la docena.

Él:

No me mire de soslayo
porque usted no se imagina,
que yo estoy enamorado,
no de usted: ¡De su madrina!

Ella:

Si le gusta mi madrina
yo le buscaré dos turras...
Muy prontito en Patagones
pondrán un «Tambo de Burras» (gritos, algazara).

Esta relación tan tremenda alborotó a todo el mundo; el bailador, ante las risas y los gritos, quiso disparar, pero lo atajamos.

Prosiguió la música y el bastonero gritó: ¡Música, música! ¡Qué todavía no hemos terminado! Prosiguió la música y se reorganizó el baile...

Don Pérez:

¡¡«A formar el Pabellón»!! (aplausos).

Pañuelos blancos y azules
brillan sobre el pelotón
con transparentes tules
de primera comunión.

¡¡Viva la Patria Argentina!!

¡¡Viva....!! Contestan en coro
y todo el mundo se inclina
con respeto y con decoro.

A la voz de ¡Ahura!, un revuelo

de palomas mensajeras
representan los pañuelos...
y el cielo baja a la tierra
y la tierra sube al cielo.
El final ya está viniendo
¡Ahura! den el «paseito»
y así, se van despidiendo...
despacito... despacito...
Los mocitos... zapateando...
las mocitas... sonrientes...
y así, se van retirando...
lentamente... lentamente...

Tal como lo ordenaba el bastonero, don Pérez; empezamos a salir las parejas. Los mozos zapateando y las mozas revoleando las polleras y derrochando gracia, donaire; cuando salió la última pareja, una ovación estruendosa coronó el final del pericón.

Fuimos muy felicitados todos los bailadores, pero la negra Robustiana y la chinita de la última pareja, la rubia Nicanora, se llevaron la palma, por sus relaciones tan tremendas. En cuanto al bastonero, don Pérez, fue también muy felicitado, porque dirigió maravillosamente el pericón, matizándolo con sus versitos picaresco...

Era la caída de la tarde, los hombres empezaron a enganchar para retirarse, porque las criaturas, rendidas de tanto corretear, empezaban a dormirse.

La señora de Oteiza, que era del Roncal, se despidió de mí, estrechándose la mano y diciéndome:

—Paisano, hemos pasado un día feliz; muy ricos los ravioles, muy hermoso el pericón; espero que se quedará con nosotros.

Yo le contesté:

—¡Lo pensaré, señora, lo pensaré!

Cuando quedamos solos los de casa, empezamos a recoger una tenderilla de platos, tachos, cubiertos, vasos, botellas, damajuanas, etc., etc.

Don Manuel estaba rendidísimo, pero contento. La fiesta había estado ¡¡hermosa, brillante!!

Barranca abajo

Pasó la semana acordada para decidirme si quedarme en el monte o volver al pueblo. En verdad, no sabía qué hacer. Por un lado, me gustaba la vida del campo, tan sencilla y sin complicaciones... Pero yo había vivido en las ciudades, tenía un oficio, que me era muy útil; y, me resultaba muy penoso encerrarme en aquellos montes, entre ovejas, corderos, luna, etc., etc.

La vida de la ciudad me llamaba a gritos; pero no me animaba a despreciar a mi pariente; como una excusa, recordé que había dejado en Patagones más ropas y mis herramientas, y manifesté deseos de ir a recogerlas.

Como un vecino se iba al pueblo con su charret, le dije que me llevara; éste aceptó y me despedí lo más natural.

—¡Hasta mañana o pasao!

Pero yo no pensaba volver más; y, a juzgar por la cara que me ponían, al parecer se dieron cuenta de que no volvería.

Al llegar a Patagones, lo primero que hice fue ir a la peluquería a cortarme el pelo y afeitarme; me fui a mi pieza, me vestí de pueblero y sólo pensé en irme a Buenos Aires.

Pero... recordé que tenía una cuenta pendiente que cobrar en la «Confitería Colón» y allá me fui. ¡Qué decepción! ¡Poca luz! Las vidrieras peladas, el salón vacío y don Ramón Neira, con una cara que daba miedo verla... Al verme entrar, pareció reanimarse algo, pero todo fue fugaz; algo así, como un rayo de sol que se filtra entre los nubarrones para desaparecer rápidamente.

Él ya sabía de todas mis andanzas por el campo; y me contó con angustia que se habían abierto dos nuevas confiterías; una, frente al cine y la otra, frente al Teatro Garibaldi; las dos trabajaban bárbaramente, mientras él se consumía como una vela de sebo. ¡Rompió a llorar! mientras exclamaba entre sollozos: ¡Qué ingrata es la gente! ¡Qué mala...!

¡Yo, los he servido más de veinte años, me han metido muchos clavos y ahora me abandonan sin piedad...! ¡Me atrasé un poco en los pagos, en Buenos Aires, y me amenazan con mandarme a la quiebra, si no cumplo...!

¡¡Todo se me viene encima, como una maldición!! De nuevo rompió a llorar y yo sin saber qué decirle, me fui a la calle, con el corazón deshecho y un nudo en la garganta... Crucé la plaza y... en efecto, frente al cine había una nueva confitería; bien iluminada, llena de público y bien surtida de masitas, bombones y caramelos.

Seguí viaje hasta llegar al teatro; y allí estaba la otra confitería, también llena de público y bien surtida... ¡No había nada que hacer! Cuando el público le hace el vacío a un comercio, lo mejor que puede hacer su dueño es cerrar la puerta y poner bandera de remate.

La «Confitería Colón» estaba condenada a desaparecer...

¡¡Y yo, que había ido a cobrar tres días que me debía...!! Como es natural, no volví más y lo dejé solo, con su dolor, al borde de la ruina.

Esa misma noche saqué pasaje para Stroeder y me fui al «Hotel Percaz», para descansar, pues teníamos que salir a las tres en punto para tomar el tren de las diez. ¡No pude dormir en toda la noche! La triste figura de mi antiguo patrón me perseguía sin cesar.

Cuando el sereno vino a llamarme, ya estaba pronto para viajar, sin haber cerrado los ojos en toda la noche...

Una hora más tarde, los autos hispano-suizos devoraban leguas corriendo velozmente rumbo al Norte. Los caminos estaban en muy buen estado y nos hacíamos la ilusión que íbamos por una carretera. Los montes de Jarilla desparecían velozmente rumbo al Sud, como si hubiesen emprendido una frenética carrera; Patagones quedaba ya muy atrás. Al salir, nos dijeron los chóferes: si no hay contratiempos, a las nueve, ya estaremos en Stroeder.

Yo, iba muy pensativo, mudo. Recordé el viaje de venida por esta misma huella, unos meses atrás, rumbo al desconocido, en una noche terrible de frío y nieve... y, sin embargo, iba contento, parlanchín, mientras que ahora regresaba a la gran ciudad con una ponchada de pesos y ¡cosa rara! estaba triste, reconcentrado, melancólico...

Recordaba que en el «Hotel Percaz» había debajo una carta para mi «pariente» don Manuel Añaños, despidiéndome de él y de todos aquellos buenos amigos que tan atentos habían sido conmigo; que me iba a Buenos Aires, que quizás no nos volveríamos a ver más

en la vida, y que me despedía por carta porque no tuve el valor de hacerlo personalmente. Recordaba a mi gran amigo y buen compañero don Herrera, el gaucho alzado y perseguido, refugiándose en los tupidos montes de Patagones, devorando «piques» por docenas.

Y por fin, recordaba también la trágica figura de mi ex-patrón, don Ramón Neira, derrumbándose como un castillo de naipes y llorando de impotencia frente a su angustiosa caída, «Barranca Abajo».

Todo esto desfilaba por mi cerebro, nítidamente, como una película muda, mientras los autos se aproximaban rápidamente a Stroeder.

Por el Oriente brillaban los fulgores de la aurora, hacía una temperatura agradable y una brisa suave y perfumada nos acariciaba el rostro con sus besos.

De pronto, se detuvieron los autos para tomar una nueva curva, que arrancaba desde un esquinero, de donde se abrían dos cortinas de alambrado recién instalado... Reconocí enseguida el lugar; ese esquinero lo había plantado yo mismo unos días antes, vi sus dos puntales bien firmes y la tierra recién apisonada. Ya estábamos cerca de Stroeder.

A eso de las ocho y media, llegamos a la estación de Stroeder. Ya estaba el tren esperándonos, subimos y a mí me pareció demasiado lujoso. Cuando la locomotora dio un silbido prolongado, miré por la ventanilla al Sud y una angustia atroz se apoderó de todo mi ser; un diariero nos ofreció diarios y revistas. Compré una revista y, al abrirla, una figura de mujer me sonrió y hasta me parecía decirme: «Yo, ya sabía que volverías. ¿Cómo pensabas quedarte en los montes de Patagones? ¡No, no, no, tú eres demasiado joven para eso, eso sería enterrarte en vida».

El tren volaba rumbo al Norte.

¡Qué gente tan buena la del Sud!

¡Gente noble!

¡Gente rica!

¡Gente farrista!

¡¡Adiós, montes de Patagones. Adiós para siempre!!

¡Mis ojos se nublaron!

Huelgas y amores

A las cuatro de la tarde llegamos a Bahía Blanca. Los negocios estaban todos cerrados. Preguntamos y nos dijeron: ¡Huelga general!

Me hospedé en el mismo «Hotel Vasco» en que estuve anteriormente.

Visité a mis paisanos, la familia Galé, y los encontré desconcertados. Juan, el mayor de los hijos y que trabajaba en Gath y Chaves, estaba en Buenos Aires como delegado por Bahía Blanca y tenían miedo de que le pasara algo. La madre era la más afligida. Visité también el sindicato de confiteros y los encontré en conflicto. ¡Mala suerte! Me entregaron una carta para el delegado que había ido a Buenos Aires y ante estas noticias tan desagradables, esa misma noche tomé el tren para la Capital Federal.

¡Otra noche de tren!

Mal se me presentaba el panorama de la ciudad, malo, pésimo...

Cuando al día siguiente me dirigí a mi altillo, quedé perplejo; la casa se había vendido y el nuevo dueño echó a todos los inquilinos. ¡Otro revés!

¡Todo me salía torcido! Le pedí a aquel buen señor que me permitiera dejar mi equipaje en su casa, hasta encontrar pieza y él, muy atento, accedió gustoso y ahí nomás salí a recorrer el barrio Almagro, en busca de pieza. Tuve suerte, pues encontré una en Díaz Vélez casi Río de Janeiro, lo que me alegró mucho, pues estaba encariñado con este barrio y el hombre es como el caballo, que tira siempre a la querencia.

Visité a mis paisanas, las hermanas Antonia y Josefa Aznar. De entrada nomás, me di cuenta de que llegaba en buen momento, porque me recibieron con júbilo. Para retribuir atenciones, las invité a ir esa noche al teatro; aceptaron encantadas, pero con la condición de que cenaría con ellas antes. Acepté de inmediato y salí para

el Sindicato de Confiteros, para saber cómo estaba el ambiente en la ciudad.

El ambiente que encontré no podía ser más triste; la mayoría de los compañeros de la «Guardia Vieja» se habían ido al interior, completamente aburridos de tantos inconvenientes que se presentaban en la ciudad, entre el Capital y el Trabajo.

Esteban Domingo se fue a Córdoba, para trabajar en la «Confitería Oriental»; pero me dejó el puesto y se estableció con una pequeña fábrica de galletitas y caramelos, y parece que le iba bien, porque se había metido de lleno a comprar máquinas modernas y se estaba por casar...

Jacobo Carro se fue a Posadas (Misiones) y también se había establecido con una pequeña confitería, «La Misionera». También le iba bien y también andaba por casarse. Martín Martínez estaba en Apóstoles (Misiones) con otro boliche y se defendía bien. Éste parece que ya estaba casado y tenía una nena, que lo traía «Chocho»... Castellá se estableció con un bar en un pueblito de la provincia de Santa Fe, también le iba bien.

Y así, sucesivamente, se retiraban los más viejos para dejar de ser los eternos obreros y emanciparse a trabajar por su cuenta. Los que quedaban al frente del sindicato estaban algo desconcertados y cohibidos...

Esa noche mientras cenaba con mis paisanas reiteré mi pretensión amorosa a la mayor de las hermanas, Antonia; al verla ponerse colorada, la hermana menor empezó a embromarla cariñosamente. Ese fue el principio de un romance que terminaría en boda.

Como había huelga, me pasé 15 días sin hacer nada y divirtiéndome, hasta que recibí una nota del sindicato anunciándome que pedían un oficial para el interior. Allá me fui, porque ya la inactividad me resultaba aburrida y molesta.

Se trataba de un pedido de confitero y facturero para el pueblo de Ayacucho, cerca de Tandil. Me gustaron las condiciones y acepté el puesto.

Antes de partir propuse a «mi simpática» comprometernos formalmente y, como no se opuso, me fui a la Casa Escassany y compré los anillos. Y en una fiesta sencilla, donde sólo reunimos a los ami-

gos más íntimos, nos comprometimos oficialmente y fijamos fecha para casarnos, el día 2 de febrero de 1920.

Ya era hora de enfrentar a la vida, de formar un hogar, de cesar de una vez por todas de ser un «trotamundos» y correr aventuras.

Para conocer mundo, ya bastaba con lo recorrido, a formar pues un hogar y a quedarse quieto.

El amor llamaba en las puertas de mi corazón; ese corazón romántico y aventurero que siempre sentía impulso de viajar cuando sentía pitadas de locomotoras o de un vapor. ¡¡Basta corazón basta!!

¡¡Ama y descansa!! ¡¡Y si hay que luchar, lucha!!

Dos días después ya tenía preparadas las maletas para irme a mi nuevo empleo; por vez primera, alguien vino a despedirme en la estación; las hermanas Antonia y Josefa Aznar, mi futura esposa y mi futura cuñada. Esta vez el viaje era cortito y podía pegarme alguna «escapadita». Partió el tren y yo iba contentísimo, porque iba a trabajar y porque me amaba una mujer. El trabajo era para mí «la alegría de vivir» y el amor, «la esencia de la vida».

Ayacucho

Entré a trabajar en la «Panadería de la Estación», de José Albino. La única diversión en el pueblo era el fútbol; había dos cuadros, «Ferroviarios» y «Atlético Ayacucho». Algún domingo nos visitaban cuadros de «Maipú» y «Dolores», «Tandil» y «Lovería».

Pronto me hice amigo de la muchachada y cuando salían a disputar algún partido en los pueblos circunvecinos, me llevaban en calidad de cronista y, al regreso, entregaban mis crónicas al señor Vesci. Director y propietario del *Diario del Comercio*.

El señor Vesci quiso conocer al nuevo cronista y los muchachos me presentaron; después de charlar un rato, me pidió colaboraciones para su diario, en prosa y verso. Fue en el *Comercio* de Ayacucho donde vieron la luz muchos trabajos, que tenía inéditos y que guardaba en el fondo del baúl. Pronto me hice popular y no había fiesta donde no estuviera presente. Recuerdo que mi primer trabajo fue un diálogo entre una pareja de enamorados que llamó la atención en el pueblo y querían saber quién sería esa parejita tan

desparejada, que discutían de tantas cosas mientras hablaban de amor y felicidad.

Entusiasmado el director, me pidió un soneto, dedicado a mi novia y compuse el siguiente:

Tus ojos

Muchos astros hay que brillan como soles
mas no puedo compararlos ni un instante
con tus ojos; ojos moros-españoles
que relumbran más que el sol, puro y radiante.

¡Oh, tus ojos! Son dos límpidos crisoles
son dos lunas que iluminan sin menguante
son dos bellos y fragantes girasoles
que me miran y me dejan palpitante.

Ojos negros, hechiceros y halagüeños
que al mirarme despedís tanta fulgura;
¿Por qué sois tan seductores y risueños?

No olvidéis que al contemplarme con ternura
me turbáis el corazón; y mil ensueños
me sonríen de esperanza y de aventura.

Como este soneto gustó mucho, me pidieron otro y compuse éste:

Mi aldea

Como una flor espléndida y lozana
que brota dulcemente del ramaje
meciéndose gentil sobre el follaje
que tapiza el opaco y la solana.

Lo mismo que esa flor, fresca y serrana
orgullo del poético paisaje
con el mismo color y el mismo traje
veo yo en sueños mi Aldea Ansotana.

Doquier que cante, oirás mi canto;
si lloro, por ti verteré mi llanto
y tú me inspiras mis versos de zagal.

A tu suelo los míos, ¡van bajando!
Por eso ausente, lloraré cantando
la monótona canción del río Veral.

Estos dos sonetos los recorté y los mandé por correo. El primero a mi novia y el segundo a mi madre.

Había estado mucho tiempo, sin cultivar la poesía; las huelgas, las galletas, los viajes, los trabajos rudos del campo y los muchos contratiempos mataron momentáneamente mis veleidades literarias; pero bastó trabajar en mi oficio, llevar una vida serena, tener novia y entablar amistad con un periodista para despertar aquella vocación poética, que permaneció dormida en lo más íntimo y recondito de mi alma, para despertar latente y dar rienda suelta a mi fantasía.

Sería tarea harto difícil para mí reunir todo lo publicado y disperso en diarios y revistas; con todo ese material habría lo suficiente para llenar dos tomos de poesía; pero yo nunca pensé en serio sobre este asunto y me resultaba imposible vivir de la pluma; así pues, lo que hice, lo hice por vocación y para dar riendas sueltas a mis golondrinas bohemias, que en cuanto les abría la puerta de la jaula, echaban a volar por los vientos, lejos, muy lejos. ¡Para no volver más!

Las que intercalo en estas memorias mías fueron halladas en el fondo del baúl y todas ellas fueron publicadas llevando al pie mi firma, la fecha y la localidad donde vieron la luz. Mediante esas fechas he podido insertarlas aquí y lamento sinceramente el extravío de muchísimas más que quedaron por esos caminos de Dios, como puñados de semillas tirados al viento por la mano de un sembrador.

A una de esas pertenece esta composición:

Mis golondrinas bohemias

España:... Nación hermosa
país de las rosas
precioso jardín...
Escúchame estas canciones
que a los corazones
quizá harán latir.
Tus hijos, en tierra extraña,

te aman siempre, España,
con gran frenesí.
Por eso pasan su vida:
¡Oh patria querida!
¡Pensando en ti!
Quién pudiera como, el pensamiento
en este momento
los mares cruzar...
Y llegando a mi aldea adorada
a mi madre amada
mil veces besar.
Golondrinas que en rápido vuelo
a mi patrio suelo
veloces os vais.
De mi canto llevad el sonido
a mi Ansó querido
si por él cruzáis.
Y al cruzar la pirenaica sierra...
¡Oh bendita tierra!
Cantad con fervor.
Y armoniosas, en alegres sones
las tristes canciones
de este trovador.
Y decidle, que el pobre emigrado
muy desconsolado
llora sin cesar.
Esperando ese día lejano
que alegre y ufano
regrese a su hogar.
España:... Nación hermosa,
país de las rosas,
precioso jardín...
Escúchame estas canciones
que a los corazones
quizá harán latir.
Tus hijos, en tierra extraña
te aman siempre, España,
con gran frenesí.
Por eso pasan su vida
¡Oh patria querida!
¡Pensando en ti!

Fue en un doce de octubre, «Fiesta de la Raza», que di lectura a esta poesía en una «paella» que le dimos a un compatriota; que regresaba a España, después de veinte años de ausencia.

Este paisano iba a su pueblo natal, «nada menos que a casarse», con la novia que dejó atrás y que lo estaba esperando; aprovechando esa oportunidad, mandé yo a mis padres una carta cariñosa y dentro de la carta un giro de quinientas pesetas. Como el muchacho era de Ayerbe, un pueblo cercano a Ansó, tenía la sagrada misión de visitar a mi pueblo y familia y, al mismo tiempo, llevarles aquel recuerdo.

Lo que sí voy a decir es que el tal casamiento no llegó a realizarse. El amor, que siempre ha sido y será caprichoso y ciego, le hizo una «jugarreta» que bien merece un capítulo aparte. Y como estoy autorizado para ello, voy a contarlo ¡Amor! Misterio divino y humano...

¿Quién demonios guía tus caprichos?

Las jugarretas del amor

Después de la «paella», los discursos, las últimas copas y los abrazos de despedida; quedamos los dos solos y empezamos a liar las maletas para ir a la estación... Cuando llegó el tren, nos abrazamos lagrimeando, por la emoción y las copas, y me prometió escribirme de todos los puertos de la travesía... Partió el tren y quedé muy triste. ¡Dichoso él, que realizaba el sueño dorado de todo inmigrante! ¡¡Volver a España!!

Nos habíamos hecho grandes amigos y me dio a leer las cartas de la Gregoria (así se llamaba la novia). Eran cartas muy fogosas y mi amigo se iba a España para casarse, locamente enamorado.

Como me lo prometió al partir, me escribió de Montevideo, Río de Janeiro y de las Islas Canarias. En esta última me decía que los pasajeros lloraron de alegría y emoción al ver el Talón, ese pico maravilloso que se eleva a cuatro mil metros, estando rodeado de mar por todo alrededor.

¡¡Salve, España!! ¡¡Salve patria mía!! ¡¡Por fin te vuelven a ver mis ojos, llenos de lágrimas, después de una larga ausencia!! Así gritábamos todos los pasajeros, llorando de emoción al ver tierra española.

Esta carta tan emotiva me llenó de angustia y compuse estos versos

Nostalgia

Y yo les aseguro mis amigos
que si en tal momento se encontraran
el corazón más duro y más esquivo
se enternece y empapa de nostalgias.
Mira allá a los lejos un navío
que le marca el rumbo de su patria
son más fuertes y agitados sus latidos
sube a los a los labios una plegaria
y vuela por los aires, en un suspiro
y salta por los ojos, deshechos en lágrimas.

Un mes después, recibí carta de mi amigo, fechada en Ayerbe. Esta carta ya era harina de otro costal. Después de saludarme muy afectuosamente, me decía: «No te asombres amigazo de lo que te voy a decir. La Gregoria me salió más falsa y más traidora que el alma de Judas! ¡Bastará con que te diga que no me caso con ella y volveré soltero a la Argentina!

¡Esta es la gran verdad! Y ahora, aguanta este pechazo. Necesito quinientas pesetas para regresar a esa tierra: Vine bien forrao, pero para olvidar las penas, me quise aturdir y me largué locamente, de feria en feria, de romería en romería, y cuando quise recordar, me encontré con la cartera vacía.

Gírame las quinientas pesetas para volver, allí te contaré todo.

Me olvidaba de decirte que la semana pasada subí a tu pueblo, Ansó; ya sabía por tus cartas que llegaría de un momento a otro. Tus viejos están todavía muy fuertes; cuando me presenté, me abrazaron y besaron como si fueras tú mismo y hasta me llamaron ¡hijo mío! Fue un momento de emoción muy fuerte, hasta me hicieron lagrimear; llevo para contarte muchas cosas de ellos.

Tan pronto recibí esta carta, me fui al banco y saqué el giro que me pedía y se lo mandé urgente; y dos meses después, recibí su última carta española anunciándome el regreso. El tiempo seguía su ritmo normal y un día, mientras trabajaba tranquilamente, recibí

telegrama suyo, de Buenos Aires, diciéndome: Hoy salgo, espérame estación. A media noche llegó el tren. Lo vi bajar lo mismo que lo vi subir unos meses antes. Solo. Nos fuimos a mi pieza, mudos, allí se desahogó: ¡Mira chico! Cuando el tren llegó a la estación de Ayerbe, casi todo el pueblo estaba esperándome. Vi a mi madre y me la comí a besos. ¡Pobre viejita! No podía ni hablar de la emoción. Después de saludar a todos, noté que la Gregoria no estaba y le pregunté a mi madre: ¿Y la Gregoria? ¡¡Calla y no la nombres!! ¡¡Es una falsa!!

Después me enteré de todo. La Gregoria tenía amores ocultos con otro, tan ocultos que nadie sabía nada de esos amores... pero de pronto, la Gregoria amaneció «inflada» como un tambor. Sí, así como suena; estaba próxima a ser madre y la tuvieron que casar con el tipo, para «salvar el honor».

¡¡Comprenderás mi estado de ánimo, lo primero que pensé fue, matarlos a los dos y matarme yo también...!!

Pero reaccioné y me dije: ¿Pero me voy a matar por una mujer? ¡No, no, no!

Pero como estaba más triste y solo que pichón caído del nido, me tiré al abandono, recorrió todas las ferias de Aragón y lo que nunca había hecho ¡hasta jugué a las cartas y me emborraché!

Hasta que un día, vi con espanto mi cartera vacía... Fue entonces que acudí a vos, para volver. Yo pensaba con desesperación: si Gastón me falla, tomo la carretera de Jaca y al pasar el «Puente Murillo», me tiro de cabeza al río Gállego y «San se Acabó»... Pero llegó el giro y aquí me tienes. Soltero y rico me fui, soltero y pobre volví... Ahora, vuelta a empezar de nuevo. Tenía que hacerme esta jugarreta el Amor, para desconfiar yo de las mujeres. ¡Son unas falsas!

¡Que se case el que quiera, que lo que es yo, no me caso!

Así terminó mi desengañado amigo de contarme sus desventuras, y como venía cansado y descorazonado, le aconsejé que se acostara y me fui a trabajar... Ahora lector, dos palabras. Han pasado ya muchos años. El tiempo cicatrizó aquella herida y aquel muchacho, que me decía con toda la fuerza: ¡yo no me caso!, empezó a trabajar de nuevo, con más ahínco; reunió una pequeña fortuna, se enamoró

de una criollita campesina que cantaba vidalitas, y cerrando los ojos al pasado, se casó con ella, sin pensarla más.

Hoy son felices, muy felices; tienen plata, tienen casa propia, tienen una linda chacra, propia también, y tienen tres hijos, como tres soles.

Por donde llegamos a la conclusión, que si una mujer fue traídora, otra le salió fiel... y si un día el Amor se burló de él, hoy le sonríe, colmóndolo de felicidad. ¿Quién fue el culpable? ¡Él mismo! ¿A quién se le ocurre ir a casarse con una novia, después de veinte años de ausencia?

¡¡A un loco!!

Un navarro y tres baturros

Después de unos meses en Ayacucho, sentí deseos de visitar a mi novia y como se lo había prometido, me preparé para tal visita.

¿Qué le llevaría de regalo del campo? Los huevos los adquiría a cuarenta centavos la docena; le llevaría pues un cajón de huevos. Además, allí se cazaban muchas perdices, le llevaría unas cuantas perdices; estos regalos no eran muy poéticos que digamos, pero eran de mucho aprecio.

Un sábado a la noche, tomé el tren nocturno, que me dejaría en la ciudad a la madrugada. Pasaría el domingo con mi novia y tomaría el nocturno de las nueve, para presentarme al trabajo el lunes a las siete, como de costumbre. Todo me salió bien y las perdices y los huevos tuvieron un éxito colosal, fantástico.

Mientras almorzábamos, me anunciaron que íbamos a visitar a una ansotana, que estaba internada en el Hospital Ramos Mejía; se trataba de la señora de Etchebarne, residente en Pehuajó; y allá nos fuimos los tres. Como es costumbre, le llevamos un paquete de frutas y revistas.

Mucho se alegró al vernos llegar, nos conocía desde la niñez.

Después de un rato de charla y cuando ya habíamos agotado todos los temas, se nos presentaron de golpe tres personajes de «campanillas»: don Aicardo Urbe, don Francisco Cativiela y don Sebastián Aznárez. Los tres se ofrecieron espontáneamente a la en-

ferma, para todo... Ella, muy emocionada, agradeció todo, pero no aceptó nada, pues tenía lo que necesitaba ¡a Dios gracias! Yo sólo conocía a Francisco Cativiela y como fue él quien presentóme, toca a mí presentarlos a los lectores. ¡Se lo merecen!

Don Aicardo Urbe y don Francisco Cativiela, vinieron a la Argentina muy jovencitos. El destino los unió al entrar a trabajar los dos en una misma casa, fueron buenos compañeros de trabajo y compañeros de pieza.

Aquella amistad duraría toda la vida. Todo lo hacían a medias y con el correr de los años, en 1912, la suerte los favoreció espléndidamente, pues sacaron a medias, ¡siempre a medias!, nada menos que el «Gordo» de la Lotería Española.

Este golpe de la Sra. Fortuna estrechó más todavía su amistad y los dos se fueron a la Madre Patria, a cobrar aquellos millones de pesetas, que les venían como llovidos del cielo. Recorrieron toda España en tren, de juerga, hasta que un día llegaron a Berdún, pueblito de la Canal, donde se separarían, después de tantos años. Almorzaron en «La Venta de Berdún» y de sobremesa hablaron extensamente del porvenir.

—¿Cuáles son tus pensamientos? —, preguntó Urbe.

—Mis pensamientos son estos —, contestó Cativiela. Tú habrás notado que aquí son todas diligencias. De todos estos pueblitos circunvecinos salen pequeñas diligencias que traen y recogen pasajeros y correspondencias. Todo esto es muy lento, y... si yo, por ejemplo, pusiera una línea de omníbus de Ansó a Jaca, pondría un servicio rápido, recogería pasajeros y correspondencia en todos los empalmes y si la cosa iba bien, ampliaría mi línea hasta Pamplona, o Bilbao también, en una «cadena» de combinaciones. ¿Qué te parece la idea?

—¡¡Macanudo, viejo, macanudo!! No te duermas, no te dejes tomar la delantera!! Te felicito.

—Mañana mismo, me voy a meter de lleno... Yo, ya te dije mi pensamiento; ahora, te toca a vos. ¿Qué pensamiento tienes?

Aicardo Urbe quedó un momento en suspense y por fin habló así:

—Primero, me voy a Pamplona, capital de mi provincia; después, me voy a Cirauqui mi pueblo natal, pasaré una temporadita

rodeado de mis seres queridos... Y después, sí viejo, después ¡regreso a la Argentina...! He dejado allá un amorcito... En cuanto vuelva a Buenos Aires, voy a montar unos «Talleres Metalúrgicos» con máquinas modernas para fabricar «máquinas de café exprés», marca «Urbe-Omega», a pagar a plazos. Primero, llenaré todos los bares de la capital, después, me lanzaré al interior y, si puedo, pondré una sucursal en Montevideo, capital del Uruguay... ¿Qué te parece?

—¡¡Colosal, viejo, colosal!! ¡Brindemos por el éxito de los dos!

—¡Brindemos! ¡¡Arriba las copas!!

—¡¡Arriba las copas y arriba los corazones!!

Estos dos muchachos de empuje se abrazaron fuertemente y se separaron para seguir distintos caminos, para llegar a sus pueblos de origen.

Los dos llevaron adelante sus empresas y los dos obtuvieron un éxito rotundo...

A don Sebastián Aznárez lo conocí siendo muy niño... Cuando me sacaron de la escuela de párvulos para llevarme a la escuela de los «grandes». Don Pascual Altemir, aquel gran maestro de Ansó, estaba preparando a este muchacho, sobre todo en Matemáticas, para mandarlo a la Argentina; un tío comerciante muy rico lo reclamaba, para ponerlo a su lado y convertirlo en su sucesor... En la actualidad, era socio principal de la casa de Ramos Generales, Aznárez Hermanos, de Río Colorado F. R. C. S.

Aquellos tres caballeros eran tres potencias económicas. El más infeliz era yo. La enferma me dijo al oído: estoy muy contenta con las visitas que hoy he tenido el honor de recibir, dos simpáticas anotanas, pero lo que me llena de orgullo es que tengo delante ¡un navarro y tres baturros!

Terminada la visita, el señor Urbe me dijo: ¿Y, paisano, cuando ponemos una confitería? Ya sabes, cuando te establezcas, visítame, yo te entregaré una máquina exprés. Mi dirección es: General Hornos, 1304; por el pago, no te preocunes. Las máquinas Exprés Urbe se pagan solas, ellas mismas.

Subieron a un auto y se alejaron rápidamente. Nos dijeron que tenían mucho apuro. Mi novia exclamó: ¡qué visitas tuvo nuestra paisana! ¡Tres potentados! Yo rectifiqué: «un navarro y tres baturros».

Un día en Tandil

Mi vida en Ayacucho transcurría plácidamente; trabajaba, comía, dormía, escribía y acompañaba a los muchachos, cuando salían a jugar a otros pueblos.

Revisando los cuadernos de apuntes, encuentro uno que vale la pena ser recordado.

El cuadro «Atlético de Ayacucho» fue invitado del Tandil, para jugar y disputar un trofeo, donado por una casa comercial.

Previa aceptación, salimos una mañana los componentes del cuadro, cuatro miembros de la comisión y yo como cronista. Yo nunca había estado en Tandil, así que iba ansioso de conocerlo.

En la dirección, no nos esperaba nadie; mala señal, nos dijimos, y nos fuimos al «Hotel Francés»; los jugadores comieron un almuerzo ligero y se acostaron, por orden del entrenador; los demás nos fuimos de excursión por las sierras tandileras. Recorrimos El Parque, fuimos al lugar donde estuvo balanceándose siglos y siglos la «Piedra Movediza»; desde lo alto, la contemplamos allá abajo, medio hundida y olvidada, y, finalmente, nos internamos en un valle hermoso, rodeado de montañas y llegamos a un frondoso rincón serrano llamado «El Manantial de los Amores»; árboles altos y frondosos nos ofrecieron sombra y frescura. Entre los caminitos, perdidos por el exuberante follaje, había muchos bancos y en los bancos parejas de recién casados se estrechaban amorosamente, fundiendo sus almas en un beso.

En el centro de este «Paraíso Terrenal», tan lleno de belleza y poesía, surgía de las entrañas de la tierra una fuente de agua, fresca y transparente, llamada «El Manantial de los Amores», que cantaba su eterna canción cristalina. Allí pasamos toda la mañana, hasta que la campana de la iglesia parroquial nos anunció con doce campanadas la hora de reponer fuerzas y volvimos a la ciudad.

A eso de las tres, dio comienzo el partido, con mucho público y mucho entusiasmo. A los pocos minutos, se produjo un entrevero frente al arco de Tandil. El *referee*, que era tandilero, saltaba como un gato, tocando el pito sin cesar, provocando confusión en los jugadores, risa en el público; parecía nervioso y no sabía lo que hacía.

Si avanzaba Tandil, lo dejaba en amplia libertad; pero si avanzaba Ayacucho, tocaba el pito con furia y cortaba todos los avances; en verdad, esto parecía un «Pito REO»... El público se puso nervioso y le largó una larga silbatina, acompañada de insultos; pero «Él», nada, mudo, ciego y sordo.

A raíz de un entrevero frente al arco de Ayacucho, un delantero ayacuchense muy ligero se apoderó de la pelota y emprendió una carrera por el centro de la cancha desierta. Se armó un griterío infernal, el *referee* salió detrás, corriendo y tocando el pito, para cortar aquel avance tan peligroso; pero el jugador no le llevó el apunte y de cerca del área penal, le pegó un puntazo cruzado y anidó en la red...

—¡¡Goooooooool!!—, gritamos todos. Pero ante la sorpresa general ¡lo anuló!

¡No lo hubiera hecho! El público invadió la cancha y se armó una pelea descomunal. Yo estaba en una tribuna alta y «balconeaba» de lo lindo ante el espectáculo, nunca visto en mi vida. ¡¡Qué lindo es mirar, mientras un público se pelea!! Allí, todos pegaban, todos. Intervino la policía y se agravó la cosa, porque los vigilantes también cobraron en forma. De pronto, se desplomó una lluvia torrencial y en menos de un segundo quedó la cancha vacía. Parece que Dios se enojó con todos y les mandó aquel chaparrón tan brutal, para calmar los ánimos exaltados, y se suspendió el partido.

A la noche, cuando regresábamos en el tren, recién entonces, nos reunimos todos los ayacuchenses y nos dimos cuenta del descalabro; casi todos los jugadores venían marcados; pero el peor de todos era «el negro Carballo». El pobre tenía un ojo como un huevo de aveSTRUZ. Durante el trayecto, el entrenador le aplicaba paños con agua helada, mientras Carballo protestaba que «le habían pegado a traición»; los demás, por cargarlo, le retrucábamos que un golpe en el ojo no era traición, sino valentía, porque se lo habían pegado cara a cara y frente a frente. ¡No pudimos convencerlo!

Al día siguiente «El Comercio» publicó mi crónica, pero como hubo pelea, el director estampó mi firma al pie y aquí se armó la bronca.

El *referee* tandilero se enteró y mandó una carta de desafío, y los muchachos, por su cuenta propia, contestaron «que aceptaban el

reto» y que el duelo se haría en Ayacucho, a piña limpia, hasta que uno de los dos quedara tendido y desmayado. El *referee* de Tandil no contestó, ni vino al duelo.

Fue una farra completa aquel duelo, menos mal que el tandilero se achicó, porque si hubiera aceptado las rígidas condiciones que le imponían, menudo jaleo se me armaba a mí, pero como no dio señales de vida, para rubricar la aventura compuse y publiqué estos versos:

¿Morir o matar?

¿Qué prefiere usted Gastón,
morir en guerra o matar?
Esto me fue a preguntar
un amigo en discusión.
Si me dieran a escoger
entre morir o matar
lo tendría que pensar
para poder responder.

Matar es cruel amargura
que tortura la conciencia;
pero perder la existencia
por no matar, ¡es locura!
Desde que Caín mató
por envidia y no en defensa
todo el mundo quiere y piensa
matar, pero morir; ¡No!
Porque en trances de esta suerte
lo mismo el joven que el viejo
trata, salvar el pellejo
del que es más bravo y más fuerte.

Hay quien vive suspirando:
¡¡Muerte...!! ¿Cuándo has de venir?
Si estos llegan a reñir
morían... pero ¡matando!
Porque todo estrafalario
que muere, «de pensamiento»
en el trágico momento
piensa todo lo contrario.

Pues ya es cosa bien sabida
que en buena o en mala suerte
hay quien vive con la muerte
y hay quien muere con la vida.

Algunos, viven gimiendo
otros, expiran soñando.
Si el niño nace llorando
el cisne, canta muriendo.
Que en la gloria y en la suerte
o en la eterna despedida
mueren, amando la vida,
viven, pensando en la muerte.

¿Cómo poder contestar
a tal interrogación
con tanta contradicción
entre morir o matar?
En los trances escabrosos
que el peligro es imminent
callar es lo más prudente
disparar, lo más gracioso.

Si en tal lid me colocaran
entre morir y matar
trataría de... ¡volar!
para que no me alcancaran
aunque la respuesta es leda
(alguno dirá cobarde)
es muy lindo hacer alarde
de que ¡sálvese quien pueda!!
Y así, sin causar enojos,
contesto con calma y tino:
¡¡Esperemos que el destino
venga a cerrarnos los ojos!!

Estos versos, los publicó «El Comercio», y los muchachos siempre en tren de farra se los mandaron al *referee* del Tandil, pero éste, no contestó.

¡¡Gracias a Dios!! Así terminó la tragedia, en comedia...

Luna de miel y mostaza

Se aproximaba la fecha del casamiento y empezamos a pensar dónde fijaríamos nuestra residencia. ¿En la ciudad o en provincia?

Después de mucho pensarlo y discutirlo, acordamos casarnos en Buenos Aires y vivir en Ayacucho.

Antes de esto, yo había hablado con don José Albano, mi patrón, para que se buscara un confitero, pues me iría a Buenos Aires.

El patrón, la patrona, los hijos y los panaderos pusieron el grito en el cielo: ¿Ahora que está acostumbrado con nosotros y que lo conoce todo el pueblo, nos quiere abandonar? ¡¡No, no, no!!

¿Por qué no se casa en la ciudad y viene a vivir a la provincia?

En realidad, estaba encariñado con el pueblo, donde se vivía tan tranquilo; así que de común acuerdo con mi novia, optamos por vivir en Ayacucho.

Alquilé una casita cercana a mi trabajo, la hice pintar, la amueblé y preparé todo antes de irme a casar.

Para que no faltaran masitas, abarroté las vitrinas y dejé cuatro cajones llenos de masas secas. Para que no faltara factura ordinaria, me arreglé con el amasador, pagándole dos pesos diarios.

—¿Está así bien?—, le pregunté al patrón.

—¡¡Ha hecho demasiado!!—, me contestó complacido.

Esa noche, tomé el tren para Buenos Aires tranquilamente. Allá me esperaban ya con todo pronto para el casamiento, y tan pronto se efectuó nuestra boda, esa misma noche, tomamos el tren rumbo al campo...

¡A la felicidad! Era el día 2 de febrero de 1920.

Habían transcurrido siete días, cuando me presenté al trabajo.

Al entrar nomás, vi las vitrinas vacías, las caras largas y los malos gestos. Habían vendido todo y faltado mercadería.

Me prendí del trabajo con furia, para llenar de nuevo todo y así el ritmo de vida volvió a normalizarse. Ni un nubarrón se vislumbraba en el horizonte que empeñara con su sombra el cielo de mi felicidad.

Pero... al llegar los primeros días del mes, el patrón me llamó para pagarme el sueldo; y con toda desfachatez me descontó los siete días que había faltado.

Le recordé que antes de irme le llené todo, incluso algunos cajones. Que le había pagado al amasador para que hiciera facturas y que él mismo se había mostrado conforme. No había pues motivo para tal descuento. El patrón me contestó furioso:

- ¡Me faltó masa de crema!
- ¡Y acaso no lo sabía antes!
- ¡Pero no tuve masas de crema!
- ¡Pero tuvo masas secas y facturas!
- ¡Vea, maestro: no le pago los siete días!

—¡Vea don José, no se aferre a esa miseria de descuento! No es por el valor, es la acción moral la que más me lastima. He trabajado un año en su casa, sin faltar un solo día. Me quise ir a Buenos Aires y usted se alarmó y me suplicó encarecidamente que me quedara... ¡Y ahora que me he casado, que he gastado mis ahorros, me viene con esta cachetada! ¡Vea, don José, recapacite!

- ¡Todo eso lo tengo pensado! ¡No le pago los siete días!
- ¿Pero usted no comprende razones?
- ¡El que no comprende es usted!
- ¿Quiere decir entonces...?
- ¡Que no le pago los siete días!
- ¿Pero usted no comprende, don José, que con esta acción me saca la voluntad de trabajar en su casa?
- ¡Usted sabrá lo que hace!
- ¿Qué quiere decirme con eso?
- ¡Que si está conforme, bien; y si no, ya sabe lo que tiene que hacer!

Nos paramos los dos en seco, como tocados por un mismo resorte. Él estaba pálido, yo tenía ganas de escupirle a la cara; sin embargo, me contuve y en vez de dar riendas sueltas a mi furia, le hablé tranquilo:

—¡Vea, don José; es usted el segundo patrón, que me dice esa palabra! El otro, fue en Patagones; y sabe usted, lo que hice?

—¿Qué hizo usted?

—Pues nada! En el acto, empaqueté mis herramientas y me retíré de su casa.

Nos miramos en silencio. Al cabo de un rato, me preguntó:

—¿Y ahora, qué piensa hacer?

—Lo mismo que en Patagones!

—¿Quiere decir, entonces, que mientras usted anda de farra yo estoy obligado a pagarle el sueldo?

—No señor, no está obligado!

—¿Y, entonces?

—Es un caso de conciencia!

—Conciencia? ¿Acaso usted la tiene?

—Tengo demasiada conciencia de mis actos! Y para que vea que no quiero líos con usted, le voy a hacer un propuesta: ¡páguelme usted a mí lo que yo le pagué al amasador! Y dejemos la fiesta en paz. ¿Acepta?

—¿Cuánto le pagó al amasador?

—Catorce pesos, lo que él me pidió.

—¡Vea, maestro! ¡No le pago nada!

—Entonces, no hablemos más!

—No hablemos más!

—Se acabó!

—Se acabó!

Así terminó nuestro diálogo, seco, violento, inflexible y rígido. El patrón se fue al mostrador; y yo entré en la cuadra y, temblando de rabia, empecé a empaquetar mis herramientas.

¡Otra vez en la calle!

¡Otra vez sin trabajo!

¡Por catorce miserables pesos!

Me acordé de Patagones, se repetía la «galleta», con la sola diferencia de que el de allá fue un cascarrabias desde el primer día que entré. Recién se «ablandó» cuando me vio que me retiraba.

Éste, en cambio, se mostró «blando y suave» durante un año. Y ahora que me retiraba, se mostraba más inflexible y seco.

Lo que más me dolía era que, durante el diálogo, mientras yo trataba de transar, él se puso orgulloso e intransigente. Aquel miserable se daba cuenta exacta de mi situación y trataba de abusarse, pero yo no estaba dispuesto a dejarme avasallar en aquella forma tan ruin.

Me dolía mucho el pensar que «en plena luna de miel» me enjaretaba de golpe aquella «luna de mostaza».

¿Cómo me presentaría ese día en mi casa? ¿Qué argumentos usaría para decirle a mi esposa que me habían colgado una galleta tan seca?

Terminé de liar mis cosas y me presenté en el mostrador. Allí estaban los dos, el patrón y la patrona. Cuando me vieron entrar con el paquete debajo del brazo, se miraron mudos y yo les dije:

—¡Me va a hacer el favor de liquidar mis haberés hasta hoy!

—¿De qué haberés me habla?

—¡Estamos a cinco! Usted me pagó el mes pasado, pero estos cinco días... es decir, hasta hoy...

—¿No podría venir mañana?

—¡No señor!

—¿Acaso se va de Ayacucho?

—¡No tengo por qué darle explicaciones! ¡Está bien!

—¡Está bien! ¡Voy a pagarle!

Se retiró al escritorio y quedamos la patrona y yo.

—¡Caramba maestro! —, empezó a decirme la señora. ¡Está usted completamente desconocido!

—¡Se equivoca señora! Yo soy siempre el mismo. Pero como usted comprenderá no me voy a poner a cantar después de lo sucedido.

—¡Aquí no ha sucedido nada! Es que ustedes, los hombres, cuando se ponen nerviosos, no comprenden razones. ¡Se ciegan!

—¡Tiene razón señora! Esas mismas palabras, le dije a su esposo.

Como si lo hubieran llamado, apareció el patrón con un recibo y unos pesos. Puso todo sobre el mostrador y exclamó:

—Antes de firmar, fíjese si está bien la liquidación.

Miré el papel, firmé el dinero y firmé en silencio.

—¡Buenos días!

Salí del mostrador sin obtener respuesta y me fui a casa, pensando qué diría: pero con gran sorpresa mía, lejos de entristecerme, me dijo mi esposa:

-¡Y bueno... nos iremos a Buenos Aires! Por eso no te pongas triste. ¡Has hecho bien! ¡Qué diablos! ¡Somos jóvenes, sanos y sabemos trabajar! Me sentí orgulloso de la mujercita que tenía en mis brazos: mujer de trabajo, como yo, lejos de amilanarse, me daba coraje y nuevos bríos para seguir adelante, en la lucha por la vida.

¡Qué momento tan halagüeño! ¡¡JAMÁS LO OLVIDARÉ!!

Herrería «Los dos amigos»

Pasaba yo por frente del «Restaurante Plenafeta», de un catalán muy amigo, y un grupo de pensionistas me llamaron. Después de los saludos, me propusieron «que podría» poner una herrería de caballos, con Rodolfo Martínez, allí presente, que era un buen herrero, que era medio veterinario, para las curas, que era buen amigo y que era buen trabajador. La única falta que tenía, era que... empinaba un poco el codo, pero que al estar «alumbrado», herraba mejor que nunca y curaba mejor. Además, era muy conocido y apreciado.

Aunque estaba por irme a Buenos Aires, esta propuesta tan tentadora me hizo cosquillas; siempre fui muy decidido para trabajar; pero les contesté que lo pensaría, porque ahora tenía que consultar.

Consulté con mi esposa y pensamos en averiguar aquella propuesta tan rara. Busqué al herrero Martínez y hablamos largo y tendido. Fuimos a ver una herrería, que se había cerrado porque su dueño, un muchacho joven, se había escapado con una casada y no

volvió más al pueblo, por temor a la venganza del marido burlado y celoso.

Estaba esta herrería al lado del primer puente y cerca de la estación. Nos atendió el señor Giasso, un viejito italiano, que nos dijo:

—Mi hijo fue un zonzo. Estaba trabajando lo más bien aquí, pero, de pronto, abandonó todo y se escapó con una loca, que lo arrastró con ella... Ahora anda por el mundo pasando calamidades, pudiendo estar aquí lo más bien, casándose con una buena muchacha, que lo quería...

Pronto nos entendimos y le alquilamos la herrería, montada completamente, por sólo treinta pesos mensuales.

La oportunidad se nos presentaba a las mil maravillas, sólo faltaba comprar carbón, hierro y algunas herramientas, y ponerse a trabajar.

Así lo hicimos y de tarde a la mañana quedé convertido, de confitero, en herrero de caballos... ¡Lindo cambio! Pero yo estaba acostumbrado a toda clase de trabajos y lo esencial era trabajar. Por otro lado, me dolía dejar el pueblo, donde vivíamos tan tranquilos; y nuestra casita parecía una «bonbonera». Teníamos seis gallinas ponedoras, un gallo colorado y un lote de terreno, que ya punteamos para sembrar verduras; todo esto lo hacíamos con mucha ilusión y nos dolía abandonarlo de golpe.

Durante los primeros días me dolían los huesos de tanto martillar y les tenía miedo a los caballos. Los había mañaneros y resabidos pero, poco a poco, los fui conociendo y dominando; cuando llevaba un mes de herrador, jugaba con las patas de los caballos, con la fragua y con el marrón.

Cobrábamos un peso por herradura y había días que pasábamos de las cincuenta. El negocio andaba bien, pero mi socio se mareó; nunca había tenido tanto dinero y empezó a tomar en todos los boliche y como los boliche eran muchos, al fin del día estaba hecho una cataplasma.

Empezaron los reproches, las discusiones y los enojos.

¡Es cosa terrible, luchar con un borracho!

A las mañanas llegaba a la herrería, encendía la fragua y pegaba en la bigornia unos martillazos fuertes. Si mi socio estaba sereno, enseguida acudía al llamado; pero si amanecía con «resaca», no aparecía y se me llenaba de caballos el corral... Me ponía nervioso, salía corriendo hasta su casa, entraba sin saludar a la señora y los cuatro hijos que tenía, me metía en el dormitorio y de un tirón, le sacaba la ropa de la cama y le gritaba: «¡¡Rápido!! Está el corral lleno de caballos». Me retiraba corriendo y al ratito caía con un entrecejo torcido...

Trabajábamos hasta el medio día, sin hablar, mecánicamente. Nuestros ojos estaban fijos en las patas de los caballos, que al entrar, ya sabíamos dónde estaban descalzos.

Un día me visitaron cuatro vecinos del pueblo para proponerme si los acompañaría en una campaña de propaganda, para fundar una Cooperativa Panadera; como yo era confitero de oficio y había trabajado en la «Panadería de la Estación», podría entrar en la cooperativa, para hacer masitas y facturas, y así sería más amplia la competencia contra los panaderos, que vendían pan cada día más feo y caro.

Como andaba harto de luchar con el borracho de mi socio, acepté de inmediato ayudarles en los trabajos preliminares, sin dejar la herrería, por supuesto, y nos lanzamos de lleno a hacer propaganda, en pro de la cooperativa. Imprimimos volantes, publicamos sendos artículos en los diarios.

Llamamos a una asamblea obrera para pulsar el ambiente y nos respondieron de lleno: albañiles, ferroviarios, panaderos, comerciantes y empleados de comercio. Allí se discutió ampliamente, por espacio de tres horas, en un ambiente de entusiasmo y optimismo. Se nombró la Comisión Organizadora y se acordó llamar al pueblo a una asamblea a efectuarse en el Salón de la Municipalidad.

Los patronos panaderos se alarmaron de veras. Entre ellos, había tres concejales, incluso el presidente del Concejo Deliberante de la Comuna; todos ellos eran radicales y empezaron a frenar la marcha de propaganda cooperativista.

La batalla se aproximaba y yo, para contrarrestar a los patronos panaderos, compuse unos versos que publicó el señor Vesci en «El Comercio», con el fúnebre título de:

Miserere

¡¡DIN DAN, DIN DAN!!
Se oyen tocar las campanas.
¿Por quién diablos tocarán?
¡¡Vamos a rezar hermanas,
por las almas que se van!!
Pan nuestro de cada día...
¿Tendremos hoy para pan?
Revisemos la alcancía.
¡¡Din dan, din dan!!
El pan sube, sube, sube,
con terco y rápido afán
hasta llegar a las nubes.
¡¡Din dan, din dan!!
Galleta a cincuenta y dura
y pronto la subirán
también a una gran altura.
¡¡Din dan, din dan!!
Recemos más rogativas
para que abarate el pan
la nueva «Cooperativa».
¡¡Din dan, din dan!!
Chacareros: sembrad trigo
que «por nada» os comprarán
los «molineros amigos».
¡¡Din dan, din dan!!
¡Sembrad trigo, qué locura!
Vale más ser sacristán
para cantar: «Aleluya».
¡¡Din dan, din dan!!
Campanadas: tocad a muerto
que al pueblo le falta el pan.
La Pampa, será un desierto.
¡¡Din dan, din dan!!
Dueños de panaderías:
¿Por qué encarecen el pan?
Pan nuestro de cada día...
¡¡Din dan, din dan!!

Estos versos, tan fúnebres levantaron un volcán en el ambiente
y se tranzaron en polémica los dueños de panaderías y la comisión

organizadora. La propaganda andaba macanuda, nos llegaron estatutos de «El Hogar Obrero» de Buenos Aires; de la «Cooperativa Ferroviaria» de Remedios de Escalada. Recibimos también precios de las harinas de varios molinos y en medio de aquel ambiente caldeado, llamamos al pueblo a una asamblea popular, en el salón de la Municipalidad.

Se encargó de abrir el acto el señor Quattrochi, contador, balanceador, maestro de escuela y orador de empuje. ¡Político!

Asamblea popular

Estábamos terminando de cenar en mi casa, cuando llegó la comisión de los ferroviarios para asistir a la asamblea.

Los invitamos con un café y aceptaron gustosos. Eran las nueve y charlamos un ratito, cuando nos cayó, lo mismo que un rayo, don Juan Villalongue.

Venía sofocadísimo a decirnos que el señor Quattrochi no podría abrir el acto de la asamblea, «porque no tuvo tiempo de prepararse».

El señor Villalongue era muy entusiasta de la cooperativa y era uno de los miembros de la Comisión Organizadora; por tal motivo, estaba alarmado por este gran contratiempo.

Salimos rumbo a la Municipalidad. Al cruzar la plaza, nos paró en seco el señor Núñez, concejal socialista, orador callejero muy fogoso y miembro de la Comisión Organizadora. Lo pusimos al tanto del nuevo inconveniente y lo invitamos para que abriera él el acto. Se excusó diciendo que no estaba preparado y mirándome a mí, propuso:

—¡Hágalo usted amigazo Gastón! Dígales algo para empezar sobre los beneficios de la obra emprendida; nosotros lo ayudaremos... ¡Todo es cuestión de empezar! ¡Vamos!

Lo seguimos, en la creencia que abriría el acto, pero al entrar al salón municipal, que estaba repleto de público, se hizo un silencio. Núñez se adelantó hasta la plataforma del intendente y exclamó:

—Señores, la Comisión Organizadora había encomendado al señor Quattrochi para abrir este acto, pero este buen señor, a último

momento, nos hizo avisar «que no podía hacerlo, porque no tuvo tiempo de prepararse, en dos semanas» (Risas). Pero la Asamblea se va a realizar contra viento y marea y el amigo Santiago Gasón va a abrir el acto. ¡¡Adelante Gastón!!

A mí me pareció que se abría la tierra y desaparecía en el abismo. Sin embargo, los ferroviarios que tenía detrás me empujaron y no tuve más remedio que avanzar, ante los aplausos del público.

Cuando ocupé la tribuna, miré lentamente las caras que estaban fijas en mí... En primera fila estaban los dueños de panaderías; detrás de ellos, los ferroviarios y Núñez; más atrás, los comerciantes, con Villalongue; después, una montonera de caras conocidas y desconocidas. De pronto, vi al señor Quattrochi, que se sentó al lado de los patrones panaderos; esto me puso un poquito nervioso, pero me serené y empecé mi oratoria:

Señores, a último momento, se me ha pedido que hable, como no esperaba tan alto honor, no me preparé (risas) por lo tanto, voy a improvisar...

Una pobre mujer iba todos los días a hacer sus compras, con su canasta... Al llegar al puesto del carnicero, vio que un dueño del hotel se llevaba la flor de la carne, a precios equitativos. La pobre mujer le dijo al carnicero: ¿Por qué no me despacha como a él, y a los mismos precios?

El carnicero contestó: vea buena mujer, ese señor me compra todos los días arriba de cincuenta kilos de carne y me deja buena ganancia, aunque le dejo más barata y le doy la flor de la carne... Usted en cambio, mi respetable y buena señora, me compra apenas un hueso. ¿Qué rebaja le puedo hacer y qué ganancia me puede dar...? El día que compre la misma cantidad que él, le daré la flor de la carne y a los mismos precios.

Aquella mujer hizo su prevista diaria y al regresar a su casa, en compañía de una amiga, le contó lo que le había dicho el carnicero.

Se arrimó otra vecina curiosa para enterarse de aquello, «tan raro», y al rato ya estaban reunidas todas las vecinas del barrio...

Palabras va, palabras viene, se le ocurrió a una decir: ¿Y por qué no reunimos la plata de todas y compramos juntas...? Aprobaron esta idea tan luminosa y al día siguiente compraron en gran canti-

dad, eligieron la flor de la carne y la pagaron al mismo precio que el dueño del hotel... Y lo mismo hicieron con el pescado, la fruta y la verdura.

Regresaron a sus casas, se repartieron la mercadería lo mejor que pudieron y, con gran sorpresa, notaron que compraban mejor y... ¡mucho más barato...! Aquellas mujeres del pueblo, sin ninguna preparación pero con una visión práctica de la economía y de la mejora, fundaron sin darse cuenta «la primera cooperativa»...

Estas últimas palabras arrancaron una ovación grandiosa. La primera parte de la asamblea, la tenía ya ganada. Cuando se hizo el silencio, ya era otro hombre; me sentí más valiente y dueño de mí mismo... Miré a los dueños de panadería, tenían una cara larga. Sentí deseos de sacudirles el polvo de la harina y empecé:

Señores panaderos, ustedes saben muy bien que soy oficial confitero y facturero; que hace muchos años que trabajo en harinas y que el arte de masar, de hornear y hacer cálculos matemáticos no tiene secretos para mí.

Si hoy soy «zapatero de caballos» (risas), mañana volveré a ser de nuevo el oficial en harinas y confituras... Así pues, como confitero, facturero, pastelero, panadero y galletero (risas), nunca se podría aplicar mejor el célebre refrán: «Zapatero, a tus zapatos» (risas y aplausos).

Ustedes saben muy bien que la bolsa de harina traga treinta y cinco litros de agua... Como la bolsa contiene setenta kilos de harina, al «mojarla» se aumenta el amasijo a «ciento cinco kilos de masa». Ustedes dicen, por los diarios, que no pueden vender el pan más barato, porque la harina está muy cara... ¡Vamos a hacer cálculos!! ¿A cuánto pagan ustedes el kilo de harina?

Al hacer esta pregunta, me callé. Un silencio profundo reinó en la sala, me sentí con más brios y vociferé:

¡¡A mí me habían dicho que los dueños de panaderías me iban a refutar, punto por punto y matemáticamente. Pero ahora resulta que a la primera pregunta que formulo no me contestan...!! ¡¡Desafío a los dueños de panaderías a una discusión amplia, serena, matemática y valiente, para que me digan a mí que no pueden y por qué no pueden vender el pan más barato!!

Al llegar a esta altura tuve que interrumpir mi discurso, porque los dueños de panaderías se levantaron y retiraron, ante las risas y burlas del público. Cuando ya se fueron, seguí con más serenidad:

¡¡Qué lástima!! Hubiera sido tan lindo hacerles ver matemáticamente que están robando al pueblo, (risas y aplausos). Ellos no han querido recoger el guante de desafío que les arrojé... Pero, después de todo, han hecho bien en retirarse ¡¡Qué diablos!! ¡¡Si estaban estorbando!! (gritos y risas).

Señores, yo creo que lo más acertado sería nombrar un presidente que dirija la asamblea y dos secretarios de actas. Aquí traigo los estatutos de «El Hogar Obrero» de Buenos Aires, «Cooperativa de Consumos» y «Cooperativa de Confiteros», también de Buenos Aires, y «Cooperativa de Farmacias», de Remedios de Escalada.

La Comisión Organizadora de esta asamblea está formada por hombres de trabajo; hombres de ideas firmes, que todos ustedes conocen perfectamente bien; hombres limpios de conciencia, que en la vida pública y privada no tienen ninguna mancha y pueden presentarse en cualquier parte con la cara descubierta, la frente muy limpia y la cabeza muy alta (grandes aplausos).

No tengo nada más que decir. La asamblea tiene la palabra (aplausos).

Hablaron los ferroviarios, habló Núñez; todos ellos fueron muy aplaudidos y, al final, se nombró la Comisión Provisoria, para hacer todos los trabajos preliminares en pro de la cooperativa, que a juicio de Núñez, era ya un hecho.

He aquí la Comisión Organizadora.

ESTATUTOS

Pedro Garberi, Francisco Poderoso, Eduardo Díaz, Manuel Núñez, Fernando Osta e Ignacio Beicín.

CAPITAL

Ángel Régora, Augusto Audifred, Juan Villalongue y Santiago Gastón.

PROPAGANDA

Vicente Forita, Antonio Paglioni, Alfredo Magliarini, Bernardino Diosio, José Mustafá, Claudio Tiani, Damián Burgos, Juan Sau, Esteban Romironet, Miguel Clavell, Pascual Mena y Pedro Togno.

Compuestas ya estas comisiones, se pasó a nombrar un presidente para dirigir las asambleas y dos secretarios para labrar las actas. Salieron nombrados:

Presidente: Antonio Paglioni; secretario 1º, Salvador Quattrochi y 2º, Rómulo L. Gutiérrez. Como yo había estado dirigiendo la asamblea toda la noche, invité al señor presidente y a los señores secretarios a ocupar sus puestos. Así lo hicieron, en medio de grandes aplausos.

El presidente provvisorio agradeció el alto honor que le concedía la asamblea; agregó que se sentía muy chiquito, ante una asamblea tan grande, recalcó que los dos secretarios nombrados eran dos columnas (aplausos) y terminó invitando para el sábado próximo a otra asamblea popular, en el mismo salón municipal, dando así por terminada la sesión (aplausos).

Al salir de la municipalidad, una mano enérgica me tomó por el hombro. Me di la vuelta y me encontré con la cara risueña del señor intendente de Ayacucho, don Bernardo J. Hargonés, que me dijo:

—Permítame que lo felicite amigo Gastón; yo lo conocía poeta, pero ignoraba que estaba tan compenetrado del cooperativismo. Me ha gustado mucho su descripción de las mujeres del pueblo comprando en el mercado.

Nos fuimos todos al café «La Perla», a mojar el garguero y a hacer comentarios de la asamblea. Todos decían:

¡¡La cooperativa está ya en marcha!! ¡¡Triunfaremos!!

Política versus cooperativa

Lector amigo, si eres político y militas en un partido, te doy este consejo: ¡No leas este capítulo!

Si no actúas en política, si votas para los candidatos que más simpatías te inspiran; con la sinceridad que se hacen las cosas más

simples de la vida, sin obstinación, tranquilamente, serenamente; entonces, sí. ¡Lee este capítulo! Y si te sientes molesto por lo que en él digo, no te enojes conmigo. Yo no soy culpable de lo que pasó; la vida tiene sus amarguras y cuando hay que tragárlas, las tragamos, como la saliva.

Después de la asamblea popular, me fui a mi casa; allí estaba la señora de Villalongue, con un nenito suyo, acompañando a mi señora, que estaba encinta, bastante avanzada. Tan pronto llegamos y se enteraron del resultado de la asamblea, se pusieron contentísimas. Si la cooperativa iba adelante, para las dos familias se abría un amplio horizonte de trabajo y calma, el señor Villalongue era panadero.

No duró, sin embargo, mucho tiempo esta alegría; porque a los tres días, entre los radicales y los socialistas, se desató una polémica tan aguda, tan picante, que cundió la desmoralización entre el comercio y los obreros.

Por tal motivo, no se realizó la segunda asamblea, porque los polemistas, en su afán de hacer política, se sacaron todos los trapiñillos al sol y no dejaron tranquilo ni un bicho viviente. Frente a este estado de cosas no se consiguió el Salón Municipal, ante el temor de un escándalo mayúsculo que obstruyera la buena marcha de los trabajos preliminares y que, por fuerza, redundaría en contra de la cooperativa.

Me enteré que habían hecho una reunión secreta algunos miembros de la comisión y acordaron dejar todo tronco, hasta después de las próximas elecciones, pues la cooperativa absorbía mucho tiempo y cobijaba en su seno hombres de todos los colores y todos los matices.

Para saber lo cierto de esta reunión secreta, me fui a visitar al presidente previsto, en su propia casa.

Cuando supo que era yo, me hizo pasar a su escritorio, donde me recibió muy amable. Enterado del objeto de mi visita, se puso serio y dijo:

En efecto, amigo Gastón, se reunieron los miembros de la comisión: «casi todos» y tuvieron un especial cuidado de no invitarlo a usted; porque, según decían allí, a usted «nadie lo conoce». Saben sí, que es confitero; que ha trabajado en la «Panadería de la Esta-

ción», que salió de allí peleado con José Albano, que tiene herrería de caballos, que no se le puede tachar en nada... pero «que nadie lo conoce».

A esta altura, yo escuchaba en silencio y tragaba saliva, pero no quise interrumpirlo; él prosiguió. Ni siquiera tiene carta de ciudadanía, ni está afiliado a ningún partido político, «ni puede votar» porque es extranjero; todos estos factores lo han rodeado de una atmósfera muy ingrata, por cierto, y todos le desconfían...

Las palabras del presidente me cayeron como baldes de agua helada; me di cuenta exacta que me eliminaban así de la cooperativa de un soberbio escobazo y me cerraban todas las puertas.

En silencio, me arrimé a una ventana, que daba al Sud, cuyos vidrios estaban empañados; a través de estos vidrios, vi el horizonte obscuro y negro, una lluvia persistente caía copiosamente sobre el campo y soplaban un viento sud, bastante frío. En realidad, el horizonte de mi vida se me presentaba lo mismo que el cielo, negro y frío; me acordé de mi señora, en su estado delicado; me acordé de mi socio, cada vez más borracho; pensé que lo más acertado sería dejar el pueblo y marcharme a Buenos Aires.

En estos momentos, harto difíciles para mí, me anunciaba el presidente que «nadie me conocía», «que no podía votar»; en una palabra, «que me echaban de la cooperativa».

Otro hombre que no tuviera mi temple habría puesto el grito en el cielo; yo, en cambio, pasado el momento de sorpresa, sonréí al señor presidente provvisorio y le dije:

¡Muy bien, don Antonio! Le estoy muy agradecido por la franqueza con que me ha dicho «todo esto» de mi humilde persona; cuando vea a esos señores dígales de mi parte que si yo me metí en esta aventura fue porque «ellos mismos me llamaron a colaborar». Y dígales también que no les voy a estorbar en absoluto; que hoy mismo voy a liquidar mi parte correspondiente en la herrería, para separarme de mi socio. ¡Estoy harto de luchar con borrachos! Terminado esto, embalaré las pilchas y me iré a Buenos Aires.

El señor presidente se sobresaltó:

—¡Pero, no se enoje conmigo, amigo Gastón! ¿Cómo se va ir a Buenos Aires?

—¡Y qué quiere que haga en este pueblo!

—Un momento, amigo Gastón; y si, por ejemplo, lo llamaran del seno de la comisión.

—¡No iré más!

—¿Quiere decir entonces, que se va?

—¡Sí señor, me voy!

—¡Caramba yo lamento...!

—¡No lamente nada! ¡Chau!

Me retiré. Me fui con la idea de abandonarlo todo para atender mi propia vida; desde el momento que supe «que no era persona grata», ya no pensé en otra cosa más que en mandarme mudar definitivamente.

Pasé por el diario «El Comercio», conversé largo rato con mi amigo Vesci, que lo encontró muy razonable y lógico; sin embargo, todavía me aconsejó que me quedara, pero al verme tan decidido, nos despedimos con un abrazo. Ese fue nuestro último abrazo, porque el amigo Vesci falleció a los pocos meses de estar yo en Buenos Aires.

Me fui a la herrería «Los dos amigos». Estaba cerrada, la fragua apagada y ni un solo caballo en el palenque. Con toda seguridad, mi socio estaría en el boliche de la esquina, emborrachándose con sus compinches. Allá me fui y, en efecto, allí estaba, con otros como él, en estado de ebriedad.

Cuando le dije que me acompañara a la herrería, uno del grupo me dijo con voz aguardentosa:

—Déjelo compañero, que está lloviendo...

Yo le contesté airado:

—¡No se meta en lo que no le importa!

Una carcajada general se oyó en el salón y otro del grupo me dijo:

—¡Tomá mate con yerba vieja!

—¡No tengo ganas, viejo caliente!

—¿No tenés leña, vieja rajada?

—¡No hay más que un tronco, viejo podrido!

Tuve que tomar de un brazo a mi socio y sacarlo a arrastras de aquella cueva inmunda, donde había un olor pestífero de alcohol y cigarro, y donde un grupo de borrachos celebraban a carcajada batiente los chistes obscenos.

Cuando llegamos a la herrería, le dije a mi socio:

—Compañero, hasta aquí he aguantado. ¡No aguento más! ¡Vamos a repartirnos lo poco que tenemos, yo me voy a Buenos Aires y usted siga con la herrería y con sus borracheras.

Mi socio se me quedó con un palmo de boca abierta: me suplicó que no me fuera, que me quedara, que seguiríamos trabajando juntos, que no se emborracharía más, que lo hiciera por su señora y por sus hijos...

No hubo caso, estaba decidido a irme y empezamos a hacer recuento.

Como no tenía dinero para pagarme, retiré hierro, herraduras y herramientas, que me compró un colega, y con ese dinero nos fuimos de Ayacucho.

Cuando el tren arrancó, mi señora y yo miramos al pueblo, en silencio.

—¡Qué mal nos han tratado estos últimos días! —, dijo mi señora.

—Sí —, le contesté. ¡Es un pueblo ingrato!

—Hay mucha política.

—Y mucha desconfianza.

—¿Y, ahora, la cooperativa?

—¡Quién sabe! Le ha salido a la cruzada la política y ya se dan de patadas.

El tren avanzaba veloz, soplaban viento sud helado y una lluvia finita y penetrante azotaba los vidrios de las ventanillas.

—¡Mira Santiago, qué cuadro tan horroroso!

Miré al campo y contemplé con lástima el cuadro que presentaba. Tendales de ovejas y corderos, recién esquilados, morían pasma-

dos de frío, por falta de abrigo; y se amontonaban en la orilla de los alambrados buscando reparo o refugio, en un campo limpio y pelado, sin un árbol, ni galpón, ni nada que pudiera cobijar a aquellos pobres animalitos, que daban tembleques bajo el azote del viento sud y una lluvia finita y penetrante.

Hacía frío en verdad. Miré a mi esposa y la vi pálida y temblorosa; abrí un poncho y la cubrí completamente.

El campo de Ayacucho y Maipú presentaba un aspecto desolador. Hacía dos días y dos noches que llovía sin cesar y el silbido del viento sud en los alambres producía escalofríos en el cuerpo y el alma.

En otros viajes anteriores, volvía a la capital muy contento y con una «ponchada de pesos». Esta vez, en cambio, volvía triste, pobre y con mucha amargura en el alma... ¡¡Y mi señora próxima a ser madre!!

Changas y más changas y vidrios rotos

Mucho tuvimos que andar en Buenos Aires para encontrar vivienda; terrible problema, ya en aquel entonces; hasta que quiso Dios que halláramos una humilde pieza, en una humilde casa del barrio Barracas: General Hornos a la altura de Suárez, y allí nos instalamos provisoriamente.

Acostumbrado a vivir en el Barrio Almagro, tan alto y limpio, no me hallaba en Barracas, tan hondo, húmedo y lleno de hollín. ¡Paciencia!

Visité el Sindicato. Después de los saludos, me anoté en la lista de los desocupados, porque necesitaba trabajar para hacer frente a mi situación apremiante. Tuve suerte, porque me salió una changa para la Ciudad de la Plata, para fabricar pan dulce en las fiestas de Noche Buena, Navidad y Año Nuevo, que ya se aproximaban.

Allá me fui. Se trataba de la panadería y confitería «Monserrat». Pagaban quince pesos por día y tenía que estar allí desde el primero de diciembre hasta Reyes ¡Linda changa! Pero... me sometieron a una prueba, tenía que amasar una bolsa de harina, en pan dulce. Si salía bien, seguiría viaje; si fracasaba, pedirían otro.

Acepté las condiciones, me preparé la levadura, puse todo mi cuidado y me salió un pan dulce «flor». Cerramos trato y me quedé de «panadero».

Como mi esposa estaba tan delicada, mi pensamiento estaba continuamente pendiente del llamado telefónico, que me avisaría la «novedad».

El día catorce de diciembre de 1920, a las dos de la tarde, me llamaron para atender un llamado telefónico de Buenos Aires. Corré como un loco y enseguida conocí la voz de mi cuñada Josefina, que me dijo alborozada: «Te felicito, papito, Antonia ha dado a luz un nene».

Corré al horno, donde se terminaba de cocinar el pan y anuncié a todos que ya era «padre de un varón». Todos me felicitaron muy cordialmente y el patrón, contagiado de mi alegría, me autorizó para que volara a conocer a mi hijo. Así lo hice y aunque tuve la suerte de tomar un Rápido, a mí me parecía una carreta. ¡¡Yo, ansiaba volar, volar, volar!!

¡¡Por fin llegué!! La escena fue profundamente conmovedora, indescriptible, todo había venido bien; al alzar a mi hijito para darle el primer beso, tenía miedo de lastimar su tierno cuerpecito con mis manazas de obrero; toscas y callosas.

Terminada mi changa del pan dulce, me vine de la Plata con una ponchada de pesos, pero también hice pan dulce por toneladas.

Pasadas las fiestas, la gente patuda se fue a Mar del Plata, Necochea, Tandil, Miramar, Córdoba, Montevideo... quedando la capital triste, muy triste; se me acabaron las changas y se me repitió de nuevo el triste problema de buscar trabajo inútilmente... Un día, llegué a la famosa «Agencia Torres», situada frente a la Plaza Lavalle; era un lugar nauseabundo, por sus malos olores; allí se amontonaban los eternos desocupados, tirados por el suelo y por los bancos de madera, durmiendo y rascándose; por el suelo siempre había corruscos de pan, cáscaras de naranja y peladuras de salame y mortadela; agreguemos a estos residuos colillas de cigarrillos y escupidas para llegar a la conclusión que el que entraba allí leía los pizarrones y salía medio mareado.

Ese día (no recuerdo la fecha) leí un pizarrón: «Oficial confitero, heladero, se precisa: se paga buen sueldo. En la Ciudad». Pasé al

escritorio, pedí aquel puesto y me cobraron diez pesos de comisión antes de darme la boleta con la dirección. ¡Era el famoso «Café Tortón» en plena Avenida Mayo! ¡¡Qué raro!! ¿Cómo estaba ese puesto vacante?

Me atendió el propio patrón y le dije que iría al día siguiente.

Aquel hombre se sorprendió y me suplicó que empezara en el acto a trabajar, porque no tenía helados y con tanto calor y el salón lleno de gente...

Me convenció y, pasando tras el mostrador, me prendí del trabajo. Pero, a medida que preparaba los helados, venían los mozos y me los sacaban de la batidora a medio hacer; yo me apuraba cada vez más, pero la máquina no daba abasto al consumo. Al medio día paré mi trabajo para ir a almorzar, pero el patrón me paró diciéndome que no lo plantara, que siguiera con los helados, que me iba a pasar unos sándwiches y una jarra de chopp¹⁹, que el salón estaba abarrotado de público y los mozos pedían helados sin cesar. Dos muchachos que me ayudaban, andaban medio mareados. Yo atribuí al calor y al mucho trabajo el estado de su trastorno.

Seguí metiéndole a los helados. El motor se recalentaba de tanto cincharla, el tacho de la batidora daba vueltas sin cesar y los mozos a cada momento venían pidiéndome: ¡¡Helados, maestro, helados!! A cada rato el patrón me pasaba más sándwiches y chopp. Como vi a los ayudantes muy nerviosos, les pregunté:

—Pero... ¿qué les pasa a ustedes...? ¿Qué tienen?

—¡Hay maestro!! ¡¡A las cuatro, será la cosa!!

—¿Qué cosa?, ¿de qué cosa me están hablando?

—Nosotros no sabemos nada, nosotros no nos metemos en nada! Nosotros somos inocentes, maestro, inocentes!

—¿Inocentes, de qué?

—De lo que va a pasar a las cuatro.

—¿Y qué va a pasar a las cuatro?

19 Nota del editor: schop, shop, chop o chopp, cerveza de barril.

—¡¡Nada maestro, nosotros, no sabemos nada!!

No pude arrancarles nada y les ordené que se apuraran en el trabajo. Eran las cuatro menos cuarto y mis dos ayudantes no acertaban a hacer nada, parecían dos idiotas; los mozos corrían con las bandejas cargadas; el salón, a esta hora, estaba abarrotado de público.

A las cuatro en punto entró una comisión de seis hombres hasta el mostrador y le presentaron al patrón un papel para que lo firmara; éste se negó a firmar y la comisión guardó el papel y emprendió la retirada; pero, al llegar al centro del salón, pasaba un mozo con su bandeja cargadísima de servicios y de un manotón cayó la bandeja, produciendo un ruido escandaloso de vidrios rotos. Como si ésta hubiese sido la señal, empezaron a rodar mesas y sillas por todo el salón, con un estrépito atronador. Por el aire y en todas direcciones volaban vasos, platos, jarras, botellas, sillas, etc., etc.

Yo interrumpí mi trabajo, me arrimé a la puerta que daba al mostrador y vi al patrón, agachado detrás de la máquina registradora; tenía en la mano derecha un revólver, pero el revólver temblaba, la mano temblaba, el patrón temblaba; «todo su cuerpo temblaba». De pronto, por encima de su cabeza, vinieron vasos de chopp, botellas y otros servicios que se estrellaron en un grande y hermoso espejo que había detrás del patrón. Por las dos puertas del café, la de calle Rivadavia y la de Avenida de Mayo, entraron una punta de vigilantes y la emprendieron a planchazos con los revoltosos; el público corría despavorido, de un lado a otro, dando gritos de espanto y haciendo rodar las únicas mesas que quedaron en pie llenas de cristalería, produciendo un bochinche fenomenal; los sifones al caer al suelo explotaban, dando la impresión que eran tiros de pistola y esto aumentó más la confusión y la alarma.

Todo este cuadro que acabo de describir es un pálido reflejo de lo que vieron mis ojos esa tarde en el «Café Tortoni», convirtiéndolo en un «campo de Agramante». ¡Jamás he visto ni veré otro cuadro igual!

Después de un cuarto de hora de gritos, roturas, planchazos, corridas y confusión se hizo la calma; la policía se llevó por delante como cien personas, igual que si fueren animales, a los golpes. El piso del «Café Tortoni» parecía de la casa. Empezaron a barrer to-

dos los vidrios rotos y, con palas, los echaban en cajones... ¡¡Cuánto servicio roto, Dios mío!! Recién entonces se pudo ver la enorme cantidad de roturas.

Me visitó el patrón y me dijo:

—Maestro, no siga más, hemos cerrado las puertas... ¡¡Qué desgracia!! ¡¡Ya no se puede trabajar más, con tanto loco!!

—Dígame señor. ¿Su casa está en conflicto con los mozos?

—Sí, maestro.

—¿Por qué no me lo dijo antes?

—Hombre... Si se lo hubiera dicho, usted no se habría prendido.

—Hizo usted mal. ¿Sabe lo que significa para mí esto?

—¿Qué significa?

—Que ahora, al salir, me dejen tendido en medio de la calle por trabajar de «carnero»²⁰. ¿Se da cuenta de mi situación?

—¡No se alarme, no se alarme! Le voy a pagar un día de jornal.

—Está bien... pero yo he pagado diez pesos de la comisión a la Agencia Torres.

—No quiero perjudicarlo maestro. Le abonaré esa comisión.

Se fue a la caja y me entregó mientras cantaba: quince pesos de su jornal, más diez de la comisión, son veinticinco. ¿Está bien?

—Sí señor, está bien. Gracias.

—¿Por qué no me deja su dirección? Si se arregla este conflicto, lo mandaré llamar. Me gustan mucho sus helados y es muy ligerito.

Le dejé mi dirección y salí por la puerta de la Avenida; en la vereda, había muchos vidrios rotos y las mesas y sillas tiradas; un cordón de vigilantes mantenía el público alejado, que hacía comentarios.

Mi primer pensamiento fue irme a mi casa; pero me acordé de la comisión del agenciero y allá me fui. Cuando llegué, ya sabían lo del bochinche, pero yo, en vez de dar explicaciones, me puse a gritar:

20 Nota del editor: esquirol.

—¿Para qué me manda a trabajar a una casa en conflicto?

—¡¡No grite tanto!!

—¡¡Pero cómo no voy a gritar!! ¡¡Ustedes me han engañado, me han hecho trabajar de «carnero»!! ¡¡Vengo a reclamar mi comisión!!

Ante los gritos desaforados que yo pegaba «con toda intención» se amontonó el público y el agenciero, alarmado por aquel espectáculo tan escandaloso, exclamó:

—¡¡Ahí tiene los diez miserables pesos y cállese de una vez por todas!!

Tomé los diez pesos que me dio y me mandé a mudar, rápidamente, antes de que se arrepintiera y me los reclamara de nuevo.

Mientras iba en el tranvía, que me dejaba en Montes de Oca y Suárez, palpaba los treinta y cinco pesitos que llevaba en el bolsillo y pensaba, lleno de alegría, «¡a río revuelto, ganancia de pescadores!».

Barrio Almagro

Después de aquella changa tan provechosa, sobrevino una crisis agudísima. Por ninguna parte encontraba trabajo, por más que lo buscaba rabiosamente. Ante tal situación y ante la imposibilidad de trabajar en el gremio, me fui a hombrear bolsas de yeso, en un galpón de «Casa Amarilla».

Era el patrón de dicho depósito don Julio Corral, un español muy rico y muy rígido, que en su juventud trabajó de oficial yesero, hasta que un día descubrió una mina de piedra yesera, allá en General Roca, territorio del Río Negro, y como era técnico en la fabricación de yeso se puso con la pequeña fábrica, comprando antes el terreno rocoso, ante la risa y la burla de su propietario. La buena calidad del yeso «Corral» no tenía nada que envidiarle al yeso que venía de Europa; no solamente en la construcción, sino que también en los hospitales y sanatorios, que lo reclamaban, para las operaciones ortopédicas.

Como es de suponer, este hombre emprendedor subió como la espuma. Recuerdo que en ese tiempo venían diariamente tres o cuatro camiones para llevar yeso especial al «Teatro Cervantes», en

construcción, por los célebres artistas españoles María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza. ¡¡Cómo tragaba yeso aquel teatro!!

Llevaba yo varios meses hambreando bolsas, cuando recibí una carta de mi gran amigo Marcos Rojo, donde me decía que pasara lo antes posible por la confitería «Las Violetas», pues el señor Rodríguez Acal, dueño de la casa, quería hablarme.

Recibir esta carta y ponerme loco de contento, fue todo uno. Si el señor Rodríguez Acal me llamaba, sería seguramente para darme trabajo, de nuevo, en su casa. Si así fuera, aceptaría de inmediato y me mudaría rápidamente al Barrio de Almagro, que era mi lugar favorito. Barracas era muy hondo, muy húmedo y había mucho hollín. No se podía tender la ropa en el alambre, porque se ponía toda negra.

Esa misma noche, me fui a la vieja confitería «Las Violetas», de tan gratos recuerdos para mí.

Don José Rodríguez Acal estaba en la caja y tan pronto me vio me sonrió muy afectuosamente y me invitó a tomar un *vermouth* con él. Nos sentamos en un mesa y él, sabiendo que yo era un trotamundo, me pidió que le contara, dónde había estado, qué había hecho, cómo había vivido, cuál era mi situación, etc., etc.

Con la charla nos pasamos dos horas y tomamos cuatro *vermouth* cada uno; yo charlaba por los codos; y él se reía a carcajada batiente.

Cuando agoté mi repertorio, él me contó también las rabietas que pasó con su famoso socio Feldman; hasta que lo echó a cajas templadas.

Ahora se había establecido en la esquina del frente, con una confitería titulada «Los Rosales», para fundir a «Las Violetas».

Como primer paso, había llamado a todo el personal de «Las Violetas» para que trabajaran con él; desde el capataz, hasta el último peón, ofreciéndoles a todos mejoras.

Lo que sucedió fue una lección tremenda para él. Ninguno de los obreros abandonó «Las Violetas», que trabajaba cada vez más, mientras que «Los Rosales» se estaba secando y Feldman se estaba arruinando. Recién entonces, después de tanto hablar, se puso serio y me dijo:

—Lo he mandado llamar para invitarlo a que vuelva a trabajar en «Las Violetas»... Todo el personal de la fábrica me ha pedido por usted y... como falta un oficial...

Acepté de inmediato su ofrecimiento y después le pregunté:

—¿Y por aquí, don José, no hay ninguna novedad?

Por un momento quedó mudo; en su frente apareció una arruga y me dijo en tono lastimero:

—Hay un asunto que me trae medio mal. Usted sabe Gastón, que esta casa es más vieja que la calle Medrano y cuando delinearon la calle encontraron que esta esquina estaba edificada a «falsa escuadra»... Pues bien, la vereda que en la esquina tiene un metro, a medida que avanza por Medrano se estrecha paulatinamente y un poquito antes de llegar al «Tambo de Burras», que está vecino, la vereda no tiene más que «cincuenta centímetros de ancho»; y es precisamente allí donde la compañía «Lacroze» puso una columna de hierro, arrimada a la pared, para sostener el cable del tranvía. ¡¡Esa maldita columna ha costado ya muchas vidas!! Camina el transeúnte por la vereda, lo más confiado, viene el tranvía Lacroze por detrás y, al enfrentarse en la columna, lo aprieta, lo arrastra y lo mata ¡¡Varios han muerto ya!! Ahora los diarios han dado por llamarla ¡¡El Paso de la Muerte!! La Municipalidad, frente a tantas desgracias, amenaza con venir a «cortar» la propiedad para «ponerla en línea» y si efectúan ese corte me dejan más chato que cinco de queso.

—¿No podrían enganchar el salón por Rivadavia? —, pregunté yo.

—A eso vamos. Hoy mismo vino a verme el propietario, don Pedro Arsoia, y me ha dicho que les pidió la casi lateral a las hermanas Villa, que tienen salón de modas; si consigue que salgan, entonces solucionamos el problema. Este asunto me quita el sueño.

Nos despedimos con un apretón de manos y me retiré diciéndole que vendría a trabajar después de dos días, pues tenía que buscar vivienda y avisar a don Julio Corral que se buscara otro hombreador. Tuve suerte porque, al día siguiente, encontré vivienda en la calle Esnaola, frente al Parque Centenario.

Era una calle cortada y de tierra, con veredas de ladrillos; la casa que se alquilaba, tenía dos patios y terreno al fondo. En el primer

patio había una hermosa parra y una higuera y en el segundo, cuatro higueras y un limonero; más al fondo, un terreno baldío formaba ángulo, que salía a la calle Gaona, donde se hallaba instalada la herrería «Muschini».

La casa constaba de cuatro piezas; en el primer patio las dos primeras, que estaban vacías, y en el segundo las otras dos, que ocupaba un matrimonio italiano y que a la vez eran dueños de la herrería.

Enseguida nos entendimos. Ellos se quedarían con las dos piezas del segundo patio y nosotros con las dos que daban a la calle. Como no tenían hijos y nosotros teníamos uno sólo y de pecho, nos sobraban casa, patios y terreno. Simpatizamos y al día siguiente, cuando descargábamos los muebles, la señora Muschini, se nos ofreció para tener el nene en sus brazos, así podríamos descargar e instalarnos mejor.

La vi tan cariñosa y maternal, que le pregunté:

—¿No han tenido hijos, señora?

—¡Todavía no! ¡Y tenemos unas ganas locas!

¡Qué tranquilos vivíamos en aquella casa! Casa amplia, ventilada, llena de sol y de follaje. Yo la comparaba con la que habíamos dejado en Barracas, chica, húmeda y sombría, con un patio tan estrecho que no penetraba el sol para dar un poquito de luz y alegría y calor a las pobres criaturas que jugaban en aquel piso, de baldosas húmedas y frías.

En esa casa, tan llena de gente obrera, sentía yo nostalgias del campo, que recién había dejado, y compuse estos versos:

Nostalgia campesina

Siento de menos la brisa campestre,
ya no percibo del agua el rumor
ni en las auroras, rosadas y alegres,
trinan los pájaros canciones de amor.

Me falta la calma tan plácida y bella
de los crepúsculos, ¡oh, vida ideal!
Y en vez de brisas, gorjeos y arrullos,
me aturden los gritos de un patio infernal.

Niños que lloran,
madres que cantan,
padres que imploran,
niños que saltan.

Hombres que gritan
con gran furor
y que vomitan
odio y rencor.

Hambre que ruge
pidiendo pan
y aunque la estrujen
no se lo dan...

¡Más bien, se burlan de su dolor!
Alguien reclama con gran congoja,
viene el casero. ¡Oh, gran Señor!
Y, sin reparo, lo desalojan
«Porque se ha vuelto mal pagador».

En las piletas, hay lavanderas
desde la aurora al atardecer
y de las piezas salen vapores
que hacen a uno retroceder.

Entran gritando revendedores
de aves, pescado, carne y verduras
y con sus gritos pregonadores
despiertan todas las criaturas.

Es Buenos Aires
que me tortura
con sus deseares
y su amargura.

¡Respiro fuego!
¿Cómo dormir?
¡Y dicen luego
que esto es vivir!

Siento de menos la brisa campestre
ya no percibo del agua el rumor
ni en las auroras rosadas y alegres
trinan los pájaros canciones de amor.

Si yo hubiera vivido en el barrio «Almagro», posiblemente no hubiera hecho estos versos tan sombríos.

Ahora sí estábamos contentos y felices; pero lo que más me alegró fue el retorno de la confitería «Las Violetas», donde mis viejos compañeros me recibieron con los brazos abiertos. Pero... la felicidad nunca es completa. Mi hijito Hamlet, a quien llamábamos cariñosamente «Chichín», se nos enfermó y anduvimos a las corridas por los médicos y las farmacias.

Era algo desesperante mi estado de ánimo. A las mañanas me iba al trabajo, después de una mala noche, y estaba trabajando impaciente y siempre esperando el llamado telefónico, diciéndome el estado del enfermito. A medio día corría como un loco, del trabajo a mi casa; pero con gran sorpresa lo encontraba tranquilamente dormidito. La madre me explicaba:

—Lo bañé, le puse pañales limpios, le di el pecho y quedó dormidito.

Los dos nos quedábamos contemplándolo y él, mientras dormía, sonreía.

—¿A quién sonríe?—, preguntaba yo.

—¡Está soñando con los ángeles!—, contestaba la madre.

Pero el nene no estaba bien. Vuelta a vuelta, nos daba un susto. Y así pasábamos la vida. ¡La eterna lucha de la vida!

Una tarde, al regresar del trabajo, sorprendí a mi cuñadita Josefa hablando con un muchacho, en Díaz Vélez y Río de Janeiro. Estaban tan encaramelados que no me vieron venir. Cuando llegué al lado de ellos, los saludé:

—¡Buenas tardes, tórtolos!

Se asustaron y se separaron, quedando más plantados que dos postes.

—¿Conque afilando, eh?—, les dije en tono severo, como un papá. Mi cuñada, vino a mí humildemente y me dijo:

—¡Che, Santiago; perdóname si te oculté, es un buen muchacho, trabaja de carnicero y hace mucho que hablamos! Él me decía que desearía conocer mi familia... ¿Qué debo hacer?

—¡¡Presentármelo!!

La vi palidecer y, arrastrando los pies, se fue a buscarlo. Los vi a los dos abatados y discutiendo... Al fin, arrancaron derecho a mí; ella, colorada, él abatado y duro como un poste, colorado como un tomate y tartamudeando palabras que no comprendí, pero no era el momento para ponerme tan rígido como un padre; traté de suavizar las asperezas y acudí a la diplomacia del hombre «canchero» y los invité a los dos a tomar mate en mi casa; y sin darles tiempo para pensarla, eché a andar; ella, a mi derecha; él, a mi izquierda y yo en medio, como un «patriarca».

Al primer golpe de vista, me di cuenta de que era un buen muchacho y, por tal motivo, lo llevé a mi casa para ser presentado y formalizado todo.

Así lo hice y si al principio se puso «turulato», terminó por hallarse cómodo en aquel ambiente familiar, rodeado de armonía y buen humor.

Después de una hora de palique, pidió permiso para retirarse y... también nos pidió permiso para presentar a su tío José, que era el único pariente que tenía en la Argentina; agregó que se llamaba José Rodríguez, y que trabajaba de carnicero desde hacía doce años en el «Mercadito La Esperanza», calle Bolívar 1505, esquina Brasil, donde podíamos pedir informes.

De inmediato me puse en campaña, para saber si era cierto cuanto nos dijo y volví encantado. Los informes no podían ser mejores.

Hablé con su patrón, don Constante, y me dijo:

—Yo también he pedido informes de usted y su familia, y me agradaría que mi empleado se casara con su cuñada; llevo muchos años aquí encerrado y quisiera hacer un viajecito a España, con mi señora y mis hijos... De modo que si los casamos, los dejo a los dos de encargados del «Mercadito» y me iré tranquilo, porque sé que lo dejo en buenas manos.

Todo salió a pedir de boca y mi señora y mi cuñada empezaron a hacer compras y a preparar el ajuar de la novia. El tío José, que hacía el papel de padre del novio, resultó un viejo simpático; trabajaba de capataz en la empresa «Villalonga» desde hacía más de treinta años.

En su primera visita ya nos encariñamos con él; de modo que el asunto andaba al galope.

Andábamos en estos trámites, cuando nos llegó una carta de España que nos puso muy impacientes y desconcertados; era de mi suegra y nos decía que la familia de Jáuregui había vuelto al pueblo natal después de treinta años de ausencia; era un matrimonio con tres hijas pequeñas, que eran vecinos de puerta; que se habían encariñado mucho, sobre todo con Guadalupe, la menor de las hijas, que jugaba con las tres criaturas, y que los padres la habían entusiasmado para que viniera a la Argentina, a reunirse con las hermanas mayores, que ellos la traerían como si fuera una hija propia...

Terminaba la carta de mi suegra pidiéndonos un consejo, pues ella no sabía lo que tenía que hacer.

Después de discutir el asunto, contestamos afirmativamente y mandamos un giro para gastos del pasaje... Parece que a mi suegra ese giro le costó unas lágrimas, por ser la hija menor, la única que le quedaba a su lado, pero tenía un hijo casado y con tres nietitos. Optó por consentir que su hija menor se fuese a América. Una vez más, la «Abuela» pudo más que la «Madre».

Poco tiempo después recibimos otra carta, anunciándonos la venida de Guadalupe con la familia de Jáuregui. ¡¡Qué alboroto ese día!! Por un lado, los preparativos de la boda; por otro, la venida de la hermana menor, a la que no veían desde hacía muchos años, y por otro, nos llegó otra carta de Francia de mis hermanos Francisco y José, anunciándonos, que se venían a la Argentina, definitivamente, por que aquella estaba mal...

¿Qué diablos pasaba en Europa, que toda la juventud se venía a América? ¡¡América!! Palabra mágica que opera en todos los ámbitos, alborotando las juventudes. La venida de mis hermanos me sorprendió enormemente, porque allá, en Francia, estaban muy bien; trabajaban en la explotación de bosques, en los Pirineos Orientales, y se ganaban sus buenos francos con la venta de madera, carbón y leña.

Pronto llegaron los tres viajeros, por distintos barcos y distintas rutas, al puerto de Buenos Aires y mi familia se agrandaba rápidamente.

Cuando ya los tuvimos a todos en casa, hicimos una fiestita familiar para presentar a nuestras amistades a los tres recién venidos de Europa, y anunciar el próximo enlace de los «tórtolos» allí presentes.

Pero no terminaron aquí las sorpresas. Mi esposa, hablando con una amiga, le dijo «en secreto» que se hallaba encinta y fue tan grande el secreto que a los diez minutos ya lo sabían todos los presentes.

La marcha del tiempo

Se casó mi cuñada con José Rodríguez, en nuestra casa. Mi señora y yo hicimos las veces de «padres» y los novios se fueron al Tandil, a pasar la «Luna de Miel». De regreso, se instalaron en la carnicería como encargados, mientras el patrón con su familia se fue a España en viaje de placer.

Una mañana, a eso de las diez, sacudió al barrio de Almagro una noticia sensacional. Al señor Carlos Feldman, dueño de la confitería «Los Rosales», lo hallaron muerto los del gas en un cuartito, debajo de las escaleras de una casa de departamentos, donde estaban los contadores.

Según los médicos, murió por asfixia, tres días atrás. Tenía en la mano izquierda un pañuelo tapándose la nariz y en la derecha la llave de la puerta, que en su desesperada lucha con la muerte no pudo abrir. Parece que uno de los contadores perdía gas. ¡¡Esa pérdida lo mató!!

Esa noche, el diario «Crítica» le dedicó una página entera, reflejando con toda crudeza la vida desordenada de aquel hombre y con todo lujo de detalles, que daba repugnancia leerlos, lo presentaba a la opinión pública nada menos que como «tratante de blancas y corruptor de menores».

En la fábrica de «Las Violetas», esa página nos produjo asco. Lo conocíamos como atropellador, violento, déspota y prepotente, pero ignorábamos que se ocupara de aquellos asuntos tan turbios.

¡¡Qué Dios lo haya perdonado!!

Poco tiempo después, otra noticia fúnebre me llegó de Ayacucho. Mi gran amigo Vesci, director y propietario del diario «El

Comercio», dejó de existir repentinamente. Habíamos sido muy amigos y siempre me pedía colaboraciones.

Esta vez no hubo pedido alguno y mandé estos versos que fueron los últimos que mandé a «El Comercio»:

¡¡PAZ EN SU TUMBA!!
¡Pobre Vesci! ¡Ya eres tierra!!
Lo que todos hemos sido.
De la tierra hemos venido
y ella nuestro ser encierra.

Que oculte un triste cajón
tu alma, me parece un sueño
porque el mundo fue pequeño
para tu gran corazón.

Mas no importa. En este mundo
serás imperecedero
porque has sido un pregonero
claro, viril y profundo

Y el pueblo del porvenir
recogerá con agrado
la semilla que has sembrado
de Amor, antes de partir.

¡Siento el hallarme lejano!
Si en Ayacucho estuviera
sobre tu cama cayera
¡una lágrima de hermano!

Todos estos acontecimientos que rodeaban mi vida sucedían de un modo vertiginoso... ¡Era la marcha del tiempo! ¡Era el reloj de mi vida!

De un lado, mis cuñados Josefa y José. Dos almas que se funden en un beso.

De otro, la muerte por asfixia de Carlos Feldman. Una vida turbulenta, dejando un reguero de sangre y odios.

De otro, la muerte de Vesci. Una vida laboriosa llena de luz y alegría, que deja al partir una estela luminosa.

De otro, la venida de mi cuñadita Guadalupe. Una planta florida, arrancada de los Pirineos, para trasplantarla a las Pampas ar-

gentinas, donde echaría hondas raíces, crecería, se haría frondosa y daría sus flores y sus frutos.

De otro, mis dos hermanos, Francisco y José. Dos hachadores salidos de las selvas pirenaicas y ansiosos de empuñar de nuevo el hacha para labrar maderas americanas.

De otro, mi esposa en cinta. Una nueva vida en germen.

De otro, «Chichín», delicado y enfermito. Una vida vacilante.

Y, finalmente, yo. El eterno luchador, yendo diariamente de mi casa al trabajo, del trabajo a casa, lo mismo que la hormiga, para llevar el sustento a mis seres queridos...

Era la marcha del tiempo,
era el reloj de mi vida.
Tempestades y romances,
sentimientos y alegrías.
Todo ese conglomerado
de verdades y mentiras,
de vicios y de virtudes,
de amores y antipatías,
de luces y de tinieblas,
de odios y poesías,
de esperanzas y dolores...
que está formada la vida.

Y lo mismo que los ríos
con su corriente continua
van a morir en el mar
que los traga y purifica
transformándolos en nubes
y en una lluvia benigna
fecunda sierras y valles
y en torrente incontenida
vuelven de nuevo a su cauce
con su corriente infinita...

Así, los seres humanos
en nuestra marcha continua,
«Vamos al Fin de los Fines»
para volver a la vida
en nuevas generaciones
que nos siguen y asimilan.

Démosles buenos ejemplos
para que encaucen sus vidas
y una estela luminosa
puede servirles de guía...
¡¡Era la marcha del tiempo!!
¡¡Era el reloj de mi vida!!

Un sobre nos llegó de España. Escribía mi hermana María, la menor de todos los hermanos, que vivía con los viejos; que se había casado con Santiago Mendiara, y ya tenían dos hijos. En esta carta nos daba la triste noticia del fallecimiento de nuestra madre querida y agregaba que el pobre viejo estaba completamente desconsolado.

¡¡Esta carta enlutó nuestros corazones!! ¡¡Pobre mamá!! Aquella mujer tan valiente, dinámica y hacendosa. A pesar de tener nueve hijos, todavía se quitaba alientos para atender el mostrador, lavar ropa, cuidar el huerto, regar la huerta, empuñar la hoz y segar trigo a la par de los hombres... Había caído como caen los árboles viejos; después de cobijar bajo su sombra bienhechora a los seres queridos, y después de dar sus flores y sus frutos. ¡¡Pobre mamá!!

La noticia de su deceso me llenó de melancolía y con los ojos llenos de lágrimas compuse estas cuartetas:

Yo quiero cantar señores
a mi madre una canción
y la llamo con razón:
«El amor de los Amores».

¿Quién a la madre no canta
si por ella está en el mundo?
¿Quién con ella es iracundo
siendo su ternura tanta?

¿Hay Amor tan puro y tierno
como ese inmenso cariño
que percibe todo el niño
en el regazo materno?

¡¡No!! ¡¡Ese Amor tan profundo
no es un Amor terrenal
es un Amor celestial
porque no cabe en el mundo!!

Un milagro de Lourdes

¿Quién no ha oído hablar de la milagrosa Virgen de Lourdes? Sus hechos milagrosos han sido comentados en el mundo entero y en todas las formas.

En Francia, la Bernadette, esa muchachita campesina que tuvo la visión de la Virgen; esa humilde zagala que iba a recoger leña al bosque y aseguraba haber visto a la Virgen en la gruta sonriéndole; una aldeana enferma y soñadora que sin más ilustración que el sexto grado de la escuelita aldeana desconcertaba a los «Grandes Señores» del pueblo con sus respuestas categóricas e incontrovertibles; esa Bernadette visionera y mística pasó a la inmortalidad; y la Virgen de Lourdes, gracias a Bernadette, se hizo universalmente famosa por sus curas milagrosas, con el agua purísima de su fuente cristalina.

Miles y miles de enfermos incurables acuden en las peregrinaciones, implorando en sus plegarias la cura de su mal; millones de devotos van todos los años a hincarse ante la Virgen Milagrosa, y elevan sus preces pidiendo un poco de misericordia. Cuando estos devotos regresan a sus hogares, cuentan con fervor los muchos milagros que vieron con sus propios ojos.

Pues bien. Cuando vinieron de Francia mis hermanos, Francisco y José, hablamos mucho de Francia y yo les pregunté si estuvieron en Lourdes.

Me contestaron muy risueños que iban todos los años, porque allí se pasaban una semana maravillosa de fiesta. Como vivían en Bañeras de Bigorre, a una hora de tren, se trasladaban a Lourdes.

Les pregunté también si habían presenciado algún milagro, por toda respuesta largaron una carcajada.

Como nos quedamos curiosos, Francisco, al que llamaban cariñosamente «Fransuá», nos contó el siguiente milagro:

Nosotros no perdíamos ninguna peregrinación. Allí había de todo, alegría y dolor, risas y lágrimas, esperanzas y desengaños, música y bullas, borracheras y riñas, bautismos y casamientos, amores y celos (de todo). Pero, por encima de todo, mucha gente y poca comodidad, y esto era lo más lindo, comer en el monte a la sombra de los árboles y dormir a la luz de las estrellas. Los trenes llegaban

cada vez más completos y en esos trenes llegaban los inválidos, que sumaban docenas.

Tenía yo un amigo en Bañeras que todos los años «hacía de inválido» y parece que lo hacía bien, porque le pagaban espléndidamente.

En su última peregrinación, estaba yo en la estación cuando lo vi llegar. Lo traían en una camilla, entre cuatro camilleros; lo miré a la cara y casi no lo conocí. ¡Qué cara Dios mío! Hasta yo, que lo conocía y que sabía que no estaba enfermo, me dio lástima al verlo. Representaba la tragedia del paralítico como un verdadero artista. Algunas mujeres se pusieron a llorar y a rezar.

Pero, de pronto, un griterío invadió los espacios. El tren internacional se aproximaba a toda velocidad y no paraba allí.

A los gritos del público se empezaron a despejar las vías, llenas de gente, pues el tren de peregrinación paró en un desvío; cuando lo paralíticos cruzaban la vía, una pitada de la locomotora anunció la llegada del rápido. Los camilleros se asustaron y largaron la camilla de mi amigo en medio de la vía y corrieron al andén...

En medio de un griterío infernal, mi gran amigo se incorporó y con la agilidad de un gato, en cuatro saltos, ganó el andén de la estación. En ese preciso momento ¡¡pasó batiendo el tren internacional, haciendo polvo la camilla!! ¡¡Qué momento trágico!!

A mí me temblaban las piernas del susto y mi gran amigo miraba la camilla destrozada en los rieles, con una cara de espanto que daba miedo.

Este «caso» fue comentado «risueñamente» por el público, después de sucedido; pero el diario de Lourdes, dirigido por los curas, dijo así:

«Nuestra Señora de Lourdes, que está presente en todas partes, viendo el peligro inminente que corría el pobre paralítico, se apiadó de él y le devolvió instantáneamente toda su agilidad, y lo salvó milagrosamente».

Pero a mi gran amigo ya no lo llamaron al año siguiente, por que al saltar de la camilla dio lugar a las bromas risueñas del público. En una palabra, «no supo representar su papel hasta caer el telón».

Nos visita un cachorro

Mis hermanos, ansiosos de trabajar, me pidieron que les buscara algo en que ocuparse. Ellos preferían trabajar en maderas. Me acordé que, viviendo en Barracas, entablé amistad con uno de los capataces del gran aserradero «Iriarte», materiales de construcción. Recordé también que me pedía colaboraciones para el diario del Sindicato de Obreros de maderas de Barracas, titulado «La Sierra».

Me fui a visitarlo y le hablé de mis hermanos. Me prometió ocuparse del asunto; que le hablaría a don José Iriarte, que era vasco y que como mis hermanos sabían hablar en vasco, se entenderían pronto.

Esta amistad con el capataz fue muy valiosa porque a los dos días el señor Iriarte mandó llamar a mis hermanos. Allá se fueron y regresaron contentísimos. El señor Iriarte, no solamente les dio trabajo, sino que les ofreció una plaza en el corralón para vivir y, así, le harían compañía al sereno, pues tenía miedo que le pasara algo en un corralón tan grande, habiendo un solo sereno.

Como Guadalupe se fue una temporadita con Josefa, quedamos de nuevo los viejos solitos; hasta que el día 22 de marzo de 1924 nació nuestro segundo hijo, Rinaldo, un morochito muy lindo, al que llamaron las mujeres desde el primer momento «Negrito».

¡¡Hermosa criatura!! Gordito y sano, subía como la espuma mientras el pobrecito «Chichín», delgado y débil, siempre con tópicos e inyecciones. Era una lucha desesperante entre la ciencia y la enfermedad. ¡Cuántas corridas tuvimos con el pobrecito! Hasta que una noche, a las tres de la madrugada... ¡¡Dios se lo llevó a la región de los ángeles!! Hicimos todo lo que pudimos, pero la ciencia no pudo salvar aquella vida, que se nos escapaba, hora por hora, minuto por minuto, segundo por segundo, irremediablemente.

Cuando uno pierde un ser querido, lo primero que piensa es mudarse de casa. Me ofrecieron trabajar en el pueblo de Bernal, en la panadería y confitería «La Moderna», de los señores Gadano y Prats.

Además de un buen sueldo, me ofrecían una sucursal en el pueblito de Wilde, frente a la estación; así que, mientras yo trabajaba en Bernal, mi esposa y mi cuñada Guadalupe atenderían la sucursal.

Consulté con ambas y se entusiasmaron. No lo pensamos más y dejamos la ciudad para irnos a provincia. A mí siempre me tiró el campo y tan pronto nos instalamos en Wilde, lo primero que hicimos fue un gallinero; compramos diez gallinas y un gallo colorado... pero... con tan mala suerte, que a la tercera noche nos visitó un «chorro»²¹ y nos peló el gallinero por completo, mientras dormíamos tranquilos.

Un vecino electricista me enseñó cómo tenía que conectar un cordón eléctrico al tejido del fondo del gallinero.

Compramos otras diez gallinas y otro gallo colorado, y una noche de lluvia torrencial nos despertaron los gritos lastimeros de un visitante nocturno. Agarré el revólver, prendí la luz y... allí estaba el ladrón de gallinas, prendido al tejido, sin poderse desprender y pidiendo misericordia. Tuve miedo de electrizarlo y cerré la llave. Al mismo tiempo, descargué al aire los seis tiros.

Cuando el tipo se vio libre de la corriente eléctrica y sintió silbar las balas por encima de su cabeza, se retiró en una fuga precipitada, tan precipitada que dejó abandonadas varias prendas: una zapatilla, el sombrero y una bolsa; y dentro de la bolsa, tres gallinas que ingresaron en nuestro gallinero, haciendo honor al refrán:

El que roba a un ladrón
tiene cien años de perdón.

La noticia corrió por el pueblo como un relámpago. Todos los vecinos se apuraron a conectar un cordón al tejido del fondo; el electricista se ganó una punta de pesos, pero en Wilde no faltaron más gallinas, ni nos visitaron más chorros.

«A grandes males, grandes remedios», otro refrán.

Trompadas a granel

Después de la visita del chorro, quedamos tranquilos. El terreno del fondo lo dividí en dos partes, gallinero y quinta.

21 Nota del editor: ladrón.

Allí había de todo, radicheta, lechugas, tomates, acelgas, chauchas, apio, perejil, espinacas, etc. A las mañanas, antes de irme a Bernal, ya me metía a mover la tierra y arrancar yuyos; y lo mismo hacía por las tardes, al regresar. Como resultado de estas faenas nos encontramos con un hermoso lote de verduras y unos tomates hermosísimos. ¡Con qué entusiasmo cultivaba yo ese terreno! Así vivíamos muy, pero muy tranquilos: los domingos nos visitaban los parientes porteños, que venían a pasar un día de campo; allí nació nuestro tercer hijo, una niña, a la cual pusimos por nombre Noemí, pero la llamábamos cariñosamente «Ñatita», porque al nacer tenía una nariz chiquita y redondita, como un garbanzo, era el día 25 de mayo de 1926, fiesta Patria.

Mi hermano Francisco fue al Rosario a visitar a los tíos y se enamoró de la primita Micaela Gurría, casándose con ella a los pocos meses de tener amores. ¡Casamiento relámpago!

En Wilde pensábamos residir muchos años, pero el «demonio», que nunca duerme, se cruzó por delante y nos llevó por otro camino.

Tenía yo dos ayudantes en Bernal, Agapito Santos Sotelo y un muchachito llamado «Gurumino». El primero era un mocetón fornido, con más fuerza que un toro. Practicaba el boxeo y a fuerza de trompadas había conquistado el campeonato de la región y se había medido con los mejores boxeadores de su peso. Era en la actualidad campeón de Wilde, Bernal y Quilmes. Nos llevábamos muy bien en el trabajo, pero un día tuvimos una discusión, por asuntos de trabajo, entre el señor Prats y yo; en ese momento, el Gurumino hizo mal un trabajo, yo lo reprendí y él, con un atrevimiento desconocido, me contestó:

—¡¡Usted tiene la culpa de todo por «charlatán» y por «alcahuete»!!

Jamás me habían dicho tal insulto, ni me lo merecía tampoco, pues en todas partes, fui un compañero leal y noble.

Por tal motivo, perdí la serenidad y le di al insolente un cachetazo, bien pegado. Agapito pegó un salto, se me acercó y preguntó:

—¿Por qué le pega?

—¡Me ha llamado charlatán y alcahuete!

No había terminado la palabra, cuando sentí en el mentón algo así como un martillazo. Me pareció que me faltaba el piso y me hundía en un pozo sin fin. El techo de la cuadra bailaba; de él pendían unas lucecitas, saltarinhas y juguetonas, pero sin caer, como si se sostuvieran por hilos invisibles. Detrás de esas lucecitas vi la cara burlona de Agapito y aunque me temblaban las piernas le mandé un puñetazo, con todas mis fuerzas; pero, con tan mala suerte, que en vez de pegar en la cara de Agapito, mi puño se perdió en el aire; y ahí no más, me empezaron a llover «trompadas a granel», como si estuviera peleando con cuatro boxeadores.

De nuevo aparecieron las lucecitas saltarinhas y juguetonas. Me pareció oír un toque de clarín y el galope de una caballada; de pronto, me rodeó la oscuridad y sentí un porrazo en las espaldas y la cabeza... No recuerdo más lo que pasó. Parece que quedé así, desmayado por los golpes recibidos, porque cuando volví en sí me encontré en la galería, sentado en una silla, con la cabeza y la cara mojadas y un panadero me daba aire con una bolsa vacía. En torno mío, vi un grupo de caras conocidas, incliné un poco la cabeza y me encontré con la pechera del saco llena de sangre. Quise hablar y no pude, un dolor agudo me inmovilizó las carretillas. Volví a mirar en torno mío y no vi ni a Agapito, ni a Gurrumino. Quise moverme y no pude.

¡¡Qué hermosa paliza me habían dado....!! ¡¡Estupenda!!

Pero lo que más me dolía eran los vergonzosos calificativos de charlatán y alcahuete; eso me dolía más que las trompadas recibidas, y por Dios que fueron muchas... Cuando ya me pude tener en pie, y pude hablar, vi a don Juan Gadano, el patrón, y le dije:

—¡¡Se lo juro, don Juan, las palabras charlatán y alcahuete me duelen mucho más que los golpes!!

—¡¡No maestro!! Usted no pertenece a esa clase de gente. En todo el tiempo que lleva en la casa no dijo una sola palabra de nadie. Eso lo digo yo delante de todos los presentes y en todos los terrenos...

Don Juan Gadano me llevó al escritorio, me hizo sentar y me dijo:

—¡Maestro! No sabe cuánto lo siento, pero para despedir a Agapito tendría que despedir a toda la familia, que trabaja aquí; lo mis-

mo pasa con Gurrumino, toda la familia de él trabaja aquí. Usted es inteligente y me comprende; le repito que lo siento muchísimo, pero con lo que ha pasado...

—Sí, sí, sí. Lo comprendo perfectamente. Me retiraré yo. Será mejor.

En efecto, me arregló la cuenta y me pagó. Pero cuando me disponía a retirarme, me suplicó:

—¡¡Por favor maestro!! ¡¡No cierren la sucursal!!

—¡¡Lo pensaremos!!

Me retiré de la casa, sin despedirme de nadie. Mi primer pensamiento fue ir a Wilde, armarme del revólver, volver a Bernal y matar a balazos al campeón de Wilde, Bernal y Quilmes.

Pero al llegar a mi casa con la cara amoratada, se asustaron las mujeres, rompieron a llorar los hijos y yo... ¡¡me humanicé!! Expliqué lo sucedido, con todos los detalles y tragué saliva. ¡Fue ese un trago muy amargo! ¡¡Pero lo tragué!! ¡¡Hasta la última gota!!

No volví más a Bernal y busqué trabajo en Buenos Aires. Cuando llegué al sindicato me encontré de nuevo con un ambiente pesimista.

De todos los compañeros de la guardia vieja sólo quedaban Zapico, siempre bondadoso, y Melgarejo, siempre cantando zarzuelas. Los otros andaban diseminados por el interior.

Malaespina, el «Doctor», se fue al Paraguay; la última carta la escribió de Paraguay y se quejaba de la mucha pobreza reinante allí. Hejel, el «Bohemio vienés», estaba en las sierras de Córdoba, por recomendación médica. Parece que el bacilo de Koch le roía los pulmones lentamente y cada día estaba peor. ¡¡Pobre Hejel!! Llorens, el «Gordito», también se fue a Córdoba y trabajaba en «La Cumbre». Este Llorens fue el mejor orador del gremio. Necares, «el Gallego porfiado», se metió a fabricar galletitas de *vermouth* y ¡¡fracasó!! Pero era porfiado y no se acobardó; se metió con la fábrica de budín inglés, se metió por lecherías, bares, restaurantes, hoteles y tuvo un éxito rotundo y subía como la espuma.

Y así, sucesivamente, casi todos se iban al interior.

Rumbo al Norte

Por más que buscaba trabajo por todos los medios, no encontraba; una crisis intensa pesaba sobre la capital federal; escaseaba el trabajo y abundaban los desocupados. En estas circunstancias, regresó de Posadas (Misiones) el compañero Melgarejo (cantor de zarzuela). Al verme, me abrazó y me preguntó por mi vida, pues hacía años que no nos veíamos. Después de un rato de charla, me contó sus aventuras.

—Hace ocho días que vine de Posadas, donde estuve dos años. Me traje una ponchada de pesos. ¡Qué territorio más rico es Misiones, viejo! ¿Nunca anduviste por el Norte? ¡¡Andate al Norte Gastón!! El Sud está ya muy trillado; en cambio el Norte es terreno virgen todavía, andate al Norte. Allí te vas a levantar como la espuma; te amarrocás unos cuantos cientos de pesos, te establecés con un boliche, y... ¡chau pinela...! ¡Andate al Norte!

Las palabras del amigo Melgarejo me hicieron cosquillas y no me dejaron dormir en toda la noche. Sin embargo, buscaba trabajo sin resultado.

Una lucha terrible, sostenía en mi interior; de un lado, el hombre de hogar y padre cariñoso me aconsejaba quietud y serenidad; de otro lado, el Quijote aventurero me incitaba a salir rumbo al Norte; mientras tanto, buscaba trabajo por todas partes, pero... ¡¡no lo encontraba por nada!!

En mi casa, al verme taciturno, creían que era por el accidente de Bernal; pero yo ya estaba casi olvidado de aquel trance tan amargo y empecé a pensar que en las luchas de la vida, como en las luchas deportivas, hay que ser buen «ganador» y buen «perdedor».

Un asunto familiar vino en mi ayuda. Mi hermano José y mi cuñada Guadalupe jugaban mucho, como buenos amigos desde la infancia; pero yo notaba que se miraban «con un caramelito en cada ojo» cuando se saludaban o se despedían; así se lo manifesté a mi esposa, pero ella, mujer al fin, ya lo había notado mucho antes que yo; y los dos nos vimos contentos de este amor que nacía en nuestro propio hogar y que, si se llevaba a feliz término, se daría el caso, muy simpático, de estar casados dos hermanos con dos hermanas.

Yo me acordé del refrán: «El hombre es fuego, la mujer, estopa, viene el diablo y sopla». El diablo fui yo, que arrimé un tizón para avivar la llama.

Hablé con mi hermano y le dije que se apurara, que había un gavilán que revoloteaba en torno a la paloma. Después hablé con ella, y le dije que se apurara, porque él se acordaba mucho de una novia que dejó en Francia, que se escribían y que ella lo llamaba. La jugarreta me dio resultado, porque a la semana siguiente nos comunicaron ambos que se querían comprometer y esperaban nuestro consentimiento, como hermanos mayores, que hacíamos las veces de padres. Todo me salía derecho y en una fiestita familiar, en que estábamos presentes todos los parientes y amigos, se pusieron los anillos entre felicitaciones, besos y lágrimas, y se fijó fecha perentoria para el casamiento. Mientras tanto, yo preparaba mi gira para el Norte, sin decirle nada a nadie, ni a mi señora... Sabía de antemano la gran oposición que se pondría a mi proyecto; mientras tanto, buscaba trabajo y... ¡nada!

Se casaron los «Purretes»—así los llamábamos— y, como la casa era grandota, viviríamos las dos familias juntas... Y un día me presenté en la Agencia Mihanovich y pedí boleto para Asunción del Paraguay.

Una vez más, el Quijote aventurero pudo más que el Sancho Panza tranquilo. Mi plan era Buenos Aires-Asunción-Formosa-Corrientes-Resistencia-Posadas-Buenos Aires... Y saldría al día siguiente a las diez de la mañana en el Washington... Esa noche no dormí; en el bolsillo del saco tenía la carta de despedida, explicándolo todo, porque así, personalmente, no tenía coraje de hacerlo. ¡¡Fue una noche trágica para mí!!

A las diez de la mañana salía el Washington, pro el Río de la Plata, rumbo al Norte; yo iba con el alma hecha pedazos; cuando era soltero, era distinto; arreglaba la maleta y partía tranquilo; ahora tenía mi señora e hijos y eso me tironeaba fuerte, muy fuerte; me acordé del verso gauchesco:

Tengo prenda y tengo hijitos
que me tiran como un lazo
y aún que quisiera volar
no puedo dejar el rancho.

Durante la tarde, lo pasé medio bien, pero al llegar la noche me sentí abatido. En el comedor de proa viajaban muchos norteños. Hablaban guaraní, se divertían, tomaban caña, hacían música, bailaban polcas y cantaban. Ese ambiente de orgía me lastimaba, y me subí a cubierta.

El Washington avanzaba rápido. Las luces de Buenos Aires quedaban lejos, muy lejos... Recordé que eché la carta de despedida en el correo al partir... ¿La habrían recibido ya? ¡Qué cuadro, Dios mío!!

Este pensamiento me mortificaba atrozmente. Allá lejos, muy lejos, se veía el resplandor de las luces de Buenos Aires; por la costa del río, pequeños grupos de luces señalaban los pueblitos; el cielo estaba nublado, sumiendo todo en tinieblas; de tanto en tanto, la luz de una boyá flotante se encendía y apagaba como una luciérnaga. La noche, la soledad y el silencio me rodeaban y una terrible angustia invadió todo mi ser; me senté en un banco y rompí a llorar desesperadamente.

Este desahogo me hizo bien, pues sentí un gran alivio; es que llevaba ya un mes de nerviosismo y sin trabajar; por eso que después del llanto me pareció que recobraba la calma; dichosos de aquellos que pueden llorar, el llanto es jugo del corazón, los que podemos llorar, sentimos alivios; los que no pueden llorar, se desmayan.

Cuando ya me sentí más tranquilo, miré para atrás. Las luces de Buenos Aires eran un pálido reflejo que se perdía en el horizonte.

Cerca de mí, en otro banco, sentí sollozos. Yo pensé: He aquí otro desgraciado como yo. Me aproximé y me encontré a un muchacho tumbado en un banco y llorando convulsivamente; le puse la mano en un hombro y le pregunté:

—¿Qué le pasa compañero?

Por toda respuesta, aquel muchacho me entregó un sobre enlutado y arrugado de tanto leerlo. Saqué la carta de su interior y arrimándome a un farol por ella me enteré que era un muchacho correntino y le escribía la madre desde Corrientes diciéndole que había fallecido el padre... que para él habían sido sus últimos pensamientos y que lo llamaba para que le pusiera un ramo de flores en su tumba y le rezara unas oraciones por la salvación de su alma.

Una vez que terminé de leer la carta, me acerqué al muchacho y lo abracé en silencio; dos seres que sufren del mismo mal se entienden pronto. Esto, que al contarla parece un absurdo, en aquel momento resultaba profundamente emotivo. Aquel muchacho y yo éramos dos almas solitarias, unidas por el dolor. En todas partes que uno mira se encuentra con un dolor más agudo que el propio; yo me consideraba el más desdichado de los mortales y, al mirar atrás, me encontré con otro ser mucho más desventurado. Ya lo dijo el gran poeta, Calderón de la Barca:

Cuentan de un sabio que un día
tan pobre y mísero estaba
que sólo se sustentaba
de unas yerbas que cogía.
¿Habrá otro, entre sí decía,
más pobre y triste que yo?
Y cuando el rostro volvió
halló la respuesta viendo
que otro sabio iba comiendo
las yerbas que él arrojó.

¡Cuánta verdad encierra esta décima del célebre dramaturgo en su grandiosa obra «La vida es sueño»!

No cometeré la torpeza de cansar a mis lectores con los detalles de la travesía por el río Paraná. Bastará con que les diga que nos hicimos muy amigos y nos contamos mutuamente nuestras vidas. Al tercer día nos aproximamos, al amanecer, al puerto de Corrientes. Un poco antes de llegar, mi compañero de viaje señaló con el dedo una colina, donde había unos cipreses y me dijo:

—Allí está el cementerio de San Juan Bautista; allá iré hoy con mi madre... ¡Oh, madre del alma mía!

Dos gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas; una gran pitada del Washington nos anunció su llegada a Corrientes: en el muelle de madera de quebracho esperaba mucho público.

Atracó, pusieron la planchada y empezaron a salir los pasajeros saludándose con besos, abrazos y gritos de alegría; de pronto, vi que mi amigo bajaba y del público se adelantó una viejita enlutada, y aquellos dos seres se confundieron en un abrazo. ¡Mis ojos se nublaron!

Cuando ya habían bajado los pasajeros, se nos anunció que teníamos tres horas de tiempo para ir a tierra y que a las once en punto saldría el barco. Bajé pues y recorrió la ciudad correntina, observando detenidamente el nuevo ambiente tropical, desconocido para mí. Llegué hasta el mercado central, un galpón viejo de madera dura, y seguí por Junín, la calle céntrica de la ciudad, con adoquines de piedra y muchos pozos; por el lado izquierdo iban los tranvías eléctricos, sobre unos rieles destalados «patatín patatán», como si tuvieran el baile de San Vito. Así llegué hasta la Plaza Cabral, doblé a la izquierda y vi al frente mucho follaje. Pasé un puente y entré en un hermoso parque, llamado Parque Mitre. Allí había juegos infantiles donde jugaban muchas criaturas. Había muchas niñeras, que cuidaban a las criaturas, y soldados, que cuidaban a las niñeras.

Hacía un calor sofocante y como yo había salido de Buenos Aires con un frío intenso la ropa gruesa que vestía me cocinaba; me senté debajo de un frondoso timbó que había sobre la barraca y estuve largo rato gozando de su frescura y el hermoso paisaje del río Paraná.

A la hora de partir ya estaba otra vez a bordo y salimos de Corrientes para tomar el río Paraguay; al ratito nomás, sonó la campanilla llamando a comer. Cuando bajé al comedor, quedé sorprendido; apenas habíamos quedado la décima parte de los pasajeros que veníamos de abajo; en el puerto de Corrientes se había hecho un verdadero desparrame; pregunté al camarero el porqué de este vacío y me contó:

—Es que el puerto de Corrientes es un puerto de empalme, allí se bajan los pasajeros de Corrientes, del Chaco, de Bermejo y de Posadas; sólo quedan los que van a Formosa y Asunción, por eso quedó tan vacío; y lo mismo nos sucede aguas abajo; salimos de Asunción casi vacíos, pero llegamos a Corrientes y... ¡pataplum! se nos llena hasta los topes; es que Corrientes es un puerto de empalme.

Para ser el último día de navegación nos dieron muy mal de comer, un guiso de mostacholes²² más duros que el colmillo de un

22 Nota del editor: macarrones.

jabalí, sin queso, sin jugo, sin estofado... ¡Un guiso vulgar y silvestre! Imposible tragarlo. Me levanté de la mesa, fui a la cantina y pedí al cantinero:

—¡Déme una caña, pero caña de la buena!

Me acordé de los versos del poeta uruguayo, *El Viejo Panchito*:

Pulpero, eche caña
caña de la güena
llene hasta los topes ese vaso grande
no ande con miserias
que el tragadero
tengo como un nudo
que me ahoga y me apreta.

Me tomé la caña de un trago y me fui al camarote; el recuerdo del muchacho correntino, con su gran dolor, me atenazaba el cerebro y en mis oídos. Sonaba una frase: ¡Oh, madre del alma mía! Este recuerdo me produjo una angustia terrible y para disiparla me puse a escribir y compuse este romance:

Regreso de un correntino a su pueblo natal

Por el río Paraná
navegando aguas arriba
avanza majestuoso
un paquete de la línea.

En el salón de primera
hay baile y farra corrida
después de una cena regia
corren las bebidas frías
y al compás de un regio piano
y recitan poesías...
Del champán los chupinazos
aumentan la algarabía
y se agitan las parejas
en frenética porfía...
¡Donde viajan los pudientes
viaja el placer y la orgía!

En el comedor de proa
la cosa ya es muy distinta;

la cena, pobre y escasa
cuesta poco describirla;
Sobre las mesas sin mantel
van sirviendo la comida...
platos de lata, pan duro,
una sopa muy clarita
y un guiso de mostacholes
de fórmula indefinida,
sin estofado, sin jugo,
sin formallo y sin salchicha,
guiso «vulgar» y «silvestre»
pero estofado, ni «pizca»
y aquí termina el menú
de esta cena tan opípara.

Los comensales, son muchos
y de regiones distintas.

Hay muchachas paraguayas
chaqueñas y correntinas
van hablando el guaraní
y enseguida se adivina
por sus aspectos, que son
sirvientas y amas de cría
que regresan a sus pagos
por la nostalgia atraídas...
Cosecheros de algodón
con numerosa familia
que se dirigen al Chaco
a arrancar la blanca fibra
que ellos llaman «mandiyú»²³

en su charla entretenida...
Hachadores de quebracho,
madera roja y durísima
da el «tanino», «pasta» y «tinta»
que al someterla al calor
que la convierta en «tortas»
o sea «materia prima»
para curtir a los cueros

23 Nota del autor: algodón.

«becerros» y «cabritillas»,
Hay marineros de río,
peones de chacra y quinta,
erbateros misioneros...
y soldados de avería
que los llevan a Formosa
a un Fortín de disciplina...
en fin, un conglomerado
de gente pobre y sencilla
que sólo por olvidar
su pena y melancolía,
también cantan, también bailan
y hasta gritan y relinchan,
al compás de una guitarra
y toman unas cañitas
para levantar las cimas,
esas almas doloridas
que viajan siempre en tercera
porque no hay otra tarifa
que les permita viajar
aún con más economía...
¡Donde viajan los humildes
viaja el dolor de la vida!

En un rincón del salón
un correntino, mira,
lo mismo que si mirara
algo... allá... en la lejanía...
pero, con nadie conversa,
guarda silencio y suspira
como queriendo arrancar
una pena que lo asfixia
y molesto por los gritos,
el baile y la algarabía,
se incorpora y lentamente
a cubierta se encamina
buscando la soledad
que las tristezas mitiga
en las sombras de la noche
o quizás, las multiplica.
Se sienta, saca una carta
que está toda arrugadita

de leerla tantas veces...
la lee, mira y remira
y dándole un beso, exclama:
¡Oh, madre del alma mía!

Es la madre quien le escribe
con una fatal noticia
donde le dice que el padre
ha fallecido esos días
y lo llama urgentemente
porque la pobre viejita
tiene miedo de no verlo
al pasar a la otra vida,
pues se siente tambalear
y ya su cuerpo se inclina
buscando la «Madre Tierra»
en la eterna despedida
y al encontrarse tan sola
ruega que vuelva enseguida
a rezar una oración
sobre la tierra bendita
donde descansan los restos
del ser que le dio la vida...
El muchacho, ve las costas
de su querida provincia
y aspira muy hondamente
lo que le traen las brisas.
Fragancia de naranjales
de limón y mandarinas
y dice quedo, muy quedo:
¡Oh, madre del alma mía!

Ya dejamos atrás Goya,
también quedó Bella Vista,
pasamos por Empedrado
y allá, sobre una colina,
aparece el cementerio
llamado San Juan Bautista
el muchacho ¡mira y llora!
Un poquito más arriba
aparece un gran cuartel
el Nueve de Infantería

y tras una curva larga
se nos presenta la Usina
y ahí nomás surge Corrientes
con su belleza infinita.

Grandes y toscas barrancas
llenas de luz y alegría,
muchísimos pescadores
que echan al agua sus líneas,
mujeres que lavan ropas,
niños que juegan y gritan,
estudiantes y soldados
que ocultan sus picardías,
y en las pendientes barrancas
que circundan las orillas,
muchos lapachos en flor
que dan brillo y perspectiva
al paisaje exuberante
de colores y ambrosía...
Primavera tropical,
primavera correntina,
que ofrece a los pasajeros
que vienen de tierras frías
esos racimos de violáceos
que embellecen las orillas
del Paraná caudaloso,
que canta sus melodías
y refleja sus colores
en sus aguas cristalinas...
¡Oh, los lapachos en flor!
Color... belleza... poesía...
¡Si aparecen cuajarones
de sangre noble y bravía
que surgiera a borbotones
de la tierra negra y tibia
bajo ese sol diamantino
que todo lo fecundiza!
¡Oh, los lapachos en flor!
¡Oh, las barrancas floridas!
El paisaje más hermoso
que pintó la fantasía.

Tras el paisaje florido
de esta costa tan bravía
se nos presenta Corrientes
con su belleza infinita.
Con su muelle de quebracho,
madera fuerte y durísima
que resiste como el hierro
y el agua la petrifica.
Con sus casitas de horcones
y pequeñas galerías,
tejados de palma y tejas,
de canaletas rojizas,
con sus calles tan estrechas
y hasta un poquito torcidas,
que evocan a los viajeros
la época de la conquista...
Plazas de árboles frondosos
que ofertan frescura umbría.
Patios amplios, coloniales,
con floridas galerías
y aljibes de mármol.
Torres que se alzan altivas,
campanas llamando al rezo
de oración y letanías...

De pronto, un jacarandá
trepá gentil por encima
de tejados y azoteas
dando brochazos de lila.
¿Y el frondoso «Parque Mitre»?
que cuando el día declina
nos da una «puesta de sol»
tan soberbia, tan divina,
que es muy difícil pintarla
más difícil, describirla.
Esta es la ciudad de Vera
y Aragón, ciudad bendita,
San Juan de las Siete Puntas,
la de la raza bravía...
¡¡Salve, ciudad de Corrientes
Musa de mi Poesía!!

Ya se acerca el barco al muelle,
ya los pañuelos se agitan
del público correntino
dándonos la bienvenida...
Ya salen los pasajeros,
allí esperan las familias
que se los comen a besos
 llenos de amor y alegría...
Y... también salió el muchacho
con su pena y su valija...
Y... del grupo de curiosos
se adelanta una viejita
con su cabecita blanca,
enlutada, arrugadita,
y en un abrazo, se funden
las dos almas doloridas.
¡¡Hijo mío, hijo mío!!
¡¡Oh, madre del alma mía!!

Cuando terminé de hilvanar este romance, ya se vieron brillar las luces de Formosa. Allí se bajaron los milicos castigados, escoltados por un cabo y tres soldados armados; también se bajaron unos viajantes comerciales y seguimos viaje a Asunción del Paraguay.

Formosa era el último puerto argentino; al dejarlo atrás, me entró una especie de melancolía que invadió todo mi ser. El calor tropical era cada vez mayor. ¡Y yo, con ropa de invierno!

Asunción del Paraguay

El Washington largó una gran pitada, estábamos a la vista de Asunción; el camarero, que durante toda la travesía no me llevó el apunte, vino a mí muy solícito, me sacó la valija de la mano y me llenó de atenciones. Pensé: éste quiere la propina y ya le pregunté:

—Dígame mozo. ¿Cuántas confiterías hay en Asunción?

—Cinco. Si el señor es viajante y no conoce Asunción, yo lo puedo guiar...

—¡Cómo no! ¡Hágame el favor!

—Primero, le recomiendo que se hospede en el «Restaurant Polo Sud», de don Manuel el Gallego, frente al puerto mismo. Allí

vamos todos los embarcadizos, porque se come bien, barato y buen trato, se lo recomiendo. Después, sigue por Paseo Colón hasta Palma. Esta calle es la principal de la ciudad. Al doblar nomás encontrará la primera confitería, los patrones son italianos; después, siga por Palma derecho y encontrará la «Polo Norte»; ésta es la más importante. Después, cruza la Plaza Uruguaya y encontrará «El Dorado», ésta es de un catalán, y después está la «Petit Polo Norte», calle Cerro Corá; ésta es la más chiquita. La otra no se la recomiendo, porque está fuera de la ciudad; es un boliche sin importancia.

Ya estábamos en el puerto y, siguiendo las instrucciones del camarero, me presenté en el «Restaurant Polo Sud». No estaba don Manuel y me atendió la señora, una paraguaya pura, que me preguntó muy amable:

- ¿Qué desea el señor caballero?
- Buenos días, señora.
- Buenos días, señor caballero.
- Me han recomendado los muchachos del Washington.
- Está bien recomendado.
- ¿Dónde puedo dejar la valija?
- Aquí mismo, señor caballero.
- Necesito una pieza individual, para mí solo. ¿La tiene?
- ¡Cómo no, señor caballero!
- Voy a dar una vuelta por la ciudad y enseguida vuelvo.
- Está bien, señor caballero.

Salí por Paseo Colón. En mis oídos se repetían las palabras zalameras de la paraguaya: ¡¡Señor caballero... Señor caballero!!

Doblé en Palma y, en efecto, allí había una confitería. Entré.

Me atendió un señor muy atento, que escuchó mis palabras de solicitud de trabajo, como oficial confitero...

Él me contestó:

—¡Ay señor, cuanto lo siento! Aquí somos dos hermanos, los dos confiteros. Nos turnamos una semana cada uno en la fábrica, el otro, aquí; así que no podemos ayudarlo; pero con esto no quiero

acobardarlo. Vea, siga por Palma derecho, a tres cuadras de aquí está la «Polo Norte», allí precisan un oficial.

Me despedí de aquel señor tan amable y seguí adelante; la calle Palma era algo así como el «Florida» de Asunción, un poco más pendiente, con adoquines de piedra, con muchos pozos y lomitas, con un tranvía eléctrico parecido al que vi en Corrientes, por calle Junín; pero con la diferencia, que aquel tenía trol y éste no tenía trol; pero, en cambio, tenía un marco sosteniendo una barra de bronce en lo alto, que rozaba el cable; por lo demás, tenía el mismo movimiento que el correntino: ¡¡patatán, patatán!!, por el mal estado de las vías.

Mientras observaba todos estos detalles, meticulosamente, recordaba las palabras del dueño de la confitería: «El Polo Norte» es la mejor y necesitan un oficial. Se ve que caía en buen momento. Entraría a trabajar y si era buena plaza, pondría boliche por mi cuenta, traería a mi familia y me emanciparía a pequeño industrial... Dejé de pensar y sonreír, porque estaba ya frente al «Polo Norte».

Entré. Cuatro señoritas uniformadas de negro con puntillas blancas en los puños y en el cuello hacían la limpieza; mientras otra de mayor jerarquía leía una revista en la caja. Me dirigí a ella y le dije muy cortés:

—Buenos días, señorita. Soy un oficial confitero, acabo de llegar de Buenos Aires y he sabido que aquí necesitaban un oficial, así que estoy a sus órdenes.

Mientras yo hablaba, las dependientas paralizaron los plumeros y trapos de pisos, para enterarse de mi petición; en cambio la jefa o patrona o lo que fuera se puso los lentes y me miró de pies a cabeza dos o tres veces.

Cuando yo terminé, me sonrió muy sobrada y contestó:

—Con que confitero... Y de Buenos Aires... ¿Eh?

—Sí, señorita.

—Está bien. Tenga la bondad de esperar un momento. Voy a llamar a papá.

Salió de la caja, cruzó el salón altiva y tacconeando, se arrimó a una puerta cubierta por una cortina, me volvió a mirar con desdén,

levantó la cortina y desapareció. Las otras muchachas, reían pícaramente, mientras empezaron un cotorreo en guaraní. No les entendí ni medio y como era mi costumbre empecé a mirar las vitrinas de masitas y postres. Todo estaba bien presentado y bien surtido. Reapareció la jefa, cruzó el salón de nuevo, taconeando fuerte, ocupó su puesto en la caja y empezó a conversar en guaraní con las dependientas, provocando largas carcajadas; la incomprendión del guaraní y las risas burlonas me molestaron y de nuevo pregunté:

—Dígame señorita: su señor padre ¿está o no está?

—Mi señor padre está en la señora cocina, tomando un señor mate, que le está cebando la señora cocinera, con sus señoras propias manos. ¿Ha comprendido usted, señor confitero?

Las carcajadas eran demasiado fuertes y yo ya estaba a punto de retirarme de aquel «Nido de cotorras», cuando se levantó la cortina de la puerta y en ella apareció el patrón gritando:

—¡¡Qué es esto... qué es esto...!! Se hizo el silencio y la jefa de aquella jauría contestó: ese es el confitero que te dije papá.

Miré al patrón, que se quedó en la puerta, observándome, y yo a mi vez lo observé también. Era un italiano de unos cincuenta años. Tenía la cabeza cubierta por una gorra de visera que le cubría hasta la frente; debajo de la visera asomaban dos cejas pobladas y revueltas; debajo de las cejas brillaban dos lentes, con marco de oro; debajo de los lentes sobresalía una nariz, colorada y redonda, como un pimiento morrón... como buen italiano, parece que le gustaba el buen vino y se le había puesto la nariz así, de tanto meterla dentro del vaso. Debajo de la nariz se le enredaba un bigotazo grandioso, que parecía una mata de paja brava; y, por fin, debajo del bigote, unos labios gordos y sexuales que dejaban escapar unos gruñidos de chancho mal cenado...

Cuando se cansó de mirarme y remirarme, avanzó y rugió:

—¡¡No quiero más confiteros de Buenos Aires!! ¡¡Son todos locos, todos!! ¡¡Traje uno que parecía bueno y me salió anarquista envenenado y peligroso!! La policía lo expulsó del Paraguay por indecible... Después, traje otro que me recomendaron, un muchacho joven, dinámico, laborioso, parecía una mosquita muerta, el primer mes... Pero tan pronto como se vio con unos miles de pesos... ¿Sabe

usted lo que hizo? Se enamoró de mi hija, aquí presente; y porque yo me opuse a sus pretensiones descabelladas... ¡¡me corrió con el cuchillo de cortar pasteles!! Suerte que los muchachos de la fábrica lo sujetaron, que si no ¡¡me mata, sí, me mata...!! ¡La policía, lo expulsó del Paraguay, por loco peligroso!! ¡No quiero más confiteros de Buenos Aires!! Son todos locos, locos todos

Así terminó su elocuente discurso aquel buen señor y se retiró gruñendo por la misma puerta por la que vino. Tan pronto desapareció, las dependientas y la jefa largaron la risa, incontenible, hasta las lágrimas.

Yo no sabía qué hacer, si retirarme o enojarme; pero me contagié de la risa las muchachas... ¡y largué también el trapo!

Seguí mi peregrinaje, crucé la Plaza Uruguaya y enseguida me encontré con la confitería «El Dorado». ¿Cómo me iría aquí?

Me atendió una señora que hablaba con acento catalán muy pronunciado. Repetí mi cantinela pidiendo trabajo y aquella buena mujer me tomó por catalán, porque me contestó, loca de alegría:

—¡¡Es usted catalán...!! ¿Viene de Barcelona? ¡¡Oh, Barcelona!!

Yo contesté:

—¡¡Sí, Barcelona es bona, si la bolsa sona!!

Y ella retrucó:

—Mas, si sona o si no sona, Barcelona es siempre bona Y arrimándose a una puerta, llamó: noi, noi, viene; aquí hay un confitero paisano que pide trabajo; pronto, ¡¡noi, viene!!

Apareció el patrón con una cara de llorón que daba lástima; después de oír mi solicitud de trabajo, me contestó, gimiendo:

—¡¡Ay, paisano!! ¿Por qué has dejado Buenos Aires por esto? ¡Esto es muy pobre paisano! Yo también vine de allá, paisano! ¡Y estoy arrepentido, paisano! ¡No pierdas tiempo, paisano! ¡Andate paisano, andate paisano! ¡No pierdas tiempo, paisano! ¡Yo también me iría, si pudiera, paisano!

¡¡Claro que me fui enseguida!! Ni siquiera me despedí de aquel Jeremías llorón... Volví sobre mis pasos y al cruzar la Plaza Uruguaya me senté bajo un árbol frondoso a descansar.

Mal se me presentaba la gira. Recordé que me quedaba visitar todavía la confitería «Petit Polo Norte», calle Cerro Corá; pregunté y me dijeron dónde quedaba, cerquita nomás, a cuadra y media. Y allá que me fui, convencido de antemano de que perdía el tiempo inútilmente; pero, ya que había hecho treinta, haría treinta y una; y allá me fui.

Me atendió el mismo patrón que a las primeras palabras. Abrió los ojos sorprendido y de inmediato me hizo una propuesta. Hela aquí:

—Mire maestro, tengo las vitrinas vacías. Se me fue el que tenía y yo no sé hacer estas cosas; si usted quiere, podemos entendernos lo más bien. Usted trabaja, yo le ayudo y apunto en un libro todas las recetas; así, mientras le ayudo, aprendo; por esa enseñanza le voy a pagar cien pesos por día.

Como podrá imaginarse el lector, acepté de inmediato la propuesta y quedamos de acuerdo para empezar al día siguiente por la mañana. Nos dimos un apretón de manos y me despedí hasta el día siguiente.

La calle Palma me pareció más linda; los tranvías no bailaban tanto; los adoquines de piedra me parecieron más hermosos; todo me sonreía, bajo un sol esplendoroso. Al día siguiente iría a trabajar; para mí, el trabajo, era vivir.

Cuando llegué al «Restaurant Polo Sud», frente al puerto, me hallé con los marineros del Washington. Estaban cargando las maletas de cigarros, licores, perfumes y pañuelos de «ñandutí»²⁴. Todo esto lo pasaban de contrabando en Buenos Aires y lo vendían bien y así podían vivir; un poco de propinas y otro poco de contrabando; porque el sueldo que pagaba la compañía era chico y no alcanzaba para hacer frente a la vida, cada vez más cara. Todo lo encontré razonable y lógico. ¡Hay que vivir! ¡Como las hormigas! ¡Salir de casa vacío, para volver con las alforjas llenas! ¡Como las hormigas!

24 Nota del editor: tela de araña. Es un tipo de bordado típico de Paraguay.

Después de almorzar, dormí una siestita y salí a dar una vuelta. Recorrió algunas calles y, al fin, vine a parar a la Plaza Uruguay. Era una tarde hermosa.

Me senté en el mismo banco que había estado en la mañana, empezaron a caer criaturas y niñeras. Estas últimas andaban descalzas, pero lucían vestidos de seda, de colores vivos y chillones, dominando el rosa, el verde, el azul y el punzó²⁵.

Paulatinamente, se fue llenando la plaza; aquel ambiente tan raro y tan exótico para mí me llenó de una melancolía tan intensa que parecía una angustia terrible. Mis ojos seguían a las criaturas en sus juegos. Algunos se me acercaron, con esa confianza tan natural en la infancia, y yo, al verlos, recordaba mis hijos, que me esperaban allá en Wilde. Y cada tren que pasaba mi «Negrito» saldría a ver si me apeaba, para venir corriendo, con los brazos abiertos y gritándome: ¡¡Papito!! ¡Qué momento terrible para mí! Un nudo me apretaba la garganta y, de pronto, una banda de música empeñó a tocar la marcha del torero de «Carmen», de Bizet... Los ojos se me llenaron de lágrimas y me retiré avergonzado de que me vieran llorar.

Viento del norte,
calor tropical,
angustia en el alma,
triste soledad...
Música de «Carmen»
que me hizo lagrimear...
Niños que evocaban
mi lejano hogar...
Todo esto me rodeaba
en la tarde tropical.

Mujer paraguaya, mujer hormiga

Acostumbrado a entrar al trabajo a las siete menos cuarto, a esa misma hora llegué a la pequeña confitería de la calle Cerro Cora.

25 Nota del editor: rojo vivo.

La puerta estaba cerrada todavía. Una paraguayita de unos quince años barría la vereda. Me aproximé y le dije que me abriera que venía a trabajar... pero ella, en vez de abrirme, me contestó:

—¡No ha de señor, no ha de!

Inútilmente insistí, dándole explicaciones. Siempre me decía lo mismo:

—¡No ha de señor, no ha de!

Me resigné a esperar hasta que se levantara el patrón y para no estar cerca de la muchacha, me fui hasta la esquina y al poco de estar allí se me presentó un espectáculo impresionante: una inmensa caravana de mujeres se dirigía al mercado portando en sus cabezas enormes canastos cargados con los frutos de la tierra; aquellas mujeres llevaban su cargamento sin tocarlo con las manos; caminaban ligeras y hasta con donaire y gracia. Por los bordes de los canastos se asomaban gallinas, pollos, huevos, mandioca, naranjas, limones, batatas, pomelos, verduras, etc., etc.

De cuando en cuando, aparecía una mujer montada en un burrito. Bajo ella, las alforjas repletas hasta los topes de mercancías en las ancas, un hijito arreando el burrito... y ella, la mujer única que venía montada, traía un niño en los brazos y otros en el vientre...

Larga era la caravana, mejor dicho: «Las caravanas», porque una venía y la otra regresaba a su casa, ya vacía. ¡Igualito que las hormigas! Y todas mujeres, mujeres, mujeres... ¡Ningún hombre!! Pero, ¿dónde estaban los hombres? ¿O es que acaso aquí sólo trabajan las mujeres?

En todas partes son los hombres los que acarrean del campo al mercado los frutos de la tierra en camiones, en carretas, a lomo de mula y de burro, etc., etc. ¡Pero, hombres, hombres!

De pronto, se me arrimó una muchachita paraguaya, de unos quince años. Robusta, colorada de cara, pelo y cutis moreno, ojos gordos y brillantes, busto pronunciado, pero descalza; vestía una blusa roja, como su cara y una pollera a cuadros, rosados y verdes, con un fondo celeste; en fin, colores chillones y llamativos. Traía un canasto grande, tapado con un mantel blanquísimo. Me miró algo tímida y me ofreció: ¡chipá mandió puirayú!

Al mismo tiempo, destapaba un lado del canasto y dejaba ver unas tortas, algo raras, que yo no conocía y le contesté:

—Mi hijita, si no me hablás en castellano, no nos vamos a entender.

—¡Tortas de almidón de mandioca!

—Ahora sí que nos entendemos—, le dije.

Pero en vez de mirar las tortas, miraba la tortera; y como buen español, empecé a echarle piropos y a decirle requiebros amorosos; la presencia de aquella torterita hizo circular por mis venas toda la sangre torera. Ella, ¡pobrecita!, se encendió como un fósforo ante aquella andanada de fuego amoroso... Retrocedió un poquillo asustada y exclamó:

—¡¡No ha de señor!!

Me causó gracia, porque repetía lo mismo que la de la confitería cuando me presenté a trabajar; y cada vez que le echaba un requiebro, me salía con la misma respuesta. Estaba tan entusiasmado con la torterita callejera que no me di cuenta que me llamaban de la confitería. Ella me lo dijo:

—Lo llaman, che señor!

Como me retiraba, ella me suplicó:

—¡Ya que me estuvo jorobando tanto, ¿por qué no me comprás una torta, che señor? ¡Una sola!

Se la compré y le pasé un peso argentino. Como me iba a dar el vuelto, con un ademán lo rechacé; salió corriendo por las calles de Asunción diciendo a gritos: ¡¡chipá mandió pirayú!!

Cuando llegué a la confitería, exclamó el patrón:

—¡Caramba maestro, ayer llegó y ya anda en amores!

—Nada de eso. Tenía que esperar que usted se levantara y ya lo ve; me entretuve con ella de palique.

Entramos en la fábrica y una mujer paraguaya amasaba una pasta a base de almidón, queso y sal, y le pregunté:

—¿Qué está haciendo señora?

Ella se detuvo y contestó sin mirarme:

—¡Chipá mandió pirayú!

Me acordé que ese mismo grito daba la torterita callejera y sin más trámites nos pusimos a trabajar. Mientras yo preparaba, el patrón apuntaba en un libro las cantidades que pesaba en la balanza y me ayudaba a estivar; noté que ponía mucho cuidado en todo y yo le daba todas las explicaciones. Me resultó un hombre muy simpático. En cambio la patrona, que era la tortera, me miraba con bastante recelo. El marido me explicó:

—No le lleve el apunte a mi señora, porque es muy celosa; y como es «la mejor tortera de Asunción», desconfía de todo el mundo.

Al mediodía ya teníamos llenas las vitrinas; un criadito de la casa corría llevando las bandejas de masas al mostrador. Me invitaron a comer y acepté muy gustoso. Mientras comíamos, me dijo el patrón:

—Nos ha traído suerte, maestro. Me piden para mañana un servicio de boda completo, con una ¡torta de mil pesos!

—¡Mil pesos!—, exclamé yo asombrado, porque no entendía mucho de cambios.

Así pasamos una semana, lo más bien. Una mañana, al entrar, encontré al patrón triste. Le pregunté la causa y me dijo que la señora había pasado mala noche y que por tal causa no habría tortas. Pero yo, que desde muchacho me acostumbré a «robar recetas» a los maestros celosos, ya tenía grabada en mi memoria la receta de las tortas de almidón, sin que ella se diera cuenta.

Le pedí queso, empasté los famosos «chipas» y los metí al horno a llama. El resultado fue maravilloso; mis tortas resultaron más esponjadas y más lindas que las de la patrona, es decir, «La mejor tortera de Asunción». El criadito, contento, se fue a la pieza de la enferma y le llevó una torta...

¡¡Aquí se me vino la tormenta!! Aquella mujer celosa se me vino como una fiera a los gritos; pero como me gritaba en guaraní, me quedé en ayunas, sin entender nada y me encogí de hombros. Esto fue lo peor: Parece que lo tomó como una burla y descargó toda su furia, gritando y llorando:

—¡¡Vaya catú!! ¡¡Gringo añamembui!! ¡¡Eguatá, eguatá!!

El patrón, muy nervioso, se la llevó poco menos que arrastras, porque aquella pobre mujer temblaba de nerviosa y no podía hacer pie.

Cuando me quedé solo, con el criadito, le pregunté:

—Che, pibe: ¿qué me decía la patrona cuando me señalaba la puerta?

—Le decía: ¡¡Mandate a mudar!! ¡¡Gringo hijo del Diablo!!

Apareció el patrón, con ademanes descompuestos y exclamó:

—Se puso celosa porque le sacó el «trono» de «mejor tortera de Asunción», y me dice que no lo quiere ver más... ¡Estas mujeres!!

—¡¡Comprendo su situación amigo!! Pero no se apure, usted ya puede seguir solo con lo que aprendió estos días.

Pasamos al mostrador y me pagó por los siete días, setecientos pesos.

Eran siete billetes, como siete sábanas. ¡¡Una verdadera fortuna!!

Al despedirnos, se me explató:

—¡No sabe cuánto lo siento maestro, yo había pensado poner en la calle Palma una sucursal, atendida por señoritas, pero ya lo ve, la patrona, herida en su amor propio...

Nos dimos la mano en silencio. Él y yo sabíamos que no nos veríamos más en la vida. ¡Nunca más! Porque yo me iba para no volver.

No pude menos que reírme, cuando avanzaba por Palma, rumbo al puerto, ¡vaya con la paraguaya! ¡Celosa como un Otelo! Pero bien miradas las cosas, no podía estar quejoso de ella; en mi lista de recetas agregaba una más, que me sería muy provechosa y hasta llevaba un título pomposo: ¡Chipá Mandió Pirayú! Entré en el Banco de Londres y pedí me cambiaron los setecientos pesos por moneda argentina; pero, ante mi estupor, me dieron solamente: ¡treinta y cinco pesos argentinos! Reclamé, pero el empleado me señaló una pizarra donde decía: Cien paraguayos. Cinco argentinos.

¡Cinco por siete, treinta y cinco!, me dije a mí mismo y salí desilusionado.

La fortuna se me fue como por encanto.

Al llegar al «Polo Sud», me encontré con una mesa de embarcados argentinos. Jugaban al truco, tomaban, reían y gritaban.

Don Manuel, el patrón, me explicó:

—Son los muchachos del Lamberé. Mañana salen «aguas abajo», rumbo a Buenos Aires.

Le pedí que me presentara y así lo hizo. Aquellos muchachos, sin conocerme, me abrazaron y me invitaron a formar una pierna, para un truco de seis; me senté con ellos y pasamos un rato muy agradable.

Recuerdo que había entre ellos uno que se la pasó cantando «flor», casi todo el partido. Lo llamaban «Yacaré» por ser correntino y cuando ligaba flor cantaba así:

Cambacita de ojos negros
yporá cuñataí;
¿cuándo, mi vidita, cuándo
nos iremos a Itatí?
Y allí a los pies de la Virgen
me vas a decir que sí...
¡¡Tengo «FLOR», añamembui!!

Mucho me gustó el romance cantor y me lo copié, para injertarlo en algún verso mío. Terminado el truco, almorzamos juntos y entonces les dije que salía al día siguiente aguas abajo, para Formosa.

—¡Comerás con nosotros en la cocina!—, me dijeron espontáneamente.

Un cuento paraguayo

A media tarde, pasé por la agencia Mihanovich y saqué pasaje para Formosa. Di una vueltita por el centro, como mi última despedida al Paraguay.

Al pasar por Veinticinco de Mayo, vi una leyenda, al frente de una gran tienda: «Gastón y Compañía». Largo rato estuve pensando y al fin me acordé: eran algo parientes míos y concurríamos a la misma escuela, allá en Ansó; los había traído un tío rico, establecido en el Paraguay. Les caí de sorpresa, como llovido del cielo, pero estos muchachos se me mostraron tan indiferentes que al ratito no-

más me mandé a mudar, pagándoles con la misma indiferencia con que me trajeron.

A la hora de cenar caí en mi hospedaje. Todavía estaban allí los muchachos del Lambaré; cenamos juntos en una mesa redonda y, al iniciar la cena, se nos acercó un viejito muy simpático y nos pidió permiso para sentarse en nuestra mesa. Lo admitimos, pero en tren de farra le propusimos que nos contara «un cuento paraguayo». Accedió gustoso y ya pidió una caña doble, brindó por todos y empezó así:

Pues señor: hace ya muchos años, cuando el mariscal López era el «Todopoderoso» en estas tierras paraguayas, se enteró por los diarios que había un gaucho matrero que era el terror del Chaco paraguayo.

La policía no podía agarrarlo, porque se internaba en las selvas más tupidas, y allí no había caso de atraparlo. El mariscal, que era hombre de acción y de armas llevar, se sintió molesto y llamó al jefe de policía y le dijo: necesito diez hombres corajudos y buenos jinetes. Yo voy a detener a ese famoso cuatrero, al que llaman «Barba de Choclo».

Después de muchos tirones, rezongos y súplicas, se puso a presentar ante el mariscal, «decentemente vestido» pero sudando a chorros. Se cuadró, saludó militarmente y esperó órdenes. Antes de recibir órdenes, el cura mandó preparar un rico chocolate, manjar religioso en todas partes, pero en el Chaco paraguayo, con cuarenta y cinco grados de calor, era como para cocinar al más guapo. El comisario tomó el abrasante manjar, cocinándose por dentro y por fuera, pero como buen militar paraguayo aguantó la tortura.

Terminado el *lunch*, habló el mariscal: Bueno comisario, aquí tengo gente valiente, salga esta misma noche. ¡¡Tráigamelo a «Barba de Choclo»!! ¡¡Vivo o muerto....!! Cuando el comisario se vio libre, lo primero que hizo fue sacarse los zapatos; los pies, mejor dicho «las planchas», las tenía amoratadas por las apreturas zapateras; después, se sacó la camisa, planchada y almidonada, de cuello duro; el cogote del comisario, que parecía el pescuezo de un toro, «estaba serruchado» por el cuello duro.

Se estiró deliciosamente al verse libre de apreturas y exclamó: ¡¡Así da gusto!!

Sabedor del sitio en que se ocultaba «Barba de Choclo», le tendió una emboscada y lo sorprendió durmiendo en su propia guarida.

Uno de los vigilantes, le preguntó: ¿Y, comisario, qué castigo le vamos a dar a «Barba de Choclo»?

Y el comisario contestó con voz de trueno: ¡¡Enzapátelo, encuérelo y enhocolátelo!!

El viejito paraguayo fue muy aplaudido y felicitado por su hermoso cuento y yo, lo repito, porque me gustó también.

Terminada la cena, empezaron las despedidas; los embarcadizos tenían ya las maletas llenas de «cosas» para venderlas en Buenos Aires. Según decían, tenían tres ganancias; compraban barato, vendían caro y con el cambio de moneda, redondeaban la triple ganancia.

Cuando me vi solo en mi pieza, pensé que tenía que hacer algo antes de partir... ¿Qué podía hacer? Algo lindo, algo dulce y armonioso para la mujer paraguaya, tan sufrida, tan laboriosa. Recordé la patrona de la confitería, tan celosa y camorrera. ¡No, no, no, no! Su figura no me daba inspiración... De pronto, me acordé de la linda torterita callejera, a la que tantos piropos le eché y me entusiasmé con ella; ella sería mi Musa Popular; al cantarla a ella, rendiría homenaje a todas las mujeres paraguayas y hasta le pondría por título: «Torterita de Asunción». Me puse a escribir con tanto entusiasmo que las consonantes acudían en tropel incontenible y en menos de dos horas compuse estos versos, como una ofrenda a la mujer paraguaya, que tan honda emoción me produjo el primer día:

Torterita de Asunción

(Primera parte)
Paraguayita tortera
que preguntas plañidera
por las calles de Asunción...
Y ofreces humildemente
sabrosas tortas calientes
de almidón...
¿A dónde vas tan ligera
torterita callejera,

acaso el novio te espera
para darte un coscorrón?
¡Detente por un instante!
Soy un peregrino andante
y quiero hablarte anhelante
corazón con corazón.
Hoy llegué de la Argentina
¡Oh, torterita divina!
Me detuve en esa esquina
y te vi cruzar a ti,
hermosa flor campesina.
Vi tu boca purpurina
más dulce, carnosa y fina
que fruta «ñangapirí».
Vi tu mirada en la mía
y capté la poesía
la triste melancolía
y la dulce melodía
de tu canto guaraní.
Toda la santa mañana
vi una inmensa caravana
que me partió el corazón.
¡Pues te lo juro por Cristo!
sólo mujeres he visto
formando un largo cordón,
caminito del mercado
con sus canastos cargados...
¿No hay hombres en Asunción
¿No hay chóferes, ni camiones,
ni carreros, ni peones,
ni carros, ni carretones,
en toda esta inmensidad?
¿Han de ser las paraguayas
las sempiternas esclavas
de todo tiempo y edad...
las pobres sacrificadas
que vengan siempre cargadas
desde el campo a la ciudad?
La tortera... muda... fría...
miraba y no respondía,
pero noté... ¡que sufría,

igual que un Urutaú!
La vi muy indiferente,
con una arruga en la frente,
me miró tímidamente:
¡¡CHIPÁ, MANDIÓ, PIRAYÚ!!
Me arrimé un poco a su lado
un tanto envalentonado
de atrevimiento español...
¡Era linda la chiquilla!
Muy modesta, muy sencilla,
pícara, como una ardilla
y radiante, como un sol...
y tenía sus mejillas
empañadas de arrebol.
¿Quieres que sea tu amigo?
Yo te llevaré conmigo
a otro mundo que es mejor.
Vivirás más regalada,
no andarás así, cargada
con semejante calor...
y serás más respetada...
¿Qué me dices, resalada?
¡¡NO HA DE SEÑOR!!
No seas, por Dios, tirana,
hermosa rosa temprana,
Iris de paz y de amor...
Lucero de la mañana...
¿Qué me contestas... sultana
¡¡NO HA DE SEÑOR!!
Su negativa y su hechizo
me hizo recordar lo que hizo
el muchacho embarcadizo
cuando nos cantaba «FLOR»,
en aquel truco, «entre machos»
y parodiando al muchacho
arremetí sin empacho
cual «Don Juan Conquistador»;
Quisiera saber hablar
en tu idioma guaraní,
para poderte explicar
y humildemente cantar

el Amor que siento aquí.
«Cambacita de ojos negros
iporá, cuñataí,
¿Cuándo, mi vidita, cuándo,
nos iremos a Itatí?
¡Y allá, a los pies de la Virgen,
me vas a decir que sí!»
¿Sí?
¡Sí! ¿Nos iremos a Itatí?
Donde hay yeguas nacen potros
ya me apunté tres porotos...
¡¡Tengo flor añamembuí!!
Ella... me miró asombrada
y me dijo deslenguada
¡¡Oh, que gringo tepotí!!
En tan desastroso trance
no me quedaba más chance
sin embargo... proseguí:
Ven conmigo, te lo ruego,
tendrás zapatitos nuevos
y un sombrerito cantor,
un vestidito a tu hechura,
«Ramillete» de hermosura
que te tiñes de rubor...
¿Qué me contestas... ricura?
¡¡No ha de señor!!
Yo, grité de mal humor:
¡Qué cosa más asombrosa!!
siempre «¡No ha de señor!»
¿No contestan otras cosas
las paraguayas hermosas
cuando les hablan de amor?
Viéndola tan fría y corta
me apoderé de una torta
que del canasto sacó,
y... le hinqué con furia el diente
a aquella masa caliente...
¡y, por Dios, que me gustó!
Le pasé un peso argentino
que guardó con muy buen tino
la muchacha guaraní...

y al ver que me daba el vuelto
le dije en tono resuelto:
¡Guarda el vuelto para tí!
Y aquella chica juiciosa,
transparente y vaporosa,
como una mañana azul,
se alejó muy presurosa,
encendida y luminosa,
como un bichito de luz;
pregonando muy dichosa:
¡¡Chipá Mandió Pirayú!!

(Segunda parte)

Andando y andando... seguí mi camino,
pensando y pensando... lo que es el destino.
Mujer paraguaya... ¿serás siempre así?
¿Serás siempre esclava? ...;¡Qué será de ti!
Al alzar la vista, halló la respuesta
mi interrogación.
Cruzaba y cruzaba, por la acera opuesta,
un largo cordón.
Toditas mujeres, toditas cargadas,
por la calle arriba,
descalzas, cargadas,
lo mismo que hormigas...
¡Mujer paraguaya! ¡¡Que Dios te bendiga!!
¡Pobre mujercita, triste es tu misión!
¡Siempre cargadita, formando un cordón!
Los frutos llevando
sobre tu cabeza
y andando y andando
con gran ligereza.
Yo contemplo mudo, mujer infeliz,
tu paso menudo, como una perdiz,
tu cara morena
de rubores llena,
tu busto saliente,...
¡¡Risueña!! ¡¡Graciosa!!
¡¡Morena!! ¡¡Garbosa!!
¡¡Sufrida y valiente!!
Y quedo pensando. Cuán noble sería

para esta nación,
si con hidalguía
te ofreciera un día
tu gran «Redención».
Mujer paraguaya; no volveré a verte
¿Qué puedo ofrecerte
al irme de aquí?
Como soy poeta, al irme muy lejos,
te dejo estos versos,
mujer guaraní.
No tengo otra cosa y te dejo mi canto
de pena y quebranto,
empapado en llanto
de mi frenesí.
Te dejo un Poema, que es como un abrazo,
te dejo un pedazo
de mi corazón,
te dejo mis versos, por tu mansedumbre,
por tu reciedumbre,
por tu sumisión.
Te miro y admiro, mujer hacendosa,
sufrida y garbosa,
sin fe ni ilusión.
Por eso te canto, mujer noble y santa,
que nada le espanta,
que sufre y aguanta
muchos sinsabores.
Te dejo estos versos, igual que se deja,
al pie de una reja
en ronda de amores...
¡¡Un hondo suspiro, una humilde queja,
una copla vieja
y un ramo de flores!!

Formosa

De Asunción a Formosa hay apenas ocho horas de navegación, así que salimos en el Lambaré a las diez y llegamos a las seis de la tarde.

Los compañeros del truco se portaron conmigo maravillosamente. Comí con ellos en la cocina y nos pasamos toda la tarde toman-

do mate y charlando. Por ellos mismos supe que en Formosa sólo había una confitería y no valía la pena bajarse. Pero yo quería conocerlo todo y probar fortuna en todas partes y me bajé en Formosa.

Subí la barranca del puerto hasta el «Hotel Formosa», pedí pieza y salí a recorrer la ciudad. Pero pronto me di cuenta que allí no me abriría camino y regresé corriendo, para tomar la maleta y seguir de nuevo en el Lambaré. Pero al llegar a lo alto de la barranca, sonó una gran pitada y sacaron la planchada. ¡Ya era tarde! ¡Paciencia!

Pregunté en el hotel si había otra vía de comunicación con Resistencia y Corrientes, y me dijeron que no; así que me pasé en Formosa cuatro días, que parecieron «Cuatro Siglos».

Durante esos cuatro días interminables venía a la barranca, me sentaba horas y más horas, contemplaba la curva del río Paraguay, las selvas del otro lado, el pueblito de Alberdi, frente a Formosa, de donde venían muchas mujeres paraguayas a vender los frutos, cruzando el río en botes. Bajaba a la costa, me arrimaba a ellos y compraba naranjas baratísimas y ricas a veinte centavos la docena y comía naranjas y más naranjas, mientras miraba el paisaje y la curva del río y ¡esperaba, esperaba, esperaba!

Mi pensamiento volaba amontonando recuerdos y yo me preguntaba a mí mismo: ¿Cómo he venido a descender hasta aquí? Evocando recuerdos y más recuerdos, acertó a pasar por delante mío una florista paraguaya y me ofreció por diez centavos un hermoso ramito de violetas.

Se lo compré y me quedé largo rato contemplando las violetas y aspirando su delicado perfume... ¡¡Las violetas!! A mi memoria acudió el tiempo que trabajé en la confitería «Las Violetas» de Buenos Aires.

Recordé que en los últimos tiempos entró un día el patrón, acompañado de don Pedro Arsola, el propietario de la casa; venían agitadísimos y nos dijeron: ¡¡Planten todo el trabajo, retiren todas las máquinas, mercaderías y herramientas de este lado de la calle, porque esta tarde, la Municipalidad nos va cortar la casa....!! ¡¡Retiren, retiren todo!!

Nos pusimos a movilizar todo, amontonando con la mayor prontitud mercadería, máquinas, muebles y útiles. Trabajamos como

negros y a eso de las dos de la tarde nos cayeron como un rayo. Arrimaron varios camiones, metieron escaleras, subieron al techo, trazaron una línea por las chapas de zinc y empezaron a sacar clavos y chapas, a serruchar tirantes y vigas, y a demoler paredes, con una velocidad fantástica. A medida que arrancaban, tiraban todo a la calle Medrano y cargaban en camiones municipales que desaparecían velozmente. En la esquina de Rivadavia y Medrano se amontonó el público. Con una maquineta sacaban la película de todo aquel movimiento de demolición forzosa.

De esa manera desapareció «EL PASO DE LA MUERTE», como llamaban los diarios a la vereda de «Las Violetas» y del «Tambor de Burras» de la esquina Rivadavia y Medrano.

Otro pensamiento acudió a mi memoria: ¿cómo fue para salir de «Las Violetas»? Recordé que un día nos visitó una paisana, casada con un patrón de una panadería y confitería, situada en Victoria y General Urquiza. Venía a invitarme para que fuese a trabajar con ellos, en una confitería que estaban por inaugurarse en Rivadavia a la misma altura. Que necesitaban un hombre de confianza para que se ocupara de todos los trabajos preliminares, pues ellos eran panaderos, no confiteros, y que ese hombre de confianza era yo; que por el sueldo, no habría ningún inconveniente. Lo que ellos querían era mi colaboración y mi confianza.

No quise contestarle a esta propuesta, pues estaba tan bien en «Las Violetas» que por nada del mundo quería dejar la casa.

Pasaron algunos días, se aproximaba el mes de diciembre, que el más bravo para los confiteros por el pan dulce, los turrones y el mucho trabajo de las fiestas de Noche Buena, Navidad, Año Nuevo y Reyes, y mis paisanos, desesperados por mi indecisión de acompañarlos, me cayeron a la carga. Que no les tenía confianza, que no los estimaba, que parecía mentira que fuésemos de un mismo pueblo, que no los quería ayudar, etc., etc., etc. Ante estos argumentos me ablandé y cometí la estupidez de salirme de «Las Violetas» para ir a cinchar como un burro en los trabajos preliminares de la nueva panadería y confitería, «El Comercio», de los señores Corral y Cía. (esa era la firma). Tuve que comprar toda la tachería, moldes, máquinas, palas, materias primas; en fin, que asumí sobre mis espaldas toda la responsabilidad de la casa. Como las fiestas de Navidad y

Año Nuevo se me venían galopando, me apuré a llenar las vidrieras de pan dulce, postres, masas, turrón, rosca, etc., etc. El éxito fue rotundo, se vendió todito lo que se fabricó y no hubo ni una sola queja; al contrario, muchas felicitaciones.

Mis paisanos estaban locos de contento ante aquel golpe que habían pegado y me prometieron, para más adelante, cuando estuvieran más holgados, habilitarme un contrato como socio industrial.

Yo... ¿por qué no decirlo? Me confié de estas palabras tan lisonjeras y hasta me hice ilusión de levantarme como la espuma al lado de ellos... Pero... así que pasaron las fiestas de Año Nuevo y Reyes, como sucede todos los años en Buenos Aires, las ventas se aplastaron enormemente y mis paisanos se aplastaron también.

Desapareció el optimismo, la ilusión, la promesa del «contrato» y... todo lo demás. Hasta que un día me llamaron al escritorio y, después de llorarme un rato la miseria reinante, me dijeron que estaban perdiendo plata, que no se vendía nada, que me estaban muy agradecidos por todo lo que había hecho por ellos, que lo sentían mucho, pero ahora que la casa estaba ya en marcha, con un medio confitero se podían arreglar, que lamentaban haberme hecho salir de «Las Violetas», que patatín, patatán... en una palabra ¡¡Qué mis paisanos me colgaban de la galleta!! ¡¡Ni más, ni menos!!

¡¡Qué hermosa galletas!!

¡¡Qué buenos paisanos!!

¡¡Qué chanchos!!

Los compañeros del sindicato me tomaron por la señora butifarra por este hermoso galletazo. Tanto me cargaron que me puse a escribir versos dedicados a la firma Corral y Cía., dueños de las panaderías «El Comercio» y a todos los galleteadores y galleteados, después de las fiestas, que en honor a la verdad eran muchos, muchísimos. He aquí los versos:

¡Feliz Año Nuevo!

Confitero: trabaja, trabaja,
masas, postres, pan dulce y turrón
para eso te pagan buen sueldo

y te dan propina (le dice el patrón).
Y el muy burro, trabaja y trabaja,
de oficial, de ayudante y peón,
y al salir, el patrón, le sonríe
porque satisface su ciega ambición.
¿Qué le importa que los compañeros
sean esclavos de su obligación?
¡Lo esencial es que no falten las masas
y que orondo ría y engorde el patrón!
Y después que terminen las fiestas
de seguro que habrá suspensión
porque el «tompa», si bajan las ventas
cuelga las galletas, a satisfacción.
Confitero: trabaja, trabaja,
masas, postres, pan dulce y turrón
para eso te pagan buen sueldo
y te dan propina. ¡¡cincha mancarrón!!

Estos versos salieron en el diario del sindicato, «El Obrero en Dulce», y a raíz de ellos se levantó un bochinche descomunal, apreciendo el pro y el contra, y hasta hubo castañazos en la fábrica de una confitería céntrica.

Fue en estos días, precisamente, cuando falleció nuestro querido «Chichía». (¡pobre angelito!). Y nos fuimos a vivir a Wilde... ¡Wilde...! ¡Bernal...! ¡Mi hogar...! ¡Rumbo al Norte! ¡Al Norte!

Me fui al hotel, me puse a escribir una carta a mi esposa, la primera de la gira, diciéndole lo mal que iba, pero que me dirigía a Corrientes y Resistencia, dos grandes ciudades, donde tenía muchas esperanzas de hallar trabajo y poder ahorrar unos pesos, establecerme con un boliche de confitería chico... y así, emanciparme de obrero a pequeño industrial, para no sufrir más abusos, ni más cabronadas, de patrones desagradecidos.

Después de echar esta carta al correo, me sentí un poco aliviado de las muchas amarguras que había acumulado en mis últimos años.

¡En aquella época, eran bravas las luchas, entre el Capital y el Trabajo, entre patronos y obreros!; no se extrañe pues el lector si en estos capítulos destilo hiel... El carácter de un hombre es según le va en las luchas de la vida; pero no todas son amarguras, hay también

momentos risueños y de gran satisfacción, y es precisamente una de estas etapas retroactivas la que yo voy a referir en otro capítulo...

Asado criollo

Estaba comiendo naranjas, como todos los días, el tercer día de mi forzosa estadía en Formosa. Un pensamiento retroactivo me hizo sonreír y recordé que, un día, mi gran amigo y compañero de trabajo, Marcos Rojo, nos vino a visitar. Estaba radiante de alegría, terminaba de comprar, con grandes facilidades, una hermosa casa en el barrio de Vélez Sarsfield, allá por la calle Segurola; en un barrio nuevo, donde los obreros de la capital compraban lotes a plazos y construían sus casitas, huyendo del bullicio de la gran ciudad. Como pensaba inaugurar la nueva casa el siguiente domingo, celebraba tan grato acontecimiento con un asado criollo, invitando a todos los parientes, amigos y compañeros de trabajo.

Acudimos muy gustosos toda la familia y pasamos un domingo delicioso en aquel ambiente de tanta armonía y buen humor; se comió bien, se chupó mejor, hubo música, baile, chistes y versos.

Como invitados de honor estaban el director de la escuela local y cuatro señoritas maestras; mi amigo Marcos Rojo me presentó al director con estas palabras: aquí le presento a mi más grande amigo y compañero de trabajo; además, aunque le parezca mentira, es un poeta y como usted me dijo que mi hijito Agustín recita muy bien, puede pedirle algo a este poeta para que recite mi hijo en la próxima fiesta escolar.

No tuve más remedio que comprometerme a hacer tales versos. Esa misma noche los compuse y al día siguiente se los entregué a mi amigo.

Parece que gustaron a todos, porque enseguida se los hicieron aprender de memoria y le enseñaron los ademanes más apropiados.

Llegó la fecha patria y toda mi familia nos trasladamos a pasar otro día en la casa de nuestro amigo; y a la tarde asistimos a la fiesta escolar, donde estaban presentes todas las familias del barrio.

Fue una fiesta espléndida, pero el número sobresaliente de todo el programa fue la poesía que recitó el niño Agustín Rojo; y en ho-

nor a la verdad, estuvo colosal, lo que quiere decir que tuvo muchos ensayos...

He aquí los versos:

25 de mayo

No extrañéis si con desmayo
honro por primera vez
el 25 de mayo
de mil ochocientos diez.
Que aunque tengo poca edad
y corto conocimiento
recito en este momento
con toda sinceridad.
Ya cumplí los nueve abriles
y estos versos, tan sinceros,
dedico a los compañeros
de mis juegos infantiles.
En este dichoso día
debemos glorificar
a los que supieron dar
su sangre con hidalguía...
Por libertar este suelo
tan generoso y fecundo
donde las razas del mundo
hallan, Paz, Dicha y Consuelo.
Por esta patria tan grande
a quien dio gloria sin fin
don José de San Martín
que fue «El cóndor de los Andes».
Amemos con gran cariño
a ese pendón soberano
donde nos pintó Belgrano
un cielo de Azul y Armiño.
Tras una lucha tan cruenta
la patria fue libertada
y, entonces, cesó la espada
y se empuñó la herramienta.
Rivadavia, el estadista,
nuestras riendas empuñó

y la nación levantó
reafirmando la conquista.
«Y de todos los rincones
de los últimos confines,
llegaron los bergantines
repletos de inmigraciones».
«Y la Pampa Virginal
gracias al buen campesino,
dio al mundo el trigo argentino
hoy, de fama universal.»
Y, referente al talento
confundo en este momento
a Mármol, Andrade, Spano,
Maturana, el gran Chocano,
Alberdi, Mitre, Sarmiento,
y Almafuerte, el vate anciano,
de más alto pensamiento.
Sarmiento al poder subió
tan sólo por su talento
y es por eso que Sarmiento
¡¡tantas escuelas fundó!!
Y no os quiero molestar
con más nombres este día
porque entonces ya sería
cosa de no terminar.
Para que la patria sea
grande, fecunda y gloriosa,
hay que pensar una cosa
que tengo fija en mi idea.
¡¡Estudiar de buena gana!!
Yo muy bien fundado estoy
pues si somos niños hoy
seremos hombres mañana.
A estudiar, para instruir,
así la Patria honraremos
y así nos proclamaremos...
«¡¡La Aurora del Porvenir!!»
Perdonad si con desmayo
honré por primera vez
el veinticinco de mayo
de mil ochocientos diez.

El éxito que obtuvo esta poesía, recitada magistralmente por un pibe de nueve años, fue colosal, indescriptible; la madre del orador fue corriendo hasta él con los brazos abiertos y lo abrazó y besó fuertemente, mientras lloraba profundamente emocionada.

Por su parte, el director, que estaba a mi lado, me abrazó mientras gritaba con entusiasmo: ¡Éste es el poeta, éste es el autor de la poesía, tan bella como la patriótica!

Ese día recibí muchas felicitaciones en la escuelita de aquel barrio obrero y tuve que armarme de todo mi coraje para no lagrimear, como mi gran amigo Marcos Rojo, cuando me abrazó lleno de gratitud.

¡¡Fue, en verdad, uno de los días más hermosos de toda mi vida!!

Llegó por fin el cuarto día de estadía forzosa en las barrancas de Formosa, comiendo naranjas y amontonando recuerdos y más recuerdos.

El marinero que hacía guardia en la Prefectura, tocó el pito. Era la señal anunciadora de la venida del paquete; en efecto, al ratito, en la curva del río Paraguay, apareció el barco, procedente de Asunción.

Salté loco de alegría, lo mismo que un niño, y, tomando la maleta, bajé corriendo la barranca para meterme el primero a bordo.

Mi alegría era tan grande que sólo podría compararse con la alegría que siente un prisionero que recobra su libertad, después de un largo encierro... Cuando el barco arrancó aguas abajo, me di vuelta y grité:

¡Adiós, Formosa! En tus barrancas he pasado los cuatro días más tristes de mi vida.

¡Cuatro días trágicos!

¡Cuatro días aburridos!

¡Cuatro días comiendo naranjas!

¡Cuatro días amontonando recuerdos!

¡Adiós, Formosa!

Resistencia

Antes de amanecer, ya estábamos detenidos frente a Corrientes. Yo estaba indeciso, no sabía si bajarme en Corrientes o pasar a Resistencia. Consulté con unos compañeros de viaje y todos ellos me dijeron: si el señor quiere pasear, bájese en Corrientes; pero si el señor busca trabajo, bájese en Resistencia.

Así que cuando vino el nuevo día y atracamos en el puerto correntino, esperé tranquilamente la llegada del «Trucha» que nos vendría a buscar desde Barranqueras, puerto principal del Chaco.

Al rato de estar esperando, llegó el «Trucha», un remolcador. Pasamos los pasajeros del paquete a él y salimos aguas abajo. Detrás de nosotros venía el «Lidia», un vaporcito que hacía el trayecto entre Corrientes y Barranqueras; venía abarrotado de gente humilde que se trasladaba al Chaco para la cosecha del algodón; con estos cosecheros de numerosos hijos venían muchos canasteros, cargados de mercaderías como huevos, pollos, gallinas, mandioca, naranjas, chipá, dulce de mamón, pomelos, etc., etc.

Según me contaron, eran correntinos que interrumpían sus actividades en su provincia para trasladarse al Chaco, hacer la cosecha y regresar de nuevo a sus pagos, bien forrados, bien ampilchados y... hasta el año que viene.

—¿Cómo llevan tantas criaturas?—, les pregunté.

—Esas criaturas—, me dijeron— son mucho más rápidas que las personas mayores para arrancar los capullos de algodón. El padre lleva la bolsa a los purretes, lo mismo que hormiguitas le van trayendo los puñados de blancas fibras y en seguida llenan la bolsa. Y como les pagan por kilo...

El algodón es la riqueza chaqueña, lo llaman *¡el oro blanco!*

El «Trucha», después de andar largo trecho aguas abajo por el majestuoso río Paraná, viró a la derecha y se internó por un canal estrecho que formaba una gran curva y, enseguida, dobló a la izquierda, enderezando por una recta bastante prolongada; a un lado y otro aparecían algunos ranchos de pescadores y algunas quintas pequeñas y allá lejos, sobre la margen derecha del canal, apareció Barranqueras. Cuarenta minutos duró este viaje, agradable por el paisaje y el fresquito mañanero.

Al llegar a Barranqueras, cuatro ómnibus Ford, de bigoteras y cortinas laterales, nos esperaban para transportarnos a Resistencia. También nos esperaba un trencito de trocha angosta, cuyos vagones me recordaron los primeros tranvías tirados por caballitos criollos.

El camino estaba bastante barroso e intransitable. Por él circulaba una inmensa caravana de carros a caminos, cuyas ruedas ahondaban más las huellas profundas. A medida que avanzábamos, nos salían al encuentro las altas chimeneas de las fábricas de algodón, tanino y aceite, elevando al cielo grandes columnas de humo negro, que empeñaban el límpido azul del firmamento.

Enseguida me di cuenta de que entraba en una ciudad fabril, de mucho movimiento y me dije: ¡Aquí hay campo propicio...! ¡Yo tengo que luchar y conquistar esta ciudad! ¡Debo de conquistarla!

—¿La conquisté? ¡Vamos a ver!

Al chofer que guiaba el ómnibus, le dije:

—¡Vea amigo; lléveme donde se coma bien y barato...

—¡Al Japonés! —, me contestó.

—¡Al Japonés! —, respondí yo.

Y me dejaron en un ranchito de horcones de quebracho, de pequeños salones, de piso de ladrillo, que estaba abarrotado de gente humilde, la mayoría correntinos. En las galerías interiores, que daban a un patio de piso de tierra, había inmensas pilas de valijas, canastos, bolsas y fardos de ropa. No faltaban algunas guitarras y acordeones.

Una montonera de criaturas jugaban en el patio y hablaban todos en guaraní... A mi pedido, me dieron una piecita chica, que tenía una ventanita que daba a la calle; después de lavarme la cara y sacarme el polvo del camino, me asomé a la ventana para ver el trencito cruzar por la calle principal, que venía de Barranqueras y llegaba hasta los topes de pasajeros.

Estábamos en la calle principal de Resistencia, calle Libertad, algo así como el «Florida», y el trencito cruzaba por ella lo más orondo y orgulloso. Una vez que pasó el trencito, ante mi vista apareció una casa muy linda en la esquina de enfrente con el letrero: «Bar Florida». Confitería.

Abandoné mi pieza, crucé la calle y entré al «Bar Florida»; pedí un café y pedí hablar con el dueño. Y mientras saboreaba el café, recorrió con la mirada el salón.

Todo era nuevo: sillas, mesas, estanterías, mostradores, billares y vitrinas. Las paredes estaban pintadas al óleo, imitación papel. Un zócalo de mármol artificial, de dos metros de altura, rodeaba el salón y en un ángulo, una orquesta compuesta de piano, violín, flauta, bandoneón y batería, ejecutaba una polka paraguaya.

El salón estaba lleno de público de ambos sexos, que silbaba la polka y pedía: ¡Bis, bis! Un señor grueso y alto se me acercó sonriendo. Era el señor José Gahn, dueño de la casa. Sentóse y conversamos.

En pocos minutos nos entendimos; pues como él era uruguayo y yo había estado en Montevideo, simpatizamos de entrada nomás.

Me presentó a su socio, el señor Alfredo Casamayor, uruguayo también. Recorrimos toda la casa, hicimos planos y proyectos, y como sólo tenían bar y billares, me aconsejaron que fuera a pedir trabajo a la confitería «Chantecler», que era quien los surtía a ellos y que era lo mejor de lo mejor del Chaco; así, mientras trabajaba allí, prepararíamos todo para iniciarnos con los helados y construir un horno para la fabricación de masitas y postres; pero me recomendaron muy especialmente que no dijese nada de lo hablado, porque la patrona de la confitería era una francesa muy lista y si olía algo ni me daría a mi trabajo ni los surtiría a ellos de masitas.

Salí, pues, rumbo a la confitería «Chantecler», crucé una plaza muy hermosa y a dos cuadras me encontré con la famosa confitería «Chantecler».

Me atendió la dueña, una francesa muy inteligente, muy energética y muy comerciante; vestía elegante y era linda, a pesar de sus años y de sus canas, que ya blanqueaban sus sienes.

Después de oírme atentamente, se acercó a una puerta, la abrió y llamó: ¡Ovid, Ovid, vieni si, vieni si!

Apareció don Ovidio, un viejo grueso, con lentes de oro, y después de enterarse del objeto de mi visita, me indicó que podía comenzar ya, ya, ya, pero a título de ensayo.

Así pues, me fui al Japonés a buscar mis ropas y herramientas de trabajo, regresé de inmediato y me puse a trabajar; eran las diez de la mañana.

Cuando entré en la fábrica, me encontré a don Ovidio dando vueltas a la pastelería; me dijo que el maestro hacía tres días que no venía a trabajar «por hallarse enfermo» y el pobre viejo tenía que cincharla; tres o cuatro muchachos hacían limpieza; miré la lista que me presentó y le dije que se fuera a descansar, que la lista estaría terminada para el medio día.

El franchute largó la carcajada y, ni corto ni perezoso, se sentó y se hizo traer una cerveza bien fresca y se la tomó lentamente, mientras me campaneaba por encima de las gafas.

Me apuré para lucirme y a las doce y media ya había terminado la lista. Don Ovidio, muy risueño, contemplaba todo desde su asiento y se mandó guardar cuatro «Quilmes cristal». A pesar de cinchar en el trabajo, me di cuenta exacta «que tiraba más al pecho, que a la cincha». ¡Le gustaba la cerveza al franchute!

Después del almuerzo, hice un surtidito de caramelos y cuando salía a la noche le pregunté a la francesa, que estaba muy risueña en el mostrador.

—Y señora, ¿vengo mañana?

—¡Sí, maestro! Venga mañana. Mi pobre viejo está cansado y enfermo, y necesita un hombre como Ud. para desentenderse de la fábrica. Es cierto que tenemos otro maestro, pero no importa, hay trabajo para los dos. Además, este atorrante de maestro se emborracha y falta tres o cuatro días; venga mañana, maestro, lo necesitamos.

—¡Hasta mañana, pues, señora!

—¡Buenas noches, maestro!

Esa noche volví al «Bar Florida» y me dijeron que ya sabían que trabajaba en «Chantecler», porque habían recibido «nuevos modelos de masitas».

Se entusiasmaron conmigo y el señor Gahn se fue al día siguiente a Buenos Aires a comprar máquinas para hacer helados y herrajes para construir un horno; además, le entregué una larga lista, para adquirir todo lo concerniente para la fabricación de confituras.

Resistencia era un emporio de riqueza y yo había caído como llovido del cielo. A los pocos instantes de llegar, me prendí del trabajo e hice proyectos para abrirme camino; esto podía llamarse: «LLEGAR Y BESAR».

Éxito rotundo

Dos meses estuve trabajando en la «Chantecler», porque don José Gahn se quedó todo ese tiempo en la Capital Federal. ¡¡Viejo calaverón!!

Don Alfredo Casamayor, su socio, con quien conversaba muy a menudo, se mostraba inquieto y nervioso, pues avanzaban los cañones y los heladeros callejeros pregonaban helados a gritos. El más popular de todos ellos era un tal «Nápoli», que gritaba así: ¡Ue, que pasa lo resfrescadores!

Al fin, una noche que llegué al «Bar Florida», me llamó a gritos el señor Casamayor, y me enseñó dos conservadoras y una batidora eléctrica de hacer helados, que habían llegado ese mismo día por el Ferrocarril de Santa Fe.

Estaba tan contento, que me preguntó:

—¿Cuándo empezamos, «mistro»²⁶?

—¡Mañana mismo, «Don»!

Al día siguiente, me presenté como de costumbre a la «Chantecler» y le manifesté a la señora que me retiraba de la casa.

—¡Está bien!—, me contestó mirándome de reojo y agregó:

—No se crea que me chupo el dedo; ya sé que va al «Florida» a hacer helados; si nosotros no le hubiésemos dado trabajo, Ud. se habría ido del Chaco y no nos haría competencia como va a hacer ahora. ¡Es usted un ingrato, un desagradecido, un falluto! ¡¡Un falso!!

—¡Señora! ¿Por qué me insulta? ¿Acaso no he cumplido con mi deber en su casa?

26 Nota del autor: maestro.

—¡Sí señor!

—¿He faltado al respeto?

—¡No señor!

—¿Entonces?

—Entonces... entonces... ¡Todo se sabe! Y sabemos que van a hacer un horno y Ud. va a trabajar allí y nos va a hacer una guerra sin cuartel y eso está mal hecho. ¡Muy mal hecho!

—Bueno señora; no discutamos más, ¿para qué?

—Tiene razón, no vale la pena.

Me liquidó mis haberés y mientras le firmaba el recibo, apareció don Ovidio, muy furioso, y empezó a gritarme en francés, creyendo que no le entendía. Lo dejé que se desahogara y, cuando terminó, le respondí muy risueño:

—¡*Merci bucú!* (que en castellano quiere decir: ¡Muchas gracias!)

Me miró sorprendido, con un palmo de boca abierta, y no sabiendo qué decirme se retiró al interior; la señora no pudo aguantar la risa y me preguntó:

—¿Así que Ud. comprende el francés?

—Un poquito... Soy de la frontera y Ud. sabe... con el roce... algo se aprende.

—Se ve, se ve... Yo siempre creí que Ud. era francés; porque su apellido, Gastón, es francés, ¡francés puro! ¿No es cierto?

—Sí señora. Mi bisabuelo era francés, soldado de Napoleón, y después de la guerra franco-española, cuando ya se vio libre, cruzó la frontera de los Pirineos para casarse con la española que lo había trastornado con su gracia serrana y sus andares de perdiz.

Una carcajada rubricó mi pequeño relato amoroso y nos despedimos lo más amigos, con un apretón de manos.

Cuando llegué al «Bar Florida», un electricista estaba colocando los cables donde estaría el motor de hacer helados y enseguida nomás me puse a armar la máquina. Era viernes y a principios de noviembre. Trabajamos todo el día sin parar, para dejar todo ins-

talado y poder iniciarme al día siguiente por ser sábado. Cuando estábamos probando la maquinaria, a las diez de la noche, se nos presentó el señor Gahn, procedente de Buenos Aires. ¡Ya era hora!

Al día siguiente me puse a fabricar helados de lleno, pues ya los diarios de Resistencia de la tarde anterior, «La Opinión», «El Territorio» y «La Voz del Chaco», habían anunciado los «Helados Florida», a grandes títulos, en la página social, y había que prepararse bien.

A las once de la mañana, las familias chaqueñas se volcaron en el «Bar Florida» a probar los ricos helados, «fabricados por un maestro de Buenos Aires, y con maquinarias eléctricas modernas».

Aquello fue una romería. A medida que los hacía, me los arrebataban los mozos de la máquina y durante todo el día la producción era menor al consumo. Para que no hubiera quejas ni descontentos, estuve fabricando helados hasta las doce de la noche; recién entonces, me dejaron respirar.

Fue, en realidad, un éxito rotundo y a los pocos días ya me hice popular. ¡¡Ya había conquistado la ciudad, ya podía emanciparme!!

Plagas chaqueñas

Seguía el éxito y nos llegó el mes de diciembre; calor insoportable (40 grados en la sombra). Viento norte, gran sequía, un nubarrón de polvo finito se metía por todas partes (ojos, boca, nariz y oídos). Otro nubarrón de mosquitos «caballú» cantaban serenatas al oído durante toda la noche y clavaban su aguijón filoso para chupar sangre humana; bichos colorados, polvorín, granos chaqueños que salen en cualquier parte del cuerpo; en fin, una barbaridad de bichos molestos, y una temperatura tropical, que le salen al encuentro al que llega a estos pagos para decirle: «si sos duro, aguantá y si sos flojo, mandate a mudar».

Yo me tenía por duro y seguía haciendo helados por toneladas, día y noche; pues, además del «Bar Florida», los señores Gahn y Casamayor tomaron en concesión el cine de la plaza, al aire libre, donde había y hay todavía un kiosco para conservar las bebidas frescas y los helados que los espectadores consumían mientras se pasaban las películas mudas.

Esta cantina la atendía yo; así que, fabricaba helados en la mañana, descansaba la siesta y atendía en la plaza por la noche; pues me agotaban las conservadoras y muchas noches, al ir al bar, me encontraba que el stock de helados había desaparecido.

En medio de este ambiente tórrido, de tantas plagas y tanto trabajo, me visitó la última plaga chaqueña, los «piques» y la «paperá».

Un tremendo «pique» se me ubicó en el dedo chico del pie izquierdo, formándose una ampolla blanca, con un poquito negro en el centro; yo me rascaba y me rascaba y cuanto más me rascaba más me picaba; un muchacho que tenía de ayudante me miró y me dijo: «Vos tenés un pique grandote». Enseguida fue a buscar una espina de naranjo y me lo arrancó, con la bolsita llena de huevitos, dejando en su lugar un tremendo pozo; después empapó un algodóncito en Kerosene, me lo aplicó y apretó hasta hacerme gritar de dolor, mientras él se reía.

A los pocos días, me visitó la «paperá». Me asusté en forma, perdí el apetito y anuncié a mis patrones que me iba a Buenos Aires; si no, me iba a morir en aquel infierno. ¡Lejos del hogar, de mi esposa y de mis hijos, solo!

Se asustaron. ¿Cómo los iba a plantar, después del éxito obtenido? Llamaron al doctor Zolezi, «para que me viera» y me prometieron una habilitación de un 5% y un contrato.

Serían las tres de la tarde, de una tarde cálida y sofocante.

El tacho de la batidora de hacer helados daba vueltas y más vueltas sobre su eje. Eran las últimas tachadas del día; el motor estaba ya recalentado de tanto cinchar y yo, con mi larga espátula, trabajaba el helado para refinarlo. Y así como el tacho volaba en su rotación continua, mi pensamiento volaba también; tenía la cabeza envuelta en un gran pañuelo que me subía de la garganta, donde la «paperá» me mortificaba horriblemente; los oídos me daban zumbidos que parecían martillazos y, sin embargo, no dejé de trabajar para dar cumplimiento a la gran demanda.

En este estado de ánimo estaba, cuando apareció don José Gahn, con el doctor Zolezi.

Tan pronto me lo presentó, me tomó el pulso, me revisó el cuello y me preguntó muy chacotón y risueño:

—¿Qué tenés vos? ¿Qué es lo que te pasa a vos? ¡Estos porteños, «porteños aspamentosos», son flojazos para el calor...! ¡Lo que vos tenés es un gran «Julepe», que te cabe en el cuero! Fiebre no tenés; la «papera» pasará en dos o tres días, metele pomada Belladona y comé mucho, y antes de la comida tomá unas gotas de yodo; empezá hoy mismo, con cinco gotas; mañana, seis y seguí subiendo una gota por día hasta llegar a treinta y cinco, y, después, andá bajando, una gota por día, hasta llegar de nuevo a cinco gotas... ¡nada más! ¡Ah!, te recomiendo especialmente que no hagas ningún esfuerzo, porque entonces se te baja la papera a las partes genitales y voy a tener que internarte en el hospital, por quince días. ¡Bueno, Gastón, chau! Seguí con tus helados y no tengas miedo, esto pasará rápido...

Se fue el Dr. Zolezi, después de darme unas palmaditas amistosas y, ¡caso raro!, me dejó completamente cambiado. Desapareció el miedo y renació en mí el optimismo.

Me froté con Belladona la «papera», tomé las gotas de yodo y enseguida vino la reacción. ¡Mejoré rápidamente!

Faltaba solamente firmar el contrato de habilitación, para traer a mi familia al Chaco, pues sin el contrato, francamente, no me animaba correr tal aventura.

Bajo mi dirección, hicimos un horno y empezamos a fabricar masitas y postres, y obtuvimos otro éxito; pero mis patrones no daban señales de vida respecto al contrato.

Mi señora me escribía cartas bravas, porque no regresaba a Wilde, pues según ella no se aventuraría a ir al Chaco, nada menos que al Chaco, donde los indios iban sueltos por las calles y las serpientes yararás y los yacarés se metían por los fondos de las casas, para matar las criaturas.

Estas leyendas chaqueñas y de la provincia de Corrientes son muy comunes en Buenos Aires; por eso, no me extrañaba que mi señora me las repitiera.

Pero yo me tenía fe y esperaba imponerme y triunfar, para emanciparme de la vida de obrero y entrar al comercio a luchar por mi cuenta.

Feliz encuentro

El tiempo seguía su ritmo. El contrato no aparecía. Mi ropa era algo escasa, pues solamente tenía una maleta. Así pues, decidí pedirle a mi señora un baúl con ropa interior y un traje de fiesta. Recuerdo que en la carta le decía que me lo mandara por Villalonga, que tenía agencia en Corrientes, donde pasaría yo a retirarlo.

A los pocos días, recibí la guía del baúl y en la carta me decía que en Corrientes vivía nuestro paisano, Antonio Pérez Cativiela, que fue mi compañero de viaje de Ansó a Rosario. Su dirección era: «Almacén El León», Avda. España y Ayacucho.

Con todos estos datos, me dirigí a Corrientes y a la caída de la tarde llegué a la esquina de Ayacucho y España. Todos los datos eran exactos. Llamé varias veces sin obtener respuesta pues como era domingo, estaba cerrado.

Insistí y apareció una «guaynita», que me contestó de muy mal talante.

—¡No se despacha, pues!

Me aproximé a ella y le dije, que quería hablar con Antonio Pérez Cativiela.

—¿De parte de quién?

—De parte de Santiago Gastón.

Desapareció la guaynita, cerrando la puerta, y esperé pacientemente un largo rato. Reapareció de nuevo y me dijo que le escribiera en un papel mi nombre, porque el patrón estaba de fiesta. Que estaba un poco chupado, que estaban de bautismo y que no entendía ni medio.

En un papel que me trajo, escribí: «Santiago Gastón, «Ansotano», desea hablar con su amigo y paisano: Antonio Pérez Cativiela.

Al ratito de entrar mi papelito, se abrió la puerta y apareció un señor muy gordo y me preguntó:

—¿El señor trajo este papel?

—Sí señor (nos miramos en silencio, sin conocernos).

—¿A quién tengo el honor de saludar?

—A Santiago Gastón.

—¡¡Mi compañero de viaje!!

Nos abrazamos fuertemente, hasta creo que nos besamos.

Entramos al patio, que estaba lleno de gente. Festejaban un bautismo y estaban bastante «alegres». Media hora duraron las presentaciones, cuando, de pronto, apareció Pascual Martínez Cativiela, casado con Agustina Pérez Cativiela, hermana de Antonio Pérez Cativiela y madre del niño bautizado, a quien llamaban «Toto», y de una niña mayorcita, «Chiche» (un primor).

A Pascual yo lo había conocido en Buenos Aires, años atrás. Era un gran dibujante. Su especialidad consistía en dibujar acuarelas por los hospitales, en las salas de operaciones; con estos dibujos ilustraban los médicos sus libros. Era, pues, un artista. Al verme, me abrazó y exclamó:

—¿Pero tú eres tú? ¡Chico, chico! ¿De dónde sales tú?

Estaba «un poquito alegre», por el bautismo de su hijito y por unas copitas de más. También aparecieron los hermanos Garcés, amigos de la infancia; después, me presentaron a la dueña de la casa, doña Clara de Pérez, y sus dos hijitos, Antonito y Juaquinito.

Con mi llegada, tan imprevista, se alborotó el ambiente; sonó la música y se armó un bailecito familiar. ¡Hubo derroche de todo!

A las tres de la mañana se retiraron los invitados y quedamos los íntimos. Recién entonces, les expliqué el objetivo de mi visita a Corrientes, para retirar mi baúl de Villalonga y regresar a Resistencia, donde estaba trabajando.

Todo lo encontraron natural y lógico, después de la sorpresa de mi llegada imprevista.

Los esposos Martínez Cativiela residían en Resistencia y me ofrecieron una piecita, si quería vivir con ellos en familia. Acepté enseguida tan generosa oferta porque en el Japonés, donde me hospedaba, se me comían vivo las chinches y la comida que me daban era pésima.

A las siete de la mañana, me presenté en la Agencia Villalonga para retirar mi baúl y con gran sorpresa me dijeron que no había llegado aún.

Dejé la guía y mi dirección al agenciero, señor Cuadri, para que nos avisara a Resistencia y corrí al puerto, pues ya el «Lidia» estaba por salir para Barranqueras. Esta demora del baúl me puso de mal talante, pues hacía ya ocho días que tenía en mi poder la guía. ¡¡Vaya con la rapidez de Villalonga!!

Mi querido y viejo baúl

En el «Bar Florida» trabajaba cada vez con más éxito; había abandonado el Japonés y vivía con los Cativielas, tranquilo y contento, como en mi propia casa.

Cuando volvía del trabajo, los dos hijitos de mis paisanos, Luz y «Toto», corrían a mi encuentro, pues se habían encariñado conmigo desde el primer día; y yo, al jugar con ellos, hacía cuenta que jugaba con mis propios hijos ausentes.

Luz, la mayorcita, a la que llamaban cariñosamente «Chiche», era una muñequita, blanca como la nieve, linda, delgadita y vivaracha; estaba bien aplicado el mote de «Chiche». En cambio, «Toto» era un nenito robusto, gordinflón y mofletudo, siempre prendido del pecho, como un ternero. Traía a la pobre madre consumida.

Agustina, la madre, además de los quehaceres domésticos, ayudaba y aprendía a hacer fajas, corpiños y otras prendas femeninas, con una amiga profesional.

Y Pascual, el padre, pintaba todo lo que se le presentaba: cuadros, retratos, paisajes, láminas y letras. Por aquellos días estaba pintando dos altares en la iglesia de San Fernando y, al mismo tiempo, tenía tres obras nuevas, que las hacía pintar por pintores de brocha gorda y, al final, intervenía él para finiquitar los filetes, las letras y otros trabajos delicados.

La tranquilidad y la armonía de este hogar, el cariño de los dos purretes y el éxito alcanzado en el «Bar Florida», me hicieron más llevadera la larga ausencia de mi hogar. Sólo me faltaban dos cosas, que no llegaban a tal poder: el baúl con la ropa y el contrato de habilitación.

Por las cartas de mi casa y de Villalonga, el baúl, tenía que estar ya en Corrientes, pero en Corrientes no aparecía.

Hice dos o tres viajes a Corrientes, tuve agarradas furiosas con el señor Cuadri, escribí varias cartas bravas a la casa de Villalonga y ni por esas, el baúl no aparecía. ¡¡Ya lo daba por perdido!!

Conocí en la casa Cativiela al señor Felipe Mogort, comerciante en vinos en Corrientes y Resistencia; era también presidente de la Sociedad Española de Corrientes y se me ofreció para cualquier cosa; ahí nomás, le supliqué se ocupara del famoso baúl. Lo que más sentía yo, era un traje nuevo marrón, que venía en él²⁷.

El señor Felipe Mogort le contó el extravío de la guía, pero le dijo que él se responsabilizaba. Accedió el jefe la entrega, pero había que pagar el «almacenaje» por la estadía. Pagué muy gustoso dicho «almacenaje» y me lo llevé. ¡¡Oh, la negligencia correntina!!

Otro tanto me pasó con el deseado contrato de habilitación. Pasaba el tiempo velozmente y cada vez que mis patrones me preguntaban si traía a mi familia, yo les contestaba:

—¡Mientras no firmemos el contrato, no la traigo!

Y ellos me decían:

—¡Mañana mismo lo haremos!

Pero no lo hacían y el tiempo pasaba y pasaba.

Mi señora me mandaba cartas bravas, poniéndome entre la espada y la pared; recuerdo que en una me decía: ¿Qué estás esperando? Si los patrones no te llevan el punto, mándalos al diablo y regresa a tu casa; tus hijos te reclaman; cada vez que pasa el tren, salen a la puerta y esperan verte bajar; se va el tren y, al no verte, se ponen tristes y exclaman: ¡Papito no viene!! ¿Cuándo viene papito?

Esta carta me puso nervioso y, al entrar al trabajo, le di los buenos días al patrón y no me contestó. La bomba estaba cargada y este desprecio de no contestar el saludo fue la chispa para hacerla reventar. Trabajé todo el día, mudo, reconcentrado, los dos muchachos que me ayudaban, viéndome así, me preguntaron si estaba enfermo y yo, les contesté:

27 Nota del editor: parece ser que a continuación falta algo de texto.

—¡No estoy enfermo, pero me parece que hoy es el último día que estamos juntos! Si los patrones no arreglan hoy mismo commigo, mañana me voy a Buenos Aires.

La noticia corrió como un relámpago por toda la casa y ya andaban haciendo cálculos para darme una cena de despedida todos los compañeros de la casa esa misma noche, en el «Savoy Hotel». Parece que los patrones se enteraron también, porque me llamaron al escritorio y, a puerta cerradas, tuvimos una agarrada bastante violenta; como me pedían una semana de plazo, les contesté en seco:

—¡¡No señores!! ¡¡No los espero más!! ¡¡Mañana, me voy a Buenos Aires!!

Jamás los vi tan desconcertados. Quisieron disuadirme, pero no les aflojé y salí del escritorio, dando un portazo. Pasé a la fábrica, lie el paquete y me fui, sin despedirme de nadie. Cuando llegué a lo de Cativiela empecé a arreglarle la maleta y el baúl, ante la sorpresa de mis paisanos.

Pero a la media hora y cuando ya tenía todo pronto, paró un auto en la puerta y se apareon mis dos patrones. Traían para firmar dos ejemplares de un mismo tenor, del dichoso contrato.

Nos sentamos en torno a una mesa, leímos las cláusulas y como no había nada que tachar, los firmamos y todo quedó satisfactoriamente arreglado. Mis patrones, ya tranquilos, nos invitaron a dar una vuelta en auto, aceptamos y fuimos a parar, como era de prever, al «Bar Florida». Allí esperaban unos amigos el resultado del incidente y, al ver los contratos firmados, se destaponaron unas botellas de champán y brindamos por la felicidad de todos los presentes y por la buena marcha del «Bar Florida». Así terminó la incidencia del contrato y que estuvo a punto de marcarme nuevos rumbos... ¡¡Oh, la negligencia chaqueña!!

Alquilé una casita, traje a mi familia y, al fin, pude instalarme tranquilamente, rodeado de mis seres queridos, después de once meses de ausencia.

Cuatro años vivimos en Resistencia, los cuatro años más tranquilos y más felices de mi vida; ningún contratiempo, ningún disgusto y acumulando buenos pesitos: ese pequeño capital sería la base de mi emancipación.

Los dos amigos de «La Verdad»

En el «Bar Florida» se reunían los dirigentes y jugadores del famoso cuadro «FOR EVER», varios años campeón chaqueño de fútbol; como no había otras diversiones, todas las tardes de los domingos me iba a la cancha. El «plato fuerte» lo constituía el partido entre «For Ever» y «Sarmiento», que eran los mejores. También concurrían poetas, literatos y periodistas. Entre estos últimos, había dos muchachos inteligentes, que dirigían el diario socialista «La Verdad». Andaban siempre juntos y, además de sus actividades literarias, tenían representaciones comerciales. Los amigos, que eran muchos, los llamaban en son de cachada «Los Amigos de La Verdad».

Otro personaje había en la casa, que atendía la caja registradora, Juan de Dios Mena; pero lo llamábamos «el Negro Mena». Poeta de corazón, enseguida se encariñó conmigo y ya nos trenzamos en una controversia poética; para él, los versos tenían que ser como hachazos, fuertes, secos y sacando chispas y astillas por el aire; cuando yo le enseñé algunas composiciones mías, me las ponderó y me las criticó, pero le gustaron; después, me dio a leer un verso suyo. «El zonzo Miranda» a mí me gustó mucho, mucho y lo felicité; allí nos hicimos grandes amigos.

Él fue quien me presentó a «Los Amigos de La Verdad», que después de hablar un ratito conmigo, me pidieron que colaborara con ellos y que me entregaran el movimiento gremial, ya que yo estaba empapado en esas luchas sindicales. Acepté su propuesta y entré de lleno a sacudir el polvo a todo el mundo. Esto fue para mí una distracción, al mismo tiempo que despertaba mis veleidades literarias.

Pero, al poco tiempo, se declararon en huelga los albañiles de la ciudad y los amigos Benavento y Manfredi, directores de «La Verdad», me pidieron que me ocupara de aquel asunto; que lo hiciera ocultamente pues si me descubrían, no me permitirían entrar en sus asambleas; a ellos no los dejaban entrar.

Así lo hice y el diario «La Verdad» era el único que sacaba y orientaba a los patronos y obreros a un arreglo amistoso, pues la huelga tomaba un cariz bastante violento. Me introduce entre los huelguistas, que se reunían en una casa vieja en las orillas. Tomé parte en las discusiones y traté por todos los medios de suavizar las

asperezas. Un día me llenó de satisfacción, al ver que todos los huelguistas leían «La Verdad» y comentaban elogiosamente las crónicas que en él salían. Todos preguntaban: ¿quién será el que los enterá de todos nuestros pasos?

Una noche observé que habían traído cuatro «carneros», los tenían en un rincón. Parece que los habían castigado y los habían curado; allí estaban los cuatro infelices, vendados y acoquinados.

Empezó la asamblea y uno de los oradores dijo que habían atajado a muchos lecheros, que les tiraron la leche en la zanja y los mandaron de vuelta al tambo (grandes aplausos y bravos, sonaron en el auditorio).

Uno de los obreros, que me conocía, me dijo al oído:

—¿Quiere hacer uso de la palabra, compañero?

—¡No estoy preparado! —, le contesté.

—¡No importa compañero...! ¡Lo voy a presentar!

Y alzando la voz, exclamó:

—Compañeros: está presente entre nosotros un obrero de Buenos Aires. Se trata del maestro del «Bar Florida» que ha venido a nuestra asamblea y le he pedido que nos diga algo. Él está muy acostumbrado a estas cosas y nos puede dar «una manito».

Todo los ojos, se fijaron en mí, recorrió la asamblea con la mirada y cuando se hizo el silencio, hablé así:

—Compañeros albañiles: Hoy recién me enteré de vuestro paro y, sin embargo, llevan ya tres días de huelga. He notado que el ambiente está muy caldeado y he notado también que han acudido a la violencia. Está bien atajar a los «carneros», que tratan de traicionar el movimiento y si tienen la cabeza dura, con un buen garrotazo se les ablanda (grandes risas coronaron estas palabras, pues hasta los mismos «carneros» se miraron y se rieron). Pero... compañeros: eso de atajar a los lecheros y tirarles la leche en la zanja, eso está mal hecho. ¡¡Muy mal hecho!! Solamente un espíritu malvado puede hacer tamaña barbaridad... En primer lugar, perjudicáis al pobre lechero, que se levantó a media noche para ordeñar las vacas y cuando llegaba al pueblo, alegre y contento, a vender la leche para llevar a su señora y sus hijos el pan nuestro de cada día, salen ustedes a la cruzada, lo

despojan del fruto de sus sudores, lo tiran a la zanja y lo mandan de vuelta a su hogar campero, triste y amargado. Compañeros: en ese hogar han pasado mal día hoy. ¡No repitan eso compañeros! Con esos actos no se ganan las huelgas. Además, se exponen a que intervenga la policía y los lleve a todos presos y sobrevenga un fracaso rotundo. En segundo lugar, esa leche que arrojaron a la zanja era el único alimento de muchos ancianos, de muchos enfermos y de muchas criaturas. No hay derecho compañeros a hacer daño a nadie por el solo gusto de hacerlo; eso es ir en contra de la humanidad (un silencio profundo reinó en la asamblea, todos me miraban como avergonzados, comprendí que había cargado las tintas demasiado y cambié de tema, para levantar los ánimos). Permítanme compañeros que les haga una pregunta: ¿han presentado ya el nuevo pliego de condiciones a los constructores? (hubo otro silencio muy largo). Ese silencio me dice que no han presentado nada. Sin embargo, por ahí se empieza, por hacer un petitorio y darle publicidad por los diarios: esa será la base para llegar a un acuerdo amistoso; para hacer el pliego tendrán que nombrar una comisión, en esta misma asamblea, que entre de lleno a ese fin.

Después que terminé, se formaron varios grupos y, después de muchas consultas, se redactó el pliego y se levantó la sesión.

Cúpole a «La Verdad» el honor, de publicar el resultado de aquella asamblea y el pliego de mejoras presentado a los constructores.

Hice también una crónica muy amplia, aconsejando a los albañiles tener paciencia y constancia, y saber esperar. Al mismo tiempo, hacía un llamado a los constructores para que leyieran y estudiaran aquel petitorio obrero y trataran de llegar a un acuerdo con los albañiles.

El tiraje de «La Verdad» se multiplicó, pues era el único diario que se ocupaba de la huelga. Y a raíz de estas publicaciones, los constructores entregaron a todos los diarios un contrapliego. Se confrontaron los dos pliegos y salió un segundo pliego obrero en todos los diarios; se remataron con una comisión de patronos y obreros, discutieron ampliamente y llegaron a un acuerdo amistoso, sin haber y, eso fue lo más lindo, ¡¡ni vencidos, ni vencedores!!

Los directores de «La Verdad», Manfredi y Benavento, quedaron encantados de mi pequeña colaboración y como un agradeci-

miento publicaronme algunas poesías en el diario; parece que gustaron porque una de ellas la repitió «La Vanguardia» de Buenos Aires, el diario del Partido Socialista.

Como comprenderá el lector, todo esto me llenó de satisfacción.

Un duelo famoso

Entre los muchos amigos que tenía, estaba incluido el campeón de boxeo, el joven José Cabrera.

Este gran muchacho quería aprender el oficio de confitero y lo hice entrar de ayudante conmigo. Era guapo en verdad para el trabajo y tenía mucho entusiasmo para aprender; pero los muchos golpes que recibía en la cabeza le hacían perder la memoria y se olvidaba de las recetas de un día al otro.

Un día se me acercó nervioso y me dijo:

—Maestro: hay dos lavacopas, que se quieren matar a puñaladas por una pizpireta que los trae locos; se trata de la sirvienta de al lado. ¡Llámelos, maestro! A usted lo respetan mucho y a lo mejor los arregla. Si no, esos brutos... ¡¡se matan!!

El asunto era grave, los dos la querían y los dos se trataban mutuamente de «traidor y falso amigo». Pero ella, la gran coquetona, ¡afilaba con los dos!

José Cabrera traía un paquete y me dijo que se entrenaba esa misma tarde en el escenario del «Teatro Olimpo», a telón bajo pues tenía una pelea para la semana entrante. Si usted me quiere ver, maestro...

Tuve una idea y se la propuse a Cabrera:

—¿Qué te parece si los llevamos a los dos al «Teatro Olimpo», les ponemos los guantes para que se den una buena paliza y, después, los reconciliamos con un abrazo como hacen los boxeadores? ¿Qué tal?

Cabrera largó una carcajada larguísima y se mostró encantado. Enseguida se fue a buscarme a uno de los rivales y me lo trajo, diciéndole:

—¡El señor maestro quiere hablarle!

Y yo le hablé así:

—Mirá chamigo: vos tenés toda la razón del mundo; ese desgraciado es un traidor, un falso amigo; y eso ¡no tiene perdón de Dios! Vos tenés que castigarlo duro, pero duro y parejo, sos más hombre que él y lo vas a revolcar pero no a cuchillo, no, a trompada limpia, pero con los guantes de Cabrera. Yo seré tu padrino. ¿Aceptás?

—¡Pero cómo no, maestro!

—Bueno, bueno, ya está. A las doce, cuando salgamos, los dos al «Teatro Olimpo».

Se fue el muchacho entusiasmado y Cabrera, más entusiasmado que nadie, me trajo al otro contrincante. Cuando lo tuve adelante, le hablé así:

—Mira chamigo: vos tenés la razón; ese atorrante te la está jugando sucio y tenés que meterle una soberana paliza; porque vos podés, sos más hombre que él; no hay más que verle la cara, si parece alimentado «con leche de burra». Lo que sí te digo, que la pelea será con los guantes de Cabrera: él mismo será tu padrino. ¿Querés?

—¡Encantado, maestro! ¡Lo voy a dejar dormido!

Se prepararon todos los detalles. Sólo estaríamos los dos rivales, los dos padrinos, un juez, un periodista para hacer la crónica y los compañeros de trabajo.

Pero, cuando llegamos al escenario del «Olimpo», lo encontramos atestado de público.

El señor Vega, dueño del teatro, se enteró de la pelea y ahí nomás invitó a todos los amigos que quisieron entrar a ver el espectáculo.

Recién allí nos enteramos que los peleadores, «para tener más fuerza» y más coraje, se habían tragado dos platos de tallarines, con un litro de vino cada uno.

Cabrera, protestó:

—¡Con semejante calor, se han atracado de tallarines y vino! ¡Ustedes van a reventar! Será mejor dejarlo para otro día.

Los rivales no quisieron esperar más; el público protestó también y no hubo más remedio que hacer la pelea. Para no faltar a la moral y como se habían colado también algunas mujeres, se pusieron los

calzoncillos al revés; es decir, con la culera para delante y bien sujetos con un cinturón.

Sonó el «gong» (una lata de kerosén) y empezó la pelea. Pero tan pronto cambiaron unos golpes, noté que mi pupilo llevaba las de perder. Era petiso y gordo, y quería pegar en la cabeza; pero el otro, más alto, más flaco y con los brazos más largos, peleaba de distancia y castigaba a su placer. Los espectadores se entusiasmaron y empezaron a animar al alto, mientras yo estaba furioso porque mi pupilo recibía golpes y más golpes. De pronto, mi pollo cayó al suelo y Cabrera empezó a contar; pero yo lo estorbé, protestando, que mi pupilo se «había resbalado»... y que parara la pelea, para ver si se había lastimado (risas y protestas). Cabrera gritaba que la pelea estaba definida por «Nocau», no por resbalón.

—¡¡Fue resbalón!!—, gritaba yo.

—¡¡Fue «nocau»!!—, gritaba Cabrera.

—¡¡No señor!!

—¡¡Sí señor!!

—¡¡Usted no sabe nada!!

—¡¡Cómo no voy a saber; si soy el campeón chaqueño!!

—¡¡No se lo discuto, pero fue resbalón y no «nocau»!!

—¡¡Vea maestro; usted me enseñará de confitero, pero a boxear, jamás!!

Mientras Cabrera y yo discutíamos, el público se reía y mi pollo reaccionaba; y eso, precisamente, buscaba yo con la discusión... Se reanudó la pelea, pero mi pollo recibía de nuevo golpes y no pegaba ninguno. Viéndolo en peligro, me dirigí al que tocaba el gong y le grité:

—¡¡Pero usted, qué está haciendo!! ¿Cuánto llevan ya peleando?

El hombre aquel tocó el gong y se paró la pelea. Me llevé al rincón a mi pollo y, después de secarle el sudor, le dije en voz baja:

—¡¡No seas zonzo!! Vos lo que querés es castigar en la cara y no llegás, cambia de táctica. Amagarlo con la izquierda a la cara y de pronto: ¡¡pum!! mandale un directo, con todas tus fuerzas, al estómago. ¡¡Con toda tu alma!!

—¡¡Está bien, maestro, así lo haré!!

—¡¡Segundos fuera!!

Sonó el gong y mi pollo, ante la sorpresa general, se levantó y salió del rincón como un indio, llegó al otro rincón donde el contrario quedó sorprendido por tal actitud; el petiso le dirigió con la izquierda un golpe a la cara; el alto levantó los brazos para cubrirse, dejando al descubierto todo el pecho; y el petiso le mandó un feroz puntazo al estómago... El alto puso cara de angustia, se dobló para abajo y de pronto... lanzó todos los tallarines y el vino que había tragado. Mi pollo se desconcertó un poco, pero, de pronto, se descompuso también y a su vez lanzó todos los tallarines y el vino. Aquello fue algo desconcertante, pero yo me adelanté y grité:

—¡¡Señores!! La pelea ha terminado. No hay vencedor ni vencido. Invito a los muchachos a que se abracen y sean buenos amigos
¡¡Vengan muchachos, un abrazo!!

Se abrazaron los rivales, que presentaban un estado calamitoso, y empezamos a salir del escenario del «Olimpo».

El señor Vega, dueño del teatro, se me acercó y me dijo:

—Vea maestro: nunca me he reído tanto como hoy; es usted «un tramposo» de primera línea; sus pupilos jamás perderán una pelea; si a usted lo dejan actuar a carta blanca, como lo hizo hoy.

Cabrera, protestaba gritando:

—¡¡Me han robado la pelea!!

—¡Callate pavote! ¿Acaso esto fue una pelea?

Y agregué:

—Estos dos muchachos se iban a coser a puñaladas por una «zaparrastrosa», que los traía locos. Se han dado cuatro guantazos, se han sacado los tallarines y el vino, se han dado un fuerte abrazo y ahora serán grandes amigos. ¡¡Y aquí no ha pasado nada!!

El señor Vega exclamó:

—¡¡Hombre!!, usted sería un buen director para Cabrera; a este muchacho lo hacen pelear por una miseria y lo explotan miserablemente. Diríjalo usted maestro.

—Cómo no, si él quiere.

—¡Aceptá, José, aceptá!

Cabrera sonrió y, después de pensar lo, exclamó:

—¡Cómo no maestro, de mi parte, encantado!

De esta forma tan simple, me convertí en director de José Cabrera, por bajo cuerda, se entiende, y le hice pagar bolsas que jamás había soñado.

Vaya un ejemplo: nos visitó Juan Pirchi, campeón correntino de boxeo, para organizar una pelea con Cabrera; según nos dijo, los promotores ofrecían cincuenta pesos al ganador y treinta al perdedor. Después de discutir un largo rato, llegamos a la conclusión de que por menos de ciento cincuenta pesos, cada uno, no pelearían. Los promotores pusieron el grito en el cielo y los amenazaron con no darle más peleas, y mientras les negaban tal bolsa hacían una propaganda intensa. Los dos boxeadores estaban asustados por el cariz que tomaban las cosas, pero «supieron esperar» con una tranquilidad pasmosa, que desconcertó a los promotores, y ocho días antes de la pelea obtuvieron la bolsa de ciento cincuenta pesos cada uno. ¡¡Hasta les parecía mentira ganar tanto!!

Hicieron una pelea brava, se castigaron fuertemente, había mucho público y se cobraron las entradas a cinco pesos; ganó Cabrera por escaso margen de puntos; el público gritaba con delirio durante las doce vueltas; fue un éxito grandioso, de entusiasmo y boletería.

Al día siguiente, vino Pirchi a despedirse de nosotros, muy agraciado por mis buenos consejos y agregó:

—Bueno chamigo: cuando tenga otra pelea te pediré consejo; así, vale la pena darse unos cuantos guantazos, si después se lleva uno en la cartera ciento cincuenta pesos.

—Juancito— le dijo Cabrera—, la próxima será en Corrientes.

—Sí pues, chamigo!

Muchas peleas se organizaron con buen resultado; pero nadie sabía que yo era el consejero y propagandista; dicha propaganda la hacía en verso y en forma de contrapunto le daba un resultado espléndido.

De los muchos romances que hice, encuentro al azar uno que compuse para la pelea de Pirchi y Fleitas, a realizarse en Corrientes,

y que me servirá de modelo para ilustrar a mis lectores en forma que encuadraba dicha propaganda.

Contrapunto pugilístico

Personajes: Juan Pirchi, Martín Fleitas y un grupo de «Hinchas».

Lugar: El cafecito del arrabal correntino; sobre las mesas, muchas botellas vacías, vasos, platos, etc., etc. Suenan guitarras y aplausos.

Fleitas (cantando): ¡Oh, campeón correntino!

¿Conmigo vas a pelear?

Pirchi (contestando): Por la forma de cantar
se ve, que sos muy ladino.

Fleitas (altivo): Yo soy campeón del Chaco.

Por eso vengo a Corrientes
a hacerte sonar los dientes
con mi puño, «que es un taco».

Y si empiezo a dar sopapos
con fuerza y con anhelo
hago rodar por el suelo
a los titulados, «Guapos».

Dígalo si no, Cabrera,
el «Tigre» del pugilato,
a quien lo dejé más chato
que chancleta de portera.

Has de tener mucho ojo
pues si me dejás un blanco
te entro, de frente y de flanco
y fuera del ring te arrojo.

Pirchi (burlón): ¡No grites tanto, salvaje!

Que si tu puño, «es un taco»
para mí, «sos un macaco»,
reportá pues tu lenguaje.

Ni me asustan tus bravatas
ni tengo miedo a tus gritos;
tengo brios infinitos
para pararte las patas.

¿Me vas a sacar del ring?

Tengo puños, fuerza y peso
y, «sólo Firpo hizo eso»...

¡Vos, no podrás, malandrín!

Fleitas: En el ring te voy a ver
lagrimoso y tambaleante
y al mismo don Luis Diamante²⁸.
Pirchi (risueño): ¡Y dale con las bravatas!
Ja, ja, ja... me hacés reír
porque a vos, te va a salir
el tiro por la culata.
Fleitas (fanfarrón): ¡Esta noche nos veremos!
¡Te van a sacar en coche!
Pirchi (cachacero): ¡Nos veremos esta noche!
Y haremos, lo que podemos.
Fleitas (nervioso): ¡Te voy a hincar de rodillas
veinte veces, esta noche
y te sacarán en coche!
Pirchi (burlón): Pues vos... saldrás en camilla,
porque te voy a pegar
sin compasión, fuerte y duro,
y, de yapa, te aseguro,...
¡¡que te voy a hacer sonar!!

(Intentan irse a las manos. Los amigos e hinches,
los sujetan. Ruedan mesas, se rompen botellas y
vasos... gritos... confusión).

Se callaron las guitarras
y se alzaron los cantores
ante los espectadores
con sus estampas bizarras.
¿Quién de los dos vencerá?
Preguntaban los presentes...
y, alguien susurró entre dientes:
«Eso, después se verá».

Pluma de Ave

Con este seudónimo, que todavía uso, firmaba mis contrapuntos
y otros romances por el estilo.

28 Nota del autor: nombre del empresario.

Cachadas deportivas

Presenciando un día un encuentro entre chaqueños y correntinos, José Cabrera me presentó a un amigo periodista, cronista deportivo del diario «El Territorio», llamado Plo y sobre el puchito nomás, Polo me pidió cachadas deportivas para su diario, pero que las hiciera en verso.

Accedí muy gustoso y empecé a cachar a todo el mundo. Y sucedió que un día tomé por el churrete a un amigo mío; a Fernando Nadal Gahn, que era *referee* y sobrino de mi patrón, don José Gahn.

Le vi entrar en la cancha, con una maleta grandota en cuya tapa tenía un hermoso monograma, con las letras F. N. G. en color dorado y entrelazadas.

El tema era tentador y le compuse un romance que hizo furor.

Recuerdo que fui a la iglesia de San Fernando, donde Pascual Cativiela pintaba unos altares; antes de entrar, me fijé que el templo estaba sin revocar y no tenía torre; me causó gracia ver una iglesia sin torre y sin revocar; sin embargo, en el ángulo derecho del frente había dos pilares. Sobre los dos pilares, una viga de quebrachos y, colgando de la viga, una campana.

Entré y, con gran sorpresa, me encontré a Fernando Nadal Gahn rezando muy devotamente, al pie de San Fernando. No quise interrumpir su devoción y después de hablar con el pintor me retiré silenciosamente. Me fui a «El Territorio» y le entregué a mi amigo Polo, el romance que sigue:

UN GRAN PITO

El *referee* Nadal Gahn
es un juez muy superior.
El domingo fue a la cancha
currutaco y compadrón;
todo vestido de blanco
y con un gran valijón
que más bien que *referee*
parecía un corredor.
La gigantesca valija
era de color marrón
y llevaba un monograma
de tres letras: ¡un primor!

Y eran F. N. y G.
y según dijo un señor
querían significar
tres títulos de blasón.
La F... «Fenomenal».
La N... «Nivelador».
y la G ... «Grandilocuente»...
Yo siempre fui observador
y me arrimé al vestuario
para poder ver mejor.

Y vi... que Nadal tenía
oculto en el valijón:
el libro de reglamentos,
pito, saco, pantalón,
un revólver con seis tiros,
yodo, vendas, algodón,
alcohol, agua oxigenada
y una botella de ron.

Me alejé del vestuario
más tímido que un gorrión
¡¡Cualquiera le dice nada
a este juez tan previsor!!
Pues con tales argumentos
asusta hasta un batallón.
Yo, por mi parte diré
que es *referee* de mi flor
que es de todos los que actúan
¡¡Lo mejor de lo mejor!!

Y los mismos jugadores
dicen con admiración
al terminar los partidos:
¡¡Qué *referee*, vive Dios!!
Toca el pito como nadie
y aunque cometa un error
se le puede disculpar...
¡¡Aunque nos anule un gol!!
Pues trae unos argumentos
que asustan a un batallón...
y aquel que no esté conforme
que revise el valijón

Ahí nomás, caerá de espaldas...
¡¡Panza arriba y cara al sol!!

Al día siguiente salió la cachada en «El Territorio» y los amigos de Nadal Gahn, que eran muchos, lo felicitaban, dándole palmitas irónicas, mientras él andaba furioso, porque ignoraba «quién era el autor» de la «cachada».

Estaba yo trabajando lo más tranquilo cuando vino a la fábrica don José Gahn y mostrándome el diario me preguntó si era cierto que yo había escrito aquello. Como tenía confianza con él, le dije que sí. Me felicitó y se fue.

Media hora más tarde, fui a llevar un postre y los «Forvistas» del salón me hicieron una ovación ruidosa; como por arte del demonio, entró en ese mismo instante Nadal Gahn; otra ovación más fuerte saludó su entrada, acompañada de chistes y risas. Yo me quise escabullir, pero me atajó «el Negro Mena» para preguntarme si conocía a un tal *Pluma de Ave*. Como yo negaba con la cabeza, se armó un griterío en el salón. Nadal se plantó frente a ellos y gritó furioso:

—¡¡Yo quisiera saber, quién ha sido el «atorrante», que ha escrito eso, para romperle los huesos...!! ¡¡Lo juro!!

«El Negro Mena», siempre cachador, me preguntó:

—¿Qué opina de todo esto, maestro?

—Yo no comprendo lo que está pasando!

—A este buen amigo, le han escrito una cachada, y no sabe quién fue.

—¡¡Algún atorrante, que no tiene en qué ocuparse!!—, vociferó Nadal Gahn.

—¡¡Eso mismo digo yo, un atorrante!!—, repitió Mena, y me preguntó a mí:

—¿Qué haría usted, si estuviera en su lugar?

—¿Yo?—, le contesté. Yo no me he visto nunca en ese trance.

—Y si se viera, ¿qué haría?

—¡¡Le rompería los huesos!!

«El Negro Mena» y todos los clientes largaron la risa y yo me escapé a la fábrica, temeroso de ser descubierto.

Yo creí que la broma terminaría allí, pero no fue así. La muchachada chaqueña, siempre en tren de farra, ensayó al compás de una guitarra aquél romance y una noche se acercó a la casa de Nadal Gahn y le cantaron el dichoso romance, con acompañamiento de guitarra.

De pronto, se abrió la ventana, apareció en ella Nadal Gahn y les tiró a los cantores un balde de agua por las cabezas; como si esto fuera poco, sacó un revólver y les tiró seis tiros al aire.

Aquello fue un desastre. Los muchachos salieron mojados y julepeados a toda velocidad y tan precipitada fue la fuga que rompieron la guitarra.

Al día siguiente, en el «Bar Florida», fueron los comentarios más risueños; pero yo no me arrimé al mostrador para nada, por más que «el Negro Mena», me llamó varias veces.

Corrientes

Así pasaron los felices cuatro años que duró mi contrato de habilitación.

Los socios José Gahn y Alfredo Casamayor se separaron amistosamente, quedando el primero con el activo y pasivo.

Como yo tenía mis ahorros, pedí rendición de mis haberés de habilitado y manifesté mis deseos de retirarme de la casa para establecerme por mi cuenta con una pequeña confitería. En mi lugar quedaría mi excompañero Miguel Pérez, que se salió de la «Chantecler» después de muchos años.

Me fui a Presidencia Roque Sáenz Peña, segunda ciudad del Chaco, situada en la zona algodonera, plaza de gran porvenir y que no tenía confitería.

Inútilmente busqué casa para alquilar en la zona céntrica; desmoralizado por este contratiempo, regresé a Resistencia y, al día siguiente, me fui a Villa Ángela, pero tuve que volverme en las mismas condiciones.

Don José Gahn me mandaba a llamar insistentemente, para ofrecerme otro contrato por cinco años, pues no se mostraba muy conforme con mi sucesor.

Yo no sabía qué hacer, pues a todo trance me quería emancipar y dejar de ser siempre empleado... En estos momentos de indecisión, me visitó mi paisano Antonio Pérez Cativiela; se había enterado de mi salida del «Florida» y venía a proponerme formar una sociedad para explotar los ramos de almacén y confitería en la ciudad de Corrientes, donde él llevaba veinte años de residencia, con almacén, y hasta le habían ofrecido una casa que reunía las condiciones para los dos ramos.

Nos trasladamos los dos a Corrientes para estudiar el negocio sobre el terreno; me presentó a don Mauro Pacella, frente al mercado, y nos fuimos los tres a ver la casa. Francamente, no me gustó la posición, por no estar cerca del centro; se trataba de la casa esquina de Santa Fe y Belgrano; pero por el centro nos fue imposible encontrar otra, así que decidimos establecernos en esa esquina, con almacén y confitería.

Éramos tres socios: Antonio Pérez Cativiela, Cristóbal Morales y Santiago Gastón. La casa se llamaría «El Ebro» y la firma social, Pérez, Gastón y Cía. Y optamos por clisé la decoración de la zarzuela «Gigantes y Cabezudos», de Echegaray y Caballero, que figura en el segundo cuadro, donde los repatriados de la guerra de Cuba, cantan el famoso coro:

Por fin te miro
Ebro famoso
mucho más ancho
y más hermoso.

Era el día 2 de julio de 1930 y para dar más impulso pedimos a Buenos Aires un equipo eléctrico completo para fabricar helados. Y el día 12 de octubre del mismo año, «Día de la Raza», inauguramos la casa con una fiesta familiar.

En esa fiesta conocí al señor Rati, don Ramón Guerra, el mayor Nogueira, el cónsul español en Corrientes, señor Estévez, don Juan de Iriarte, dueño de la «Librería Cervantes», el señor Quirch, gente de la casa «El Vasco» y muchos más, que no recuerdo.

Después de un asado al horno, se armó un bailecito que duró toda la tarde y a mi señora y a mí nos hicieron bailar la jota aragonesa como veinte veces, entre aplausos y vivas. A eso de las siete, se nos presentaron don Pascual Arqué, un aragonés de Gurrea de

Gállego, y señora; con ellos venía también Mateo Brun, ansotano y sobrino del señor Arqué, por línea materna.

Estos dos aragoneses explotaban una industria de panadería y fideería, en la esquina Catamarca y Pellegrini, con la firma Arqué y Cía. Allí conocí a la señora de Arqué y a sus cinco hijos: Julio, Silvio, Pascual, Eduardo, Eulogio y una niña, Lila.

«El Ebro», Almacén y Confitería, al abrir sus puertas, previa propaganda, tuvo un éxito soberbio. Una verdadera romería de público y de autos acudió a probar los helados, masitas y demás confituras; nos hicimos populares y a mí enseguida me bautizaron con el pomposo mote de: «El Rey de los Helados».

Pero... la felicidad nunca es completa y cuando uno cree haberla alcanzado viene el demonio y siembra el mal.

Nuestro hijito Rinaldo, a quien llamábamos cariñosamente «Negrito», un día de lluvia se acostó vestido y le dijo a la madre «que le dolía la rodilla».

La madre le frotó con untisal y le vendó la rodilla, pero al querer moverse, dio un quejido y pidió lo dejara en la cama.

Llamamos al Dr. García, le revisó y nos aconsejó se lo lleváramos al día siguiente al hospital, para sacarle dos placas; pues sospechaba que el mal estaba en la cadera, no en la rodilla.

Así lo hice al día siguiente; allí me encontré con los doctores García, Lorenzo, Castillo, Riera y Maróttoli; todos ellos fueron muy atentos con mi hijito y al revisar las placas me manifestaron que tenía dislocada la cadera y había que enyesarlo inmediatamente.

Traté de armarme de paciencia, me mantuve sereno en la cabecera durante toda la operación, que duró media hora. Lo enyesaron desde el pie, hasta la cintura; como no despertaba por los efectos del éter, lo pusieron en una cama y allí quedé sentado hasta que despertó; todo esto lo sobrellevé con la mayor serenidad, pero cuando lo pusieron sobre una tabla y me lo entregaron para que lo llevara a mi casa, me pareció que me entregaban un cadáver y rompí a llorar desesperadamente.

¡¡Oh, qué terrible momento de angustia!! Aquel niño tan gordito, tan vivaracho y tan inquieto, en media hora quedó convertido en un cuerpo inmóvil. ¡Lo mismo que un tronco!

Ya puede imaginarse el lector, el cuadro dramático, cuando llegué a mi casa, con mi hijo enyesado sobre una tabla. Yo no quiero reproducirlo, hay cosas en la vida tan dolorosas que es preferible no recordarlas en detalle.

Sin embargo, pasadas las veinticuatro horas, nuestro enfermito dejó de quejarse y con los cuidados de la madre empezó a recobrar el apetito y, paulatinamente, se fue acostumbrando a vivir dentro de aquél cascarón; lo tonificábamos con «Glefina», le compramos una vitrola chiquita, varios discos y un mecano y se pasaba las horas distraído oyendo música y haciendo casas y castillos, con sus torres. La madre estaba siempre a su lado, le leía cuentos y conversaba mucho, para distraerlo; fue en esos momentos de intimidad que le confesó a la madre cómo se accidentó:

—¿Sabes, mamita, por qué estoy así, enfermito? Porque aquel día de lluvia que me encontraste en la cama... ¡¡Me caí, mamita, me caí!!

—¡¡Te caíste, hijo mío...!! ¿Y, cómo fue?

—¡¡Jugando a la pelota, mamita!! Estaba solo en la galería, me resbalé y me caí con un pie para adelante y otro atrás... ¡¡No te enojes conmigo mamita!!

—¡¡Por qué no me lo contaste ese día, cuando te pregunté si te habías caído!! ¡¡Hiciste mal!! Esas cosas no hay que ocultarlas.

—¡¡No te enojés, mamita!! ¡¡No le digas nada a papito!!

—Bueno, bueno...

Así terminó aquel diálogo entre madre e hijo...

«El Ebro» trabajaba cada vez más, nuestro «Negrito» mejoraba notablemente y como crecía y engordaba, a los dos meses tuvieron que sacarle el cascarón del yeso, para que descansara diez días; hacía mucho calor y se le habían formado llagas en la piel.

Curadas las llagas, lo enyesaron de nuevo, pero sin dormirlo con éter porque los huesos quedaron perfectamente bien. De nuevo reinó la alegría y así pasamos el verano, vendiendo helados, sin descansar día y noche.

Llegó el otoño, se paralizó la venta de los helados y la confitería trabajaba poco; fue entonces que empecé a buscar casa en el cen-

tro, para mudarnos. Inútilmente buscamos por todos los medios a nuestro alcance. El tiempo, siguió su ritmo normal y pasamos al invierno, un poco triste, por las pocas ventas y por no encontrar casa en el centro.

Al entrar el segundo verano, se repitió de nuevo la romería del público y el desfile de autos; volvió la alegría y la abundancia; pero tan pronto refrescó, se nos presentó una crisis tan aguda, tan terrible, que paralizó las actividades completamente. ¡¡Las cosas, andaban mal!! En estos casos, los socios no se entienden y por cualquier cosita discuten violentamente.

Así nos pasaba a nosotros y cada vez andábamos de mal en peor.

Yo me acordaba de los cuatro años que pasé en Resistencia, tan bien y tranquilos, y empecé a pensar que podría volver al Chaco y empezar de nuevo otra vez; pero mis socios, no solamente se oponían, sino que se agarraban de nuevo a discutir acaloradamente. Las luchas de la vida tienen sus momentos agradables, pero los tienen también muy tristes y muy amargos.

En tal situación, nos pusimos a hacer balance, para saber nuestra verdadera situación. El resultado no pudo ser más desastroso. Hélo aquí:

Capital Activo... \$ 5,972.96

Capital Pasivo...\$ 8,168.55

Capital Líquido...\$ 804,42

DISTRIBUCIÓN

Santiago Gastón...\$ 388.95

Cristóbal Morales...\$ 221.82

Antonio Pérez...\$ 193.65

Capital Líquido...\$ 804.42

¡¡Qué desmoralización tan grande!! Si los acreedores se entraían, nos mandaban de cabeza al remate; por tal causa, había que ocultar la verdad.

Yo me quería ir al Chaco, pero mis socios no se animaban a quedarse solos con el activo y el pasivo, y discutían, discutían, discutían...

Al fin se decidieron por retirarse los dos y dejarme a mí solo, con el activo y el pasivo. Morales se pondría a trabajar de mecánico, que era su oficio, y pedía su parte social en mercadería, porque no había plata.

Antonio Pérez Cativiela se iría de nuevo a la esquina de Aya-cucho y España; donde estuvo veinte años trabajando muy bien y aprovechaba que estaba desalquilada; pedía mercaderías, muebles y útiles, porque no había plata.

De modo que me dejaban a mí solo con aquella deuda tan grande. Lo pensé un rato a solas; después, llamé a mi esposa y le pregunté si se animaba a luchar a mi lado en aquella situación tan difícil. Ella me contestó:

—¡¡Donde vayas tú, iré yo con mis hijos; y si hay que luchar, lucharemos!!

¡¡Nos abrazamos fuertemente y nos besamos muchas veces!!

Cuando volví a donde estaban mis socios, los encontré mudos, sombríos...

Cuando les dije que me quedaba con «El Ebro», respiraron muy hondo y la satisfacción se pintó en sus rostros. Ese mismo día nos sepáramos amistosamente, pero tristemente... ¡¡Habíamos fracasado rotundamente!!

Julio y Córdoba

Como primera medida, cerré las puertas, me vestí y salí a buscar casa por el centro. Anduve dando vueltas y más vueltas, hasta llegar a Julio y Córdoba; esquina que estaba vacía, porque el «Hotel Bristol», de Marín Catié, que estuvo allí muchísimos años, se había mudado a Mayo y Rioja. Entré a ver la casa y me encontré con su dueña, la señorita Alsina; me reconoció enseguida, por ser clienta de «El Ebro», y como tenía muchas ganas de alquilar su casa nos entendimos rápidamente y firmamos un contrato por cinco años.

Con la mudanza se nos fueron los poquitos pesos que teníamos. Además, había que hacer el horno, vitrinas, vidrieras de la calle, instalación de luz, etc. ¿De dónde sacábamos plata para todo esto?

Visité a mi amigo Vicente Bucharelli y le pedí cien pesos para comprar materias primas. Este buen amigo me entregó un billete de cien pesos, nuevito, planchadito. Me fui a casa Lorenzo, hice unas compras y cuando fui a pagar... ¡me encontré el bolsillo vacío! ¡¡El «canario», había volado!! La costura del bolsillo del pantalón donde lo puse estaba un poquito descosida y como el billete era nuevito se deslizó por esa rendijita, suavemente. Muchas vueltas di ese día por el camino andado, mirando siempre al suelo, pero sólo encontré, ¡oh, ironía!, una monedita de cinco centavos. Tuve ideas de darle un puntapié, pero la recogí y la guardé, como un recuerdo ingrato de aquel día tan fatal para mí.

Esa noche, mi señora y yo no conciliamos el sueño. Ella, la pobre, me decía llorando: ¡¡nos persigue la yeta²⁹, Santiago, estamos enyetados!!

En realidad, nuestra situación era difícil: sin dinero, el «Negrito» enyesado, la «Ñatita» iba al jardín infantil, la casa cerrada y sin poderla abrir por falta de materias primas para iniciar; una deuda de ocho mil pesos y pico, toda documentada en pagarés escalonados y sin poder iniciar los trabajos.

Solicité al día siguiente quinientos pesos al Banco del Comercio, con la garantía de una buena firma, y ¡me los negaron! ¿Qué hacer?

Hay un refrán que dice: «Dios aprieta, pero no ahoga».

En la calle Plácido Martínez y Mendoza me encontré con Juancito Desimone, con quien tenía alguna amistad. Le conté mi situación y este buen amigo y gran caballero me entregó un cheque por quinientos pesos, contra el Banco de Comercio.

Con este dinero solucioné todos los inconvenientes. Preparé un buen surtido de masitas y postres, y un sábado, a las cuatro de la tarde, abrimos. Al cerrar la casa, a las dos de la mañana, mi señora y yo quedamos perplejos. ¡¡Habíamos vendido doscientos cincuenta pesos!! Gracias al cheque de Juancito Desimone, la confitería «El Ebro» podía seguir adelante y la yeta había desaparecido del todo... ¿Del todo...? ¡¡No!! Mi «Negrito» empeoró y se puso grave.

29 Nota del editor: Desgracia o mala suerte.

La ciencia luchaba con todas sus medicinas, hizo todo lo que pudo hacer, pero la enfermedad avanzaba implacable y ¡la muerte rondaba en torno a nuestro hogar!

Era el día 27 de junio de 1932, las once de la noche. Rodearon al enfermito tres doctores en consulta: Castillo, García y Lorenzo. Revisaron detenidamente a nuestro hijo, hablaron de la terapéutica general y especial, y del proceso de la enfermedad. Usaban términos científicos que no comprendí y se retiraron, dándole antes una inyección. Los acompañé hasta la puerta, esperando que me dijeran algo. Pero sólo me dieron las buenas noches y se retiraron, dejándome en medio de una confusión terrible. ¡¡La consulta médica se reservaba su opinión!!

La casa se nos llenó de amigos. Venían a acompañarnos en aquel momento de dolor y angustia... Sonó el teléfono, lo atendí yo mismo; era don Pedro Harvey Silva, el farmacéutico de la esquina de enfrente, que me llamaba a su farmacia con urgencia. Pasé, estaba de turno y los muchachos me hicieron pasar a la trastienda. Allí me encontré con los tres doctores de la consulta y el farmacéutico. El doctor Santiago Lorenzo me habló así:

—Tocayo: lo hemos llamado para decirle que su nene está grave. Me toca a mí la triste misión de hablarle, para que se prepare, como padre y como hombre... porque a lo mejor... esta noche...

Noté que se me nublaba la vista, que se me aflojaban las piernas, que me abrazaba el doctor Lorenzo... y oí la voz de Castillo, que decía:

—¡¡Déjalo que lllore, eso le hará bien!!

En efecto, rompí a llorar convulsivamente, hasta que me cansé de tanto llorar. Cuando me incorporé, me encontré solo. Pasé al despacho y los tres idóneos, Samuel, Quincho y Peruco me rodearon muy atentos y me dieron a tomar un vaso de agua, con un gusto raro. Como me disponía a retirarme, me hicieron lavar la cara y peinar la cabeza. ¡Así no podía salir! Estas atenciones me reconforaron. Pasé a mi casa, que estaba llena de amigos bondadosos y...

¡¡A las tres de la mañana el corazón de nuestro «Negrito» dejó de latir para siempre!! Este golpe fue demasiado grande para mi señora y yo; quedamos como dos idiotas... Pero no era lógico aban-

donarse al dolor y no hacer frente a la vida. Allí, estaba la «Ñatita»; teníamos que luchar por ella y para ella, era nuestro deber sagrado trabajar para ella; ya que ella constituía nuestra única esperanza, nuestra sola ilusión, la única alegría de vivir y el único consuelo para nuestras almas, destrozadas por el dolor. Y haciendo un esfuerzo sobrehumano secamos nuestras lágrimas y nos pusimos de nuevo a trabajar.

¡Mucho me costó arrancar a mi esposa de sus recuerdos para que se pusiera al frente del negocio, mientras yo le metía duro y parejo, en la puerta del horno. Teníamos por delante una deuda bárbara que pagar y, vuelta a vuelta, nos llegaba un aviso del banco para levantar el pagaré... ¡¡Cuántos pagarés levantamos, santo Dios!!

Todo cuanto reuníamos era para levantar aquellos malditos pagarés, que no nos dejaban respirar. ¡¡Adelante corazón, adelante, siempre adelante corazón!!

A Dios gracias, cada día trabajábamos más y más; mi señora, con un mozo en el mostrador; yo, con otro mozo, en la fábrica. Y así íbamos capeando el temporal, pero ¡¡cuántas corridas a los bancos!! ¡¡Cuántos avisos llegaban!!

En estos momentos, nos visitó nuestro ex-socio Cristóbal Morales. Nos manifestó deseos de volver a trabajar con nosotros, pues no encontraba trabajo de mecánico y como tenía unos pesos ahorrados, los podría traer a «El Ebro» para aliviar un poco la deuda tan pesada y trabajar más holgado; además, nosotros necesitábamos una ayuda, después de la desgracia que nos había pasado y como ya nos conocíamos...

Le pedimos que nos lo dejara pensar unos días. El trabajo aumentaba cada día más y como él no tenía trabajo, venía todos los días a ayudarnos. Tuvimos un momento de debilidad, debido a las circunstancias, y lo aceptamos como socio. Pero antes de un mes, ya estábamos arrepentidos de la brutalidad que habíamos hecho. Pero el arrepentimiento siempre llega tarde, cuando ya no hay remedio...

Tuvimos que soportar una lucha ingrata, por un rato de estupidez.

Dos años duró la sociedad «Gastón Morales» y era raro el día que mi querido socio y mi esposa no tenían agarradas. Sin embargo,

entre mi socio y yo no discutíamos nunca. Un poder muy grande frenaba mis impulsos: mi hija, la «Ñatita». Por ella sufría y aguantaba todas las impertinencias de mi socio. Hasta que un día le dije:

—Compañero, así no podemos seguir, si usted no se modera un poco nos vamos a separar otra vez y esta vez, será definitivamente...

Lo vi desconcertado, quiso contestarme, pero se calló prudentemente.

La «Ñatita» seguía yendo al Jardín de la Normal por las mañanas; y las tardes la mandábamos al Colegio San José; allí sintió por vez primera tocar el piano y se le despertó una gran vocación por la música. Le compré un pianito juguete de diez teclas, y con gran sorpresa, observé que sacaba muchas musiquillas populares con suma facilidad. Un día, se llevó el pianito al Colegio San José y ejecutó lo que había aprendido solita; la oyó la profesora de piano y cantó la Hermana Palmira. Se encariñó de ella, llamándola «Mi Petaca», y sentándola al piano de estudio, empezó a enseñarle las primeras lecciones de piano, canto y solfeo.

También yo me entusiasmé con ella y alquilamos un pianito de estudio para que estudiara en casa, bajo las bondadosas instrucciones de Madame Dulín, una profesora francesa que daba lecciones a domicilio.

Doña Enriqueta

Un día, recibimos la grata visita de la familia Alegre, de Resistencia. La componían los padres, don Jorge Alegre y doña Enriqueta, y cuatro hijitos: Yolanda, Elsa, Carlos y Coco. Estas criaturas se habían criado con las nuestras en Resistencia, pues éramos vecinos de puerta y jugaban juntos todo el día. Nos querían tanto que nos llamaban tío Gastón y tía Gastona.

El padre era comprador de hacienda de la Cía. Bovril y la madre era una gran pianista, tocaba el piano maravillosamente.

Tan pronto como entraron en «El Ebro», nos abrazaron y besaron efusivamente y nos manifestaron que se trasladaban a Corrientes y venían a pasar el día con nosotros. Muy grande fue su desconcierto cuando se enteraron que había fallecido el «Negrito»,

a quien ellos querían con locura. Fue un momento de profunda emoción para las dos familias; recordando los años felices que habíamos pasado en la capital del Chaco... Pero ante lo irremediable, nada se podía hacer. Don Jorge salió a unos asuntos, mi señora se fue a la cocina a preparar el almuerzo, las criaturas se fueron a jugar al patio; y doña Enriqueta, a la que encontré delgadita por demás, se sentó al piano, como era su costumbre.

Me acerqué a ella y le pregunté:

—¿Qué va a tocar?

Acarició las teclas, me miró con aquellos ojos tan tristes que tenía, y me contestó muy quedo:

—¡Pobre «Negrito»!! Cuánto le gustaba oírme tocar el piano; recuerdo que siempre me pedía que tocara «Desde el Alma», el hermoso vals de Risita Melo... ¿Me permite don Santiago? Voy a tocar «Desde el Alma» recordando a su «Negrito». No tema que nos oiga desde la cocina doña Antonia, lo tocaré muy suavemente, como a él le gustaba, suave y lentamente...

Calló un momento, e inclinándose sobre el teclado, ejecutó el hermoso vals «Desde el Alma», tan delicadísimamente que sus notas armoniosas quedaron encerradas en el salón de la confitería.

Cuando terminó, nos miramos... sus ojos y los míos estaban llenos de lágrimas... Cerró el piano y con una voz débil y temblona, exclamó:

—¡Pronto iré a reunirme con él!!

—¡Doña Enriqueta!! ¿Qué es lo que está diciéndome?

—¡La verdad, don Santiago!! ¡He adquirido un mal, que no perdona!! Los médicos me quieren mandar a las sierras de Córdoba; dicen que allí, me curaré... Pero yo sé muy bien que mi mal no tiene cura; me paso noches enteras sin dormir, pensando en mis hijos. ¿Qué será de ellos cuando yo me vaya?

Esta dolorosa confesión, hecha en aquel momento en que mi corazón sangraba todavía, me produjo un efecto desastroso, aplastante.

Miré a mi vieja amiga y recién entonces noté que estaba muy flaca. Sus espaldas se inclinaban un poquito; su cara estaba muy

pálida y sus ojos muy hundidos y rodeados de ojeras azuladas; en realidad, me dio espanto su estado, pero traté de animarla y le serví una copita de vino oporto; se lo tomó de un trago y me pidió otra, mientras lo tomaba a sorbitos, me recomendó:

—¡¡Por favor, don Santiago!!, no diga nada en la mesa; mis hijos ignoran la verdad de mi estado y le suplico que trate de alegrar el almuerzo con algún cuento, de esos tan graciosos que usted sabe, para disimular el dolor que nos agobia.

Se alejó lentamente, en dirección al baño, para lavarse y peinarse y, así, disimular que había llorado.

Quedé solo en el salón y empecé a poner la mesa para las dos familias. Una angustia mortal invadió todo mi ser. En la garganta, se me formó un nudo que me asfixiaba. Corré al mostrador, llené una copa de coñac español «El Marqués del Mérito», me lo tomé de un solo trago y exclamé:

—¡¡Hay que vencer al dolor!! ¡¡No es posible abandonarse en las batallas de la vida, aunque nos aceche la muerte!! ¡¡Hay que ser más fuerte que el dolor!! ¡¡Adelante corazón, siempre adelante!!

Y terminé de poner la mesa.

El tiempo siguió su ritmo normal. La familia Alegre se ubicó en Corrientes. Alguna vez nos visitábamos, pero el mucho trabajo nos retenía continuamente esclavos y pasamos una temporadita sin vernos, hasta que un día... nos llegó una carta de las sierras de Córdoba. Era de doña Enriqueta. En ella nos decía que le faltó coraje para despedirse de nosotros; que éramos sus más grandes amigos; que no tenía esperanzas de volver a Corrientes; y que se despedía por carta, con lágrimas en los ojos y cubriendola de besos. Después de firmarla, nos recomendaba: ¡¡sigan siendo para mis pobres hijos, el tío Gastón y la tía Gastona... en recompensa, cuando llegue al cielo, buscaré al «Negrito» y le tocaré el hermoso vals, «Desde el Alma», lentamente, suavemente, como a él le gustaba!!

Como no nos mandó dirección, no contestamos. Tampoco visitamos a la familia, imaginándonos el cuadro que encontraríamos. Pero a los pocos días, nos llegaron los cuatro hijitos enlutados...

Al vernos, se nos colgaron del cuello, llorando y gritando:

—¡¡Tíos, mamita ha muerto en Córdoba!!

Cuando el dolor aprisiona en sus garras a una familia es difícil escaparse de sus afiladas uñas, porque las clava despiadadamente, como si sintiera un placer sadista, mortificando las almas.

Aquellas cuatro criaturas nos cayeron como cuatro pichones caídos del nido. ¡¡Pobres guachitos!!

Después de los lloros, nos entregaron una carta del padre, donde nos decía que salía precipitadamente para Córdoba y nos pedía guardáramos a sus hijos hasta la vuelta.

Me acordé de la finada, cuando aquel día que tocó «Desde el Alma» me recomendaba alegrar el almuerzo y pensé: por segunda vez les contaré en la mesa algún cuento chistoso, para arrancarlos de las garras del dolor. Frente al dolor, no hay que achicarse, al contrario, ¡¡hay que luchar, hasta vencerlo!!

¡¡Adelante corazón, siempre adelante!!

Regresó el padre de Córdoba y enfrentó valientemente la vida. Pero eran tan chiquitos los hijos que no podían gobernarse a sí mismos y nos visitó otro día para decirnos que faltaría una semana y que a la vuelta buscaría la solución para llenar el gran vacío. ¿Qué podíamos decirle a aquel hombre? ¡Nada, absolutamente nada! Demasiado comprendíamos nosotros que lo que necesitaban las criaturas era una mujer que hiciera las veces de madre.

Y así fue, porque al regresar de Córdoba nos presentó a su segunda esposa, Juanita, maestra cordobesa, que nos produjo una impresión agradable al primer golpe de vista y, por Dios, que no nos equivocamos, pues en vez de una «madrastra» resultó una verdadera «madre».

Un hijito varón nació de este segundo matrimonio, Omar, que fue el benjamín de la casa y que hizo entrar a raudales la alegría, ahuyentando al dolor.

El mejor puntal para sostener un hogar, es una buena mujer, una madre; y Juanita fue «las dos cosas».

Más adelante me ocuparé de estos purretes, pues las dos niñas iban juntas a la Escuela Normal de Maestras con mi «Ñatita», se querían como hermanas y se ayudaban mutuamente en los deberes escolares.

En las batallas de la vida, lo mismo que en las guerras, hay muertos y heridos, pero los que quedan siguen su marcha adelante. ¡Siempre adelante, corazón! Otro luto empeñó nuestras vidas; don Pascual Arqué, nuestro amigo y paisano, falleció después de una larga enfermedad. Su desconsolada esposa, doña Clara, y sus seis hijos enfrentaron la vida cara a cara. Al enterarme de esta noticia, exclamé: ¡¡Adelante corazón, siempre adelante!!

Dos socios divisibles y una silla indivisible

Durante los dos años que trabajamos en sociedad con Morales, «El Ebro» mejoró económicamente; mi socio, en cambio, fue de mal en peor con sus caprichos sonhos. En realidad, yo no sé qué diablos le pasaba a aquel hombre; para mí que se mareó, al ver que nos íbamos levantando paulatinamente y la deuda atrasada no pesaba ya tanto. ¡Qué sé yo, lo que le pasaba!

Una mañana que estaba yo en el horno, trabajando lo más tranquilo, llegó mi señora muy nerviosa y me dijo tartamudeando y llorando:

—¡Che, Santiago: yo no piso más al mostrador! Acabo de tener una discusión violenta con el socio. ¿Sabes lo que me ha dicho? Que me estoy metiendo en lo que no me importa y que vaya a la cocina. ¿Qué te parece?

—¡Está bien!—, le contesté. Andate a la cocina y dejámelo por mi cuenta.

Me fui al mostrador y, sin mediar discusión, le dije:

—¡Compañero, basta!! Hasta aquí lo aguanté, pero no aguento más. ¡¡No quiero tenerlo más como socio!! ¿Está bien?

—¡¡Está bien!!—, me contestó. Yo también quiero estar solo. Así que hoy mismo llamamos al tenedor de libros, hacemos balance general y nos sepáramos. Pero con una condición: el que queda con la casa tiene que pagar «en efectivo» al que sale. ¿Acepta, Gastón?

—¡¡Aceptado, aceptado!!!

Regresé a la fábrica y mientras metía y sacaba latas en el horno no hacía más que pensar: el que queda con la casa tiene que pagar «en efectivo», al que sale. Yo no tenía dinero en efectivo, pues no

había hecho otra cosa más que pagar, pagar y pagar. ¿Acaso tendría el dinero? ¿No pretendía quedarse con la casa y echarme a la calle, con unos miserables pesos? Y como si esta idea mortificante fuera una realidad, me dije para mí mismo: ¡Ponete en guardia Santiago! ¿De qué me serviría haber cinchado y pagado tanto, para hacerle el «caldo gordo» a mi socio?

Al medio día, después de almorzar, llegó el tenedor de libros y empezamos el inventario. Aquello caminaba rápidamente, matemáticamente. En una tarde le dimos vuelta a toda la cosa; muchos balances tengo hechos en mi vida comercial, pero ninguno fue tan rápido como aquel famoso balance, por disolución de la sociedad Gastón-Morales. Más bien que balance general, fue balance de nervios. Al anochecer, tomamos estado de la caja registradora, poniéndola a cero, y pusimos también punto final al recuento.

Llevóse el contador el borrador a su casa para poner precios y hacer cálculos matemáticos, y a los dos días ya lo trajo todo terminado.

Antes de pasarlo al libro, nos recomendó revisarlo bien detenidamente y con gran sorpresa mía, mi socio, que ya se corría una fija, se refregaba las manos de gusto y agregó: «El horno quedará a beneficio de la propiedad y convendría hacerlo desaparecer: los muebles y útiles están muy deteriorados por el uso y hay que descontarle un veinte por ciento; la instalación eléctrica también quedará a beneficio de la propiedad y convendría quitarla del balance...

Acepté todo al instante; vi la cara de alegría de mi socio, frotarse las manos y retorcerse de contento. Yo me hice el tonto, que es el papel que menos trabajo cuesta; pero mi señora, alarmada, me llamó aparte y me reprochó:

—¿Pero estás loco, Santiago, no te das cuenta que está haciendo una «quemazón» del balance?

Yo la tranquilicé:

—Callate la boca y no digás nada, que lo estoy sobrando.

Firmamos el inventario de conformidad y mi socio, ni corto ni perezoso, me dijo que tenía el dinero suficiente para pagar mi parte social y que, como yo no tenía dinero, podíamos liquidar ya, ya, ya.

¡¡Que él, se quedaba con la casa; y yo me mandaría a mudar!!

—Todo eso, está bien Morales; pero antes, vamos a revisar el balance.

—Pero, si está ya firmado por los dos...

—¡¡No importa, no importa! Vamos a revisarlo. ¡¡Las cosas claras!! El tenedor de libros se retiró, porque presintió que venía la «bronca».

Hizo muy bien. Cuando quedamos solos los dos socios, abrí el balance y leí en voz alta:

RESUMEN

Capital Activo... \$ 9.052.56

Capital Pasivo...\$ 3.032.22

Capital Líquido...\$ 6.020.34

DISTRIBUCIÓN

Santiago Gastón...\$ 3.010.17

Cristóbal Morales...\$ 3.010.17

Capital Líquido...\$ 6.020.34

Cerré el balance, miré fijo a mi socio y le dije lentamente:

—Morales, «El Ebro» se ha salvado; la deuda aplastante que tenía encima ha desaparecido. Esa deuda nos costó a mi señora y a mí muchas corridas, muchos sudores y muchas lágrimas. Otros no habrían luchado tanto como nosotros; como usted comprenderá, ahora que la casa está salvada, no nos vamos a retirar, ahora que estamos desahogados. Sería una «cobardía» de nuestra parte y sería también una «estupidez»...

Lo vi palidecer, pero reaccionó y vociferó:

—¡Quedamos en que el saliente cobrará «en efectivo» su parte!

—¡Es cierto! Tengo para pagarle lo que le corresponde! Como no tengo dinero, le daré mercaderías, muebles y útiles. Si falta algo, le daré un pagaré por el resto, que lo puede negociar en cualquier banco.

—¡No acepto! El acuerdo fue pagar en «efectivo».

—Haga como mejor le parezca. Usted es socio del negocio, pero la casa es mía; el contrato de alquiler está a mi nombre. Si quiere

comprarme el contrato, ya que está bien cogotudo, remánguese, el contrato vale diez mil pesos. ¿Se anima?

—¡Consultaré con un abogado! ¡Hasta mañana!

Se fue mudo, desconcertado, al cruzar la calle parecía un sonámbulo. Casi, casi, me dio pena. Pero no eran momentos de aflojar; las muchas corridas que me habían dado para levantar una barbaridad de pagarés, me habían enseñado mucho. Antes, yo no sabía nada de pagarés de letras a la vista, de intereses, de amortizaciones, de renovaciones, etc., etc. Pero con lo que había levantado, había aprendido muchísimo. Además, tenía un crédito ilimitado en las casas mayoristas de Buenos Aires y en Corrientes; porque había cumplido religiosamente con todos los compromisos contraídos; había adquirido «buena fama», tenía una gran clientela, que era mi mayor orgullo; pues por «El Ebro» desfilaban desde el caballero más encumbrado, hasta el obrero más humilde. En estas condiciones, no iba a ser tan estúpido de entregarle la casa.

Después de una semana de consultas, idas y venidas, terminó Morales por aceptar mi propuesta, aunque de mala gana.

Se llevó la caja registradora, la máquina de cortar fiambre, la mitad de los ventiladores, la mitad de las mesas y la mitad de las sillas.

Por el resto, le firmé un pagaré a los treinta días. Nos despedimos amistosamente, con un apretón de manos. Después que se fue, respiramos a pulmón lleno, y nos sentimos aliviados, como si nos hubiésemos quitado un gran peso de encima, pero a la tarde de ese mismo día pasó un caso muy cómico.

Teníamos ocho docenas de sillas, pero una noche de mucho jaleo, nos robaron una; posiblemente, en algún auto la alzaron.

Como al separarnos, él pidió la mitad de las sillas, yo le entregué tres docenas, más once sillas; y yo me quedé con cuatro docenas. Me firmó formal carta de pago de todo cuanto llevaba.

A la tarde de ese mismo día, vino enojadísimo a reclamar la silla que le faltaba; le hice recordar la desaparición de la silla, pero como no quería tener cuestiones con él ni con nadie, le dije:

—Como las sillas valen veinte pesos, me quedo con ella y le doy diez pesos, es decir, la mitad de su valor; pero si se la quiere llevar, déme diez pesos y llévesela... y así, se acabó la discusión.

Él se enojó más y contestó:
—¡¡No señor!! ¡¡Yo quiero todo o nada!!
Perdí la calma y le retruqué violentamente:
—¡¡Entonces, nada!! Y ahora... ¡¡salga de mi casa, inmediatamente!!

Salió como rata por tirante y no lo vimos más. Así terminó, en una forma tan cómica, la disolución de la sociedad Gastón y Morales.

Apéndicitis

Al vernos solos, mi señora y yo comprendimos que es muy lindo trabajar solos y estar solos. En cuanto a nuestro querido socio, se estableció con una confitería en la esquina de Rioja y Mayo a la que puso el título «Confitería Colón». ¡Hermoso punto para trabajar! Pero no nos hizo competencia, porque con su alejamiento trabajábamos más y mejor.

Una sola cosa me preocupaba; cada vez que tenía alguna contrariedad, me ponía nervioso y una punzada me atacaba en el bajo vientre, produciéndome descomposturas y vómitos, todo a un tiempo; como consecuencia, quedaba hecho una cataplasma. Descansaba un par de horas y se me pasaba.

Los médicos me decían que era del hígado y me recomendaban comer acelgas, muchas acelgas, nada de cerveza, ni vino, ni carne, ni repollo, ni coliflor, ni mayonesa, ni pescado, ni salsas, ni frituras... en fin, ¡acelgas, acelgas y acelgas!

¡Váyanse al diablo, con semejante método alimenticio!

Pero una noche cálida de verano y de yapa³⁰ sábado, tuve un trabajo brutal y a eso de la una de la mañana se me localizó la punzada, en la ingle derecha, engarrotándome la pierna.

Comprendí que era el apéndice y tan pronto me vi libre de la clientela, cerré puertas, llené la bolsa de goma con hielo picado y

30 Nota del editor: y por añadidura.

me acomodé en un sillón, en el patio. Allí quedé solo y pensativo, hasta el amanecer; a esa hora se despertó mi esposa y, sorprendida al ver el lecho vacío, empezó a rezongar sola; yo me reía en el patio, pues ya el dolor se había aliviado con el hielo.

Grande fue su asombro, al salir al patio y encontrarme en el sillón...

—¿Qué te pasa, Santiago?

La invitó a que se sentara a mi lado y le conté toda la verdad, tranquilamente, serenamente. Le di un plan de trabajo bien detallado que había escrito en un papel, le di ánimos y, finalmente, le ordené que llamara por teléfono al Dr. Santiago Lorenzo. Éste vino rápido y después de constatar que era apendicitis, me dijo que había que cortar ese mismo día y me pidió que eligiera cirujano.

—Juan Ramón Díaz Colodrero. Somos muy amigos y somos «huracanistas» los dos.

—¡Macanudo! —, me contestó. Lo voy a llamar por teléfono.

El Dr. Colodrero vino urgentemente, cambió dos palabras con Lorenzo y los dos estuvieron de acuerdo que había que extraer ya, ya, ya.

Aunque al lector le parezca extraño, yo me puse contentísimo; prefería mil veces que me cortaran a vivir «verdemente» con acelgas, acelgas y acelgas. Además, dio vuelta viento sud y bajó la temperatura, refrescando agradablemente. De esta forma, el trabajo nos daba una tregua, mientras que a mí me cortaban.

Un poco tristona fue mi salida para el hospital, pero las luchas de la vida ya nos habían curtido y estábamos dispuestos a todo.

A eso de las nueve de la noche, por vez primera en mi vida, me hicieron tragar el éter. Todo salió maravillosamente bien y a eso de las diez ya reconocí a todos los que me rodearon en el lecho. Ni siquiera tuve fiebre y al séptimo día regresé a casa.

¿Por qué será, que un operado, al regresar a su casa, se commueve hasta las lágrimas? ¡Quizás, la alegría de volver y la emoción de haberse salvado! Yo no lo sé, pero al entrar en mi casa lagrimeé.

Pasado ya el peligro, empecé a comer de todo, a tomar vino y cerveza, y como consecuencia, enseguida engordé. Me acordaba

de las acelgas y reía plácidamente. ¡Gracias querido apéndice, me libraste de vivir, eternamente, «verde» y «seco»!

Muchas felicidades recibí al reaparecer entre mi numerosa y distinguida clientela, y durante mi estadía en el hospital fueron numerosos mis visitantes. ¡Cómo se agradecen estas visitas y qué alegría causa al enfermo la presencia de un amigo!

El único que no vino a verme fue mi querido exsocio, Cristóbal Morales, que por una de esas raras casualidades inauguró su confitería con una fiesta seguida de bailongo, precisamente la misma noche y el preciso momento que me estaban operando. ¡Oh, casualidad...! y todo por una silla. Si yo hubiera empuñado un serrucho y hubiera dividido la silla en dos partes iguales, la silla no hubiera servido para ninguno pero habríamos conservado la amistad y me hubiera visitado en el hospital. ¡Paciencia!

Mesas bravas

Entre la mucha clientela que desfilaba por «El Ebro» se formaban muchas «mesas bravas». A estas mesas había que presentarles la cerveza congelada; mejor dicho «escarchada». Se hicieron famosas las cervezas de «El Ebro»; allí acudían políticos, industriales, jugadores de fútbol de todos los clubes y la Liga Correntina, remeros, músicos, literatos, el foro, estudiantes, empleados públicos, etc., etc.

Recuerdo que la cerveza más famosa reunió en «El Ebro» a todos los concurrentes y empleados de los tribunales; habían arreglado con éxito un asunto comercial por valor de medio millón de pesos. ¡La cerveza corrió como agua!

Sentaron en la cabecera, al doctor Benigno Martínez y a su inseparable amigo, don Juancito Echevarría.

Los sándwiches, las empanadas y la cerveza desaparecían como por encanto. Pidieron por unanimidad que hablara Juancito Echevarría y éste, que ya se salía de la vaina, se puso de pie recibiendo una estruendosa ovación y empezó un largo discurso, con un lenguaje muy florido y muy romántico.

A cada pasaje le daban una salva de aplausos, pero también a menudo lo interrumpían. El ambiente estaba bastante caldeado, pero Juancito seguía hablando, hasta que uno lo interrumpió así:

—¡Abróchate el botón, Juancito! (risas).

Interrumpióse el orador, para abrocharse, pero con gran sorpresa notó que estaba abrochado (carcajada).

—¡No importa! —, gritó Juancito. Al necio que me interrumpió le voy a contar, por si no lo sabe, «La apología del botón» (largos aplausos). El botón, señores, es un adminículo de mucha utilidad; es el guardián celoso del tesoro de la juventud; es la llave maravillosa que cierra todas las puertas de todos los palacios encantados. Si no fuera el botón, el mundo dejaría de ser mundo (risas y aplausos). Hay muchas clases de botones. Desde el botón de oro, que brilla resplandeciente en la diadema de una princesa; hasta el botón de cuero, tejido primorosamente por los gauchos de nuestra tierra, para sujetar las maletas, donde llevan sus «vicios» (grandes aplausos). Hay botones de marfil, botones de nácar, botones de cuerno (risas), botones de pasta, botones de trapo y también el famoso botón de perro (gritos, risas y aplausos). El botón de coto, o sea el pimpollo de la rosa, cuando está en capullo; el botón de yema, que es el brote de las plantas, cuando germinan en primavera; el botón de florete, que marca los «botonazos» en la esgrima; el botón de fuego, hierro candente que cauteriza las heridas; botón de manubrio, para dar vueltas a la manija de un volante, pero que también sirve para dar cuerda a un fonógrafo (risas). El botón de Alepo, «hinchazón cutánea» que no se la deseó a ninguno de los presentes (gritos y risas), y para terminar, porque esto sería una «botonadura» infinita, botón-botana, no me refiero al director de «Crítica» sino al botón de madera, que se introduce en la bota de tomar vino cuando tiene un orificio (risas). Termino señores; con estas sencillas palabras creo haber explicado al estúpido que me interrumpió cuál es «la apología del botón» (el orador recibió muchos abrazos y felicitaciones al terminar su brillante discurso).

Otra mesa brava la constituían el Dr. Óscar de Llano, senador provincial; Óscar Dalurzo, director del diario «Proa», don Pedro Resoagli, vicegobernador de la provincia; Dr. Daniel Mendiondo («Cochó»), Sr. Silvio Velasco, diputado provincial; Dr. Adolfo Contte hijo, diputado provincial; Dr. Hernán F. Gómez, autor de varios libros históricos; Dr. Filomeno Goitia, cirujano; Sr. Serén, director de Vialidad Provincial; el mayor Nogueira, retirado, y una

rueda de amigos que los rodeaban y que pertenecían a todos los partidos políticos.

En esta mesa sólo se hablaba de política y aunque se acaloraban nunca llegaban al enojo, ni al insulto.

Otra mesa brava la formaban los empleados de la Casa de Gobierno de la Provincia; capitaneados por el secretario de la Liga Correntina de Fútbol, el «Gallego» Díez Pérez, un viejo flaco, pero duro para la chupandina, e incansable para la discusión. Por esta mesa desfilaba la parte administrativa de las rentas, pagadores y morosos de impuestos, y todos los entretelones del gobierno. Como puede juzgar el lector, por «El Ebro» desfilaban todas las clases sociales y así, centavos a centavos, peso a peso, acumulamos un pequeño capital...

Compramos un piano

La «Ñatita» crecía y adelantaba en el piano; la hermana Palmira, profesora de piano y canto del Colegio San José, se encariñó con ella y le enseñaba magníficamente todos los secretos de la música.

Una tarde nos visitó, venía acompañada de otra monjita, jovencita como ella, y tenía muchos deseos de conocer a los padres de su «Petaca» —así la llamaba—, y tan pronto nos saludó nos pidió permiso para inscribirla en los próximos exámenes, pues el profesor Fracasi vendría pronto. Muy complacidos nos mostramos con que la inscribiera para rendir examen con el profesor Fracasi y las invitamos a tomar el té con masitas de nuestra elaboración.

Durante el té, mi señora y yo las obsequiamos con toda la atención que se merecían, por su bondad infinita y su elevada jerarquía; después nos habló la hermana Palmira, muy entusiasmada, por la vocación que tenía la nena y la gran facultad para la ejecución y nos aconsejó le compráramos un piano de estudio. La niña se lo merecía y con el tiempo y el estudio llegaría a ser profesora de piano y canto. Entonces, el piano sería su inseparable compañero y sería también su «modus vivendi».

Cuando las dos monjitas se retiraron, la «Ñatita» les regaló un cartucho de bombones a cada una. ¡Se fueron contentísimas!

Siguiendo los consejos de la hermana Palmira, adquirimos un hermoso piano de estudio; pero la hermana Palmira no llegó a verlo, porque la trasladaron a Sáenz Peña (Chaco). Mucho sintió nuestra hija este traslado, pues además de ser buena profesora, se hacía querer por las criaturas.

«El Ebro» andaba bien, la deuda vieja ya no existía y trabajábamos holgadamente; fue entonces que me animé a escribirle al señor Aicardo Urbe, pidiéndole una máquina de café exprés, haciéndole recordar el ofrecimiento que me había hecho en el Hospital Ramos Mejía, cuando me lo presentó Francisco Cativiela, su gran amigo.

A vuelta de correo, me contestó el mismo señor Urbe felicitándome por haberme establecido y anunciándome que la máquina ya estaba embalada y dentro de una semana llegaría a Corrientes, al mismo tiempo me decía que pasaría por «El Ebro» el mecánico de la región, para armarla y enseñarnos su manejo.

Agregaba que no me apurara por el pago, que la máquina «Urbe» se pagaba ella sola. Terminaba la carta así: paisano, cuando vaya mi mecánico a su casa, trata por todos los medios de enseñarle dónde puede adquirir unas cajas de cigarros de hoja «María Guerrero», que me gustan mucho y aquí no los puedo conseguir. El valor de los cigarros, lo descontaremos de la máquina.

Todo salió bien y con la cafetera le di un nuevo impulso a mis actividades comerciales.

Los dos deditos del Niño Jesús

Una tarde de verano muy calurosa penetraron en el salón don Julio Pomares, con el señor Leiva... El primero, un artista en maderas; y el segundo, secretario general del obispado de Corrientes. Pidieron dos helados y mientras hacían números, discutían sobre la construcción de un altar.

Cuando llegaron a un acuerdo, pidieron otro helado y se pusieron a conversar animadamente de los tiempos pasados. El señor Leiva, siempre chacotón y curioso, hizo esta pregunta:

—Dígame don Julio: ¿cuál fue su primer trabajo en las iglesias de Corrientes?

Pomares guardó silencio; miró la lejanía y se expresó así:

—Allá por el año 1913, llegué a Corrientes recién casado con la que sería mi esposa toda la vida, mi esposa y madre de mis hijos.

—¿Doña Pilar?

—¡La misma! Yo era aquí un extraño, nadie me conocía, estaba sin trabajo y sin dinero... Ambulaba por esas calles, triste, cabizbajo; cuando llegó a mis oídos este pregón callejero: ¡Chorizos españoles, morcillas valencianas!

Reconocí la voz. Era mi amigo y paisano Rafael Mogort el vendedor ambulante, que lanzaba al viento dicho pregón.

Me vio tan triste, que me preguntó:

—¿Pero qué es lo que te pasa, Julio?

—¡Me voy de Corrientes, Rafael!

—¡Calla hombre, no digas eso! Un artista como tú hace falta en Corrientes.

—Es que ando sin trabajo y recién casado...

—¡Calla hombre! ¡No te apures, yo te buscaré trabajo; no te apures!

Quedóse Pomares turulato, mientras Rafael Mogort lanzó a los vientos este nuevo pregón: ¡¡Chorizos españoles, morcillas valencianas!! ¡¡Se arreglan santos!!

A pesar de mi situación desastrosa, no pude menos de reírme.

Sin embargo, al día siguiente, vino Rafael Mogort a mi casa y me trajo un paquete envuelto en diarios y ya me gritó:

—¡¡Eureka!! ¡Aquí te traigo el primer trabajo! ¡A ver si te luces con las manitas de oro! Se trata de una dama distinguida que te puede servir de mucha propaganda. Aquí te lo dejo; es un Niño Jesús, que se le cayó y se le rompieron los dos dedos de la mano derecha. ¡A ver si te luces!

Me dio el Niño Jesús y se fue, pero tan pronto salió a la calle, repitió su famoso pregón: ¡¡Chorizos españoles, morcillas valencianas!! ¡¡Se arreglan Santos!!

—Esta vez no me reí de su pregón, examiné detenidamente los dos deditos rotos y sonreí, era un trabajo sencillo, pero de paciencia y prolijidad.

Hice dedos nuevos, los empalmé, los coloqué, los pinté y lustré. Y yo mismo quedé maravillado de mi obra. En realidad, yo nunca había visto un Niño Jesús y en vez de poner los dedos parados, los hice «dobladillos» para abajo.

Al día siguiente fuimos los dos a entregar el Niño, porque la señora quería conocer al artista en maderas tan ponderado.

Pero... cuando aquella buena mujer vio los deditos doblados, lanzó un grito agudísimo, que llegó hasta el cielo:

—¡¡Demonio, diablo del infierno!! ¿Pero qué ha hecho con mi Niño Jesús? ¡¡Si todos los Niños Jesús tienen los dos deditos parados!! Confieso, sinceramente, que me dio mucha vergüenza y casi me escapé. Pero Rafael, más atrevido y más canchero que yo, le salió con esta ocurrencia, tan fresca como descabellada:

—¿Sabe lo que pasó? Que el Niño Jesús, cansado de estar toda la vida con los deditos parados, los bajó, «para descansar». Pero mire usted señora con qué arte y prolijidad están hechos. ¡Ni se conoce que son «remendados»!

Parece que el chiste le causó gracia, porque aquella buena mujer largó una larga carcajada y preguntó:

—¿Cuánto le debo?

—Cinco pesos señora, sólo cinco pesos, pero mire, mire...

—Caro no es, pero no sé si monseñor Niella lo bendecirá con estos dedos... en fin, le voy a pagar, pero con la condición de que...

—Sí, señora, sí. Si hay que cambiarlos, se los cambiará.

Me dio cinco pesos y me retiré pensativo. Mal empezaban mis trabajos religiosos en Corrientes. Pero con gran sorpresa mía el obispo Niella me mandó llamar. Yo acudí con miedo, esperando una reprimenda. Al llegar a su presencia, me hinqué de rodilla, besé el anillo y cuando me disponía a pedir perdón, me pidió que le dibujara un «Santo Sepulcro», y agregó:

—¿Te animarías a una obra de tanto aliento, hijo mío?

Quedé anonadado, no acertaba a decir una sola palabra y tomando un papel y lápiz no sé ni yo mismo dónde, le dibujé un «Santo Sepulcro» y se lo presenté.

Lo miró muy cuidadosamente y después de un rato exclamó:

—Hijo mío: has hecho un boceto maravilloso; desde este momento me vas a hacer el favor de ponerte en contacto con el padre Garro, cura párroco de la catedral, y le vas a decir que yo te mando para que hagas el «Santo Sepulcro» que teníamos proyectado. ¡¡Que Dios te ilumine hijo mío, al hacer esta obra!!

Así fue como salió de mis manos, a fuerza de puño y muñeca, el «Santo Sepulcro» que Corrientes venera y acompaña, cuando lo sacan en la procesión del día de Viernes Santo». Después de aquella obra, me llovían los trabajos como agua. Hice muebles para la Casa de Gobierno, Municipalidad, las familias distinguidas... Pero yo no me conformé con eso. Me presenté en muchas exposiciones y en todas ellas gané los primeros premios.

El señor Leiva, que escuchaba muy atento este relato, le preguntó:

—¿Dígame, don Julio? ¿Qué maderas usa en sus obras de arte?

—A mí me gustan todas las maderas duras de esta región, pero prefiero el algarrobo negro y el peterby. Con estas dos maderas ¡cuántas cosas artísticas se pueden hacer! Yo quisiera tener dos vidas para terminar todos los trabajos iniciados y los que me encargan. ¡Pero, ay, la vida es tan corta! Sin embargo, tengo una esperanza. Deseo que mis hijos sigan la huella que les dejo abierta; con tantos suspiros y lágrimas; que los «Muebles Pomares» sean siempre los mejores, los más artísticos y los de mejor calidad; que no se dejen llevar por el dolor, el día que yo les falte; pero, ante todo y sobre todo, que nunca olviden que todo cuanto hice, todo cuanto tengo y todo cuanto poseo, se lo debo a «los dos deditos del Niño Jesús».

Así terminó don Julio Pomares de contar su historia, la que refleja en pocas palabras, lo terrible que es la bohemia de todo artista, hasta que se impone, a la fuerza de sacrificios y sufrimientos, hasta que la gloria les sonríe.

Y ahora lector me resta aclarar algunos puntos de este capítulo y lo voy a hacer con mucha pena. Han pasado muchos años y los

cuatro personajes de esta narración se fueron a la otra vida para no volver: monseñor Niella, Rafael Mogort, el señor Leiva y don Julio Pomares. En cuanto al padre Garro, me dicen que está en La Habana, capital de la isla de Cuba.

Rafael Mogort, el del famoso pregón, pertenecía a una de las tantas familias valencianas que llegaron a Corrientes para fundar la colonia «La Nueva Valencia», colonia que venía a implantar el cultivo del arroz en esta provincia, lo mismo que lo habían hecho allá, en Valencia.

Intervino en esta empresa el gran escritor Blasco Ibáñez. Franamente, yo no sé qué pasó, pero es el caso que aquella empresa fracasó rotundamente y las familias valencianas se encontraron de la tarde a la mañana, como vulgarmente se dice, «a la luna de Valencia», es decir, ¡¡en la calle!!

Blasco Ibáñez se hallaba en aquel entonces en España. Al enterarse de la triste noticia, embarcó rápidamente para poner el hombre y salvar la colonia «La Nueva Valencia», donde tantos sueños y tantas ilusiones se había forjado. Pero llegó demasiado tarde, el desastre era ya un hecho y para colmo de males, el gran escritor fue acusado de quiebra fraudulenta.

El Banco de la Provincia de Corrientes, donde los colonos habían depositado sus pequeños ahorros, había cerrado sus puertas; el gerente estaba preso, y Blasco Ibáñez, que se había jugado en aquella empresa hasta la última peseta, tuvo que refugiarse en el edificio de «Caras y Caretas», y salir después de incógnito, rumbo a Chile, para no volver más a pisar la República Argentina; pues había orden de prisión contra él. Alguien me dijo que cuando salió de Buenos Aires, lloraba amargamente.

Las familias valencianas se desparramaron para buscar trabajo. Fue así como apareció Rafael Mogort, pregonando por las calles de la ciudad de Corrientes: ¡¡Chorizos españoles, morcillas valencianas!! ¡¡Se arreglan Santos!!

Ese primer ensayo del cultivo del arroz, fue un fracaso, pero... La semilla ya estaba sembrada y con el correr de los años, ¡fecundó! Ya lo creo que fue muy fecunda, ¡como que en la actualidad tenemos en la provincia de Corrientes grandes pero muy grandes arroceras!

Entre burreros

En los diarios de Corrientes, salió un llamado a licitación para servir a las dos cantinas de esa institución, la del Jockey Club y la del Hipódromo San Martín. Yo leí eso, pero sin demostrar ningún interés.

A la noche, en la mesa de los políticos, comentaban la posibilidad de encontrar un cantinero que no fuese «burrero», porque los anteriores se jugaban la plata y se la fundían. Alguien entre ellos mencionó mi nombre y acto continuo me llamaron para preguntarme «si iba a las carreras».

—¡Nunca visité un hipódromo!—, fue mi respuesta.

Se miraron sorprendidos y al día siguiente me aconsejaron me presentara a la licitación del Jockey Club, si quería ganar plata como agua. Yo me reí de tal propuesta, pero tanto y tanto me la ponderaron, que les dije que estudiaría el asunto.

Me fui dos domingos al hipódromo y mientras el público gritaba desesperadamente, aclamando a sus favoritos, yo observaba el movimiento de las mesas y el mostrador. Enseguida me di cuenta que el servicio era pésimo y que se podía hacer un buen negocio, mejorando todo el general.

Pedí las condiciones, me gustaron y me presenté. A los pocos días, me sorprendió la noticia, dándome la concesión de las dos cantinas. Y el primero de octubre de 1937, me hice cargo de ellas.

Lo del hipódromo me resultó un éxito brillante, un negocio redondo, en cambio la del Jockey Club, fue un reverendo fracaso, un clavo remachado.

Precisamente en esos días, se había establecido en el «Hotel Buenos Aires», una ruleta que absorbió por completo a todos los jugadores, a jugadores y todo el dinero de la ciudad de Corrientes; por tal causa, el Jockey Club quedó desierto y el público correntino enloquecido por causa de la ruleta.

Como si esto fuese poco, la misma empresa de la ruleta, estableció en la calle Julio, al lado del cine «La Perla», otra casa de juego y de quinielas denominada «La Morisca»; no había nada que hacer frente a estos «tahúres».

Pensé que quizás, dando comidas y banquetes, podría darle vida a esta cantina, que nacía muerta. Hice un poco de propaganda, organicé algunas comidas y unos bailes, y me dieron muy buen resultado. La cantina del Jockey Club empezaba a vivir y se organizaron más banquetes y bailes. ¡El éxito fue rotundo!

Yo estaba muy contento por aquella acertada, pero, de pronto, apareció el primer «nubarrón». Hélo aquí:

Folio N° 6

Señor Santiago Gasón, a cargo de la cantina del, Jockey Club de Corrientes.

Comunico a usted que en lo sucesivo, de todo banquete o copetín que se sirva en la casa social, siempre que no sea dado por las autoridades del Jockey Club, se servirá usted depositar en la tesorería del centro, el diez por ciento del importe total que usted perciba por tal concepto a beneficio de la institución. Saludo a usted muy atentamente.

Silvio F. Velasco (Srio. de la Comisión del Int.)

Rafael Gallino Hardoy (Pte. de la Comisión del Int.)

Corrientes, enero 29 de 1938

Esta nota me desconcertó. ¡Como me habían entregado una cantina muerta, me había gastado más de mil pesos en servicios de comedor y bar, tenía un barman, un mozo y un peón, ganando su sueldo, pagaba religiosamente los alquileres, tenía un chef de cocina de primera, un ayudante y un lavaplatos, y porque organizaba fiestas para darle vida, me enjarretaban nada menos que el diez por ciento de toda la entrada bruta... ¡¡No, no, no!! Esto no podía ser.

Consulté el contrato, con el pliego de condiciones y allí no decía absolutamente nada de tal diez por ciento. Protesté enérgicamente y me negué a depositar tal comisión. Era presidente del Jockey Club el intendente de la ciudad de Corrientes, don Pedro Resoagli. Me fui a verlo a la Intendencia y don Pedro, que era un hombre muy bueno y comprensivo, encontró razonable mi protesta y me aconsejó que no pagara nada al margen del contrato; que consultara con él por cualquier inconveniente y que siguiera trabajando tranquilamente...

Me recomendó que atendiera las cantinas como hasta ahora, porque habían mejorado mucho desde que yo estaba al frente de ellas. Al despedirme de él, me acompañó hasta la puerta, dándome unas palmaditas amistosas.

Regresé a mi casa siendo otro hombre; con más coraje y más bríos; al doblar en Julio y Mendoza, me encontré con don Rafael Gallino Hardoy, presidente de la Comisión del Interior.

Este buen señor se había enterado del bochinche que estaba armando por esa nota y me explicó. Que él había firmado esa nota sin darle importancia, pero que ahora que sabía su alcance, dejaba constancia que no estaba de acuerdo con su contenido: primero, porque estaba al margen del contrato; segundo, porque era denigrante querer explotar a un hombre que trabajaba por levantar una cantina muerta; y tercero, que bastante plata ganaba el Jockey Club con carreras los domingos. Le di las gracias y al despedirnos, me dijo:

—Todo esto es obra de su vecino, Silvio Velasco. Se lo digo para que lo sepa y para que se prepare, porque ese, cuando le toma bronca a uno, le hace la «guerra sorda». ¡¡Ya lo sabe Gastón!!

Desde ese día, no le hablé más a Silvio Velasco y por más que vivía enfrente de «El Ebro», rompimos las amistades y hasta le negué el saludo.

Me pusieron miles de inconvenientes, me querían obligar a pagar el famoso diez por ciento y como no les hacía caso, me amenazaron con llamar a una nueva licitación. Me les cuadré y les dije que no precisaba ni de ellos, ni del Jockey Club, ni del hipódromo para vivir. Que me bastaba y me sobraba con mi casa, con «El Ebro».

Me citaron a una reunión de la comisión directiva y en vez de acudir, les hablé por teléfono, diciéndoles: ¡No quiero seguir más con las cantinas, llamen a nueva licitación! ¡¡Váyanse al diablo!!

Como consecuencia de esta actitud mía, recibí a los pocos días la siguiente nota:

Señor Santiago Gastón: comunico a usted a sus efectos, que la C. Directiva en su última sesión ha resuelto adjudicar las cantinas del Hipódromo San Martín, y la del local Social, a la Sra. Julia L. de Brun, acercándose a usted un plazo de 15 días para que sea desalojado el local que ocupa en el hipódromo y casa central; a fin de que la nueva concesionaria, pueda instalarse y atender los servicios contratados.

Saluda a usted muy atentamente, el secretario de la C. Directiva.

Corrientes, 30 de agosto de 1938.

La firma era borrosa, pero como traía el sello, ahí no más contesté:

Señor Presidente de la C. Directiva del Jockey Club de Corrientes:

Señor Presidente: Acuso recibo de la nota que firmada por secretario me comunica que: «Se me conceden 15 días para desalojar el local de las cantinas, del Hipódromo San Martín y Local Social»; a los cual contesto que mañana o el primero de septiembre tendrán ustedes disponibles dichos locales. Sin otro objeto por hoy, me es grato saludarlos atte.

S.S.S., Santiago Gastón.

Corrientes, 30 de agosto de 1938.

Esta respuesta levantó un volcán en el Jockey Club. Llamaron al nuevo concesionario, señor Mateo Brun, para que armara las cantinas y este les contestó «que no tenía muebles y útiles para montar las cantinas, ni tiempo para hacerlo, porque recién lo habían llamado», por lo tanto, pedía dos semanas de plazo.

Mientras ellos discutían y andaban buscando la solución al problema, yo estaba cargando con un camión todo lo concerniente a la cantina del Jockey Club.

Cuando se enteraron, ya había terminado de cargar los últimos muebles. Don Emilio Gallino se puso a gritarme furioso, pero yo no le hice caso y le entregué las llaves de todas las puertas y le dije que a la tarde desalojaría el local del hipódromo. Don Emilio se apretaba la cabeza, medio enloquecido, mientras yo me fui ligerito, para descargar toda la cristalería con mucho cuidado. El teléfono sonaba sin cesar, pero mi señora les decía que yo no estaba en casa. De pronto, paró un auto y de él se apeó don Pedro Resoagli.

Venía muy nervioso y traía en la mano la respuesta mía y me pidió que le mostrara la nota de desalojo que allí aludía. Se la mostré y empezó a gritar como un loco. En medio de su furia decía que aquella nota era un «ultimátum», sin pie ni cabeza; pero que yo, ni corto ni perezoso, había contestado con un «exabrupto», más grande que un monumento.

Se paseaba a grandes pasos por el patio y, de pronto, se paró, me miró, y me dijo:

—Amigo Gastón, hace muchos años que lo conozco y lo considero incapaz de hacer una mala acción. Si usted desaloja el local del hipódromo, el domingo próximo hacemos un verdadero papelón

ante el público: porque el nuevo cantinero no tiene nada preparado. Así que, amigo Gastón, yo le pido que se tranquilice y me atienda dos domingos la cantina; no es el presidente del Jockey Club; ni el intendente municipal quien le habla; le está hablando, el amigo Resoagli, mejor dicho, «Pedrito», como me llaman cariñosamente en «El Ebro»; él es el que le pide este favor.

Confieso sinceramente que me quedé avergonzado delante de don Pedro Resoagli y no acerté a contestar nada; posiblemente, él se dio cuenta de mi estado de ánimo, porque me dio unas palmas-ditas y agregó:

—Tranquilícese, amigo Gastón, y olvídese de todos los malos ratos que le hizo pasar, su examigo Silvio Velasco. Ese pedazo de bruto no hace más que armar líos y hacer barros; después, cuando las papas queman, cuando se ve agua al cuello, pide socorro a la presidencia. ¡¡Ya estoy harto de sus macanas!!

Se retiró y me dejó más suave que la una seda.

De nuevo me llamaban del Jockey Club, que fuera urgente; me fui y me encontré con el gerente, don Emilio Gallino. Estaba furioso con lo que pasaba.

Lo tranquiliticé diciéndole el arreglo amistoso que había hecho con don Pedro Resoagli y se suavizó como por encanto y ya más diplomático y menos violento me contó que había pasado una mañana trágica por mi culpa y me aconsejó que no olvidara el refrán que dice: «Lo cortés, no quita lo valiente».

Atendí pues los dos domingos la cantina del hipódromo y el día doce de septiembre dejé libre el local; y el trece, mandé al señor gerente esta carta:

Señor gerente del Jockey Club de Corrientes, Don Emilio Gallino.

Muy señor mío: Tengo el agrado de dirigirle estos renglones suplicándole que tenga la bondad de comunicar a la Comisión Directiva y a la Comisión del Interior, que hoy mismo dejé libre el local de la cantina del Hipódromo San Martín, dando así por terminado mi período.

Al mismo tiempo, ruégole me disculpe si alguna o varias veces expuse ante usted mis quejas con demasiada vehemencia, pues hace varios días, a raíz de una nota que me mandó la C. Directiva y que yo contesté con otra en tono airado, usted me dijo que debía contestar con más «diplomacia» y agregó: «Lo cortés, no quita lo valiente».

Le contesto: tengo la valentía de reconocer mis faltas y tengo la cortesía de pedir disculpas por ellas. «Nobleza obliga», señor gerente. Al alejarme de esa institución, para no volver, sólo deseo que tengan, con quien me sustituye, más suerte y más concordia que conmigo, pues aunque traté por todos los medios de servir lo mejor que pude en las dos cantinas, ya lo ve señor gerente, que me fue de todo punto imposible seguir (como era mi deseo) los tres años que contenía la licitación.

Al mandarle esta carta no quiero insinuar ningún antagonismo, ni resentimiento con nadie; todo lo contrario, yo soy siempre el mismo, el amigo servicial de siempre; y pues que no tengo ni cuento con otra fuente de recursos que servir al público allí donde me llamen, estaré pronto para servir como siempre, con toda mi mejor voluntad y rectitud.

Sin otro objeto por hoy, le reitero mis saludos y ruégole los haga extensos a las Comisiones Directiva e Interior de su amigo y S. S. S.

Santiago Gastón

Corrientes, 13 de septiembre de 1938.

Al remitir esta carta, pensé que había terminado por completo con los «burreros»; pero no fue así, porque el día 17 me mandaron el recibo de medio mes de septiembre, es decir, por los dos domingos que les atendí la cantina del hipódromo. Pagué al cobrador el medio mes y con el mismo, mandé esta carta:

Señor gerente del Jockey Club de Corrientes, S. D.

Muy señor mío: la presente tiene por objeto manifestarle que, como atendí la cantina del hipódromo «como un favor», no me correspondía pagar el alquiler, máxime que ya estaba desalojado y que el nuevo cantinero no estaba preparado todavía; pero no quiero dejar cola ni dar lugar a que digan que no cumplí con esa Institución, por lo tanto, allí le mando la plata de mi última quincena del mes de septiembre, ya que me mandaron el recibo. Saludos.

Santiago Gastón (Nota: Como el día once levanté mi cantina, les regalo los cuatro días que me cobran de más... Vale...)

Después de esta carta y para que no me molestaran más y para cortar mis relaciones por completo con los «burreros», publiqué en los diarios el siguiente aviso:

AL COMERCIO: Comunico al comercio en general y al público en particular que el día once de septiembre cesé de ser el concesionario de las cantinas del Jockey Club y el Hipódromo de San Martín de esta ciudad y me hago un deber el avisar a todos aquellos que tengan cuentas pendientes con dichas cantinas pasen por mi casa, confitería «El Ebro», calle Julio y Córdoba, donde serán canceladas, Santiago Gastón.

Nadie me molestó más. Mi aventura entre «burreros» había terminado definitivamente... ¡¡AMÉN!!

En esos días, precisamente, cerró sus puertas la «Confitería Colón» de mi exsocio, Cristóbal Morales. ¡Al año justo se fue al tacho!

Otro desalojo

Este título, que parece un chiste, no tiene nada de chistoso, todo lo contrario, es más serio que un libro de misa.

En el Jockey Club, pagando religiosamente me desalojaron. En «El Ebro», pagando también religiosamente, me desalojaron.

¡Pero Señor! ¿Cómo hay que portarse para que a uno lo respeten? Conozco inquilinos, comerciantes y particulares, que son morosos crónicos; y, cuando el propietario los amenaza, le pagan un mes o dos y quedan tres o cuatro pendientes, y así sucesivamente pasan meses y los años. Y el propietario no solamente lo respeta, sino que cuando va a cobrar los alquileres, lo hace con timidez, por temor al clavo; pero no los desaloja.

Voy a explicar mi segundo desalojo en Corrientes. La dueña de la casa, María Esther Alsina, vivía en Buenos Aires y todos los primeros de mes le giraba el importe del alquiler y, a vuelta de correo, me mandaba el recibo.

Pasaban los años tranquilos, trabajamos con entusiasmo. La «Ñatita» crecía, adelantaba mucho en el piano e iba a la Normal; todo parecía seguir bien, cuando de pronto recibí una carta de la dueña de la casa, en la que me decía, más o menos: Estimado señor Gastón, salgo para esa, pero no sé cuándo llegaré. Antes de ir a Corrientes me iré a Córdoba, a Mar del Plata o a Montevideo; todavía no sé qué rumbo tomaré; así que este mes, no me gire el alquiler. Yo pasaré a cobrar por su casa. Saludos a su esposa e hija. María Esther Alsina.

Al principio, no le di mayor importancia a esta carta, tan sin fundamento, pero a fin de mes se me presentó la patrona y a boca de jarro me anunció así: amigo Gastón, para el mes que viene la casa vale ochenta pesos más. Si usted no acepta, le presentaré demanda por desalojo.

Me quedé con un palmo de boca abierta, ante aquel cañonazo y no supe qué contestar. Viendo mi turbación, me dijo: Déme papel y pluma para hacerle el recibo. El que calla otorga. Le di lo que me pedía y como ya me quería cobrar ochenta pesos más, me negué a pagarle. Ella se puso furiosa, rompió el papel y se fue amenazándome que me iba a desalojar de inmediato.

Quedé pensativo, ¿podría desalojarme estando los alquileres al día? Sería mejor que consultara con un abogado; porque esta mujer tenía más leyes que un código y siempre estaba cabrera; era una solterona vieja, con un carácter muy masculino.

Lo vi al doctor Raúl Arballo y después de oírmelos me pidió que le trajera el contrato de alquiler; consultó fechas y llegó a la conclusión que el contrato estaba vencido hacía más de dos años y medio y, en consecuencia, la dueña de la casa tenía derecho al desalojo.

¡Casi me caí de espaldas! Me acordé de la última carta y fui a buscarla. Afortunadamente no la habíamos tirado al canasto y el abogado largó una carcajada y exclamó: ¡Estamos salvados! Esta carta la pierde; ella es muy lista y está muy bien asesorada, pero esta vez, con esta carta se pisó el palito, ¡hay que ganarle el tirón!

Libró un acta y depositamos en el Banco Popular de Corrientes dos meses de alquiler, es decir, el vencido y el que corrió; después nos fuimos al juez y se notificó todo.

En el acta, el doctor Arballo exponía que se ignoraba el paradero de la dueña de la propiedad, según carta adjunta y que, el inquilino, después de ocho años que había girado los alquileres a Buenos Aires religiosamente, depositaba dos meses para no caer en mora, hasta que apareciese la propietaria. Al salir del juzgado me decía el doctor Arballo: Esa mujer esperará otro mes, sin molestarlo y el primero del mes entrante presentará el desalojo. ¡Qué chasco se va a llevar! Usted quédese tranquilo por este pleito, ya lo tenemos ganado.

Como me había dicho el doctor Arballo, el primero del mes entrante me visitó el señor Chaine. Traía la notificación de desalojo, «por moroso».

Yo le dije que había depositado dos meses de alquiler porque ignoraba el paradero de la señorita Alsina y como estábamos a primero y eran las doce, debía solamente medio día de alquiler. ¿Hay

derecho a entablar demanda de desalojo por medio día, después de ocho años que pagué religiosamente?

Sin responderme nada, arrolló sus papeles y se fue. Pero después de salir se dio media vuelta y me dijo:

—¡Sos un rico tipo! Mirá que decirme a mí que la patrona no está aquí en Corrientes, cuando está parando de pensionista en mi casa.

—No se lo discuto, don Vicente, pero a mí me consta que anda paseando por Córdoba, por Mar del Plata y Montevideo. ¡Conste que lo sé de muy buena fuente!

—¿Pero vos, estás loco, estás borracho o qué te pasa?

—Ni loco ni borracho, estoy en mi sano juicio y puedo probarle que digo la verdad. Tengo pruebas evidentes que anda paseando por...

—¡Pero si está parando en mi casa!

—¡No nos vamos a entender, señor Chaine! Será mejor que se vaya al juzgado y lea el acta.

—Ahora mismo voy. ¡Qué macana! ¡Vaya un lío!

Se fue apretándose la cabeza, mientras yo me reía con toda el alma. Jamás había tenido un pleito y viendo el cariz que tomaban las cosas me divertía de lo lindo; sin embargo, por consejo de mi abogado, empecé a buscar casa para mudarme y quiso Dios que hallara una vacía en la calle Junín 1435 al 37. El punto no era muy céntrico que digamos, pero la calle Junín en Corrientes es como la calle Florida de Buenos Aires.

Esta propiedad era de la familia Cremonte, cuyo administrador era el doctor Sussini. Lo fui a visitar y enseguida nos entendimos y la alquilé.

Así que empecé a refaccionar y pintar la nueva casa y a construir un horno. Era el cuarto horno que construía en el Norte. Terminados estos trabajos, hicimos la mudanza y con mi abogado entregamos al juez las llaves y los últimos alquileres. Recién entonces la señorita María Esther Alsina se dio cuenta de la barbaridad que había hecho, pues tuvo la casa cerrada más de un año, sin poderla alquilar.

Con el cambio, «El Ebro» salió ganando un cien por cien y mi señora y yo no éramos suficientes para atender a tanto público; fue entonces que invitamos a nuestros hermanos, José y Guadalupe, a que se viniera a Corrientes con sus dos hijitos, «Chola» y «Gordito», así formaríamos una gran familia y aprovecharíamos la oportunidad de trabajar juntos y vivir juntos los dos hermanos.

Fue una gran acertada. Como la casa era grande y ya éramos dos matrimonios para trabajar, anexamos a la confitería y bar, el rubro de «Restaurant à la Carte». Como la comida era familiar, sana, abundante y a precios módicos, el público nos respondió ampliamente y pronto el gran patio colonial nos resultó chico para tantos comensales.

Reforzamos el personal, compramos stock de vinos nacionales y extranjeros, y emprendimos una lucha de pingües rendimientos.

De haber seguido en Julio y Córdoba, jamás hubiéramos desarrollado tanta actividad, por donde resultó que la señorita María Esther Alsina, con su demanda de desalojo, nos hizo un gran bien y le estuvimos muy agradecidos. ¡Agradecidísimos!

Despedida de soltero

Se estaba por casar Tito Nalda con la señorita Gladis Álvarez Hayes. El novio era el hijo mayor de don Adriano Nalda, dueño del almacén al por mayor «El Vasco». La novia era la hija mayor del flamante abogado, doctor Justo Álvarez Hayes, hombre muy querido, muy respetado y que, además, tenía dos hijos también abogados, Justito y Ulises. Era, como se dice, una boda de campanitas.

Sus amistades los despedían con un gran banquete en el «Hotel Buenos Aires». Como tenía cierta amistad con el novio y como era cliente de la casa, me pareció muy lógico asistir al banquete y retiré mi tarjeta.

Al entrar la noche del banquete al bar, me llamaron a gritos de una mesa. Era el «Gordito» Recalde, con otros amigos, que ya estaban algo «pintones» y me obligaron a tomar con ellos un «corazón de indio» abrasante.

En medio de una charla indiscreta, Recalde me desafió:

—Che Gastón, te juego cinco pesos a que no sos capaz de hablar en la mesa.

Don Enrique Maróttoli, que estaba con nosotros, me gritó:

—¡No le aflojés! Yo sé que sos capaz de ganarle. ¡Aceptale, viejo, nomás!

—¡Acepto! Pero por siete pesos, que es el valor de la tarjeta.

—¡Yo soy el tesorero! Vengan los catorce pesos, siete de cada uno.

El «Gordito» Recalde, corriendose una fija, se apuró en entregar los siete pesos y me obligó a entregar los míos, creyéndome flojo y tímido.

Llamaron a la mesa y durante las dos horas que duró la cena, don Enrique Maróttoli, que era el «burrero» número uno del Hipódromo San Martín, explicó las condiciones. Así:

—Si al servir el champán Gastón se levanta y habla, le entrego los catorce pesos en el acto. Si no se levanta ni habla, se los entrego a Recalde... ¿Está bien?

—¡¡Macanudo!!—, gritó el «Gordito» quien, entusiasmado, comió por dos, chupó por tres y charló por cuatro.

Don Enrique también reía y chupaba, poniéndose tan rojo como el clavel colorado infaltable siempre en su ojal. ¡Viejo lindo este «gringo»!

Al servir el champán se levantó el doctor Loreto Silgueira y en breves palabras ofreció a los novios aquel acto de amistad y simpatía, y se sentó.

Las miradas recorrían las mesas, como nadie se levantaba para hablar, se paró el novio y agradeció un poco emocionado, en nombre de su futura y en el suyo propio, aquella demostración de simpatía y amistad (aplausos). Había llegado el momento trágico para mí; sentí un miedo atroz, pero me tomé una copa de vino de un solo trago... hice un esfuerzo y me paré.

—¡¡Silencio....!! ¡¡Silencio!!—, gritó don Enrique, y me entregó los catorce pesos, riéndose escandalosamente, al ver la cara trágica del «Gordo».

Como si esta carcajada hubiese sido una señal preconcebida, todos los comensales se echaron a reír. Sentí un temblor en todo el cuerpo y casi me senté para entregarle a Recalde los catorce pesos, pero me mantuve firme, aguantando el pitorreo; recorrió con al mirada el gran salón y noté que había más de trescientos comensales de ambos sexos, toda la alta sociedad de Corrientes estaba allí; el más infeliz era yo... Como seguían las carcajadas, pensé; ¿Con que sí, eh...? Pues ya que se ríen, voy a explotar el lado cómico y me tomé estando parado otra copa de vino. En realidad, ya se me había pasado el «chuchó» y esperé tranquilamente que reinara el silencio.

Cuando todos callaron, empecé más o menos así:

—Señoras, señoritas y señores: siendo el novio hijo de vasco, yo esperaba que algún español, algún vasco o algún hijo del país con gorra de vasco se levantara a despedir a los novios; pero he visto con pena que los intelectuales aquí presentes sólo vinieron a comer y chupar (risas y murmullos) y yo, un humilde obrero que se ha pasado toda la vida entre las cuatro paredes de la fábrica, rodeado de maquinarias, tengo que ser el indicado para despedirlos de la vida de solteros y voy a hacerlo como pueda. Como buen español, tengo mucho de Sancho Panza, pero tengo también aientos quijotescos y voy a hablar, aunque salga más maltrecho, que el Caballero de la Triste Figura (tuve muchos aplausos). No crean que hablo por lucirme (risas), hablo porque he tenido una apuesta de siete pesos, que es lo que vale la tarjeta, y mientras ceno de áupa, hay que ver la cara de otario³¹ (risas) que pone mi contrincante, después de pagar su tarjeta y la mía. ¡¡Miren, miren los catorce pesos!! Me los puse en el bolsillo y exclamé: ¡¡Sonaste maneco!! (las risas iban en crescendo).

Señores: yo quisiera expresarme con claridad, pero he tomado una copita de más y se me escapan los pensamientos (risas). Se me traba la lengua (al llegar a esta altura, las risas duraron más de diez minutos). Pero, sin embargo, le voy a dedicar un parrafito a la novia. ¡No sé cómo me saldrá! (risas).

31 Nota del editor: tonto.

Gladis: Yo quisiera que ahora mismo se presentara una muchachita andaluza, con más sal que una salina, con unos andares picarescos, taconeando fuerte y con movimientos de caderas, cruzara todo el salón, agradeciendo muy risueña los requiebros de los comensales, y, llegando a la cabecera de la mesa, colocara en la cabeza de la novia un manojo de claveles reventones (aplausos y olés). Y al mismo tiempo, le dijese con su gracia gitana: ¡¡Bendita sea tu madre!! (aplausos, gritos y felicitaciones).

Señores, sin duda que el imbécil que me apostó los siete pesos ignora que, aunque esté mal dicho, tengo mis veleidades literarias y soy un mal poeta (carcajadas muy largas). Ustedes se ríen, pero yo estoy más serio que un libro de misa (algazara general, tuve que esperar un rato que se callaran). Y, para que vean que es cierto lo que digo, voy a recitar en honor de los novios unos versos gauchos que me sé de memoria (una voz me preguntó: ¿de quién son los versos?, que nos diga el nombre del poeta). Yo contesté con firmeza: Los versos que voy a recitar ¡¡son míos!!

Ante la expectativa general, empecé con voz potente:

Versos gauchos

Con picardía gauchesca
voy a sacudir la yesca
para encender un cigarro,
y cantarle una coplita
a esa moza, tan bonita,
y a ese mozo tan bizarro.
Dos almas enamoradas,
sensiblemente enlazadas,
van a formar un hogar.
Y es muy justo en tal momento
echar una copla al viento,
ante el Amor y el Altar (bravo, bravo, muy bien).
Y allá van mis pobres musas
temblorosas y confusas
como garganta de sapo (risas).
Es cosa dificultosa
cantar a una moza hermosa
y a un mocito así, ¡tan guapo! (carcajadas).

Pero yo soy corajudo (una voz: se ve, se ve, risas).
y no me decido al nudo
a brindar mi inspiración;
pues, de poeta y de loco,
¡¡todos tenemos un poco! (gritos de protesta).
Y allá va mi relación.
¡¡Ya enlazaron al ternero!!

(Al oír estas palabras todos los comensales gritaron y reían escandalosamente. El que más se reía de todos era el novio; que se limpiaba las lágrimas con la servilleta. Tuve que esperar como veinte minutos, para poder seguir, aquello parecía un loquero).

¡¡Ya enlazaron el ternero!!
y ese lazo tan certero
resultó un «pial de bolcao».
Y es inútil que patee,
que salte y que corcabee;
¡¡Está muy bien enlazao!!
Y, ahura, igualito al hornero,
previsor y tesonero,
hace un nido en un caldén;
y el fruto de ese cariño
será «la risa de un niño» (risas y aplausos)
que hará del nido, un Edén.
Así hicieron nuestros padres
al unirse a nuestras madres
para su felicidad
y lo mismo hará mañana
esa inmensa caravana
que forma la humildad (aplausos prolongados).
Señoras y caballeros:
despidamos los solteros
con placer y buen humor.
Por la novia y sus blasones;
¡¡Arriba los corazones!!
Brindemos... ¡¡Por el Amor!!

Mientras recitaba los últimos versos, alcé la copa. Todos los comensales se pararon, como tocados por un resorte, alzaron las copas y brindaron por los novios; fue, en verdad, un momento emocionante y grandioso; lo que empezó con risas y chacotas, terminó con

emoción y felicitaciones. Don Enrique Maróttoli, me abrazó muy efusivamente; Recalde, también, a pesar de haber perdido. Fueron muchos los que me rodearon para felicitarme. Los últimos, fueron los novios, que muy agradecidos y emocionados me dieron las gracias por los versos gauchos y por el discurso, tan interrumpido como aplaudido. Fue para mí una noche de gratos recuerdos.

Lo que sí, se armó un gran baile y el «Gordito» Recalde no cesaba de pedirme que le devolviera lo siete pesos porque, según él, la apuesta fue de broma. Como es de imaginar, no se los devolví. Se los había ganado en buena lid.

Saladas. Fiesta del Azahar

Era el año 1942, el «Restaurant à la Carte El Ebro» ya se había impuesto, en el más amplio sentido de la palabra.

Dirigían la cocina mi señora y mi cuñada; mi hermano José estaba al frente del mostrador; y yo, como siempre, al frente de la fábrica; así íbamos tirando.

Muchos banquetes servimos en el patio colonial, al que le pusimos el pomposo nombre de «Patrio Andaluz», que muy pronto se hizo famoso; además, era rara la semana que no nos llamaban de los pueblos circunvecinos para servir algún banquete, como: Empedrado, San Luis, Itatí, etc., etc.

En los últimos días de agosto nos llegó una comisión de Saladas presidida por el Dr. Fernández; estos señores saladeños nos contaron su situación angustiosa; estaban en víspera de la fiesta del Azahar y no encontraban quien les sirviera el banquete oficial; vendría el Ministro de Agricultura, irían las altas autoridades de la provincia y el pueblo de Saladas se vestía de fiesta para homenajear a tan ilustres huéspedes; pero ningún hotel de la región se quería comprometer a servir el banquete.

Yo les recordé que en Saladas tenían un gran hotel.

El Dr. Fernández, gritó furioso:

—¡¡Ese, ese tiene la culpa, de todo lo que nos pasa!! Se comprometió a servir el banquete y resulta que en estos últimos días se le ha llenado el hotel hasta los topes y nos comunica, a última hora y

con la mayor frescura, «que no puede atender nada más que en su casa y que todavía se verá en grandes apuros»....

—¿Qué me cuenta?

Otro de la comisión terció:

—A mí me dijo que no tenía servicio suficiente para un banquete de tal magnitud.

Comprendí que el caso era serio y les prometí visitar al día siguiente Saladas, para ver sobre el terreno, qué se podía hacer.

El Dr. Fernández me estrechó las dos manos y me suplicó que los atendiera, que cualquier dificultad que surgiera, él la subsanaría y agregó:

—¡Anímese, señor Gastón! Recuerde usted que nos visita el ministro de Agricultura de la nación; que estará presente el señor gobernador de la provincia, Dr. Numa Soto; que estarán todas las reinas, de todos los departamentos, para desfilar en sus carrozas. ¡Esto le servirá de mucha propaganda para su casa!

—Mañana los visitaré.

—¡Hasta mañana!

Subieron a un auto y partieron velozmente.

Cuando al día siguiente me bajé del ómnibus, frente al consultorio del Dr. Fernández, tan pronto me vio, levantó los brazos y exclamó:

—¡Bendito sea Dios! Anoche no dormí pensando en usted. ¡Si usted no se animaba, hacíamos el papelón del siglo! Bien venido a Saladas señor Gastón. La comisión directiva de citricultores está reunida en la casa de don Domingo Díaz. Vamos allá. A ver si terminamos con este asunto tan ingrato.

Parece que nos esperaban, porque al vernos entrar, hubo exclamaciones de júbilo. Previas presentaciones, nos dirigimos a la Escuela Mantilla, frente a la plaza y en cuyo salón se serviría el banquete.

Al primer golpe de vista les dije que sólo se podían servir ciento veinte cubiertos, el salón no daba para más; pues en el fondo habían armado un escenario para la proclamación de las reinas, que ocu-

paba la tercera parte del salón. Llegamos a un acuerdo en todo y confeccionamos el siguiente menú:

Mayonesa de pollo
Ravioles al jugo
Petit voullevant de ostra
Lomito con petits pois
Gâteau «El Ebro»
Café
Dulce de citrus «saladeño»
Naranjas
Vinos «Carrodilla»
y Champagne «Espiño»

Regresé a Corrientes el mismo día y en el mismo ómnibus. El camino estaba lindísimo y durante el trayecto me hice este plan:

Saldríamos en un camión de Corrientes, al rayar la aurora, para llegar a Saladas a las nueve; serviría el banquete y a eso de las tres de la tarde, regresaríamos, rumbo a Corrientes.

Sería un día de fajina, pero valía la pena; pues dejaba buenas ganancias. Sin embargo, el tiempo, el tiempo miserable y atorrante, me estropeó todos mis planes, sucediéndome lo que a la lechera de la fábula, que se le rompió el cántaro y lo perdió todo.

Esa misma noche empezó a llover torrentosamente; la lluvia siguió todo el día siguiente y otra noche y otro día, y otra noche y otro día. En fin, un temporal bárbaro, sin miras de escapar.

Alarmado por tanta lluvia, hablé por teléfono a Saladas, con don Domingo Díaz, presidente de la comisión directiva, y éste me dijo:

—¡Véngase por el Nordeste, la fiesta se hará aunque llueva a mares!

Como yo le ponía muchos inconvenientes para el trayecto de la estación a Saladas, él me aseguró que saldrían con un buen camión a la estación, para trasladarme al pueblo con todos los cachivaches.

Preparamos todo y salimos la noche del viernes. En la estación del nordeste, nos sometieron al suplicio de la balanza, pues todo iba en calidad de equipaje. A pesar de tener ocho boletos, con opción a cincuenta kilos cada uno, tuve que pagar trescientos pesos, por exceso de equipaje.

Yo pensé: ¡Qué mal empieza esto! Los campos estaban inundados y no cesaba de llover.

Llegamos a Saladas a las nueve de la noche, bajo lluvia torrencial. Allí me encontré con don Pedro Amil, viejo amigo de Corrientes, y enseguida le pregunté por el camión para trasladarme. Se encogió de hombros y me señaló a la Comisión Directiva, que estaba dando la bienvenida al señor gobernador y a las reinas.

No pude comunicarme con nadie, porque desaparecieron todos en sus autos; quedando yo solo con los muchachos y el Restaurant portátil bajo la galería de la estación. ¡Mal principio de fiesta! ¿Cómo sería el final? El jefe de estación fue muy atento conmigo. Tomó el teléfono y se comunicó con los distinguidos ciudadanos de la Comisión Directiva; pero estos señores estaban muy ocupados para acomodar a los distinguidos viajeros que habían llegado a Saladas y lo que menos se acordaban era que un triste fondero estaba en la estación con todo su personal y toda su cachivachería, bajo una lluvia copiosa y un viento sud frío y penetrante.

Se hizo la una de la mañana y sin esperanzas de salir de la galería de la estación.

De pronto, me acordé de mi viejo amigo, don Pedro Amil, y traté de localizarle. El jefe de la estación, profundo conocedor, se puso en comunicación con la central de policía y allí estaba Amil. ¡Gracias a Dios!

Tan pronto me comuniqué con él, me dijo:

—¡Disculpá chamigo Gastón! Estamos medio locos, buscando hospedaje para tanta gente; hasta las casas de familia están abarrotadas de huéspedes... Pero chamigo, ahí nomás te mando el camión de la policía para traerte al pueblo; arreglate como puedas en la Escuela Mantilla. El director es mi amigo, es muy gaucho y te está esperando. Hasta mañana chamigo. ¡A ver si nos das bien de comer!

Al ratito llegó el camión policial; cargamos todos los cachivaches y salimos; el trayecto de la estación al pueblo estaba lleno de barro y de pozos; dando unos barquinazos tan terribles que tenía miedo de romper toda la cristalería; pero como la había embalado tan bien, no hubo roturas, gracias a Dios; y a las dos de la mañana, nos

alojamos en la escuela Mantilla. ¡Por fin! ¡Gracias a Dios y a don Pedro Amil!

Prendí el Primus, hice unos bifes a caballo y nos tomamos tres botellas de Carrodilla para entrar en calor; pero allí no había cama, ni catre, ni colchón, ni nada que se le pareciera. Con una frazada que llevaba, nos recostamos sobre las baldosas, media frazada por abajo, «para colchón», y la otra mitad por arriba, «para abrigo». Los sacos, las camisas y otras prendas de vestir nos sirvieron de almohada. ¡Qué noche Dios mío!

A la mañana siguiente salió el sol y nos levantamos con los huesos molidos; el día estaba espléndido, cielo azul y brillante. El cielo se apiadó de los saladeños y les dio una brillante oportunidad, para celebrar la fiesta del Azahar con toda la pompa y esplendor.

Mientras los mozos tendían los manteles sobre los tablones que traje de Corrientes, en el terreno del fondo hice una gran fogata, me apoderé de una reja vieja de ventana que encontré tirada y, utilizando como parrilla, improvisé una cocina de campaña; todo era cuestión de arreglársela y darse vuelta para cocinar.

A las dos de la tarde recién, se sentaron los comensales y a las cuatro y media de la tarde se iniciaron los discursos.

Todo me salió perfectamente y fui muy felicitado.

Enseguida desarmamos la mesa para dejar libre el salón, pues esa noche se proclamarían allí las reinas. Recién entonces pudimos comer; esa comida fue para nosotros desayuno, almuerzo, merienda y cena. Con el traqueteo, nos olvidamos de nosotros mismos.

Mientras estábamos comiendo, desfilaron alrededor de la plaza (una plaza hermosísima) las carrozas alegóricas de todos los departamentos, con sus reinas y su cortejo de damas de honor.

Francamente, todas estaban muy lindas y allí nos enteramos que había sido proclamada reina del Azahar la de Lavalle; y la mejor carroza, la de Bella Vista.

Más tarde se hizo la proclamación de las reinas de la escuela Mantilla y, terminado este acto, se dio por terminada la jornada y quedamos solitos. Los muchachos manifestaron deseos de dar una vuelta, para visitar la exposición citrícola y conocer la ciudad. Al quedar yo solo, empecé a embalar todos los servicios del banquete

para regresar al día siguiente a Corrientes; cuando terminé, me recosté completamente rendido; la fajina había sido brava y todo se había hecho «a fuerza de muñeca».

Recuerdo ingrato

El momento, la soledad, el silencio y el cansancio me dieron sueño, pero unos pasos en la oscuridad me despertaron y una voz me llamó:

—¿Señor Santiago Gastón?

—¡Servidor de Usted!

—Discúlpeme si lo molesto, pero es el caso que vamos a dar una copa de champán a las reinas y no tenemos copas. ¿Podría prestarnos las suyas?

El que así hablaba era don Domingo Díaz, presidente de la Comisión de Fiesta del Azahar. ¿Cómo negarme?

—¿Qué me dice, señor Gastón?

—¡Cómo no! Pero es el caso que ya embalé todo y está sucio.

—¡No importa! En el «Club Amistad» las limpiarán.

—¡Pero cómo! ¿Son para llevarlas al «Club Amistad»?

—¡Sí señor! ¿Por qué?

—Me va a disculpar don Domingo Díaz, pero para el «Club Amistad» no le presto ni una sola copa.

—¿Pero, por qué?

—Por la sencilla razón que el cantinero del «Club Amistad» me hizo un pedido a Corrientes y no he podido cobrarlo y como usted podrá comprender, sería yo un imbécil si le prestara mis copas, después de meterme un reverendo clavo.

—¿Y vamos a pagar nosotros las consecuencias de los clavos que mete el cantinero?

—Como miembros de la Comisión Directiva, muy bien pudieron obligarle a pagar las mercaderías que pide. Créame don Domingo Díaz, que ese cantinero, señor Pomarada, no les hace mucho honor a ustedes con su conducta.

—Pero, ¿usted se dirigió a la Comisión Directiva?

—Sí señor, me dirigí por carta certificada; y ni siquiera se dignaron contestarme.

—¿Así que no hay caso?

—Si fueran para su casa o para cualquier otro lugar, sí. Pero para el «Club Amistad», no. Ni una sola copa.

—¡Muy bien! A mí me habían dicho que usted era un hombre serio, pero por lo que veo y oigo, usted no tiene palabra de honor; más todavía, ¡usted no tiene dignidad!

Nos miramos en silencio. Estábamos solos en la galería oscura de la Escuela Mantilla. Sentí algo así como si me corriera por todo el cuerpo un hormigueo y acercándose lentamente a aquel guaso, le dije:

—¡Don Domingo Díaz, presidente de la Comisión de Fiesta, acaba de darme una bofetada moral; yo no soy evangelista, pero le voy a presentar la otra mejilla para que me dé la otra bofetada. ¡¡Peque!! ¡¡Pegue!!

Y al decirle esto, estiré la cara y me puse en guardia, con los puños cerrados. Yo no sé lo que pasó, porque aquel hombre dio media vuelta y se retiró mudo... ¡Qué mala noche pasé! Acostado en el santo suelo y con los nervios como cuerdas de guitarra. Me pasé toda la santa noche dando vueltas y más vueltas, y recordando la ingrata escena que tuve con aquel insolente.

Al día siguiente era domingo. Busqué un camión para ir a la estación, pero en el surtidor no le daban nafta si no llevábamos una orden firmada por el presidente, don Domingo Díaz.

Hablé con el Dr. Fernández y mediante su influencia conseguí la nafta. Arrimamos a la Escuela Mantilla para cargar y me encontré los mozos todos borrachos. Tuve que armarme de paciencia y cargar con el chófer toda la cajonería. Después metimos a los mozos a empujones en el camión y salimos para la estación.

¡Otra vez el suplicio de la balanza! Cuando ya estaba por terminar, se me acercó don Domingo Díaz y me habló de un pago, pero yo le di la espalda y seguí cargando cajones al furgón; fue entonces que se me acercó el Dr. Fernández y me reprochó mi tozudez para

con el presidente. Que lamentaba lo sucedido y quería pagarme el banquete, mientras que así quedaba una mala nota de la fiesta de Saladas; y yo me iba con una impresión pésima, cosa que él sentía muchísimo, porque fue él quien me conquistó para venir a servirlo, etc., etc.

Miré al Dr. Fernández detenidamente y le contesté:

—En efecto doctor, me ha salido todo torcido; me voy de Saladas todo dolorido, he cinchado como un burro, he dormido dos noches en el suelo; el viaje por el tren me cuesta un ojo de la cara. En una palabra, que en vez de ganar unos pesos, llevo pérdidas... pero todo eso no me duele tanto como el insulto de su ilustre presidente y antes de rebajararme a él, me voy sin cobrar. Si me quieren pagar, me giran a Corrientes y si no, que Dios los ayude...

—¡Eso sí que no!! Yo me encargaré de hacerle girar y ya que se le ocasionan tantos gastos, aquí tiene de mi cartera particular doscientos pesos para los gastos de viaje. Yo le estoy muy agradecido y no permitiré que se vaya así de Saladas. ¡Agarre los doscientos pesos, pues, chamigo!!

Tomé aquel dinero y subí al furgón. Los mozos dormían plácidamente en los asientos de primera; ni siquiera se dieron cuenta que viajaban. Al arrancar el tren, la banda de policía de Corrientes, que actuó en todos los actos, ejecutó «La Marcha de San Lorenzo».

Como iba en el furgón, fui el último en despedirme del pueblo de Saladas, agolpado en el andén; al pasar frente a él, le hice la señal de la cruz, mientras murmuraba: ¡Saladas; primera y última!!

A los pocos días, me giraron el importe restante; pero yo no volví más a Saladas, por más que me llamaron muchas veces para servir comidas. Aquel recuerdo tan ingrato quedó grabado en mi memoria, y hoy lo repito en este libro.

Compro la primera casa

Después de tantos años de luchas, de sacrificios y pequeños ahorros, logramos acumular algunos pesos. Mi señora empezó a decir que sería lindo comprar alguna casita, para vivir la vejez tranquilos, bajo techo propio.

Un día nos trajo el cartero una carta de los rematadores, Meabe y Durand. En ella anunciaban el remate de la gran casa, en la esquina Córdoba y Ayacucho... Fui a verla y me asusté. Aquello era demasiado grande para nosotros. ¡¡Era un verdadero palacio!!

—¡¡Para un hotel, para un hotel!!—, me decían los rematadores.

—¡¡No, no, no, no, no!! ¡¡Es demasiado grande para mí!!

—¡¡Para un hotel!! Con muy poca plata se la adjudicamos. ¡¡Aní-mese, Gastón!! Hay una hipoteca bárbara y una deuda en el Banco de la Nación; usted paga la diferencia entre la hipoteca y el monto del remate y de inmediato se la entregamos, y monta un hotel como la gente quiere, que está haciendo mucha falta y ustedes son los más indicados para ponerlo. Su Restaurant es el que más trabaja en Corrientes, lo tienen todo en las manos, le presento esta casa en bandeja de plata y no la toma. ¡Anímese Gastón...! ¡¡Un hotel, un hotel!!

Estudié detenidamente el asunto, visité al gerente del Banco Hipotecario, don Olegario Olazar, y enseguida me reconoció, por más que era la vez primera que entraba en dicho banco. Me atendió maravillosamente bien, me escuchó con una atención única y terminó por aconsejarme que me presentara al remate y no perdiera aquella oportunidad tan espléndida. La transferencia de la hipoteca se haría de inmediato, porque la firma Gastón Hermanos le merecía la mayor confianza... Salí del banco otro hombre. La calle Rioja era estrecha para mí. Pero cuando llegué a mi casa, se asustaron del vuelo que tomaban mis pensamientos.

—¿Cuándo vamos a pagar tanto dinero?—, me decían.

Llegó el día del remate. Cuando llegué al Banco de la Nación, llovía copiosamente y apenas si había cinco o seis personas esperando. Como había tan poco público, optaron por esperar media hora de tolerancia. Pasado ese tiempo, empezó el remate.

Nadie ofrecía nada. El rematador hablaba por los codos, ponderando la hermosa propiedad que ofrecían. Me miró, lo miré y me preguntó:

—¿Qué me dijo el señor Gastón? Hable un poco más fuerte, que soy un poco sordo.

—¡Doy la base!—, le contesté.

—¡Mil más!—, dijo uno detrás mío.

—¡Mil más!—, grité yo.

—¡Mil más!—, repitió el de atrás.

—¡Dos mil más!—, contesté yo rápido.

El de atrás, se calló, por un momento.

Siguió el remate. Segundo mis cálculos, las pujas habían llegado a setenta y seis mil pesos. Si el de atrás no mejoraba la postura, me la llevaba por esa suma y hacía una verdadera pichincha. Ante los gritos del rematador, para entusiasmar a los postores, el de atrás contestó:

—¡Cien pesos más!

—¡Cien más!—, le repliqué muy contento, porque bajó mucho su postura.

—¡Cien más!—, retrucó.

—¡Cien más!—, le grité con rabia.

—¡Cien más!—, me contestó furioso.

Pero lejos de callarme, me entusiasmé y mantuvimos un duelo «de cien pesos más» por un rato, hasta que él se calló otra vez.

Siguió el rematador, azuzándolo, para que siguiera el duelo. Yo pensé parar mis adentros; como vuelva a ofertar cien pesos más, lo voy a correr con una postura más alta; si no, de cien en cien, no terminamos más. Cuando creía que me dejaba solo, contestó, un poco enojado:

—¡Cien pesos más!

—¡Quinientos más!—, grité yo.

Hubo unos murmullos, siguió el rematador llamándolo, pero por más que insistió muchísimo, el de atrás, no dio señales de vida.

—Señores—, gritó el rematador. Voy a bajar el martillo. ¿No hay quien dé más? A la una. ¿No hay quien dé más? ¡A las dos y se va! ¿No hay quien dé más? ¡¡A las tres y se fue!! ¡¡Adjudicado...!! Señor Santiago Gastón ha rematado usted la casa por setenta y siete mil quinientos pesos. Lo felicito con todo mi corazón; acaba de hacer usted una gran pichincha. Señores: ¡muchas gracias a todos! Y ahora, una gran noticia. Los señores Gastón Hermanos van a instalar

un gran hotel en la casa recién adquirida. ¡Será un hotel de primera categoría y el día de la inauguración lo mojaremos con champán. ¡Casa que no se moja, casa que se raja! ¡¡Muchas gracias, señor Gastón, por el champán!!

Así terminó aquel remate, que me había de dar muchos dolores de cabeza. Cuando llegué a «El Ebro» me recibieron con chistes; les seguí la corriente y cuando terminaron de cacharme saqué los recibos del diez por ciento al banco y el dos por ciento al rematador y los tiré sobre la mesa, diciendo:

—¡Sigan cargándome con la cachada! ¡¡Allí tienen la casa!!

Quedaron perplejos. Ni mirando los recibos querían creer. Se fueron a ver la casa, «Nuestra Primera Casa», y volvieron asustados. Aquello era demasiado grande para nosotros. ¡¡Demasiado grandioso, era un verdadero palacio!!

Como había una hipoteca de sesenta y dos mil pesos, con sólo quince mil quinientos adquirí la casa. Teníamos por delante treinta y tres años para pagarla y la pagaríamos. ¡Vaya si la pagaríamos!

¡¡Con cuánta ilusión nos pusimos a refaccionar, pintar, instalar la luz, aguas corrientes en todas las piezas, baños, depósitos de agua en el techo, camas nuevas, muebles nuevos, colchones «Simons»... en fin, que montamos un hotel a todo lujo. A medida que lo íbamos instalando, se nos llenaba la casa de pasajeros y hasta rechazábamos, por falta de ubicación.

Todo marchaba «viento en popa» y la firma Gastón Hermanos entró en una era de grandeza y esplendor. Recibimos muchas felicitaciones y hasta la Radio L.T. 7 de la Provincia de Corrientes lanzó a los cuatro vientos un hermoso comentario del gran amigo Alzugaray, su dueño, ensalzando la obra del nuevo hotel y ponderando la constancia de los hombres de trabajo, que a fuerza de sacrificios, de tesón y de pequeños ahorros, lograban escalar las alturas, brindando a los pasajeros buena comida, exquisita atención, reposo reparador... en fin, todas las comodidades que necesita el pasajero y que honran a una ciudad.

Tanto se entusiasmó el simpático vasquito Alzugaray en su comentario radial que nos dijo que entrábamos a formar parte de ¡¡la legión de los... «nuevos ricos»!!

Poesías

Permíteme lector que abandone un poco las luchas humanas para entregarme un rato a los deleites del espíritu; ¡a la Poesía!

Desde muy niño era ya poeta. Recuerdo que tenía hermanas casaderas que tenían novios y que muchas noches llegaban a cantar serenatas al pie de la reja, costumbre muy clásica española que todavía se conserva a pesar de las muchas guerras y odios que dividieron las familias con una guerra civil donde se mataban padres contra hijos y hermanos contra hermanos. Pero, a pesar de todo, todavía se cantan en España serenatas de amor, al pie de las rejas floridas.

Y mientras se canten serenatas, habrá amores y donde hay amor, hay poesía. Pues bien, cuando mis hermanas recibían cartas de amor, acudían a mí y yo las contestaba en verso y los «otarios» creían que eran de ellas y quedaban medio locos... ¡Mientras nosotros nos reíamos!

Durante mis andanzas por esos caminos de Dios, siempre que el tiempo me lo permitía, hacía versos, los publicaba y los guardaba en el fondo de mi baúl. Otra vez mi viejo y querido baúl aparece en escena. Estaba el pobre medio olvidado, en un rincón, hasta que un día llegaron los pintores para blanquear la casa.

Las mujeres de la casa, como todas las mujeres, cuando llegaron los pintores le dieron vuelta a la casa.

Al encontrar mi baúl, lo abrieron y notaron con espanto que en su fondo había un montón de papeles viejos, envueltos en un nido de cucarachas. Sin consultar a nadie empezaron a tirar al horno aquel papelerío sucio.

Cuando yo me di cuenta, una inmensa columna de humo negro ascendía en el espacio, largando un tufo mal oliente.

Corré dando gritos, pero ya habían quemado mucho. Si tardo un poco más, desaparece todo. Voy a reproducir lo poco que se salvó de aquella «Inquisición Femenina».

Musas latinas

ITALIA

Estela, mi bella Estela,
corre a bailar muy ufana,
con gracia napolitana,
tu gallarda Tarantela.
Ya está llena la plazuela
y todo el mundo se afana
por tu hermosura lozana...
¡Si hasta trina la vigüela!
Cautivas los corazones
cuando cantas tus canciones.
¡Oh, sublimes melodías!
¡¡Si supieras el infierno
que ruge en mi pecho interno...
Estela... no cantarías!!

FRANCIA

¡Pobre Pierrot! Por doquier
que con su dolor camina,
surge la visión divina
de su desleal compañera.
En su angustiosa carrera,
llora con su mandolina:
¡¡Colombina, Colombina!!
Y el pobre se desespera.
En su inmortal serenata,
trata a la Luna de ingrata
y de traidor a Arlequín.
Y en tanto, con alegría...
¡¡Colombina, se extasía
en los brazos del Delfín!!

ESPAÑA

¡Fuego es tu sangre española
cuando vas a las verbenas!
Si cantas, mitigas las penas.
Si bailas, te pintas sola.
Si a los toros vas, tremola
tu esplendor, porque en la arena,
muere el torero sin pena
si tu sonríes, Manola.

Tienes la sal de Sevilla.
Y al ponerte la mantilla
hay tal fuego en tus ojazos...
Que enloqueces a los chulos
y por uno de tus rulos...
¡¡se matan a navajazos!!

AMÉRICA

Son tus ojos dos puñales
que hieren los corazones
como en las revoluciones
las cuchillas orientales.
Son tus miradas fatales,
porque al clavarlas, traspones
a encantadoras regiones
de países tropicales.
¡Oh, musa de mis ensueños!
Al ver tus ojos chaqueños,
soñé con tribus sagradas.
Y en vez de obtener la palma
¡Quedó mal herida mi alma,
con tus primeras miradas!

Las cuatro estaciones

PRIMAVERA

Soy una niña hechicera
llena de rosas y risas,
cantos, amores, sonrisas,
perfumes y enredaderas.

VERANO

Soy un panzón con doblones.
Me levanto muy temprano
con un cuerno en cada mano...
¡para repartir millones!

OTOÑO

¡¡Tísica!! Al morir el día,
se reflejan tus angustias
en esas hojas, que mustias,
caen con melancolía.

INVIERNO
Soy un espectro fatal
y llevo siempre en mis manos
con instintos inhumanos,
¡la guadaña criminal!

Quinteriana

¡¡Por fin llueve!! Los trigales,
las quintas y los yerbales
crecerán.
Los zorzales, las alondras,
los arroyos y las frondas,
cantarán.
La campiña, seca, abierta,
se pondrá como una huerta
de verdor.
Y las auras vespertinas,
traerán esencias divinas
de la flor.
Despertará la colmena
donde la abeja, liba y llena su panal
y el corderito, saltando,
saldrá alegre y retozando
del corral.
Las aves harán sus nidos
en los árboles tupidos
de vergel...
Y trinarán armonías
de sublimes melodías
al dosel.
Florecerán los rosales
y en los oscuros portales
se verán...
parejas entrelazadas
que suspiran extasiadas.
¡Soñarán!
Saldrá al calor la serpiente
y a la vaca parturienta...
¡mamará!
Mientras el pobre ternero,

raquítico y plañidero
¡Gemirá!
Vendrá al pueblo el verdulero
y parando placentero
su rocín...
gritará, como quien canta:
¡Verdura fresca, marchanta!
¡Llueve al fin!
Mientras escribo, ¡qué agrado!
Siento el agua en el tejado
¡falta hacia!
pues se morían las reses
y los pastos y las mieses,
¡no nacían!
¡Bienvenida, agua del cielo,
que con su raudal fecunda
la Madre Tierra. Yo anhelo
ver florecido este suelo
bienhechor, que el agua inunda,
porque es Mi Patria Segunda,
y esta lluvia es un consuelo
si entra en la tierra profunda.
¡¡Bienvenida agua del cielo!!

Dormir y soñar riendo

Una casita chiquita
en el arrabal porteño.
Dos piezas, baño, cocina
y patio, con su cantero;
donde florecen las plantas
dándole un golpe soberbio.
Cubre este patio una parra,
que lo hace sombrío y fresco
en las tardes calurosas...
Más al fondo, hay un terreno,
la mitad, una quintita,
la otra mitad, gallinero.
A la legua se conoce
que es la casa de un obrero,
se ven escaleras largas,

baldes, tablones y hierros.
Un oficial albañil
y sin duda, de los buenos.
En el patio, una mujer,
de treinta años (más o menos)
canta, meciendo una cuna
y en la cuna, un pequeñuelo
duerme muy tranquilamente
y está soñando y riendo.
¿Con quién estará soñando?
¿Por qué se estará riendo?
¡Sueña con los angelitos!
Dice la madre muy quedo...
y dejando de hamacar,
echa mano a un costurero
y saca unas medias rotas
que «antes» estaba zurciendo.
¿Antes...? Sí. Porque hace un rato
se despertó el pequeñuelo
dando berridos tan fuertes
que la madre lo alzó presto,
lo limpió, cambió pañales
y le dio su amante pecho,
para que el glotón chupara,
hasta atorarse de lleno.
Y ahora, limpito y harto,
duerme y ríe satisfecho.
¿Con quién estará soñando?
¿Por qué se estará riendo?
¡Ya están zurcidas las medias!
¡Qué tremendos agujeros!
La mujer las mira y piensa...
¿Dónde irá su pensamiento?
Mira allá, la lejanía
del horizonte y el cielo...
Y ve como un espejismo
sobre un nubarrón muy negro,
unos andamios, muy altos,
y una obra, en pleno centro,
donde trabaja su esposo
en continuo balanceo

sobre tablones cimbreantes
que dan vértigo y mareos.
Ya antes de lucir el día
partió en el tranvía obrero,
entra al trabajo a las siete
y vive lejos, muy lejos.
Luego, a la noche, vendrá
cansado, pero contento.
En su lugar tiene dos ángeles;
su esposa, mujer modelo,
y el chiquitín, su «Gordito»,
ese pedazo de cielo
que al verlo llegar, sonríe,
palmoteando de contento.
Ya pronuncia «papá» y «mamá»
con monerías y gestos
que trae a los padres «chochos»...
El niño sigue durmiendo...
¿Con quien estará soñando?
¿Por qué se estará riendo?
¡Vaya a saber lo que pasa
en su angelical cerebro!
El niño ríe soñando,
la madre canta zurciendo,
y en el fondo canta un gallo
orondo en su gallinero.
¡El gallo es como un reloj
que marca el ritmo del tiempo!

La escuelita de mi aldea

¡Oh, escuelita de mi aldea!
¡Cuánto te he de recordar!
Escuela pobre y sin libros...
¿Qué podían enseñar?
Una escuelita tan pobre
no puede ir muy allá...
un poquito de Doctrina,
para enseñar a rezar.
Un poquito de Gramática,
para enseñarnos a hablar.

Historia, Geografía
y reglas de urbanidad...
un poquito de Aritmética,
para sumar y restar,
multiplicar y dividir,
y, regla de tres... quizás...
y... hasta regla de interés...
y... alguna cosita más...
¡Escuela pobre y sin libros,
no puede ir muy allá!
Todo lo hace allí el maestro,
si es un maestro cabal.
¡Oh, escuelita de mi aldea,
nunca te podré olvidar!
¡Al evocarte en mis versos,
me acuerdo de don Pascual!

Barcarola (Sin música)

(Coro)

Con sus mágicos fulgores
la aurora empieza a brillar,
pintando de mil colores
la tierra, el cielo y la mar.
La tormenta y sus furores
jamás nos han de arredrar,
pues para los pescadores
«balsa de aceite» es el mar.

(Un pescador - Solo)

Corre como el viento
barquilla ligera,
que en la playa espera
mi adorado bien.
Corta con tu proa
la ola irritada,
que en tierra, mi amada
me oferta un Edén.

(Coro)

Ya la estrella de los mares
nos anuncia el nuevo día,

ya despierta en los hogares
nuestra dulce compañía.
Se disipan los pesares
y renace la alegría
¡Boguemos! Y entre cantares
dejemos la pesquería.

(Solo)
Ya está cerca el muelle
¡Boguemos, boguemos!
Y alegres cantemos
canciones de amor.
El cielo es de rosa
el mar está en calma
y henchida mi alma
de tanto fervor.

(Coro)
Ya llaman, corren y gritan,
en alegre confusión,
ya los pañuelos se agitan
con ternura y efusión.
La tormenta y sus furores
jamás nos ha de arredrar,
pues para los pescadores,
«¡balsa de aceite» es el mar!

Nocturno

La pieza de un conventillo
con el moblaje sencillo
de un matrimonio. Es la una.
Junto al lecho, hay una cuna
y en ella, duerme un chiquillo.
Duerme don dulce reposo,
el matrimonio dichoso.
La madre, todo cariño,
abre sus ojos hermosos,
en cuanto se mueve el niño.
La pieza es como un cajón,
ni ventana ni balcón,
sólo hay al foro una puerta,

que la han dejado entreabierta,
para la respiración.
Por ella, se cuela un gato
con silencioso recato,
sube de un salto a la mesa
y «le echa el guante a una presa»
que ha quedado sobre un plato.
Pero, con tan mala suerte,
que el plato se cae al suelo.
¡Con qué pena y desconsuelo,
se queda el «minino» inerte,
mirando con gran recelo!
Los tres, que estaban dormidos,
despiertan despavoridos
y el gato clava insolente,
sus ojos fosforescentes,
en los ojos aturdidos.
El hombre reacciona al fin
y al ver que su chiquitín
llora con gran desatino,
le grita un ¡zape! al minino,
¡arrojándole un botín!
El «caminante» se estrella
contra una hermosa botella
que quedó media de vino,
y el asaltante felino,
huye con una centella.
Mece la madre la cuna
mientras le susurra una
«nana» a su lindo tesoro
y por la puerta del foro,
penetra un rayo de luna.
Duermen los tres otra vez,
con la misma placidez.
Pero, el gatito ladrón
entra con gran precaución
y huye con más rapidez.
Busca después un rincón
y en la parte más obscura,
traga sin interrupción,
junto al inmenso cajón,

donde tiran la basura.
¡¡Qué banquete tan sabroso
se da este gato mañoso,
con un churrasco al sartén,
en el patio silencioso
alumbrado a kerosén!!

Reina después de muerta

Hermosa fue, como un astro
y al verla tan seductora,
el príncipe se enamora
y hace espesa a Inés de Castro.
Blanca de Navarra, el rastro
sigue a su rival... ¡traidora!
Y un infierno la devora
ante la faz de alabastro.
Matan la infeliz amante
y muere el rey... Al instante,
el príncipe ve a sus pies
postrarse el pueblo contrito
y lanza el terrible grito:
¡¡PORTUGAL POR DOÑA INÉS!!

¡¡Una limosna, por Dios!!

A eso de las doce y media
de una noche clara y fría,
tras de ver una tragedia
a mi piecita volvía.
Aún recordaba el fatal
fin de la protagonista
y otra escena más brutal
se presentó ante mi vista.
En un zaguán reunidos
una madre y tres chicuelos
con cuatro harapos vestidos
acurruscados, por el suelo.
El más chiquito, algo enfermo
de un resfrión mal curado,
llora y tose, acurruscado,

en el regazo materno.
Mientras que los otros dos,
piden con voces lloronas:
con sus manitas temblonas,
¡¡UNA LIMOSNA POR DIOS!!

¿Murió el padre...? ¡Sí, murió!
¿No ves que están enlutados?
Y cuando el sostén faltó,
quedaron abandonados.
Paso a la acera de enfrente
por ver si muchos les dan
para que al día siguiente
compren un poco de pan.
Y veo los dos chiquillos
recoger la caridad,
que sale de los bolsillos,
por costumbre o por piedad.
Y una vez que ya se van
los que del teatro salían
se aprietan en el zaguán
con un poco de alegría.
Me retiro acongojado,
cuando un auto, llega y para...
y un hombre baja apurado,
bien vestido y linda cara.
¿Será el dueño de la casa?
Y me detengo curioso
para ver lo que allí pasa
con este cuadro angustioso.
¡No me hubiese detenido!
Aquel hombre que llegó,
a estos seres ateridos
en el auto los metió.
A todos, les dio unos besos
y los niños, ya en el coche,
le dijeron: ¡Cuántos pesos,
recogimos esta noche!
¡Santo Dios! ¿Qué es lo que veo?
¿De modo que los que dan,
le dan limosna a este reo
a este vil pelafustán?

¿Y la tierna criatura
acatarrada y con tos?
¡Oh, qué conciencia tan dura!
¿Tendrán conciencia estos dos?
¡Padres...! ¡Mentira...! ¡Haraganes!
Mandar los hijos en pos
del mundo, con los «refranes»:
¡¡UNA LIMOSNA POR DIOS!!

El último grito

Yo dije a mi corazón:
¡Olvídala y rompe el yugo!
Y el muy infame y bribón
no contestó, «porque es tuyo».
Después, llamé a mi conciencia
para pedirle una ayuda,
y ella me imploró clemencia
por ti, «pues también es tuya».
Más tarde, acudí a mi alma
para decirle que huya,
y vivir en dulce calma...
y ella lloró, «porque es tuya».
¡Oh, cuán triste es mi existencia!
¿Cómo he de vivir con calma
si me robas, sin clemencia,
Corazón, Conciencia y Alma?
Huyo de ti, plañidero,
buscando quien sustituya
tu amor: ¡Y sin ti, me muero!
¡¡Porque, «hasta mi vida es tuya»!!

Refranes y letrillas

Frente a las blancas cuartillas
donde escribo mis afanes,
he elegido unos refranes
para hacer unas «Letrillas».
Han de ser simples, sencillas,
para que gusten de veras,

humanas, fieles, sinceras,
que alegran al paisanaje
y que las cante el gauchaje...
En fin, «décimas camperas».
Todo refrán verdadero
lo estudio y observo absorto,
que tienen un renglón corto,
que es «la madre del cordero».
Y ese apéndice certero
que donde meterlo no hallo...
esa «cola de caballo»
siempre al viento desplegada,
queda como una patada,
en... «un sitio que me callo».

REFRÁN PRIMERO
«Parientes y tachos viejos
pocos y lejos»

Un pillo visitó un día
a unos parientes lejanos,
llevaba «limpias las manos»
y «la barriga vacía».
Se apeó en la pulperia
a tomar un vino añejo
y le preguntó Vallejos:
¿Va a visitar los parientes?
Y un gaucho dijo entre dientes:
«Parientes y tachos viejos
pocos y lejos».

Llegó esa tarde mismísima
cuando el sol se iba poniendo
y entró en la Estancia, diciendo:
¡Ave María Purísima!
La patrona, contentísima,
dejó al sobrino perplejo
besándole el entrecejo
que arruga entre las cejas,
mientras decían las viejas:
«Parientes y tachos viejos
pocos y lejos».

Como era buen tirador
prestáronle una escopeta
que cargaba con baqueta
y con pistón exterior.
Resultó buen cazador
de perdices y conejos,
pero... un día don Alejos
vio «que cazaba gallinas»...
«Parientes y tachos viejos
pocos y lejos».

Una noche primorosa
salió con la peonada
a cantarle una alborada
a la niña Sinforosa.
Pero la madre, celosa,
echó aquellos zagalejos
y en vez de darles consejos
les cortó la serenata
a baldazos y bravatas:
«Parientes y tachos viejos
pocos y lejos».

Un día, entró en la cocina
en busca de un cimarrón
y alborotó el corazón
de la «chefa» Marcelina.
Hubo un olor a chamusquina,
se socarró el abadejo,
los bifes no eran parejos,
se cortó la mayonesa...
y el patrón gritó en la mesa:
«Parientes y tachos viejos
pocos y lejos».

Dejó el mozo la cocina
porque notó que el ambiente
se ponía muy caliente
y... ¡se le arrimó a la prima!
Y... celosa, Marcelina,
se lo contó al patrón viejo
y el viejo ¡dio un gran consejo!
Aquí se torció el destino

del atrevido sobrino...
«Parientes y tachos viejos
pocos y lejos».

¡Basta! Rugió la patrona,
cansada ya de aguantar.
Hoy mismo, lo voy a echar,
ese pariente me embroma...
y señalando la loma
le gritó: ¡Raje, canejo,
porque si no, lo espellejo!!
¡¡Fuera de mi casa pronto,
y no se haga más el tonto.
«Parientes y tachos viejos
pocos y lejos».

REFRÁN SEGUNDO
«No por mucho madrugar
amanece más temprano».

Un gauchito enamorado
de Rosita, «Flor de azahar»,
salió una noche a cantar
un verso bien ensayado
Pero... en la esquina, parado,
lo esperaba otro paisano
que dijo al darle la mano:
¡Te invito un truco a jugar!
«No por mucho madrugar
amanece más temprano».

El cantor, algo afligido,
contestó: no, voy de farra,
voy a cantar con guitarra,
a mi Rosita, mi amigo.
Sin embargo, te convido
a tomarnos, mano a mano,
un litro de vino cuyano
y después, me iré a cantar,
«No por mucho madrugar
amanece más temprano».

Entraron en el salón,
vaciaron unas botellas,

que según decía en ellas,
eran de vino «Carión».
Se agrandó más la reunión
con unos cuantos paisanos,
eran todos compueblanos
y dispuestos a farrear.
«No por mucho madrugar
amanece más temprano».

Fue caldeándose el ambiente
y el gaucho empezó a cantar;
a uno, le dio por llorar,
porque falleció un pariente;
otro gritó impertinente:
¡Venga, más vino! Yo gano
un salario soberano;
¡y los quiero emborrachar!
«No por mucho madrugar
amanece más temprano».

Un vasco, que estaba oyendo
la impertinente bravata
se acercó y metió la pata
de esta manera diciendo:
¡Arrayúa! Sí, sí, entiendo,
gaucho, usted, ser macanudo;
pero yo... «vasco forzudo»,
vuelta pago y sé cantar...
«No por mucho tempraniar
amanece más madrugo».

Entre risas y cachadas,
los farristas se pelearon,
mesas y copas volaron,
hubo insultos y trompadas,
pero no hubo puñaladas,
porque el patrón, muy baquiano,
tenía su pito a mano
y auxilio empezó a tocar.
«No por mucho madrugar
amanece más temprano».

Se vino la policía
atraída por los pitos

y llevó a todos cortitos
rumbo a la comisaría.
¡Presos, una noche y día!
gritaron los milicianos
y aquel grupo de paisanos
acató, sin respirar.
«No por mucho madrugar
amanece más temprano».

El cantor se lamentaba
al compás de su guitarra
mientras dormía la barra
de borrachos que allí estaba.
De Rosita se acordaba,
«la flor más linda del llano»...
«el sol del cielo pampeano»...
que él la supo conquistar.
«No por mucho madrugar
amanece más temprano».

Y mientras esto ocurría,
la Rosita, en su ventana,
muy coqueta y muy liviana,
a otro gauchito atendía.
Amor, ternura y poesía
entrelazaban sus manos
y sus labios, muy cercanos,
se invitaban a besar...
«No por mucho madrugar
amanece más temprano».

REFRÁN TERCERO
«En casa de don Miguel,
él es ella
y ella es él».

¡Qué feliz la casa aquella
donde viven ella y él!
A ella llaman doña Estrella
y él se llama don Miguel.
Entremos en esta casa
y por la puerta de cancel
a enterarnos lo que pasa...

pues nos dijo la Colasa:
«En casa de don Miguel
él es ella
y ella es él».

¡Las ocho de la mañana
y la casa sin barrer!
¡Grandísimo tarambana!
¿Qué haces en esa ventana?
Tranquilízate, mujer...
Siendo tan noble y tan bella,
esa amargura de hiel
te está enfermando, mi Estrella...
«En casa de don Miguel
él es ella
y ella es él».

De pronto, llegó la suegra
apostrofando a su yerno:
¡Pajarraco del infierno!
¡Más tragón que hormiga negra!
¡Dormilón como culebra,
que duerme todo un invierno!
¡¡Señora!! Deje a Luzbel,
que si la oye, la degüella...
«En casa de don Miguel
él es ella
y ella es él».

Llegó el suegro. Muy galante,
«petiso», pero elegante,
con su chaleco de armiño,
diciendo muy arrogante:
¡Viéndote insignificante,
me miman igual que un niño!
Miguel, contesta: ¡Güey, güella!
¡Quién le pone cascabel
a este «tapón de botella»?
«En casa de don Miguel
él es ella
y ella es él».

Después, llegó la cuñada,
muy graciosa, muy bonita,

muy mimosa, muy mimada,
linda, coqueta y gordita,
gastadora y malcriada.

Arrulla, con mucha miel:
¡Oh, hermana, mi buena Estrella!
¡Te ayuda cuñado fiel!
¿Cuento contigo y con ella?
«En casa de don Miguel
él es ella
y ella es él».

Y por fin, llegó el cuñado;
vago, farrista y malvado,
pendenciero, jugador,
¡¡Tengo una deuda de honor!!
Ruge...¡¡o me dan prestado,
o me mato por traidor!!
Padres, cuñada y Estrella,
piden, con sarcasmo cruel,
por pagar la deuda aquella...
«En casa de don Miguel
él es ella
y ella es él».

Y el infeliz, bondadoso,
sembró a raudales ternura
para ser feliz esposo,
pero en vez de ser dichoso
cosechó sólo amargura.
Enemigo de ser cruel,
incapaz de una querella,
por amar ciego a su Estrella...
¡¡Paga y calla, siempre fiel!!
«En casa de don Miguel
él es ella
y ella es él».

REFRÁN CUARTO
«Dime con quién andas
y te diré quién eres».

Abandono las décimas
en mis letrillas

para seguir rumbeando
con seguidillas.

Así, hago un rollo
de versos españoles
con versos criollos.
Viejo verde, que sigues
a esa modista
y la vas piropeando
tan a la vista;
¿Qué es lo que quieres?
«Dime con quién andas
y te diré quién eres».

Tú, vieja Celestina,
me has ofrecido
una infeliz casada...
¡Pobre marido!
¡Pobres mujeres!
«Dime con quién andas
y te diré quién eres».

Casado veleidoso,
necio Don Juan...
¿No temes que tu esposa
sea otra tal?
Si eso prefieres;
«Dime con quién andas
y te diré quién eres».

Casada soñadora
de otros cariños
nunca dejes tu esposo
tu hogar y niños,
por los placeres
«Dime con quién andas
y te diré quién eres».

Obrero, cuando sales
de trabajar,
si has cobrado tu sueldo
vuelve a tu hogar.
Si así no hicieres...
«Dime con quién andas
y te diré quién eres».

Maestrita, que educas
generaciones
tu misión tan sagrada
nunca abandones.
Son ¡tus deberes!
«Dime con quién andas
y te diré quién eres».

Haragán, que molestas
con tus pechazos
no seas sinvergüenza
busca trabajo.
No. No te alteres...
«Dime con quién andas
y te diré quién eres».

Escueleras que hacen
muchas preguntas,
sed prudentes. No busquen
las malas juntas
y hagan deberes...
«Dime con quién andas
y te diré quién eres».

No abandones el surco
noble colono,
tus manazas cosechan
el pan que como.
¡Unce tus bueyes!
«Dime con quién andas
y te diré quién eres».

Hermano chacarero,
siembra más mieses.
Y tú, noble estanciero,
cría más reses.
Vuestra riqueza
es el «Sol de la Patria»
y su grandeza.
Trabajador del campo
cumple tus leyes...
«Dime con quién andas
y te diré quién eres».

Estudiantes, soldados,
de todas partes,
industriales, artistas,
oficios y artes;
La Patria espera
que se cobijen todos
con su bandera.
Que trabajen unidas
las multitudes.
Que abandonen los vicios
por las virtudes.
Y al que no lo quiere...
yo le digo al oído
aunque se altere:
«Dime con quién andas
y te diré quién eres».

Muchos versos más se quemaron en aquella «Inquisición Femenina»; con ellos había material para casi un tomo de poesías. ¡Qué le vamos a hacer! Estaban destinados para morir quemados y se hicieron humo, salieron por la chimenea del horno, subieron muy alto formando una columna negra, como si quisieran trepar a la altura del infinito... pero, de pronto, sopló un poquito de viento y desapareció en el espacio.

Antes de terminar este capítulo, voy a copiar dos letras que me pidió el simpático cieguito Rubén Silva, que toca el piano en L. T. 7, Radio Provincia de Corrientes, para ponerles música. Como se fue a Buenos Aires y no volvió, ignoro si compuso dichas partituras. He aquí las dos letras:

Siguiendo una estrella (serenata campera)

Vengo siguiendo una estrella
que desde el cielo me guía
y su luz tan pura y bella
me trajo aquí, «vida mía».
Estrella de mi camino
no me niegues tu fulgor
soy un gaucho peregrino
que viene a implorarte Amor.

Estrellita que alumbras mis pasos
dame inspiración
porque quiero reflejar mis ansias
en esta canción.
Muchachita que duermes tranquila
oye a este cantor
que ha llegado esta noche a tu rancho
temblando de Amor.

(Segunda)

Con el alma palpitante
he recorrido la güella
siguiendo siempre adelante
bajo la luz de una estrella.
Y esa estrella bienhechora
me dice en nombre de Dios;
que una chinita me adora
y esa chinita... ¡sos vos!
Estrellita que alumbras mis pasos,
dame inspiración
porque quiero reflejar mis ansias
en esta canción.
Muchachita que duermes tranquila,
oye a este cantor,
que ha llegado esta noche a tu rancho
temblando de Amor.

Retorno (guaranía)

(Recitado)

Por el Río Paraná
navegando «aguas arriba»
avanza majestuoso
un paquete de la línea.
Sobre cubierta, en la proa,
un correntinito mira...
y allá lejos, en las toscas,
hay una guaina que agita
su pañuelito, que al viento,
parece una palomita.
(Suena una pitada de vapor y el conocido «Sapukay»
¡¡Pipiúuuuuu!!)

(Canto)... ¡¡Salve, Corrientes!! ¡¡Ciudad amada!!
Hermosa tierra donde nací.

Aunque mi ausencia no ha sido larga,
¡¡con qué alegría, vuelvo yo a ti!!

Sobre tus toscas veo otra vez.

Vieja Barraca, de mis anhelos,
sobre tus toscas, veo otra vez,
que me saluda con su pañuelo
la correntina de mi niñez.

¡¡Ay, ay, ay, ay!!

Mi ranchito de barro,
mi guainita porá,
la linda «Flor del Barrio»
del viejo Cambá-Cuá.

Por fin vuelvo a tu lado
palpitante de Amor,
porque lejos del pago
me muero de dolor.

(Segunda)

Vientos y brisas, tan tropicales,
entre sus auras traen a mí
fuertes fragancias de naranjales,
y un beso de mi Cuñataí.

Tiene en la boca, mi china hermosa,
dulzor de mieles de Camuati
y es cuando besa, suave y carnosa,
como frutita ñangapirí.

¡¡Ay, ay, ay, ay!!

Mi ranchito de barro,
mi guainita porá,
la linda «Flor del Barrio»
del viejo Cambá-Cuá.

Por fin vuelvo a tu lado
palpitante de Amor,
porque lejos del pago
me muero de dolor.

Dejaremos las poesías tranquilas, para volver de nuevo a las luchas de la vida.

¡Al materialismo puro! ¡Al materialismo amargo!

Desilusión

Cuando uno cree que puede trabajar tranquilamente, ¡¡ZAS!! se presenta el demonio, en figura de persona, con la mayor tranquilidad y con un placer sadista y cruel nos envenena la vida. Tal nos pasó a nosotros.

Ya dije anteriormente el gran entusiasmo que poníamos para montar el nuevo hotel y lo que significaba para nuestra firma la adquisición del grandioso edificio... Pues bien, trabajando lo más bien.

Las piezas, todas con balcón a la calle, eran fresquísimas y, por consiguiente, estaban siempre llenas de pasajeros. Cuando todo nos sonreía... ¡¡cayó el rayo que nos partió!!

Se nos presentó un militar, un ingeniero, y sin darnos tiempo ni para respirar, nos dijo:

—¡¡Vengo a comprarles el hotel!!

Como le manifestáramos, que no pensábamos venderlo, nos largó este exabrupto:

—¡¡Entonces, lo expropiaremos!! Su hotel «es de utilidad pública», lo necesitamos y lo tomamos. ¡¡Mañana volveré!! ¡¡Hasta mañana!!

Se fue aquel hombre dejándonos helados. Consultamos con el Dr. Arballo, nos escuchó detenidamente, consultó códigos, leyes y decretos, y poniéndose muy serio, nos contestó:

—Me parece, me parece... ¡¡que nos vamos a quedar sin el nuevo hotel!! Aquí hay un nuevo decreto de expropiación que abarca todo lo que se considere de «Utilidad Pública», como pueden ser: casas, campos, camiones, autos, carros, caballos, bueyes, forrajes... en fin, todo lo que se considere de «Utilidad Pública». Y si ese ingeniero militar les ha dicho que lo van a expropiar, no hay nada que hacer. Tenga la plena seguridad que van a actuar como se dice: «manu militari»; en una palabra: ¡¡La tomarán por la fuerza!!

Al día siguiente vinieron dos ingenieros militares y preguntaron:

—¿Han pensado algo?

—¡No señores, no hemos pensado nada! Lo único que hemos pensado es que hay leyes que protegen la propiedad.

—A juzgar por esa respuesta, se ve que han consultado con un abogado. Vean, les vamos a dar un consejo «sano»: ¡No se fién de los abogados! Perderán un tiempo precioso. La casa pasará a nuestro poder, la necesitamos y la tomamos, para instalar en ella el Comando de la Séptima División. Nosotros sabemos lo que han pagado por ella; sabemos las refecciones que han hecho y las que están haciendo; reconocemos todas las mejoras que han intercalado y, como somos ingenieros, sabemos perfectamente en cuánto lo vamos a tasar; así que, recapaciten, porque si no, será peor para usted; repetimos: ¡la necesitamos y la tomamos! Después ustedes pueden entablar juicio al Gobierno de la Nación, por cobro de pesos. Pero la casa, no les quepa la menor duda ¡¡que la tomamos!!

Inútilmente discutimos con aquellos dos hombres de hielo, fríos, insensibles, no parecían seres humanos, de carne y hueso; su misión era expropiar y nada más; sus nombres me quedaron grabados en la memoria para siempre. Se llamaban, sucesivamente, Humberto Valinoti y Roberto O. Izquierdo.

Hablé con el jefe del Regimiento Nueve de Infantería, teniente coronel Villamonte; con quien mantenía alguna amistad. Este buen amigo me manifestó que ya estaba enterado de todo, que nada podía hacer en mi favor, porque intervenían los ingenieros del Ministerio de Guerra; pero, no obstante, me proporcionaría una conversación con el coronel Campero, jefe interino del Comando.

Acepté la propuesta y nos fuimos a verlo, el Dr. Arballo y yo.

Dos horas duró la conversación. Acompañaban al coronel Campero los dos ingenieros expropiadores; todo fue inútil. El comando necesitaba esa casa porque no había otra en Corrientes que reuniese tales comodidades.

La personalidad del coronel Campero se podría concretar en estas palabras: palabras finas, modales de seda, carácter inflexible y temple de acero.

Cuando salimos el Dr. Arballo y yo, no nos miramos, íbamos mudos, la derrota había sido aplastante. Al día siguiente, a las diez, tomarían posesión.

Adiós a nuestra primera casa

Día 20 de diciembre de 1943. Tempranito, como de costumbre, me fui al mercado; había pasado la noche sin poder dormir.

De regreso, me puse a empastar el pan dulce de Navidad, pues estábamos en víspera de esa fiesta.

A eso de las diez me llamaron para atender el teléfono; era el llamado trágico que esperaba. Apenas tomé el tubo, oí la voz de mi cuñada Guadalupe que no podía pronunciar palabras, ahogada por el llanto; sólo le comprendí lo siguiente: ¡Vení, vení rápido!

Demasiado sabía yo lo que estaba sucediendo. Me fui, pero antes de llegar me detuve; en la esquina de la casa había dos autos detenidos, detrás de los autos, un camión, y en la vereda un grupo de soldados.

Parece que en el barrio todos sabían lo que ocurría, porque los vecinos se asomaron curiosos y al verme avanzar por Ayacucho oí que decían:

—¡Ahí viene, ahí viene!

Todos me miraban, pero nadie me preguntó nada, sin duda estaban enterados. ¿Quién pasó la voz de alarma? ¡Vaya usted a saber! «Pueblo chico, infierno grande». Cuando llegué a la puerta, me dieron la voz de «¡Haga alto!». Yo les expliqué que era el dueño de la casa y que me habían llamado por teléfono. El soldado gritó: «¡Cabo de guardia!». Se presentó el cabo de guardia y previas explicaciones me acompañó hasta la terraza alta. Allí me encontré con el Estado Mayor: el coronel Desiderio Tenreiro Bravo; el teniente coronel José María Maldonado, los ingenieros Izquierdo y Valinoti y un sargento. Dos soldados escribían a máquina.

El coronel Bravo me explicó que venían a tomar posesión de la casa y que tenían órdenes de hacerlo «humanamente». Nada les contesté. Miré a los ingenieros, que tan mal me habían tratado, y ellos, como si tuvieran un remordimiento de conciencia, desviaron la mirada. El coronel Bravo me preguntó:

—Dígame, señor Gastón: ¿Va a oponer resistencia a este acto?

Lo volví a mirar y no le contesté, no podía hablar; un terrible nudo me apretaba la garganta. Moví la cabeza negativamente y

como no podía estar tranquilo, delante de aquellos hombres, me retiré a un balcón que daba sobre la calle Ayacucho.

En la terraza resonaba el trica-traca de las máquinas de escribir, mientras una voz gruesa dictaba en voz alta.

Afirmado en el pasamanos del balcón, me puse a mirar el cielo; un cielo azul diáfano hacía contraste con el acto que se desarrollaba. Unas risas muy fuertes sonaron bajo el balcón; bajé la vista, eran los soldados que charlaban en la vereda; sentía algo como un mareo, como un vértigo y un mal pensamiento cruzó por mi frente con la velocidad del rayo; ¿y si yo me tiraba del balcón a la vereda? Ante este pensamiento, el corazón me saltaba en el pecho; me dolían los ojos y me zumbaban los oídos.

Algo así como una neblina me impedía ver claro y en ese momento angustioso una voz dulce y angelical me llamó desde lejos:

—¡Papi, papito...! ¿Qué estás haciendo?

Bajé la vista y busqué de dónde venía aquella voz tan dulce y tan fina, y vi en la vereda del frente a mi «Ñatita», que en actitud de irse, me dijo gritando:

—¡Hasta luego papi! Me voy corriendo, porque vino ya Fracasi y tengo que rendir examen y tengo que tocar al piano «Claro de Luna», de Beethoven... ¡Hasta luego papi!

Me mandó dos besos y se fue corriendo. Sentí que las piernas se me aflojaban y los ojos se me nublaron, y también se me aflojó un poco el nudo que apretaba la garganta y me dejé estar quieto en esta situación, que para mí fue de alivio... Una voz sonó tras mío:

—¡Señor Gastón, señor Gastón! El acta ya está labrada, falta dárle lectura y firmarla.

Quien así me hablaba, era el sargento; se sorprendió al mirarme los ojos y parándose militarmente me saludó llevándose la mano a la sien y dando un golpe de tacón. Rápidamente dio media vuelta y se retiró a la terraza.

Comprendí que me estaban esperando para firmar el acta de la expropiación, pero no me iba a presentar en aquel estado tan desplorable; busqué un lavatorio y me lavé bien la cara; después, pasé a la terraza.

Miré aquellos hombres y noté que las miradas de todos se desviaban. ¿Acaso el sargento les había dicho algo?

La voz del coronel Bravo sonó a mis oídos; pero, más humana, más suave, más dulce:

—¡Señor Gastón, serénese y escuche! Vamos a dar lectura al acta.

El sargento se adelantó y leyó:

«El día veinte del mes de diciembre del año mil novecientos cuarenta y tres, constituido en la ciudad de Corrientes, capital de la Provincia del mismo nombre, el señor representante del gobierno de la nación, coronel don Valentín Campero, en cumplimiento de órdenes recibidas y en presencia de los testigos que se nombrarán, procede a tomar posesión provisoria del inmueble propiedad de los señores Gastón Hnos. Sito en esta ciudad, con superficie, según títulos, de 912,66 m². Entre los siguientes límites: al Norte, calle Ayacucho, 3180 cm; al Oeste, calle Córdoba, 28,70 m; al Sud, Sucesión Márquez y al Este, A. Decoud (hoy Patiño), de acuerdo al inventario que se levanta en este mismo acto. Manifiesta el señor don Valentín Campero, por su representación que ejerce, que toma posesión provisoria del inmueble de referencia, no habiendo mediado oposición por parte de los propietarios, quienes se comprometen a desocupar, retirar y dejar libre la casa, antes del día sábado veinticinco del corriente mes y año, haciendo entrega de las llaves el mismo día, veinticinco, antes de las doce horas; con lo que se dio por terminado el acto, firmando tres ejemplares conjuntamente, con los testigos, señor coronel don Desiderio Tenreiro Bravo, señor teniente coronel don José María Maldonado, ingeniero civil, don Roberto O. Izquierdo y el maestro mayor don Humberto Valinoti».

Antes de firmar, el coronel Bravo, me habló así:

—Señor Gastón: comprendo que está pasando usted un mal momento; si usted no está conforme, notifíquelo antes de firmar y, después, reclame al Gobierno de la nación. Por toda respuesta tomé la pluma y firmé el acta; después, firmaron los demás y se despidieron muy amablemente. Yo también me retiré, pues recordé que tenía que hornear el pan dulce y con el calor que hacía se me podía pasar de punto y salir agrio.

La primera casa que había comprado en la República Argentina, que tanta ilusión me había forjado sobre ella, acababa de escapárseme de las manos con una simple firma. ¡Qué desilusión tan grande!

Otro hecho me llenó de dolor. Mi compañero de viaje Antonio Pérez Cativiela falleció de un ataque cardíaco; al acompañarlo a su última morada, me pareció que me iba quedando ¡¡solo... solo...!!

Un expediente «anónimo» y otro «legítimo» o «verdadero»

Al entrar el año 1944, me hice yo esta pregunta: ¿será de tantas emociones como el año pasado?

Por lo pronto, había que olvidarse de poner otro hotel. Muchas casas me ofrecieron, pero ninguna de ellas reunía condiciones para ello. Pensamos en comprar un terreno, cerca del puerto, y edificar; el terreno lo adquirimos, pero al hablar con don Juan Bonifacio, nos manifestó que escaseaban muchísimo los materiales de construcción, que esperáramos, que esperáramos, y seguimos esperando.

Compramos el «Hotel Mayo», en un remate judicial, frente a la Plaza Cabral.

Pero a estas alturas, la Sociedad de Mozos, Cocineros y Anexos, por intermedio de la Secretaría de Trabajo y Previsión, nos presentó un pliego de condiciones fantástico, por sus pretensiones.

Pretendían los mozos cobrar por servir un banquete veinticinco pesos y por atender una boda o un baile, lo mismo.

Formaba yo parte de la comisión directiva del «Centro Almaceneros Minoristas y Afines» de Corrientes. Nos reunimos en dicho centro los patrones de hoteles, bares, restaurantes, pensiones, fondas, parrillas y hospedajes. Solicitamos en Trabajo y Previsión el expediente presentado, para su estudio, y firmamos el siguiente recibo:

Recibí de la Delegación Regional de la Secretaría de Trabajo y Previsión, el expediente número 889, letra G, folio 168, libro 1 y que consta de nuevo hojas útiles. Corrientes, 23/10/1944.

El día 25 del mismo tuvimos la primera reunión y se discutió ampliamente el pliego presentado; se hizo una contrapropuesta ra-

zonable, de acuerdo con la categoría de las casas, y se acordó citar a la Sociedad de Cocineros, Mozos y Anexos para el día 30 y empezar las tratativas.

Pero al día siguiente, nos reclamaron el expediente nº 889, fuimos una comisión a entrevistarlos y nos topamos con los mozos, con los que cambiamos unas palabritas algo hirientes; el Dr. Nicandro M. Paiva, que era el jefe, nos recomendó que guardáramos compostura. Entregamos el expediente y pedimos la devolución del recibo; una vez poseedores del recibo, nos fuimos.

Llegó la fecha de la audiencia, nos presentamos los patrones a discutir y nos encontramos con la siguiente carta:

Corrientes, 29 de octubre de 1944

Señor Secretario de Propietarios de Hoteles, Bares, Fondas, etc., etc.
Junín 1327 (altos) – Presente

Tengo el agrado de dirigirme a usted, y por su intermedio a la Delegación de ese gremio, para comunicarle, en contestación de su nota, de fecha 27 del corriente, que la C. Administrativa de la Sdad. Mozos, Cocineros y Anexos, que me honro presidir, teniendo en cuenta que se ha comprobado en la oficina de Estadística y Trabajo, que el expediente que se pasó vista a ustedes era «Anónimo», habiendo en cambio quedado archivado el «Legítimo», caratulado con el nº 784, folio 76, libro 1, y en el que con fecha del 19 del corriente mes, se concediera a la entidad, personería gremial, ha resuelto, que la representación que esta comisión ha nombrado para conferenciar con la de vuestro gremio no concurriera a la cita señalada, hasta tanto se pronuncie, sobre el «Verdadero» petitorio.

Saludo al señor Secretario muy atte.

JOSÉ W. CONTRERAS (Secretario General)

Esta carta traía el sello y el membrete de dicha sociedad. Se la leímos al Dr. Paiva; y el señor jefe de Estadística y Trabajo se nos quedó mirándonos con un palmo de boca abierta, por el asombro; pasado el primer momento de estupor, nos dijo que haría una investigación severa y prolífica de aquel asunto tan raro y desconcertante, como inaudito.

¿Cómo podían calificar de «Anónimo» un expediente que se le dio entrada en los libros, que llevaba la firma del jefe y el sello de Estadística y Trabajo...?

Nosotros no sabíamos si reírnos o enojarnos con semejante lío y le dijimos:

—Dr. Paiva, ahora resulta que no sabemos qué convenio tenemos que tratar, si el «Legítimo» o el «Verdadero», porque el «Anónimo», con toda seguridad, que se lo tragó el fuego y se hizo humo.

Creyendo que le hacíamos una cachada, se enojó fiero el Dr. Paiva y nos ordenó que nos retiráramos inmediatamente; que ese no era lugar de chacota; que él ordenaría una investigación meticulosa y energética y que llamaría a las partes.

Después de un compás de espera, nos llegó esta nota:

Corrientes, 7 de noviembre de 1944

Señor Secretario de la Delegación del Gremio de Hoteles, Bares, Fondas, etc., etc. - Presente

Tengo el agrado de dirigirme a usted, y por su intermedio a los componentes de este gremio, para comunicarles que la C. Administrativa, que me honro presidir, en sesión extraordinaria reunida en la fecha, ha resuelto concurrir a la reunión que usted, en representación de su gremio, invita a una delegación que esta entidad nombre; pero con la presencia del señor delegado regional de Trabajo y Previsión, doctor Nicandro M. Paiva, a quien ya hemos presentado nuestra solicitud en este sentido, aceptándola gustoso; por lo que esperamos a ustedes, que nuestra delegación concurrirá hoy martes 7 de noviembre a las 17 horas.

Saludo a usted atte.

JOSÉ W. CONTRERAS (Secretario General)

A la hora señalada, se inició la discusión en forma amistosa. Sólo hubo una pequeña incidencia, entre Tono Pérez, dueño del «Hotel Buenos Aires», y José W. Contreras, secretario de los mozos; así que al levantar la sesión, me dijo el Dr. Paiva:

—¡Esto va macanudo! Con otra reunión, llegamos a un acuerdo completo.

—Yo opino lo mismo, doctor Paiva—, le contesté yo satisfecho.

Pero no fue así; porque después de unos días de espera, me llegó la nota siguiente:

Señor Santiago Gastón, «EL EBRO» - Corrientes.

Sírvase concurrir, ante esta Delegación Regional, en la calle Julio esquina Córdoba, el día 20 del actual, a las 17 horas, para responder a fin de notificarse de la Resolución nº 173, dictada en la fecha.

Saluda usted atte.

EL SECRETARIO

Había una firma borrosa y el cuño. Acudí urgente a este llamado tan extraño y me entregaron dicha resolución. En ella el Dr. Paiva nos mandaba «de cabeza al tacho», como se dice vulgarmente. Concedía a los mozos todas las mejoras del petitorio y, encima, los libraba de barrer, limpiar, pasar plumero, etc., etc., etc.

En cambio, a los patronos nos amenazaba con multas de veinte a cien pesos si no acatábamos la resolución, que entraba en vigencia «ese mismo día».

Intenté, en vano, hablar con el Dr. Paiva. Me dijeron que estaba muy ocupado y que la resolución era terminante e indiscutible.

¿Qué había sucedido? ¡Nunca lo supimos! Lo único que supimos fue que intervino la Secretaría de Trabajo y Previsión; dejando en la vía a su jefe, que tanto daño nos hizo con aquella resolución impuesta de prepotencia, sin dejarnos discutir, ni defender; y anarquizando el gremio de mozos, cocineros y anexos.

La vida comercial se complicaba cada día más y más; las materias primas se ponían cada día más caras y escaseaban; el personal se puso demasiado soberbio e incorregible; y los patronos tratábamos de defendernos como un «gato panza arriba» durante el año 1945, que dicho sea de paso, «fue mucho más bravo» que el anterior; porque los nuevos empleados de Trabajo y Previsión nos hacían perder todas las batallas.

¿Qué hacer? Para poder seguir luchando, no teníamos más que una defensa: ¡¡Achicarnos!! ¡¡Achicarnos y reducirnos al trabajo familiar!! Ésta era nuestra única defensa para capear el temporal y no perder los pocos pesos que habíamos acumulado a fuerza de sacrificios, sudores y lágrimas.

Después de pensarla bien detenidamente, optamos por clausurar el «Restaurant à la Carte» y reducirnos al pequeño bar y a la confitería, y trabajarla nosotros mismos, con dos o tres muchachos. Así habíamos empezado en la esquina de Julio y Córdoba y fuimos adelante. A empezar, pues, otra vez ¡¡Y el que venga detrás, que arree!! Y el día 31 de diciembre de 1945, después de terminar de servir la cena, cerramos el comedor y apagamos la cocina, contentos y felices, y destapamos una botella de champán. Brindamos: ¡¡Salud por primera vez!! ¡¡Feliz Año Nuevo!! Y nos abrazamos y besamos todos los familiares.

«Año nuevo, vida nueva», así dice un refrán. ¡¡Pues, Vida Nueva!!

Así se clausuró el Restaurant «El Ebro», después de haber trabajado con un éxito rotundo durante más de cinco años.

A los inmigrantes

La cerrada del restaurante, que al principio parecía una locura descabellada, resultó el acierto más grande de nuestra vida; aunque parezca mentira.

Dar comida al público es una tarea muy ingrata y agotadora, y cuando el personal no colabora, los patrones tienen que multiplicarse para poder atender.

Ya era hora de descansar un poco; trabajar, sí, pero moderadamente, tranquilamente, porque la vida es corta y se va para no volver.

Ya le ando pisando los talones a los sesenta años. Mis dientes se aflojan; mis piernas se aflojan; mis ojos, mis pobres ojos que tanto han leído, ya están cansados y tengo que acudir a los lentes para leer y escribir; mis brazos, mis pobres brazos, que han hecho de todo, desde los trabajos más rudos del campo hasta la decoración de tortas de boda monumentales, mis pobres brazos, también cansados, son lerdos en sus movimientos; mi cabeza no está pelada, pero ya está tan blanca como la nieve; todo mi organismo afloja paulatinamente; lo único que no decae es el espíritu y lo único que mantengo firme es la memoria.

Lo digo con orgullo, tengo un espíritu jovial y una memoria privilegiada y gracias a estos dos factores puedo hilvanar estas memorias mías y lo hago a vuelapluma, con la misma naturalidad que se escribe una carta familiar; recordando nítidamente mi vida entera. Y para no entorpecer el hilo de mi pensamiento, ese hilo mágico e invisible que guía mi pluma, no he querido usar un lenguaje florido, lleno de términos difíciles y palabras de relumbrón, que me obligarían a estar a cada rato consultando el diccionario para buscar el significado y alcance de cada término, colocándome en un callejón sin salida e imposibilitándome para relatar mi vida, tal como yo la he vivido, sin más rumbos ni amparos que los caminos y las estrellas...

Eulogio Cabral, un amigo que me visitaba a menudo y que le gusta repasar lo que escribo, me reprochó mi humildad, tan lisa y tan llana, me aconsejó que no corriera tanto y que pensara más detenidamente lo que escribo.

Yo le repliqué:

—Como obrero auténtico, debo usar el lenguaje sencillo que usan los pueblos en su vida cotidiana y no meterme en ridículas veleidades literarias, que están reñidas con mi forma de ser, pues si sigo tu consejo me veré en la delicada situación de dar marcha atrás o estrellarme contra mi propia incompetencia. Además, estas líneas tan mal trazadas las escribo para ser leídas por mis compañeros de lucha, por los «inmigrantes», esos miles y miles de hombres sencillos que recorren las inmensas llanuras de las Pampas; que derriban quebrachos en las selvas chaqueñas; que guardan ganado en los arenales patagónicos; que extraen el petróleo en Comodoro Rivadavia; que arrancan enormes piedras en el Tandil; que mueven complicadas máquinas entre las cuatro paredes de una fábrica, que cargan bolsas al hombro en los puertos de Buenos Aires, Rosario y Bahía Blanca para llenar de trigo las enormes bodegas de los barcos internacionales. Para todos esos seres, venidos de tierras lejanas con distintos idiomas y otras costumbres, para esos escribo liso y llano, pues de otro modo, no me entenderían ni me leerían.

Quedóse mi amigo mirándome y me salió con esto:

—Dígame Gastón: cuando usted vino de España, ¿vino en primera... o en segunda?

—Vea mi amigo—, contesté— yo vine de tercera, porque no había de cuarta.

Mi amigo largó una ruidosa carcajada y no insistió más sobre el «lenguaje florido» que debía de usar. ¡Se convenció!

Como puede concebir el lector, me estoy aproximando al final de mis memorias, pero antes de cerrar esta narración me creo un deber en hacer un llamado a todos los inmigrantes del mundo que estén dispuestos a venir a trabajar y, ¿por qué no decirlo? ¡¡A poblar!!

Falta mucho que hacer en estas tierras; hacen falta muchos «gringos» para cultivar la tierra; ¡¡gringos, muchos gringos!! Pero

no gringos de guantes y bastón; sino hijos del pueblo, preferentemente agricultores y, sobre todo, «gente moza».

Hay muchísimas criollitas que desean unir su destino a un mozo gringo, sano y fuerte; que fecunde la tierra y la fecunde a ella.

Aquí, el que trabaja puede enriquecerse a la vuelta de unos cuantos años; pero hay que tener una voluntad férrea para luchar; dos brazos fornidos para empuñar la herramienta y un corazón muy grande para querer y hacerse querer. Con estas cualidades, que vengan gringos a la Argentina. ¡Hacen falta muchos gringos! Y, con el correr de los años, me lo agradecerán. No faltará quien les diga: ¡Gringos de porquería! Despues que vienen a enriquecerse... ¡¡No importa!! Me lo han dicho a mí tantas veces que me ponía a observar detenidamente al insolente y notaba que los que tales palabras me decían eran unos «fracasados» y ante la imposibilidad de emanciparse por sus propios medios, moral y materialmente, la envidia los envenenaba y lanzaban ese veneno, que ellos mismos acumulaban en su alma ruin.

¡¡No importa!! ¡¡Vengan gringos!! En esta tierra de promisión hay inmensas riquezas que explotar. ¡Ya han venido unos cuantos miles, pero la inmigración de ahora no es como la de antes; que venía a abrirse camino, a brazo remangado y cara al sol. Los inmigrantes que vienen después de las dos guerras pasadas, no vienen a luchar, ni a abrirse camino, todo lo contrario, vienen a «vivir», porque son todos «ingenieros».

Bodas de Plata

Lector amigo: al cerrar estas páginas tan íntimas de mi vida, quiero hacer una aclaración. Este año mi hijita se recibió de maestra normal. También hizo otro tanto mi sobrinita la «Chola».

Ese día tuvimos un momento de emoción profunda; las madres lagrimearon; y nosotros, los hombres, sentimos una emoción tan honda y una satisfacción tan grande como pocas veces habíamos sentido. Tener dos maestras en la familia era un motivo de placer y orgullo ¡A celebrarlo!

Almorzamos alegremente en la intimidad del hogar y discurseamos todos, uno por uno, y para que no faltara ningún detalle, des-

taponamos unas botellas de champán y les regalamos a cada maestra cincuenta pesos y un álbum, pues según ellas, todas las compañeras tenían dicho álbum y en sus páginas se despedían de la vida escolar, con dedicatorias cariñosas a la directora, de las profesoras y de las compañeras. La primera página tenía que llenarla el padre. Comprendí lo que significaba aquel petitorio y encerrándome en el escritorio, escribí lo siguiente:

Hijita: has llegado al cuarto año de tus estudios; desde hoy, dejas de ser colegiala, para convertirte en maestrita; y dejas también de ser niña, para convertirte en mujercita.

¡Ya estás frente a la vida! Mejor dicho, frente a las luchas de la vida.

En este momento trascendental para ti, te hago una súplica: ¡Completa tus estudios musicales! La música, hija mía, es el poder divino que eleva las almas al infinito, como una plegaria de paz, de amor y de esperanza.

La música, es el canto de la Madre Naturaleza, que llena el ambiente de gorjeos, trinos y armonías; es la sublime melodía, que nos acerca más a Dios, que purifica las almas, que hace palpitar los corazones, que llena de alegría nuestro ser, porque es la eterna creadora de la Poesía y la Belleza.

En mi vida, de eterno obrero y luchador incansable, sólo tengo una bella ilusión: prepararte para las luchas de la vida y para que seas útil a la humanidad.

Esa es la mejor fortuna que pueden dejar los padres a sus hijos. ¡¡La educación!!

Las fortunas van y vienen, de mano en mano; pero el saber es de quien lo posee. Ya puedes largarte a la conquista del Porvenir, educando nuevas generaciones y afirmar tu personalidad, rodeada de los niños, esas almas blancas que tanto quieres y que te será fácil educar, si acudes al Amor y a la Ternura.

Sin querer, he escrito la palabra Amor... Yo te he visto revolotear lo mismo que una mariposa, alrededor de una luz.

Por un momento, tuve miedo de que esa luz quemara tus frágiles alas y no pudieras seguir volando rumbo a tu destino: pero tuviste el tacto suficiente para no aproximarte demasiado a ese fuego. ¡¡Gracias «Ñatita»!!

¡Que Dios te guíe y te acompañe por el sendero del bien!

Y ahora, un consejo: si a lo largo de tu camino, se te cruza un obstáculo que te impida seguir adelante, no pierdas tu serenidad y acuérdate de tus padres; en ellos encontrarás siempre un apoyo y un aliento.

Y si al correr los años, un día el Amor te conduce al pie del altar; ese día habrá llegado para ti la misión más sagrada en la vida de una mujer: la formación de un nuevo hogar.

Algo así parecido a un rosal que florece en la plenitud de su lozanía, para que broten nuevos capullos, que embellezcan y perfumen el «jardín de los Amores». Mi mayor placer sería conducirte del brazo, blanca y pura, delante de Dios. Tu padre que te idolatra.

SANTIAGO GASTÓN

La segunda página estaba destinada a la madre. Cuando le presenté el álbum a mi esposa para que llenara su página, se emocionó profundamente... vertió unas lagrimitas y escribió:

«Ñatita», hija mía: No es con la pluma que te escribo, sino con el corazón y el idioma del corazón no falla; porque dice lo que siente y siente lo que dice. En primer lugar, estoy contenta con tu aplicación, pues has llegado al final de tus estudios sin ningún tropiezo y valiéndote de ti misma.

Después, te estoy muy agradecida, al ver que tanto tú, como la «Chola» habéis estudiado juntas y unidas y tan cariñosamente entre las dos que más bien que «primas» parecéis «hermanas»; ojalá que sigáis siempre unidas, tan compañeras y tan cariñosas. Y para terminar, quiero decirte que en cualquier instante de tu vida que te sientas triste o que necesites una ayuda, allí estaré yo, siempre a tu lado, es mi deber de madre y es lo que me dicta el corazón. Nada más. Tu madre que te adora.

ANTONIA AZNAR DE GASTÓN

A los pocos días, mi hija, me pidió muy melosa:

—¡Papito! ¿Por qué no escribes las memorias de tu vida? Todas mis compañeras de colegio están enamoradas de tu estilo. ¡Hay que ver los elogios y las ponderaciones que han hecho a tu dedicatoria en mi álbum! ¡Escribe tus memorias papito! Escribe un libro. Acuérdate del adagio árabe que dice: «Planta un árbol, cría un hijo y escribe un libro».

—¿Mis memorias?—, me contesté yo a mí mismo en el colmo de mi asombro.

—Con el enorme trabajo que tengo y el poco tiempo que dispongo. ¿Cómo voy a escribir un libro?

Pero ella insistió:

—¡Escribe tus memorias, papito! Será para mí un recuerdo sagrado; y será también un estímulo para hacer frente a la vida. ¡Escribe un libro!

Esa noche no pude dormir; los pensamientos se me amontonaban atropelladamente, unos detrás de otros, y siempre surgía, en la

obscuridad de la noche, la imagen de mi hija, con su carita suplicante y repitiéndome: ¡Escribe tu vida papito! ¿Mi vida? ¡Imposible! Pero...

Cuando una hija pide a su padre un favor, aunque sea un imposible, aunque su padre diga: ¡NO!, el corazón, dice: ¡SÍ! Y... el corazón nos manda y nos ordena. Al día siguiente tomé la determinación de escribir todo lo que estoy contando a mis lectores. Muchas cosas más quedaron en el tintero, por ser imposible contarlas.

Además, debo de apurarme, porque se aproximan los veinticinco años de casado y quiero celebrar mis «Bodas de Plata», alegre y dichoso, y sin preocupaciones de ninguna naturaleza.

Por primera vez, después de tantos años de lucha, cerraremos las puertas, para que nadie nos moleste, mientras almorzamos alegres y felices en la intimidad del hogar y, posiblemente, al final del almuerzo destaponaremos unas botellas de champán y brindaremos todos, uno por uno, como aquel memorable día que celebramos con júbilo que en las familias de Gastón había dos maestras normales.

Esta vez, la alegría será mayor porque, además del grato acontecimiento, debo declarar con satisfacción y orgullo que mi hija, escuchando mis consejos, estudió con entusiasmo el piano, rindió examen ante el profesor Fracasi y nos trajo diez puntos y felicitada y dos medallas por la limpieza y maestría de sus ejecuciones.

Así pues, mi hija Noemí es maestra normal y profesora de piano, teoría y solfeo. ¡Qué satisfacción más grande para todos!

Sin embargo, la felicidad nunca es completa, porque el mismo día de nuestras «Bodas de Plata», a las diez de la mañana en punto, recibí un colacionado de la Secretaría Regional de Trabajo y Previsión, citándome para las diez de la mañana; y ¡eran ya las diez! Me vestí rápidamente y me fui.

Allí me esperaban mis colegas, los dueños de hoteles, bares y confiterías, y con ellos, la comisión de mozos. ¡Otra vez los mozos!

Yo pensé entrar, hoy que pensaba celebrar mis «Bodas de Plata», tranquilo y contento. Por lo que veo, vamos a tener una lucha brava y borrascosa ¡pacienza!

Después de un cuarto de hora de espera, llamaron a los hermanos Pérez, del «Hotel Buenos Aires», acusados de despido injustificado de dos mozos y una camarera.

Se abrió la puerta y aparecieron los hermanos Pérez, Raúl y Tono, pálidos y nerviosos. Detrás de ellos, los delegados los acusaban de «desacato»; porque se negaban a readmitir a los tres empleados despedidos. Llamaron a los mozos y, después de un rato, entramos los patrones y empezó por fin la asamblea mixta; eran ya las 11,30. Al abrir la sesión, los mozos acusaron a los dueños del «Hotel Buenos Aires» de represalias y despido injustificado.

Defendimos a nuestros colegas a capa y espada y se produjo un debate violento. Como no llegamos a ninguna conclusión, el delegado teniente Virasoro anunció que cerraba el debate, porque nos íbamos en «pura oratoria» y nos aconsejó tener buena voluntad, para llegar a un acuerdo amistoso con los mozos. A esta altura, Raúl Pérez, pidió 48 horas de espera. El delegado se las concedió y nos retiramos como habíamos entrado, sin reconciliación.

Cuando llegué a mi casa, eran ya las dos. Me esperaban con la mesa puesta.

—¿Qué tal?—, me preguntaron.

—¡No hablemos del asunto! Cerremos la puerta y almorcemos en paz y en gracia de Dios; brindando por nuestra felicidad. La vida hay que tomarla con *vermouth* con soda.

—¡Sirvamos el *vermouth*!—, gritaron todos.

Y nos sentamos a almorzar para celebrar las «Bodas de Plata». Esta sí que era la alegría de vivir, las dos familias en torno de una mesa bien servida y diciendo chistes y echando discursos al servir el champán. No faltaron los regalitos y con ellos mi esposa se emocionó y vertió unas lagrimitas. ¡Veinticinco años de lucha, de alegría y de dolor! Era el día 2 de febrero de 1945.

Nos visitó de golpe poco tiempo después Yolanda Alegre, de la familia Alegre, que ya mis lectores conocen; ella y Elsa, su hermanita, también se habían recibido de maestras, con las nuestras; de entrada no más, me pidió que quería tener en su álbum una página mía, como un recuerdo, y después, poniéndose encarnada, me pidió que la acompañara en calidad de testigo en el Registro Civil, pues

dentro de pocos días contraería enlace con el señor Almando Irigoyen, rematador de propiedades de Resistencia, capital del Chaco.

Demás está decir que accedí muy gustoso en acompañarla en ese acto tan solemne. Poco tiempo después, vino también Elsa para que fuera testigo, pues también se estaba por casar, con el joven Julián Llano, de la familia de los Llano, de la sociedad de Corrientes.

Pero, ¿qué es esto? ¿Me van a comprometer a salir de testigo de todas las amigas de mi hija? ¡Cuenta conmigo querida y ojalá que la felicidad te sonría eternamente!

Los pequeños crecen, la vida sigue su curso, estas chicas que yo alcé tantas veces de pequeñitas, ya eran mujeres y se casaban; Carlos, el mayor de los varones, se destacaba como un gran jugador de *basketball*; Coco, el segundo, es un «petiso camorrero», enamorado como pata de catre, anda en líos amorosos con dos o tres al mismo tiempo; y, por fin, Omar, el menor de todos, es un lindo purrete, aplicado y estudiioso, y crece como una caña tacuara; el padre, siempre comprando hacienda; y Juanita, siempre la misma, buena ama de casa, esposa modelo y madre amantísima.

¡Cómo se van los años! Los pequeños crecen y nosotros nos inclinamos, paulatinamente, hacia el fin de los fines.

Vacaciones

Los niños del barrio me llaman cariñosamente «Abuelito», y yo, que tengo chocera por las criaturas, me divierto de lo lindo; naturalmente, que al fin tengo que darles la yapa para que se vayan contentos y sigan llamándome «Abuelito». Mi señora los reprende: ¡Por Dios, no me lo hagan más viejo de lo que es! Pero a mí me halaga el simpático título y hasta me siento orgulloso.

A mi memoria acude aquella viejita de Jaca que vino en el «Carambellas» desde Burdeos a Buenos Aires; y que todos los compañeros de viaje la llamábamos cariñosamente ¡Abuelita! Muchas veces en mi vida me he accordado de aquella viejita. ¿Qué habrá sido de ella? Posiblemente, ya habrá fallecido, como muchos de los personajes con quien tuve contacto en mi vida.

Un día, almorcando, nos dijeron las mujeres de casa:

—¿Por qué no hacemos vacaciones? Ahora que no tenemos el Restaurant, muy bien podríamos cerrar la puerta. Igual viviríamos. Total, les damos vacaciones a los empleados y nosotros siempre trabajando.

Conversamos detenidamente y optamos por cerrar la puerta y tomarnos vacaciones.

Yo manifesté mis deseos de bajar a Buenos Aires, visitar las casas mayoristas que nos surten, cancelar algunas cuentas pendientes y efectuar algunas compras. Todos estuvimos de acuerdo y con un entusiasmo juvenil, mi señora y mi hija me prepararon la maleta. Y dos días después, cerramos la puerta y salí rumbo a Buenos Aires; por vez primera, después de muchos años de ausencia.

Durante el viaje, iba pensando en todo lo que tenía que hacer en la Capital Federal, pero tenía dos asuntos de mayor interés; el primero era conocer a mi sobrinita Alicia Rodríguez Aznar, pues mis cuñados José y Josefa, después de muchos años de casados, nos habían anunciado que tenían una hija lindísima, una nena encantadora, un diablito revoltoso e inteligente. El trabajo, tanto a ellos como a nosotros, nos tenía esclavizados y los años habían pasado sin visitarnos.

El otro asunto era visitar a mi querido maestro, don Pascual Altemir, que huyendo de la Guerra Civil, buscó refugio en la Argentina, donde tenía dos hijos que lo llamaban.

En los primeros tiempos se radicaron en Río Colorado F.C.S., donde el hijo mayor, Pascualito, estaba establecido con una tienda. Pero parece que el ambiente del Sud nos les probaba a los viejos y se trasladaron a Buenos Aires.

Al llegar a Buenos Aires, fui a parar a la casa de mis cuñados, como es natural, y después de los saludos afectuosos con mis cuñados, llamaron a la nena que estaba jugando en el patio y le dijeron:

—Éste es tu tío Santiago, de Corrientes, dale un beso.

Alcé aquella criatura, tan linda, y ella se me colgó al cuello y me cubrió de besos y de memoria me nombró todos los parientes correntinos, así: Tío Santiago, tía Antonia, tío José, tía Guadalupe, mi prima «Ñata», mi prima «Chola» y mi primo Óscar... Quedé completamente chocho con esta sobrinita, con más sal que una an-

daluza, y para que fuera más graciosa, pronunciaba todo con la «Z» y nada con la «S»... En fin, una andaluza completa.

A la tardecita, mis cuñados me dieron la dirección de don Pascual y allá que me fui volando en un taxi. Vivía en la calle Charcas, en una casa de departamentos. Cuando llegué, le pregunté al portero y éste me contestó:

—La familia Altemir salió, pero don Pascual está solo.

Me acompañó por un corredor largo y, al llegar a una puerta, exclamó: «aquí es».

Al tocar el timbre, mi corazón palpitaba aceleradamente. Me iba a encontrar con mi querido maestro, después de muchos años sin vernos. Como no se abría la puerta, volví a tocar el timbre. Abrióse la puerta y en su marco apareció un viejito, risueño y arrugadito, que me preguntó:

—¿Qué desea señor?

Ninguno de los dos nos reconocíamos. ¡Habían pasado tantos años!

Rompí yo el silencio, preguntando:

—¿Don Pascual Altemir?

—¡Servidor de Usted! ¿Qué desea?

—Yo soy Santiago Gastón...

Aquel viejito se me abrazó y rompió a llorar; mientras decía, entre sollozos: ¡¡Santiago...!! ¡¡Mi alumno...!! ¡¡Mi alumno!!

Tuve que sostenerlo y conducirlo a un sillón, tembloroso y tambaleante, de lo contrario hubiera rodado por el suelo.

Por espacio de dos horas estuvimos conversando del pueblo de Ansó; recordando las cuatro generaciones que había desfilado por aquella escuelita, pobre y desnuda, donde todo lo hacía el maestro.

De pronto, se interrumpió para decirme:

—¡Muchas veces te puse de ejemplo, en clase! Y todavía guardo unos versos que me mandaste, desde Montevideo, para mi cumpleaños, hace ya muchos años. ¡Si tú supieras con cuánto gusto los hacía leer en la clase por los alumnos y, después, les hacía el

comentario...! ¡Ay Santiago...! ¡Aquello es un infierno dantesco! ¡Nuestra pobre España se desangra en una guerra frátrida, donde se pelean encarnizadamente padres contra hijos y hermanos contra hermanos!! ¡Qué bien has hecho en venir a verme, qué guapo estás, Santiago!

A esta altura llegaron las tres mujeres de la casa; doña Pilar, esposa de don Pascual y que fue también maestra en Ansó, y las dos hijas de ambos, Carmencita y Milagros, dos ansotanas. Venían alegres y parlanchinas de los estudios cinematográficos, donde actuaban al lado del gran cómico Luis Sandrini y estaban encantadas, porque Sandrini, con gran gentileza, las había traído en su auto particular, rodeándolas de atenciones.

Se hicieron las doce de la noche en una charla incontenible; por ella, desfilaron todas las familias ansotanas, sus costumbres. En fin, que vivimos esa noche unas horas inolvidables. A esa altura de la noche, me despedí de aquella familia tan encantadora, prometiendo hacerles otra visita antes de regresar a Corrientes. Pero mis muchas ocupaciones y el corto tiempo de que disponía me lo impidieron y ya no los vi más.

Tres años después falleció don Pascual Altemir. Sus últimos pensamientos fueron para el pueblo de Ansó, adonde pensaba volver, para pasar una vejez tranquila. Tan pronto me enteré de su fallecimiento, le escribí una carta al señor alcalde de Ansó, don Joaquín Pérez Baretón; anunciándole la muerte del gran maestro. Le pedía encarecidamente que pusiera una placa recordatoria en la escuela, para que las nuevas generaciones recordaran su memoria.

Parece que aquella carta surtió su efecto, porque unos meses después tuve correspondencia de mis hermanos y mis sobrinos, donde me decían que en un acto muy solemne, en presencia de todo el pueblo y con la asistencia de dos hijos del maestro, que vinieron desde Madrid invitados por el Ayuntamiento, se descubrió una placa, al frente de la casa donde vivió don Pascual con su familia, dándole su nombre a la calle.

El señor cura le echó la bendición; el señor alcalde explicó en sentidas palabras la obra grandiosa de don Pascual Altemir, aquel gran maestro que sacrificó toda su vida por el bien del pueblo.

Una hija de don Pascual, allí presente, con lágrimas en los ojos, leyó un discurso de agradecimiento que hizo llorar al pueblo entero.

Cerró el acto un exalumno del finado, sacando un papel amarillento y gastado y exclamó:

Voy a dar lectura a una poesía mandada a don Pascual Altemir desde América, hace ya muchos años. Estos versos se los mandó para su cumpleaños un hijo de este pueblo, se llama Santiago Gastón; estos versos, don Pascual nos los hizo copiar a todos los chicos de la escuela, para que sirvieran de ejemplo.

Dichas estas palabras, leyó unos versos que le mandé desde Montevideo y parece que se emocionó tanto el lector, que emocionó a todos los presentes hasta hacerlos llorar.

Todas estas noticias, que inserto en mis memorias, me emocionan profundamente y lamento en el alma no tener una copia de esos versos, de mi lejana juventud bohemia, para reproducirlos en este libro, pues resulta muy halagador para mí haber contribuido, indirectamente, para poner en ese acto, tan solemne, un broche sentimental y poético en honor de mi querido maestro, don Pascual Altemir (Q.E.P.D.).

¡¡Otra vez los mozos!!

En el capítulo anterior, me he adelantado unos años para contar el homenaje que el pueblo de Ansó rindió a mi querido maestro; y ahora, me veo obligado a retroceder, para retomar el hilo de mi vida y escribir «retroactivamente». Esta palabra se ha puesto de moda y por cualquier circunstancia enseguida se aplica la «retroactividad», hasta convertirla en un arma «de filo, contrafilo y punta».

Pues bien, cuando volví a Corrientes, me encontré con un batifondo descomunal, a raíz de los tres despidos en el «Hotel Buenos Aires». El delegado de la Secretaría de Trabajo y Previsión intimaba a la dueña del «Hotel Buenos Aires», doña Clara C. de Pérez, a depositar la suma de nueve mil pesos, moneda nacional, en concepto de multa, impuesta bajo apercibimiento de detención. El abogado de doña Clara, Dr. Justo Álvarez Hayes (hijo), dio a los diarios, para su publicidad, un «memorial» dirigido al Sr. interventor, de-

fendiendo a doña Clara y acusando al delegado. Este memorial, que guardo, no lo agrego aquí por ser demasiado largo, pero sí debo decir que levantó un volcán en la opinión pública, poniendo al rojo vivo el ambiente.

En mi casa tenía un colacionado de Trabajo y Previsión, citándome para las 16, a objeto de tratar el asunto de los tres despidos del «Hotel Buenos Aires». Ni qué decir que el asunto me puso nervioso; recordaba con indignación aquella resolución famosa, que nos enjarretaron y que tanto daño nos hizo y ahora volvíamos de nuevo a otra batalla más brava para defender a una anciana virtuosa y noble, que había sembrado en toda su vida, a manos llenas, la caridad, el bien, el amor y la ternura; con sólo pensarlo ya me sentía triste y de mal humor.

A eso de las tres de la misma tarde, vino a verme don Pedro Fiaccadore, dueño del «Bar Rex», para hablarme en reservado.

Nos encerramos y me contó que los hermanos Pérez, Raúl y Tono, habían llamado al hermano mayor, Rafael Pérez, dueño del «Hotel Castelar», de la Capital Federal y que estaban tan nerviosos que irían armados a la asamblea de esa tarde y que estaban dispuestos a defender a la madre ¡¡ja tiros...!!

Vamos a tener mucho cuidado de no alterar demasiado la discusión, no sea cosa que estos muchachos hagan un lío tremendo y nos envuelvan a todos juntos.

Así me habló Fiaccadore, y a las cuatro entramos a Trabajo y Previsión. Los tres hermanos Pérez nos esperaban en la puerta con el señor Mozatti, dueño del «Petit Savoy Hotel». Los mozos ya estaban adentro.

Al abrir la sesión, Rafael Pérez pidió el uso de la palabra y se expresó así:

—Yo soy el representante de esa firma. Los tres empleados despedidos, aquí presentes, pueden cobrar la indemnización correspondiente en el momento que quieran; están depositadas en el Banco Popular de Corrientes. Aquí traigo las boletas de depósito; sírvase Sr. delegado... Y ahora, quiero hablarles a los empleados de mi madre. Si ustedes quieren cobrar, pueden hacerlo mañana mismo; y este asunto queda finiquitado. Si ustedes se niegan a co-

brar, este asunto pasará a la justicia. Aquí, en Trabajo y Previsión, hemos terminado por completo; porque usted, señor delegado, no puede ser juez y parte. Repito, señores mozos, pasa a la justicia. Yo me coloco en este terreno.

Cuando terminó de hablar Rafael Pérez, los mozos se arrinconaron para consultar entre ellos; el delegado, el secretario y el escribiente a máquina se miraban desconcertados, sin decir nada.

Fiaccadore, que estaba a mi lado, me dijo al oído:

—Parece que vamos bien.

—Yo también pienso lo mismo—, le contesté.

Después de un rato de espera, los mozos volvieron a su lugar, pero no contestaron nada. Sólo miraban al delegado y yo vi que éste les hacía una señal negativa.

Fiaccadore, me dijo:

—Se va a armar el lío.

Yo le contesté:

—No lo creo.

Después de un largo silencio, se entabló un diálogo, entre el delegado y Rafael Pérez. Más bien que diálogo, fue un desafío de muerte. Lo inició el delegado, de forma desafiante:

—La parte obrera, no acepta.

—La parte obrera, no contestó nada.

—Yo respondo por ellos.

—¿Y por usted quién responde?

—¿Cómo dice, cómo dice?

—¡No soy reloj de repetición! ¿Es usted sordo?

—¡Señor Pérez! No le voy a permitir que se extralimite en sus palabras.

—¡Usted, en cambio, se extralimita en los hechos! Lo que quiere hacer con nuestra madre es un abuso de autoridad. ¡Cuidado señor delegado!!

—¿Es una amenaza?

—¡No señor! ¡Es una advertencia, que no es lo mismo! Lo voy a poner en mi lugar. Imagínese usted que fuese yo a poner presa a su señora madre injustamente. ¿Qué haría usted, señor delegado?

—Injustamente, no!

—Injustamente, sí! Nuestra madre, señor delegado, es inocente en todo esto. Los culpables somos nosotros, los hijos. Si usted quiere «ganar galones» con este asunto, mándenos presos a los tres; pero a nuestra madre «no la ensucie» con esta resolución en el oca-so de vida. ¡Cuidado señor delegado!! Nuestra madre es lo más sagrado para nosotros; y no la va a detener ni usted ni nadie. ¡Nosotros, la vamos a defender, a capa y espada, en todos los terrenos; aquí y fuera de aquí!! ¡Cuidado con lo que hace, señor delegado!!

—¡¡Señor Pérez!! ¡¡Respéteme!! ¡¡Soy el delegado!!

—¡¡¡Y soy un teniente del ejército!!!

—¿Teniente del ejército? ¡¡No, teniente de opereta!!

A esta altura del diálogo, los dos se callaron y se miraron de hito en hito; parecía que se iban a pelear, pero no se movieron de su sitio. De pronto, Tono Pérez, que estaba sentado, se levantó como leche hirviendo, se acercó hasta el escritorio, pegó un puñetazo fuertísimo y gritó con toda la furia:

—¡¡No nos trate como a perros, que no somos perros!!

—¡¡Yo no los he llamado perros!!—, retrucó el delegado, con voz insegura.

—¡¡Pero nos está tratando como a perros, y no somos perros!!

Hubo un revuelo en todos los presentes. Fiaccadore, Mozatti y yo corrimos a interponernos entre los Pérez y los delegados; estos, asombrados por la violenta reacción de los hermanos Pérez, quedaron fríos como tres estatuas de nieve; los mozos, por su parte, se arremolinaron, asombrados y confundidos, como si recién se dieran cuenta que habían jugado con fuego. Sin duda, ignoraban el famoso refrán castellano, que dice: «Quien juega con fuego, se quema luego».

Mucho trabajo y mucha paciencia nos costó calmar los ánimos exaltados. Cuando lo conseguimos, Rafael Pérez, ya más tranquilo, habló así:

—Lamento en el alma, lo sucedido, señor delegado... Pero quiero decirle, por segunda vez, que usted no es, ni puede ser, juez y parte. Usted, señor delegado, es un intermediario entre las partes; su misión es buscar la armonía entre el patrono y el obrero, de un modo imparcial. Usted, en cambio, nos tira a matar como si estuviera guiado por un espíritu de venganza.

Hubo otro silencio largo. Como nadie decía nada, Fiaccadore exclamó:

—Será mejor que dejemos para otro día. Hoy no llegaremos a ningún acuerdo.

Como nadie decía nada, yo aconsejé:

—Sí, sí, sí, será mejor.

Nos retiramos los patrones y se quedaron los mozos, con los delegados. Al vernos en la calle, Fiaccadore nos invitó. Vengan todos conmigo al Rex, tomaremos un café con un coñac y conversaremos tranquilamente.

Hubo asentamiento general y nos fuimos al «Bar Rex»; pero en vez de quedarnos en el salón, nos introdujimos al escritorio. Nos trajeron el café con coñac y cambiamos ideas sobre los acontecimientos.

Rafael Pérez, que era el que llevaba la batuta, nos explicó:

—Nuestra madre es uruguaya; ayer vino el cónsul de la República Oriental del Uruguay; revisó los documentos y enseguida telegrafió a la embajada uruguaya en Buenos Aires pidiendo instrucciones; de manera que si hay necesidad, ya tenemos un asilo protector, en el consulado uruguayo.

El sol después de la tempestad

Cuando al día siguiente, a eso de las nueve, entré en el «Hotel Buenos Aires», el salón estaba repleto de público; tan pronto me vieron, todos me miraron con insistencia y curiosidad. En una mesa estaba sentado un poeta correntino, muy popular. Parece que había ingerido algunas copitas, en compañía de tres amigos más, que rodeaban la mesa.

El poeta me preguntó a gritos:

—¿Es cierto Gastón, que van a detener a doña Clara a las diez?

—Así parece—, le contesté.

Y el poeta se sintió inspirado y, parándose en medio del salón, recitó con voz tonante estos versos:

¡¡Que vengan esos valientes
a llevarla a doña Clara
y conocerán Corrientes
y nos verán nuestras caras!!
¡Que vengan pues! ¡Vive Dios!
Ya que son tan atrevidos...
Y uno a uno o dos a dos,
¡Los dejaremos tendidos!

Una ovación, que retumbó en todo el café, rubricó los versos del poeta; como ya cruzaba el salón para dirigirme al patio del interior, el poeta me gritó:

¡Tené cuidado, Gastón!
Y no interrumpás, poeta,
no cortés mi inspiración
con preguntas indiscretas.
Hoy le toca a doña Clara,
mañana, te toca a vos;
Sácale punta a tu espada
y arremete ¡¡Vive Dios!!
Moraleja:
cuando las barbas de tu vecino
veas afeitar
poné las tuyas, chamigo,
a remojar.

Esta vez, los aplausos, los gritos y las carcajadas fueron estruendosos.

Seguí mi camino en medio de aquella gritería infernal, hasta que llegué al patio del interior. Allí estaba doña Clara C. de Pérez, rodeada de sus hijos, parientes y amigos. Di los buenos días en voz alta y después me dirigí a ella preguntándole:

—¿Cómo está ese ánimo, doña Clara?

—Ya lo ve amigo Gastón. Aquí estoy tranquila y serena, esperando los acontecimientos. El señor cónsul del Uruguay ha venido tres

veces a buscarme para ofrecerme asilo bajo el pabellón de mi Patria. Pero yo no he querido salir de mi casa. Quiero mirarlos, «frente a frente», y decirles cuatro frescas.

Rafael me llamó aparte y me dijo en voz baja:

—Vamos a ir a la Casa de Gobierno a las nueve y media, tenemos audiencia a esa hora con el señor interventor.

—Pero si el interventor está en Buenos Aires.

—Mejor que mejor. Ha dejado como interventor interino a Dr. don Ramón Díaz Ulloque; así que, por ese lado, salimos ganando.

—Está bien, cuenten conmigo, yo les acompaño.

A las diez menos cinco entrábamos en la Casa de Gobierno los tres hermanos Pérez, Fiaccadore, Mozatti y yo. El ordenanza, tan pronto nos vio, nos abrió la puerta y nos dijo:

—Pasen, el señor interventor interino, los está esperando...

Cuando llegamos al despacho, el Dr. Díaz Ulloque se levantó para estrecharnos la mano, uno por uno, nos ofreció asiento y sin esperar a que expusiéramos se adelantó en esta forma:

—¡Ya sé a lo que vienen; no me digan nada! Aquí tengo el «Memorial» del Dr. Justito Álvarez Hayes que los diarios publicaron ayer; lo he leído muy detenidamente; es un escrito «muy hermoso» y, sobre todo, muy justo y valiente. Y ahora, me van a hacer el favor de decirle a doña Clara que no tenga ningún temor; que se quede en su casa tranquila, que nadie la molestará y que tan pronto me desocupe pasaré a presentarle mis saludos y a pedirle disculpas por los malos días que le están haciendo pasar. Hemos terminado señores.

La alegría bailaba en los ojos de los hermanos Pérez. Nos despedimos afectuosamente del Dr. Díaz Ulloque y nos fuimos en un auto a darle la buena noticia a doña Clara.

La encontramos en el mismo lugar que la habíamos dejado; le repetimos las palabras que nos había dicho el Dr. Díaz Ulloque y aquella viejita, que había estado toda la mañana tranquila, serena y valientemente esperando los acontecimientos, rompió a llorar como una niña, haciendo llorar a todos los que la rodeaban.

Lo que pasó después con este asunto, lo ignoro; porque todo lo que se hizo, se hizo entretelones; hasta que mucho tiempo después nos llamaron de Trabajo y Prevención por colacionado.

Acudimos los de siempre y, con gran sorpresa, nos manifestaron los señores delegados que nos habían llamado para archivar el expediente de los tres despidos, del «Hotel Buenos Aires». Como no hubo oposición, se labró un acta, se firmó y nos retiramos. Cuando llegamos a la calle, le pregunté a Raúl Pérez:

—¿Qué ha pasado aquí?

Y él, me contestó:

—Esto que acabas de ver es «el sol después de la tempestad».

No me quedé muy conforme con esta respuesta y tomando del brazo a Tono, le pregunté en voz baja:

—¿Qué pasó Tono?

Y Tono, más bruto que Raúl pero más franco, me contestó:

—Este archivo de este expediente ¡nos costó mil pesos!

En cuanto a los mozos despedidos, Alberto Camacho y Guillermo E. Palacios se establecieron después de cobrar su indemnización con una fondita para obreros, en la calle Ayacucho, entre Santa Fe y España... De este modo, dejaron de ser «mozos» para convertirse en «patrones». En cuanto al otro despedido, la camarera Natividad Martínez de Díaz, ignoro qué fue de su vida. Así terminó aquel asunto tan ruidoso que conmovió a toda la ciudad de Corrientes.

He asistido a muchas tratativas de convenios, en Trabajo y Prevención; pero en ninguno de ellos nos trataron tan mal como en aquel asunto, tan bochornoso; en honor a la verdad, aquellos delegados desaparecieron de Corrientes. Los nuevos que vinieron nos trataron con más humildad. Es verdad que «perdímos» los patronos «todas las batallas», pero discutíamos hasta el cansancio y algo conseguíamos; pero nunca, jamás, tuvimos altercados ni con los obreros, ni con los delegados.

Esta aclaración la hago como un deber de conciencia, para que no crean que guardo ningún rencor a esa Secretaría, donde vuelta a vuelta se nos llama para discutir nuevos convenios. «Nobleza obliga».

Un romance olvidado

Estaba escribiendo, lo más tranquilo, cuando la voz de mi hija llamó en mi puerta con un:

—¿Se puede... o es que estorbo?

—Adelante, «Ñatita», adelante... ¿Qué te pasa?

—No me pasa nada. Vine a saludarte solamente. ¿Cómo andan tus «Memorias»?

—Las estoy por terminar ya. ¿Por qué?

—Pero papá. Tú me has contado muchas cosas que allí no aparecen.

—Es cierto, pero para escribir mi vida completa necesitaría vivir dos vidas.

—Sin embargo, papito, permíteme que te recuerde aquel romance sobre la muerte del general Lavalle que mandaste a los Juegos Florales de Jujuy. ¿Por qué no lo incluyes en tus «Memorias»?

—Por la sencilla razón de que no fueron premiados.

—¿Y eso qué importa? A mí me gustaría que lo incluyeras.

—Bueno, hijita. Lo voy a incluir; ya que hice treinta, haré treinta y una.

—Gracias papá. A mí me gustó mucho ese romance, por eso te lo pido.

—Está bien, está bien. ¿Deseas algo más?

—¿Y te parece poco? Bueno, me voy; no quiero estorbarte, me-tele duro.

Quedé solo y me puse a buscar el romance olvidado, cosa que no me resultó fácil. Ya empecé a temer que lo hubiesen quemado, en la célebre quemazón de poesías, y se hiciera humo.

Recordé que lo hice en cuarenta y ocho horas; los diarios de Corrientes anunciaron los Juegos Florales de Jujuy en el cementerio de la muerte de Lavalle... Recordé que hablé con dos poetas correntinos para que mandaran algo, para que figurara la provincia de Corrientes en ese torneo.

Consultaron fechas, sólo faltaban ocho días, no había ya tiempo. Además, en esos concursos ganaba siempre «el caballo del comisario».

Así me contestaron los poetas correntinos, cuyo nombre me callo. Confieso sinceramente que aunque soy español, me dolió mucho el argumento que buscaron los poetas correntinos para escabullirse de aquel compromiso de honor.

Yo nunca había estado en Jujuy, ni conocía la muerte de Lavalle; pero los tres purretes de casa, mi hija y mis sobrinos, me prestaron una Geografía argentina y una Historia, donde trataba la muerte del general Lavalle.

Con estas dos armas escolares me puse a hilvanar el romance que transcribo a continuación y lo mandé por expreso a Jujuy; no con el ánimo de ganar premio alguno; sino para que figurara Corrientes en aquellos Juegos Florales de Jujuy.

Helo aquí:

La muerte de Lavalle (elegía)

JUJUY
Día plácido y sereno
de calma y melancolía.
La hermosa ciudad jujeña
que fundó un glorioso día
Francisco de Argañaraz,
con gran placer y alegría
por mandato de Velasco,
está serena y tranquila...
Por sus calles solitarias
los habitantes caminan
con esa tranquilidad
y esa bondad infinita
de las almas transparentes
sin pecado y sin malicia.
Aunque está cerca del trópico
es muy suave su clima
con mirajes de la sierra,
su altura, la neutraliza

de los rigores solares...
Paisajes de bella vista
por su gran vegetación
exuberante que brilla,
tapizan un valle hermoso
con sus márgenes floridas...
El Río Grande murmura
en su gran monotonía
con lejanos ecos de églogas
una canción cristalina
y en la ribera de enfrente
praderas muy florecidas
las deforman socavones
formados por las caídas
de los torrentes pluviales
que al río se precipitan.
En el «Baño de los Reyes»
un lindo grupo de niñas
ocultan sus bellas formas
en las aguas cristalinas
y sus siluetas semejan
un bello grupo de ninfas...
Día plácido y sereno,
la ciudad está tranquila.

¡¡SALVE CIUDAD DE JUJUY!!

En este dichoso día
que yo canto tus bellezas
pido a Dios que te bendiga
igual que yo te bendigo
con respeto y cortesía.

Por la bondad de tus hijos,
por tu belleza infinita...

¡¡SALVE CAPITAL JUJEÑA!!

¡¡REINA DE MI FANTASÍA!!

LA LLEGADA

En medio de tanta calma
y modorra provincial,
se oye venir desde lejos
un rápido galopear
de furiosa caballada

que se acerca hacia el lugar
alzando nubes de polvo
lo mismo que un huracán.
¿Qué significa esa tropa?
¿Quiénes son, a dónde van?
Viene de frente, bien montado,
un gallardo general.
¡¡Linda estampa de varón!!
Pero... de dulce mirar.
Hay en sus ojos celajes,
como en un cielo otoñal
cuando, al morir de la tarde
la sombra crepuscular
hace estremecer las almas
pensando en el «MÁS ALLA».
¿Qué es lo que miran sus ojos
en aquella inmensidad?
Acaso, algún espejismo
o alguna visión... ¡Quizás!

Quizás, en este momento,
recuerda al «Gran Capitán»
cruzando la cordillera
siempre en pos de su ideal,
de independizar a América
de su opresión colonial...
¿Qué le dijo San Martín
que no puede recordar?
¡Ah, sí! Le dijo: «A Lavalle,
alguien lo podrá imitar,
pero superarlo... ¡NO!
¡¡ESO, NO SUCEDERA!!».

Y sigue la caballada
su rápido galopear,
mientras que Lavalle... piensa,
y mira la inmensidad.
Y recuerda que Bolívar
siempre solía exclarar:
«A Lavalle, hay que tenerlo
como un León, enjaulao,
y «soltarlo el mismo día

que tenga que batallar». Y sigue la caballada y Lavalle... mira, allá, «En medio de un nubarrón, ¡oh, rara la casualidad!, aparece una figura que casi lo hace llorar. ¿Será el alma de Dorrego que lo persigue...? ¡Quizás! El fusilado en Navarros lo persigue, sin cesar... Lo sigue y se le presenta por donde quiera que va. Es «Su Gran Remordimiento», ¡¡su conciencia, su pesar!! Y sacude la cabeza como queriendo olvidar.

Y sigue la caballada galopando sin cesar... y Lavalle, piensa... piensa... ¿Qué será del «Manco Paz»? ¡Oh, qué general «Lumbrera»! Matemático ejemplar, mientras las tropas dormían él preguntaba su plan y ganaba las batallas antes de entrar a luchar. Me han dicho que está en Corrientes y que se prepara ya para derrotar a Urquiza y copar el litoral... y bajar a Buenos Aires a dar el golpe final... ¡¡Ay, si el «Manco Paz» quisiera!! Yo lo iría a visitar para luchar «hermanados». ¡¡Vive Dios, que he de ir allá!! Él preparará los planes. Yo los haré ejecutar. ¡Urquiza! Llegó el momento.

Frente a frente, yo con Paz,
un nuevo «Caá-Guazú»
será para ti fatal.
Y después de derrotarte,
cruzamos el Paraná
bajando a Buenos Aires...
allí está el «Genio del Mal»
que caerá como un muñeco.
¡¡Rosas!! ¡¡Si quieres luchar,
junta todas tus «mazorcas»
que las voy a aniquilar!
Esta vez, no quedo en Merlo,
como hice otra vez ya.
¡¡Esta vez, te aplastaré,
en la misma capital...!!

Y sigue la caballada
su rápido galopear.
Un grupo de veteranos
escoltan al general...
vienen tristes, cabizbajos,
con el dolor en la faz,
pues han sido derrotados
por Oribe... ¡¡en Famaillá!!
Lavalle, sigue pensando...
¿Qué le dijo un día, Paz?
«¡¡Oh, romántico Lavalle!!
Eres un soldado audaz,
ganás batallas fantásticas
sin un método, ni plan.
Lo que te falta, en cerebro,
te sobra, en temeridad».

Y sigue la caballada
en su rápido trotar,
llegan por fin a Jujuy
tras muchos días de andar.
Esta llegada imprevista
alborota a la ciudad,
los vecinos se aglomeran
en torno del militar
y gritan: ¡¡Viva Lavalle!!
Y lo aplauden sin cesar.

Es el general Lavalle,
que ha llegado a esta ciudad
como buscando un «refugio»
lejos de la adversidad.

Es el general Lavalle
que ha luchado sin cesar
contra el gran tirano Rosas,
llamado «El Genio del Mal»
llegando un día hasta Merlo,
pero allí, en vez de avanzar,
se retiró bruscamente,
cuando bien pudo triunfar,
y llegando hasta Santa Fe,
puso sitio a la ciudad
apoderándose de ella
tras un rudo batallar...

¿Por qué se volvió de Merlo?
¡Oh, misterios del azar!!
Rosas estaba indefenso
y se salvó... ¡Sin luchar!!

El pueblo jujeño aclama
al ilustre general
y, con su gran hidalgua
y entusiasmo sin igual,
lo recibe entre sus brazos
abiertos de par en par.

ROMANCE

Dulce hogar... manos piadosas,
reposo... mucha atención,
ternura para sus penas;
bálsamo para el dolor
y... hasta un poco de alegría,
que mitigó su aflicción,
todo esto encontró Lavalle
en este «Santo Rincón».
Pero... encontró... al más...
que le llegó al corazón.

Una noche, noche histórica,
se improvisó una reunión.
Lo más granado del pueblo

llenó la noble mansión
que hospedaba al general,
pues era «Huésped de Honor».
Los dueños de aquella casa,
ricos y con distinción
quisieron rendirle honores
con gran pompa y esplendor
y organizaron un baile
y se bailó el «rigodón».
Y la niña de la casa
tuvo la noble misión
de acompañar a Lavalle
con finura y distinción;
y... ellos fueron la pareja
que acaparó la atención.

Ella, pura, angelical,
trémola, por la emoción,
encendidas las mejillas,
palpitante el corazón,
brillante, como una estrella,
tímda, como un gorrión,
fragante «Flor de Amambay».
Fue «La Reina del Salón».

Él, elegante, cortés,
marcial, con gran distinción,
recio soldado en campaña,
gran caballero en salón.
Fue... como un rayo de luz,
para aquella niña en flor,
que... ¡igual que una mariposa,
en su fuego se abrasó!

Y se amaron, y se amaron,
pletóricos de ilusión,
con ardiente frenesí,
con fervorosa pasión.
Jamás se vieron dos almas
unidas por el Amor,
tan fuertemente enlazadas;
¡¡Ante el Mundo y ante Dios!!

LA MUERTE

Otra llegada imprevista
sorprendió al pueblo jujeño;
pero esta vez eran «Rondas»
venidas desde muy lejos,
persiguiendo al «Derrotado»
de dos terribles encuentros;
traen orden de atraparlo
y llevarlo ¡vivo o muerto!
Porque Rosas no se olvida
de aquel que pudo vencerlo
si un día no se retira
desde el pueblito de Merlo.
El tirano no perdona
y sabe dar escarmientos.
Él sabe bien que Lavalle
podría armarse de nuevo
y con su gran osadía
al frente de un nuevo ejército,
volvería a Buenos Aires
y entraría a sangre y fuego...
¡¡No, no, no; que lo persigan
y lo traigan. Vivo o Muerto!!

Visita desagradable
resultan los «mazorqueros»
y se han cerrado las puertas
y hay un profundo silencio.
Las calles están desiertas,
parecen un cementerio,
sólo se oyen alaridos,
blasfemias y juramentos
y se escuchan un canto lúgubre,
con tonalidad de entierro:
¡¡Viva la Federación,
mueran los salvajes, perros
y traidores Unitarios!!
Y otra vez... ¡reina el silencio!

Lavalle está sorprendido.
¿Qué ha sucedido en el pueblo?
Y se aproxima al zaguán

en el preciso momento
que suena una gran descarga
y Lavalle... ¡¡cae muerto!!
Pues una bala perdida
cruzó la puerta y su cuerpo.
Por las calles solitarias
se alejan los «mazorqueros»
ignorando, que han matado,
al que andaban persiguiendo!!

FUGA MACABRA
Entre peñascos abruptos,
sobre empinadas colinas,
o por profundas barrancas,
con dirección a Bolivia...
avanza un grupo macabro
muy lentamente y sin prisa.
Unos soldados, armados
de rifles y carabinas,
observan el horizonte
y escolta una mulita
que lleva un bulto cruzado
y al primer golpe de vista
se nota que es... ¡un cadáver!
¿Quiénes son? ¿Qué significa,
esta caravana fúnebre?
¿Hacia dónde se encamina?

Delante de todos ellos
como sirviendo de guía,
va una muchacha jujeña
reconcentrada y sombría,
lleva el dolor en los ojos,
corre llanto en las mejillas,
lleva un rosario en las manos
y reza un ¡Ave María!
De pronto, interrumpe el rezó,
clava su mirada fija
en «algo» que nadie ve
y que ella sola «adivina».
Lanza su grito de alarma,
preparan las carabinas

y rompen fuego graneado
donde se juegan las vidas.

¿Quién los sigue y los persigue?
Los «mazorqueros rosistas»
tienen orden de llevar
la cabeza de la víctima
en la punta de una lanza
cual si fuese una sandía
y exhibirla por la plaza
a la salida de misa.

Tal le pasó a Avellaneda,
que cayó un funesto día
prisionero en Tucumán
y ahí no más, la «tiranía»
lo mandó decapitar
como héroe de Bautista.
Bien lo saben los soldados,
también lo sabe la niña
y luchan a sangre y fuego
y avanzan por las colinas
con los restos de Lavalle
en dirección a Bolivia.
Llega por fin a Humanahuaca
la fúnebre comitiva
ya es imposible seguir,
el cadáver los asfixia,
con su descomposición
en la tan larga travesía.
Se detienen, lo descarnan,
y en una humilde capilla
depositaron las carnes
rezando un ¡Ave María!

Se repartieron los huesos
lo mismo que once reliquias,
entre los once soldados
y partieron enseguida
por once rumbos distintos,
para «despistar» sus «pistas».

Llegaron a Potosí
por once rutas distintas

los once bravos soldados
y... ¡también llegó la niña!
Y allí, en la gran catedral
entre salmos y armonías
depositaron los huesos...
Formaban la comitiva,
once bravos veteranos
de miradas encendidas,
iban... tristes... andrajosos,
pero con gran energía...
El féretro estaba envuelto
con la bandera argentina.

Y, allá... en un rincón del templo
muy enlutada, una niña...
se deshacía en sollozos
y en su angustiosa agonía
con un rosario en las manos
de dolor, se retorcía,
y entre sollozo y sollozo...
¡¡Rezaba un Ave María!!

Este romance, como podrá juzgar el lector, no fue premiado en Jujuy; pero yo no cometeré la torpeza de decir que ganó «el caballo del comisario», nada de eso. Si no fue premiado, fue porque no lo mereció y yo tuve la gran satisfacción de representar a la provincia de Corrientes en ese certamen poético.

Con el apuro de mandar el romance, no me dejé copia. Pero me dirigí a la comisión organizadora suplicándole me devolvieran el original, y a la vuelta de correo, lo recibí con una carta muy afectuosa que me permito copiar:

Comisión Pro-Homenaje al General Lavalle

Jujuy, 2 de octubre de 1941

Al señor Santiago Gastón – Junín 1435 – Corrientes

Muy señor mío: He recibido su estimable carta del 27 de septiembre pasado y, según sus deseos, le devuelvo el original de su interesante trabajo titulado «La muerte de Lavalle» y firmado con el seudónimo «Pluma de Ave». Muy agradecido en nombre del jurado y en el mío propio por sus expresiones y esperando que la falta de premio de este torneo no lo desanime para otra oportunidad, me es grato saludarlo muy atentamente.

S. S. S. Dr. Horacio Carrillo (presidente)

El mundo se estremece

Grandes noticias nos llegan de Europa. La segunda guerra europea toca a su fin. Todas las radios anuncian la precipitación vertiginosa de los sensacionales acontecimientos, que son anunciadores del fin de la guerra europea.

Roosvelt, presidente de los Estados Unidos, ha muerto. El mundo está de duelo. Alemania se derrumba, como un castillo de naipes. Los rusos golpean en las puertas de Berlín. Los estadounidenses han puesto sitio al Japón y amenazan a hacerlo volar con bombas atómicas. En el Rhur, Von Pappen se entrega prisionero a los aliados. Berlín está en llamas; el pueblo huye enloquecido. Goering huye con su familia en un aeroplano, con rumbo desconocido; lleva consigo cinco millones de libras esterlinas.

En San Francisco de California se reúnen los delegados de las Naciones Unidas, para la gran conferencia. La Argentina es el único país americano que no estará presente.

Goebbels mató a balazos a su esposa y sus cinco hijas, después se suicidó... Ribbentrop desapareció. Alemania pide la paz a Inglaterra y Estados Unidos. Los rusos incendian y destrozan Berlín. Mussolini fue apresado por los patriotas italianos, en compañía de Farinaci y otros dirigentes fascistas y fueron fusilados... ¡¡Capitoló Berlín!!

Himler, el jefe de la Gestapo, mandó fusilar a Goering y a toda su familia sin previo aviso. ¡No cayó todavía Berlín! Hitler está gravemente herido. Ribbentrop, desapareció sin dejar rastros. El mariscal Pétain llegó a París y se presentará a un consejo de guerra. Las ideas son confusas; las noticias se contradicen unas a otras. De pronto, suenan todas las sirenas, las radios anuncian a gritos: ¡Ha caído Berlín...! ¡Fin de la guerra!

Hitler, Goebbels, Kuff, Himler y otros altos funcionarios se han suicidado, al verse perdidos. Pierre Laval llegó a Barcelona, fugitivo de Alemania; las autoridades españolas lo pusieron preso.

La conferencia de San Francisco de California invitó a la Argentina a tomar parte en sus deliberaciones. El delegado ruso, señor Molotoff, se opuso tenazmente. En Buenos Aires se descubre un complot subversivo para derrumbar al gobierno de Farrell y Perón. ¡Ha caído Berlín! En todas partes se celebra el acontecimiento; en

la Argentina está prohibido. Las radios insisten a cada momento:
¡Capítulo Berlín! ¡Ha terminado la guerra, por fin!

Y ahora... ¿Hacia dónde vamos? ¿A la gloria o al infierno?

¿Qué nos espera, después de esta gran tragedia que ha enlutado millones de hogares?

Todavía no ha cesado el fuego, y ya se habla de otra guerra, entre Rusia y Estados Unidos. O mejor dicho, Oriente contra Occidente.

¿Será posible... será posible? ¡No, no, no, no! Han muerto ya los «Genios del Mal»; con ellos, han desaparecido las criminales pasiones que aterrorizaron al mundo entero... ¡No, no, no, no!

¡¡Basta de guerra!! ¡¡A trabajar y a vivir!!

Hay que rehacer lo deshecho, la Humanidad necesita vivir tranquila. Otra guerra sería el fin del mundo. ¡¡Basta de guerra!! ¡¡Basta!!

Que reine la paz; los pueblos de Europa necesitan arar los campos, para sembrarlos; que crezcan los trigos, que florezcan los jardines, que trabajen de nuevo las fábricas para construir rejas y arados y herramientas industriales (no armas mortíferas); que se pongan en movimientos las máquinas industriales y que se abran las escuelas, donde los niños aprendan el primer Mandamiento de la Ley de Dios: «Amaos los unos a los otros». Que se abran nuevos caminos, que se encauzen los ríos y se lleven sus aguas para regar los campos y que empiece una nueva era de Paz, Progreso, Trabajo, Alegría y Amor.

¡¡Basta de Guerras!! ¡Y que reine en el mundo y en las almas la Paz!

¡¡La Paz, bendita sea!!

Era el día 2 de mayo de 1945, Churchill, fue a Berlín.

Día memorable para el mundo.

Día de luto y de alegría.

Día de fiesta y dolor.

Día de gloria y de tragedia. Pero ante todo y sobre todo...

¡¡Día de la Paz!!

¡¡Bendita sea...!! ¡¡Amén!!

Veinte años

¿Has visto Ñatita?
Ya tienes veinte años,
ya eres maestrita,
ya tocas el piano
y das a los niños en una escuelita
lecciones de canto.

Anoche, ya tarde,
yo estaba cansado,
dos o tres borrachos
y cerré el negocio
un poco agitado,
llegué al dormitorio
buscando descanso
y a tu madrecita la encontré despierta
me estaba esperando
(mientras tu dormías
nosotros hablamos).

Tu madre decía:
¿Recuerdas, Santiago?
Mañana la Ñata
cumplirá veinte años.
Vendrán sus amigos y habrá una fiestita
¿Qué le regalamos?
Yo le dije al punto
como un hombre práctico:
cómprale unas medias
y un par de zapatos.
Cómprale un abrigo
que no sea muy caro,
debes de abrigarla, que a las mañanitas,
sale muy temprano,
sale calentita
y vuelve temblando.

Calló mi viejita
y los dos callamos
y los pensamientos
vinieron volando.
Toda nuestra vida

allí recordamos:
nuestro casamiento, las primeras luchas,
con sus desengaños,
momentos felices,
momentos amargos,
los primeros hijos,
Hamlet y Rinaldo,
¡Los dos fallecieron, dejando dos almas,
hechas a pedazos!

Tan sólo la Ñata
quedó a nuestro lado
y ella, fue el consuelo,
de aquel trance amargo;
y si no por ella, que fue nuestra Estrella,
casi abandonamos
tan penosa huella
regada de llanto.

Ella fue la Estrella de nuestra Esperanza,
por ella, luchamos
y sólo por ella...
¡Triunfamos, triunfamos!

Hoy, ya es señorita
y toca el piano
y enseña a los niños, en una escuelita,
el solfeo y canto...
y hasta tiene amores,
con un buen muchacho
que estudia y trabaja
y es de nuestro agrado.
La vida prosigue su marcha incesante,
ritmo acelerado,
las generaciones,
presente y pasado,
impulsan sus vueltas, cual dos cigüeñales,
sin ningún descanso
y sigue la rueda...
¡Rodando, rodando!

Todita la noche
pasamos hablando...

y al brillar la aurora
su color rosado...
tocaron campanas y sonaron dianas
y hubo cañonazos.
Era el veinticinco
del glorioso Mayo,
cantaban el Himno
con mucho entusiasmo
y nuestra Ñatita, joven maestrita...
¡Cumplía veinte años!
El tiempo se pasa...
¡Volando, volando!

Dejamos la cama
bastante baldados,
una noche en vela
es como un trancazo.
Mi vieja se siente mal de los riñones,
y yo soy reumático,
ella anda torcida
y yo ando rengueando...
pero hoy es gran fiesta, día de la Patria
y hay mucho trabajo
y los dos seguimos
¡Cinchando, cinchando!

Por eso hija mía,
si hoy vieras acaso,
a tu madrecita
con unos retratos,
donde hay dos nenitos, desnudos y gordos,
que ella está besando...
Respetá su pena
y seca su llanto.
Son tus hermanitos
Hamlet y Rinaldo...
son dos angelitos, que están en el cielo...
¡¡Y están esperando!!

Flores y espinas

Donde hay flores, hay espinas,
donde hay espinas, hay flores
y también hay ratos plácidos,
detrás de los sinsabores.

Esta copla, que tantas veces canté en mi infancia sin darle valor alguno, hoy, al recordarla, la encuentro muy hermosa y al cantarla acuden a mí un sinfín de pensamientos. Cada copla que recuerdo, me hace pensar en mi Patria, España; todo inmigrante tiene una ilusión: volver a España. ¡¡Quién sabe si yo volveré!! Eché aquí mis raíces tan hondas, tan profundas, que ya no tengo fuerzas suficientes para arrancarlas. ¡En fin, que sea lo que Dios quiera!

Mi hija Noemí se presentó un día en el Consejo Superior de Educación, con su flamante diploma de profesora de piano y canto, para inscribirse como tal. A los pocos días la llamaron para que llenara unas suplencias en las escuelas provinciales: Centenario, Belgrano, Sarmiento, España y Asilo de Huérfanos.

Parece que dejó gratos recuerdos en esos establecimientos de enseñanza, porque la llamaron del Consejo y el señor presidente, don Blas Villordo, le recomendó muy especialmente que fuera a la escuela Mariano Moreno, que tendría que preparar el coro de dicha escuela, para presentarse en un curso escolar a efectuarse en el Teatro Vera, un mes después.

Se presentó mi hija en dicha escuela para iniciar los primeros ensayos; cada día venía ronca y desilusionada, pues los niños no le respondían la primera semana. A la segunda semana, se entusiasmó, porque los niños y las niñas que componían el coro le respondían ampliamente y se encariñaron con ella de tal modo que cantaban con mucho entusiasmo, fervor y disciplina.

Llegó el día del curso y el jurado premió a la escuela Centenario; pero el coro de la escuela Mariano Moreno cosechó muchos aplausos y mi hija, que al entrar en escena temblaba de miedo por ser la primera vez que dirigía en público, salió muy airosa y fue muy felicitada.

Tanto gustó su trabajo, que el señor presidente del Consejo le dijo: señorita Noemí Gastón, se ha portado usted maravillosamente

bien, y yo le estoy muy agradecido por su trabajo y su dirección correcta. Pase por el Consejo, que trataremos de ubicarla; se lo merece.

Ese día en nuestra casa fue un día de satisfacción y alegría. La madre y la tía, que estuvieron en el teatro, vinieron entusiasmadas de la fiesta escolar. Hubo besos y lagrimitas.

Otro acontecimiento nos resultó también gratísimo. Mi sobrino Óscar Gastón, a quien llamamos cariñosamente «Gordo», se recibió de bachiller en el Colegio Nacional General San Martín de esta ciudad, y con gran sorpresa lo eligieron para echar el discurso de despedida, en nombre de los egresados, en el Teatro Vera. Para el acto, se reunieron por vez primera en Corrientes los tres grandes colegios: Escuela Normal de Maestras, Escuela Regional de Maestros y Colegio Nacional.

Fue una fiesta soberbia, nunca vista en Corrientes. Estaba el Teatro Vera repleto de público, desde el gobernador hasta el más humilde ciudadano.

Al subir el telón, aparecieron en el escenario, en una gran escalera, los tres colegios; en el centro, las chicas de la Normal, todas vestidas de blanco; y a ambos lados, los dos colegios de varones, de traje azul; de tal forma estaban colocados que formaban una inmensa bandera argentina.

Este solo cuadro puso al público de pie y bajo la dirección del profesor Crespo cantaron el Himno Nacional, cosechando una ovación estruendosa.

Siguió el programa de los discursos y le llegó el turno a mi sobrino el «Gordo», quien empezó algo cohibido, pero pronto se afirmó y con una voz varonil, cálida y llena de emoción, dijo su discurso tan elocuentemente que levantó el entusiasmo del público; tal fue así, que los profesores lo felicitaron y abrazaron en público. Yo pensé para mí: ¡¡Qué diablos, los purretes Gastón se imponen!!

Lástima, que mi sobrina «Chola», no estaba presente, pues se hallaba en Buenos Aires siguiendo sus estudios para profesora de Matemáticas y ya estaba en segundo año. Bueno. Hasta aquí son todas flores; ahora vienen las espinas, que las hay y muchas.

Se aproximaban las elecciones presidenciales, los candidatos oficialistas eran: Perón y Quijano, y los opositores: Tamborini y Mosca.

Hubo de todo en la campaña electoral. Discursos bravos y humildes; promesas e insultos; amenazas y súplicas; corridas y atropellos; garrotazos y tiros; promesas y desengaños; aplausos y silbidos; lágrimas y sangre; dudas y fe ciega; valor y miedo; en fin, «flores y espinas».

En este ambiente tan caldeado, llegó el día de las elecciones y ante el estupor general, Perón y Quijano ganaron por una mayoría aplastante en toda la República... ¿En toda? ¡NO! En la provincia de Corrientes ganaron las Democracias; fue la única provincia que les falló a Perón y Quijano; lo que llamó poderosamente la atención, porque Quijano era correntino. Era el día 24 de febrero del año 1946.

Tan pronto ocupó la gobernación de la provincia el Dr. Benjamín de la Vega, los peronistas vencidos, como malos perdedores, empezaron a protestar y a meter bochinche y se lanzaron a la calle gritando con toda la furia:

—¡¡La Intervención... La Intervención a Corrientes!!

Los obreros se anarquizaron; los patrones esperaban indecisos el final de todo este batifondo infernal; todo parecía que se venía el fin del mundo, la hecatombe final. Pero no fue así; pasados los primeros momentos de confusión e incertidumbre, sobrevino la calma y se notó una gran reacción en el movimiento comercial; aumentaron las ventas considerablemente; aumentaron los precios de las materias primas; aumentaron los transportes; aumentaron los salarios... ¡¡Todo aumentó bárbaramente!! Aquello parecía una carrera desenfrenada para subir; lo único que no subió fue el peso argentino, que empezó a bajar vertiginosamente, mientras las mercaderías subían.

Solamente los alquileres quedaron estancados; pero como los impuestos subieron, las casas, con los alquileres bajos, no cubrían los impuestos y en vez de producir ganancias, daban pérdidas.

Después... empezaron a faltar las materias primas; primero, el azúcar; después, la harina (por vez primera en mi vida, tuve que hacer masitas con harina negra de «mijo»; todo salió mal, con mal gusto y mal olor, y encima negro como la pez), después, la sal, la cerveza, los huevos, el vino..., etc., etc.

Y en medio de todo este desbarajuste, los gritos callejeros:

—¡¡La Intervención... La Intervención a Corrientes!!

Hubo paros parciales. Algunas noches, la usina³² dejó la ciudad a obscuras, declarándose su personal en huelga; afortunadamente, esta huelga de la usina no tuvo ramificaciones y, lentamente, se fue normalizando la vida. ¡¡Ya era hora!!

No todo es pena en la vida, también hay alegrías y buenos momentos de expansión espiritual, que se presentan cuando menos se espera.

Despedida de un banquero

Se retiraba de Corrientes el señor Olegario Olazar, gerente del Banco Hipotecario Nacional, sucursales Corrientes.

Este buen señor fue un gran gerente y mejor amigo; por tal causa, se captó las más gratas simpatías, en la industria, en el comercio y en el foro. Estas tres ramas, unidas a los bancarios, le ofrecieron un banquete de despedida en el «Petit Savoy Hotel», de Mozatti.

Recordé yo que el señor Olazar me dio muy buenos consejos en el asunto de la expropiación, que ya mis lectores conocen; sus consejos me fueron muy útiles en aquellos momentos angustiosos y difíciles para mí.

Me preparé un romancillo, saqué la tarjeta y me fui al banquete.

A los brindis, habló, en nombre del foro, el Dr. Adolfo Contte. Y por los bancarios, el señor Mesel, gerente del Banco Popular de Corrientes; ambos oradores fueron muy aplaudidos.

Ante la sorpresa general, me puse de pie. Observé detenidamente el cuadro que presentaba el comedor y vi que allí estaban el comercio, la industria, el foro, el periodismo, los hacendados y los bancarios.

Empecé lentamente, manifestando que venía a pagar una deuda de gratitud con el homenajeado, toqué muy suavemente el asunto de la expropiación, que fue la primera que se hizo en Corrientes, y sacando mi romance, le di lectura:

32 Nota del editor: central eléctrica.

La misión del banquero

Henos aquí reunidos
en acto noble y sincero
despidiendo a un gran banquero
que se va, bien ascendido.

Pues, el señor Olegario
lo digo como testigo,
más que banquero, fue amigo
en el Banco Hipotecario.

Por eso, no es de extrañar
que dé tan tremendo salto
para ir a un sitio tan alto
el buen amigo Olazar.

Todos sabemos, amigo Olazar,
que «la misión del banquero»
es un arte financiero
que da muchos sinsabores.

Pues por «regla de interés»
es la misión del banquero:
darnos primero dinero
y sacárnoslo, después (risas).
Es la cosa más sencilla,
yo lo sé, por experiencia,
se saca... por la gerencia,
se mente, en la ventanilla (risas).

Y en esta gran rotación
entre «sacar» y «meter» (murmurillos)
al fin... nos toca «correr»
si llega una citación (risas y gritos).

Y hay que ver el compromiso,
cuando la plata está escasa
y el mal rato que se pasa
cuando nos llega un aviso (risas).

Y aún produce peor gesto
si nos llega un escribano
con el pagaré en la mano
y una orden de protesto (gritos y carcajadas en el
foro).

Es allí, cuando el banquero
si es hombre de corazón
se olvida de su «misión»
y es «amigo» y «consejero».

Y movido a compasión
el gran banquero-gerente,
ayuda al pobre cliente
con una renovación.

Y aquel cliente, agobiado,
sale de aquella entrevista
con la alegría en la vista
y hasta parece cambiado.

Es porque en vez de banquero
que lo pudo acogotar,
ha acabado de encontrar
un «amigo» y «consejero».

A esta clase de gerentes
que oyen y mitigan quejas
pertenece el que se aleja
de esta ciudad de Corrientes (muchos aplausos).

Por eso, que en este día
que homenaje le rendimos,
justo es si lo despedimos
con pena y con alegría.

Con pena y con sentimiento,
en el «adiós» de esta mesa,
pero al saber que «progresa»,
con alegría y contento... (aplausos).

Don Olegario Olazar:
Por vuestro apellido vasco
vine dispuesto a brindar
y me empiné casi un frasco,
y me lo tomé sin asco,
tras un jugoso churrasco,
antes de entrar a cenar (algazara general, de toda la
mesa).

Don Olegario Olazar:
Por vuestra propia aventura

mi alma os desea y augura:
Paz, Progreso y Bienestar (aplausos y bravos).

Y estando en la gran ciudad
no olvidéis que aquí, en Corrientes
dejáis recuerdos fervientes
de gratitud y amistad.

Y ahora... Pido y reclamo:
Señores, todos conmigo.
¡¡Despidamos al amigo
con las copas en la mano!!

Todos los comensales se pusieron de pie, alzando las copas por lo alto. Fue, en realidad, un momento emocionante y el homenajeado me abrazó y me pidió los versos, para guardarlos en un marco con vidrio, como el recuerdo más grato de su vida de banquero; se limpió una lágrima y exclamó:

—¡Estos actos de amistad no se olvidan jamás!

Alzó la copa y exclamó:

—¡¡Por la hidalguía de Corrientes!!

Pocos días después, supimos que lo habían destinado a la sucursal del Banco Hipotecario de Mar del Plata. ¡Se merecía ese ascenso!

Poco tiempo después, supimos que se jubiló y que fue nombrado, nada menos, que intendente municipal de Mar del Plata. ¡Ya no supimos más!

La primera boda

Estoy terminando de vaciar mis alforjas de inmigrante. ¡¡Qué cargadas estaban!! Pero no vaya a creer el lector que publico todo el cargamento de mis alforjas... ¡Qué esperanza! Dejo mucho, pero mucho, inédito... Y de un salto gigantesco, me voy a una fecha memorable para mí y todos mis familiares.

Estamos ya a 15 de enero de 1949. Mi hija Noemí contrae enlace con el joven correntino Raúl López.

Para esta fiesta, llegaron a Corrientes muchos parientes nuestros. ¡Muchos! Tantos, que no sé si me acordé de nombrarlos a todos.

Los primeros en llegar fueron tres señoritas: mi sobrina Nelly Gastón (la «Chola»), ya recibida de profesora en Matemáticas, y dos recién venidas de España: las sobrinas Antonia y María Aznar. Pocos días después, arribaron a Corrientes nuestros cuñados, Josefa y José Rodríguez, con el diablito de la sobrinita Alicia, a la que llamábamos cariñosamente «Neti», y que ya cursaba el quinto grado y tenía mucha vocación por el piano.

Después nos llegaron dos porteñitas encantadoras, las sobrinas Inés y Esther Bartolomé; y finalmente nos sorprendió la llegada de los sobrinos Miguela Gastón y Cirilo Sánchez; este matrimonio había llegado de Burdeos (Francia) hacía un año. Nos contaron cosas horribles de la última guerra europea; los pobres sufrieron un «infierno dantesco», con la caída de Francia y la ocupación por las tropas alemanas. Oyéndolos contar tantas atrocidades, el corazón se acogojaba. Uno no sabía qué hacer, si llorar o maldecir la locura humana.

Ella, Miguela, es hija de mi hermano mayor, Alejandro Gastón, que reside en Burdeos desde hace cuarenta años y tiene hijos y nietos franceses, y en sus cartas manifiestan el temor a otra guerra, esta vez sería Rusia la causante del cataclismo; así nos dicen en sus cartas, llenas de inquietud.

Y para terminar, agregaré que el «Gordito», mi sobrino Óscar Gastón, estudiante de ingeniero en Córdoba, aprobó todas las materias del año y regresó a Corrientes hecho un «terremoto».

De modo que hubo que alargar enormemente la mesa y adquirir catreras, para cobijar a semejante familión.

Como puede imaginarse el lector, con tanta gente moza abundó la alegría y el buen humor, y la noche del 15 de enero de 1949 tuve la gran dicha de llevar a la práctica lo que ya había escrito en el Álbum Colegial de mi hija Noemí (la «Ñatita») y que decía así: Y si al correr los años, un día el amor te conduce al pie del altar; ese día habrá llegado para ti la misión más sagrada en la vida de una mujer: la formación de un nuevo hogar. Algo así parecido a un rosal, que florece en la plenitud de su lozanía, para que broten nuevos capullos, que embellezcan y perfumen el «Jardín de los amores». Mi mayor placer sería conducirte del brazo, blanca y pura, delante de Dios.

Ofrenda

Con el casamiento de mi hija, pensaba poner fin a mis «memorias»; pero... ¡de nuevo tomo la pluma!

En el terreno que habíamos adquirido en la avenida Costanera Gral. San Martín, con el pensamiento de edificar un hotel de turismo, se complicó tanto la vida que no nos animamos a instalar tal hotel; en su lugar levantamos una casa de departamentos, para alquilar, casa que quedó hermosísima.

Pero de nuevo nos persigue la fatídica palabra de «expropiación» y hasta salió en los diarios dicho proyecto, de expropiar toda la manzana para edificar un palacio que le diera «perspectiva» al viajero que llegara por el río. Si tal expropiación se efectúa, esta sería la segunda vez que nos perseguía la yeta. ¿Será posible?

Tanto luchar, tanto sufrir, para hacer una casa y, de pronto, viene el diablo y se la lleva. ¡Esto es desmoralizador. Como si ya no fuera nuestra, como si ya la hubiésemos perdido definitivamente me fui a verla; confieso que al llegar frente a ella me emocioné tan profundamente que casi no tuve valor para entrar.

Los inquilinos se me levantaron quejumbrosos de que los echaran de allí. Todos sabían la triste noticia por los diarios y, por consiguiente, esperaban mi visita, llenos de angustia; cuando les dije que todavía no me habían notificado nada oficialmente, vi brillar en sus ojos un rayo de esperanza y optimismo. Me retiré lleno de angustia, me fui por la avenida Costanera, paseando sobre el murallón de piedra rosada, mercedeña cascada sobre el río Paraná. Desde allí miré de nuevo al frente de nuestra casa de departamentos y no pude contener una lágrima.

Corría una brisa tibia norteña, muy agradable, y en el cielo, azul y diáfano brillaba un sol esplendoroso.

Un sapukay, agudísimo y penetrante, silbó por los vientos; miré al río y desde un bote, un pescador tiraba afanosamente la línea, que de cuando en cuando lanzaba fuertes chicotazos en la superficie del agua y allá lejos, como a unos veinte metros, saltó un dorado, para sumergirse de nuevo; el pescador lanzó al viento otro sapukay, mientras tiraba y tiraba con más entusiasmo, para traer a su bote el tremendo dorado; pero éste, lejos de obedecer a los ti-

rón, repetía sus saltos, cada vez más espectaculares; a medida que se arrimaba al bote.

Hubo un momento que casi se escapó, pues el pescador resbaló y rodó; el bote bailó por las sacudidas, pero el pescador reaccionó; lanzó otro sapukay y, tirando con furia de la línea, logró sacar un hermoso dorado de diez kilos, que al quedar en el bote saltó inútilmente, en forma desesperada y trágica, para escaparse del terrible anzuelo que en mal momento mordió, cuando pensaba tragarse una buena carnada.

Una gran pitada llamó mi atención. Por el centro del canal, frente a la usina, apareció navegando, aguas arriba majestuosamente, el Washington procedente de Buenos Aires... ¡¡El Washington...!!

¡¡Qué de recuerdos me trajo a mi memoria!! En él vine aguas arriba, cuando hice mi primer viaje de Buenos Aires a Asunción del Paraguay.

Cómo han pasado los años, con su cabalgata desenfrenada e incontenible. Y cómo ha cambiado Corrientes. En aquel entonces, sus calles estaban adoquinadas de piedra; desde el puerto, salían los tranvías eléctricos, unos al hipódromo, otros a la estación y otros al Parque Mitre.

Hoy, esos tranvías ya no existen. Las calles están asfaltadas y una red de ómnibus circula en todas las direcciones, por la ciudad y pueblos circunvecinos.

La hermosa avenida Costanera, donde estoy actualmente, tampoco existía, ni tampoco el grandioso y pétreo murallón; en su lugar había una cadena de toscas, con sus cuevas y sus barrancas, donde los estudiantes del Colegio San Martín se ocultaban para hacer la rabona y donde el célebre Rivota les enseñaba por unos centavos lo que no aprendían con los profesores en el colegio...

Mis pensamientos se agolpaban en forma desordenada; y por más que los quería evitar, ellos, con una porfía tenaz, me atenazaban el cerebro, sin darle tregua.

Aquel viaje, para mí tan melancólico, fue mi última aventura de trotamundos, mi última locura quijotesca, quedando «anclado» para siempre en Corrientes.

Un griterío descomunal me arrancó de mis pensamientos; me di media vuelta para observar de dónde venían esos gritos y enseguida me di cuenta de que salían de la plaza Mayo.

Dejé la Costanera y subí por la barranca de la calle Buenos Aires. Al enfrentarme con la plaza Mayo, me encontré con un espectáculo grandioso y emocionante; en torno del monumento del Gral. San Martín, miles de almas blancas rendían homenaje al inmortal libertador en el centenario de su muerte.

Allí estaba el magisterio correntino, con sus blancos delantales; las autoridades provinciales; el ejército y un numeroso público; muchas banderas y estandartes; y, finalmente, la Banda de la Policía.

Aquel cuadro de blancura y de pureza, rodeando el monumento, parecía una gran bandada de palomas, revoloteando en torno de San Martín para darle un marco majestuoso y sublime.

De pronto, la banda preludió los primeros acordes del Himno Nacional Argentino. Hubo un silencio solemne y miles de voces entonaron la canción patriótica:

Oíd mortales el grito sagrado:

¡Libertad, Libertad, Libertad!

El coro subía a las alturas, llenando el espacio de armonías; por un momento, hasta me pareció que las «almas blancas» alzaban un vuelo majestuoso y celeste, como en canto del Himno. ¿Fue una ilusión o un espejismo?

No podría explicármelo.

En un grupo de maestras vi a mi hija Noemí, y su presencia me emocionó profundamente. Si mi hija rendía homenaje a San Martín, ¿por qué no le había de rendírselo yo también? ¿Porque soy español? ¡Y eso qué importa!

Tengo más años de América que de España y sabe Dios si volveré a la Madre Patria.

El coro terminó y una gran ovación rubricó el solemne canto. Me aproximé a mi hija y nos fuimos a casa. El acto había terminado, pero la emoción profunda quedó anidada en mi pecho y, al llegar a mi casa, me encerré en el escritorio y compuse estos versos:

Mi ofrenda al glorioso abuelo

Soy un poeta chicuelo
para cantar cosas grandes,
y ante vos, «glorioso abuelo»
voy a remontar el vuelo
como el cóndor de los Andes
cruzando el azul del cielo.

Y, al escalar las montañas
de inmarcesibles alturas,
 llenas de fe mis entrañas,
cantar las grandes hazañas,
de tus múltiples campañas,
ebrio de Amor y Ventura.

¡Oh, qué pretensión ilusa!
¡Imposible esta altivez!
Soy obrero. Visto blusa
y es mi lema: «sencillez»
¿Cómo exigir a mi musa,
temblona, humilde y confusa,
cantar tanta esplendidez?

Se oye sonar el clarín,
retumbar el «rataplán»,
del uno al otro confín,
al grito de ¡San Martín!
El valiente paladín
y «Glorioso Capitán».

Y, ante vos, «Glorioso Abuelo»,
hinco mi rodilla al suelo
con fervor de adoración.

Y, en vez de echar un pregón
de antagonismos y enojos,
vengo a ofrecerte de hinojos,
con lágrimas en los ojos
mi más humilde oración.

Nací en la España Gloriosa
bajo un cielo de arrebol,
y, como buen español
debo de decir las cosas

como en la tierra dichosa
de romance, vino y sol.

Coraje, le pido al vino
al romance, inspiración
y al sol, ese astro divino,
brillante sol correntino,
chispitas de relumbrón
y un destello purpurino,
refulgente y diamantino,
para poner con buen tino
«luz y temple» a mi canción.

A esta canción tan sencilla
que brota del corazón,
sin ser una maravilla,
pero ofrece con unción:
timideces, de mi villa,
alegría, de Sevilla,
hidalguía, de Castilla,
y nobleza, de Aragón.

Yo siento, señor, yo siento,
y de veras me lamento,
con todo mi corazón,
no tener, por un momento,
al pie de tu monumento,
la divina inspiración
y el portentoso talento
del insigne Calderón;
y, con gran recogimiento,
reflejar la adoración,
la grandiosa admiración,
que por tu Gloria yo siento...
¡¡Recia estampa de varón!!

¡En fin! Me siento chicuelo,
y ante vos, Glorioso Abuelo,
hinco mi rodilla al suelo
con fervor de adoración...
y así... inclinada mi frente,
muy humilde y reverente...
igual que ante un Dios clemente

Siento en mi pecho y mi mente,
respeto y veneración...
Y de todo corazón
te ofrezco tímidamente
mi más humilde oración.

Corrientes, 17 de agosto de 1950
(Año del Libertador Gral. San Martín).

Vida espiritual

No sólo de pan vive el hombre, dice un refrán, también necesita alimentar el espíritu y el cerebro. Siguiendo al pie de la letra este consejo sabio, yo también busqué mi esparcimiento espiritual; me hicieron socio activo en el «Ateneo de Corrientes»; allí encontré a todos los intelectuales, compartí con ellos momentos hermosos y gratos, y en todas las cenas de camaradería que celebrábamos, en los brindis, hablábamos todos, en verso y prosa. Se armaban bailecitos familiares, muy lindos y animados, y hasta se celebró «Las Fiestas de la Poesía» en el Teatro Vera con un éxito colosal. Yo no tomé parte, porque había demasiados poetas jóvenes que querían lucirse y sólo actué como director de escena interno.

En cierta oportunidad, se les rindió homenaje a los fundadores del «Ateneo»; la señora de la Fuente, la señora de Vargas Peña y los señores Díaz Ulloque, Jesús Cabral y señor Bonastre. Me pidió el secretario, Dr. Billinghursts, algo para esa cena y compuse este romancillo:

Tres troncos y un rosal

Hay tres troncos macanudos,
tres pilares macanudos,
que sostienen un rosal.
Y en el rosal, hay dos rosas,
lozanas y primorosas,
de color primaveral.

Los tres troncos, tres pilotes,
son: Fernando Díaz Ulloque,
Bonastre y Jesús Cabral.

Y las rosas primorosas,
son dos damas hacendosas
del mundo espiritual.

¿No adivinan, comensales,
las dos rosas sin iguales
de este rosal floreciente?
Para dar mejores señas:
Nélida de Vargas Peña
y Sofía de la Fuente.

Este rosal, tan florido
por tres troncos sostenido
en continuo balanceo;
son la base de entereza
que sostiene con firmeza
nuestro querido «Ateneo».

Lucharon del primer día
con constancia y valentía,
con esperanzas y amores.
Y seguirán aún luchando,
porque ya están cosechando
sus frutos de sembradores.

Señores intelectuales:
levantemos los cristales
con cariño fraternal,
y brindemos un saludo:
¡¡Por los troncos espinudos
y las rosas del rosal!!!

También me hice socio protector del Círculo Interamericano, de difusión literaria, manteniendo una correspondencia activa con su directora, la señorita Noemí G. Salas, mujer inteligentísima y cordial, a quien no tengo el honor de conocer más que por correspondencia. Por su intermedio, recibí un tomo de poesías del poeta entrerriano, Dr. Eufemio F. Muñoz, con el título: «Con el caballo de la Rienda». Se trata de poesías camperas, hermosas y sencillas, que me gustaron mucho. Agradecí a Noemí Salas su colaboración desde la ciudad 9 de Julio, provincia de Buenos Aires, y mandé al poeta entrerriano mi opinión sobre sus versos, en una dedicatoria que inserté en un libro que le mandé a su pedido:

Dedicatoria

A don Eufemio Muñoz
Doctor, Poeta y Paisano,
que canta el campo entrerriano
tierno, humano,
o muy feroz,
con su metálica voz
y las riendas en la mano.

Gaucho puro y payador,
ebrio de dicha y ternura,
se extasía con dulzura
y ensalza henchido de amor...
La sin igual hermosura
del color
y la finura
con que adornan la Natura
los «Espinillos» en flor.

Abarcan su poesía
llena de brisas y aroma,
todo cuanto al campo asoma
en frenética porfía.
El pingo, la noche, el día,
el río, el valle, la loma,
coraje, amor, cobardía,
yerra, doma,
algarabía,
el dolor y la alegría,
chocar de lanzas bravías
y arrullos de la paloma.

Desde confín a confín,
todo es sencillo para él,
desde la gota de miel,
al glorioso San Martín.
Arrebatos de clarín
surgen del bravo Montiel
atropellando en tropel
desde el principio hasta el fin.
Todo es sencillo para él
y bajo un cielo de esplín

canta fiel
sin retintín
desde el Gualeguay cruel,
al humilde Macachín.

Quizás peque de arrogante
mandando en retribución
«La vida de un inmigrante».
Librito insignificante
fruto de mi inspiración.
Fue escrito con ilusión
sin pretensión,
sin desplantes...
Pero allí, están palpitantes:
¡¡¡Mi alma... Mi corazón!!

El poeta de Goya, Prof. Dr. Rafael Díaz Colodrero, me mandó dos hermosas poesías, una dedicada a su señora madre; y la otra a su señor padre.

Me gustaron tanto que le compuse lo siguiente:

Al Padre Colodrero

Al Pbro. Dr. Rafael Díaz Colodrero, Goya, en prueba de gratitud por envío de dos bellas poesías suyas.

¡Salud, poeta y hermano,
del cantar hondo y humano,
lleno de risas y rosas,
como las vegas frondosas
del fértil suelo goyano!

Poeta: Tengo delante
vuestras bellas poesías
que me mandasteis galante:
¡par de poemas brillantes!
¡dos prodigios de armonías!

Ante el verso a vuestro padre
profunda emoción sentí,
luego leí y releí
el «desde junto a mi madre»,
y otra vez me conmoví.

Vuestra pluma es primorosa,
y brota la poesía
radiante, maravillosa,
igual que brota la rosa
dentro de la selva umbría.

Elévase hacia la altura
uestro canto de cristal,
de transparencia y frescura,
como el agua limpia y pura
que brota del manantial.

Vuestra pluma sal derrama,
gracia, lirismo y amor,
como pájaro cantor
que salta de rama en rama
picando de flor en flor.

Vuestra pluma prodigiosa
evocó mi tierna infancia,
¡esa edad tan deliciosa
que es toda color de rosa...
canto, flor, luz y fragancia!

Y yo, que soy campesino,
y que anduve siempre errante
por triste y largo camino
lo mismo que un peregrino
con mi alforja de inmigrante;

me he detenido un instante,
palpitante de emoción,
para oír vuestra canción
tan prodigiosa y radiante
que me llegó al corazón.

Y no pude asistir,
y empuñé mi pobre pluma
dispuesto para escribir,
agradecer y cumplir;
porque el silencio me abruma.

¡Gracias, Padre Colodrero!
Por vuestra galantería!
Por vuestra cortesanía,

os mando ilustre trovero,
esta pobre poesía.

El poeta goyano, Presbítero Doctor Rafael Díaz Colodrero, me retribuyó atenciones, dedicándome la siguiente poesía:

Aflorar la gratitud

Al señor Santiago Gastón, de corazón dedico estos versos.

Goya, 30/XI/1955

Por resonancias de tus cuerdas ¡Vate!
Que en honor mío, desprendiste otrora,
la gratitud que en mis adentros late,
hoy, jubilante, a mi cantar aflora.

¡Ah, qué primores, va tu musa amiga
dejando al vuelo, en su redor dispersos!
¡Bien quisieran limosna de una amiga
de esa tu sal, ritmos de mis versos.

Pero es fuerza te pida que persones.
Ser pobre, por demás, la musa mía
que apenas sí latir es de emociones
y mero cabrilleo de alegría.

Vivir entre dulzuras, es tu clima.
Libar de flor en flor, a fuer de abeja,
y hacer del rico néctar de la rima
miel que embriagueces en el alma deja.

¡Que sigas prodigándonos cantares!
¡Que en edén y entre flores, siempre vuela!
¡Y que jamás, jamás tus colmenares,
de regalarnos dejen, con sus mieles!

Por resonancias de tus cuerdas ¡Vate!
Que en honor mío, desprendiste otrora,
la gratitud, que en mis entrañas late,
a Dios remonta y por tu dicha implora.

Pbro. Dr. Rafael Díaz Colodrero.

Ante una peregrinación a Itatí, compuse este romance:

Itati

Millares de correntinos
van de a caballo y a pie
por polvorrientos caminos
 llenos de esperanza y fe.

Multitud extraordinaria,
de la raza guaraní
guarda su fe hereditaria,
y hoy, eleva su plegaria;
¡A la Virgen de Itatí!

Surge de pronto un camión
con bramidos de Aquilón
detrás de un ñangapirí...
Y en pos del camión, unidos
en continua confusión,
muchos autos, reunidos,
como en una procesión...

Suenan gritos y alaridos
de entusiasmo y frenesí
y cantares atrevidos...
¿Dónde van tan divertidos?
¡A la Virgen de Itatí!

Por el alto Paraná
lanchas, vapores y botes,
esquivan los camalotes
y jangadas... aquí y allá.
Detrás de un jacarandá,
sobre una plácida loma,
a nuestra vista se asoma
un soberbio chapitel,
chapitel, que es copia fiel
del de «San Pedro» de Roma.
Alza el vuelo una paloma
por el cielo correntino
y en el río cristalino
brilla un sol, color rubí
que encandila a los marinos...
¿Dónde van los peregrinos?
¡A la Virgen de Itatí!

En la espléndida mañana
suena alegría la campana
invitando a la oración
y la inmensa caravana
se entra al templo con unción,
rezan con gran devoción
mujeres, pobres, sencillas,
reluciendo en sus mejillas
brochazos de carmesí
y allí, hincadas de rodillas,
oran con cariño santo
realizando más su encanto
mil primorosas mantillas
de muy fino ñandutí
y, hasta hay en sus ojos llanto
mientras elevan su canto:
¡A la Virgen de Itatí!

Ya mucho antes de clarear
numerosas paraguayas
de anchas blusas y amplias sayas
se ven el río cruzar,
pasan a Itatí a mercar
llenando calles y playas.

Llevan canastas cargadas
de frutas almidonadas:
Mamón, guayaba, andaí,
pomelos, limas sutí,
y entre los dulces y frutas,
estas mujeres astutas
de la raza guaraní...
«Pasan» perfumes, licores,
cigarros embriagadores,
caña con ñangapirí,
miel pura de camoatí,
ricos chipás de almidón,
trenzados de chicharrón
y tejidos ñandutí.
Vendidas las mercancías
las canastas ya vacías,
dejan solas por ahí...

y dando un piadoso ejemplo
se introducen en el templo
con fervor y frenesí...
y rezan sus oraciones
pidiéndole mil perdones:
¡A la Virgen de Itatí!

Canta el río cristalino
su monótona canción,
cesó ya la confusión,
ya no hay polvo en el camino.
Las aves lanzan su trino,
y... ¡empieza la procesión...!!
De las campanas, al son,
sube al cielo diamantino
el murmullo peregrino
del canto y de la oración...
¡Qué fervor, qué frenesí!
Multitud extraordinaria
de la raza guaraní,
sigue con fe hereditaria
elevando hoy su plegaria...
¡A la Virgen de Itatí!

(Segunda parte)
Se va alejando la gente.
Dobra un jinete en la esquina,
llevando en ancas su china
besándola... ¡dulcemente!
Y al igual que esta pareja
el sol nos besa y se aleja,
hacia el confín... ¡lentamente!

Se va alejando la gente,
igual que una tempestad,
con gritos y algarabías,
disminuye la alegría,
vuelve la tranquilidad.
Regresan los peregrinos
por polvorrientos caminos
hacia el campo y la ciudad...
Sobre el pueblito itatíeno
la noche... tiende su sueño

de paz y serenidad...
Serenidad campesina;
y bajo un cielo estrellado,
quedó el templo abandonado
en su plácida colina...
Serenidad campesina
con tristezas de ciprés,
y el río... canta a sus pies
una canción cristalina.

Año Nuevo, vida nueva

(Versos leídos en una cena de fin de año)

A mis queridos lectores
dedico esta poesía
pues ya se aproxima el día
de «Año Nuevo», sí señores.

A los viejitos, que inquietos
hacia su ocaso caminan
y, no obstante, se reaniman
en presencia de sus nietos,
y les cuentan cuentos extraños
recordando los treinta años
y aventuras ya pasadas.

A las pobres abuelitas
que entre achaques y muletas,
hilan, para hacer calcetas
a sus lindas nietecitas.

A las suegras, que cabreras
por los celos... ¡vicio ruin!
hacen sufrir las de Caín
a sus pobrecitas nueras.

A los suegros, que prolíjos
sienten placer infinito
cuando los llaman «papito»
las esposas de sus hijos.

A los padres, que afanosos,
rendidos de trabajar,

vuelven al tranquilo hogar
donde espera amor y reposo.

A las madres, que con calma
amamantran su criatura
susurrando con dulzura
los poemas de su alma.

A los que, recién casados,
en éxtasis de cariño,
imploran al cielo un niño
con fervor de enamorados.

A las mozas, que por ver
al que se para en la esquina
dejan sucia la cocina
y el comedor sin barrer.

A los mozos, que ilusorios
por ver a su «Simpatía»
sufren de noche y de día
las penas del Purgatorio.

A las que de los quince abriles,
que al ver la hermana mayor,
sueñan un «Primer Amor»
de fantásticos perfiles.

A los que cruzan llorando:
de la mano de su abuela...
¡¡Yo no quiero ir a la escuela!!
Pero... ¡siguen estudiando!

A los niños, revoltosos,
que juegan, riñen y saltan
y a los pájaros exaltan
con sus juegos bulliciosos.

Y por fin... al nene tierno,
que con el hambre se agita
y oculta su cabecita
en el regazo materno.

Yo pido a Dios con fervor
que dé a todos sin medida
tres cosas que hay en la vida:
¡¡Salud, Dinero y Amor!!

Sierras de Córdoba

Todos los años, a las vacaciones, nos vamos mi señora y yo a las Sierras de Córdoba. Nuestro lugar favorito es San Antonio de Arredondo, lugar pintoresco y plácido, para pasar quince días, olvidados de todo, sin más pensamiento que bañarse en las aguas serranas, frescas y transparentes, que descienden entre las rocas, alzando copos de espumas... A la vera del camino asfaltado está la pintoresca «Hostería San Pedro»; allí nos ubicamos y descansamos lo más lindo.

Pues bien; una mañana hermosa de verano, nos dirigíamos mi señora y yo al río para nuestro baño matutino y detrás de un peñasco sorprendimos a una parejita, abrazados y fundiendo sus almas en un beso pasional.

Nos apartamos prudentemente y dejamos a los enamorados gozando su idilio... ¡No hay que estorbar al amor! Así le dije a mi vieja, al acostarnos en el centro del río «San Antonio», cuya profundidad no pasaba de los 80 centímetros. Mi señora y yo hemos vivido la vida muy intensamente, hemos pasado por todo, lo bueno y lo malo, y, por consiguiente, miramos estas escenas de la juventud enamorada con la mayor tranquilidad, como cosa natural y lógica.

Aquella escena de amor no tenía para mí ninguna importancia, era una parejita más; no obstante, al día siguiente, me sentí sacudido por una emoción tan profunda como pocas veces sentí en mi vida.

Serían más o menos las diez de la mañana, andaba por lo alto de un cerro buscando peperina, para llevar a Corrientes; cuando me encontré con el joven enamorado del día anterior. Nos saludamos cordialmente y empezamos a conversar de cosas, del paisaje, del ambiente, del turismo, etc., etc.

De pronto, aquel muchacho me miró sonriente y exclamó:

—Le estoy muy agradecido señor, por su acto de ayer, cuando estaba con mi novia.

—Vea, chamigo—, le contesté. A mis años, puedo mirar todo eso con la mayor naturalidad... Así que no tiene por qué darme las gracias.

—¿Es usted correntino?

—Soy español, vivo en Corrientes.

—Me di cuenta, porque me llamó «chamigo». En la marina, hay muchos correntinos.

—¿Es usted marinero?

—Sí, señor. Estoy con licencia y vine a pasar unos días con la familia de mi futura; dentro de poco tiempo nos vamos a casar... ¿Nos sentamos?

—¡Cómo no! Podemos sentarnos y conversar, si usted gusta, largo y tendido.

Nos sentamos, observamos el hermoso paisaje de las sierras, el día y el camino que serpenteaban el valle y hablamos extensamente de nuestras vidas. Aquel muchacho tenía muchas ganas de comunicarse conmigo y me contó que había estado de servicio en el «Cervantes», que los agarró la Revolución Libertadora en lo más recio de la batalla; que tuvieron que buscar refugio en Montevideo para curar los muchos heridos de abordo; que él también estuvo herido, pero no de gravedad; que al desembarcar en Montevideo, las familias más ricas y más distinguidas uruguayas se disputaban los heridos, para llevarlos a sus casas y atenderlos, como si fueran hijos propios; que a él lo llevaron a una casa distinguida y que lo atendían tan bien, que hasta le daba vergüenza de verse tratado «a cuerpo de rey»; que la familia de él, en Córdoba, no sabían si vivía o había muerto; que una vez que todo pasó, fueron repatriados todos los enfermos a la Argentina; que la despedida del pueblo uruguayo fue profundamente emocionante y angustiosa; en todos los ojos había lágrimas; nos daban flores, cigarrillos, ¡hasta nos besaban las mujeres! Créanos señor, que aquello era tan grandioso que me resulta indescriptible.

Cuando llegué a Córdoba (ya había telegrafiado antes a mi familia), lo primero que vi fue la cara de mi madre; corrí a ella y me la comí a besos... Ni ella, ni yo, no nos dijimos nada; nos besábamos y llorábamos, muchas veces, muchísimas veces... Después, ya más tranquilo, pensé en mi novia y pedí a mis padres permiso para venir a verla; me lo concedieron, nada me negaban... Tomé un auto, era ya alta noche; en el cielo, salpicado de estrellas, vi resplandecer el «Lucero del Alba», ese mismo lucero, que vi muchas noches, en alta mar... El auto corría veloz; sin embargo, a mí me parecía que no se movía, era yo el que ansiaba volar... por fin llegué... y le canté

una canción al pie de la ventana. Créame señor, en ese momento empezó a rayar el alba y yo no sabía quien brillaba más; si la luz del alba o la luz de sus ojos en la ventana.

Aquel marinero se calló; bajamos por el cerro hasta el valle y nos despedimos... Cuando llegué a la hostería, mi esposa estaba en el río, con las amigas de vacaciones; me encerré en mi pieza y recordando el relato del marinero «me sentí poeta» y compuse esta «alborada»:

Lucero del Alba

Lucero del Alba que anuncias el día,
en la lejanía... de mi cielo azul...

Lucero del Alba, que has sido mi guía,
¡Sé mi compañía,
alúmbrame tú!

Yo soy un marino, que cruzó los mares,
con muchos pesares
y mucha inquietud...

Y elevó plegarias, en las noches bellas,
a las cuatro estrellas
de la Cruz del Sur.

Hoy, vuelvo a mis pagos, siguiendo una estrella,
que alumbra mi huella
con su resplandor.

Y al fin de esta ruta, me espera anhelante,
la novia constante
que me brinda amor.

Niña de mis sueños; luz de la mañana;
abre tu ventana
divina mujer.

Que aquí espera ansioso, este navegante,
loco y palpitante
de tanto querer.

Ya abrió su ventana, mi dulce consuelo.
Su cara es el cielo
que empieza a brillar.

Sus ojos parecen dos astros lejanos,
y al besar sus manos,
me pongo a temblar.

Lucero del Alba, que fuiste mi guía
en la lejanía
de mi cielo azul...

Ya tengo dos guías, en esta mañana:
ella, en su ventana;
y en el cielo... ¡¡tú!!

Esa misma tarde, cuando después de la siesta, nos fuimos al río a refrescarnos un poco; vi a los enamorados, detrás del peñasco. Me aproximé silbando, para que me oyieran, y les entregué en un sobre cerrado los versos que ellos mismos me inspiraron y me alejé, sin mediar palabra alguna.

Parece que les gustaron a los dos, porque esa misma noche vinieron a la hostería a darmes las gracias y nos ofrecieron su casa y nos suplicaron que los honráramos con nuestra presencia el día de su enlace.

Los quince días se habían pasado volando y nos fuimos a Córdoba para arreglar los pasajes y regresar a Corrientes. ¡Otro año de lucha y trabajo!

En la ciudad de Córdoba nos encontramos con mi viejo amigo y compañero Esteban Domingo: tan viejo como yo, pero sin pelos blancos en la cabeza; yo, en cambio, la tengo blanca como la nieve; me puse a observarlo detenidamente para ver si se teñía, pero sólo encontré canas en las sienes.

Era ya padre de cuatro hijos y abuelo de tres nietos; lo encontré en plenitud de sus actividades comerciales, con una fábrica de galletitas y caramelos, en el barrio de «San Vicente», llamada «La Campana», con la firma social Esteban Domingo y Cía.

Nos presentó su Sra., doña Violeta; a su socio, Antonio Mur, a la Sra. doña Carola y sus dos hijos; más otro socio que no recuerdo su apellido, porque era más largo que una Cuaresma y tenía muchas letras.

Ese socio lleva la contabilidad; Mur se encarga de las máquinas; y Domingo, de la producción.

Con nuestra llegada, se enloqueció de alegría Domingo y reunió en su casa a los socios y familias, y se armó una fiesta familiar tan espléndida que hasta bailamos la jota aragonesa, viejos y jóvenes; pero la que se llevó la palma fue la hija del matrimonio Mur, Merceditas; que bailó unos bailes españoles, repiqueteando maravillosamente las castañuelas y desparramando sal y pimienta con sus taconeos y movimientos gitanos, llenos de chispas y de gracia torera.

Al día siguiente, al lucir la aurora, ya salimos rumbo a Santa Fe, por el camino de San Francisco. Las vacaciones fueron hermosísimas.

¡¡Abuelitos!!

Ya está por terminarse el año 1956. En el 57 tendremos novedades en abundancia, si Dios quiere. Ya dije anteriormente que mi hija se casó con el joven correntino Raúl López y recién ahora, nos van a hacer «abuelitos».

Mi sobrina la «Chola», profesora de Matemáticas, que actúa en el Magisterio, también se casó con otro correntino, Abel Llano. Tienen ya un nene y una nena, y esperan el tercero; y por fin, mi sobrino Óscar, el estudiante de ingeniero eléctrico mecánico, en la ciudad de Córdoba, se casó tan pronto se recibió de ingeniero con la simpática cordobesita Kiti Demaría; como se ve, fue a Córdoba a estudiar, se recibió en Córdoba, se enamoró de una cordobesa, se casó en Córdoba, trabaja en Córdoba y vive en Córdoba. ¡¡Todo en Córdoba!! Es un fenómeno lo que pasa con los estudiantes en Córdoba, el 99 % se quedan anclados allá.

Pues bien, días pasados le escribió a la madre una carta muy amorosa, diciéndole, «que ya tenían novedad». Como puede ver el lector, el árbol genealógico de mi familia crece muy exuberante; cada vez sus ramas son más frondosas; cada vez sus raíces son más profundas. ¡Imposible arrancarlo ya! Un árbol joven sí puede arrancarse y trasplantarse a otro terreno, un árbol viejo y frondoso, no. Arrancarlo, es matarlo, hay que dejarlo en su terreno propio, donde ha dado sus flores y sus frutos.

Cuando mi cuñada Guadalupe recibió la carta, se puso a gritar de contenta: ¡Los tórtolos cordobeses, me hacen de nuevo «Abuelita»!

Me sentí de nuevo poeta y les mandé este romance:

A los tórtolos cordobeses, Óscar y Kiti

Queridísimos sobrinos:
Doña Guadalupe Aznar
de Gastón, ha recibido
la carta sensacional
donde le contáis gozosos;
«Que ya tenéis novedad».

Tengo la carta a la vista
y os la voy a contestar
siguiendo punto por punto
vuestra «Odisea» sin par;
pero, como soy poeta,
la voy a versificar.

Tan pronto leyó la carta,
Guadalupe echó a gritar:
¡Soy una abuela feliz,
soy abuela otra vez más,
los tórtolos cordobeses,
me dicen que: «Hay novedad»!

Por lo que dice la carta
me acabo yo de enterar,
que la Kiti se halla en cinta,
«por una casualidad».
Que sentía unos mareos,
que rompía a suspirar,
que no tenía apetito
y quería vomitar.

Que fueron a ver al médico
para ver, si está o no está,
que el doctor, les dijo: esperen,
parece que hay algo acá
pero para estar seguros
lo vamos a analizar...
Y el sapito, dijo: ...¡¡sí!!
Y aquí se armó el guirigay.

Regresaron a casita
 llenos de amor y ansiedad;
 La «mamita», avergonzada,

el «papito», abatatao
y las «abuelitas»... ¡chochas!
¡Rompieron a lagrimear!
¡Qué cuadro, vágame Dios!
¡Es un cuadro «familiar»!

Los llamado telefónicos
no hacían más que sonar...
Preguntas, consejos, plácemes,
besos vienen, besos van.

Abrazos por todas partes
y en toda la vecindad
se alborotó el gallinero
lo mismo que un huracán.
¡Muchas felicitaciones,
pero todo, a la mamá!

Y a Óscar, ¡que lo parta un rayo!
Llorando y rabiando está
porque ninguno se acuerda
del pobrecito papá.

¡¡Pedazo de mancarrón!!
¿Quieres más felicidad?
¡Ponte en el lugar de Kiti
y convírtete en mamá!
Te ganarás el gran premio
y te felicitarán.

La Ñata está redondita,
el Tambor de Rataplán
cada vez, está más grande
y a quien le quiere escuchar
le dice con entusiasmo
que no hace más que saltar
y que saldrá jugador
por la forma de patear.
Espera para febrero
poco menos, poco más,
las fechas, no son muy fijas
en su contabilidad.
Y Raúl, anda pensando
cómo lo van a llamar.

Ayer, nos decía Abel:
«La Chola, también está»
Así que el cincuenta y siente
según yo puedo observar
los López, Gastón y Llano,
se van a multiplicar.
Chola dice que es mentira,
Abel dice que es verdad
y yo digo: tiempo al tiempo,
lo que sea se verá.
Esperemos que aparezca
el Tambor de Rataplán
y entonces, constataremos
si es mentira o es verdad.

¡¡Adelante muchachada!!
Hagan purretes no más,
echen nietitos al mundo
porque los viejos se van,
y las familias se achican,
pero eso no pasará
mientras haya buenas mozas
que tengan un buen galán.
¡Métanle duro y parejo!
Porque los viejos se van
y si no vienen nietitos
se acaba la Humanidad.
¡Adelante muchachadas!

¡Hagan purretes no más!
Que vengan muchos Tambores
repicando el Rataplán
para agrandar las familias
porque los viejos se van...
Y siempre fueron los niños,
¡¡La Alegría del Hogar!!

Todo vino bien, gracias a Dios; la primera en dar a luz, fue la «Ñatita», que tuvo un hermoso nene, al que llamaron Raúl Santiago, como padre y el abuelo... Después, la «Chola», tenía antes un nene, Daniel Esteban, y una nena, Cristina Inés, y dio a luz un lindo nene, al que llamaron Guillermo Eduardo.

Y por fin, la Kiti, que dio a luz una preciosura de nena (según nos dicen), a la que pusieron el nombre María Alejandra, nombre que ya tenían pensado desde mucho antes de nacer; lo que sí no pensaron ni remotamente que le ponían los nombres de los bisabuelos paternos, porque a lo mejor, ninguno de los dos sabía que mis finados padres se llamaban María y Alejandro... ¿Fue una casualidad? Si fue así, yo bendigo tan feliz casualidad.

Epílogo

Ha llegado el día de mi cumpleaños, 25 de julio de 1957, en este día he cumplido ya 71 años. En «El Ebro» no me dejaron trabajar esta mañana. Me echaron cariñosamente de casa. Me fui caminando hasta el Parque Mitre, lo mismo que el primer día que llegué a Corrientes, cuando por vez primera rumbeaba en el río Paraná, de Buenos Aires a Asunción.

Estoy contemplando el majestuoso río. Desde hace mucho tiempo acaricio la idea de cantarlo en un poema; pero no me animo, porque lo considero demasiado grande para mi pluma, para mi pobre pluma; pero hoy, que lo miro y remiro, siento tentaciones irresistibles de decirle algo.

Busco papel y lápiz en mis bolsillos y no encuentro nada. Como si este inconveniente fuese un estímulo, me he acercado a un almacén del barrio y he comprado un lápiz y un cuaderno escolar. Me he sentado al pie de la estatua de Mitre, me he puesto a borrarne cuartillas y me he entusiasmado en tal forma que voy a reproducir aquí lo que hice el día de mi cumpleaños:

Mi poema al río Paraná

Evocaré mis tiempos ya pasados
de humildad y pobreza,
para hilvanar mis mal trazados versos
y recordar mis aventuras viejas.

Hoy que ya soy viejo y que ya tengo
nieve en mi cabeza,
encenderé la luz del pensamiento
y que broten radiantes mis ideas.

Nací en el ochenta y seis, di vuelta al siglo
vine el seis a América
y al verme libre, me hice trotamundos
recorriendo esas Pampas tan inmensas.

Yo arranqué caldenes, planté alambrados
y levanté cosechas,
y entre palas, horquillas, postes y hachas,
anduve cinchando por estas tierras.

Gocé las inefables alboradas
apechugué tormentas
y lloré, en tristes atardeceres,
nostalgias de mi hogar y de mi aldea.

Yo trepé a los furgones como un gato,
con singular destreza,
provocando la furia de los guardas,
al tirar por delante la linyera.

También recorrió todas esas Pampas,
tan grandes y tan bellas...
Donde se juntan horizonte y cielo,
lo mismo que en el mar, en rueda inmensa.

También trabajé en las grandes ciudades
con máquinas modernas,
aguantando gritos de capataces
e insultos de patrones sin conciencia.

Ese fue el Calvario de mi vida
una lucha sin tregua.
Donde explotan al hombre por el hombre,
confundiendo al ser humano, con la bestia.

Sin trabajo

Era el mil novecientos veinticinco
una crisis intensa
retuvo a muchos hombres sin trabajo,
en lucha sin igual con la miseria.

Me hallaba sin trabajo en Buenos Aires,
la ciudad turbulenta,

donde todos circulaban sin hablarse
con olímpica y hostil indiferencia.

Yo buscaba trabajo inútilmente,
por cantones, agencias,
por amigos, sindicatos y avisos
en los diarios, La Nación y La Prensa.

Hasta que un día, me dije:.... ¡¡Basta!!
¡Se acabó mi paciencia!
Me voy a respirar las auras puras,
buscando nuevos rumbos y otras tierras.

Y aburrido de tanto no hacer nada,
agarré las maletas...
Salí de Buenos Aires, rumbo al Norte,
con un boleto de «ida sin vuelta».

Aguas arriba

El caudaloso río Paraná,
surqué por vez primera,
con rumbo a Asunción del Paraguay,
en pos de una ilusión o una quimera.

Fui aguas arriba, aguas arriba,
aguas turbias e inquietas
que arrastran islas de camalotes
donde viajan víboras de las selvas.

O algún tigre, que quedó tumbado
en la verde ribera
y durmióse al mecerse dulcemente
bajo ese sol, que acaricia y quema.

Río Paraná, de abundantes curvas,
que parecen caderas
de indias vírgenes, del Guairá silvestre.
Como dice el cantar de la leyenda.

Río Paraná, ancho y majestuoso,
gran ruta naviera,
línea de lujosos transatlánticos
que van y vienen, en veloz carrera.

Río tormentoso, a veces, plácido,
riquísmo de pesca,
de dorados, salmones y pacús
y enormes surubís, como terneras.

Río Paraná, de gran correntada,
por su canal, trayectan
vapores cargados hasta los topes
y jangadas de maderas misioneras.

Río Paraná, cuando estés tranquilo,
tus aguas nos reflejan
los exuberantes bosques norteños,
tan ricos en color, luz y belleza.

Sobre tus barrancas, de abruptas toscas,
nos saludan las selvas,
y traen las auras, esencias fuertes
de limón, guayabos, naranjo y ceibas.

Hoy, te veo, indolente y manso
y en tu cristal, reflejas
blancos crespones de unas nubecillas
que parecen palomas mensajeras.

Miro en tus aguas, el celeste espacio
y en sus idas y vueltas
las nubes blancas rizan y tremolan...
y cielo y río «forman dos banderas».

Pero si creces, saltas las barrancas,
te enfureces y encrespas
y desbordadas con furia tu cauce
e inundas la ciudad de Barranqueras.

Conviertes las selvas, en un pantano,
arruinas, campos, ranchos y haciendas
y te das el lujo de arrastrar botes
a las mismas calles de Resistencia.

¡¡Ay!! ¡Cuántas cosas quisiera cantarte
en mi pobre poema!
Pero eres tan grande y yo tan chico,
que sólo al mirarte; ¡mi pluma tiembla!

A esta altura, las campanas de las iglesias tocaron las doce campanadas. No podía seguir escribiendo, pues ya en mi casa estarían

reunidos todos los familiares para almorzar juntos; ya al salir, me encargaron las mujeres de la casa:

—¡A las doce en punto, acá; ya sabes que hoy, vienen los hijos y los nietos!

Dejé pues mi poema trunco y me fui a casa rápido; no quería por nada amargar el día de mi cumpleaños con una demora.

Mi entrada fue triunfalmente aplaudida; después de las expansiones cariñosas, los regalitos, las felicitaciones y otras cositas, nos sentamos alrededor de una mesa bien puesta y mejor servida, y brindamos contentos y felices, al vernos reunidos; llegaron muchos telegramas de los parientes de Buenos Aires, de Córdoba y otros lugares, y como estábamos bastante «alegres», optamos por ir a dormir una siestita, porque a la noche recibiríamos a nuestras amistades, como todos los años, para seguir la farra completa... Además, yo necesitaba descansar un poco, pegarme un baño y disparar al Parque Mitre, para terminar mi Poema al Río Paraná, el día de mi cumpleaños; para así, poner la palabra «FIN» a la segunda y última parte de mis «memorias».

Así lo hice y a media tarde ya estaba de nuevo al pie del monumento a Mitre, metiéndole duro y parejo a la poesía. ¡¡Allá va el final!!

Puesta de sol sobre el río

Hora crepuscular. Ya el sol poniente
al ocaso se acerca
y al paisaje, con sus rayos dorados
acaricia, ilumina y besa.

Estoy al pie del monumento a Mitre,
su célebre melena,
su chambergo cantor y larga barba,
dice a gritos: ¡¡Fui soldado y poeta!!

Al pie del monumento están paradas,
las cinco prisioneras,
llamadas con cariño, «Las Cautivas»
en el Paraguay, durante la guerra.

Estoicas prisioneras, que al retorno
hicieron la promesa

de postrarse a los pies de la Virgen
para elevar su gratitud inmensa.

Y después de rezar sus oraciones
«recién», pudieron verlas,
andrajosas, flaquísimas, llorosas...
y cubiertas de harapos y arpillerías.

Todito Corrientes, presente estuvo
ese día en la iglesia,
orando a la Virgen de las Mercedes
por el triste retorno de las viejas.

Lleváronse cinco, volvieron cuatro,
una quedó en la selva...
las mismas compañeras la enterraron
ante la angustia y soledad inmensa.

Amortajaron sus restos con una
sacrosanta bandera,
la enseña azul y blanca que izaban
en el mástil, los domingos y fiestas.

Todito Corrientes presente estuvo,
ese día en la iglesia.

Orando a la Virgen de las Mercedes
por el eterno descanso de la muerta.

Hermanos, hijos, nietos y parientes
las abrazan y besan.

En todos los ojos brillan lágrimas,
y en todos los pechos, anidan penas.

Miro el sol en el poniente, pálido,
sus rayos centellean,
su estela se refleja sobre el río
y rompo a llorar, sin darme cuenta.

Yo bien sé, que en plazo perentorio
terminarán mis penas
y que pronto daré el trágico tumbo,
como res, que al abismo se despeña.

Pero, yo estoy tranquilo, muy tranquilo,
pues no dejo problemas
y al llegar «La Dama de la Guadaña»
diré risueño: ¡Bienvenida seas!

La noche, avanza paulatinamente;
por la costa chaqueña,
sólo se vislumbra llanura y bosque,
dibujando una curva, larga y negra.

El río corre, corre, siempre corre.
Su corriente frenética
nos marca el ritmo de implacable tiempo
cual si fuese el reloj de la existencia.

Río: yo sé que volverás un día
en nubes pasajeras,
convirtiéndote en lluvia torrencial,
agua que a los campos fecunda y riega.

También, yo sé que no volveré nunca
a cantar tus bellezas,
tus bellezas, hermosas e infinitas...
¡Oh, Dios mío, quién cantarlas pudiera!

Hoy te doy ¡oh, río! mi adiós postrero
sintiéndome Poeta
y cantándote aquí, sobre tus toscas,
con mucho amor y poca inteligencia.

El sol se ha puesto por detrás del Chaco.
Avanza las tinieblas,
la noche tiende su enlutado manto...
y estoy llorando. ¡¡Porque soy Poeta!!

Sueño dorado

Cierro los ojos, para ver soñando
y a mis oídos llegan
rumores de remos y barcarolas,
mientras cruzan hispanas carabelas.

Yo las siento, impulsadas por el viento,
que infla veloz, las izadas velas,
desafiando tempestades de odio
y abriendo rumbos en ríos y selvas.

Y veo los pendones de Castilla
que bajo el sólo flamean
y vienen oleajes de bravura

barriendo camalotes y hojas secas,
que llegan a morir sobre las playas
hallando blando lecho en sus arenas.

Y allá van las naves, aguas arriba,
dejando en pos luminosa estela.
¿Dónde van...? ¿Qué buscan...? ¿Qué persiguen?
¿ORO, AMOR o GRANDEZAS?

Todo eso buscan y sólo alcanzan:
¡¡SOLEDAD, AMARGURAS Y QUIMERAS!!
Sólo hallan selvas exuberantes
de salvaje y virginal belleza
y de sus cóncavos, salen chillidos,
que ignoran si son de hombre o fiera.

A medida que avanzan, río arriba,
piraguas de una pieza,
cruzan fugitivas ambas márgenes
lanzando a los vientos gritos de guerra.

Y las brisas tropicales, repiten
murmullos de la selva.
Trinos de tordos, calandrias y zorzales,
armonías muy dulces y dispersas
que llenan el ambiente de gorjeos
y a los bravos marinos embelesan.

Cantos de la selva, salvaje y virgen,
con rugidos de fieras,
silbidos de serpientes venenosas,
alaridos de júbilo y peleas,
mezcla de amor, misterio y muerte,
danzas frenéticas, fulgor de hogueras,
armonía del bosque, salvaje y dulce,
que encanta, espanta, atrae y aterra.
Los indios de la raza guaraní,
los hijos de la selva,
miran con asombro aquella piragua,
tan grande, tan audaz y tan soberbia.
Y corren a anunciar a su cacique,
tan extraña e insólita presencia.

Sus gritos estremecen el espacio,
confunden cielo y tierra

quedando palpitantes en el viento
y el viento norte los impulsa y lleva.

El río acoge a los navegantes
y en su cauce, éstos encuentran
aguas dulces y sabrosos pescados.
¡¡Inagotable caudal de riquezas!!

Los indios guaraníes, les dan «CHIPA»
que llaman, «PAN DE AMÉRICA»,
y ofertan exquisitas frutas raras
y ofrecen «AMISTAD», en vez de «GUERRA».
La santa cruz cristiana atrae al indio
y se envainan las espadas guerreras.

Las dos razas se entienden y armonizan,
se enlazan y entreveran
y nacen nuevos niños de esa crusa,
formando numerosa raza nueva.
Una mezcla de español y de indio
que puebla campos, ríos y selvas.

Los senos de las indias amamantan,
los blancos niños de la nueva mezcla
y entonan en su idioma guaraní¹
canciones de cuna, dulces y tiernas.

Los padres misioneros santifican
las cabecitas tiernas
bautizando a estos tiernos infantes
para entrar, en la Santa Madre Iglesia,
con el agua bendita del Paraná
convertido en el Jordán de América.

Los nuevos niños, de ojos azules,
extraña luz reflejan
y esa luz brilla como nueva Aurora
que ilumina y sonríe CIELO Y TIERRA
y cantan los pájaros nuevos trinos
cual nuevo Himno a la raza nueva.

Compiten con calandrias y zorzales,
tordos de plumas negras
y trinan más alegres los crispines
y hasta el carau no llora más. ¡Gorjea!

La Santa Cruz, hizo este milagro
y nuestra Madre Iglesia
elevó espirales de santo incienso
y unió con sus plegarias, cielo y tierra
y fueron más azules, las auroras
y brillaron mucho más, las estrellas.

Indios y gauchos, cual nuevos centauros,
en su veloz carrera
cruzaron las llanuras virginales
cuidando en las estancias, las haciendas
y con largas cortinas de alambrados,
dividieron las Pampas en parcelas.

Derribaron quebrachos centenarios
las hachas europeas,
se abrieron pozos, plantáronse horcones,
que sostuvieron las gruesas cumbres
y blancos penachos de paja brava
cubrieron techos de casitas nuevas.

«Crisol de razas» han llamado muchos,
a esta raza nueva,
que sembró los campos y alzó ciudades
e implantó en las estancias, haciendas.
¡Raza criolla! Que exportó carne y trigo
llenando hasta los topes las bodegas,
alimentando pueblos europeos
que exclaman alegres: ¡¡Sud América!!

Realidad

Abro los ojos, para ver si es cierto
lo que soñando viera...
y observo el Paraná, con gran cariño
y contemplo sus aguas, siempre inquietas.
Miro los barcos, las chatas y balsas
transportando los frutos de esta tierra
y cruza un paquete con pasajeros
de turismo a las tierras misioneras.

Van ansiosos, de ver las «Cataratas»
la maravilla eterna

que se lanza impetuosa en el abismo
alzando nubes de oro, luz y perlas,
dibujando sempiterno arco iris
con los rayos del sol, que centellean.

Rugido que repite al infinito
su indomable potencia.

Mariposas, que traslucen mil colores
y frente a las cascadas jueguetean.

Espumas y murmullos saltarines
en danzas caprichosas y estupendas,
haciendo ver la pequeñez del hombre
delante de tan gran magnificencia.

Armonía de luz y de colores
de sin igual belleza,
fantástico paisaje misionero,
canto de amor sublime de la selva.
Yo te proclamo en mis humildes versos:
¡¡Orgullo y galardón de Sud América!!

¡¡Gloria, Albar Núñez, Cabeza de Vaca!!
Tú, por vez primera,
contemplaste extasiado, este prodigo
maravilloso de belleza eterna
que al verlo, exclaman, los turistas todos:
¡¡Orgullo y galardón de Sud América!!

Ingenieros argentinos, oídme:
¡¡Domad esa potencia!!
Construid en lo alto de la roca
un grueso muro de cemento y piedra
que frente la corriente incontenible,
en una grande y colosal represa,
embutiendo la potencia hidráulica
en una tubería gigantesca
que baje vertical a las turbinas
y salga transformada, en «Luz» y «Fuerza».

Y así llevarás en tu cauce, ¡oh, río!
La sin igual riqueza:
Oro Blanco... El algodón chaqueño.
Oro Negro... Tanino de las selvas.
Oro Rubio... Naranjas correntinas.

Oro Verde... La yerba misionera
y la luz eléctrica de Iguazú.
Sol que ilumina ciudades y aldeas.

Noches correntinas

Ha tendido la noche ya su manto.
Me envuelven las tinieblas.
Por el lado del Chaco, se dibuja
una gran curva, prolongada y negra...
En cambio, por las costas correntinas,
toscas, barrancas y plácidas laderas,
tupidas de capachos florecidos,
dan: colores, perfumes y bellezas.

A lo largo de esta costa rocosa
un murallón de piedra
frena la corriente y sostiene firme
una hermosa avenida costanera.

Miles de luces brillan en el río,
como un collar de estrellas
y atraviesan en continuo movimiento
barcos y lanchas, de aquí a Barranqueras.

Una brisa sutil, embalsamada
de fragantes esencias,
impregna el ambiente de perfumes
y en las olas rizadas, jueguea.

Miro el poniente y en sus negras sombras,
cruzan las luciérnagas,
iluminando estelas fugitivas
que se internan veloces en la selva.

Embrujo de las noches correntinas
fantásticas y bellas
que entrelazan los murmullos de río
con los dulces cantares de estas tierras.

En medio del silencio majestuoso,
un alarido suena
que sube por los aires, agudísimo,
estremeciendo almas y conciencias.

Es el sapukay bravío correntino,
un grito, que refleja
desafío, entusiasmo, furia, ruego,
Amor, Angustia, Alegría y Guerra.

Es el grito del malón Guaycurú,
que en trágica carrera,
atropella en tropel chacras y estancias
y se hace dueño de vidas y haciendas.
Y si hay mujeres, las llevan «cautivas»
convertidas en... ¡¡esclavas eternas!!

Es el grito, que en medio de los bosques
a las fieras ahuyenta.

Es el grito del amor, que a las guaynitas,
estremece en su lecho y las despierta.

Es el grito de la raza guaraní,
clarinada de guerra,
que lanza a los soldados, cuerpo a cuerpo,
en un entrevero de infernal contienda.

Alarido angustioso del perdido
en medio de la selva.

El último suspiro del herido
y el rayo del que hiere en la pelea.

Es el grito triunfal del pescador,
cuando le hace «bandera»
el dorado clavado en el anzuelo
y salta y salta, por romper la cuerda.

Es, en fin: «Grito largo, inconfundible»...
como dice un poeta³³
que lo canta, en su «Regreso a Corrientes»
y lo recita, con emoción intensa.

El río corre, corre, siempre corre,
su corriente frenética
nos marca el ritmo de implacable tiempo,
cual si fuese el reloj de la existencia.

33 Franklin Rúveda, el gran poeta correntino, residente en la ciudad de Rosario.

¡Ay! He vivido tan intensamente
en esta hermosa tierra,
que me inclino y exclamo tiernamente:
Tierra de Promisión: ¡¡Bendita seas!!

Acógeme en tu seno, dulcemente,
cual si mi madre fueras
y arrúllame cantándome la «nana»
y yo repetiré: ¡¡Bendita seas!!

¡¡Oh, embrujo de las noches correntinas,
fantásticas y bellas,
que entrelazan los murmullos del río
con los dulces cantares de estas tierras!!

Ha tendido la noche ya su manto
estoy entre tinieblas...

¡Adiós por siempre, Paraná Guazú!
Estoy llorando... ¡¡Porque soy Poeta!!

A Corrientes regreso lentamente,
doy vuelta la cabeza,
y... el río es un espejo refulgente
que refleja el cielo y las estrellas.

SANTIAGO GASTÓN

Corrientes, 25 de julio de 1957



Índice general

Historia de una reedición, Fico Ruiz	VII
Estudio literario de la obra de Santiago Gastón, Audrey Berniard Gastón	IX
<i>La vida de un inmigrante, memorias de Santiago Gastón Añaños, Alejandro Martín Sanz</i>	XXV
LIBRO PRIMERO	1
Ansó, 3 • Vida ansotana, 6 • Verano, 8 • <i>Trigo</i> , 10 • Otoño, 13 • Otoño ansotano, 16 • Invierno, 17 • 25 de julio de 1886, 20 • No- viecita de la infancia, 23 • Escuela de párvulos, 25 • Don Pascual Altemir, 25 • Palos y sustos, 27 • La venganza, 31 • La culpa de los padres la pagarán los hijos, 32 • El juicio oral, 35 • Mosén Anto- nio, 40 • <i>El Tío de las Polainas</i> , 45 • Mi padre, mi madre, Puchín y yo, 48 • Gayarre de Roncal, 51 • Julián Gayarre a sus paisanos (1887), 53 • Ciegos, lazarillos y romances, 56 • A la Ribera, 61 • El perdón, 65 • Soberana paliza, 69 • La venganza, 71 • Corridos por los lobos, 74 • Mi primer amor, 77 • La ronda de los chavales, 80 • Una procesión inolvidable, 81 • El vuelo del águila, 85 • Amanecer	

serrano, 89 • La fuga, 91 • Rumbo a América, 96 • Mar y cielo, 100
 • La Abuelita, 101 • Santos, 102 • Tormenta, 107 • Montevideo, 112 • La copla, 116 • ¡Madre! ¡Hijo mío!, 123 • El primer saludo al pisar tierra argentina, 125 • Bautismo de fuego, 128 • Rosario de Santa Fe, 132 • Caballerizo, 135 • San Pedro, 139 • A la cosecha, 146
 • La trilla, 150 • *La misión del maestro*, 153 • Quemazón dolorosa, 156 • Buenos Aires-Montevideo, 159 • Confitero, 167 • La fortuna me sonríe, 171 • Amor, celos y muerte, 173 • *Filosofando*, 180 • «Galletas» y premios, 181 • Mater Dolorosa, 187 • María Angélica de la Cruz, 192 • *Balada mística*, 201 • El frío de la calle, 203 • A un metro de la muerte, 210 • Las ferias francas, 215 • Adiós, Montevideo, 218 • «Las Violetas», gran confitería, 223 • Rumbo al campo, 227 • Amanecer pampeano, 230 • La carpeta, 234 • *Soy mucho más*, 236
 • La vida del obraje, 238 • Primavera, 241 • El patrón, 245 • *Canto primaveral*, 249 • Mi querido altillo, 251 • Las cuatro ansotanas, 253
 • La Semana Trágica, 256 • Uvas, pan y agua, 262 • Viaje frustrado y «galletas» y más «galletas», 266 • Bahía Blanca, 270 • El intendente del «clavito», 272 • Agua, nieve, frío y hambre, 276 • Mi noche triste, 282 • Resaca, 286 • *Coca la Oriental*, 289

LIBRO SEGUNDO	291
Introito	293
Cartas y crónicas sobre el primer volumen de <i>La vida de un inmigrante</i>	297
<i>Coca la Oriental</i> (II), 313 • Don Juan, doña Inés y el comendador, 317 • Viedma, 321 • Otra vez a la calle, 327 • La caravana del buen humor, 332 • Alambrador, 336 • El cuatrero, 340 • Pericón nacional, 343 • Barranca abajo, 352 • Huelgas y amores, 355 • Ayacucho, 357 • <i>Tus ojos</i> , 358 • <i>Mi aldea</i> , 358 • <i>Mis golondrinas bohemias</i> , 359 • Las jugarretas del amor, 361 • <i>Nostalgia</i> , 362 • Un navarro y tres baturros, 364 • Un día en Tandil, 367 • <i>¿Morir o matar?</i> , 369 • Luna de miel y mostaza, 371 • Herrería «Los dos amigos», 375 • <i>Miserere</i> , 378 • Asamblea popular, 379 • Política versus cooperativa, 383 • Changas y más changas y vidrios rotos, 388 • Barrio Almagro, 393 • <i>Nostalgia campesina</i> , 396 • La marcha del tiempo, 401 • Un milagro de Lourdes, 405 • Nos visita un cachorro, 407 • Trompadas a granel, 408 • Rumbo al Norte, 412 • <i>Regreso de un correntino a</i>	

su pueblo natal, 417 • Asunción del Paraguay • 423 • Mujer paraguaya, mujer hormiga, 429 • Un cuento paraguayo, 434 • *Torterita de Asunción*, 436 • Formosa, 441 • ¡Feliz Año Nuevo!, 444 • Asado criollo, 446 • 25 de Mayo, 447 • Resistencia, 450 • Éxito rotundo, 454 • Plagas chaqueñas, 456 • Feliz encuentro, 459 • Mi viejo y querido baúl, 461 • Los dos amigos de «La Verdad», 464 • Un duelo famoso, 467 • *Contrapunto pugilístico*, 472 • Cachadas deportivas, 474 • Corrientes, 477 • Julio y Córdoba, 482 • Doña Enriqueta, 486 • Dos socios divisibles y una silla indivisible, 490 • Apendicitis, 494 • Mesas bravas, 496 • Compramos un piano, 498 • Los dos deditos del Niño Jesús, 499 • Entre burreros, 504 • Otro desalojo, 510 • Despedida de soltero, 513 • *Versos gauchos*, 516 • Saladas. Fiesta del Azahar, 518 • Recuerdo ingrato, 523 • Compro la primera casa, 525 • Poesías, 529 • *Musas latinas*, 530 • *Las cuatro estaciones*, 531 • *Quinteriana*, 532 • *Dormir y soñar riendo*, 533 • *La escuelita de mi aldea*, 535 • *Barcarola*, 536 • *Nocturno*, 537 • *Reina después de muerta*, 539 • ¡¡Una limosna, por Dios!!, 539 • *El último grito*, 541 • *Refranes y letrillas*, 541 • *Siguiendo una estrella*, 551 • *Retorno* (guaranía), 552 • Desilusión, 554 • Adiós a nuestra primera casa, 556 • Un expediente «anónimo» y otro «legítimo» o «verdadero», 559 • A los inmigrantes, 563 • Bodas de Plata, 565 • Vacaciones, 570 • ¡¡Otra vez los mozos!!, 574 • El sol, después de la tempestad, 578 • Un romance olvidado, 582 • *La muerte de Lavalle*, 583 • El mundo se estremece, 594 • *Veinte años*, 596 • Flores y espinas, 599 • Despedida de un banquero, 602 • *La misión del banquero*, 603 • La primera boda, 605 • Ofrenda, 607 • *Mi ofrenda al glorioso abuelo*, 610 • Vida espiritual, 612 • *Tres troncos y un rosal*, 612 • *Dedicatoria*, 614 • *Al Padre Colodrero*, 615 • *Aflorar la gratitud*, 617 • *Itatí*, 618 • *Año Nuevo, vida nueva*, 621 • Sierras de Córdoba, 623 • *Lucero del Alba*, 625 • ¡¡Abuelitos!!, 627 • *A los tórtolos cordobeses Óscar y Kiti*, 628 • Epílogo, 631 • *Mi poema al río Paraná*, 631 • Sin trabajo, 632 • *Aguas arriba*, 633 • *Puesta de sol sobre el río*, 635 • *Sueño dorado*, 637 • *Realidad*, 640 • *Noches correntinas*, 642.



CECEL (CSIC)

1. **Narrativa del Sitio de Zaragoza,**
CHARLES R. VAUGHAN, 2008.
2. **Alteraciones en Zaragoza en los años que precedieron al Compromiso de Caspe,** MARÍA ISABEL FALCÓN, 2011.
3. **El anónimo polaco. Zaragoza en el año 1809.**
Fragmentos de las memorias todavía no publicadas,
C. GONZÁLEZ CAIZÁN, 2012.
4. **La España del siglo XIX vista por dos inglesas:**
Lady Holland y la novelista George Eliot (1802-1804 y 1867),
A.H. CLARKE, T.J. DADSON y MªÁ. GIMENO, 2012.
5. **Género y emociones en el Romanticismo.**
El teatro de Bretón de los Herreros, MARÍA SIERRA, 2013.
6. **Mis memorias. Andanzas de un veterinario rural (1818-1896),**
FRANCISCO FOZ, 2013.
7. **Cabrera. Recuerdos de la guerra civil española,**
WILHELM VON RAHDEN, 2013.
8. **Jerónimo Borao y Clemente (1821-1878).**
Escritor romántico, catedrático y político aragonés,
JOSÉ EUGENIO BORAO MATEO, 2014.
9. **Trata de blancas (novela social),**
EUGENIO ANTONIO FLORES, 2014.
10. **Memorias del general Lejeune,**
LOUIS FRANÇOIS LEJEUNE, 2015.
11. **Wally, la escéptica,**
KARL GUTZKOW, 2015.
12. **El Libro de Marco Polo, versión aragonesa del siglo XIV,**
FRANCISCO SANGORRÍN GUALLAR, 2016.
13. **Teoría del sistema absoluto,**
EMILIA PARDO BAZÁN, 2016.
14. **La vida de un inmigrante,**
SANTIAGO GASTÓN AÑOS, 2016.



Santiago Gastón Añaños nació en Ansó, en julio de 1886, y falleció en Corrientes (Argentina), en febrero de 1975.

De familia comerciante y ánimo poeta, se negó a ser monaguillo o pastor, ocupaciones que le quiso imponer su padre, así que se escapó al sur de Francia, donde muchos altoaragoneses se ganaban un sueldo de alpargateros. Y como el esparto tampoco era futuro y Europa quedaba cerca, se embarcó para el Río de la Plata, adonde arribó a finales de 1906.

Tras sobrevivir durante los primeros compases de su estancia americana con muy diferentes oficios, se hizo confitero. Trabajó en sitios tan dispares como Rosario, Montevideo, Buenos Aires, La Pampa, Patagones, Ayacucho, Wilde o Resistencia. Y, al fin, encontró acomodo en Corrientes, a orillas del río Paraná, cerca de la frontera con Paraguay.

Escribió sus memorias, compuestas por un primer volumen aparecido en 1950 y un segundo ocho años más tarde, un libro casi desconocido en España que narra la vida de un pastor montañés a finales del siglo XIX, así como el mundo de la emigración española en América, y que hoy recupera la IFC gracias a la iniciativa de Fico Ruiz y a la colaboración de los herederos del autor, a Audrey Berniard Gastón, filóloga de la rama francesa de los Gastón, y a Alejandro Martín Sanz, experto en el estudio de la emigración aragonesa.